



LA
INVASIÓN
DEL
TEARLING



ERIKA JOHANSEN



LA
INVASIÓN
DEL
TEARLING



ERIKA JOHANSEN

Traducción de
Gemma Rovira



FANTASY

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



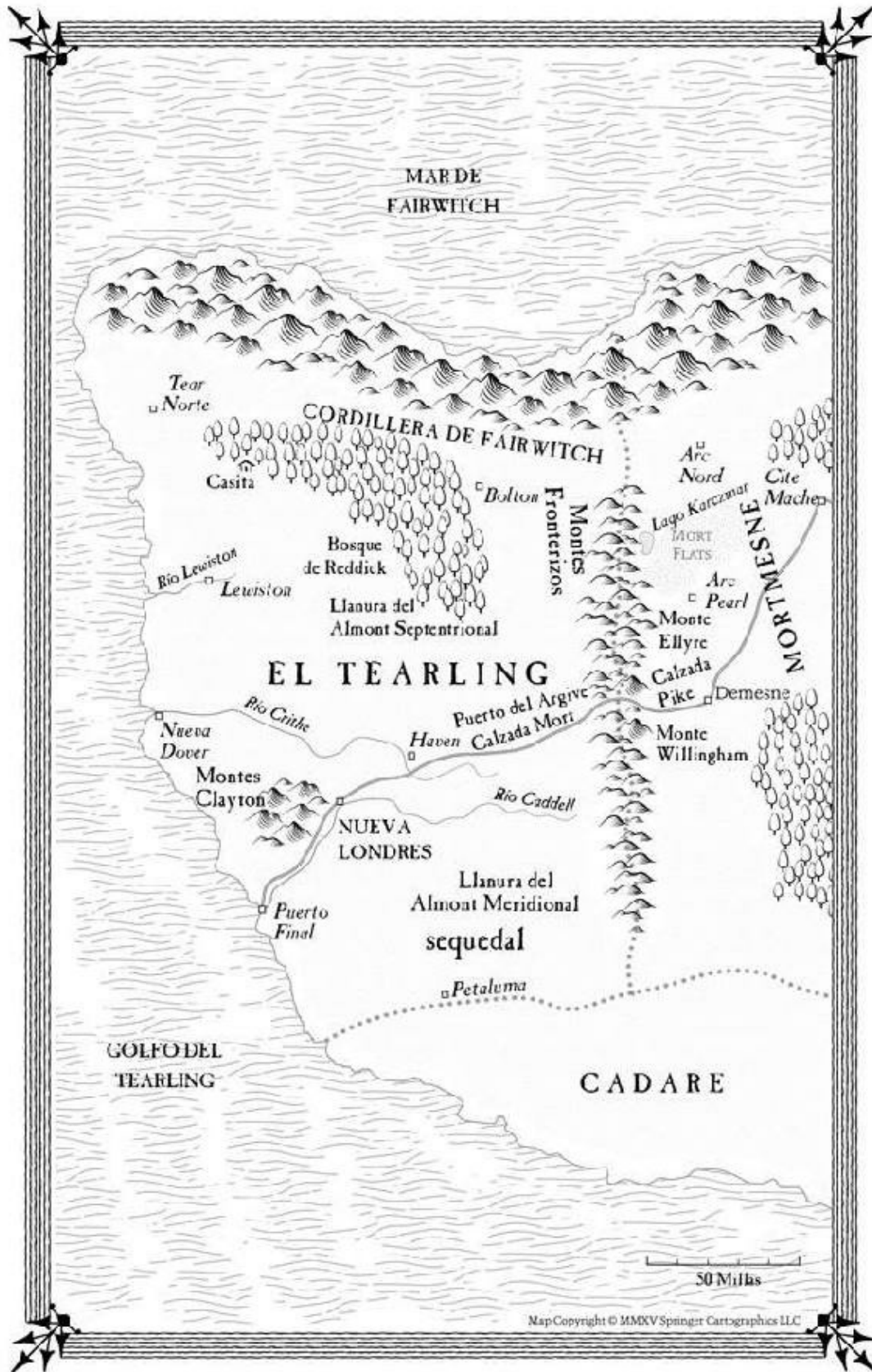
@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Todos los niños deberían tener a alguien como Barty.
Este libro es para mi padre, Curt Johansen*



MAR DE
FAIRWITCH

Tear
Norte

CORDILLERA DE FAIRWITCH

Casita

Bolton

Arc
Nord

Cite
Maches

Rio Lewisston
Lewisston

Bosque
de Reddick

MONTES
FRONTERIZOS

Lago Karzanar

MORT
FLATS

Arc
Pearl

Monte
Ellyre

EL TEARLING

Llanura del
Almoat Septentrional

Calzada
Pike

Demesne

Rio Cattle

Nueva
Dover

MONTES
CLAYTON

Puerto del Argive
Haven Calzada Mori

Monte
Willingham

Rio Caddell

NUEVA
LONDRES

Llanura del
Almoat Meridional
sequedal

Petaluma

GOLFO DEL
TEARLING

CADARE

50 Miles

Map Copyright © MMKV Springer Cartographics LLC

LIBRO I

Hall

La Segunda Invasión Mort contaba con todos los ingredientes para convertirse en una masacre. Por una parte estaba el ejército mort, infinitamente superior, armado con las mejores armas disponibles en el Nuevo Mundo y dirigido por un hombre que no se detenía ante nada. Por otra estaba el ejército tear, cuatro veces más pequeño y con armas de hierro de forja barata que se rompían con el impacto del acero, de más calidad. El desequilibrio entre uno y otro solo podía calificarse de catastrófico. El Tearling parecía condenado al desastre.

El Tearling como nación militar,
CALLOW EL MÁRTIR

El amanecer se extendió rápidamente por la frontera mort. Solo se veía una neblinosa franja azul sobre el horizonte y, de pronto, surgieron unos rayos intensos que ascendían por el oriente de Mortmesne. El reflejo luminoso se extendió por el lago Karczmar hasta que la superficie quedó reducida a una destellante plancha de fuego, un efecto que solo se interrumpía cuando una suave brisa acariciaba las orillas y se formaban olas en la superficie.

En aquella región, la frontera mort era un asunto delicado. Nadie sabía a ciencia cierta dónde estaba trazada la línea divisoria. Los mort afirmaban que el lago se hallaba en territorio mort, pero los tear reclamaban las aguas como propias en virtud de que había sido un célebre explorador tear llamado Martin Karczmar quien había descubierto el lago. Karczmar llevaba cerca de tres siglos enterrado, pero el Tearling nunca había renunciado del todo a sus reivindicaciones sobre el lago. Las aguas en sí tenían escaso valor, pues abundaban en ellas peces depredadores no comestibles; sin embargo, el lago era un enclave importante, el único elemento geográfico destacado en varios kilómetros hacia el norte y hacia el sur de la frontera. Ambos reinos llevaban

tiempo ansiosos por restablecer sus derechos de forma definitiva. Años atrás había habido alguna tentativa de negociar un tratado que regulara el conflicto, pero no se había conseguido nada. En las orillas oriental y meridional del lago, el terreno cenagoso de las salinas se extendía hacia el este a lo largo de varios kilómetros de llanura, hasta llegar a un bosque de pinos mort. En la orilla occidental del lago Karczmar, en cambio, las salinas solo se prolongaban unos metros, y entonces el terreno ascendía bruscamente y formaba los Montes Fronterizos, con empinadas laderas recubiertas de una gruesa capa de pinos. Los árboles envolvían los cerros por completo, descendían por la otra ladera hasta el Tearling y ocupaban el norte de la llanura del Almont.

Si bien en las empinadas laderas orientales de los Montes Fronterizos los bosques estaban deshabitados, las cimas y las laderas occidentales estaban salpicadas de pequeñas aldeas tear. Esas aldeas se abastecían, ocasionalmente, en el Almont, pero sobre todo criaban ganado —ovejas y cabras— y comerciaban con lana, leche y carne de ovino, casi siempre entre ellas. En ocasiones juntaban sus recursos y enviaban un cargamento muy bien custodiado a Nueva Londres, donde los artículos —la lana, especialmente— se pagaban mejor, y no mediante trueque, sino en efectivo. Las aldeas estaban diseminadas por la ladera: Woodend, Idyllwild, Devin's Slope, Griffen... Eran blancos fáciles, pues sus habitantes estaban equipados con armas de madera y se resistían a abandonar a sus animales.

El coronel Hall no entendía cómo podías amar tanto un trozo de tierra y, al mismo tiempo, agradecer al Gran Dios que el destino te hubiera alejado de él. Hall era hijo de un ovejero y se había criado en la aldea de Idyllwild, y el olor que dominaba en aquellas aldeas —a lana húmeda, recubierta con una buena capa de estiércol— estaba tan grabado en su memoria que lo percibía incluso en ese momento, pese a que la aldea más cercana estaba en el lado occidental de los Montes Fronterizos, a varios kilómetros de distancia y fuera del alcance de la vista.

La suerte había alejado a Hall de Idyllwild, y no la buena suerte, sino esa suerte ambigua que ofrecía con una mano mientras apuñalaba con la otra. La aldea estaba demasiado al norte para haber sufrido mucho con la primera invasión mort; una noche, un grupo de atracadores se había llevado unas cuantas ovejas de un prado que no estaba vigilado, pero nada más. Cuando se firmó el Tratado Mort, Idyllwild y las aldeas vecinas celebraron una fiesta.

Hall y su hermano gemelo, Simon, se habían emborrachado a base de bien y habían despertado en una pocilga de Devin's Slope. Su padre dijo que su aldea había salido bien parada, y Hall compartía su opinión, hasta que, ocho meses más tarde, salió el nombre de Simon en la segunda lotería pública.

Hall y Simon, que tenían quince años, ya eran hombres hechos y derechos según los patrones de la frontera, pero sus padres parecían haberlo olvidado. En las semanas posteriores al anuncio, la madre se afanó en preparar las comidas preferidas de Simon, y el padre los exoneró a ambos del trabajo. Hacia finales de mes emprendieron el viaje a Nueva Londres, como tantas familias habían hecho antes que ellos; el padre iba sollozando en la delantera del carro, la madre, seria y callada, y Hall y Simon se esforzaban por aparentar un buen estado de ánimo.

Los padres no quisieron que Hall presenciara la remesa. Lo dejaron en un pub del Gran Bulevar, con tres libras e instrucciones de quedarse allí hasta que ellos regresaran. Pero Hall, que no era ningún crío, salió del pub y los siguió hasta el Parque de la Torre. El padre se derrumbó al poco de partir la remesa, y la madre tuvo que intentar reanimarlo, de modo que al final Hall fue el único que vio partir la caravana, el único que vio perderse a Simon en la ciudad y desaparecer de sus vidas para siempre.

Aquella noche la familia se quedó en Nueva Londres, en una de las posadas más sucias que podían encontrarse en las Tripas. El hedor insoportable que imperaba allí acabó por obligar a Hall a salir afuera; el joven deambuló por las Tripas y buscó un caballo que robar, decidido a seguir la caravana de jaulas hasta la Calzada Mort y liberar a Simon o morir en el intento. Encontró un caballo atado fuera de un pub, y cuando estaba deshaciendo el nudo, una mano se posó sobre su hombro.

—¡Eh, tú, rata de campo! ¿Se puede saber qué haces?

Era un tipo corpulento, más alto que el padre de Hall, e iba protegido con armadura y fuertemente armado. Hall pensó que había llegado su hora, y en parte se alegró.

—Necesito un caballo —dijo.

El hombre lo miró con sagacidad.

—¿Tienes a alguien en la remesa?

—No es asunto suyo.

—Ya lo creo que es asunto mío. Es mi caballo.

Hall desenvainó su cuchillo. Era un cuchillo de esquilar, pero confió en que

el desconocido no lo supiera.

—No tengo tiempo para discutir. Necesito su caballo.

—Guarda eso, chico, y no hagas tonterías. La remesa lleva una escolta de ocho cadén. Estoy seguro de que habrás oído hablar de los cadén, aunque vivas en un pueblo de mierda. Cualquiera cadén podría partir tu ridículo cuchillo con los dientes.

El desconocido hizo ademán de agarrar la brida del caballo, pero Hall levantó un poco más el cuchillo y le cerró el paso.

—Siento tener que robar, pero no me queda otro remedio. Necesito marcharme.

El desconocido lo miró largo rato, tratando de formarse un juicio sobre él.

—Tienes huevos, chico, eso hay que reconocerlo. ¿Eres granjero?

—Soy pastor.

El desconocido siguió observándolo un momento más, y entonces dijo:

—Está bien, chico. Vamos a hacer una cosa. Te voy a prestar mi caballo. Se llama Favor, curiosamente. Te vas con él a la Calzada Mort y echas un vistazo a la remesa. Si tienes dos dedos de frente, te darás cuenta de que la tuya es una batalla perdida, y entonces tienes dos opciones. Puedes morir inútilmente, y no conseguir nada. O dar media vuelta y dirigirte a los barracones de los Pozos para que hablemos de tu futuro.

—¿Qué futuro?

—Tu futuro como soldado, chico. A menos que quieras pasarte el resto de la vida oliendo a mierda de oveja.

Hall lo miró con recelo y se preguntó si le estaría tendiendo una trampa.

—¿Y si me llevo su caballo y no vuelvo?

—No lo harás. Tienes sentido de la responsabilidad, o no estarías cometiendo esta estupidez. Además, yo tengo a mi disposición todos los caballos que quiera, en caso de que necesite salir a buscarte.

El desconocido se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta del pub, y Hall se quedó junto al poste de amarrar caballos.

—¿Quién es usted? —gritó Hall.

—El comandante Bermond, del Frente Derecho. Date prisa, chico. Y si le pasa algo a mi caballo, pagarás con tu sucio pellejo.

Tras una larga noche cabalgando, Hall alcanzó la remesa y comprobó que Bermond tenía razón: era una auténtica fortaleza. Varios soldados rodeaban cada una de las jaulas, y entre sus formaciones se distinguían las capas de los

cadén. Hall no llevaba espada, pero no era tan necio como para pensar que de haberla tenido le hubiera servido de algo. Ni siquiera pudo acercarse lo suficiente para localizar a Simon; cuando lo intentó, un cadén disparó una flecha que fue a parar a menos de un palmo de él. Era tal como el comandante lo había descrito.

Aun así, se planteó cargar contra la remesa y poner fin a todo, al terrible futuro que ya había intuido en el viaje a Nueva Londres, un futuro en el que sus padres lo mirarían a él y solo verían al ausente Simon. El rostro de Hall no los consolaría: solo sería un terrible recordatorio. Agarró fuertemente las riendas, preparado para cargar, y de pronto sucedió algo que nunca sería capaz de explicar: vio a Simon entre la masa de apretujados prisioneros de la sexta jaula. Parecía imposible que lo hubiera visto desde tan lejos, pero no cabía duda: era la cara de su hermano, idéntica a la suya. Si continuaba hacia su muerte, no quedaría nada de Simon, nada que sirviera siquiera para recordarlo. Y entonces comprendió que aquello no tenía nada que ver con Simon, sino con su propio sentimiento de culpa, su propio dolor. El egoísmo y la autodestrucción cabalgaban de la mano, como solían hacer.

Dio media vuelta, regresó a Nueva Londres y se alistó en el ejército tear. El comandante Bermond le dio su respaldo, y, aunque Bermond nunca lo admitió, Hall sospechaba que el comandante debía de haber hablado con alguien en privado, pues, durante los años que pasó en la infantería como soldado raso, jamás le tocó custodiar la remesa. Todos los meses enviaba a casa una parte de su paga, y en las pocas ocasiones en que viajaba a Idyllwild, siempre le sorprendía que sus padres se mostraran bruscos pero orgullosos de su hijo soldado. Ascendió deprisa, y a los treinta y un años ya era segundo del comandante. No era un trabajo gratificante: durante la Regencia, la vida de un soldado consistía en interrumpir peleas y perseguir a pequeños delincuentes. No había ninguna gloria en ello. Esto, en cambio...

—Señor.

Hall levantó la cabeza y vio al teniente coronel Blaser, su número dos. Blaser tenía la cara manchada de hollín.

—¿Qué pasa?

—La señal del comandante Caffrey, señor. Listo para recibir sus órdenes.

—Unos minutos más.

Estaban sentados en un nido de pájaros, en la ladera oriental de los Montes Fronterizos. El batallón de Hall ya llevaba varias semanas allí, trabajando sin

descanso y viendo cómo la oscura masa avanzaba por la llanura mort. El gran tamaño del ejército mort entorpecía su propio avance, pero había llegado, y el campamento ya ocupaba las orillas meridionales del lago Karczmar, una negra ciudad que se extendía hacia el horizonte.

Con su catalejo, Hall solo consiguió distinguir a cuatro centinelas, muy separados unos de otros, apostados a lo largo del borde occidental del campamento mort. Iban vestidos de modo que se confundieran con la superficie oscura y cenagosa de las salinas, pero Hall conocía bien las orillas de aquel lago, y no le costó detectarlos en cuanto hubo un poco de luz. Dos de ellos ni siquiera patrullaban; se habían quedado dormidos en sus puestos. Era lógico que los mort estuvieran tranquilos. Según los informes de Maza, el ejército mort lo componían más de veinte mil soldados, y sus espadas y armaduras eran de hierro de buena calidad, con piezas de acero. El ejército tear, en cambio, era débil en todos los sentidos. Bermond tenía parte de culpa. Hall adoraba a aquel anciano como a un padre, pero Bermond se había acostumbrado a los tiempos de paz. Recorría el Tearling como un labrador que inspecciona sus tierras, y no como un soldado que se prepara para entrar en combate. El ejército tear no estaba preparado para la guerra, y ahora la guerra se les echaba encima.

Hall volvió a centrar la atención, como había hecho tantas veces esa semana, en los cañones, colocados en una zona fuertemente fortificada justo en el centro del campamento mort. Hall no había creído a la reina hasta que los había visto con sus propios ojos, pese a no poner en duda que ella hubiera tenido algún tipo de visión. Sin embargo ahora, a medida que por el este empezaba a clarear, la luz hacía destellar aquellos monstruos de hierro y realizaba sus formas lisas y cilíndricas, y Hall notó que la rabia le retorció las entrañas. Se sentía perfectamente cómodo blandiendo una espada, pero la espada era un arma muy limitada. Los mort estaban modificando las reglas de la guerra tal como Hall siempre las había conocido.

—Muy bien —murmuró, y se guardó el catalejo sin darse cuenta de que hablaba en voz baja—. Nosotros también.

Bajó del nido por la escalerilla, y Blaser hizo otro tanto; ambos saltaron al suelo y echaron a andar colina arriba. Durante las pasadas doce horas, Hall había desplegado en silencio a más de setecientos hombres, entre arqueros y soldados de infantería, por la ladera oriental. Pero tras varias semanas de intenso esfuerzo físico, a sus hombres les costaba permanecer quietos y

esperar, sobre todo de noche. Cualquier indicio de aumento de la actividad en la colina despertaría a los mort y los pondría en guardia, y por eso Hall se había pasado casi toda la noche yendo de puesto en puesto para asegurarse de que sus soldados no se asustaban.

La cuesta era cada vez más empinada, hasta que Hall y Blaser se vieron obligados a buscar sitios a los que asirse entre las rocas, pues sus pies resbalaban con la capa de agujas de pino que cubría el suelo. Ambos llevaban unos gruesos guantes de piel y trepaban con cuidado, porque el terreno era peligroso. Entre las rocas había numerosos túneles y pequeñas cuevas que a las serpientes de cascabel les gustaba utilizar como guarida. Las cascabeles fronterizas eran unos bichos muy resistentes, el resultado de miles de años luchando por sobrevivir en un entorno inhóspito. La piel, gruesa y coriácea, las hacía casi inmunes al fuego, y sus colmillos inyectaban una dosis de veneno cuidadosamente controlada. En aquella ladera, si te equivocabas al apoyar una mano, podías perder la vida. Cuando Hall y Simon tenían diez años, Simon había cazado una cascabel con una jaula trampa y había intentado domesticarla, pero el juego no había durado ni una semana. Simon no conseguía domeñar la serpiente por muy bien que la alimentara, y el animal atacaba ante el más leve movimiento. Al final, Hall y Simon la soltaron: abrieron la jaula y echaron a correr a toda velocidad por la ladera este. Nadie sabía cuánto tiempo vivían las cascabeles fronterizas; tal vez la serpiente de Simon siguiera por allí, deslizándose con sus hermanas entre las rocas.

«Simon.»

Hall cerró los ojos y volvió a abrirlos. Era inteligente y enseñaba a su imaginación a no aventurarse demasiado por la Calzada Mort, pero aquellas últimas semanas, con todo el occidente de Mortmesne tendido ante él, Hall se había sorprendido pensando en su hermano gemelo con mayor frecuencia de lo habitual: dónde estaría Simon, a quién le pertenecería, para qué lo habrían utilizado. Seguramente como mano de obra; Simon estaba considerado uno de los mejores esquiladores de la ladera occidental. Habría sido un desperdicio utilizar a un hombre como él para otra cosa que no fuera un trabajo duro; Hall se lo repetía una y otra vez, pero la probabilidad no se imponía. Su pensamiento siempre acababa haciendo hincapié en el pequeño porcentaje, la remota posibilidad de que a Simon lo hubieran vendido para cumplir alguna otra función.

—Mierda.

El ahogado reniego de Blaser devolvió a Hall a la realidad, y torció rápidamente la cabeza para asegurarse de que a su teniente no le había mordido una serpiente. Pero Blaser solo había resbalado un poco, y enseguida había vuelto a agarrarse. Hall ahuyentó de su mente pensamientos indeseados y siguió trepando. La remesa era una herida que no se curaba con el paso del tiempo.

Hall llegó a lo alto de la pendiente y entró en el claro, donde encontró a sus hombres esperando con mirada expectante. Llevaban un mes trabajando de prisa, sin las quejas que solían acompañar cualquier proyecto de construcción militar, y habían terminado tan pronto que Hall pudo poner a prueba toda la operación numerosas veces antes de que el ejército mort hubiera llegado a la llanura. El halconero, Jasper, también aguardaba, con sus doce aves encapuchadas y atadas a una alta percha situada en la cima de la colina. Los halcones habían costado mucho dinero, pero la reina había escuchado con atención y había aprobado el gasto sin pestañear.

Hall se acercó a una de las catapultas, apoyó una mano en el brazo de madera y sintió un profundo orgullo al tocar la lisa superficie. Le encantaban los mecanismos y los artilugios, y siempre estaba buscando la forma de mejorarlos y construirlos en menos tiempo. En los inicios de su carrera había diseñado un arco más resistente pero más flexible que se había convertido en el favorito de los arqueros tear. Había participado en un proyecto de construcción civil, para el que había examinado y aprobado un sistema de riego a base de bombas que ahora transportaba agua del Caddell a una extensa y reseca zona del Almont Meridional. Pero aquello era su mayor logro: cinco catapultas, de veinte metros de largo, con gruesos brazos de roble tear y cucharas de pino, más ligeras. Cada catapulta podía lanzar como mínimo ochenta kilos, y tenía un alcance de unos cuatrocientos metros. Los brazos estaban sujetos a la base mediante cuerdas, y a ambos lados de cada brazo había un soldado provisto de un hacha.

Hall se asomó a la cuchara de la primera catapulta y vio quince grandes atados de lona, cada uno envuelto con una fina capa de tela azul cielo. Al principio, Hall había pensado lanzar piedras, como siempre habían hecho las catapultas de asedio, y aplastar una parte considerable del campamento mort. Pero aquellos atados, que habían sido idea de Blaser, eran mucho mejores, y bien valían unas semanas de trabajo desagradable. El bulto de encima del montón se movió un poco, azotado por el viento, y la lona de sus lados onduló;

Hall retrocedió y alzó un puño contra el sereno cielo matutino. Los soldados blandieron sus hachas y las mantuvieron en alto.

Blaser se había puesto a tararear. Siempre tarareaba cuando se hallaba en una situación tensa: era un tic molesto. Hall, que lo escuchaba sin prestar mucha atención, identificó la melodía: «La Reina del Tearling», con las notas muy desafinadas pero reconocibles. La canción se había extendido entre sus hombres; Hall la había oído más de una vez en las semanas pasadas mientras lijaban madera o afilaban las hojas de sus armas.

«Este es mi regalo, reina Kelsea», pensó, y bajó la mano hacia el suelo.

Las hachas silbaron al hendir el aire, y el silencio de la mañana se desgarró y por la ladera de la colina resonaron los tremendos crujidos y chirridos que produjeron los brazos de las catapultas al ser liberados. Se accionaron uno a uno, ganando velocidad a medida que salían despedidos, y Hall sintió que el júbilo inundaba su corazón: un júbilo inagotable, como el que había sentido de niño al poner a prueba su primera trampa para conejos.

«¡Mi diseño! ¡Funciona!»

Los brazos de las catapultas alcanzaron su límite y se detuvieron con un estruendo que resonó por toda la colina. Aquello despertaría a los mort, pero ya sería demasiado tarde.

Hall miró por el catalejo y siguió la trayectoria de los fardos azul cielo hacia el campamento enemigo. Alcanzaron su cénit y empezaron a descender, setenta y cinco en total, y los paracaídas azul cielo se desplegaron al atrapar el viento, y sus cargas de lona oscilaron, aparentemente inofensivas, en el aire.

Los mort ya se habían movilizado. Hall detectó algunos puntos de actividad: soldados que salían armados de sus tiendas, centinelas que regresaban al campamento, preparados para atacar.

—¡Jasper! —gritó—. ¡Dos minutos!

Jasper hizo un gesto afirmativo, empezó a retirar las capuchas a los halcones y les dio a cada uno un trocito de carne. El comandante Caffrey, con su asombroso don para reconocer a un mercenario digno de confianza, había encontrado a Jasper en una aldea fronteriza mort tres semanas atrás. A Hall no le gustaban los halcones mort; tampoco le gustaban de niño, cuando las aves sobrevolaban la colina en busca de presas fáciles, pero aun así tenía que admirar la habilidad de Jasper con los animales que tenía a su cargo. Los halcones observaban atentamente a su cuidador, con la cabeza ladeada, como perros que esperan a que su amo les lance un palo.

Del campamento mort ascendió un grito de alerta. Habían visto los paracaídas, que, al disminuir el viento, empezaban a precipitarse a mayor velocidad. Hall los enfocó con el catalejo, contando por lo bajo, y el primer fardo desapareció detrás de una de las tiendas. Trascorridos solo unos segundos, el primer grito resonó por la llanura.

Siguieron cayendo paracaídas en el campamento. Uno aterrizó sobre un carro de artillería, y Hall lo observó, fascinado a pesar de todo, cuando las cuerdas se destensaron. El fardo se estremeció un momento, y entonces se abrió y de él salieron cinco serpientes de cascabel furiosas. Sus cuerpos de piel moteada se enroscaban y se deslizaban veloces por encima de las picas y las flechas, hasta caer del carro y perderse de vista.

Cada vez se oían más gritos, y, en menos de un minuto, el campamento se había sumido en el caos más absoluto. Los soldados chocaban unos con otros; hombres semidesnudos se herían los propios pies con la espada. Algunos intentaban alcanzar terreno elevado, o trepar al techo de los carrromatos y las tiendas, e incluso subirse a la espalda de sus compañeros. Pero la mayoría corrían hacia el perímetro del campamento, desesperados por huir de allí. Los oficiales gritaban órdenes, pero sin ningún efecto; había cundido el pánico, y el ejército mort empezaba a huir del campo en todas direcciones: hacia el oeste, en dirección a los Montes Fronterizos, y hacia el este y el sur, por la llanura. Incluso había quienes, sin pensar, corrían hacia el norte y chapoteaban por los bajíos del lago Karczmar. No llevaban armas ni armadura; muchos iban completamente desnudos. Algunos todavía tenían espuma de afeitar en las mejillas.

—¡Jasper! —gritó Hall—. ¡Ya!

Uno a uno, Jasper hizo subir a sus halcones al grueso guante de piel que le cubría un brazo desde el pulgar hasta el hombro y los echó a volar. Los hombres de Hall vieron con inquietud cómo las aves ganaban altura, pero los halcones estaban bien entrenados; ignoraron por completo a los soldados tear y descendieron en picado hacia el campamento mort. Se lanzaron derecho hacia el éxodo de soldados que salían en tropel por los extremos sur y este del campamento, abriendo las garras al descender, y Hall vio cómo el primero agarraba por el cuello a un soldado que huía con solo unos pantalones a medio abrochar. El halcón le cortó la yugular, y roció la luz matutina con una fina neblina de sangre.

En el lado oeste del campamento, un enjambre tras otro de soldados mort

corrían desesperados hacia los árboles del pie de la colina. Pero repartidos por las copas de los árboles había cincuenta arqueros tear, y los mort empezaron a caer como moscas, acribillados por las flechas, y se hundían en el barro de la llanura. Del lago también llegaban gritos; los soldados que habían buscado refugio allí habían descubierto su error e intentaban de nuevo alcanzar la orilla, gritando de dolor. Hall sonrió con nostalgia: adentrarse en el lago era un rito de iniciación para los niños de Idyllwild, y Hall todavía tenía en las piernas las cicatrices que lo demostraban.

El grueso del ejército mort ya había abandonado el campamento. Hall miró con pesar los diez cañones, que habían quedado completamente desatendidos. Pero ahora no había forma de llegar hasta ellos; allá donde mirara, las cascabeles se deslizaban entre las tiendas, buscando un buen sitio donde cobijarse. Se preguntó dónde estaría el general Genot, si habría huido con sus hombres o se hallaría entre los cientos de cadáveres que yacían amontonados al pie de la pendiente. Hall había desarrollado un sano respeto por Genot, pero conocía los límites de aquel hombre, muy parecidos a los de Bermond. Genot quería que su guerra fuera tranquila y ordenada. No aceptaba bravuconadas ni incompetencias. Sin embargo, Hall sabía que en todo ejército abundaban esas anomalías.

—¡Jasper! —gritó—. Tus pájaros han hecho un buen trabajo. Haz que vuelvan.

Jasper lanzó un fuerte silbido y esperó; mientras, tensó las correas que le sujetaban el guante de piel al brazo. Pasados unos segundos, los halcones empezaron a regresar, describiendo círculos sobre la cima de la colina. Jasper silbaba intermitentemente, una nota diferente cada vez, y, uno a uno, los pájaros descendían y se posaban en su brazo, donde el soldado los recompensaba con unos trozos de carne de conejo antes de colocarles la capucha y dejarlos otra vez en la percha.

—Llama a los arqueros —ordenó Hall a Blaser—. Y busca a Emmett. Que envíe mensajeros al general y a la reina.

—¿Con qué mensaje, señor?

—Que les digan que les he conseguido un poco de tiempo. Que los mort tardarán al menos dos semanas en reagruparse.

Blaser partió, y Hall se volvió para contemplar la superficie del lago Karczmar, una cegadora plancha de fuego bajo la luz del sol naciente. Aquella visión, que de niño lo llenaba de nostalgia, parecía, de pronto, una advertencia

terrible. Los mort se habían dispersado, sí, pero no por mucho tiempo, y si los hombres de Hall perdían la colina, no podrían impedir que los mort destruyeran las líneas defensivas que con tanto cuidado había construido Bermond. Detrás de la colina se extendía la llanura del Almont: miles de kilómetros cuadrados de terreno llano con muy poco espacio para maniobrar, salpicados de granjas y aldeas aisladas e indefensas. Los mort eran cuatro veces más numerosos, y sus armas eran el doble de buenas, y si conseguían bajar al Almont, solo podía haber un desenlace: una carnicería.

Ewen llevaba varios años en el puesto de carcelero de la Ciudadela, desde que su padre se jubilara, y en todo ese tiempo nunca había tenido ningún prisionero a quien pudiera considerar realmente peligroso. La mayoría habían sido hombres que no estaban de acuerdo con el Regente, y generalmente llegaban a la mazmorra tan desnutridos y vapuleados que apenas tenían fuerzas para entrar en sus celdas y derrumbarse. Varios habían muerto estando a cargo de Ewen, aunque su padre le había asegurado que él no tenía la culpa. A Ewen le había conmovido entrar y encontrar sus cuerpos fríos sobre el catre, pero el Regente no le había dado mucha importancia. Una noche, el Regente bajó la escalera de la mazmorra arrastrando a una de sus mujeres, una pelirroja tan hermosa que parecía salida de uno de los cuentos de hadas del padre de Ewen, con la excepción de que llevaba una cuerda atada alrededor del cuello. El Regente la condujo él mismo hasta una celda, sin parar de insultarla, y le espetó a Ewen: «¡Ni agua ni comida! ¡Y no sale hasta que yo lo diga!».

A Ewen no le gustaba tener a una mujer prisionera. La mujer no hablaba, ni lloraba; se limitaba a contemplar, impertérrita, la pared de su celda. Ignorando las órdenes del Regente, Ewen le había dado agua y comida, y no había dejado de vigilar el reloj. Sabía que la cuerda que llevaba atada al cuello le dolía, y, al final, incapaz de soportarlo más, entró y le aflojó el nudo. Le habría gustado ser sanador y haber podido curar la herida en carne viva que la mujer tenía alrededor del cuello, pero su padre solo le había enseñado los rudimentos de los primeros auxilios para curar cortes y pequeñas heridas. El padre de Ewen siempre había tenido paciencia con las escasas luces de su hijo, incluso cuando le causaban problemas. Pero no hacía falta ser muy inteligente para mantener con vida a una mujer durante una noche, y al padre le habría

decepcionado que su hijo hubiera fracasado. Al día siguiente, cuando el Regente fue a recoger a la cautiva, Ewen había sentido un gran alivio. El Regente se había disculpado, pero la mujer había salido de la mazmorra sin mirarlo siquiera.

Desde que la reina ocupara el trono, Ewen no había tenido mucho trabajo. La reina había liberado a todos los prisioneros del Regente; eso había desconcertado a Ewen, pero su padre le había explicado que al Regente le gustaba encerrar en la mazmorra a cualquiera que hiciera algún comentario que lo contrariara, mientras que la reina solo encarcelaba a quienes cometían malas acciones. El padre añadió que la actitud de la reina era sensata, y tras pensarlo un rato, Ewen decidió que tenía razón.

Veintisiete días atrás (Ewen lo había apuntado en el registro), tres guardias reales habían irrumpido en la mazmorra con un prisionero maniatado, un hombre de pelo cano que parecía exhausto pero ileso (Ewen se fijó en ese detalle y lo agradeció). Los tres guardias no pidieron permiso a Ewen para meter de un empujón al prisionero en la celda número tres, pero a Ewen no le importó. Nunca había estado tan cerca de un guardia real, pero lo sabía todo sobre ellos por su padre: eran los encargados de proteger a la reina de cualquier peligro. A Ewen ese le parecía el trabajo más maravilloso e importante del mundo. Estaba satisfecho de ser carcelero jefe, pero si hubiera nacido más inteligente, lo que más le hubiera gustado habría sido ser uno de esos hombres altos y recios, ataviados con capa gris.

—Trátalo bien —le ordenó el jefe, un hombre con una mata de pelo rojizo—. Son órdenes de la reina.

A Ewen le fascinó la melena de aquel guardia, pero intentó no mirarlo embobado, pues a él no le gustaba que lo miraran así. Cerró la celda con llave y vio que el prisionero ya se había tumbado en el catre y había cerrado los ojos.

—¿Cuáles son su nombre y su delito, señor? Tengo que anotarlos en el registro.

—Se llama Javel, y ha cometido traición. —El pelirrojo miró un momento entre los barrotes de la celda, y luego sacudió la cabeza. A continuación, los guardias subieron ruidosamente la escalera, y sus voces fueron apagándose detrás de ellos por el pasadizo.

—Yo le habría cortado el cuello.

—¿Creéis que estará seguro con ese pobre diablo?

—Eso es asunto de la reina y de Maza.

—Debe de hacer bien su trabajo. Nunca se ha escapado nadie.

—Aun así, la reina no puede tener a un idiota de carcelero jefe. Será provisional.

Ewen se encogió al oír que lo llamaban «idiota». Cuando era pequeño, antes de crecer y convertirse en un tipo fortachón, los chulillos solían llamarlo así, y había aprendido a dejar que esa palabra le resbalara; pero oírsele decir a un guardia real dolía más. Y ahora tenía algo nuevo y terrible en que pensar: la posibilidad de que lo sustituyeran. Cuando se jubiló, su padre fue a hablar directamente con el Regente para asegurarse de que Ewen podría seguir en su puesto. Pero Ewen dudaba que su padre hubiera llegado a hablar con la reina.

El nuevo prisionero, Javel, era uno de los presos más fáciles que Ewen había tenido jamás. Apenas hablaba; solo murmuraba unas palabras para avisar a Ewen que se había terminado la comida, o quedado sin agua, o que había que vaciar el cubo. Ewen llegaba a olvidar durante horas que Javel estaba allí, pero entonces Ewen no podía pensar en otra cosa que no fuera la amenaza de que lo retiraran de su puesto. ¿Qué haría si eso llegaba a suceder? Ni siquiera se atrevió a contarle a su padre lo que le había llamado aquel guardia real. No quería que su padre lo supiera.

Cinco días después de que llevaran a Javel a las mazmorras, otros tres guardias reales bajaron la escalera. Uno de ellos era Lázaro de la Maza; hasta Ewen, que casi nunca salía de las celdas, supo reconocerlo. Ewen le había oído contar numerosas historias sobre él a su padre, quien aseguraba que el capitán de la Guardia Real tenía ascendencia feérica, y que no había celda capaz de retenerlo. («¡La pesadilla de cualquier carcelero, Ew!», decía, riendo, mientras se tomaba el té.) Si los otros guardias reales le habían parecido intimidantes, Maza lo era diez veces más, y Ewen lo observó tan atentamente como le permitió su valor. ¡El capitán de la Guardia Real en sus mazmorras! Estaba impaciente por contárselo a su padre.

Los otros dos guardias llevaban a un prisionero como si cargaran un saco de grano, y cuando Ewen hubo abierto la celda número uno, lo tiraron sobre el catre. Maza se quedó contemplando al prisionero largo rato, o eso le pareció a Ewen. Finalmente se enderezó, carraspeó con fuerza y escupió un gran lapo amarillo que dio de lleno en la mejilla del prisionero.

Ewen lo consideró cruel. Fuera cual fuese el delito que hubiera cometido aquel individuo, era evidente que ya había sufrido lo suyo. Era un ser

miserable; estaba consumido, desnutrido y deshidratado. Tenía las piernas y el torso cubiertos de grandes verdugones en los que se había incrustado el barro, ya seco. En las muñecas también se apreciaban unas escoriaciones rojas y profundas. Le habían arrancado varios mechones de pelo y le habían dejado unas calvas donde se le habían formado costras. Ewen no quería ni imaginar por lo que debía de haber pasado.

Maza se volvió hacia Ewen y chasqueó los dedos.

—¡Carcelero!

Ewen dio un paso adelante y trató de erguirse cuanto pudo. Su padre lo había elegido a él de aprendiz, y había descartado a sus hermanos, más inteligentes, precisamente por esa razón: porque Ewen era alto y fuerte. Aun así, solo le llegaba por la nariz a Maza. Se preguntó si Maza sabría que era un poco lento.

—Vigila bien a este, carcelero. Nada de visitas. Nada de salir de la celda para estirar las piernas. Nada de nada.

—Sí, señor —replicó Ewen con los ojos muy abiertos, y vio salir al grupo de guardias reales de la mazmorra. Esa vez nadie lo insultó, pero cuando ya se habían marchado, Ewen cayó en la cuenta de que se le había olvidado preguntar el nombre y el delito de aquel hombre para anotarlos en el registro. ¡Qué estúpido! Seguro que a Maza no se le escapaban esos detalles.

Al día siguiente fue a visitarlo su padre. Ewen cuidaba del nuevo prisionero lo mejor que podía, pese a que sus heridas solo podían curarlas el tiempo o la magia. Pero su padre le echó un vistazo al hombre tumbado en el catre y le escupió, como había hecho Maza.

—No te molestes en intentar curar a este desgraciado, Ew.

—¿Quién es?

—Un carpintero. —La calva del padre relucía incluso bajo la escasa luz de las antorchas, y Ewen se fijó con inquietud en que la piel de la frente de su padre se estaba volviendo fina como el lino gastado. Ewen sabía, en el fondo, que también su padre moriría algún día—. Un constructor.

—¿Qué ha construido, padre?

—Jaulas. Ten cuidado con él, Ew.

Ewen miró alrededor, desconcertado. La mazmorra estaba llena de jaulas. Pero por lo visto su padre no quería seguir hablando de aquello, así que Ewen almacenó aquellos datos en su mente junto con el resto de misterios que no entendía. De vez en cuando, generalmente sin que Ewen se lo propusiera,

resolvía algún misterio, y entonces lo asaltaba una sensación maravillosa, comparable, o eso imaginaba, a la que debían de tener los pájaros cuando surcaban el cielo. Sin embargo, por muy fijamente que observara al hombre que ocupaba aquella celda, no se le revelaba ninguna respuesta.

Después de aquello, Ewen creyó que ya estaba preparado para que entrara cualquiera en su mazmorra, pero se equivocaba. Dos días más tarde, dos individuos ataviados con el uniforme negro del ejército tear irrumpieron arrastrando a una mujer. Pero no era hermosa como la pelirroja del Regente; esta escupía y lanzaba patadas, y no paraba de insultar y maldecir a los dos hombres que la sujetaban cada uno por un brazo. Ewen jamás había visto nada similar. Parecía completamente blanca, de la cabeza a los pies, como si su piel hubiera perdido toda pigmentación. El pelo también estaba desprovisto de color, como el heno cuando lo dejas demasiado tiempo al sol. Hasta el vestido que llevaba era blanco, aunque a Ewen le pareció que en otros tiempos podría haber sido azul claro. Parecía un fantasma. Los soldados intentaron obligarla a entrar por la puerta abierta de la celda número dos, pero ella se agarró a los barrotes y opuso resistencia.

—No compliques más las cosas —dijo, resollando, el más alto de los soldados.

—¡Vete a la mierda, enano lisiado!

El soldado, perseverante, intentaba soltarle los dedos de los barrotes mientras su compañero la levantaba para introducirla en la jaula. Ewen se quedó a un lado sin saber si debía intervenir. La mujer se fijó en él, y Ewen notó un escalofrío. Tenía los iris bordeados de rosa, pero el centro era de un azul tan claro que brillaba como el hielo. Ewen vio algo terrible en aquellos ojos, algo animal y enfermo. La mujer abrió la boca, y Ewen supo lo que iba a decir incluso antes de que articulara la primera palabra.

—Lo sé todo sobre ti, chico. Eres el tonto.

—¡Ayúdanos un poco, por amor de Dios! —le espetó uno de los soldados.

Ewen se acercó más a ellos. No quería tocar a aquella mujer-fantasma, así que le agarró el vestido y empezó a tirar de él. Ahora los dos soldados podían concentrarse en separar uno a uno los dedos, y por fin consiguieron soltarlos de los barrotes. La metieron en la jaula, y ella rodó sobre el camastro y cayó al suelo. Ewen apenas había tenido tiempo de cerrar la puerta y la mujer ya se había lanzado contra los barrotes, maldiciéndolos a los tres.

—¡Joder, qué trabajo! —masculló uno de los soldados. Se secó el sudor de

la frente, donde tenía un lunar que parecía una seta pequeña—. Pero ya está encerrada, no creo que te dé muchos problemas. Está completamente ciega.

—Solo tienes que vigilar por si viene el búho a cazar —comentó el otro, y rieron los dos.

—¿Cuáles son su nombre y su delito?

—Se llama Brenna. Su delito... —El soldado del lunar miró a su amigo—. Es difícil definirlo. Traición, seguramente.

Ewen anotó el delito en el registro, y los soldados salieron de la mazmorra, más relajados tras haber cumplido su misión. Los soldados habían dicho que la mujer-fantasma era ciega, pero Ewen no tardó en descubrir que no lo era. Cuando él se movía, ella torcía la cabeza y sus ojos rosa y azul seguían sus pasos. Cuando Ewen la miraba, la encontraba observándolo con una sonrisa horrible que le tensaba los labios. Ewen solía llevarles la comida a los prisioneros a sus celdas, porque era demasiado corpulento para que lo atacara un hombre desarmado. Sin embargo, ahora se alegraba de que hubiera una puertecita en la parte delantera de la celda por la que podía deslizar las bandejas de comida de la mujer. Agradecía que los barrotes los separaran. La celda número dos era la mejor para los prisioneros peligrosos, porque estaba orientada hacia las reducidas dependencias de Ewen; el carcelero tenía el sueño muy ligero. Sin embargo ahora, cuando llegaba la hora de acostarse, no lograba conciliar el sueño con aquella mirada vigilándolo, y al final trasladó su camastro al rincón, desde donde no podía verla. Aun así, notaba la presencia de la mujer, insomne y maligna incluso a oscuras, y en los días pasados había dormido poco y mal. Esa noche, después de terminarse la cena e inspeccionar las celdas vacías para ver si había ratas o podredumbre (no había ninguna de las dos cosas; limpiaba sus celdas a conciencia en días alternos), se puso a dibujar. Siempre estaba intentando representar lo que veía, pero nunca lo conseguía. A priori parecía tarea fácil, si disponías del papel adecuado y buenos pinceles y pinturas (su padre se los había regalado por su último cumpleaños), pero las imágenes siempre se las ingeniaban para escabullirse al trasladarse de sus pensamientos al papel. Ewen no entendía por qué sucedía, pero sucedía. Estaba intentando dibujar a Javel, el prisionero de la celda número tres, cuando se abrió de par en par la puerta de lo alto de la escalera.

Al principio Ewen se asustó, pues temió que se tratara de una fuga. Su padre lo había prevenido respecto a las fugas, la peor vergüenza que podía sucederle

a un carcelero. Había dos soldados apostados frente a lo alto de la puerta del final de la escalera, pero Ewen estaba solo en la mazmorra. No sabía qué haría si alguien había logrado entrar por la fuerza. Agarró el cuchillo que había encima de su mesa.

Pero el portazo fue seguido de voces y pasos, sonidos tan inesperados que Ewen no pudo sino quedarse sentado a su mesa y esperar a ver qué aparecería en el pasillo. Al cabo de unos momentos, una mujer entró en la mazmorra, una mujer alta, con el pelo castaño cortado muy corto y con una corona de plata en la cabeza. Llevaba dos grandes joyas azules colgadas de sendas cadenas de reluciente plata alrededor del cuello, y la rodeaban cinco guardias reales. Ewen constató esos hechos durante unos segundos, y entonces se puso en pie de un brinco: ¡la reina!

Primero miró entre los barrotes de la celda número tres.

—¿Cómo estás, Javel?

El hombre, tumbado en el camastro, levantó ligeramente la cabeza y le lanzó una mirada inexpresiva.

—Bien, Majestad.

—¿Nada más que decir?

—No.

La reina puso los brazos en jarras y resopló, un sonido de desilusión que Ewen reconoció porque se parecía al que emitía a veces su padre, y a continuación fue hasta la celda número uno y echó un vistazo al hombre que estaba allí tumbado, herido.

—Qué aspecto más lamentable tiene.

Maza rio.

—No lo han tratado muy bien, Señora. Peor, quizá, de como yo mismo habría ordenado que lo trataran. Los aldeanos lo apresaron en Devin's Slope cuando intentaba conseguir comida a cambio de trabajos de carpintería. Lo ataron a un carromato para llevarlo a Nueva Londres, y cuando por fin se desplomó, lo llevaron a rastras el resto del camino.

—¿Pagaste a esos aldeanos?

—Doscientas libras, Majestad. Ha sido un golpe de suerte; necesitamos la lealtad de esos aldeanos fronterizos, y, seguramente, con ese dinero Devin's Slope se mantendrá durante un año. Por allí no ven dinero en efectivo a menudo.

La reina expresó su aprobación asintiendo con la cabeza. No se parecía a

las reinas de las historias que contaba el padre de Ewen, mujeres hermosas y delicadas como la pelirroja del Regente. Esa mujer parecía... implacable. Tal vez fuera el cabello, corto como el de un hombre, o la postura que adoptaba, con los pies separados y una mano en la cadera dándose golpecitos que revelaban impaciencia. A Ewen le vino a la mente una de las expresiones favoritas de su padre: era una mujer de armas tomar.

—¡Eh, tú! ¡Bannaker! —La reina chasqueó los dedos para llamar la atención del hombre que estaba tumbado en el camastro.

El prisionero gruñó y se llevó las manos a la cabeza. Los verdugones de sus brazos habían empezado a curarse y formar costras, pero seguía pareciendo muy débil, y pese a las palabras de su padre, Ewen sintió un momento de lástima.

—Dejadlo, Señora —dijo Maza—. Es demasiado pronto, no vais a sonsacarle nada. Tras un viaje así, muchos hombres se derrumban. Generalmente es lo que se busca.

La reina paseó la mirada por las mazmorras, y sus ojos verde oscuro se posaron en Ewen, que rápidamente se cuadró.

—¿Eres mi carcelero?

—Sí, Majestad. Ewen.

—Abre esta celda.

Ewen avanzó unos pasos mientras cogía las llaves que llevaba colgadas del cinturón, y se alegró de que su padre las hubiera marcado todas, porque así no le costaría encontrar la que llevaba un gran número 2. No quería hacer esperar a la reina. Una vez al mes engrasaba las cerraduras, tal como le había aconsejado su padre, y la llave giró con suavidad, sin chirriar ni engancharse. Se apartó de la puerta, y la reina entró en la celda con varios guardias. Se volvió hacia uno de ellos, un tipo enorme con los dientes torcidos y estropeados.

—Levántalo.

El guardia levantó al prisionero del camastro y lo agarró por el cuello, sosteniéndolo de modo que los pies no le llegaban al suelo. La reina le dio un bofetón.

—¿Eres Liam Bannaker?

—Sí —respondió el prisionero con voz pastosa. Había empezado a sangrarle la nariz, y, al verlo, Ewen se estremeció. ¿Por qué eran tan crueles con él?

—¿Dónde está Thorne?

—No lo sé.

La reina soltó una palabrota, una por la que a Ewen su padre le había pegado, y Maza intervino:

—¿Quién te ayudó a construir tus jaulas?

—Nadie.

Maza se volvió hacia la reina, y Ewen vio, fascinado, cómo se miraban a los ojos, largo rato. Estaban hablando... ¡sin abrir la boca!

—No —murmuró la reina por fin—. No vamos a empezar ahora con eso.

—Señora...

—No he dicho que nunca vayamos a hacerlo, Lazarus. Pero no por una posibilidad tan remota, ni a cambio de tan poco.

Salió de la celda e hizo una seña a los guardias para que la siguieran. El más corpulento volvió a dejar al prisionero en el camastro; el hombre daba fuertes resuellos, como un acordeón. Ewen, consciente de que Maza lo observaba, cerró inmediatamente la celda.

—Y tú... —dijo la reina pasando a la celda número dos y asomándose para ver a la mujer—. Tú eres el verdadero premio, ¿no?

La mujer-fantasma soltó una risita que sonó a metal contra cristal. A Ewen le habría gustado taparse los oídos. La mujer sonrió a la reina mostrando unos dientes podridos.

—Cuando venga mi amo, os castigará por separarnos.

—¿Por qué lo llamas tu amo? —preguntó la reina—. ¿Qué ha hecho por ti?

—Me salvó.

—Qué necia eres. Te abandonó para salvar el pellejo. No eres más que mercancía para un comerciante de esclavos.

La mujer se lanzó contra los barrotes, agitando los brazos como si fueran las alas de un pájaro enloquecido dentro de su jaula. Hasta Maza dio un paso atrás. Pero la reina avanzó y se colocó a solo unos centímetros de los barrotes, tan cerca que Ewen estuvo a punto de gritarle una advertencia.

—Mírame, Brenna.

La mujer-fantasma levantó la cabeza; su rostro se crispó, como si quisiera desviar la mirada y no pudiera.

—Tienes razón —murmuró la reina—. Tu amo vendrá. Y cuando venga, lo apresaré.

—Mi magia lo protegerá de todo peligro.

—Yo también tengo mi magia, querida. ¿Quieres que te la enseñe?

De pronto, el rostro de Brenna se crispó de dolor.

—Colgaré el cadáver de tu amo de los muros de mi Ciudadela. ¿Lo ves?

—¡No podéis hacer eso! —bramó la mujer-fantasma—. ¡No podéis!

—Será un juguete para los buitres —continuó la reina sin inmutarse—. No puedes protegerlo. No eres más que un cebo.

La mujer-fantasma gritó, enfurecida: emitió un sonido agudo y desagradable, como el grito de un ave de presa. Ewen se tapó los oídos y vio que varios guardias reales hacían otro tanto.

—Cállate —le ordenó la reina, y los gritos de la mujer cesaron tan repentinamente como habían comenzado. Miró fijamente a la reina, con los ojos de color rosa muy abiertos, asustada, y se acurrucó en su camastro.

La reina se volvió hacia Ewen y le dijo:

—Trata a estos tres prisioneros humanitariamente.

Ewen se mordió el labio y replicó:

—No conozco esa palabra, Majestad.

—Humanamente —replicó la reina, impaciente—. Que tengan suficiente agua, comida y ropa, y que no sufran hostigamiento. Asegúrate de que pueden dormir.

—Majestad, no es fácil asegurarse de que alguien puede dormir.

La reina lo miró con severidad, arrugando la frente, y Ewen comprendió que había dicho algo indebido. Cuando su padre era el carcelero y él solo un aprendiz, todo era más fácil. Su padre podía intervenir cuando Ewen no entendía algo. Iba a disculparse, pues siempre era mejor hacerlo antes de que el otro se enfadara, y de pronto la reina relajó las facciones.

—¿Estás solo aquí abajo, Ewen?

—Sí, Majestad, desde que mi padre se jubiló. Su artritis había empeorado mucho.

—Tu mazmorra está muy limpia.

—Gracias, Majestad. —Ewen sonrió; era la primera vez que alguien se fijaba, aparte de su padre—. Las limpio en días alternos.

—¿Echas de menos a tu padre?

Ewen parpadeó y se preguntó si la reina le estaría tomando el pelo. Al Regente le gustaba hacerlo, y a sus guardias aún más. Ewen había aprendido a detectar una señal reveladora en sus caras: una taimada maldad que podía ocultarse pero que no desaparecía nunca. La reina tenía un rostro duro, pero no

malvado, así que Ewen contestó con sinceridad:

—Sí. Hay muchas cosas que no entiendo, y mi padre siempre me las explicaba.

—Pero te gusta tu trabajo.

Ewen agachó la cabeza y se acordó del otro guardia, el que le había llamado idiota.

—Sí.

La reina le hizo señas para que se pusiera delante de la celda número dos.

—Esta mujer quizá no parezca peligrosa, pero lo es. Y además es muy valiosa. ¿Podrás vigilarla todos los días y no dejarás que te engañe?

Ewen miró a la mujer-fantasma. En la mazmorra había habido presos mucho más duros y peligrosos. Varios habían intentado engañar a Ewen: habían hecho de todo, desde fingirse enfermos hasta ofrecerle dinero, pasando por pedirle prestada su espada. La mujer-fantasma miraba a la reina con unos ojos en los que brillaba el odio, y Ewen comprendió que la reina tenía razón: esa mujer iba a ser una prisionera difícil, astuta e inteligente.

«Pero yo también puedo ser listo.»

—No lo dudo —dijo la reina, y Ewen dio un respingo, porque no había dicho nada. Se dio la vuelta y lo que vio lo dejó perplejo: las joyas azules que la reina llevaba colgadas del cuello lanzaban intensos destellos bajo la luz de las antorchas.

—Una vez por semana —continuó la reina— subirás y me presentarás un informe de tus tres prisioneros. Si es necesario, toma notas.

Ewen asintió, satisfecho al ver que la reina daba por hecho que sabía leer y escribir. La mayoría de la gente creía que no sabía, pero su padre le había enseñado, para que pudiera llevar el registro.

—¿Sabes qué es el sufrimiento, Ewen?

—Sí, Majestad.

—Detrás de tus tres prisioneros hay otro hombre, un hombre alto y flaco con los ojos azules. Ese hombre se dedica a causar sufrimiento, y quiero atraparlo vivo. Si alguna vez lo ves, debes avisar de inmediato a Lazarus. ¿Me has entendido?

Ewen volvió a asentir; en su mente ya se perfilaba la imagen que la reina había evocado. Casi podía ver a aquel hombre: un espantajo larguirucho con unos ojos como dos grandes lámparas azules. Le dieron ganas de intentar dibujarlo.

La reina estiró un brazo, y al cabo de un momento Ewen se dio cuenta de que quería estrecharle la mano. Los guardias se pusieron en tensión, algunos llevaron la mano al puño de la espada, así que Ewen le tendió la mano a la reina con mucho cuidado, y dejó que ella se la estrechara. La reina no llevaba anillos, y Ewen se preguntó por qué. Pensó en qué diría su padre cuando le contara que había conocido a la reina, y que no era como Ewen creía. Se quedó junto a las puertas de las celdas, vigilando a los prisioneros, pero también mirando de reojo a la reina mientras los cinco guardias la rodeaban y se la llevaban por el pasillo como si la arrastrara una ola, y subían con ella la escalera y salían de la mazmorra.

Kelsea Glynn tenía mal genio.

No se enorgullecía de ello. Se odiaba a sí misma cuando se enfadaba, pues incluso con el corazón martilleándole en el pecho y un grueso velo de ira oscureciéndole la visión, veía con claridad el recto camino que llevaba de la ira sin control a la autodestrucción. La ira te nublabla el juicio y te hacía tomar decisiones precipitadas. La ira era una indulgencia infantil; no era propia de una reina. Carlin le había inculcado repetidamente esa noción, y Kelsea la había escuchado. Pero ni siquiera las palabras de Carlin le servían cuando la invadía la rabia; era una marea que eliminaba cualquier obstáculo. Y Kelsea sabía que, pese a que su ira era destructiva, también era pura: era lo más cerca que llegaría a estar de la niña que era en el fondo, debajo de todas aquellas capas de autocontrol que le habían inculcado desde su nacimiento. Había nacido rabiosa, y a menudo se preguntaba qué sucedería si diera rienda suelta a su rabia, si abandonara todo fingimiento y revelara su verdadera naturaleza.

Kelsea se estaba esforzando mucho para contener su ira en ese momento, pero cada palabra que decía el hombre sentado al otro lado de la mesa hacía que la oscura marea detrás del dique aumentara un poco más. Maza y Pen estaban a su lado, y Arliss y el padre Tyler, sentados también a la mesa, un poco más allá. Sin embargo, Kelsea solo veía al general Bermond, sentado en el extremo opuesto. Sobre la mesa, ante él, había un casco de hierro coronado con un ridículo penacho azul. Bermond llevaba puesta la armadura completa, pues acababa de regresar del frente.

—No nos conviene reducir la fuerza del ejército, Majestad. Ese plan supone un desaprovechamiento de nuestros recursos.

—¿Es que con usted hay que discutirlo todo, general?

El hombre sacudió la cabeza y se obstinó en mantener sus argumentos.

—Podéis escoger entre defender vuestro reino y defender a vuestro pueblo, Majestad. Pero no contáis con suficientes recursos humanos para hacer las dos cosas a la vez.

—Las personas son más importantes que las tierras.

—Una afirmación admirable, Majestad, pero muy pobre como estrategia militar.

—Usted sabe cómo sufrió este pueblo con la última invasión.

—Lo sé mejor que vos, Majestad, puesto que todavía no habíais nacido. Las aguas del Caddell bajaban rojas. Fue una masacre.

—Y una violación masiva.

—La violación es un arma de guerra. Las mujeres la superan.

—Por amor de Dios —masculló Maza, y le puso una mano en el brazo a Kelsea. Ella dio un respingo, avergonzada, pues Maza la había descubierto. El general Bermond era un anciano lisiado, y aun así ella se había planteado levantarlo de la silla y propinarle unas buenas patadas. Inspiró hondo y habló midiendo sus palabras.

—También violaron a hombres, general.

Bermond arrugó el ceño, molesto.

—Eso son rumores, Majestad.

Kelsea miró al padre Tyler y le vio sacudir levemente la cabeza. Nadie quería hablar de esa faceta de la última invasión, ni siquiera transcurridos veinte años, pero el Arvath había recibido numerosos informes coherentes de sacerdotes de pequeñas parroquias, los únicos observadores que habían descrito la invasión de forma fehaciente. La violación era un arma de guerra, y los mort no discriminaban por género.

De pronto Kelsea lamentó que el coronel Hall no hubiera podido asistir a aquella reunión. No siempre estaba de acuerdo con ella, pero al menos no se negaba a contemplar todos los aspectos de un asunto, a diferencia del general, a quien el tiempo había endurecido las ideas. Pero el ejército mort había llegado a la frontera hacía unos días, y Hall era imprescindible allí.

—Nos estamos yendo por las ramas, Majestad —observó Arliss.

—Tiene razón. —Kelsea se dirigió de nuevo a Bermond—. Tenemos que proteger a esta gente.

—Por supuesto, Majestad. Construid un campamento de refugiados y llevad

allí a todos los extraviados. Pero no desviéis a mis soldados de asuntos más importantes. Quienes quieran vuestra protección ya encontrarán ellos solos el camino hasta la ciudad.

—Es un viaje peligroso para hacerlo solo, sobre todo con niños pequeños. La primera oleada de refugiados acaba de salir de las montañas, y ya ha habido casos de hostigamiento y violencia por el camino. Si esa es la única opción que ofrecemos, muchos preferirán quedarse en sus aldeas, incluso cuando se acerquen los mort.

—Pero esa habrá sido su elección, Majestad.

El dique de la mente de Kelsea se estremeció; sus cimientos estaban debilitándose.

—¿De verdad no sabe distinguir lo que es justo de lo que no, general, o finge no saberlo porque le resulta más fácil?

Bermond se sonrojó.

—No hay una sola cosa justa. Hay varias.

—Discrepo. Hay hombres, mujeres y niños que nunca han hecho nada más que cultivar la tierra. Sus armas son de madera, si es que las tienen. La invasión será un baño de sangre.

—Exacto, y la mejor forma de protegerlos es asegurarnos de que los mort no invaden este reino.

—¿De verdad cree que el ejército tear podrá defender la frontera?

—Por supuesto que sí, Majestad. Creer otra cosa sería traición.

Kelsea se mordió la cara interna de la mejilla, incapaz de asimilar la discordancia cognitiva que implicaba semejante afirmación. Hall enviaba informes rigurosamente puntuales y muy pesimistas desde la frontera, pero Kelsea no necesitaba que Hall le describiera la verdadera situación. El ejército tear jamás podría aguantar lo que se le venía encima. A lo largo de la semana anterior había empezado a formarse una visión en la mente de Kelsea: el Almont occidental, cubierto de un mar de soldados y tiendas negras. La niña criada por Carlin Glynn jamás habría confiado en una visión, pero el mundo de Kelsea había crecido y había traspasado las paredes de la biblioteca de Carlin. Los mort llegarían, y el ejército tear no podría detenerlos. Como mucho, podían aspirar a retrasarlos un poco.

Arliss volvió a tomar la palabra.

—La infantería tear está desentrenada, Majestad. Me han informado de que las armas de latón se rompen al menor impacto por culpa de un

almacenamiento inadecuado. Además, existe un grave problema moral.

Bermond, furioso, se volvió hacia él.

—¿Tiene espías en mi ejército?

—No necesito espías —replicó Arliss con frialdad—. Esos problemas son vox populi.

Bermond contuvo su ira, aunque no logró disimularla.

—En ese caso, Majestad, razón de más para que dediquemos el escaso tiempo de que disponemos al entrenamiento y el abastecimiento.

—No, general. —Kelsea tomó una decisión repentinamente, como solía: porque parecía lo único que le permitiría dormir por la noche—. Vamos a emplear nuestros recursos allí donde serán más útiles: en la evacuación.

—Me niego, Majestad.

—Ah, ¿sí? —La ira de Kelsey iba en aumento y amenazaba con romper como una ola. Era una sensación maravillosa, pero, como de costumbre, se impuso la razón, a su pesar. No podía perder a Bermond, pues demasiados miembros de la vieja guardia de su ejército tenían una fe infundada en su liderazgo. Se obligó a sonreír—. En ese caso, os retiraré el mando.

—¡No podéis hacer eso!

—Por supuesto que puedo. Tiene a un coronel dispuesto a dirigir mi ejército. Es más competente, y desde luego más realista que usted.

—Mi ejército no obedecerá a Hall. Todavía no.

—Pero me obedecerá a mí.

—Tonterías. —Pero Bermond desvió la mirada. Así que él también había oído los rumores. Todavía no había transcurrido un mes desde que Kelsea y su guardia regresaran del Puerto del Argive, pero imperaba la noción de que Kelsea había descargado una fuerza colosal contra los secuaces de Arlen Thorne y los había neutralizado. Era uno de los relatos que la gente más solicitaba a los narradores de historias de los pubs y los mercados de Nueva Londres, y había hecho maravillas en aras de la seguridad. Maza, casi como si lo lamentara, había informado a Kelsea de que ya nadie intentaba colarse en la Ciudadela. El incidente del Argive había alterado drásticamente el panorama político, y Bermond lo sabía. Kelsea se inclinó hacia delante, desafiante.

—¿De verdad cree que su ejército me desafiará, Bermond? ¿Que lo hará por usted?

—Por supuesto que lo hará. Mis hombres me son leales.

—Sería una lástima poner a prueba esa lealtad y salir mal parado. ¿No cree

que sería más fácil ayudarme con la evacuación, sencillamente?

Bermond la miraba con odio contenido, pero Kelsea se alegró de comprobar que el militar se estaba debilitando, y, por primera vez desde que había comenzado la reunión, notó que su ira disminuía un tanto.

—Una cosa es el campamento, Majestad, pero ¿qué haréis cuando vengan los mort? Esta ciudad ya está atestada de gente. No hay sitio para medio millón de personas más.

Kelsea lamentó no tener una respuesta, pero ese problema era de difícil solución. Nueva Londres ya estaba superpoblada, y las instalaciones sanitarias y de suministro de agua empezaban a fallar. Siempre que había habido algún brote de enfermedad en los barrios más poblados de la ciudad, había sido casi imposible controlarlo. Si se doblaba la población, esos problemas se multiplicarían de forma exponencial. Kelsea tenía previsto abrir la Ciudadela a las familias, pero a pesar de sus grandes dimensiones, la Ciudadela solo podría absorber a quizá una cuarta parte del flujo. ¿Dónde metería al resto de los desplazados?

—Nueva Londres no es asunto suyo, general. Lazarus y Arliss se ocuparán de prepararse para el asedio. Usted preocúpese del resto del reino.

—Claro que es asunto mío, Majestad. Habéis abierto la caja de Pandora.

Kelsea no mudó la expresión, pero la satisfacción del rostro de Bermond revelaba que el militar sabía que había metido el dedo en la llaga. Kelsea había abierto las puertas al caos, y pese a que se repetía que no había tenido alternativa, por las noches la atormentaba la certeza de que sí había descartado otra opción: existía un camino que habría permitido detener la remesa y, al mismo tiempo, evitar que a continuación se produjera una carnicería, y si Kelsea hubiera sido un poco más lista, lo habría encontrado. Inspiró hondo.

—Sea de quien sea la culpa, general, lo hecho, hecho está. Su trabajo consiste en ayudarme a minimizar los daños.

—Una tarea comparable a contener el Océano de Dios, ¿no, Majestad?

—Exacto, general. —Le sonrió, una sonrisa tan feroz que Bermond se encogió un poco en la silla—. La primera oleada de refugiados llegará al Almont mañana mismo. Proporciónéles protección, y luego empiece a trasladar al resto. Quiero esas aldeas vacías.

—Y ¿qué pasará si mi ejército es tan débil como vos creéis, Majestad? Los mort se dirigirán directamente a Nueva Londres, como hicieron en tiempos de

vuestra madre. Los soldados mort cobran un salario, pero es una miseria; se enriquecen gracias al saqueo, y el buen botín está aquí. Si no logro impedir que crucen la frontera, ¿de verdad creéis que podréis evitar que saqueen la ciudad?

A Kelsea le pasaba algo en los ojos. Una densa nube le oscurecía la visión, más ligera por los bordes y más pesada en el centro. ¿Eran los zafiros? No, llevaban semanas tranquilos, y ahora colgaban, oscuros y quietos, sobre su pecho. Kelsea parpadeó rápidamente y trató de aclarar sus ideas; no podía mostrar debilidad ante Bermond.

—Espero contar con ayuda —le dijo—. He iniciado negociaciones con los cadareses.

—Y ¿de qué servirá eso?

—Tal vez el rey nos preste sus tropas.

—Una esperanza vana, Señora. Los cadareses son aislacionistas, siempre lo han sido.

—Sí, lo sé, pero estoy explorando todas las opciones.

—¿Señora? —intervino Pen en voz baja—. ¿Estáis bien?

—Sí, estoy bien —masculló Kelsea, pero veía puntos que danzaban en su campo de visión. Se dio cuenta de que se estaba mareando, y no podía vomitar delante de Bermond. Se levantó y se sujetó a la mesa.

—¿Señora?

—Estoy bien —repitió ella, y sacudió la cabeza para despejarse.

—¿Qué le pasa? —preguntó Bermond, pero su voz sonaba cada vez más lejana. De pronto olía a lluvia. Kelsea se agarró fuertemente a la mesa y notó que la madera pulida resbalaba entre sus dedos.

—¡Sujétala! —gritó Maza—. ¡Se cae!

Kelsea notó que Pen le ponía un brazo alrededor de la cintura, pero el contacto con él le resultó desagradable, y se soltó. Se le nubló completamente la visión, al tiempo que vislumbraba un entorno que no reconocía: un pequeño compartimento y un cielo gris y amenazador. Presa del pánico, cerró los ojos, apretó mucho los párpados y volvió a abrirlos, esperando ver su sala de audiencias, a sus guardias, cualquier cosa que pudiera resultarle familiar. Pero no vio nada de todo eso. Maza, Pen, Bermond... Habían desaparecido todos.

2

Lily

Será una agradable travesía —dijo el señor Micawber jugando con su monóculo—, una simple travesía. La distancia es imaginaria.

David Copperfield,
CHARLES DICKENS (período pre-Travesía)

Al abrir los ojos se encontró ante un mundo gris oscuro, y ante nubes de tormenta que traían la promesa de lluvia. A lo lejos, a través del parabrisas, distinguía un cielo sombrío dominado por una hilera de siluetas gris oscuro.

Manhattan.

El coche pasó por un bache al cruzar el puente, y Lily miró por la ventanilla, molesta. Greg era quien se ocupaba de la economía doméstica, pero Lily le había oído contarle a Jim Henderson que pagaba un montón de dinero a la empresa de servicios por utilizar el puente. A cambio, se suponía que ellos se ocupaban del mantenimiento del pavimento. Pero no hacían muy bien su trabajo, y últimamente Lily veía baches y agujeros que cada vez tardaban más en reparar. Aun así, valía la pena no utilizar el puente público: su Lexus habría llamado la atención en una carretera pública, y se habrían expuesto a que los asaltaran. En cambio, los vigilantes de seguridad patrullaban regularmente por ese otro puente, privado, y por las carreteras que conectaban con él, y enseguida aparecerían agentes en cuanto Jonathan pulsara el botón de alarma. La seguridad bien valía unos cuantos baches.

Llegaron al final del puente y Lily miró, ansiosa, por la ventanilla a medida que el muro iba reduciéndose a una valla de escasa altura. Cada vez iba con menos frecuencia a la ciudad, y daba la impresión de que las cosas estaban empeorando; aun así, a ella le gustaba visitarla. Su casa de Nueva Canaán, un

edificio señorial de estilo colonial con columnas blancas, era preciosa, como las de todos sus amigos. Pero tanta uniformidad acababa aburriendo. Lily se esmeraba más cuando se vestía para sus ocasionales viajes al otro lado del muro que cuando lo hacía para ir a las cenas que ella misma organizaba; independientemente del peligro que entrañara, la excursión siempre parecía todo un acontecimiento.

Miró por encima del borde de la valla que discurría a lo largo de la carretera y vio las chabolas de los suburbios, cubiertas con bolsas de basura para protegerlas de la lluvia inminente. Había figuras informes, ociosas, arrimadas a las paredes y apiñadas bajo los aleros. La primera vez que Greg había llevado a Lily a Nueva York, justo después de casarse, la mayoría de los edificios ya estaban vacíos, y en las ventanas había letreros de SE ALQUILA. Los okupas ya habían arrancado hasta los letreros, y había tantos edificios abandonados que Seguridad ni se molestaba en acercarse al centro. Las ventanas sin persianas ni cortinas hacían que los edificios parecieran desocupados, pero no lo estaban; Lily se estremeció al pensar en lo que pasaba allí dentro. Drogas, crímenes, prostitución... Hasta había leído en la red que muchas veces habían matado a personas que dormían para robarles órganos. Al otro lado del muro no había reglas. Nada era seguro.

Greg decía que los que vivían allí eran unos vagos, pero Lily nunca lo había visto así. Sencillamente no tenían suerte; sus padres no eran ricos, como los suyos y los de Greg. Greg no era tan rígido cuando estudiaba en Princeton; a veces, los fines de semana, hasta trabajaba con personas sin hogar. Se habían conocido así: cuando ambos trabajaban de voluntarios en Trenton, en el último refugio para personas sin hogar que quedaba en New Jersey, aunque últimamente Lily se preguntaba cada vez más si Greg lo habría hecho solo para que figurara en su currículum; el verano siguiente había conseguido unas prácticas en la administración. Lily había estudiado literatura en Swarthmore, porque era lo único que le gustaba. Por entonces los libros estaban muy purgados, sin sexo ni blasfemias ni ninguna otra cosa que la administración Frewell considerara poco americana, pero a Lily seguían gustándole, porque podía hurgar bajo la esterilizada superficie para encontrar una buena historia. Le encantaba la vida de estudiante, y pensar en el futuro le producía pánico y sensación de que no controlaba la situación. Greg era el ambicioso, el que había trabajado los veranos en Washington, el que viajaba a Nueva York muchos fines de semana para relacionarse con los amigos de sus padres. A

Lily le gustaba eso, le gustaba que Greg pareciera llevar tan bien las riendas de su vida. Cuando consiguió un buen empleo, como ayudante del enlace de un contratista de defensa, y pidió a Lily que se casara con él después de la graduación, a ella le pareció un regalo del cielo. No tendría que trabajar; su única obligación consistiría en ocuparse de la casa y relacionarse con personas de su misma condición. Y encargarse de los niños, por supuesto, cuando llegaran. No podía decirse que eso fuera trabajar. Lily tendría mucho tiempo para ir de compras, leer, pensar. El coche pasó por otro bache, y Lily dio otra sacudida contra el asiento. Sus labios esbozaron una sonrisita: sí, le había tocado la lotería.

De repente empezó a llover a cántaros, y la lluvia golpeaba con fuerza el parabrisas y limitaba la visión de Lily. El cielo había ido oscureciéndose a lo largo del día, y muchas de las personas que vivían al otro lado de la valla llevaban algún tipo de bolsa sintética encima de la ropa para protegerse de la lluvia. Lily se preguntó si tendrían que buscar bolsas para cada tormenta o si reutilizarían las mismas una y otra vez.

—Vamos a tener que desviarnos, señora Mayhew —anunció Jonathan sin volver la cabeza.

—¿Por qué?

—Una explosión. —Señaló por el parabrisas, y Lily vio el resplandor de unas llamas a través de la lluvia, a poco más de un kilómetro. Sí, también había leído sobre eso: a veces los criminales trepaban y ponían explosivos en las autopistas privadas, para cerrar el paso a la gente y obligarla a tomar las carreteras públicas. Era otro de los numerosos peligros de viajar al otro lado del muro, pero mientras Jonathan no estuviera preocupado, Lily tampoco lo estaría. Greg había contratado a Jonathan para Lily tres años atrás, una semana antes de la boda. Jonathan era un buen guardaespaldas, y un chófer aún mejor; durante las guerras del petróleo, había estado a cargo de la seguridad de las caravanas de abastecimiento, y se conocía las carreteras del litoral oriental como la palma de la mano. Las calles elevadas por las que conducía ahora discurrían tan pegadas a los edificios que Lily solo alcanzaba a ver una fina línea de oscuridad por encima del borde. La joven se imaginó a las personas que había debajo y se le antojaron ratas que correteaban por la oscuridad. Embeth, una amiga suya del instituto, había ido a Nueva York después de la graduación para trabajar de niñera, pero Lily habría jurado que, unos años atrás, la había visto en una esquina de *lower* Manhattan, vestida con harapos,

con la cara sucia y el pelo como si hiciera años que no se lo lavaba. Solo había sido una imagen fugaz al pasar con el coche.

Pasaron por delante de las ruinas del Rockefeller Center, y Lily vio que alguien había grabado con láser unas palabras azules en la calzada, donde antes estaba la fuente; el grafiti era tan grande que se veía desde arriba, desde la carretera.

EL MUNDO MEJOR

Era el eslogan de Horizonte Azul, el grupo separatista, pero nadie sabía exactamente qué significaba. La mayoría de las actividades de Horizonte Azul consistían en volar cosas o piratear diversos sistemas del gobierno para causar problemas. El año anterior, cuando los separatistas habían presentado ante el Congreso una petición para separarse, Lily los había defendido; Greg, en cambio, decía que no, que había demasiado dinero en juego, que podían perder a demasiados clientes y deudores. Lily, que solo pensaba en la reducción de los crímenes violentos, lo consideraba un buen trato, pero no insistió. Greg estaba pasando una época de mucha tensión en el trabajo; estaba siempre nervioso, bebía demasiado. No se relajó del todo hasta que la petición fue rechazada.

Jonathan torció a la izquierda con suavidad, entró en el sótano del Plymouth Center y detuvo el coche ante la barrera de seguridad. Dos individuos armados con pistolas se acercaron al coche, y Jonathan les mostró su pase.

—La señora Mayhew tiene una cita con el doctor Davis en la planta cincuenta.

El vigilante se asomó a la parte trasera del coche.

—Baje la ventanilla.

Jonathan bajó la ventanilla de Lily, y ella se inclinó hacia delante mostrando el hombro izquierdo. El vigilante tenía un sencillo escáner portátil; tuvo que pasarlo varias veces por encima del hombro de Lily hasta que el aparato registró el código y emitió un débil pitido.

—Gracias, señora Mayhew —dijo el vigilante, y sonrió con frialdad. A continuación escaneó a Jonathan, y Lily se recostó de nuevo en el asiento de piel mientras el coche entraba despacio en el garaje.

El detector que había junto al ascensor lanzó un fuerte zumbido al pasar Lily por él: se había olvidado de quitarse el reloj. Era un trasto enorme, casi todo

de plata maciza, con la esfera de diamantes, y sus amigas siempre lo miraban con codicia cuando se lo ponía para ir al club. Para Lily, un reloj era un reloj, pero, como tantas otras cosas que le había regalado Greg, se lo ponía casi por obligación. Cuando hubo entrado por la puerta, se lo guardó en el bolso.

El ascensor emitió un pitido al leer el implante que Lily llevaba en el hombro. La etiqueta revelaría su ubicación si Greg decidía comprobarla, pero ¿y qué? Aparentemente, el doctor Davis era un profesional completamente respetable, y muchas mujeres acaudaladas iban a consultarle por sus problemas de fertilidad. Aun así, Lily notó que el sentimiento de culpabilidad la hacía ruborizarse. Siempre la descubrían cuando mentía y jamás había sabido guardar un secreto. Solo este, el mayor de todos los secretos; y cuanto más tiempo lo guardaba, más miedo tenía. Si Greg la descubría...

Pero no permitió que sus pensamientos se alejaran mucho por ese camino. Si lo hacía, daría media vuelta y saldría corriendo del edificio, y eso no podía permitírselo. Inspiró hondo varias veces, hasta que recuperó el valor y su pulso se ralentizó. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, torció a la izquierda y recorrió un largo pasillo con mullida moqueta verde. Pasó por delante de muchas puertas con letreros que anunciaban a médicos de diversas especialidades: dermatólogos, ortodoncistas, cirujanos estéticos. La del doctor Davis era la última puerta de la derecha: una puerta maciza de madera de nogal con una placa de latón que rezaba «Dr. Anthony Davis, especialista en fertilidad». Lily puso el pulgar sobre el lector y esperó unos segundos; miró hacia la diminuta cámara montada en el marco de la puerta, hasta que la lucecita roja se puso verde y se accionó la cerradura.

La sala de espera estaba abarrotada de mujeres. La mayoría eran como Lily: blancas, bien vestidas, con bolsos caros. Pero también había algunas de las calles, a las que las delataban el pelo y la ropa, y Lily se preguntó cómo habrían conseguido burlar la Seguridad. Una de ellas, una hispana embarazada de cinco o seis meses, se había apretujado en una silla al lado de la puerta. Respiraba entrecortadamente, agarrada a los brazos de la silla, y estaba pálida y asustada. Lily deslizó la mirada y vio que la mujer tenía la entrepierna de los vaqueros empapada de sangre.

Dos enfermeras salieron presurosas del despacho de recepción con una silla de ruedas y ayudaron a la mujer a sentarse en ella. La mujer se agarró el prominente vientre con ambas manos, como si tratara de sujetar lo que había dentro. Lily se fijó en que le resbalaban lágrimas por las mejillas mientras las

enfermeras se la llevaban en la silla de ruedas hacia las salas de exploración.

—¿En qué puedo ayudarla?

Lily se volvió hacia la recepcionista, una joven morena con una sonrisa impersonal en los labios.

—Lily Mayhew. Tengo una cita.

—Muy bien. Espere hasta que la llamemos, por favor.

No había más sillas vacías que la que aquella mujer acababa de dejar libre, con el asiento verde claro manchado de sangre. Lily no tenía intención de sentarse allí, así que se quedó apoyada en la pared, lanzando miradas furtivas a las otras pacientes. Había una mujer con una chica adolescente; era evidente que eran madre e hija. La chica estaba nerviosa, y su madre no, y Lily interpretó rápidamente la situación. Ella se había sentido igual la primera vez que su madre la había llevado a aquella consulta, consciente de que se trataba de una especie de rito iniciático, pero también de que había que guardarlo en secreto, y de que lo que sucedía allí era delito. Lily odiaba aquella cita, odiaba aquella consulta, odiaba que fuera necesaria; pero al mismo tiempo agradecía su existencia, y que hubiera gente que no le temía a Greg, ni a ningún otro Greg de este mundo.

Pero pensar en Greg ahora era un error; Lily sintió como si él estuviera asomándose por encima de su hombro, y esa idea hizo que empezara a sudar. Cada año que iba allí había más posibilidades de que la descubrieran, o Seguridad o el propio Greg. Greg quería tener hijos del mismo modo que quería tener un BMW o que Lily se pusiera su reloj con diamantes incrustados. Greg quería tener hijos para poder alardear de ellos ante el mundo. Todos sus amigos ya tenían dos hijos como mínimo, y algunos hasta tres o cuatro, y en el club y en las fiestas sus esposas lanzaban miradas de lástima a Lily. A Lily no le hacían ningún daño aquellas miradas, pero tenía que fingir que sí. En ocasiones hasta había conseguido derramar algunas lágrimas, hacer un pequeño berrinche pensando en Greg, una prueba sólida de lo que llegaba a lamentar su fracaso como esposa. Hubo un tiempo en que Lily había querido tener hijos, pero esa época parecía ya muy lejana, como si no perteneciera a su vida, sino a la de otra persona. Había sido el propio Greg quien había propuesto a Lily que acudiera a una clínica de fertilidad, sin saber que ella llevaba años visitando a la doctora Davis, y sin saber que le había puesto las cosas mucho más fáciles, pues Lily ya no necesitaría ocultarse.

Tras una larga espera, la doctora Anna se asomó por la puerta de vidrio y

llamó a Lily. La condujo hasta un despacho y corrió la cortina, dejándola allí con el clásico pijama de papel. La doctora Anna, una mujer de más de cincuenta años, era la esposa del doctor Davis. Era de las pocas doctoras que Lily había conocido. El mandato del presidente Frewell había comenzado cuando Lily tenía ocho años y había terminado cuando tenía dieciséis; entonces Lily era demasiado joven para entender la mayoría de las leyes Frewell. Pero sus leyes habían dejado un legado, y las facultades de medicina ya casi nunca admitían a mujeres. Lily, que por nada del mundo habría permitido que un desconocido mirara entre sus piernas, agradecía la existencia de la doctora Anna, aunque la doctora Anna tuviera la cara de malas pulgas de las institutrices de antaño, y aunque pareciera molestarle la presencia de Lily, como si esta la hubiera obligado a dejar asuntos más importantes. La doctora le formuló las preguntas rutinarias y tomó notas en su portapapeles, mientras Lily se afanaba en ceñirse el pijama de papel al cuerpo y trataba de taparse lo mejor que podía.

—¿Necesita más pastillas?

—Sí, por favor.

—¿Para todo el año?

—Sí.

—¿Cómo va a pagar?

Lily metió una mano en su bolso y sacó dos mil dólares en billetes. Greg le había dado ese dinero el fin de semana anterior para que fuera de compras, y Lily lo había escondido metiéndolo por un agujero del forro de su bolso. Luego había mentido y había dicho que se había comprado unos zapatos. El año anterior ya había utilizado otras veces el truco del agujero del forro, porque a Greg le había dado por inspeccionar sus cosas sin previo aviso. Ella no tenía ni idea de qué buscaba; como no encontraba nada, Greg le lanzaba a Lily una mirada torva, como si se sintiera engañado: la mirada del dependiente que no ha conseguido descubrir a alguien robando en su tienda. Esas inspecciones eran inquietantes, pero a Lily le preocupaban aún más aquellas miradas.

La doctora Anna cogió el dinero y se lo guardó en el bolsillo, y a continuación pasaron al incómodo y desagradable asunto de la exploración en sí, que Lily soportó apretando los dientes, fijando la mirada en el sencillo techo de yeso y pensando en la habitación de los niños. Greg y ella no tenían hijos, pero Lily había decorado la habitación después de la boda, cuando las

cosas eran de otra manera. La habitación de los niños era la única de la casa que le pertenecía por completo a Lily, y donde ella podía estar realmente sola. Greg necesitaba estar rodeado de gente, necesitaba a alguien que le respondiera. En la casa no había ningún sitio seguro; él podía irrumpir sin llamar en cualquier habitación, en cualquier momento, y reclamar atención. Sin embargo, en la habitación de los niños no entraba nunca. Después de retirar el instrumental y las muestras, la doctora Anna le dijo a Lily:

—La recepcionista le entregará los resultados de los análisis y le preparará las pastillas. Solo tiene que darle su nombre.

—Gracias.

La doctora fue hacia la puerta, pero antes de abrirla se detuvo un momento y se dio la vuelta; su cara de institutriz mostraba la misma expresión de siempre: de desaprobación y crispación.

—Debería saber que no mejorará por sí solo.

—¿Cómo dice?

—Él. —La doctora Anna deslizó la mirada hasta la alianza que Lily llevaba en el dedo—. Su marido.

Lily apretó con los dedos el bajo de la bata de papel.

—No sé qué quiere decir.

—Yo creo que sí lo sabe. Veo a más de quinientas mujeres al mes en este despacho. Los cardenales no mienten.

—Yo no...

—Además —continuó la doctora interrumpiendo a Lily—, es evidente que tiene dinero. No sé por qué no busca los anticonceptivos más cerca de su casa. Tal como están los precios en el mercado negro, hasta podría encontrar a un traficante que le llevara las pastillas a domicilio. A menos que le dé miedo que se entere su marido, claro.

Lily sacudió la cabeza: no quería ni oír hablar de aquello. A veces pensaba que todo iba bien, que no pasaba nada. Casi podía mantener esa ilusión, siempre que la verdad no saliera a la luz.

—Su marido no es su dueño.

Lily levantó bruscamente la cabeza, furiosa, porque la doctora Anna no sabía de qué estaba hablando. El matrimonio se reducía precisamente a eso: a la propiedad. Lily se había vendido para que alguien la cuidara, pagara las facturas y le dijera qué tenía que hacer. Sí, a veces tenía remordimientos, pero ese era el precio que había que pagar por apostar tan fuerte, como habría

dicho la madre de Lily. Sus padres no querían que se casara con Greg, pero Lily estaba convencida de que era lo mejor. De pronto, al pensar en sus padres, Lily sintió una intensa nostalgia de su antigua habitación, la de su casa de Pennsylvania, con la cama individual y la mesa de roble. Los muebles eran sencillos, no podían ni compararse con las cosas que Lily tenía ahora. Pero su habitación le pertenecía. Sus padres ni siquiera entraban sin antes llamar a la puerta. A Lily se le habían llenado los ojos de lágrimas; se las enjugó rápidamente con la mano y se le corrió el maquillaje.

—Usted no sabe de lo que habla.

La doctora Anna soltó una risotada amarga.

—Esa dinámica no cambia nunca, señora Mayhew. Créame, sé lo que digo.

—Solo lo ha hecho unas pocas veces —murmuró Lily, pese a comprender que cometía un error al responder. Siempre le había molestado la actitud fría e impersonal de la doctora Anna, y ahora, en cambio, la añoraba—. Este año ha tenido que soportar mucha presión en el trabajo.

—¿Su marido es un hombre poderoso?

—Sí —respondió Lily mecánicamente. Eso era lo primero que le venía a la mente acerca de Greg: que era un hombre poderoso. Trabajaba para el Departamento de Defensa, como enlace civil entre los militares y los fabricantes de armas. Su departamento supervisaba el suministro a todas las bases militares de la Costa Este. Medía un metro noventa y había jugado al fútbol americano en la universidad. Había conocido al presidente. Lily no tenía adónde huir.

—Aunque así sea, hay sitios adonde podría ir. Sitios donde podría esconderse.

Lily negó con la cabeza, pero era imposible explicárselo a la doctora. A veces había mujeres que huían, incluso en Nueva Canaán; el año anterior, Cath Alcott había metido a sus tres hijos en el Mercedes de la familia y se había largado. Seguridad había encontrado el coche abandonado en Massachusetts, pero según Lily tenía entendido, no habían vuelto a saber nada de Cath. John Alcott, un tipo corpulento y callado que a Lily siempre la había puesto un poco nerviosa, había contratado a una empresa privada para que buscara a su mujer, pero no había servido de nada. Ni siquiera encontraron el rastro de su implante. Cath había hecho lo que parecía imposible: había conseguido huir y llevarse a sus hijos.

Pero Lily nunca podría desaparecer, aunque no tuviera hijos con los que

cargar. ¿Dónde iba a vivir? ¿Cómo se iba a alimentar? Todo el dinero estaba a nombre de Greg; los grandes bancos ya no abrían cuentas individuales a las mujeres casadas. Aunque hubiera conocido a alguien capaz de proporcionarle una nueva identidad —y no era el caso—, no tenía ningún oficio. Se había graduado en la universidad con un título de Literatura. Nadie la contrataría, ni siquiera para limpiar casas. Cerró los ojos y vio a los sin hogar de Manhattan protegiéndose con bolsas de basura, apiñándose bajo los puentes de las autopistas, peleando por unas sobras de comida. Aunque llegara hasta allí, no sobreviviría ni un solo día en ese mundo.

—Bueno, piénseselo —dijo la doctora Anna, y volvió a adoptar un semblante severo—. Nunca es demasiado tarde.

Se metió una mano en el bolsillo, sacó una tarjeta y, con una mirada interrogante a Lily, la deslizó en su bolso, que estaba encima de una silla. Entonces salió de la habitación y cerró la puerta.

Lily se bajó de la mesa de exploraciones, tapada con una hoja de papel protectora, y, con cuidado, se quitó la bata de papel de modo que no se rompiera; sus padres le habían inculcado que quien no malgasta no pasa necesidades, y a veces esas enseñanzas todavía la condicionaban, incluso en cosas tan tontas como una bata de papel que no se podía reutilizar. Agachó la cabeza y se miró, y vio unos cardenales con forma de huellas en los brazos, por donde la había agarrado Greg el martes anterior. El resto de cortes y cardenales de aquella otra noche aciaga de hacía casi un mes ya se le habían curado, pero esas nuevas marcas significaban que durante un tiempo no podría ponerse nada sin mangas, y a Greg le gustaba que llevara blusas sin mangas.

Empezó a vestirse tratando de no fijarse en el resto de su cuerpo. Greg había estado sometido a mucha presión (eso, por lo menos, no era mentira), y después se había arrepentido. Pero ya no podía decir que solo hubiera pasado «un par de veces». Hasta ahora habían sido seis, y Lily las recordaba todas con detalle. Podía mentir a la doctora Anna, pero no tenía sentido que disfrazara la verdad para engañarse a sí misma. Greg estaba cada vez peor.

Al salir del ascensor, Lily encontró a varios miembros de Seguridad apiñados alrededor de un individuo bien vestido que estaba junto al detector. A Lily le pareció un hombre respetable, con algunas canas y un traje azul marino muy elegante. Pero los vigilantes se lo llevaron precipitadamente detrás del mostrador, por una puerta blanca con la palabra «Seguridad» pintada con letras negras. Cuando cerraron la puerta, ya no se oyó nada.

Bajo la atenta mirada de los dos vigilantes que se habían quedado en sus puestos, Lily fue hacia el Lexus que la esperaba. Acababa de asaltarla un recuerdo terrible: las coletas rubias de Maddy desapareciendo por la puerta. A veces Lily conseguía no pensar en Maddy durante meses, hasta que de pronto veía algo: una mujer a la que sacaban de su coche; Seguridad llamando a una puerta; o sencillamente una visión fugaz, desde lejos, de alguno de los extensos centros de detención que había a lo largo de la I-80. Maddy ya no estaba, pero cualquier pequeño detalle podía recordársela. Lily abrió la portezuela del coche con rabia y apartó esa imagen de su mente. Aquella pequeña expedición ya era bastante difícil por sí sola; solo faltaba que la acompañara el recuerdo de Maddy.

—¿A casa, señora Mayhew? —preguntó Jonathan.

—Sí, por favor —contestó Lily, y sintió la misma extraña mezcla de emociones que siempre despertaba en ella esa palabra, mitad consuelo y mitad repulsión—. A casa.

Cuando Jonathan la dejó en su casa, Lily fue derecha a la habitación de los niños.

Greg todavía no había llegado, y la casa estaba vacía; solo se oía el murmullo de los circuitos ocultos en el interior de las paredes. Se suponía que Jonathan no debía separarse de Lily en ningún momento, ni siquiera dentro de la casa, pero cuando la joven oyó el acelerón del motor en la calle, supo que su guardaespaldas había vuelto a marcharse. Muchas veces, él se ocupaba de otros asuntos durante la jornada laboral, en ocasiones a horas extrañas, pero Lily nunca se lo había comentado a Greg. En Nueva Canaán nunca se sentía insegura cuando estaba sola. El muro que rodeaba la ciudad tenía seis metros de alto y estaba coronado con alambre electrificado. Allí nunca se cometían delitos; o, al menos, se corrigió Lily, no había delitos violentos. La ciudad estaba llena de ladrones respetuosos de la ley.

La habitación de los niños era una estancia espaciosa y aireada de la planta baja. Lily la había escogido porque estaba al lado de la cocina, pero también porque daba a una pequeña terraza de ladrillo con vistas al jardín trasero. Le había gustado la idea de poderse llevar a un bebé afuera y darle de comer a la sombra de los olmos. De eso hacía tres años, aunque parecía una eternidad; ahora, tener un hijo de Greg era algo que había que evitar a toda costa.

Como la pareja no había tenido hijos, la habitación había pasado a ser de Lily por defecto. Además, Greg era de esa clase de hombres a los que no se les ha perdido nada en el cuarto de los niños; su padre, a quien Lily detestaba, había educado a Greg con ideas muy bien definidas de qué era masculino y qué no, y una habitación llena de animales de peluche no entraba en lo que sí lo era. El hecho de que Lily siguiera sin quedarse embarazada hacía que el cuarto de los niños lo atrajera aún menos, y pese a los juguetes repartidos por todas partes, la habitación había adquirido cierto aire de cuarto de estar victoriano reservado a las mujeres: un espacio tranquilo y relajante donde nunca entraban hombres. A veces, cuando Lily recibía la visita de alguna amiga, tomaban café allí, pero siempre eran mujeres, nunca hombres.

Como es lógico, el sistema de vigilancia de la casa estaba configurado de tal forma que Greg podía ver a su mujer en el cuarto de los niños incluso desde el trabajo. Pero Lily ya se había ocupado de ese problema grabando horas y horas de secuencias inocuas —Lily haciendo calceta, dormitando, incluso contemplando la cuna con nostalgia, así como cantidad de secuencias de la habitación vacía— e intercalándolas en las secuencias reales. Greg no era demasiado hábil con los ordenadores; en casa de sus padres, siempre se lo hacían todo la niñera, el profesor particular, los guardaespaldas. Ahora, en el trabajo, tenía una secretaria que se ocupaba de todos los aspectos de su vida. Lily, en cambio, entendía un poco de informática, al menos lo suficiente para alterar el sistema de vigilancia. Maddy era bastante buena *hacker*; los dos años anteriores a su desaparición —a su secuestro, se corrigió Lily; era un detalle que nunca se permitía olvidar—, Maddy los había pasado prácticamente encerrada en su habitación, y había dedicado muchas horas a su ordenador. Pero a veces Maddy le mostraba cosas interesantes, y esa era una de ellas: cómo modificar las secuencias obtenidas por una cámara de vigilancia. Si algún día Seguridad decidía revisar su sistema de vigilancia, Lily necesitaría un nuevo truco, pero por suerte el puesto de enlace militar de Greg significaba que ambos eran ciudadanos respetables, y por tanto se suponía que sus grabaciones domésticas no estaban intervenidas. Lily tenía la sospecha —confirmada por el hecho de que seguía sin ser descubierta— de que a Greg no le gustaba ver el cuarto de los niños, ni siquiera en un monitor. Si alguna vez la vigilaba mientras ella estaba allí, seguramente se limitaba a echar un breve vistazo o, en cualquier caso, no lo bastante largo como para relacionar lo que veía con secuencias anteriores. De momento funcionaba. El

tiempo que pasaba en el cuarto de los niños era suyo y solo suyo. Incluso ese último año, cuando Greg invadía cada vez más sus reductos de intimidad, aquel lugar seguía siendo seguro.

Lily cerró la puerta y llevó las pastillas al escondite bajo la baldosa del rincón. Aunque a Greg se le ocurriera entrar allí, ella dudaba que fuera capaz de detectar la baldosa suelta, pues quedaba perfectamente disimulada. A lo largo de los años, Lily había escondido mucho contrabando allí: dinero en efectivo, analgésicos, libros en rústica viejos. Pero no había nada tan importante como las pastillas, que Lily ordenaba en montoncitos de tres cajas bajo al baldosa. Se quedó mirándolas y se preguntó por enésima vez por qué era tan diferente a todas sus amigas, por qué no quería ser madre. No tener hijos suponía un fracaso; oía ese mensaje constantemente, en boca de sus amigas, del ministro, de los boletines gubernamentales online (en los diez últimos años, estos se habían vuelto cada vez más histéricos, al cuadruplicarse la proporción de pobres respecto a ricos). Ahora había, incluso, incentivos fiscales, deducciones para personas por encima de cierto nivel de ingresos que tuvieran varios hijos. Visto desde fuera, Lily había fracasado en su misión más importante, pero solo podía fingir la pena que habrían sentido sus amigas. En el fondo, daba gracias a Dios por las pastillas. No estaba preparada para tener hijos, y mucho menos con Greg, que cada vez estaba peor. Aquella noche de la semana anterior... Lily había intentado no volver a recordarla, pero de pronto estalló la burbuja que tenía en la cabeza, y, por primera vez, se planteó en serio la posibilidad de una nueva vida.

Se planteó huir.

Hasta Lily sabía que el mundo estaba lleno de lugares oscuros donde esconderse. Volvió a acordarse de Cath Alcott, que había metido a sus hijos en un coche y se había esfumado. ¿Lo tendría Cath todo planeado? ¿Se habría unido a los separatistas? ¿O se habría establecido de nuevo en algún otro sitio como una ciudadana normal y corriente, con un nombre nuevo y una cara nueva? Existían falsificadores y cirujanos que se ocupaban de eso.

«Pero yo no tengo dinero.»

Ese era el verdadero escollo. El dinero proporcionaba opciones, la capacidad de desaparecer. Lily habría podido pedir ayuda a su madre, pero en realidad su madre tampoco tenía dinero; cuando murió su padre, la empresa para la que trabajaba alegó que había incumplido su contrato de trabajo, y por lo tanto no había pensión. A su madre apenas le alcanzaba para pagar los

impuestos sobre la propiedad de la casa. Pero, aunque su madre hubiera sido rica, no habría querido ni oír hablar de los problemas de Lily con Greg. En su opinión, Lily se había buscado su propia ruina. Tenía muchos amigos en Nueva Canaán, pero ningún amigo de verdad. No tenía a nadie en quien pudiera confiar, nadie que estuviera dispuesto a ayudarla en una cosa así, y de pronto sintió odio por la doctora Anna; la odiaba con toda su alma por intentar alterar el *statu quo*. No tenía sentido que Lily se asomara para atisbar el horizonte en busca de un mundo mejor que estaba fuera de su alcance.

A lo máximo que podía aspirar era a lo que ya tenía: conseguir las pastillas todos los años y no tener que entrar en aquella casa con un bebé.

—¡Lil!

Dio un respingo: había llegado Greg. En la pared, el panel correspondiente a la puerta de la calle se había iluminado y parpadeaba, pero ella no se había dado cuenta.

—¡Lil! ¿Dónde estás?

Colocó la baldosa en su sitio, se levantó y se apresuró a alisarse la falda. Al salir pulsó en el panel de la pared y, mientras bajaba la escalera, recibió la recompensa del discreto y reconfortante zumbido de la casa, que empezaba a preparar la cena.

Greg había ido derecho al bar. Ese era otro detalle que había observado Lily últimamente: antes, su marido solo bebía cuando había pasado algo bueno en el trabajo, mientras que de un tiempo a esta parte lo hacía todas las noches, y cada vez ingería mayores cantidades de alcohol. Eso no siempre significaba que la noche fuera a terminar mal para Lily; no obstante, era inevitable fijarse en la correlación. Ahora, Greg iba de inmediato a buscar el alcohol todas las noches, y bebía como si tratara de huir de algo.

—¿Cómo ha ido la cita?

—Bien. El doctor Davis dice que lo ve mejor.

—¿Qué es lo que ve mejor? —Fue hacia ella con el vaso en una mano y la abrazó por la cintura.

—Cree que mi cuerpo responderá bien a una cosa que se llama Demiprene. Sirve para estimular mis ovarios.

—¿Para que liberen óvulos?

—Sí. —Las mentiras salían con facilidad, bien ensayadas, por la boca de Lily. Lo había investigado dos años atrás, consciente de que llegaría un momento en que Greg exigiría información real sobre lo que estaba pasando

con su sistema reproductor. Pero las preguntas de Greg eran cada vez más concretas, y Lily había empezado a tener la inquietante sensación de que él también estaba investigando por su cuenta.

—Hoy me han dado una buena noticia —comentó Greg, y ella se relajó un poco; esa noche no habría interrogatorio.

—¿Ah, sí?

—Ted me ha dicho... Bueno, me ha insinuado que el año que viene quedará libre una plaza de Enlace Senior. Sam Ellis se jubila. Dice Ted que soy candidato al puesto.

—¡Qué bien!

Greg asintió, pero ya había empezado a servirse otro whisky. Lily se dio cuenta de que algo lo atormentaba.

—¿Qué pasa?

—Ted ha dicho que soy candidato, pero cuando ya me marchaba ha hecho un comentario socarrón. Creo que lo ha dicho en broma, pero...

—¿Qué ha dicho? —preguntó Lily, pero era solo una rutina, la rutina de reconfortar a su marido al final de la jornada. En realidad ya lo sabía.

Las mejillas de Greg se habían teñido de un rojo intenso.

—Ha dicho que, de no ser por mi pequeño problema, ya me habrían nombrado Enlace Senior el año pasado.

—Lo ha dicho en broma.

—Las dos primeras veces quizá sí. Ahora ya no lo creo.

Lily le tomó una mano y trató de proyectar más comprensión de la que sentía. Greg estaba sometido a una gran presión, desde luego, pero era una presión con la que ella no podía identificarse. Ella nunca había sido ambiciosa. Le tenía sin cuidado que Greg consiguiera o no un cargo senior, mientras tuvieran un techo bajo el que cobijarse y pudieran llevar una vida decente. Las otras esposas del club se enorgullecían muchísimo de los progresos de sus maridos, como si todos estuvieran todavía en el instituto, donde salir con el nuevo *quarterback* del equipo de fútbol americano significaba que, de alguna manera, eras superior a todas las otras chicas de tu clase. Pero Lily no. Greg tenía un buen empleo y caía bien a sus superiores. Su puesto de trabajo no estaba amenazado. ¿A quién coño le importaba que se convirtiera en el Enlace Senior más joven de la historia del Pentágono?

«A Greg», se recordó. Sin embargo, eso ya no significaba gran cosa para ella. Le habría resultado mucho más fácil alegrarse por su marido si él hubiera

mostrado un poco de interés recíproco. En los inicios de su matrimonio, las cosas habían funcionado mejor, y Greg había respetado mucho más su autonomía. Sin embargo, el tono había cambiado, y ahora evaluaba todos los actos de Lily en relación con sus posibilidades de éxito profesional, como si ella no fuera más que un motor propulsor del cohete de Greg. Con aquellas anécdotas que le contaba de la oficina siempre venía a decir lo mismo, y si bien era cierto que con ellas Greg buscaba apoyo moral, también eran una forma de acoso. El mensaje estaba claro: el útero marchito de Lily estaba obstaculizando su carrera. Él jamás se había planteado la posibilidad de que sus testículos pudieran tener algo que ver. Lily notó que la rabia ascendía por su garganta, pero entonces Greg se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en la barra, y se tapó la cara con ambas manos. No lloraba; Greg nunca lloraba: su odioso padre le había quitado esa costumbre a bofetadas mucho antes de que Lily apareciera en escena. Pero nunca había estado tan cerca de las lágrimas.

—Greg. —Lily se mordió la lengua e intentó armarse de valor. Había sacado el tema a colación dos veces, el primer año de su matrimonio, pero Greg no había querido saber nada; sin embargo, esta vez quizá sí estuviera dispuesto a escuchar. Lily le cogió una mano—. Mira, no pasa nada. Tampoco es tan grave.

Él levantó la cabeza y la miró como si la viera por primera vez.

—¿Cómo dices?

—Hay muchas parejas que no tienen hijos. A lo mejor no es tan grave.

—Pero ¿qué estás diciendo? Tú siempre has querido tener hijos.

«¡No, no quería!» Se mordió la lengua, pero las palabras resonaban en su cabeza. «¡Tú siempre has dado por hecho que quería! ¡Nunca lo hemos hablado! ¡Nunca me lo has preguntado siquiera!»

Lily tragó saliva y trató de controlar su ira. Era su marido, y antes podían hablar abiertamente, a veces durante horas seguidas. Le acarició el pelo, inspiró hondo y prosiguió:

—No me importa que no tengamos hijos, Greg.

Él la abrazó y soltó una risita de incredulidad.

—Eso lo dices por decir.

—No, en serio. —Se apartó y lo miró a los ojos—. No pasa nada, Greg.

Él dio un paso atrás y la miró, dolido.

—Crees que soy infértil, ¿verdad?

—No, claro que no...

La agarró por los hombros y le hincó los dedos en la parte blanda de encima de las clavículas. Lily creyó notar cómo empezaban a formarse los cardenales.

—Porque no lo soy.

—Ya lo sé —murmuró Lily, y desvió la mirada. Empezó a encogerse por dentro, como si su personalidad buscara algún rincón donde esconderse. ¿Qué sentido tenía insistir, si con eso solo conseguía que Greg se pusiera peor?

La zarandeó, y Lily oyó el ruido de sus dientes al entrechocar.

—¿Qué has dicho?

—Que ya sé que no eres estéril. Tienes razón. Es importante.

Greg la observó entornando los ojos un momento más; entonces sonrió, y el buen humor volvió a dominar en su semblante.

—Ya lo creo, Lil. Y ya sé qué podemos hacer. He tenido una idea.

—¿Ah, sí?

Greg sacudió la cabeza y esbozó una sonrisita, como un crío que sabe que ha hecho una travesura.

—Primero tengo que investigarlo y asegurarme de que es viable.

Lily no tenía ni idea de qué era eso que su marido estaba planteándose, pero no le gustó nada aquella sonrisita. Le recordó aquella vez, en la universidad, en que investigaron a los alumnos de la residencia de Greg por agredir a un candidato. Pese a los esfuerzos que hizo Princeton, la noticia se extendió por todos los otros campus. Cuando Lily le preguntó a Greg qué había pasado, él le aseguró que no había tenido nada que ver, pero ella había visto en sus ojos aquel mismo brillo. Sin embargo, Lily era más joven entonces, y no lo bastante perspicaz para sospechar la verdad.

—El doctor Davis dice que todavía hay muchas posibilidades.

—El doctor Davis está tardando demasiado.

Lily se quedó inmóvil, casi paralizada, y él la abrazó.

—Piensa lo maravilloso que sería que tuviéramos un bebé, Lil. Serías una madre estupenda.

Lily asintió, aunque notaba como si tuviera una pelota de tenis atascada en la garganta. Imaginó que estaba embarazada, que tenía el hijo de Greg dentro, y la recorrió una oleada de repugnancia que le hizo estremecerse. Greg la abrazó más fuerte.

—Lil, dime que me quieres.

—Te quiero —obedeció Lily, y él la besó en el cuello mientras deslizaba

una mano hacia sus pechos. Lily tuvo que hacer un esfuerzo para aguantar y no rehuirlo. No entendía que unas palabras que para ella sonaban tan automáticas pudieran complacer tanto a Greg. Quizá lo único que necesitara fuera la estructura de las cosas. Quizá para él la calidad fuera un concepto diferente, demasiado confuso.

«Antes me gustaba este hombre», pensó Lily. Era verdad: le gustaba, cuando ambos eran jóvenes y estudiaban en la universidad y Lily no se enteraba de nada; cuando Greg le hacía regalos bonitos y ella confundía eso con el amor. Greg decía que la quería, pero su definición de esa palabra se había transformado en algo oscuro e invasivo. Sarah, la amiga de Lily, decía que el amor era diferente en cada matrimonio, pero aquel día ella también tenía un ojo morado, y ni ella misma se creía las perogrulladas que decía.

«No lo sabe —se dijo Lily—. Todavía no sabe lo de las pastillas.»

Pero eso ya no la tranquilizaba. Lily sabía que no iba a poder recurrir a las pastillas siempre, aunque durante mucho tiempo le habían proporcionado una protección casi mágica; para ella tenían el mismo carácter de talismán que el cuarto de los niños. Hasta las noches malas habían sido más fáciles de sobrellevar sabiendo que una parte de ella estaba a salvo, por lo menos, y que Greg no podría salirse con la suya en todo. Pero conocía esa sonrisita; la conocía muy bien. Greg había conseguido casi todo lo que se había propuesto en la vida, generalmente con la entusiasta aprobación de su padre, y ahora, de nuevo, estaba tramando algo. Fuera lo que fuese lo que planeara, estaba claro que el *statu quo* no aguantaría mucho tiempo. Greg le había deslizado una mano por debajo del vestido, y Lily hizo cuanto pudo para no moverse, para no apartarlo de sí. Se planteó decir «no» —ya llevaba meses planteándose lo —, pero ese «no» habría dado pie a una conversación que todavía no estaba preparada para mantener. ¿Qué le contestaría cuando él le preguntara por qué? Cerró los ojos e imaginó su cuarto de los niños, aquel sitio tranquilo donde no había intrusiones, ni violaciones, ni...

Kelsea parpadeó y vio que estaba en su biblioteca, un lugar que afortunadamente conocía. Estaba de pie ante sus estanterías, y Pen estaba a su lado, a un palmo de distancia. Por un momento le pareció que todo daba vueltas, pero entonces vio los libros, los libros de Carlin, y notó que la realidad se solidificaba a su alrededor y que el Pabellón Real se recomponía

con firmeza en su mente.

—¿Estáis bien, Señora?

Se frotó los ojos con el talón de una mano. El fuego de la chimenea del rincón hizo un silbido que la sobresaltó, pero solo era el fuego, que se apagaba en las primeras horas de la mañana.

—Estaba soñando —murmuró Kelsea—. Era otra persona.

Pero «soñando» no era la palabra exacta. Kelsea todavía notaba las manos de aquel hombre hincándose en sus hombros, donde después le saldrían cardenales. Recordaba cada pensamiento que había pasado por la cabeza de aquella mujer.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —preguntó a Pen.

—Lleváis casi tres horas deambulando por el Pabellón, Señora.

¡Tres horas! Kelsea se tambaleó un poco y se aferró al borde de la estantería.

—¿Por qué no me has despertado?

—Teníais los ojos abiertos, Señora, pero no nos veíais ni nos oíais. Andalie nos ha dicho que no os tocáramos porque da mala suerte tocar a un sonámbulo. Pero yo no me he apartado de vos, para asegurarme de que no os lastimabais.

Kelsea fue a protestar y decir que ella no era sonámbula, pero no llegó a hacerlo. Había algo rondando por su memoria, algo que podía ayudarle a entender. ¡Ah, sí, la mujer del Almont! Kelsea ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero seis semanas atrás había visto, con los ojos de esa mujer, cómo Thorne se llevaba a sus dos hijos. Aquello tampoco había sido un sueño; las imágenes eran demasiado claras, demasiado vívidas. Pero lo que Kelsea acababa de experimentar era aún más nítido. Conocía a esa mujer; conocía el entramado de su mente tan bien como el de la suya propia. Se llamaba Lily Mayhew, vivía en la América pre-Travesía y estaba casada con un desgraciado. Lily no era un producto de la imaginación de Kelsea. Todavía podía visualizar gran cantidad de imágenes que ella nunca había visto, maravillas perdidas siglos antes de la Travesía: automóviles, rascacielos, pistolas, ordenadores, autopistas. Y también veía la cronología, la sucesión de acontecimientos políticos que siempre se les escapaban a los historiadores del período pre-Travesía como Carlin, pues no tenían registros escritos con los que trabajar. Carlin sabía que uno de los principales factores que habían provocado la Travesía era la disparidad socioeconómica, pero gracias a Lily, ahora Kelsea sabía que el problema era mucho peor de lo que creía. América

había degenerado en una auténtica plutocracia. Las diferencias entre ricos y pobres se habían ido ampliando a un ritmo constante a finales del siglo XX, y cuando nació Lily —en 2058; Kelsea supo el año sin ningún problema—, más de media América estaba en el paro. Las empresas habían empezado a acumular las escasas provisiones de alimentos para venderlos en el mercado negro. Gran parte de la población eran personas sin hogar o fuertemente endeudadas, y la desesperación y la apatía, combinadas, habían permitido que saliera elegido un hombre llamado Arthur Frewell... Y ese era un nombre que Kelsea había oído mencionar en numerosas ocasiones a Carlin, quien hablaba del presidente Frewell y de su Ley de Poderes de Excepción con el mismo tono con que hablaba de Hiroshima o el Holocausto.

—¿Estáis bien, Señora?

—Sí, Pen. Déjame pensar. —De pronto la habían asaltado los recuerdos: sentada en la biblioteca, cinco o seis años atrás, mientras la voz punzante de Carlin resonaba en las paredes.

—¡La Ley de Poderes de Excepción! ¡Una lección de nomenclatura creativa! Una legislación sincera la habría llamado, simplemente, ley marcial. Recuerda también esto, Kelsea: el día que declares la ley marcial habrás perdido el juego del gobierno. Ya puedes quitarte la corona y huir durante la noche.

Según Carlin, la Ley de Poderes de Excepción se había creado para afrontar una amenaza creciente y muy real de terrorismo doméstico. A medida que se ampliaban las diferencias económicas, proliferaban por toda América los movimientos separatistas. El mundo mejor... En la visión de Kelsea aparecía ese lema escrito con letras azules de diez metros de alto. Pero ¿qué significaba? Le habría encantado saberlo. Verlo. Miró sus dos collares con la esperanza de ver brillar las piedras, como habían hecho cuando había despertado de aquella terrible visión en el Almont. Pero estaban apagados. La última vez que recordaba haberlos visto iluminarse era aquella noche en el puerto del Argive, cuando había provocado el diluvio. Kelsea se preguntó, por primera vez, si las joyas se habrían consumido, por así decirlo. En el Argive habían obrado un milagro extraordinario, pero, al parecer, eso había agotado toda su energía. Tal vez ya no fueran más que dos joyas normales y corrientes. Esa idea le produjo alivio e, inmediatamente después, temor. Los mort estaban concentrándose en la frontera, y cualquier arma sería de ayuda, incluidas aquellas dos joyas inconstantes e imprevisibles. No, no podían haberse

apagado.

—Deberíais acostaros, Señora —dijo Pen.

Kelsea hizo un gesto afirmativo mientras seguía dándole vueltas a aquella extraordinaria visión. Pasó una mano por los lomos de los libros, como tenía por costumbre; su solidez la tranquilizaba. Estuviera sonámbula o no, no le sorprendía haber acabado allí. Siempre que necesitaba reflexionar sobre algún problema, iba a la biblioteca, porque rodeada de libros pensaba mejor. Aquellas hileras limpias y alfabetizadas le proporcionaban algo en lo que fijar la vista, algo que examinar mientras su mente divagaba. Carlin también utilizaba su biblioteca como refugio y solaz, y Kelsea creía que a Carlin le habría gustado saber que ella encontraba el mismo consuelo allí. Empezaban a llorarle los ojos, pero se apartó de la estantería y Pen la acompañó fuera de la biblioteca.

Andalie esperaba a Kelsea en su cámara, pese a que el reloj indicaba que eran más de las tres de la madrugada. Su hija pequeña, Glee, dormía en sus brazos.

—Es muy tarde, Andalie. Deberías estar acostada.

—No importa. De todas formas, estaba despierta. Mi Glee ha vuelto a caminar dormida esta noche.

—Ah. —Kelsea se descalzó—. Me han contado que es una sonámbula muy astuta. Dice Maza que la semana pasada la encontró deambulando por las dependencias de la guardia.

—Maza habla demasiado, Señora.

Kelsea arqueó las cejas. Había sido un comentario sentencioso, pero no sabía cómo interpretarlo.

—Bueno, esta noche no necesito ayuda. Puedes ir a acostarte.

Andalie saludó con la cabeza y salió de la alcoba con su hija en brazos.

A continuación, Pen hizo una pequeña reverencia.

—Buenas noches, Señora.

—No hace falta que me hagas reverencias, Pen.

El humor hizo chispear los ojos de Pen, pero el joven no dijo nada; hizo otra reverencia, se retiró a su antecámara y corrió la cortina.

Kelsea se quitó el vestido y lo tiró en el cesto de la ropa. Se alegraba de no haber tenido que insistir para que Andalie se marchara. A veces, Andalie consideraba, por lo visto, que era su obligación ayudar a Kelsea a desvestirse. Pero Kelsea no se habría sentido cómoda desnudándose delante de otra

persona. Andalie había colgado un espejo de cuerpo entero en la pared, junto al tocador de Kelsea, pero si con eso intentaba curar a Kelsea de sus complejos, había escogido la táctica equivocada. Aquel sencillo montaje planteaba un sinfín de retos: Kelsea quería mirarse en el espejo, pero al mismo tiempo no quería, y siempre acababa mirando, y entonces se odiaba a sí misma. Lo que veía reflejado allí no le gustaba, sobre todo desde que se había trasladado al Pabellón Real, donde vivía rodeada de mujeres hermosas. Pero aún sentía una aversión mayor por su madre, la reina Elyssa, quien, según le habían contado, pasaba horas acicalándose ante el espejo. Al final, Kelsea había llegado a un acuerdo: cuando pasaba por delante del espejo se lanzaba una mirada fugaz, suficiente para comprobar que iba peinada y que no llevaba manchas de tinta en la cara. Cualquiera otra cosa la habría considerado vanidad.

Esta vez, al verse en el espejo, se quedó paralizada. Había adelgazado.

Parecía imposible, pues se movía menos ahora que cuando había llegado a la Ciudadela. Tenía demasiadas cosas que hacer todos los días, y la mayoría tenía que hacerlas sentada, o en el trono o en su mesa de la biblioteca. Llevaba semanas sin entrenar, y al anochecer siempre había abandonado su intención de comer menos, que por la mañana parecía una meta alcanzable. Pero no podía negar lo que estaba viendo. Sus piernas se habían adelgazado, y tenía los huesos de las caderas más pronunciados. Su vientre, del que siempre se había avergonzado debido a la apariencia de cáscara de naranja de la piel, se había alisado y solo mostraba una ligera redondez. Se acercó un poco más al espejo, de puntillas, y se examinó los brazos. Los bíceps también se habían adelgazado y se estrechaban suavemente hacia los antebrazos. Pero ¿cuándo se había producido esa transformación? Hacía menos de una semana, eso seguro, porque se había mirado de reojo en el espejo antes de la última reunión con Hall y no había detectado esos cambios. Se fijó en su cara y se llevó una desagradable impresión, pues al parecer algo había cambiado también en ella... Pero al cabo de un momento comprendió que solo había sido un efecto de la luz del fuego de la chimenea.

«¿Qué me pasa?»

¿Debía pedirle a Maza que llamara al médico? Esa idea no la atraía. Maza no creía que nadie necesitara un médico a menos que estuviera muriendo desangrado, y el médico mort de Coryn era carísimo. ¿Cómo iba a llamarlo solo porque había adelgazado un poco? No estaba herida, ni sangraba. Se

encontraba bien. Podía esperar y estar atenta, y si detectaba algo más, entonces se lo diría a Maza o a Pen. Al fin y al cabo, últimamente había soportado mucha presión.

El fuego hizo un chasquido detrás de ella, y Kelsea se volvió rápidamente. Por un instante creyó que había alguien delante de la chimenea, observándola. Pero no, no había nada, solo sombras. Pese al calor del fuego, de pronto su alcoba parecía haberse enfriado; se miró por última vez en el espejo, preocupada; se puso la camisa de dormir y subió a la cama. Apagó la vela y metió los pies bajo el cálido montón de mantas; luego tiró de ellas y se tapó hasta la fría nariz. Intentó relajarse, pero detrás de sus párpados, cerrados, apareció espontáneamente la misma imagen que ya llevaba semanas atormentándola: el ejército mort, una venenosa marea negra que descendía por los Montes Fronterizos hacia el Almont, devastándolo todo a su paso. Los mort todavía no habían entrado en el Tear, pero entrarían. Maza y Arliss habían estado abasteciéndose en previsión de un asedio y reforzando el perímetro de la ciudad, pero a diferencia de Bermond, Kelsea no se engañaba a sí misma: cuando los mort llegaran a la ciudad y pusieran todo su empeño en abrir una brecha en las murallas, las fortificaciones de último momento no lograrían repelerlos. Volvió a acordarse de Lily Mayhew, que también vivía en una ciudad rodeada de un alto muro. La vida de Lily debía de encerrar alguna lección, debía de servir para algo... Pero no se le ocurría qué.

Se tumbó boca arriba y se quedó contemplando la oscuridad. Su madre se había enfrentado a la misma situación sin salida y había acabado vendiendo el Tearling. Kelsea la odiaba por eso, sí, pero ¿qué otra cosa podía hacer ella? Agarró sus zafiros, deseando que ellos le dieran una respuesta, pero estaban callados y solo transmitían una sensación de fatalidad. Kelsea había juzgado a su madre con dureza, y este era su inevitable castigo: hallarse con las mismas cartas en la mano.

«No se me ocurre ninguna solución —pensó mientras se hacía un ovillo bajo las mantas—. Y si no se me ocurre nada, significa que no soy mejor que ella.»

Los mineros eran gente basta y curtida. Era evidente que se habían bañado antes de ir a la Ciudadela, pero aun así la mugre parecía haberse incrustado en su piel, que había adquirido un tono tostado. Eran mineros independientes, lo

que, de entrada, ya era inusual; la mayoría de los mineros del Tearling pertenecían a gremios, pues solo uniéndose podían competir con los mort. Entre ellos había una mujer alta y rubia que iba tan sucia como los demás y llevaba un viejo sombrero verde que parecía que hubiera sobrevivido a un huracán. Kelsea, que no sabía que las brigadas de mineros aceptaran a mujeres, la miró sin disimular su interés, y la mujer le devolvió una mirada hostil.

—Majestad, acabamos de llegar del Fairwitch —anunció Bennett, el capataz—. Llevamos casi un mes trabajando en las estribaciones.

Kelsea asintió mientras lamentaba haberse puesto un vestido de lana gruesa. Había llegado el verano, cálido y somnoliento, pero aun así alguien había encendido una chimenea. No le gustaba celebrar audiencia esos días, pues eso le obligaba a distraer su atención de problemas más acuciantes: los mort y los refugiados. La primera oleada de aldeanos de las regiones fronterizas ya debían de estar cruzando el Almont, pero solo eran una pequeña parte de los que vendrían. Quinientas mil personas, como mínimo... ¿Cómo iba a alojarlos a todos en Nueva Londres?

—Al principio éramos una brigada de quince, Majestad —continuó Bennett, y Kelsea reprimió un bostezo e intentó concentrarse en el minero.

—¿Dónde están los otros?

—Desaparecieron, Señora. Por la noche. Teníamos un campamento muy protegido, ya desde el principio, pero... Bueno, como comprenderéis, de vez en cuando uno necesita orinar. Los hombres salían del campamento por la noche, y a veces no regresaban.

—Y ¿por qué habéis venido a contármelo?

Bennett fue a contestar, pero la minera, que aparentaba ser la número dos del grupo, lo agarró por el brazo, enérgica, y le dijo algo al oído. La conversación enseguida se convirtió en una prolongada discusión salpicada de gruñidos y silbidos. Kelsea observaba la escena con curiosidad. El padre Tyler era el que estaba más cerca de los mineros; seguramente podía oír lo que aquellos dos estaban diciendo. De vez en cuando Kelsea dejaba que el sacerdote asistiera a sus audiencias, y Tyler ya había hecho algunas aportaciones valiosas. Le gustaba asistir a las audiencias; decía que era como ver cómo se desarrolla la historia. Además, sabía tener la boca cerrada, hasta tal punto que, según decían, ya había provocado la ira del nuevo Santo Padre, quien no creía que el padre Tyler estuviera proporcionándole suficiente

información. Kelsea no entendía a qué se debía la discreción del sacerdote, pero creía que dejarlo asistir a las audiencias era una justa recompensa.

—Majestad. —Bennett se soltó por fin, aunque su acompañante no dejó de fulminarlo con la mirada mientras él hablaba—. Hemos encontrado una cosa. En el Fairwitch.

—¿Ah, sí?

Bennett le hincó el codo a la mujer, y esta lo miró con odio, pero se sacó una bolsita negra del bolsillo de la capa. Automáticamente, la guardia de Kelsea se puso en tensión y formó una barrera delante de Pen. Bennett acercó a la antorcha un objeto que lanzaba destellos azules.

—¿Qué es eso?

—Zafiro, Majestad, si no me equivoco. Hemos encontrado una veta de buen tamaño.

Entonces Kelsea entendió el motivo de la discusión.

—Os aseguro que vuestro hallazgo os pertenece. Quizá intentemos comprároslo a un precio justo, pero os doy mi palabra de que no os lo confiscaremos.

Sus palabras surtieron el efecto deseado; de repente, los mineros se relajaron. Hasta la número dos de Bennett se tranquilizó; se quitó el sombrero verde, y las arrugas desaparecieron de su frente.

—¿Nos dejáis examinar vuestro hallazgo?

Bennett volvió la cabeza y miró a sus acompañantes, que asintieron a regañadientes. Entonces dio unos pasos y le tendió la gema a Kibb, que la cogió y se la llevó a Kelsea.

Ella la colocó junto a sus dos zafiros para compararlos. La gema de Bennett era áspera, pues estaba recién extraída de la veta y no la habían pulido, pero también era enorme, casi tan grande como la palma de la mano de Kelsea, y no había ninguna duda de su calidad. Esperó un momento, con la vana esperanza de que el zafiro de los mineros reaccionara ante sus joyas; de que, de alguna manera, las hiciera despertar. Pero no sucedió nada.

—¿Lazarus?

—Yo diría que es la misma piedra. Pero ¿qué importancia tiene eso?

—Y ¿dices que habéis encontrado gran cantidad de mineral como este, Bennett?

—Sí, Majestad. Tuvimos que excavar mucho para encontrar la veta en las estribaciones, pero creo que arriba, en las montañas, debe de ser más

superficial. Lo que pasa es que no nos atrevemos a subir más después de lo de... Tober.

—¿Qué le pasó a Tober?

—Desapareció, Majestad.

—¿Desertó?

—¿Adónde iba a ir? —preguntó con sorna un viejo minero desde el fondo—. Todas las provisiones las teníamos nosotros.

—Entonces ¿qué creéis que le pasó?

—Yo no lo sé. Pero, a veces, por la noche, oímos ruidos, como si rondara por allí un animal muy grande.

—Solo lo oímos algunos, Señora —intervino Bennett lanzándole una mirada hostil al viejo minero—. En el bosque, arriba, en las montañas de la cordillera de Fairwitch. Era grande, pero se movía con demasiado sigilo para ser un animal. Estamos seguros de que fue lo que se llevó a Tober.

—¿Por qué?

—Unos días más tarde encontramos su ropa y sus botas en el fondo de un barranco, Señora. Estaban hechas jirones y manchadas de sangre.

Arliss soltó un bufido de incredulidad.

—Desaparecieron otros tres hombres, Señora, hasta que decidimos reforzar las medidas de seguridad del campamento por la noche y trabajar solo en grupos. No hemos vuelto a saber nada de ellos.

Kelsea le dio vueltas al zafiro. Arliss no lo sabía, pero no era la primera vez que a la joven le contaban una historia como aquella. Como ya no había remesa, los funcionarios del Censo asignados a cada aldea estaban impacientes por demostrar que todavía eran necesarios, y a Maza le llegaba gran cantidad de información de todo tipo desde todos los rincones del reino, incluidas las pequeñas aldeas de las estribaciones de la cordillera de Fairwitch. Había habido tres denuncias de niños desaparecidos, y varias más de hombres y mujeres. Nadie había visto nada. Fuera cual fuese el depredador, atacaba de noche y desaparecía con su presa.

—Devuélvele esto, por favor, Kibb. —Kelsea le dio la piedra y se recostó en el trono, pensativa—. Lazarus, en el Fairwitch siempre ha habido desapariciones, ¿no es así?

—Sí, muchas, Señora. Es un lugar peligroso, sobre todo para los niños. Desaparecieron muchos menores hasta que las familias tear dejaron de establecerse en las montañas. En general, los mort también evitan su parte de

la cordillera.

—Majestad... —dijo el padre Tyler, vacilante, y levantó una mano. Kelsea reprimió una sonrisa.

—¿Sí?

—El anterior Santo Padre creía que la cordillera de Fairwitch estaba maldita.

Maza miró al techo, pero el padre Tyler continuó:

—Yo no creo en las maldiciones, pero os diré una cosa: a finales del siglo I, el Arvath enviaba a misioneros al Fairwitch a buscar a quienes habían llegado hasta allí después de la Travesía y se habían establecido en las montañas. Ninguno de esos misioneros regresó jamás. Esto no es un simple rumor; la información figura en los archivos del Arvath.

—Y ¿nunca han encontrado ningún cadáver? —preguntó Kelsea.

—No, que yo sepa. Esta es la primera vez que oigo hablar de restos, aunque solo sean ropa y sangre.

Eso inquietó aún más a Kelsea. Si había desaparecido gente ¿dónde estaban los huesos? Se volvió de nuevo hacia los mineros.

—¿Tenéis previsto regresar al Fairwitch, Bennett?

—Todavía no lo hemos decidido, Majestad. Ese zafiro es de buena calidad, pero el riesgo...

Arliss le dio unos golpecitos en el hombro a Kelsea y se inclinó hacia ella para hablarle al oído.

—Los cadareses dan un gran valor al zafiro, Majestad. Esto podría resultar una buena inversión.

Kelsea asintió en silencio y se volvió hacia los mineros.

—La decisión debéis tomarla vosotros. Pero si regresáis, os compraré vuestro material...

Miró a Arliss, que dijo:

—Cincuenta libras el kilo.

—... a sesenta libras el kilo. Y pagaré una cantidad adicional por cualquier información que podáis darme sobre eso que merodea por allí.

—¿Qué cantidad?

—Dependerá de la calidad de la información, ¿no os parece?

—Un momento, Majestad.

Bennett se llevó a su grupo al rincón más alejado de la estancia, y una vez allí se apiñaron todos. El viejo minero, que se había quedado en la parte de

fuera del corrillo, fue a escupir en el suelo, pero Wellmer se lo impidió agarrándolo por el hombro y sacudiendo enérgicamente la cabeza.

—¿Sesenta libras el kilo? —protestó Arliss en voz baja—. Así no vais a ganar dinero.

—Lo conozco, Arliss. Su margen de beneficio es exagerado.

—El precio justo lo marca el mercado, reina. La soberana de un reino pobre debería recordarlo.

—Usted encárguese de su trabajo y asegúrese de que los impuestos llegan a tiempo, anciano.

—¿Anciano? Jamás habéis tenido un recaudador de impuestos mejor. Solo este mes, diez mil libras.

—¡Majestad! —Bennett volvía a estar al pie de la tarima—. Nos parece un trato justo. Partiremos el viernes que viene.

—Muy bien —replicó Kelsea—. Arliss, dele a cada uno cinco libras extras por adelantado.

—¿Cinco libras a cada uno, reina?

—Es una muestra de buena voluntad, Arliss.

—Os estamos muy agradecidos, Majestad —dijo Bennett. El resto de los mineros expresaron su aprobación con murmullos y rodearon a Arliss, ansiosos por recibir su parte. Arliss, sin dejar de rezongar, sacó su librito y su bolsa de monedas, pero Kelsea consideraba que el dinero estaba bien empleado. El Tearling no tenía suficiente metal en su suelo para mantener a más de un puñado de brigadas de mineros. Si los mineros desaparecían del Tear, el reino no tendría más remedio que obtener todo su metal de Mortmesne, y eso significaba que no tendría metal.

Kelsea oyó que alguien bostezaba aparatosamente a su izquierda: era Pen. Estaba muy cansado; tenía unas ojeras muy marcadas y parecía más delgado.

—¿Estás enfermo, Pen?

—No, Señora.

De pronto Kelsea se acordó de Mhurn, cuya fatiga crónica había ocultado su adicción a la morfina. Pestañeó y vio unas gotas de un rojo intenso salpicando su mano. Sacudió la cabeza para ahuyentar esa imagen. Pen no era tan estúpido.

—¿Duermes bien últimamente?

—Claro que sí. —Pen compuso una sonrisa enigmática que no tenía nada que ver con aquella conversación, y entonces Kelsea tuvo la certeza de algo

que hasta entonces solo había sospechado: Pen tenía a una mujer en algún sitio. Pen gozaba de dos permisos de fin de semana todos los meses, y Maza lo sustituía en la antecámara; los guardias reales no solían tener permisos, pero un guardia personal era un caso especial, pues no tenía ni un momento para descansar. Y, aunque Maza era una buena compañía, Kelsea siempre echaba de menos a Pen durante sus ausencias. Últimamente se había preguntado qué debía de hacer el muchacho con su tiempo libre, y de pronto lo supo.

«Una mujer», pensó, un tanto apesadumbrada. Podía preguntarle a Maza qué sabía (porque estaba segura de que lo sabía), pero cortó de raíz ese impulso. Por muy curiosa que fuera, aquello no era asunto suyo. No sabía por qué se sentía tan desgraciada, pues no era en Pen en quien pensaba por las noches. Pero él siempre estaba a su lado, y ella había acabado dependiendo de él. No le gustaba pensar que su guardia personal le dedicara tiempo a nadie más.

Kelsea llevaba tanto rato mirando fijamente a Pen, que el muchacho se enderezó en la silla, alarmado.

—¿Qué sucede?

—Nada —musitó ella, avergonzada—. Procura dormir un poco más, si puedes.

—Sí, Señora.

Tras recibir su dinero, los mineros se despidieron con una reverencia y salieron guiados por Bennett. El dinero los había animado, y al dirigirse hacia la puerta iban charlando como críos. Kelsea se recostó en el asiento y encontró una taza de té humeante en la mesita que tenía al lado.

—Eres increíble, Andalie.

—No tanto, Señora. Lo que ocurre es que el té os viene bien en todo momento.

—Señora. —Kibb se había acercado al trono con un sobre en la mano—. El último informe del coronel Hall desde la frontera.

Maza cogió el sobre y se lo ofreció a Kelsea, que en ese momento acababa de asir su taza de té.

—Ahora no tengo manos. Léemelo tú, Lazarus.

Maza, con semblante serio, empezó a abrir el sobre. Kelsea se fijó en que le salían unas manchitas rojas en las mejillas, y se preguntó si debería habérselo pedido por favor. Maza se quedó escudriñando el mensaje largo rato.

—¿Qué pasa?

—¡Majestad! —El padre Tyler se adelantó, pero lo hizo de forma tan

inesperada que varios miembros de la Guardia Real fueron a interceptarlo de inmediato; el sacerdote retrocedió y levantó las manos—. Lo siento, lo había olvidado. Tengo un mensaje del Santo Padre.

—¿No puede esperar?

—No, Señora. El Santo Padre quiere cenar con Su Majestad.

—Ah. —Kelsea entornó los ojos—. Ya me imaginaba que tendría alguna queja.

—No lo sé, Señora —replicó el padre Tyler, pero desvió la mirada—. Yo soy un simple mensajero. Pero quizá Maza y yo podríamos organizarlo ahora, porque tengo que marcharme.

Kelsea no tenía ningunas ganas de reunirse con el nuevo Santo Padre, cuyos sacerdotes ya habían empezado a dar largos sermones sobre los defectos de la reina: su falta de fe; su política tributaria socialista; el no haberse casado y no estar ya criando a un heredero.

—¿Y si no quiero cenar con él?

—Señora. —Maza sacudió la cabeza—. No os conviene enemistaros con el Santo Padre. Y si la ciudad tiene que soportar un sitio, es posible que necesitéis el Arvath.

—¿Para qué?

—Como alojamiento, Señora. Es el segundo edificio más grande de Nueva Londres.

Kelsea comprendió que Maza tenía razón, pese a que la perspectiva de pedir ayuda a la Iglesia de Dios le producía escalofríos. Dejó la taza de té.

—De acuerdo. Dame esa carta, Lazarus, y organiza la cena con el padre Tyler. Intentad que Su Santidad venga lo antes posible.

Maza le entregó la hoja y se volvió hacia el padre Tyler, que, tembloroso, dio un paso atrás. Kelsea leyó la carta y, satisfecha, levantó la cabeza.

—Hemos conseguido una victoria táctica en la llanura mort. El campamento mort ha quedado arrasado. El coronel Hall calcula que el enemigo tardará dos semanas en recuperarse.

—Es una buena noticia, Majestad —comentó Elston.

—No todas son buenas —continuó ella, y siguió leyendo—. La ruta de abastecimiento mort permanece intacta. Los cañones no han sufrido desperfectos.

—Aun así, estáis ganando tiempo —le recordó Pen—. El retraso es importante.

«Ganando tiempo.» Kelsea miró alrededor y vio, o le pareció ver, la misma pregunta en todas las caras: ¿qué pasaría cuando se acabara el tiempo? Allí no había nerviosismo; era evidente que su guardia confiaba en que haría otro milagro, igual que en el Argive. A Kelsea le habría gustado poder esconderse, poder huir de la serena confianza de aquellas miradas.

Después de hablar con el padre Tyler, Maza regresó a su puesto junto al trono. El sacerdote se despidió de Kelsea levantando una mano y ella le devolvió el saludo cuando él ya se dirigía hacia la puerta.

—¿Y ahora? —preguntó a Maza.

—Fuera hay un grupo de nobles esperando.

Kelsea cerró los ojos.

—Odio a los nobles, Lazarus.

—Por eso mismo he creído que sería mejor acabar deprisa con ellos, Señora.

Cuando entraron los nobles, a Kelsea le impresionó, en primer lugar, su atuendo, más ostentoso que nunca. Como era verano, no llevaban sombreros ni guantes, pero todos seguían una nueva moda que Kelsea ya había visto antes: habían fundido oro y plata y los habían dejado correr por la tela de sus camisas y sus vestidos, de modo que daba la impresión de que los metales preciosos resbalaban por ella. A la joven le pareció un efecto chabacano, pero era evidente que ellos no opinaban lo mismo. Carlin habría tenido mucho que decir sobre aquella pandilla; si bien ella también había sido noble, despreciaba el materialismo y el derroche. A Kelsea no le sorprendió ver la alta y espigada figura de lady Andrews, ataviada con una capa de seda roja, cerca de la cabecera del grupo. Parecía aún más demacrada que la vez anterior, pero quizá se debiera a su mirada, que delataba odio hacia Kelsea y empequeñecía sus facciones.

—Majestad. —El hombre que iba al frente, un individuo de escasa estatura con una barriga enorme, hizo una reverencia.

—Lord Williams —murmuró Maza.

—Saludos, lord Williams. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Hemos venido a presentaros una queja común, Majestad. —Lord Williams abrió un brazo abarcando a todo el grupo que tenía detrás—. Todos nosotros tenemos propiedades en el Almont.

—¿Y?

—La evacuación está resultando sumamente pernicioso. Los soldados y los

refugiados desfilan por nuestras tierras y estropean los cultivos. Algunos refugiados hasta roban en nuestros campos. Y los soldados no hacen nada para impedirlo.

Kelsea se mordió la lengua; se dio cuenta de que debería haber previsto aquel problema. Al fin y al cabo, aquella gente no tenía nada más que hacer que sentarse a contar hasta el último penique de sus beneficios.

—¿Quiere denunciar algún caso de violencia, lord Williams? ¿Robos a mano armada, acoso a sus empleados?

Lord Williams abrió mucho los ojos.

—No, Señora, por supuesto que no. Pero perdemos dinero con los daños y los robos en los cultivos, que además suponen una pérdida de las horas de trabajo empleadas.

—Entiendo. —Kelsea se esforzó para sonreír—. Y ¿qué me propone?

—Majestad, la verdad es que no me corresponde a mí...

—Hable sin tapujos.

—Bien, pues...

Otro noble se adelantó: un hombre más alto que llevaba un bigote muy corto. Tras pensar un momento, Kelsea le identificó: era lord Evans, el propietario de una gran extensión de campos de maíz al norte del Sequedal.

—He recibido informes, Señora, que atestiguan que vuestros soldados protegen a los refugiados en su viaje, pero que, en cambio, no los vigilan. Podríais ordenar que los sometieran a una vigilancia más estrecha.

—Lo haré. ¿Algo más?

—Mis peones no pueden trabajar con un ejército de vagabundos desfilando por sus campos. ¿Por qué no se realiza la evacuación por la noche? De ese modo, no interrumpiría la producción.

Kelsea notó que algo ardía bajo sus costillas.

—Lord Evans, supongo que usted tiene una residencia en Nueva Londres, ¿verdad?

—Sí, Majestad. De hecho, mi familia posee dos.

—Así pues, supongo que antes de que lleguen los mort, se limitará a trasladar a su familia y todos sus objetos personales a la ciudad.

—Por supuesto, Majestad.

—Me alegro mucho por usted, pero esa gente ha tenido que abandonar sus hogares en condiciones mucho más difíciles. Algunos nunca habían salido de sus aldeas. La mayoría viajan a pie, y muchos llevan a bebés y a niños

pequeños. ¿Está proponiendo que los obligue a atravesar un territorio desconocido a oscuras?

—Bueno... Claro que no, Majestad —replicó Evans, alarmado hasta tal punto que le temblaba el bigote—. Solo he querido decir...

—Yo sí lo propongo —saltó lady Andrews dando un paso adelante—. En el Tearling siempre se ha respetado el derecho a la propiedad.

—Tenga cuidado, lady Andrews. Nadie está violando su derecho a la propiedad.

—Esas gentes atraviesan nuestras tierras.

—También lo hacía la remesa, una vez al mes. Y debía de causar desperfectos en sus caminos. Y sin embargo, entonces no se quejaron.

—¿Porque obteníamos un beneficio!

—Exacto. A ver, hablemos de qué es realmente lo que está en juego. No es el derecho a la propiedad, sino el derecho a obtener un beneficio.

—Nosotros obtenemos nuestro beneficio donde podemos, Majestad.

—¿Eso es una amenaza?

—¡Nadie está amenazando a Su Majestad! —exclamó lord Williams. Echó una ojeada al grupo que tenía detrás, y varios nobles asintieron enérgicamente—. Lady Andrews no habla por todos nosotros, Majestad. Lo único que queremos es minimizar los daños que se causan a nuestras tierras.

Lady Andrews se volvió hacia él y le espetó:

—¡Si los tuviera usted bien puestos, Williams, no habría hecho falta que yo asistiera a esta farsa!

—¡Cuiden sus modales! —los reprendió Maza. Pero la advertencia sonó rutinaria, y Kelsea sospechó que Maza se estaba divirtiendo.

—En algún momento los mort tendrán que atravesar mis tierras, Majestad —continuó lady Andrews—. Puedo ponérselo difícil, o puedo hacerme a un lado.

Kelsea la miró fijamente.

—¿Insinúa que piensa cometer traición? ¿Y lo dice aquí, delante de treinta testigos?

—No, no es esa mi intención, Majestad. A menos que me vea obligada.

—Obligada —repitió Kelsea, y esbozó una sonrisa—. Ya sé cómo se comporta en tiempo de guerra, lady Andrews. Seguramente recibirá al general Genot ofreciéndole un vaso de whisky y un polvo gratis.

—¡Señora! —suplicó Maza.

—¡Os lo ruego, Majestad! —intervino lord Williams—. No creáis que las palabras de lady Andrews nos representan a...

—Silencio, Williams —lo cortó Kelsea—. Ya sé qué pretende lady Andrews.

Lady Andrews se examinaba las uñas, como si Kelsea no despertara su interés.

—Todos ustedes tienen derecho de propiedad, desde luego. Pero los derechos de propiedad no son sagrados, al menos en mi Tear. Hay que evacuar a toda esa gente, y para mí su seguridad es más importante que los beneficios que ustedes puedan obtener. Si intentan imponer sus derechos, yo recurriré al derecho de expropiación.

Varios de los nobles ahogaron un grito de asombro, pero lady Andrews se limitó a mirar a Kelsea con gesto de perplejidad. Lord Williams agarró a lady Andrews por el brazo y le susurró al oído. Ella se soltó.

—Haré cuanto esté en mi mano para evitar el pillaje —continuó Kelsea—. Pero si alguno de ustedes —dijo recorriendo con la mirada al grupo de nobles—, si cualquiera de ustedes hace algo que entorpezca la evacuación, no me lo pensaré dos veces y le confiscaré las tierras por el bien común. ¿Me han entendido?

—¡Sí, Majestad! —gimoteó lord Williams—. Creedme: os agradecemos que hagáis lo que podáis.

Agarró a lady Andrews para apartarla del trono, pero ella volvió a soltarse y, mirando con odio a Kelsea, dijo:

—Es un farol, Williams. No se atrevería. Sin el apoyo de la nobleza, no tiene nada.

—¿Para qué necesito yo su apoyo? —preguntó Kelsea con una sonrisa en los labios.

—Si nosotros abandonamos a la monarquía, Kelsea Raleigh...

—Mi apellido es Glynn.

—Si os abandonamos, os quedaréis sin dinero, sin protección y sin estructura. Hasta vuestro ejército es débil. Sin nosotros, ¿qué tenéis?

—Al pueblo.

—¡Al pueblo! —la imitó lady Andrews—. El pueblo no tendría ningún escrúpulo en matar a alguien de alta alcurnia. Sin el poder de las armas o el oro sois tan vulnerable como cualquiera.

—Me emocionan sus palabras.

—Os tomáis mi amenaza a la ligera. Y os equivocáis.

—No, ya sé que su amenaza es real —admitió Kelsea tras cavilar un momento—. Pero sobrevalora su importancia hasta límites increíbles. Me di cuenta la primera vez que la vi.

Kelsea volvió a dirigirse al resto de nobles.

—Lamento el impacto inevitable que esta situación tendrá en sus beneficios. Tendrán que resignarse a llevar un poco menos de oro en la ropa este año, y confiar en poder soportarlo. Pueden marcharse.

Los nobles se dieron la vuelta y se dirigieron hacia la puerta. Algunas caras delataban rabia, pero la mayoría solo revelaban cierto desconcierto, como si el suelo hubiera temblado bajo sus pies. Kelsea dio un gran suspiro de impaciencia que hizo que los nobles aligeraran el paso.

—Tenéis un concepto de la diplomacia maravilloso, Señora —masculló Maza—. Supongo que os dais cuenta de que me ponéis las cosas muy difíciles.

—Lo siento muchísimo, Lazarus.

—Necesitáis el apoyo de vuestros nobles.

—Discrepo.

—Mantienen a la gente a raya, Señora. El pueblo culpa a los nobles y a sus capataces de sus problemas. Si retiráis ese amortiguador, tal vez la gente empiece a mirar más arriba.

—Y si sus miradas acaban deteniéndose en mí, será porque me lo habré ganado.

—Sois demasiado absolutista para la política del poder, Señora —dijo Maza sacudiendo la cabeza—. ¿Qué más da que vuestros nobles sean unos hipócritas? Ejercen una función que para vos es muy útil.

—Son unos parásitos —declaró Kelsea, pero el grupo en retirada había vuelto a recordarle a Lily Mayhew. Lily vivía en una ciudad rodeada de un alto muro construido para alejar a los pobres. Y, sin embargo, tanto su marido como ella seguían temiendo el mundo exterior. ¿Acaso la situación de Kelsea era mejor? Maza y Arliss habían ordenado la construcción de un enorme campamento temporal fuera de las murallas de Nueva Londres para alojar a los refugiados, pero si llegaban los mort, esos refugiados tendrían que ser trasladados al interior de la ciudad, seguramente a la misma Ciudadela, ya que Nueva Londres estaba a punto de reventar. ¿Le importaría a Kelsea tenerlos allí? Lo pensó un momento y, con cierto alivio, llegó a la conclusión de que no.

—Ahora voy a tener que vigilar a todos esos petimetres —continuó Maza, preocupado—. Dudo mucho que ninguno inicie negociaciones directas con Mortmesne, pero podrían hacerlo a través de algún intermediario.

—¿Qué intermediario?

—La mayoría de los nobles son practicantes, Señora. Lady Andrews visita con frecuencia el Arvath, y el nuevo Santo Padre no es un gran admirador vuestro.

—¿Espíais a la Iglesia?

—Me mantengo informado, Señora. El nuevo Santo Padre ya ha enviado varios mensajes a Demesne.

—¿Con qué intención?

—Todavía no lo sé.

—Esa bruja, lady Andrews, no es más devota que yo, Lazarus.

—Y eso ¿desde cuándo impide que alguien se convierta en un pilar de la Iglesia?

Kelsea no pudo contestar.

—¿Aisa?

Marguerite les estaba enseñando fracciones, y Aisa se aburría. Las clases le costaban más cuando no había dormido suficiente la noche anterior. El aula siempre estaba caldeada en exceso, y eso hacía que Aisa se quedara adormilada, en una especie de duermevela.

—Dos quintos —contestó Aisa con petulancia. Marguerite llevaba un rato tratando de sorprenderla dormida. A Marguerite, que adoraba a los niños, no le gustaba Aisa. Aisa provocaba una desconfianza instintiva en los adultos, quizá porque daba la impresión de que la niña los observaba en busca de errores y contradicciones. Pero encontrar errores en Marguerite era sumamente difícil, y Aisa se sentía frustrada. Era demasiado guapa, y Aisa había deducido, a partir de conversaciones que había oído, que había sido la concubina del Regente; sin embargo, Aisa tenía que admitir que Marguerite no tenía la culpa de ninguna de las dos cosas.

Notó que algo se le hincaba con fuerza en las costillas: era Matthew, que, sentado detrás de ella, la golpeaba con el pie a escondidas de Marguerite. El niño insistió, hasta que Aisa volvió la cabeza enseñando los dientes.

Matthew compuso una sonrisa maliciosa y elocuente; había logrado su

objetivo: distraer a Aisa. Su hermano era un pesado de la peor clase: no soportaba ver a otras personas tranquilas y satisfechas y siempre tenía que estropearlo todo. Mamá era indulgente con él, decía que su padre lo había maltratado y que él no lo había superado. Aisa opinaba que eso eran tonterías. Su padre la había maltratado mucho más a ella, eso lo admitía incluso Wen, y sin embargo la niña no se había convertido en una imbécil que no sabía dejar tranquilos a los demás.

Matthew volvió a darle con el pie, hincándoselo en el espacio entre dos costillas. De pronto se disparó algo dentro de Aisa, una resonancia intensa, profunda, parecida al retumbo de un gong, y, sin proponérselo, se dio la vuelta, se abalanzó sobre Matthew y la emprendió a puñetazos y patadas con él. El niño se libró de su hermana y echó a correr, y sin pensar Aisa se levantó y corrió tras él, salió por la puerta y llegó al pasillo. Matthew era un año mayor que ella, y mucho más corpulento, pero Aisa era más rápida, y cuando el niño estaba llegando al final del pasillo, se abalanzó sobre él y lo derribó. Cayeron juntos al suelo de piedra, Matthew gritando y Aisa gruñendo. Aisa le asestó un puñetazo en el cuello a su hermano, que se puso a toser y hacer arcadas, y entonces, con el talón de la mano, le dio tal golpe en la nariz que le hizo sangrar. Le encantó ver la sangre en la cara pálida y asustada de Matthew, pero entonces unas manos de hombre la agarraron por debajo de los brazos, la levantaron y tiraron de ella hacia atrás. Aisa pataleó en el aire, pero sin llegar a tocar el suelo. Nada de todo aquello parecía real; cuando levantó la mirada y vio a mamá, a la reina, al resto de la guardia y los ojos como platos de la multitud congregada en la sala de audiencias, sospechó que se encontraba en otra fase del insomnio, esas horas antes del sueño que atrapaban a Aisa como un prolongado delirio provocado por la fiebre. En cualquier momento se incorporaría en la oscuridad, con la boca seca y el corazón acelerado, y se alegraría de que no hubiera pasado nada verdaderamente terrible; daría un respingo y despertaría.

—¡Os pido perdón, Majestad!

Mamá estaba disculpándose por ella. Había puesto a mamá en una situación embarazosa. La reina se limitó a sacudir la cabeza, pero Aisa percibió irritación en su gesto, y eso ya era suficientemente grave. Entonces Marguerite llegó a la sala de audiencias; se inclinó sobre Matthew al tiempo que le lanzaba una mirada asesina a Aisa. Quienquiera que hubiera estado sujetando a la niña empezó a arrastrarla hacia atrás, hacia el pasillo, y la mente de Aisa

rescató un vago recuerdo de su padre, que siempre la levantaba y la arrastraba.

—¡Suéltame!

—Cállate, mocosa.

Era Maza, y eso hizo comprender a Aisa la gravedad de lo que acababa de hacer. Afianzó los talones en el suelo, pero no sirvió de nada: Maza la agarró por un brazo y le dio la vuelta; entonces la sujetó fuertemente por la muñeca y se la llevó por el pasillo. «¿Dónde está mamá?», se preguntó Aisa, frenética. Su recuerdo adquiría cada vez más fuerza y se imponía a la realidad; ahora Maza olía igual que su padre al final de la jornada, a sudor y hierro, y Aisa no podía irse con él. Volvió a clavar los talones, y cuando Maza se dio la vuelta, la niña levantó un pie y le propinó una patada en el estómago. El golpe dio en el blanco, y pese a lo asustada que estaba, Aisa experimentó un breve momento de satisfacción; asestarle un golpe al capitán de la Guardia Real no era ninguna tontería. Maza tosió y se dobló por la cintura, pero con el otro brazo agarró a Aisa y la empujó contra la pared. La cría se dio un fuerte golpe en el hombro, rebotó y se tambaleó hasta caer al suelo. Veía puntitos negros ante los ojos.

Aisa tardó unos segundos en recuperarse, pero se levantó dispuesta a dar arañazos y patadas. Pero Maza estaba apoyado en la pared opuesta, con una mano en el estómago, observándola con aquella mirada especulativa.

—Tienes mucha rabia dentro, niña.

—¿Y?

—La rabia es un lastre en el combate. Lo he visto muchas veces. Si el que pelea no se libera de su rabia, o por lo menos la controla, la rabia lo perjudica.

—¿Y a mí qué me importa?

—Mira. —Maza se separó de la pared; su corpulenta figura se cernía sobre la de Aisa, que se puso en tensión y se preparó para defenderse. Pero Maza le señaló un pie—. Una patada en el vientre no está mal. Pero no la has planeado bien, y por eso no me has neutralizado. En una pelea real, ahora estarías muerta. Lo que tienes que hacer es apretar los dedos del pie y golpearme con la punta, y no con el empeine o el tobillo. Así me cortas la respiración. Muy pocos hombres pueden continuar peleando sin respirar. Si aprietas bien los dedos, hasta podrías lesionarme algún órgano. Si no, lo único que me harás es un gran cardenal.

Aisa caviló un momento y, con disimulo, se miró los pies. Ella nunca planeaba nada; las cosas simplemente ocurrían; los actos salían de ella como una explosión.

—Pero te he hecho daño.

—¿Y qué? Todos los hombres que hay en este pabellón podrían seguir peleando con lesiones mucho peores. Yo vi a la reina concluir la ceremonia de su coronación con un cuchillo clavado en la espalda. El dolor solo incapacita a los débiles.

«El dolor solo incapacita a los débiles.» Esas palabras le tocaron la fibra sensible a Aisa, y le hicieron recordar todos aquellos años en casa de papá. Wen y Matthew sufrieron varias fracturas, y a Wen no se le curó bien el hombro, y por eso cuando intentaba ponerse derecho parecía un poco jorobado. Mamá había recibido tantas palizas que algunos de sus cardenales eran permanentes. Y Aisa y Morryn...

«El dolor solo incapacita a los débiles.»

—Ven conmigo, fierecilla. —Maza siguió andando por el pasillo mientras se frotaba el abdomen—. Quiero enseñarte una cosa.

Aisa lo siguió con cautela, manteniendo cierta distancia con él. Nunca se había adentrado tanto en aquel pasillo; allí solo iban los guardias y sus familiares. Casi al final, Maza abrió una puerta de par en par.

—Ven a ver.

Con recelo, sin perder de vista a Maza, Aisa se asomó por la puerta y parpadeó, sorprendida. Nunca había visto tanto metal junto. La sala entera relucía bajo la luz de las antorchas.

—La sala de armas —dijo en voz baja, con los ojos como platos.

—Bienvenida a mis dominios. —Un hombre alto y desgarrado y con la nariz aguileña salió de detrás de una mesa que había en el otro lado de la sala. Aisa lo reconoció: era Venner, el maestro de armas. Incluso en las raras ocasiones en que entraba en la sala de audiencias, siempre llevaba algún arma en la mano —una espada, un puñal o un arco—, y los afinaba como si fueran instrumentos musicales—. Entra, pequeña.

Aisa solo vaciló un momento. A los niños no les dejaban entrar en la sala de armas. Wen se pondría muy celoso. Hasta Matthew se pondría celoso, aunque trataría de disimularlo burlándose de ella. Encima de las mesas había montones de espadas y puñales; de las paredes colgaban armaduras; hasta había unas armas alargadas de metal retorcido, más altas que un hombre,

apoyadas en la pared y apuntando al cielo. Varias mazas, un estante para arcos (de madera muy pulida, del color del bronce) y unos manojos de palos atados que Aisa tardó en reconocer: eran flechas, centenares de ellas, amontonadas en un rincón. ¡Cuánto armamento! Y entonces la niña comprendió para qué era todo aquel arsenal: para el asedio. Mamá les había explicado en qué consistía un asedio, pero solo a Aisa y a Wen. Mamá creía que el ejército mort llegaría a Nueva Londres a principios de otoño.

Maza había entrado detrás de ella en la estancia, y se detuvo junto a una mesa donde había hileras y más hileras de puñales.

—No puedes seguir peleándote con los otros niños. Es una distracción que no sirve para nada.

—Solo se distrae Marguerite.

—Hoy se han distraído todos. Tus riñas son ruidosas y peligrosas.

Aisa se sonrojó. Contó el número de peleas en las que había participado desde que llegaran a la Ciudadela, y el rubor de sus mejillas aumentó. ¿La consideraban todos una mocosa? Maza la miraba con severidad, casi con desprecio; estaba esperando que ella ofreciera alguna excusa. Decidió sorprenderlo, de la misma forma que lo había pillado desprevenido con aquella patada en el estómago.

—A veces la ira me domina y no puedo controlarla. Me pongo a pegar sin darme cuenta.

Maza se echó ligeramente hacia atrás y esbozó una sonrisa.

—Eres muy sincera. Muchos hombres se niegan a admitir su ira.

—A lo mejor es porque no soy un hombre.

—En esta habitación eso no importa —los interrumpió Venner, y fue hacia ellos a grandes zancadas—. Es una lección que aprendí de la reina. Aquí eres un combatiente más, y te trataré como tal.

Aisa miró hacia arriba, recelosa, y vio que Venner le ofrecía el puñal que tenía en la mano.

—¿Qué dices, fierecilla? —preguntó Maza—. ¿Quieres aprender?

Aisa recorrió la sala con la mirada y vio las armas amontonadas por todas partes, la cantidad de metal que colgaba de las paredes. Había pasado días enteros de su infancia temiendo que la sombra de su padre apareciera en el suelo a su lado; cuando levantara la cabeza lo vería allí de pie, y sentiría náuseas. Ahora tenía ante sí a Venner y a Maza, y vio que sus rostros eran adustos y severos, sí... Pero no encontró en ellos ni pizca de la maldad de su

padre.

Estiró un brazo y agarró el cuchillo.

Ducarte

En una era en la que abundaron las carnicerías, debemos sin embargo hacer mención especial de Benin Ducarte.

El Tearling como nación militar,
CALLOW EL MÁRTIR

—¿Dónde está?

La reina detectó el deje de fastidio de su propia voz. No le convenía, pero no podía evitarlo.

—Vendrá, Majestad —contestó el teniente Vallee con voz queda. El teniente era nuevo en su Consejo de Seguridad, al que se había incorporado para sustituir al fallecido Jean Dowell, y siempre parecía un poco nervioso, como si temiera pronunciarse. A la reina, que por lo general valoraba la moderación, le irritaba la indecisión del nuevo teniente, y le ordenó callar con un ademán.

—No hablaba contigo. ¿Martin?

El teniente Martin respondió:

—No tardará en llegar, Majestad. El mensaje decía que lo había retrasado un asunto urgente.

La reina frunció el entrecejo. Había diez hombres sentados formando un semicírculo frente a su trono. Todos parecían exhaustos, y Martin quizá el que más. Llevaba un mes en el norte, sofocando los disturbios de Cite Marche. Cientos de personas se habían plantado delante de la Oficina de Subastas y se habían negado a moverse de allí hasta que la corona encarara la situación económica de la ciudad. Aquello constituía un fastidio, aunque no un problema grave. Aquellos radicales no tenían líder, y una rebelión sin líder era como

una marea: subía amenazadoramente hasta que encontraba la pared de un acantilado. La rebelión de Callae había fracasado de forma parecida al frenarse su impulso, sin más. Con todo, los enfrentamientos de Cite Marche habían sido violentos, y habían perecido varios soldados. Era evidente que muchos de aquellos hombres necesitaban descansar. Una vez concluida la reunión, les daría a algunos unos cuantos días de permiso.

Sin embargo, la reunión no podía comenzar sin Ducarte. Su jefe de seguridad interna debía de estar más agotado que nadie. Sus hombres habían pasado semanas tratando de averiguar quién organizaba las protestas de Cite Marche, y todavía no tenían respuestas. Pero tarde o temprano Ducarte obtendría resultados; siempre los obtenía. Físicamente los años empezaban a hacer mella en él, pero no había en todo Mortmesne un interrogador más hábil que él. La reina tamborileó con las uñas en el brazo de su trono y luego sus dedos se posaron mecánicamente en su pecho. Sucedió a menudo: se iban allí continuamente, motu proprio. De hecho, aquel gesto se había convertido en un tic, y la reina de Mortmesne no tenía tics. Esas cosas eran para los débiles y los necios.

La invasión del Tearling había comenzado con un desastre. La noticia había llegado al palacio hacía una semana: habían pillado por sorpresa a su ejército, que se había dispersado por las llanuras mort. Llevaría semanas reagrupar a los soldados y recoger el campamento. Era una auténtica catástrofe, pero no había nadie en quien la reina pudiera desahogar su furia: el general Genot había desaparecido. Más de mil soldados habían muerto en la llanura, pero el cadáver de Genot no se encontraba entre las víctimas.

«Más le vale estar muerto, porque si lo encuentro...»

La distrajo un movimiento a su derecha. Una esclava se había arrodillado delante de la chimenea y estaba colocando papel en la base.

—Pero ¿qué haces?

La esclava levantó la cabeza con los ojos muy abiertos, aterrada y al mismo tiempo resentida. Era tear, sin duda alguna; pese a ser morena y bastante guapa, tenía la expresión sosa y estúpida de los campesinos tear. La reina cambió de idioma y añadió:

—Las chimeneas de este edificio no se utilizan.

La muchacha tragó saliva y, en tear, respondió:

—Lo siento, Majestad. No lo sabía.

¿Cómo era posible? La reina había dado órdenes muy claras respecto al

fuego. Tendría que hablar de ello con Beryll.

—¿Cómo te llamas, esclava?

—Emily. —Hasta lo pronunció al estilo tear, sin acento.

—Pues que no se te olvide, Emily, o te encontrarás en la calle con un letrero de SE VENDE colgado del cuello.

La esclava asintió con la cabeza, recogió el papel de la chimenea y volvió a meterlo en el cubo; entonces se quedó esperando con un gesto de desconcierto que no hizo sino enojar aún más a la reina.

—Lárgate.

La muchacha se marchó. La reina percibió la mirada interrogante de los miembros de su Consejo de Seguridad. Esa mañana hacía frío en el salón del trono; sin duda muchos se preguntaban por qué no estaba encendida la chimenea. Pero los únicos fuegos que admitía la reina eran los de las antorchas y los de los hornos de las cocinas del palacio, situadas veinte plantas más abajo. No habría podido admitirlo ni siquiera ante Beryll, pero estaba asustada. En los dos últimos meses habían empezado a llegar rumores inquietantes de la cordillera de Fairwitch: mineros y niños desaparecidos, hasta una familia entera que se había esfumado sin dejar rastro. Aquella cosa oscura tenía un hambre insaciable; eso lo sabía la reina mejor que nadie, pero algo había cambiado. Siempre se había contentado con exploradores y cazafortunas, gentes lo bastante estúpidas para adentrarse en el Fairwitch. Pero ahora estaba ampliando sus territorios de caza.

«Pero ¿cómo?»

Esa era la verdadera cuestión. La reina no conocía toda la extraña historia de aquel ser, pero no cabía duda de que habitaba en el Fairwitch, y de que de alguna manera pertenecía a ese territorio. Solo podía viajar a través del fuego, pero eso requería un esfuerzo que podía mermar sus habilidades. Así pues ¿cómo había podido llevarse a toda una familia de Arc Nord sin dejar rastro?

«¿Se habrá liberado?»

La reina se estremeció al pensarlo. La cosa oscura le había prohibido invadir el Tearling, y a esas alturas ya debía de saber que la había desobedecido. Pero ¿qué alternativa tenía? Si quedaba impune, el incumplimiento del Tear al no enviar la remesa sería una incitación para todos los revolucionarios del Nuevo Mundo. Las revueltas de Cite Marche solo eran el ejemplo más reciente. La última remesa del Cadare había contenido artículos de calidad notablemente inferior: cristal escasamente aislante,

caballos defectuosos, piedras preciosas de segunda en cuya superficie se apreciaban numerosos defectos. En Callae, la producción de seda se había reducido hasta niveles tan bajos que solo podían explicarse atribuyéndolos a un sabotaje deliberado. Eran señales fáciles de interpretar: el miedo, ese poderoso motor de la economía mort, empezaba a disminuir. La reina necesitaba invadir el Tear, aunque solo fuera para demostrar su poder. Un castigo ejemplar, como diría Thorne. Pero había desobedecido a la cosa oscura, y a esas alturas seguro que ya se había enterado. Apagar los fuegos de las chimeneas solo era una medida temporal que no podría mantener eternamente.

«No importa», se repetía. Invadiría el Tearling y haría lo que debería haber hecho años atrás: apoderarse de los zafiros. Los informes que recibía del Puerto del Argive, pese a no estar confirmados todavía, le indicaban claramente el camino. Los zafiros del Tear conservaban sus poderes, y, en cuanto la reina se hiciera con ellos, arrasaría el Nuevo Mundo como un huracán. Tendría todos los fuegos que quisiera, y hasta la cosa oscura se acobardaría al verla.

Aun así, estaba preocupada. Thorne se había esfumado. Tenía el don de desaparecer sin dejar rastro; pero el capitán de su guardia, Ghislaine, había evaluado correctamente a Thorne tiempo atrás: «Peligroso en extremo, Majestad, aunque lo tengáis delante y sin nada encima». Le habría encantado conocer su paradero.

Ninguno de sus militares era lo bastante valiente para preguntar qué pasaba con la chimenea. Vallee todavía estaba un tanto molesto por la brusquedad con que la reina le había hecho callar un momento antes, y fruncía los labios como un crío a quien se le ha negado un caramelo.

«Unos críos —pensó la reina con desánimo—. Mis soldados son todos unos críos.»

Alguien carraspeó detrás de ella; era una mezcla tan perfecta de alerta y respeto que solo podía provenir de Beryll.

—Majestad, ha llegado Ducarte. Vendrá enseguida.

La reina asintió con la cabeza, pero sin desviar la mirada de la chimenea oscura. Le había parecido oír algo allí, un débil silbido, el chisporroteo de una llama. Cada vez tenía menos paciencia, y decidió que no quería esperar a Ducarte ni un momento más.

—Empecemos. ¿Qué pasa en Cite Marche?

—Los rebeldes han sido reducidos, Majestad —respondió Martin—. Al menos de momento.

—No deberíamos llamarlos rebeldes —intervino Vise—. Sería mejor llamarlos adolescentes con demasiado tiempo y dinero en las manos.

—Yo aconsejaría cautela por lo que respecta a esa valoración —replicó Martin sacudiendo la cabeza—. Había muchos jóvenes sobrealimentados, cierto, y la mayoría echaron a correr al primer indicio de conflicto real. Pero también encontramos a un número considerable de pobres ociosos, aparentemente dirigidos por un tal Levieux. Varios a los que detuvimos murieron sin revelar siquiera su nombre.

—¿Qué más?

—Poca cosa, Majestad. Ninguno poseía mucha información. Nadie le había visto la cara a ese Levieux, solo recibían órdenes a través de intermediarios. Por lo visto opera desde fuera de Cite Marche.

—¿Nada más?

—Era lo único que sabían, Majestad, os lo aseguro, no tenían ninguna otra información. Por lo tanto, os lo advierto: la plebe debe de haber encontrado a un líder, alguien que sabe organizarse. Eso significaría un giro peligroso.

La reina asintió lentamente, y un hilillo de desasosiego serpenteó por su vientre. Se oyó otro débil silbido procedente de la chimenea. La reina se dio la vuelta, pero no vio nada.

«¡No te desmorones!»

La puerta de doble hoja del salón del trono se abrió con un chirrido y por fin apareció Ducarte, envuelto todavía en su capa de viaje y tirando de un prisionero encapuchado y atado con cadenas.

—¡Os ruego que disculpéis mi retraso, Majestad! —gritó—. Pero ¡os he traído un regalo!

—Pues apresúrate, Benin. Te estábamos esperando.

Ducarte tiró del prisionero, sin importarle sus gemidos cuando las esposas se le clavaron en las ensangrentadas muñecas. Ducarte todavía tenía la nariz y las mejillas coloradas por el frío matutino, y el pelo empezaba a escasearle en la coronilla, pero cuando llegó a la mesa y miró a la reina con sus ojos de párpados gruesos, ella se sintió reconfortada, como siempre, por la extraña seguridad que hallaba en aquella mirada. Por fin un hombre de quien nunca tendría que dudar.

—¿Qué me has traído esta vez, Benin?

Ducarte le quitó la capucha al prisionero. El hombre se enderezó y parpadeó, deslumbrado por la luz de las antorchas, e inmediatamente la reina se animó. Era el general Genot.

—Lo encontré escondido en Arc Pearl, Majestad —explicó Ducarte, y le lanzó el extremo de la cadena al teniente Vise para quitarse la capa—. En el sótano de un burdel, y perfectamente ileso, por cierto.

La reina observó a Genot. Dos mil bajas en un ataque por sorpresa durante su guardia... Sería interesante utilizarlo como ejemplo. Pero no como un ejemplo público. De momento, en Mortmesne todavía eran pocos los que estaban al corriente del desastre ocurrido en la llanura, y su intención era que la noticia no se extendiera.

Con todo, nunca estaba de más recordar a su Consejo de Seguridad quién mandaba allí. A veces daba la impresión de que se les olvidaba.

—A los desertores los decapitamos, Vincent. Pero un general que sufre una derrota tan espectacular y luego deserta... Creo que tú eres un caso especial.

—¡Majestad! —protestó Genot—. Tengo mucha información de nuestro ejército, de nuestros planes tácticos. No quería que mis conocimientos cayeran en manos tear.

—Muy noble por tu parte. Y ¿qué prostituta intolerante pero bien intencionada aceptó acogerte?

Genot negó con la cabeza, pero cuando la reina se volvió hacia Ducarte, este asintió.

—Bien. Que la ejecuten.

—¡Majestad, yo no podía hacer nada! —gritó Genot—. El ataque fue tan repentino...

La reina ignoró el resto. Se había acostado con Genot en una ocasión, años atrás, cuando él solo era teniente, y otra mujer tal vez lo habría tenido en cuenta. Pero la reina empezó a hurgar en sus recuerdos. Genot se había mostrado muy parlanchín después del sexo, y se había puesto a hablar por los codos mientras ella intentaba dormir; esa era una de las razones por las que no había vuelto a invitarlo a su alcoba. La reina no era la única que le tenía miedo al fuego; la casa donde vivía Genot de niño se había incendiado, y él se había librado por los pelos de perecer dentro del edificio en llamas, y conservaba varias cicatrices de quemaduras. Aquel accidente había dejado marcado a Vincent, que de adulto seguía teniendo pavor al fuego y a quemarse.

La reina se inclinó hacia delante, entrelazó los dedos y miró a los ojos a

Genot. Él retorció las manos, atadas, y trató de desviar la mirada, pero era demasiado tarde. Algo había despertado dentro de la reina, una rabia intensa e insaciable que corría por sus venas e iba prendiendo cada uno de sus nervios. Notaba el cuerpo de Genot, sus contornos: una vulnerable y blanda masa de células en sus manos.

Notó que los miembros de su Consejo de Seguridad se movían, nerviosos, en sus asientos. Martin cruzó las piernas y miró al suelo. Vallee se había dado la vuelta y contemplaba la chimenea apagada. Ducarte era el único que miraba a Genot, con la misma expresión que en las raras ocasiones en que la reina le permitía observar en su laboratorio: alerta, interesado, curioso por ver qué ocurriría a continuación.

Genot se puso a gritar.

Apartó la mirada de la reina, pero ella ya lo tenía, y empujó más fuerte, sintiendo la piel como una tela carnosa, gruesa y maleable, que se oscurecía y ardía en el horno de su mente. El cuerpo de Genot se tornó negro ante ella, y la piel se carbonizó y se tornó crujiente; si hubiera querido, la reina habría podido desprenderle la piel con la misma facilidad que si se tratara de un cerdo en un asador.

Los militares no podían ignorar aquel espectáculo; hasta los que al principio habían intentado no mirar contemplaban ahora a Genot, petrificados, mientras los aullidos del prisionero resonaban entre las paredes de la sala de audiencias. La reina se concentró entonces en sus órganos vitales, y Genot cayó al suelo, y sus gritos fueron apagándose hasta reducirse a un débil gargarismo. Lo más fácil fue el corazón: una gruesa pared de músculo que la reina rasgó como si fuera papel; le prendió fuego y luego lo hizo trizas. Notó el momento en que Genot moría: la conexión entre los dos se interrumpió bruscamente.

Se volvió hacia los demás, como si buscara a alguien más con quien discutir. El fuego de su interior se había vuelto voraz, difícil de controlar; estaba deseando encontrar otra víctima. Pero nadie miró a los ojos a la reina. En el suelo solo quedaba una masa calcinada en la que apenas se adivinaba una forma humana.

Alguien carraspeó tras ella. La reina se volvió, nerviosa, pero solo era Beryll, que, con gesto inexpresivo, le tendía un sobre. La reina dominó aquella cosa que ardía en su interior, pero no fue fácil. Tuvo que apisonarla, como quien extingue un incendio, pisando y dando patadas hasta que quedó reducida

a cenizas. Cuando su pulso recuperó la normalidad, sintió una mezcla de alivio y pesar. Casi nunca empleaba aquel talento, pues sabía que la repetición reduciría su impacto en los otros; pero dejarse llevar y dar rienda suelta a su ira le procuraba una sensación maravillosa. Últimamente tenía muy pocas oportunidades de hacerlo.

Cogió el sobre que le tendía Beryll y se fijó en que él ya lo había abierto. Leyó la nota que había dentro y su desazón fue aumentando con cada palabra. Toda la satisfacción que había sentido unos minutos antes ya se había disipado, y de pronto sintió miedo.

—Tienes que volver al norte, Martin. Un incendio ha destruido el cuartel principal de Cite Marche.

—¿Qué clase de incendio, Majestad?

—De causas desconocidas.

—¿Cuántas víctimas ha habido?

—Hasta ahora cincuenta y seis. Pero es probable que haya más enterradas bajo los escombros. Por lo visto cerraron las puertas con barricadas por fuera.

Sus comandantes se miraron mudos de asombro.

—Podéis iros, todos excepto Ducarte. Id a solucionar ese jaleo y traedme las cabezas de los responsables.

—El ejército necesita un nuevo comandante, Majestad —dijo Martin con voz temblorosa.

—Retiraos.

Todos se levantaron de sus asientos. Cada uno esquivó como pudo el cadáver calcinado de Genot, y la reina contuvo una sonrisita de suficiencia. De momento, aquel grupo no refunfuñaría ni celebraría reuniones secretas.

—¿Retiro eso, Majestad? —preguntó Beryll señalando el cadáver.

—Cuando hayamos terminado.

Beryll salió con el resto de soldados, y la puerta de roble se cerró detrás de él. Solo quedaron la reina y Ducarte.

—Bueno, Benin, ya sabes qué te voy a pedir.

—Creía que querríais que fuera a Cite Marche, Majestad. Un cuartel no se incendia sin ayuda desde dentro. Ha habido una conspiración.

—¿Qué sabes de ese tal Levieux?

—Su nombre ha salido un par de veces en los interrogatorios. Por lo visto nadie sabe qué aspecto tiene ni qué edad, y eso es mala señal; quienquiera que sea ese desgraciado, es prudente además de astuto. Las tácticas terroristas que

hemos visto últimamente son nuevas, están bien planeadas y pensadas para infligir el máximo daño. Nos hallamos ante un problema de seguridad grave, Majestad.

—Grave —admitió ella a regañadientes—. Ya sé que tú eres la persona más indicada para solucionarlo, Benin. Pero no puedo colocar a ninguno de esos —dijo señalando la puerta— al mando del ejército. Hace mucho que no vamos a la guerra, y ninguno de ellos tiene suficiente experiencia. Podemos poner a ese número dos tuyo al mando de Cite Marche mientras tú no estés; parece capacitado para ayudar a Martin. Pero a ti te necesito en la frontera.

—Ya estoy un poco mayor para volver al frente, Majestad. Y me gusta el trabajo que desempeño ahora.

La reina suspiró.

—¿Qué quieres, Benin?

—El diez por ciento del botín.

—Hecho.

—Bueno, todavía no. —Ducarte sonrió, una sonrisa taimada que hizo estremecer a la reina—. También quiero prioridad para escoger entre los niños de Cadare y Callae. Desde que se interrumpió la remesa tear, no hay suficientes, y últimamente he perdido mucho terreno frente a Madame Arneau; debe de haber hecho algún trato en secreto con la Oficina de Subastas.

La reina asintió con la cabeza, con la vista fija en el suelo, procurando ignorar el sabor a bilis que ascendía por su garganta.

—Lo tendrás.

—Entonces estamos de acuerdo. ¿Alguna instrucción en concreto?

—Echa a los tear de los Montes Fronterizos, hacia el Almont. No podemos cruzar la frontera por ningún otro sitio.

—¿Por qué no flanquearlos, sencillamente? Ir más hacia el norte, hacia el Fairwitch.

—No —replicó la reina con firmeza—. No quiero que el ejército se acerque a más de cien millas del Fairwitch.

—Como queráis, Majestad. Dadme unos días para solucionar un par de asuntos aquí y enviad a Vallee a la frontera para advertirles de mi llegada. No quiero tener que resolver ninguna cuestión de rango cuando llegue allí. —Se echó la capa sobre los hombros—. Por cierto, hay un detalle sobre ese líder rebelde, ese tal Levieux, al que no dejo de dar vueltas.

—¿Y bien?

—Su acento, Majestad. Varios prisioneros lo han mencionado. Lo disimula bien, pero su pronunciación delata que no es mort. Es tear.

—¿Qué puede hacer un tear fomentando la rebelión en Cite Marche?

—Si quisierais, yo podría averiguarlo, Majestad. Pero por lo visto preferís que vaya al frente occidental.

La reina fue a reprenderlo, pero cerró la boca, y Ducarte salió de la estancia provocando un remolino de aire frío con el revuelo de su negra capa. Pese a ser una salida brusca y poco respetuosa, resultaba reconfortante. Ducarte encontraría la forma de echar a los tear de los Montes Fronterizos; era un estrategia implacable. Ducarte era el comandante que ella necesitaba ahora, pero su intranquilidad reapareció casi de inmediato tras su partida. ¿Por qué le había prohibido la cosa oscura invadir el Tear? ¿Acaso protegía a la niña? Una desagradable sospecha pasó por su cabeza: tal vez la cosa oscura valorara a la niña. Tal vez la valorara del mismo modo que en otro momento había valorado a la reina. Con ayuda de la cosa oscura, ella había obtenido un gran poder, pero siempre había sabido que esa ayuda tenía un precio; a cambio, ella tenía que encontrar la manera de liberar a aquel ser de su confinamiento en el Fairwitch. Pero había alcanzado el límite de sus poderes, al menos hasta que se hiciera con los zafiros tear. Si ya no le era útil a la cosa oscura, carecía de toda influencia. Tras enumerar mentalmente sus problemas, la reina comprendió que se hallaba en un apuro. El ejército mort había sufrido una humillación en la llanura. La cosa oscura estaba traspasando sus propias fronteras. Los rebeldes de Cite Marche habían encontrado un líder, un astuto líder tear sin rostro. La reina roía mentalmente aquellos nuevos acontecimientos, los mordía una y otra vez, uno a uno, como quien se muerde una llaga, saboreando el dolor pero sin encontrar soluciones.

Fuera, en el pasillo que conducía a la escalera, Emily, la esclava, que estaba agazapada en la oscuridad, se incorporó. Había llegado a Demesne en la remesa del mes de octubre, pero no había tenido que pasar por las manos del subastador. Dos hombres, ambos muy educados, la habían escogido cuando ella todavía estaba dentro de su jaula, la habían desnudado y la habían examinado minuciosamente (Emily suponía que para ver si tenía piojos o alguna deformidad); a continuación la habían subido a un carro con unos cuantos esclavos más, hombres y mujeres, y los habían llevado a todos al palacio. Emily era alta y hermosa, pero con fuertes músculos, como le gustaban a la Reina Roja las esclavas. Por eso la habían escogido. Emily

añoraba a sus padres, sus hermanos y sus hermanas; no pasaba un solo día sin que los echara de menos. Sin embargo, esa añoranza perdía importancia comparada con el hecho de que ninguno de ellos volvería a pasar hambre. Tras echar una rápida ojeada en una y otra dirección, Emily empezó a andar a buen paso por el pasillo, y su semblante adoptó una máscara de inocencia por si la interceptaban. Mentalmente ya estaba preparando el mensaje para Maza.

—Reina Glynn.

Kelsea, sobresaltada, soltó la pluma. Ese día estaba sola en la biblioteca, lo que no sucedía a menudo. El padre Tyler debería estar allí, pero había enviado un mensaje de disculpa: se encontraba indispuesto. Pen estaba con ella, por supuesto, pero él no interrumpía la soledad de Kelsea, y de todas formas se había quedado adormilado en un sofá mientras Kelsea trabajaba. Si entraba Maza, regañaría a Pen por quedarse dormido, pero a Kelsea no le importaba que durmiera un poco. Pero cuando volvió a oírse aquella voz ceceante, Pen dio un respingo y despertó.

—Cabalgáis hacia la muerte, reina Glynn.

Kelsea se volvió y se encontró ante la hija menor de Andalie. Era una niña muy menuda, un auténtico duendecillo, con los huesos finos, igual que su madre, y el pelo oscuro cortado a lo chico. Kelsea vaciló; nunca sabía cómo comportarse con los niños. Normalmente se limitaba a hablarles como si fueran adultos de escasa estatura. Pero entonces se fijó en que los ojos de la niña, grises como los de su madre, tenían la mirada perdida y desenfocada. Su cara, normalmente sonrosada (todos los hijos de Andalie, por lo visto, habían heredado la piel de su padre), estaba pálida, hasta tal punto que emitía una luminiscencia blanquizca bajo la luz de las velas. No era más que una cría, y aun así Kelsea sintió el repentino impulso de apartarse.

—Os veo, reina Glynn —dijo Glee ceceando—. Os veo cabalgar hacia la muerte.

Kelsea interrogó a Pen con la mirada. Se suponía que Glee tenía que estar con Andalie o con Marguerite en todo momento, pero hasta Kelsea sabía que aquella niña tenía algo espectral. Maza decía que era sonámbula, y varias veces la habían encontrado merodeando por el Pabellón Real, en sitios insólitos, incluso en habitaciones que se suponía que estaban cerradas con llave. Sin embargo, Maza nunca había mencionado nada de lo que Kelsea

estaba presenciando en ese momento. La niña no estaba sonámbula, pues tenía los ojos abiertos y la miraba fijamente. Daba la impresión de que no sabía dónde se encontraba.

Kelsea se levantó de la silla.

—¿Me oyes, Glee?

—No la toquéis, Señora —la previno Pen.

—¿Por qué no?

—Está en trance, igual que vos la semana pasada. Andalie nos dijo que no os tocáramos ni os molestáramos. Creo que no debemos tocar a la niña.

—La reina de picas —murmuró Glee con voz resonante, con la vista fija en Kelsea, como si pudiera ver a través de ella—. Travesía. La mano muerta, agarrotada y vacía.

«La mano muerta.» Kelsea se quedó cavilando, pues «Mortmesne» podía traducirse por «mano muerta». Varios miembros de la Guardia Real, y en especial Coryn, tenían por costumbre consultar a Andalie cuando necesitaban consejo sobre algo de lo que no estuvieran seguros, ya fuera la salud, el tiempo o las mujeres. Otra cosa era que Andalie contestara o no; se negaba a responder cualquier pregunta que considerara indigna de ella, y rechazaba categóricamente los astutos intentos de Arliss de conseguir información sobre futuros eventos donde se celebraran apuestas. Andalie era clarividente, sin ninguna duda, pero Kelsea nunca se había planteado que sus hijos pudieran serlo también. Glee avanzó hasta quedar a solo un palmo de distancia, y Kelsea puso una mano para pararla antes de que chocara con ella.

—No la toquéis, Majestad. —Andalie había entrado en la biblioteca con el mismo sigilo que su hija—. Dejadla, por favor. Ya me ocupo yo.

Kelsea retrocedió. Andalie se arrodilló ante su hija y le habló en voz baja, y Kelsea, que siempre había dado por hecho que Andalie quería muchísimo a sus hijos, y a todos por igual, comprendió de pronto que estaba equivocada. Andalie tenía una hija favorita; lo delataban su cara, sus manos, el tono pausado de su voz.

—Estás en un sitio oscuro, tesoro —murmuró Andalie—. Tienes que salir. Puedes seguirme.

—Puedo seguirte, mamá —dijo la niña con aquel ceceo infantil.

—Sigue mi voz, tesoro. Cuando veas la luz, podrás despertar.

Glee permaneció inmóvil y con la mirada perdida un rato más. Entonces parpadeó y, con los ojos muy abiertos, miró fijamente a su madre.

—¿Mamá?

—Ya estás aquí, tesoro. Bienvenida.

Glee dejó que su madre la abrazara. Andalie se sentó en un sofá y empezó a mecer a la niña, que ya se estaba quedando dormida.

—Déjanos solas, Pen, y asegúrate de que nadie nos molesta.

Pen salió de la biblioteca y cerró la puerta.

—Os ruego que me disculpéis, Majestad —musitó Andalie—. Mi hija Glee no es como los demás. Aunque la esté vigilando, desaparece sin que me dé cuenta.

Kelsea esperó un momento, y entonces preguntó:

—¿Es clarividente como tú, Andalie?

—Sí. Pero es demasiado pequeña para controlarlo. He intentado instruirla, pero no es fácil buscar momentos para estar con ella a solas, sin que mis otros hijos se pongan celosos. Lily todavía no sabe diferenciar entre lo que debe decir y lo que debe callar.

—Estoy segura de que aprenderá.

—Sí, pero cuanto antes, mejor. Una niña como Glee es algo muy valioso.

—De mí no tiene nada que temer, Andalie.

—No lo digo por vos, Majestad. —Andalie siguió meciendo a su hija con aire pensativo—. Ya antes de que mi hija Glee saliera con la remesa, su padre había empezado a planear cómo la utilizaría. Se la llevaba a las peleas de perros para que le ayudara con las apuestas, y por suerte no fue más allá, pero yo vi que se planteaba venderla. Es posible que ya tuviera algo apalabrado.

—Entiendo. —Como siempre, Kelsea tuvo que reprimir una curiosidad morbosa por el matrimonio de Andalie—. ¿Tú también lo pasaste muy mal de pequeña?

—Peor, Señora, porque yo no tenía a nadie que me guiara. Mi madre me entregó a una familia de acogida nada más nacer.

«Igual que a mí», pensó Kelsea, sorprendida. Andalie y sus hijos estaban tan unidos que Kelsea jamás habría imaginado que Andalie no hubiera crecido en una familia muy unida.

—Durante mucho tiempo, mis padres de acogida creyeron que estaba loca. En Mortmesne, la gente es muy desconfiada con estas cosas.

—¿A pesar de la Reina Roja?

—Quizá precisamente por ella, Señora. Los mort son un pueblo con mentalidad científica. Odian las cosas que puede hacer la Reina Roja, sí, pero

ella es demasiado poderosa para que sus súbditos odien a la mujer en sí. Los mort normales y corrientes aprenden enseguida a ocultar esos dones.

—Lazarus me ha contado... Bueno, solo es un rumor que circula por el palacio. Dicen que en los laboratorios de la Reina Roja estudian la clarividencia. Quieren averiguar si tiene un componente genético.

Andalie sonrió con frialdad.

—Lo tiene, Señora. Creedme. Mi madre fue una de las videntes más poderosas de nuestra era. Mis dones no son nada comparados con los suyos. Y mucho me temo, Majestad, que Glee se parece más a mi madre que a mí. Eso puede convertir el mundo en un lugar muy peligroso para ella.

—¿En qué sentido?

Andalie caviló un rato antes de contestar.

—Vos y yo... ¿podemos hablar con confianza, Señora?

—Yo confío plenamente en ti, Andalie.

—Entonces os contaré una historia. No puedo garantizaros que sea cierta de principio a fin, comprendedme, pues una parte es una leyenda mort, pero de todos modos es instructiva. Hay una mujer, un ama de casa normal y corriente, que vive en las afueras de Foret Evaoui. Lleva una vida anodina. Está aburrída de su marido, que es minero. No le gusta ocuparse de la casa, no tiene nada con qué distraerse, hasta que un día llega un adivino a la aldea. El adivino es atractivo, y hace algunos trucos de salón: lee la palma de la mano, ofrece amuletos, hasta lleva una vieja bola de cristal. Pero sus trucos son muy buenos, él sabe encandilar a las esposas aburrídas de las aldeas. La mujer queda fascinada, y la fascinación le hace cometer errores. Nueve meses más tarde, el adivino se ha marchado hace ya tiempo, pero nace una niña, una niña que no guarda el menor parecido con ninguno de los otros hijos de la mujer. Esa niña sabe predecir el tiempo, sabe cuándo se acercan forasteros a la aldea. Esa información es útil para la comunidad, desde luego, pero los dones de la niña van más allá. No solo puede ver el futuro, sino el pasado y el presente, la verdad de las cosas. Sabe cuándo alguien miente. Supone una gran ayuda para la pequeña aldea de mineros, que prospera desproporcionadamente en comparación con las aldeas de los alrededores.

»Sin embargo, los aldeanos son muy necios. Hablan abiertamente de la niña. Se deshacen en elogios. La ponen por las nubes cuando van a Cite Marche, sin pararse a pensar en que ahora hay una nueva reina en su país, una reina que cree que tiene derecho a todo lo que se le antoje. Y un día, como era de

esperar, los soldados llegan a la aldea y se llevan a la niña. La niña es una mercancía, igual de valiosa que un buen asesino o un jefe de espías. Más valiosa, incluso, pues sus dones no hacen sino aumentar a medida que se acerca a la adolescencia. Vive rodeada de lujos en Demesne, pero es una prisionera, está condenada a no separarse de la reina hasta el día de su muerte.

«La vidente de la Reina Roja —comprendió Kelsea—. Que ya murió.» Carlin le había hablado de ella varias veces. ¿Cómo se llamaba?

—Y, pese a todo eso, la mujer no es del todo sumisa. Lleva una vida secreta, y es tan lista, tan hábil, que consigue ocultar esa otra vida. Se la oculta incluso a la reina de Mortmesne, que tiene a su disposición el aparato de vigilancia más temido desde la época de los Estados Unidos. La vidente tiene un amante; queda encinta y da a luz a una niña. Sin embargo, sabe que su hija nunca estará a salvo. A su Señora, la reina, le interesa la herencia. Aunque la niña no muestre don alguno, se pasará la vida encerrada en un laboratorio, sometida a todo tipo de horrores. Así pues, la vidente esconde a su recién nacida lejos del palacio. Se la entrega a unas personas buenas, o eso cree ella, gente de bien. Viven en los Jardins, uno de los barrios más pobres de Demesne. Siempre han querido tener un hijo. Allí el bebé estará a salvo.

»Sin embargo, esta vez a la mujer le han fallado los poderes. La niña tiene los dones de su madre; son esporádicos, imprevisibles, pero existen. Ella también puede predecir el futuro y ver el presente. A veces hasta puede ver los pensamientos de otros con tanta claridad como si fueran suyos. Una niña así siempre tendrá un peligroso valor. Cuando sus padres adoptivos se endeudan y necesitan dinero rápido para no perder todo lo que tienen, se la venden a un hombre del barrio, un hombre que siempre había codiciado a aquella niña. Y no por los motivos más habituales. Es un empresario, y quiere aprovecharse de su clarividencia para hacer prosperar su negocio. Para él la niña es un instrumento, y cuando le falla, le pega.

—¿Cómo lograste escapar? —preguntó Kelsea

—Cometí un grave error, Señora. Había un muchacho, un esclavo tear cuyos amos vivían en la casa de al lado de la mía. Era estúpido, pero tenaz. Empezó a rondarme cuando yo tenía diez años, y no aceptaba un no por respuesta. Me habló del Tear, dijo que podíamos huir y vivir en libertad allí. A mí no me interesaba el muchacho, pero cuando yo tenía quince años, mi dueño atravesó una mala racha, y ya no tenía tiempo para comerciar con mis dones. Planeaba venderme a un lupanar.

—¿Un...?

—Sí, Majestad. Lo que en el Tear llamáis un burdel. Ante esa perspectiva, decidí seguir al muchacho tear. Creí que era inofensivo.

Andalie miró a su hija, que, sumida en un sueño profundo, respiraba acompasadamente.

—Por lo visto, los poderes siempre me fallan cuando más importante sería que funcionaran. Borwen me violó la primera noche que salimos de Demesne, y después siguió violándome todas las noches. Viajábamos a pie, y yo no podía seguir su ritmo. Cuando llegamos al Tearling yo ya sabía que estaba embarazada. No hablaba el idioma, pero aunque lo hubiera hablado, Borwen me había engañado al enumerarme el sinfín de oportunidades que nos esperaban en el Tearling. Pese a todos los horrores de Mortmesne, allí, por lo menos, una mujer competente puede ganarse la vida honradamente. Muchas mujeres mort son mineras o artesanas. Pero enseguida me di cuenta de que en el Tearling no existía esa opción. Borwen es fuerte; pronto encontró trabajo. Yo, en cambio, no lo encontré, Majestad.

Andalie estaba subiendo la voz, y Kelsea comprendió, horrorizada, que trataba de justificarse, de defenderse de una inevitable descalificación.

—Andalie, ninguna niña de quince años puede tomar decisiones sabias. A mí me cuesta decidir sobre mi vida incluso ahora.

—Tal vez, Majestad, pero de haber sabido que mis hijos también pagarían por mis errores, habría escogido el burdel sin dudarlo. Sabía que Borwen era un bruto, pero no me di cuenta de qué era exactamente hasta que Aisa cumplió cinco años. Intenté sacar de casa a Aisa y a Wen, pero no conocía a nadie que pudiera ocultarlos en lugar seguro. Que el cielo me proteja: hasta lo intenté con el sacerdote del barrio, le pedí si podía acogerlos en lugar del diezmo. Pero el sacerdote se lo contó a Borwen. Al final decidí huir, pero no es fácil desaparecer con varios hijos a costas, y yo encadenaba un embarazo con otro. Borwen siempre me encontraba y, si me negaba a volver a casa, me arrancaba a uno de los niños. Pensé que era mejor que siguieran conmigo; así, al menos, podría ayudarles y protegerlos un poco.

—Me parece razonable —declaró Kelsea sin saber si era verdad. Lo que estaba oyendo estaba tan alejado de su propia experiencia que no podía ni imaginar qué habría hecho ella en su lugar. Su pensamiento volvió a derivar hacia la mujer de antes de la Travesía, Lily Mayhew. Lily también quería huir, pero una mujer sola no tenía ningún lugar seguro donde esconderse. Habían

transcurrido más de tres siglos desde la Travesía, y sin embargo el mundo parecía, de pronto, muy cercano, separado únicamente por un fino velo de tiempo.

«Dios mío —pensó Kelsea—, ¿es que no hemos avanzado nada?»

—Quizá fuera razonable, Señora —reflexionó Andalie—. Y sin embargo, mis hijos sufrieron, y mucho. Los niños recibían palizas, y las niñas, cosas mucho peores. Mi marido no es un hombre inteligente, pero su estupidez lo convierte en un peligro. Nunca se ha preguntado si tiene derecho a hacer las cosas que hace. No es lo bastante inteligente para plantearse esas preguntas. Creo que esa es la causa del mal que impera en el mundo, Majestad: quienes se creen con derecho a todo lo que se les antoja, a cualquier cosa que se les ocurra. Esas personas nunca se preguntan si tienen derecho a hacer lo que hacen. No se plantean lo que significa para los demás, sino solo para ellos mismos.

—Supongo que una parte se debe a la educación —objetó Kelsea—. Eso se puede erradicar.

—Tal vez sí, Señora. Pero yo creo que Borwen nació como es. —Andalie miró a Glee, que dormía profundamente, con los labios fruncidos formando una «o»—. Sé qué ha heredado mi hija de mí. Pero me asusta pensar en lo que puedan haber heredado los otros de su padre. No estoy segura de si el temperamento de Aisa proviene de la sangre de Borwen o de los malos tratos a los que la sometía. Y los chicos también tienen sus problemas.

Kelsea guardó silencio un momento, y luego dijo:

—Lazarus me ha dicho que Aisa es muy habilidosa, especialmente con el puñal. Venner disfruta instruyéndola, sin duda mucho más que cuando me instruía a mí.

Andalie torció el gesto.

—Eso de combatir no es lo que más me habría gustado para ella. Pero ahora entiendo que yo no voy a poder solucionar sus problemas. Os agradezco que le hayáis ofrecido esa válvula de escape; tal vez le ayude a liberar parte de su rabia.

—No me des las gracias a mí. Fue idea de Lazarus.

—Ah. —Andalie guardó silencio; su mutismo encerraba toda una conversación. Andalie y Maza formaban una extraña pareja de aliados, pues cada uno desaprobaba prácticamente todo lo del otro. Kelsea quiso decir algo más, pero el siguiente comentario de Andalie pareció deliberadamente brusco,

pensado para atajar el tema anterior, como quien cierra un libro de golpe.

—Las visiones de mi hija Glee tal vez no sean muy claras todavía, Señora, pero os aconsejo que les prestéis atención.

—¿Cómo?

—El problema mort os atormenta, Señora. No dormís bien. Habéis adelgazado de forma alarmante.

«Así que Andalie también lo ha notado.» Kelsea no supo si debía sentir alivio o no.

—Yo también he reflexionado sobre el problema, y no veo ninguna solución: el ejército mort es demasiado poderoso. Pero Glee y yo vemos los mismos elementos comunes en vuestro futuro. Una mano que sujeta vuestras dos joyas, pero al mismo tiempo esa mano parece vacía. Un hombre cautivador cuyo rostro oculta una monstruosidad. Una carta: la reina de picas. Un abismo bajo vuestros pies.

—Y ¿qué significa todo eso?

—Lo ignoro, Señora.

—Entonces no sé de qué me sirven tus visiones.

—La mayoría de las veces, de nada, Majestad. Muchos cometen el error de depositar demasiada fe en las visiones. Pero os recomiendo que recordéis esos elementos, pues podrían resultar útiles cuando menos lo esperéis. Es lo que me ha enseñado la experiencia.

Kelsea caviló sobre aquellos elementos, uno por uno. La reina de picas. Una vez por semana, jugaba al póquer con cinco miembros de la guardia, y conocía muy bien a la reina de picas: una mujer alta y orgullosa con un arma en cada mano. Pero ¿qué representaba? Solo uno de los presagios de Andalie parecía tener algún significado: el hombre cautivador. Podía ser el Traedor, aunque, pese a todo lo que sabía de él, a Kelsea le costaba creer que ocultara una monstruosidad. El instinto le había fallado varias veces desde que ocupara el trono, pero se negaba a aceptar que pudiera fallarle hasta tal extremo. El Traedor tenía sus propios planes, desde luego, pero no se esforzaba en absoluto en cautivar a nadie. Kelsea le había hecho ella sola todo el trabajo.

—Tened cuidado, Majestad —la previno Andalie—. Ya sé lo de ese granuja moreno. Yo estoy hablando de otro. Es hermoso como un pecado, pero detrás de la fachada se esconde el horror, y con él va el sufrimiento. Estad en guardia.

Kelsea dijo que sí con la cabeza sin saber hasta qué punto creía en lo que

acababa de oír. Miró a la niña que dormía en los brazos de Andalie y volvió a notar el gran peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Tenía que velar por tantas vidas todos los días, y por encima de todo eso, la gran pesadilla mort en el horizonte. Era una gran responsabilidad, pero le correspondía a Kelsea asumirla; hasta en sus peores momentos de autocompasión reconocía que ella misma se lo había buscado. Si lo hubiera sabido todo de antemano aquella tarde en que los guardias llegaron a la casita del bosque, se habría ido con ellos de todos modos, y ahora tenía que continuar acarreado aquella carga hasta el final.

«¿Qué final?»

Kelsea no lo sabía, pero no pudo quitarse de la cabeza una de las imágenes de Andalie, y le impidió concentrarse durante el resto de la tarde: la reina de picas.

—¡Señor!

Hall se sobresaltó. La navaja le resbaló de la mano y le raspó el mentón. Dio un bufido de fastidio.

—¿Qué pasa, Blaser?

—Ha vuelto la patrulla de reconocimiento. Hay un problema.

Hall suspiró, compuso una sonrisa amarga y se limpió la espuma de la cara. Últimamente daba la impresión de que cada vez que intentaba afeitarse surgía algún problema. Tiró la toalla a un rincón de la tienda, agarró su catalejo de la mesita que había al lado del catre y salió por la portezuela.

—¿Qué pasa?

—Cinco hombres salieron a caballo del Verinne occidental al amanecer, señor. Creímos que eran mensajeros, pero de todas maneras los hemos vigilado.

—¿Y?

—Llew ya está casi seguro, señor. Es Ducarte.

A Hall se le hizo un nudo en el estómago. La noticia no era del todo inesperada, pero no por eso dejaba de ser mala: Benin el Carnicero. Habría preferido mil veces tener que vérselas con Genot, pero a Genot no habían vuelto a verlo en el campamento después del asalto. Había muerto, o huido, y eso significaba que ya no habría más victorias fáciles. Blaser también parecía nervioso, así que Hall se obligó a sonreír y le dio una palmada en el hombro.

—¿A qué distancia?

—A pocas horas. Como mucho.

Hall enfocó con el catalejo la masa de tiendas que se extendía más abajo. Sus hombres y él habían estado muy entretenidos viendo cómo los mort recogían el campamento; las serpientes de cascabel eran muy astutas, y su instinto de supervivencia no se había reducido en absoluto al ser sacadas repentinamente de sus nidos de la ladera de la montaña. Tras haberse alimentado bien, se habían escondido en los mejores rincones del campamento y habían dormido durante el día. Por la noche continuaron los gritos, ininterrumpidos. Las dos primeras semanas, Hall se había alegrado de ver el campamento mort iluminado por la noche como un árbol de Navidad. Ya debían de haber gastado casi todo el aceite.

Sin embargo, seguía llegando comida y aceite, un flujo incesante de provisiones traídas del sudeste, y, con serpientes o sin ellas, los cañones seguían fuertemente custodiados en medio del campamento. Se habían expuesto y descartado montones de planes para ocuparse de ellos, y Blaser y el comandante Caffrey solían acabar gritándose el uno al otro hasta que Hall les ordenaba callar. Eran señales fáciles de interpretar: pese a la victoria que acababan de anotarse, la moral empezaba a decaer.

Hall apuntó con el catalejo al pie de la colina, donde los mort habían amontonado a sus muertos para formar una enorme pira. La pira llevaba una semana ardiendo, y de los restos calcinados todavía ascendían volutas de humo. Olía muy mal, y eso había obligado a Hall a reducir la duración de los turnos de guardia. Pero ya no quedaban cadáveres en el campamento, y los soldados mort charlaban apoyados en las tiendas, sin camisa, con el torso al aire, expuesto al sol. Había tres grupos de soldados encorvados sobre unas mesas, bebiendo una cerveza tras otra mientras jugaban a las cartas. Hall vio, incluso, a un soldado tomando el sol en lo alto de un carromato de provisiones. Parecían excursionistas de vacaciones. Los mort habían intentado varios asaltos contra el pie de la colina, pero los arqueros de Hall siempre los habían repelido. Al no estar Genot y no haber ningún otro general, esos ataques estaban mal planeados y ejecutados de forma desorganizada. Hall los veía venir con antelación, pero eso no duraría eternamente. Dirigió el catalejo hacia el este y no tardó en encontrar el grupo: un puñado de figuras oscuras avanzaba lentamente y a ritmo constante por la llanura. No distinguía sus rasgos, pero no había ningún motivo para dudar de Llew, que había nacido con

un catalejo incorporado. Hall nunca se había enfrentado a Ducarte, pero había oído a Bermond hablar de él, y sus remembranzas del general mort producían escalofríos.

—Ducarte será mucho más original —comentó Hall—. Y nos dará muchos más problemas.

—Si intentan flanquearnos hacia el norte, no podremos repelerlos —le advirtió Blaser—. Hay demasiado terreno que cubrir.

—No nos flanquearán.

—¿Cómo lo sabe, señor?

—Maza tiene un informador dentro del palacio. Los mort tienen órdenes de evitar el Fairwitch, incluso las estribaciones. Tiene que ser este tramo, o nada. —Hall dejó el catalejo. Le sudaban las palmas de las manos, pero confiaba en que Blaser no lo hubiera notado—. Pon hombres de refresco en los árboles y diles que no se distraigan. Que me avisen directamente si detectan algún cambio en la línea de centinelas mort.

Blaser se marchó tarareando, y Hall siguió afeitándose, aunque ya no tenía el pulso tan firme; deslizó la navaja por su mentón y notó que la cuchilla le cortaba. Hall no tenía familia; sus padres habían muerto unos años atrás, víctimas de una fiebre de invierno que había arrasado todas las aldeas de la ladera. Pero eso a lo que se enfrentaba el Tear ahora era infinitamente peor, y la llegada de Ducarte no hacía sino ensombrecer aún más las perspectivas. Según Bermond, en la invasión anterior Ducarte se había aficionado a arrojar a sus prisioneros tear a unos corrales donde había osos hambrientos. No habría piedad para los cautivos, ni siquiera para los heridos, y a veces Hall no podía evitar preguntarse si la reina se había planteado esas eventualidades antes de violar el tratado y abrir la puerta de par en par. La reina era la responsable de la situación actual, y, por un instante, Hall la maldijo al imaginarla sentada en su trono, sana y salva en Nueva Londres. Recordaba vagamente una historia de la Biblia que había leído de niño, que trataba sobre un hombrecillo que se enfrentaba a un gigante y salía victorioso. Pero los mort eran como diez gigantes. Pese a la victoria de Hall de dos semanas atrás, el ejército mort todavía los cuadruplicaba en número; eran suficientes para dividir y aplastar el ejército tear desde múltiples ángulos. La reina no había pensado en sus soldados, sino solo en sus principios, y los principios eran un pobre consuelo para los hombres condenados a una muerte segura. Hall se preguntó si sería verdad que podía hacer magia, como aseguraban los rumores,

o si eso solo era un cuento de hadas que Maza había dejado que se extendiera. Esos rumores eran difíciles de conciliar con la mujer que ocupaba el trono, aquella niña adulta con mirada de búho. Hall ya había hecho su valoración militar: estaba todo perdido; pero la intuición no se regía por la lógica, y sus entrañas insistían.

«Ella podría salvarlos —se repetía una y otra vez—. Podría.»

Cuestiones de conciencia

Huyamos, estamos en las garras de un lobo.

GIOVANNI DE MEDICI,
tras el ascenso de Rodrigo Borgia,
papa Alejandro VI

El padre Tyler debería haber estado tranquilo. Estaba leyendo, sentado en la cómoda silla de su escritorio, y normalmente leer lo tranquilizaba, pues le recordaba que después de este mundo había otro, un mundo mejor que parecía casi tangible. Sin embargo, ese día la lectura no lo calmaba en absoluto. Tyler había leído dos páginas varias veces; al final dejó el libro y abandonó. La vela de su mesa estaba recubierta de gotas de cera seca, y, sin pensarlo, Tyler empezó a arrancarlas. Sus dedos trabajaban independientemente de su cerebro, mientras él miraba por la ventana.

El Santo Padre había muerto hacía dos semanas, el último día de mayo. Lo había sucedido el cardenal Anders, en un cónclave tan breve que un par de los cardenales que acudían de más lejos lo encontraron sentado ya en el sillón del Santo Padre. El Santo Padre, que había reconocido una mente política tan aguda como la suya, había elegido a Anders como sucesor años atrás, y todo se había desarrollado como estaba previsto.

Pero Tyler tenía miedo.

El nuevo Santo Padre se había ocupado de muchas cosas desde que tomara los hábitos. Destituyó inmediatamente a cinco cardenales con tendencias reformistas conocidas que habían criticado a Anders durante su ejercicio. Sus sedes fueron a parar a hijos de nobles, por más de mil libras cada una. El nuevo Santo Padre también había contratado a dieciséis nuevos contables para

el Arvath, con lo que su número había ascendido a cuarenta. Algunos de aquellos nuevos contables ni siquiera eran sacerdotes; algunos parecían recién salidos de las calles de las Tripas. Ni Tyler ni sus hermanos habían oído nada, pero la conclusión era evidente: el recién nombrado Papa preveía que entrara más dinero en el Arvath.

Por otra parte estaba el futuro del puesto del propio Tyler. El anterior Santo Padre había estado demasiado ocupado combatiendo la muerte para llamarle la atención, pero Tyler sabía que no podría escapar durante mucho tiempo de la operación de limpieza general de su sucesor. El domingo anterior había visto a Anders buscándolo con la mirada entre la multitud durante el sínodo. Anders quería información sobre la reina Kelsea, información condenatoria, y Tyler no le había ofrecido nada. La reina ya había tomado varias medidas que iban a causar inconvenientes a la Iglesia, empezando por prohibir a las familias que entregaran a sus hijos menores de edad en concepto de diezmo para que hicieran de acólitos en el Arvath. Tyler, que había sido uno de esos acólitos, había disfrutado de una infancia feliz, pero entendía los argumentos de la reina; no todos los sacerdotes eran como el padre Alan. Ahora las parroquias tendrían que contratar a verdaderos acólitos cuyos sueldos tendrían que salir del erario del Arvath.

Pero eso no era lo peor: la reina había anunciado que al año siguiente finalizaría la exención de impuestos sobre la propiedad inmobiliaria. A partir de enero, la Iglesia tendría que pagar impuestos por todas sus tierras, incluido su gran tesoro: miles de hectáreas de fértiles tierras de labranza del norte del Almont. Eso suponía un cataclismo económico para el Arvath. Con ayuda de su tesorero, mal hablado pero de una inteligencia innegable, la reina se había adelantado a las protestas del Santo Padre decretando que las propiedades privadas de la Corona también dejarían de estar exentas. La reina pagaría el impuesto sobre la propiedad igual que la Iglesia, y el dinero se destinaría a las obras públicas y a los servicios sociales.

Sin nadie que hiciera cumplir las leyes, esos decretos no significarían nada. Pero, gracias a algunas conversaciones que había oído en la Ciudadela, Tyler también sabía que la reina y Arliss habían empezado a convertir una gran parte de la Junta del Censo en un departamento dedicado al cálculo y la recaudación de impuestos. Era una jugada inteligente. Los empleados del Censo ya estaban repartidos por todas las aldeas del Tearling, dedicados al estudio de la población, y para ellos no supondría un gran esfuerzo analizar también los

ingresos. Arlen Thorne habría puesto el grito en el cielo, pero estaba desaparecido y, sin él, el Censo era un animal mucho más dócil. Habría numerosos funcionarios de la Corona para asegurarse de que la Iglesia de Dios entregaba hasta la última libra que le correspondiera pagar.

Esa mañana, el mensaje había corrido como la pólvora por los pasillos de la planta de los dormitorios: debían presentarse todos en la capilla a las nueve de la noche. Nadie sabía de qué se trataba, pero el Santo Padre había exigido que todos los sacerdotes del Arvath acudieran a su convocatoria. Una reunión de aquellas características no era propia del cardenal Anders, que siempre trabajaba a escondidas y mantenía reuniones individualizadas para así guardar sus planes en secreto. Tyler presagiaba algo terrible. Eran las ocho y media.

—Sé que lo sabes, sacerdote.

Tyler se levantó de un brinco y, al hacerlo, tiró la vela. Se dio la vuelta y vio a Maza apoyado en la pared, junto a la estantería.

—Sabes que no sé leer.

Tyler lo miraba estupefacto y asustado. Aquel día se había dado cuenta de que pisaba terreno resbaladizo al intervenir en la conversación de la reina, pero no había visto a Maza retorciéndose de vergüenza, como un pez colgado del anzuelo. Y la jugada de Tyler había funcionado, pues la reina no había vuelto a acordarse de la nota. Fue más tarde, cuando su mirada se encontró con la de Maza, cuando el sacerdote vio fuego, rabia, odio en los ojos del soldado.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó Maza.

—Lo deduje.

—¿Quién te lo dijo?

—Nadie.

Maza se enderezó y Tyler cerró los ojos e intentó rezar. Maza lo mataría, y el último y extraño pensamiento de Tyler fue que aquel hombre le había concedido un gran honor al ir en persona.

—Quiero que me enseñes.

Tyler abrió los ojos de golpe.

—Que le enseñe ¿qué?

—A leer.

El sacerdote echó un vistazo a la puerta de su habitación, que estaba cerrada.

—¿Cómo ha entrado aquí?

—Siempre hay otra puerta.

Antes de que Tyler pudiera analizar esa noción, Maza se adelantó, ágil y silencioso. Tyler se puso en tensión y apretó la espalda contra el respaldo de la silla, pero Maza se limitó a arrastrar la otra silla que había junto a las estanterías; la puso delante de Tyler y se sentó en ella, con semblante malhumorado y agresivo.

—¿Me vas a enseñar?

Tyler se preguntó qué podía pasar si se negaba. Quizá Maza no hubiera ido allí con intención de matarlo, pero podía cambiar de idea. Maza había entrado en la guardia de la reina Elyssa a los catorce años, y ya tenía al menos cuarenta. No debía de ser nada fácil ocultar el analfabetismo, pero para un guardia real debía de haber sido casi imposible. Sin embargo, Maza había conseguido disimular durante años.

Tyler bajó la vista y vio algo asombroso: la mano que Maza tenía apoyada en el brazo de la silla temblaba de forma casi imperceptible. Por increíble que pudiera parecer, Maza tenía miedo.

«¿De mí?»

«Claro que no, iluso.»

«Entonces ¿de qué?»

Reflexionó un momento y lo entendió. Maza no podía pedirle ayuda a nadie. El sacerdote, maravillado, se quedó mirando al tipo aterrador que tenía sentado enfrente (¡cuánto coraje debía de haber necesitado para ir allí!), y, sin pensárselo más, respondió:

—Sí, le enseñaré.

—Perfecto. —Maza se inclinó hacia delante, decidido—. Empecemos ahora mismo.

—Eso es imposible —replicó Tyler, e hizo un ademán de disculpa al ver que el rostro de Maza se ensombrecía—. Nos han convocado a todos a una reunión. Hemos de estar en la capilla a las nueve. —Miró la hora. Eran las nueve menos cuarto—. De hecho debería irme ya.

—¿Sobre qué es esa reunión?

—No lo sé. El Santo Padre ha solicitado la presencia de todos los sacerdotes del Arvath.

—¿Ha habido muchas reuniones como esta?

—No, esta es la primera.

Maza entornó los ojos.

—Vuelva mañana después de cenar, a las siete. Entonces podremos

empezar.

Tras asentir con la cabeza, Maza preguntó:

—¿En qué capilla se celebra la reunión? ¿En la principal o en la capilla privada del Santo Padre?

—En la principal. —El sacerdote arqueó las cejas—. Conoce muy bien el Arvath.

—Claro que sí. —Su voz dejó traslucir una pizca de desdén—. Es mi obligación prevenir cualquier peligro que pueda amenazar a mi Señora.

—¿Qué significa eso?

Maza fue hasta el ropero de Tyler y descolgó una túnica.

—No eres estúpido, sacerdote. Los papas y los reyes no forman buenas parejas.

Tyler pensó en los nuevos designados para la oficina de contabilidad, hombres que, más que sacerdotes del Arvath, parecían policías.

—Yo solo soy contable —declaró.

—Ya no. —Maza se puso la túnica de los fines de semana del sacerdote. Los sacerdotes llevaban túnicas holgadas, pero aquella le quedaba a Maza muy ajustada—. Eres el sacerdote de la Ciudadela. Tarde o temprano tendrás que tomar partido.

Tyler se quedó mirándolo sin saber qué contestar mientras Maza deslizaba una mano por la pared, cerca del escritorio. La mano se detuvo y empujó con fuerza, y Tyler, boquiabierto, vio cómo una puerta se abría hacia dentro, una puerta cuyos bordes quedaban astutamente disimulados por el mortero irregular de la pared. Maza se metió por esa puerta; antes de desaparecer, asomó la cabeza y, con un destello de humor en los oscuros ojos, dijo:

—Mañana a las siete, padre. Aquí estaré.

Al cabo de un momento, Tyler se halló ante una pared de piedra donde no había nada.

Sonó la campana de convocación, y dio un respingo; iba a llegar tarde. Agarró una de sus túnicas para capilla y se la puso por la cabeza mientras echaba a correr por el pasillo. Su cadera artrítica empezó a protestar, pero Tyler la ignoró y apretó el paso. Si llegaba con retraso, sin duda alguna el Santo Padre se enteraría.

Al entrar precipitadamente por la puerta de la capilla, Tyler encontró a sus hermanos ya congregados, en hileras largas y rectas a ambos lados del pasillo central. En el estrado, el Santo Padre estaba de pie detrás del atril, y sus ojos,

llameantes, atravesaron al sacerdote, que se quedó paralizado en el umbral.

—Ty.

Miró hacia abajo y vio que Wyde, sentado en el extremo del último banco, le había dejado sitio a su lado. Tyler le dio las gracias con la mirada, se sentó y se quedó cabizbajo en actitud respetuosa. Sin embargo, su inquietud persistía. Todavía le impresionaba ver a Anders con la túnica blanca; para él (y, sin duda, para muchos de los sacerdotes de más edad), el Santo Padre era, y siempre sería, el anciano marchito que ahora yacía sepultado bajo el Arvath. Tyler no lloraba la pérdida del anterior Santo Padre, pero no podía negar que aquel hombre, quizá por haber ocupado su cargo demasiado tiempo, había dejado huella.

Anders levantó ambas manos, y al instante cesaron los susurros. Un silencio sepulcral se impuso en la sala.

—Hermanos, no estamos limpios.

Tyler levantó bruscamente la cabeza. Anders, con una sonrisa benévola en los labios, recorrió a los asistentes con la mirada. La suya era una sonrisa propia de un Santo Padre; sin embargo, sus ojos eran oscuros y profundos, y en ellos se apreciaba una fiereza que hizo que a Tyler lo atenazara la ansiedad.

—La enfermedad comienza con el contagio. Dios nos ha pedido que erradiquemos el contagio y acabemos con la enfermedad. Mi predecesor la toleraba y hacía la vista gorda, pero yo no.

Tyler y Wyde se miraron, perplejos. El anterior Santo Padre había tolerado muchos vicios, eso era cierto; lo sorprendente era que Anders los censurara. Anders tenía dos sirvientas privadas, dos muchachas a quienes sus familias habían entregado al Arvath en lugar del diezmo. Cuando Anders se había trasladado a los lujosos aposentos del Santo Padre, en el pináculo del Arvath, se había llevado allí a las dos mujeres, pese a que su nueva residencia estaba equipada con un ejército de acólitos dispuestos a cumplir todos los caprichos del nuevo Santo Padre. Anders llamaba «sirvientas» a sus mujeres, pero todos sabían qué eran en realidad. El nuevo Santo Padre conocía el vicio, pero ahora, al volverse y hacer una señal a alguien que estaba detrás del estrado, la luz se reflejó en el diminuto martillo dorado prendido en su túnica blanca, y Tyler lo entendió y le recorrió un escalofrío.

Dos ayudantes del Santo Padre salieron del pasillo de detrás del estrado. Entre ellos iba el padre Seth.

Tyler contuvo un gemido. Seth y él se habían ordenado el mismo año, pero

Tyler llevaba mucho tiempo sin verlo. Desde que Seth recibiera su propia parroquia en Burnham, en el sur del Reddick, casi nunca visitaba el Arvath. Era un buen hombre y un buen sacerdote, así que nunca se comentaba, pero lo suyo era un secreto a voces. Desde la época en que eran todos novicios, a Seth siempre le habían gustado los hombres. Por su condición de contable, Tyler sabía que el padre Seth tenía un compañero en el Reddick, un hombre demasiado mayor para ser acólito, aunque en los libros de Seth aparecía registrado como tal. Los gastos de mantenimiento de Seth habían aumentado considerablemente tras la llegada de aquel acólito, pero Tyler nunca lo había mencionado; muchos sacerdotes y cardenales del Tear tenían compañeras de dudosa función y les pagaban los gastos haciendo los mismos cálculos de contorsionista. Sin embargo, el acólito de Seth era del sexo equivocado, y Anders debía de haberlo descubierto.

—¡Recorreré la Iglesia y erradicaré a los pecadores! —bramó Anders. Era la primera vez que Tyler le oía predicar, y pensó fugazmente que aquel hombre tenía una excelente voz de orador, grave y resonante, que llegaba hasta los rincones más alejados de la capilla y rebotaba en ellos—. ¡Purgaremos y limpiaremos! ¡Y empezaremos por este ser despreciable, un sacerdote que no solo ha violado la ley de Dios, sino que ha utilizado los fondos de la Iglesia para subvencionar su enfermedad! ¡Ha financiado su repugnante estilo de vida con el diezmo de su parroquia!

Tyler se mordió la lengua y lamentó no tener el valor para hablar. Lo que estaba pasando era injusto, y Wyde, a su lado, también lo sabía; miró a Tyler con gesto de frustración. Wyde y Seth también habían sido buenos amigos años atrás, cuando todos eran jóvenes.

—¡Dios ha sido ofendido! ¡Y Dios exige venganza por cada ofensa!

Al oír eso, Wyde cerró los ojos y agachó la cabeza. A Tyler le habría gustado gritar, lanzar ecos sonoros que habrían hecho temblar el techo abovedado sobre sus cabezas. Pero permaneció callado.

—¡Seth ha olvidado su compromiso con Dios! ¡Vamos a recordárselo! —De pronto, el Santo Padre bajó la voz; se había agachado detrás de la mesa. Cuando reapareció, sujetaba un puñal.

—Dios mío —musitó Wyde. Tyler se limitó a parpadear, sorprendido, y se preguntó si toda aquella velada sería un sueño que de pronto había derivado en pesadilla. La extraña visita de Maza, la perturbadora visión del capitán de la guardia con la túnica clerical, y ahora esa escena horrible iluminada con

antorchas: el semblante pálido de Seth y la expresión de alarma de sus ojos al ver el puñal en la mano de Anders.

—Desnudadlo.

Los dos acólitos sujetaron al sacerdote, que empezó a forcejear. Pero Seth, como Tyler y Wyde, rondaba los setenta años, y los otros dos hombres, más jóvenes, no tuvieron problema para inmovilizarlo. Uno le sujetó los brazos detrás de la espalda mientras el otro le desgarraba el delantero de la túnica hasta desprendérsela por completo. Tyler desvió la mirada, pero ya había visto las señales del paso del tiempo en el cuerpo de Seth: un torso blanco, estrecho y hundido; unos brazos y unas piernas que habían perdido la musculatura y de los que ahora colgaban pellejos. Tyler veía algo muy parecido cuando se miraba: un cuerpo que se había puesto pálido y flácido. Recordó un verano, ya muy lejano, en que su clase del seminario había viajado hasta la costa, a Nueva Dover, para ver el Océano de Dios. Aquella masa de agua reluciente e infinita le pareció milagrosa, y cuando Wyde se había quitado la túnica y había corrido hacia el borde del acantilado, todos lo habían seguido sin pensar y habían saltado desde una altura de diez metros. El agua estaba tan fría que les produjo dolor, pero brillaba el sol, un disco dorado suspendido sobre el océano ilimitado y azul, y en ese momento Tyler tuvo la certeza de que Dios los observaba, y de que se enorgullecía de eso en lo que se estaban convirtiendo.

—Nuestra fe se ha debilitado —anunció Anders. En sus ojos ardía un fervor terrible, y Tyler recordó un rumor que había oído: que, durante sus años en las brigadas antisodomía del Regente, Anders había estado a punto de matar a un homosexual; lo había golpeado con una tabla de madera hasta que el muchacho quedó inconsciente y ensangrentado. Los otros matones del Regente tuvieron que sujetar a Anders; de no haber sido así, habría matado al joven en medio de la calle. El pánico fue apoderándose poco a poco de Tyler cuando comprendió que aquello no era un simple ejercicio de humillación, y que la vida de Seth quizá corriera peligro. Miró hacia arriba y distinguió una figura con túnica blanca oculta entre las sombras de la galería: era Maza, con el adusto semblante semioculto bajo la capucha y la mirada fija en Anders, treinta metros más abajo.

«Me alegro de que esté viéndolo alguien de fuera», se dijo Tyler, casi con enojo.

—¡Sujetadlo!

Anders hizo un movimiento brusco; sus manos trabajaron con precisión casi quirúrgica, tan veloces que Seth apenas tuvo tiempo de emitir sonido alguno hasta que estuvo hecho. Pero Tyler y Wyde gritaron a la vez, y sus voces se unieron a un coro de gritos que resonaron entre las paredes de piedra de la capilla. Tyler agachó la cabeza, incapaz de mirar, y encontró la mano de Wyde en la suya, y sus dedos entrelazados de forma inconsciente en un gesto infantil.

Cuando Anders se enderezó, tenía la cara salpicada de sangre. Sujetaba en la mano un amasijo rojo y goteante, y lo lanzó a un rincón de la capilla. Seth había recobrado la respiración, y su primer grito fue una cacofonía brutal que rebotó en las vigas más altas de la capilla.

—Aseguraos de que sobrevive —ordenó Anders a los acólitos—. Todavía no ha cumplido su cometido.

Los dos acólitos agarraron al sacerdote, uno por cada brazo; lo bajaron por los escalones y lo arrastraron por el pasillo entre las hileras de sacerdotes. Tyler no quería mirar, pero tuvo que hacerlo. La sangre chorreaba por los muslos y las pantorrillas de Seth, que iba dejando un reguero rojo por el pasillo. Por fortuna, había perdido el conocimiento; tenía los ojos cerrados y la cabeza le colgaba sobre un hombro. Los acólitos se tambaleaban bajo su peso.

—¡Mirad y recordad, hermanos! —bramó el Santo Padre desde el estrado—. ¡En la Iglesia de Dios no hay sitio para proxenetas ni sodomitas! ¡Vuestros pecados serán descubiertos, y la venganza de Dios llegará veloz!

Tyler notó que la sopa de cebada de su cena ascendía por su garganta, y tragó compulsivamente. Comprobó que muchas de las caras que lo rodeaban estaban tan pálidas como la suya, pero también distinguió expresiones de suficiencia y satisfacción. El padre Ryan, con un brillo de emoción en la mirada, asentía enérgicamente a las palabras de Anders. Tyler, que no había experimentado verdadera ira desde que, de niño, tuviera que soportar el hambre en el Almont, sintió de pronto que la rabia se contraía en su interior. ¿Dónde estaba ahora Dios? ¿Por qué guardaba silencio?

—Pecadores —entonó Anders con solemnidad—. Arrepentíos de vuestros pecados.

Tyler alzó la vista y vio que el Santo Padre lo miraba fijamente.

—¡Ty! —murmuró Wyde con tono lastimero—. ¿Qué hacemos?

—Esperar —contestó Tyler con firmeza, con la vista clavada en el reguero de sangre que Seth había dejado en el suelo—. Esperar hasta que Dios nos

muestre el camino.

Sin embargo sus propias palabras le sonaron huecas. Miró hacia la cúpula de la capilla, hacia el cielo, a la espera de alguna señal. Pero no llegó ninguna, y al cabo de un momento vio que la galería estaba vacía. Maza había desaparecido.

Cuando hubo acabado con Arliss, Kelsea se despidió de Andalie y regresó sola a su alcoba. Ese día estaba cansada de ver a gente. Todos se quejaban continuamente, incluso Arliss, que sabía mejor que nadie lo corta que andaba la Corona de hombres y dinero. Arliss quería proporcionar protección armada a un pequeño grupo de campesinos para que pudieran quedarse en el Almont hasta el último momento. Kelsea entendía sus razones; si el Almont se vaciaba por completo, se echaría a perder toda la cosecha de otoño. Pero no sabía de dónde podía sacar a los hombres que necesitaba. Bermond se enfurecería si le pedía aunque solo fuera un reducido contingente de soldados, y si bien le tenía antipatía al anciano general, sabía que estaba haciendo un gran esfuerzo. Cerca de una cuarta parte del ejército tear estaba desplegado en el Puerto del Argive y sus alrededores, para impedir que los mort lo utilizaran como línea de suministro. El resto de los hombres de Bermond estaban repartidos por el lado oriental del Almont, y se afanaban en trasladar a los refugiados hacia Nueva Londres. El batallón de Hall estaba atrincherado en la frontera. Sencillamente, no había más hombres disponibles.

Kelsea pasó por la antecámara sin decirle nada a Pen y cerró las cortinas. Andalie le había preparado una taza de té, pero no se la tomó. El té la habría mantenido despierta. Se cepilló el pelo y ordenó su mesa; estaba nerviosa y agotada, pero no tenía ni pizca de sueño. Le habría gustado volver a su biblioteca y seguir indagando sobre el misterio de Lily Mayhew. ¿Quién era? Kelsey ya había buscado en más de diez libros de historia de Carlin alguna referencia a Lily o Greg Mayhew, pero no había encontrado nada, ni siquiera en los libros publicados poco antes de la Travesía. Quienesquiera que fuesen los Mayhew, parecían haberse esfumado; y sin embargo, el enigma de Lily parecía muchísimo más fácil que el problema de la frontera oriental. Kelsey estaba convencida de que si daba con el libro adecuado, la respuesta se le revelaría y descubriría quién era Lily. En cambio, dudaba que encontrara una solución para el problema de los mort.

Ya no podía volver a la biblioteca. Pen necesitaba dormir. Pese a que Kelsey llevaba tres noches acostándose temprano, su guardia personal seguía pareciendo muy cansado. Ella había empezado a preguntarse si el muchacho dormiría alguna vez, o si solo se sentaba en su camastro, con la espada sobre las rodillas, esperando a que la noche diera paso a la mañana. No había motivos para que Pen estuviera tan alerta; Maza ya tenía bajo su mando a más de treinta guardias reales, y la Ciudadela estaba mejor protegida que nunca. Aun así, la imagen de Pen allí sentado, inmóvil, con la vista fija en la oscuridad, resultaba extrañamente persuasiva. Kelsea no sabía qué hacer para que el muchacho durmiera un poco más, y ella misma tampoco dormía mucho.

Tras cavilar un momento, fue de puntillas hasta el espejo. Desde hacía una semana evitaba deliberadamente mirarse, y aunque lo atribuía a lo estricta que había sido Carlin respecto a la vanidad, el verdadero motivo era mucho más sencillo: estaba aterrorizada.

Con excepción de algún que otro momento de ensoñación, Kelsea casi se había resignado a tener durante el resto de su vida una cara redonda y sanota de niña campesina, simpática pero anodina. Había lamentado muchas veces no ser hermosa, pero sencillamente no le había tocado serlo, y había aceptado su aspecto físico lo mejor que había podido.

Sintió un estremecimiento de temor al examinar su rostro en el espejo y recordó algo que le había oído decir a Carlin: «La corrupción comienza con un solo momento de debilidad». Kelsea no recordaba de qué habían estado hablando, pero sí recordaba que Carlin había mirado a Barty con actitud sentenciosa. Ahora, contemplándose en el espejo, Kelsea supo que Carlin tenía razón: la corrupción no surgía de forma repentina, sino que era un proceso gradual e insidioso. Kelsea no había notado ni visto que ocurriera nada, y sin embargo el cambio se había producido con sigilo.

Su nariz estaba transformándose, eso era lo primero. Siempre había parecido un champiñón aplastado en medio de su cara, demasiado grande respecto a las otras facciones. Comprobó que se había alargado y afilado, y que arrancaba con naturalidad y elegancia de su entrecejo. La punta, redondeada y ligeramente respingona, se había suavizado. Seguía teniendo los ojos almendrados y de un verde intenso, pero las bolsas que siempre tenía alrededor se estaban disimulando, y los ojos parecían más grandes y dominaban en su rostro, lo que hasta entonces nunca habían hecho. El cambio más notable tal vez fuera la boca, que siempre había sido de labios carnosos y

planos, demasiado ancha para su cara. Se diría que se hubieran encogido: el labio superior se había adelgazado ligeramente, de modo que el inferior parecía más carnoso; además, habían adquirido un rosa exuberante. Las mejillas también se habían adelgazado, y daban a su cara una forma más ovalada que redonda. Todo parecía encajar mejor que antes.

Pensó que no era hermosa ni mucho menos, pero tampoco fea. Concluyó que parecía, sencillamente, una de esas mujeres a las que era fácil recordar.

«¿Y a qué coste?»

Rehuyó esa pregunta. Ya no temía estar enferma, pues no le faltaba energía, y lo que tenía delante era la viva imagen de la lozanía. Sin embargo, tras el placer inicial que sintió al contemplar a aquella nueva mujer subyacía una sensación de inmensa falsedad. Aquella belleza brotaba de la nada y no reflejaba ningún cambio interior.

—Sigo siendo la misma —musitó. Eso era lo importante, ¿no? Seguía siendo, fundamentalmente, ella misma. Y sin embargo... Últimamente había sorprendido varias veces a Maza observándola como si tratara de analizar su rostro. En cuanto al resto de la Guardia Real... Bueno, no había forma de saber de qué hablaban por la noche, cuando se retiraban a sus dependencias. Si las cosas seguían así, quizá la tomaran por una hechicera, como la Reina Roja. Todavía estaban preocupados por el trance en que había entrado aquella noche en la biblioteca; últimamente, cada vez que Kelsea se tambaleaba, varios de sus hombres se apresuraban a sujetarla. Cerró los ojos y vio, otra vez, a la hermosa mujer de antes de la Travesía, con aquellos ojos tristes, aquellas profundas arrugas alrededor de la boca y aquellos cardenales.

«¿Quién eres, Lily?»

Nadie lo sabía. Lily se había desvanecido en el pasado, igual que el resto de la humanidad. Pero Kelsea no podía contentarse con eso. Sus zafiros se activaban sin que ella los controlara, de forma incoherente y exasperante. Pero nunca le habían mostrado nada que ella no necesitara ver.

«¿Qué te hace pensar que sean los zafiros? Llevan semanas extintos.»

Tras pensar eso, pestañeó. Ciertamente, los zafiros no habían hecho casi nada desde aquel día en el Argive. Pero Kelsea no era como Andalie. Ella no tenía magia propia. Todo su poder, todo lo extraordinario que alguna vez había hecho, estaba estrechamente vinculado a aquellas dos piedras azules que cabían en su bolsillo. Kelsea se arriesgó y volvió a mirarse en el espejo, y casi se estremeció al ver a aquella mujer serena y atractiva.

«¿Cómo puedes decir que las joyas están muertas? ¡Si están transformando tu cara!»

—Dios mío —murmuró Kelsea, temblorosa. Se dio la vuelta como si fuera a echar a correr, pero se paró en seco.

Había un hombre delante de la chimenea: una alta silueta negra recortada contra la luz que proyectaban las llamas.

Kelsea abrió la boca y fue a gritar para avisar a Pen, pero se contuvo e inspiró entrecortadamente. El Traedor, por supuesto; todos sabían que no había puertas que pudieran impedirle la entrada. Se le acercó de puntillas, y entonces, cuando la luz iluminó el perfil del intruso, se sobresaltó. Aquel hombre no era el Traedor, pero aun así la joven se sintió físicamente incapaz de gritar, ni de emitir sonido alguno.

Era hermoso; no había otra forma de expresarlo. Le recordó a las ilustraciones de Eros que aparecían en los libros de mitología de Carlin. Era alto y delgado, de constitución similar a la del Traedor, aunque el parecido no iba más allá. Su rostro era extremadamente sensual; las mejillas, ligeramente descarnadas, terminaban en una boca de labios carnosos. Tenía los ojos hundidos, pero muy grandes, y de un color indefinido; por efecto de la luz del fuego, se apreció fugazmente en ellos un destello rojizo.

Herederas del Tear.

Kelsea sacudió la cabeza, atónita. El hombre no había hablado, estaba segura; sin embargo, su voz resonaba dentro de su cabeza, un débil murmullo con marcado acento tear. Se le aceleró el corazón y respiró entrecortadamente, como si ambas reacciones se hubieran ajustado a un metrónomo. Las palmas de sus manos, completamente secas unos momentos antes, habían empezado a sudar.

Kelsea fue a decir algo, y él se llevó un dedo a los labios.

Nosotros hablamos en silencio, herederas del Tear.

Kelsea parpadeó. Oía a Pen, que, detrás de las cortinas corridas del umbral, se preparaba para acostarse, y comprendió que el guardia no había oído nada.

¿No tenéis nada que decir?

Kelsea se miró los zafiros, pero reposaban, oscuros e inactivos, sobre la seda negra de su vestido, una seda que ahora ya no se ceñía a su cuerpo, sino que le quedaba holgada. Sintió un ligero mareo, como si estuviera ebria, o dormida. Miró al hombre a los ojos, y de su mente salió disparado un pensamiento, limpio como el aliento.

¿Quién eres?

Un amigo.

Kelsea no le creyó. Recordó las advertencias de Andalie, aunque no necesitaba a Andalie para saber que aquel hombre no tenía buenas intenciones. Se diría que la inmovilizaba con la mirada, y que toda su atención estaba concentrada en ella, como si para él no existiera nada más importante, en ese momento, que Kelsea Glynn. «Hermoso como un pecado», la había prevenido Andalie, y aún se había quedado corta. Kelsea jamás había visto a ningún hombre tan plenamente interesado por ella, y era una sensación fascinante.

¿Qué quieres?, preguntó.

Solo ayudaros, heredera del Tear. ¿Os interesa saber qué hace la reina mort? ¿Qué movimientos prepara para su ejército? ¿Cuáles son sus puntos débiles? Todo eso yo puedo decíroslo.

Sin ningún coste, supongo.

Sois lista. Todo tiene un precio.

¿Cuál es el precio?

El hombre señaló la mano con la que Kelsea, sin darse cuenta, había agarrado los dos zafiros.

Tenéis unas joyas de un poder enorme, heredera del Tear. Podríaís hacerme un gran favor.

¿Un poder enorme? Después de lo sucedido en el Argive, Kelsea suponía que era cierto, pero ¿de qué le servía todo el poder del mundo si no podía controlarlo, si no podía convocarlo cuando lo necesitara? Un poder tan imprevisible no atenuaría la gran ventaja en tamaño y armamento del ejército mort.

¿Qué poder?

He visto cómo una de las joyas alteraba el tiempo y obraba milagros. Pero la otra tiene el poder de la carne, y vos tenéis una gran voluntad, heredera del Tear. Podréis arrancar piel y triturar huesos.

Kelsea lo pensó unos instantes, misteriosamente fascinada. Cerró los ojos y de pronto lo vio: el Almont, tendido de un extremo a otro del horizonte, y el ejército mort huyendo despavorido ante ella. ¿Era eso posible?

El hombre sonrió, como si le hubiera leído el pensamiento, y señaló la chimenea.

Mirad y ved.

Ante las llamas se desplegó un amplio espejismo, un extenso panorama de

salinas y aguas negras que solo podían corresponder a la región occidental de Mortmesne. Debía de ser el lago Karczmar, al pie de los Montes Fronterizos, donde se había concentrado el ejército mort. Pero ahora reinaba el caos en la ladera; había fuego en las copas de los árboles y unos hombres con uniforme negro luchaban con denuedo. Una capa de humo cubría la vegetación.

Aquí están vuestros soldados, heredera del Tear. Serán derrotados.

Los soldados mort, superiores en número, obligaban al ejercicio tear a retirarse y descender por la ladera. Kelsea comprendió que era el batallón de Hall, y que sus hombres iban a morir. Sintió un dolor desgarrador y estiró un brazo hacia el espejismo, como si quisiera agarrarlos y llevárselos de allí.

El hombre chasqueó los dedos, y el espejismo desapareció. En la chimenea ya solo había fuego. Kelsea pensó en llamar a Pen, pero era como si aquel desconocido la inmovilizara con la mirada.

La reina mort tiene puntos débiles que podríais explotar. Y el favor que yo os pido a cambio es muy pequeño.

Kelsea recordó la advertencia de Andalie y negó con la cabeza.

No me interesa nada tuyo.

Eso no es cierto, heredera del Tear. Llevo un tiempo observándoos. Anheláis ser una persona adulta, pero quienes os rodean a menudo os tratan como a una cría. ¿No es cierto?

Kelsea guardó silencio. El hombre dio un paso adelante y, sin impedirle retroceder, le puso una mano en la cintura. Tenía la mano caliente, y Kelsea sintió que le ardía la piel y notó una fuerte presión en el fondo del estómago.

Yo nunca os trataré como a una cría, heredera del Tear. Nunca me ha importado si erais hermosa o fea. He conocido a infinidad de mujeres, pero a vos os trataré como a ninguna, porque sois excepcional.

Kelsea le creyó. Era aquella voz, una voz apagada que destilaba seguridad y certeza. La joven lo miró a los ojos y se dio cuenta de que sabía muchas cosas de Kelsea que no eran asunto suyo. Por un momento estuvo tentada, superada por su deseo de ser una persona adulta con su propia vida y de cometer errores terribles, como les estaba permitido a los demás. Y aquel hombre habría sido una buena elección, pues no cabía duda de que había sido la desgracia de muchas mujeres.

Pero esas mujeres eran más débiles que yo, le dijo una vocecilla. Yo no me dejo engañar tan fácilmente.

Le apartó la mano de la cintura con cuidado. El hombre tenía la piel

exageradamente seca, pero hasta eso resultaba excitante a su manera; Kelsea no pudo evitar preguntarse cómo sería sentir las caricias de esas manos tan secas entre sus piernas, y si le provocarían las mismas sensaciones que le provocaban las suyas propias. Se apartó de él y trató de recuperar el dominio de sí misma, cierto equilibrio.

¿Qué quieres?, inquirió. Sé más explícito.

La libertad.

¿Quién te priva de ella?

La mía no es una cárcel de paredes, heredera del Tear.

Habla más claro o vete.

El hombre la miró con admiración. Se acercó más, pero se detuvo cuando Kelsea levantó una mano.

Estoy encarcelado, heredera del Tear. Y vos tenéis el poder de liberarme.

¿A cambio de qué?

Os ofrezco una posibilidad de derrotar a la reina mort y alcanzar la gloria. Seguiréis sentada en el trono mucho después de que todo lo que conocéis haya quedado reducido a polvo.

¿Le has prometido lo mismo a ella?

Esa vez fue él quien pestañeó. Era un golpe atrevido, pero un buen golpe. Nadie tenía explicación para la extraordinaria longevidad de la Reina Roja. Y era lógico pensar que un hombre («¿Es un hombre?», se preguntó Kelsea por primera vez) que intentaba eso con una reina ya lo hubiera intentado con otra.

No tengo ninguna intención de imitar a la Reina Roja.

Eso lo diréis, replicó él, hasta el momento en que sus legiones aplasten vuestro ejército. Sus palabras se parecían tanto a lo que Kelsea había visto en sus visiones que se estremeció, y vio que a él eso le producía placer. Me suplicaréis una oportunidad para dar rienda suelta a vuestra crueldad.

No, lo contradijo ella. Y si buscáis crueldad en mí, no la encontraréis.

En todo ser humano hay crueldad, heredera del Tear. Para extraerla basta con ejercer la presión adecuada.

Márchate ya, o llamaré a mi guardaespaldas.

No temo a vuestro guardaespaldas. Podría retorcerle el cuello sin apenas esfuerzo.

Esas palabras hicieron estremecer a Kelsea, pero se limitó a repetir:

Márchate. No me interesa tu oferta.

El hombre sonrió.

Sí os interesa, heredera del Tear. Y cuando vengáis a buscarme os estaré esperando.

De pronto la figura se disolvió y formó una masa negruzca que quedó suspendida en el aire. Kelsea se apartó, tambaleándose y con el corazón latiéndole a toda velocidad. Aquella masa negra se deslizó como una sombra hacia la chimenea; descendió sobre las llamas como una cortina, atenuándolas hasta extinguirlas por completo, y la habitación quedó fría y oscura. Kelsea, al hallarse de pronto sin luz, perdió el equilibrio, tropezó con su mesilla de noche y se cayó.

—Mierda —masculló tanteando el suelo.

—¿Señora? —preguntó Pen desde la puerta, y Kelsea dio un grito ahogado; por un momento había olvidado la existencia de cualquiera que no fuera su visitante, y eso parecía lo más peligroso de todo—. ¿Estáis bien?

—Sí, Pen. Estoy bien. Es que soy idiota.

—¿Qué ha pasado con el fuego?

—Una corriente de aire.

Pese a la oscuridad, detectó el silencioso escepticismo de Pen. El muchacho cruzó la alcoba con andares sigilosos y fue hasta la chimenea.

—No importa. —Kelsea palpaba el suelo en busca de los objetos que se habían caído de la mesilla de noche—. Encenderé una vela.

—¿Habéis estado practicando brujería, Señora?

Kelsea, que se disponía a encender una cerilla, se detuvo y preguntó:

—¿Por qué lo dices?

—Es que no estamos ciegos. Todos vemos lo que os está pasando. Maza nos ha prohibido hablar de ello.

—En ese caso, será mejor que no hables. —Kelsea encendió la vela y encontró a Pen a solo unos palmos, con gesto de preocupación—. No, no practico brujería.

—Os habéis vuelto muy atractiva.

Kelsea frunció el ceño. El que Pen la considerara hermosa le produjo placer, pero rápidamente la rabia atenuó su satisfacción: ¡antes no era lo bastante guapa! La frustración se apoderó de ella. El corazón todavía le latía muy deprisa, y estaba reventada. El atractivo rostro de Pen denotaba sincero interés, como siempre; pero Pen siempre se había portado bien con ella, desde aquel día en el bosque de Reddick, cuando, de haber podido elegir, el resto de miembros de su guardia seguramente la habrían dejado atrás. Él la ayudó a

levantarse, y la joven no pudo evitar fijarse en otras cosas. Pen era musculoso; tenía un cuerpo muy proporcionado, con la parte superior bien desarrollada y la parte inferior ágil, el tipo de constitución que Venner encomiaba, imprescindible para quien pretendiera convertirse en un espada de primera. Pen era rápido, fuerte e inteligente. Y, más importante aún, era digno de confianza; destacaba por ello incluso en un cuadro de guardias escogidos por su capacidad para tener la boca cerrada. Nada que sucediera en aquella habitación saldría de allí.

—Pen...

—¿Sí, Señora?

—¿Te parezco guapa?

Él parpadeó, sorprendido.

—Siempre me lo habéis parecido, Señora. Pero es cierto que vuestra cara ha cambiado.

—¿Siempre te he parecido guapa?

—Eso no importa, Señora. Hay mujeres que destacan por su aspecto físico, pero vos nunca habéis sido una de ellas.

Kelsea no supo cómo interpretar aquellas palabras. Era evidente que Pen empezaba a sentirse incómodo, y la joven se preguntó si estaría haciéndose el tonto.

—Pero te lo parezco.

—Parecéis cansada, Señora. Será mejor que os deje dormir. —Se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

—Pen...

Se volvió de nuevo, pero se mostraba reacio a mirarla a los ojos.

—Podrías dormir aquí. Conmigo.

Entonces sí la miró, y palideció de golpe, como si Kelsea le hubiera dado una bofetada. Se metió las manos en los bolsillos y se apartó.

—Soy un guardia real, Señora. No puedo.

Pero eso era mentira, y Kelsea, que lo sabía, se sonrojó. Por la cama de su madre había pasado toda la Guardia Real. Si tenía que dar crédito a Arliss, hasta Maza se había acostado con ella.

«Sí, muy guapa —pensó Kelsea—. Tan guapa que no me quiere ni regalada.» Oía el rugido de la sangre en sus oídos, y de pronto entendió que acababa de humillarse a sí misma. La humillación solo tardó un momento en provocar su ira.

—Eres un mentiroso de mierda, Pen. Claro que puedes. Lo que pasa es que no quieres.

—Voy a acostarme, Señora. Por la mañana... —Pen tragó saliva convulsivamente, y Kelsea sintió una breve satisfacción; al menos él también estaba avergonzado—. Por la mañana nos habremos olvidado de todo esto. Que durmáis bien.

Kelsea le sonrió, pero fue una sonrisa amarga y forzada. Había elegido al peor candidato para aquel pequeño experimento: el único guardia al que tendría que ver constantemente, todos los días. Pen volvió a su antecámara, y se disponía a correr la cortina cuando Kelsea dijo:

—Pese a la activa vida social que llevas, Pen, las próximas semanas voy a necesitarte en las mejores condiciones posibles. Sea quien sea ella, pídele que te deje dormir más.

Pen se quedó inmóvil un instante, antes de cerrar la cortina de un tirón. Kelsea le oyó dejarse caer en el colchón, y luego ya no oyó nada. Estaba dolida, y por eso, en el fondo, deseó que su guardaespaldas permaneciera despierto durante horas; pero al cabo de pocos minutos le oyó roncar.

Kelsea, en cambio, nunca había estado tan desvelada. Se quedó mirando la vela encendida que había en su mesilla de noche, sin fuerzas para apagarla de un soplo. Aquella extraña velada exigía un análisis, pero la joven ni siquiera tenía energía para eso. Su cuerpo todavía era una mezcla de reacciones involuntarias. Se dio la vuelta y golpeó la almohada con el puño, aborreciendo aquel frenesí interno. Deslizó una mano para tocarse, pero entonces comprendió que no serviría de nada. Estaba demasiado encolerizada, demasiado avergonzada. En realidad, lo que quería era hacerle daño a alguien...

«Arrancar piel y triturar huesos.»

Las palabras del desconocido resonaban en su cabeza. Le había ofrecido la inmortalidad, pero eso no era más que una palabra. Para Kelsea, la inmortalidad no resolvería los problemas del Tearling. El hombre había dicho que estaba encarcelado en una cárcel sin muros. Y quería que Kelsea lo liberara.

Se puso los zafiros en la palma de la mano y los contempló, pensativa. Tal vez aquel hombre no supiera que habían dejado de funcionar, que en realidad Kelsea no los controlaba. «Arrancar piel y triturar huesos», pero ¿de quién? En ese momento odiaba a Pen, pero sabía que él no había hecho nada malo.

Pen no merecía su odio. En realidad solo podía hacerse daño a sí misma.

Levantó el brazo izquierdo y se lo miró. Ya había soportado un dolor espantoso: la había atacado un halcón y le habían clavado un puñal en el hombro; y sin embargo en su mente apareció Lily Mayhew. Lily llevaba una vida relativamente cómoda para su época, pero a través de aquel breve recuerdo Kelsea había percibido algo terrible en el futuro de Lily. Se avecinaba una prueba de fuego. Se examinó la piel del antebrazo, lisa y blanca, y trató de concentrarse y visualizar las diferentes capas que había debajo. Solo un arañazo... Apenas le dolería; aun así, su subconsciente rechazó esa idea.

«Arrancar piel y triturar huesos.»

—Solo la piel —susurró Kelsea mirándose el brazo, centrando toda su atención en un solo centímetro de piel. Había soportado cosas mucho peores; claro que podría soportar aquello—. Solo un arañazo.

Apareció una línea roja superficial en su antebrazo. Kelsea aumentó la presión y vio que la línea se hundía más; aspiró entre los dientes y la piel se abrió produciéndole una punzada de dolor. Brotó la sangre y rellenó la herida sin llegar a desbordarse. Al verla, Kelsea dibujó una amplia sonrisa. Se sentía conectada a cada uno de los nervios de su cuerpo. Aunque el dolor no era agradable, la joven agradeció sentir algo que no fuera frustración. Se secó la sangre con la sábana y se tumbó de lado, sin notar apenas el dolor de la herida y sin oír los ronquidos de Pen detrás de la cortina. Estaba demasiado entretenida contemplando la chimenea y pensando en Mortmesne.

—¿Señora?

Kelsea levantó la cabeza y vio a Maza de pie en el umbral. Andalie le dio un fuerte tirón en el pelo, y Kelsea hizo una mueca de dolor.

—Ha llegado el Santo Padre.

Andalie dejó el cepillo y dijo:

—No habéis quedado mal, Señora. Habría podido hacerlo mejor si hubiera tenido más tiempo.

—No importa, Su Santidad no lo apreciará —masculló Kelsea con enfado. Llevaba toda la semana temiendo que llegara ese día, aunque en ese momento su enojo no tenía nada que ver con el Santo Padre. Lo que veía en el espejo era absolutamente increíble. Maza no había hecho ningún comentario al

respecto, ni tampoco Pen; pero Andalie, que la peinaba todos los días, tenía que haberse fijado por fuerza. En una semana el pelo de Kelsea había crecido como mínimo veinte centímetros y le llegaba por debajo de los omóplatos. Ya no le preocupaba la posibilidad de estar enferma, pero la enfermedad habría sido algo concreto, algo conocido. Andalie debió de detectar la inquietud de Kelsea, pues le puso una mano firme en el hombro y murmuró:

—Todo irá bien.

—He recibido un informe interesante de Mortmesne, Señora —continuó Maza.

—¿El ejército?

—No, el pueblo. En Mortmesne ha cundido el descontento desde que interrumpisteis la remesa, y ahora, por lo visto, ha surgido un movimiento de protesta. De momento está concentrado básicamente en Cite Marche y en las aldeas del norte, pero ya empiezan a aparecer células en el sur, hacia Demesne.

—¿Quién las dirige?

—Un tipo a quien nadie había visto nunca, un tal Levieux. Según parece, se preocupa mucho de ocultar su rostro.

—¿El Traedor?

—Es posible, Señora. No hemos sabido nada de él desde el día que dejó aquella pieza de decorado en el Parque de la Ciudadela. Este último mes, Arliss ha recibido numerosos pagos de impuestos correspondientes a propiedades de nobles, pero no ha habido quejas por robos ni hostigamientos. Es evidente que anda entretenido con algo.

Kelsea respiró hondo y confió en que no se notara.

—Bueno, si eso le impide robar mis tributos, mucho mejor.

—Y otra cosa: la Reina Roja ha emitido unas órdenes extrañas. Ha prohibido terminantemente encender las chimeneas del palacio.

En la mente de Kelsea apareció de inmediato la imagen del hombre atractivo que había estado en su alcoba. Dada la lealtad de su Guardia Real (y, pese a los errores que se habían cometido en el pasado, Kelsea no la ponía en duda), era imposible que un extraño entrara tan campante en el Pabellón Real. El desconocido se había marchado a través del fuego; por tanto, parecía razonable deducir que había llegado por el mismo medio. Y había mencionado a la Reina Roja, ¿no? Kelsea intentó recordar sus palabras exactas. Si la Reina Roja temía a aquel ser, debía de ser muy peligroso.

«Tú ya sabías que era peligroso —dijo una vocecilla con tono burlón—. Le bastaron diez minutos de conversación para que casi te quitaras el vestido.»

—¿Tiene eso algún sentido para vos, Señora? —preguntó Maza. Kelsea no había sido todo lo prudente que debía; Maza siempre había tenido facilidad para interpretar su expresión, incluso reflejada en el espejo.

—No. Es extraño, como bien dices.

Maza la observó unos instantes. Como Kelsea no dijo nada más, el capitán desistió, pero ella sabía que no había conseguido engañarlo.

—Tened cuidado con el Santo Padre, Señora. Solo causa problemas.

—Supongo que no estarás preocupado por la posibilidad de que se cometa algún acto violento.

Maza abrió la boca y la cerró.

—Esta noche no —dijo.

Iba a decir otra cosa. Kelsea dio las gracias a Andalie y se dirigió hacia la puerta; Maza y Pen la siguieron. Llevaba dos días haciendo todo lo posible para no mirar a la cara a Pen, y él parecía agradecerlo. Sin embargo, aquella situación no podía durar mucho. A Kelsea le habría gustado que se le hubiera ocurrido una forma de castigar a Pen, de hacer que se arrepintiera tanto como ella. Y entonces se dio cuenta de que su aspecto físico no era lo único que había cambiado. Se sentía diferente. Recordó lo que había dicho aquel hombre atractivo sobre la crueldad: «Para extraerla basta con ejercer la presión adecuada».

«Yo no soy cruel», insistió Kelsea. Pero no sabía a quién intentaba convencer.

—Os guste o no, la Iglesia de Dios ejerce un gran dominio en este reino, Señora —continuó Maza mientras recorrían el pasillo—. Esta noche, controlad vuestro mal genio.

—Decirme que controle mi mal genio es la mejor manera de provocarlo, Lazarus.

—Bueno, he puesto al padre Tyler entre los dos. Al menos, apiadaos de él.

Entraron en la sala de audiencias y encontraron al padre Tyler esperando con su característica sonrisa cohibida. Sin embargo, esa noche su sonrisa delataba también ansiedad, una ansiedad que Kelsea entendió muy bien. Los dos mundos del padre Tyler estaban chocando, y Kelsea, consciente de que ella conocía una faceta distinta de la que el sacerdote desarrollaba en el Arvath, se preguntó si temería tanto como ella aquella velada. La joven

necesitaba los recursos de la Iglesia, pero no le gustaba la idea de acudir al Santo Padre con un sombrero en la mano.

«Eso no es lo que estoy haciendo», se recordó. Hemos venido a negociar.

—Hola, padre.

—Buenas noches, Majestad. ¿Puedo presentaros a Su Santidad?

Kelsea dirigió la mirada hacia el Santo Padre. Se había imaginado a un anciano marchito y encogido, pero aquel hombre no era mayor que Maza. Ciertamente, no transmitía la vitalidad del capitán; de hecho, a Kelsea no le causó impresión alguna. Tenía unas facciones toscas, los ojos oscuros y opacos, y, al ver a la reina, no mudó la expresión. A Kelsea nadie le había transmitido jamás tanta vacuidad. Al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que el representante de Dios no iba a saludarla con una reverencia; es más, esperaba que ella se inclinara ante él.

—Santidad.

Al comprender que Kelsea tampoco le haría una reverencia, el Santo Padre sonrió: levantó mecánicamente las comisuras de la boca, con lo que no consiguió animar en absoluto su rostro.

—Reina Kelsea.

—Gracias por venir. —La joven señaló la enorme mesa de comedor, preparada para servir a diez comensales—. Sentaos.

Dos acólitos, uno alto y otro bajo, siguieron al Santo Padre. El alto tenía los rasgos afilados, como una comadreja, y a Kelsea le resultó vagamente familiar. Era evidente que se trataba del ayudante favorito; fue él quien retiró la silla y la empujó una vez que el Santo Padre se hubo sentado. Ambos acólitos se colocaron detrás del Santo Padre; ellos no iban a cenar, y se pretendía que pasaran desapercibidos. Sin embargo, a lo largo de la cena Kelsea volvió a fijarse varias veces en el más alto de los dos. Sí, estaba segura de haberlo visto, pero ¿dónde?

—¿No trae guardias? —le susurró a Pen al tomar asiento.

—El Santo Padre siempre viaja acompañado de cuatro guardias armados, Señora —contestó él—. Pero el capitán ha insistido en que se quedaran fuera.

El padre Tyler se había sentado al otro lado de Pen, a solo un asiento de distancia de Kelsea. El Santo Padre pestañeó, sorprendido, cuando ocupó su lugar.

—¿Siempre os acompañan en la mesa tantos miembros de vuestra guardia, Majestad?

—Las más de las veces, sí.

—¿Tanto os preocupa la seguridad?

—En absoluto. Pero prefiero comer con mi guardia.

—Tal vez eso cambie cuando forméis una familia.

Kelsea entornó los ojos mientras Mila empezaba a servirle la sopa en el cuenco, y dijo:

—Mi guardia es mi familia.

—Pero sin duda, Majestad, uno de vuestros primeros deberes es engendrar un heredero.

—De momento tengo asuntos más urgentes, Santidad.

—Y yo, a muchos feligreses preocupados, Majestad. Les gustaría tener cuanto antes un heredero y un delfín. La incertidumbre es mala para la moral.

—¿Acaso os gustaría que engendrara un hijo ilegítimo, como mi madre?

—Desde luego que no, Majestad. No defendemos el libertinaje, pese a ser innegable que vuestra madre lo practicaba. Nos gustaría que os casarais y formarais una familia.

Pen le dio un golpecito con el pie, y Kelsea reparó en que todos los comensales esperaban a que empezara a comer. Sacudió la cabeza.

—Disculpadme. Podéis empezar.

La sopa de tomate de Mila solía estar deliciosa, pero esa noche Kelsea apenas le encontraba sabor. El comentario sobre su madre había sido demasiado grosero, demasiado directo. El Santo Padre pretendía provocarla, pero ¿con qué objetivo? Sus dos acólitos permanecían de pie detrás de él, inmóviles, y sus ojos no cesaban de moverse y registraban cuanto sucedía en la habitación. La velada ya estaba arruinada. El padre Tyler se tomaba la sopa a pequeños sorbos, pero Kelsea vio que no estaba ingiriéndola, sino que devolvía cada cucharada de nuevo al cuenco. El padre Tyler siempre era sobrio en las comidas; sin embargo, esa noche tenía la mirada apagada y los párpados hinchados, y Kelsea volvió a preguntarse qué le habría pasado.

El Santo Padre ni siquiera había tocado la cuchara. Se limitaba a contemplar su cuenco de sopa con la mirada ausente mientras los otros comían. Su actitud era tan grosera (sobre todo porque Mila estaba pendiente de cuanto sucedía en la mesa) que al final Kelsea se vio obligada a preguntar:

—¿Prefiere que le traigamos otra cosa, Santidad?

—En absoluto, Majestad. Es que no me gusta el tomate.

Kelsea se encogió de hombros. Un hombre a quien no le gustaba el tomate

era más digno de lástima que de desprecio. Comió de forma mecánica durante unos minutos, respirando despacio entre una cucharada y otra, pero no podía ignorar al Santo Padre, que parecía acecharla desde el otro lado de la mesa. Dado que era evidente que pretendía enfurecerla, Kelsea trató de dominar su temperamento, un ejercicio mental tan arduo como tender una alfombra de terciopelo sobre un campo cubierto de pinchos. No quería pedirle ayuda a aquel viejo mentiroso, al menos no abiertamente, como lo habría hecho un suplicante. Con todo, no podía esperar toda la noche a que se le presentara la ocasión en medio de la conversación.

La distrajo un movimiento que detectó detrás del hombro de Elston. Su guardia acababa de dejar entrar al mago, un individuo de pelo castaño claro y constitución mediana. La última vez que Kelsea lo había visto, ella solo era una niña miedosa que recorría la ciudad a caballo, pero no lo había olvidado, y, a petición suya, Maza había ido a buscarlo. Se llamaba Bradshaw y era un simple artista callejero; trabajar en la Ciudadela significaría una gran oportunidad para él. Kelsea se fijó en sus dedos, largos y sutiles, incluso para realizar acciones tan cotidianas como quitarse el sombrero y la capa. Maza no consideraba que el mago significara una amenaza para la seguridad de Kelsea, pero como siempre, desconfiaba de todo lo que no fuera racional, y había informado a Kelsea de que a lo largo de la velada la seguridad tal vez se estrechara de forma poco habitual.

A Kelsea no le había fallado la intuición. Cuando se terminó la sopa y dejó la cuchara, el Santo Padre saltó.

—Majestad, a petición de mis fieles, debo plantearos una serie de asuntos desagradables.

—¿Sus fieles? ¿Acaso da usted sermones?

—Mis fieles son toda la humanidad.

—¿Incluidos los que no quieren formar parte de la congregación?

—Los que no quieren participar en el reino de Dios son los más necesitados, Majestad.

—¿Cuál es el primero de esos asuntos desagradables?

—La destrucción del castillo Graham hace unos meses.

—Tengo entendido que quedó destruido tras un incendio accidental.

—Muchos de mis fieles creen que el fuego fue provocado, Majestad. Es más, la opinión más generalizada es que lo provocó uno de vuestros guardias.

—La opinión generalizada siempre viene muy bien. ¿Tiene alguna prueba?

—Sí.

Kelsea inspiró bruscamente. A su derecha, Maza se había quedado inmóvil, pero el Santo Padre siguió mirando de manera insulsa a Kelsea; no parecía que le tuviera el menor miedo al capitán. Kelsea se planteó pedirle al Santo Padre que presentara sus pruebas, pero descartó esa idea. Si era cierto que el pontífice tenía algo que relacionara a Maza con el incendio, ella no podría aferrarse a nada. Cambió de táctica.

—Intentar asesinar a la reina es traición. Creo que el derecho consuetudinario establece que el culpable de traición pierde sus propiedades.

—Así es.

—Lord Graham me puso un puñal en el cuello, Santidad. Aun en el poco probable caso de que uno de mis guardias estuviera implicado en ese incendio, esa propiedad ya me pertenecía, así que podía quemarla si quería.

—Pero no a las personas que había dentro, Majestad.

—Si estaban dentro, estaban violando una propiedad privada.

—Pero el hecho de que fuerais la propietaria de ese castillo depende enteramente de vuestra propia acusación de traición.

—¿De mi propia acusación? ¿Cómo llamaría usted a lo que hizo lord Graham?

—No lo sé, Majestad. Como decís, hay muy pocas pruebas. ¿Qué sabemos? Solo que una noche había un noble joven y atractivo en vuestra alcoba, y que lo matasteis.

Kelsea se quedó boquiabierta.

—Quizá hiciera tiempo que le habíais echado el ojo a sus tierras.

Pen retiró su silla de la mesa, pero Kelsea lo agarró por el brazo y, en voz baja, dijo:

—No.

—Señora...

—No pasa nada. —Mirar a Pen a los ojos fue una equivocación; en ese momento, Kelsea revivió su humillación. Pen era el amigo más antiguo que tenía, el guardia que había sido amable con ella mucho antes que ningún otro, y sin embargo lo único que veía Kelsea era al hombre que la había rechazado. ¿Cómo podrían recuperar lo que tenían antes? Miró al Santo Padre y vio que los observaba a Pen y a ella con interés.

—¿Es eso lo que cuentan sus sacerdotes desde el púlpito, Santidad? ¿Que el joven lord Graham fue víctima de mi promiscuidad sexual?

Elston y Dyer rieron por lo bajo.

—Me habéis interpretado mal, Majestad. Yo solo hago de portavoz de las preocupaciones de mis fieles.

—Creía que era el portavoz de Dios.

El acólito de menor estatura dio un grito ahogado.

—Esa afirmación sería blasfema, Majestad —replicó el Santo Padre con un deje de reprobación—. Ningún hombre puede hablar en lugar de Dios.

—Entiendo.

No lo entendía, pero al menos había logrado desviar la conversación de Maza y del incendio. Mila aprovechó la pausa en la conversación para servir el plato principal: pollo asado con patatas. Kelsea miró de soslayo a Pen y vio que miraba, colérico, al Santo Padre. Ahora toda su guardia estaba furiosa, incluso Maza, cuyos labios se habían tensado. Kelsea tamborileó con las uñas en la mesa, y todos volvieron a prestar atención a la comida, aunque algunos parecían tener dificultades para tragar.

—¿Habéis oído las noticias del Fairwitch, Majestad? —preguntó el Santo Padre.

—Sí. Dicen que han desaparecido niños y que un asesino invisible merodea por la región.

—¿Cómo pensáis tratar esa cuestión?

—No lo sabré hasta que tenga pruebas sólidas de qué está pasando.

—Mientras esperáis, Majestad, el problema empeora. El cardenal Penney me ha contado que han desaparecido varias familias de las estribaciones de las montañas. El propio cardenal ha visto sombras oscuras por la noche alrededor de su castillo. No me cabe duda de que es cosa del demonio.

—Y ¿qué me sugiere para combatir a esos demonios?

—Oración, Majestad. Devoción. ¿Nunca os habéis planteado que esto podría ser una venganza de Dios contra el Tearling?

—¿Una venganza? ¿Por qué?

—Por el relajamiento de la fe y las actitudes pecaminosas.

El padre Tyler soltó el tenedor, que cayó al suelo con gran estruendo. El sacerdote se agachó para recuperarlo.

—La oración no nos salvará de un asesino en serie, Santidad.

—Entonces ¿qué nos salvará?

—La acción. La acción juiciosa, decidida tras sopesar todas sus consecuencias.

—Vuestra fe es débil, Majestad.

Kelsea dejó el tenedor en el plato.

—No voy a permitir que me provoque.

—No tenía intención de provocaros, sino solo de ofreceros consejo espiritual. Muchos de vuestros actos contravienen la voluntad de Dios.

Kelsea vio hacia dónde iba la conversación, y apoyó la barbilla en ambas manos.

—Decidme, Santidad.

El Santo Padre arqueó las cejas.

—¿Queréis que enumere vuestras transgresiones?

—¿Por qué no?

—De acuerdo, Majestad. Lo haré. Cuando iniciasteis vuestro reinado, había tres herejes y dos homosexuales custodiados por la Corona, y vos los habéis liberado a todos. Peor aún, toleráis la homosexualidad en el seno de vuestra guardia.

¿Qué significaba aquello? Kelsea dominó el impulso de mirar a Maza o a cualquier otro de los miembros de su guardia. Jamás había oído ni el más mínimo rumor en ese sentido.

—El que no os hayáis casado, además, establece un ejemplo pésimo para el resto de mujeres. He oído rumores de que vos misma podríais tener tendencias homosexuales.

—Ya lo creo, Santidad, la libertad sexual de las personas adultas es la mayor amenaza a que se ha enfrentado jamás este reino —replicó Kelsea con mordacidad—. Solo Dios sabe cómo es posible que hayamos durado tanto.

El Santo Padre no se amilanó.

—Y recientemente me han informado de que tenéis intención de cobrar impuestos al Arvath, como a las instituciones seculares, por la propiedad de sus tierras. Pero evidentemente debe de tratarse de un error.

—Ah, por fin llegamos al quid de la cuestión. No, no hay ningún error, Santidad. La Iglesia de Dios es un terrateniente como cualquier otro. A partir del mes de febrero, pagará impuestos mensualmente por todas sus propiedades.

—La Iglesia siempre ha estado exenta de impuestos, Majestad, desde la época de David Raleigh. La exención fomenta las buenas obras y las actitudes desinteresadas por parte de nuestros hermanos.

—Obtenéis beneficios de vuestras tierras, Santidad, y a pesar de vuestra

misión, no sois una institución benéfica. No veo que vuestros nutridos ingresos reviertan en beneficio del pueblo llano.

—¡Repartimos pan entre los pobres, Majestad!

—Os felicito. Santa Simona no lo habría hecho mejor. —Kelsea se inclinó hacia delante y, tratando de suavizar su voz, añadió —: Sin embargo, ya que sacáis el tema, tengo una oferta que haceros.

—¿De qué se trata?

—Si mis cálculos son correctos, a finales de julio la mayor parte de la población del Tearling estará alojada en el campamento del Caddell, fuera de las murallas. Cuando lleguen los mort, habrá que conducir a todos esos desplazados a la ciudad.

—Si lo hicierais, Nueva Londres quedaría excesivamente superpoblada, Majestad.

—En efecto, y ya que afirmáis ser una institución benéfica, he pensado que podríais practicar vuestro espíritu cristiano proporcionando comida y alojamiento a los ciudadanos.

—¿Alojamiento?

—Abriré la Ciudadela a los refugiados, pero vos disponéis del segundo edificio de mayor tamaño de Nueva Londres, Santidad. Nueve plantas, y tengo entendido que solo dos de ellas están ocupadas.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó el Santo Padre, furioso, y Kelsea, consternada, vio que fulminaba con la mirada al padre Tyler—. El Arvath es sacrosanto.

—Siete plantas vacías, Santidad —insistió ella—. Pensad en la cantidad de personas desplazadas a las que podríais alojar y alimentar.

—En el Arvath no sobra espacio, Majestad.

—A cambio —continuó Kelsea ignorando a su interlocutor—, estaría dispuesta a considerar todas las propiedades de la Iglesia en Nueva Londres como benéficas, y le perdonaría los impuestos sobre esas propiedades.

—¿Solo las de Nueva Londres? —El Santo Padre se echó a reír, un sonido nada propio de un rostro tan triste—. Nueva Londres solo constituye una diminuta fracción de nuestras propiedades, Majestad. Ahora bien, si estuvierais dispuesta a incluir nuestras tierras del norte del Almont, quizá pudiéramos llegar a un acuerdo.

—Ah, sí, vuestras tierras de labranza. Donde los pobres trabajan por unos peniques al día y sus hijos empiezan a ir al campo a los cinco años.

Propiedades destinadas a la beneficencia, ya lo creo.

—Si no fuera así, esa gente no tendría trabajo.

Kelsea lo miró con fijeza y dijo:

—¿Y podéis dormir por las noches?

—Duermo bastante bien, Majestad.

—No lo dudo.

—¡Majestad! —El padre Tyler se levantó bruscamente; el pánico se reflejaba en su cara—. Necesito ir al servicio. Disculpadme.

En algún momento de la discusión, Mila le había puesto un plato de postre delante a Kelsea: tarta de queso con fresas por encima. Kelsea se la comió en un periquete; no era una de las especialidades de Mila, pero todas las tartas de queso eran buenas, y el mal humor de Kelsea no bastaba para apagar su apetito. Maza la miró con gesto suplicante, pero ella negó con la cabeza. Mientras masticaba, iba mirando de reojo a sus guardias, preguntándose hacia quién debía de haber ido dirigida aquella acusación de homosexualidad. Quizá, como tantas veces sucedía en la Iglesia de Dios, el Santo Padre solo hubiera hecho un comentario al azar, pero Kelsea no lo creía; era una afirmación demasiado extraña. Además, ¿acaso era asunto suyo? Según Carlin, la homofobia institucionalizada de la era pre-Travesía había consumido cantidades ingentes de tiempo y recursos. Barty, con su sentido práctico característico, siempre decía que Dios tenía cosas más importantes de que preocuparse que de lo que pasaba entre las sábanas de sus fieles.

«No —decidió Kelsea—, no es asunto mío.» Le habría gustado enviar al Santo Padre a la mierda (le habría sentado estupendamente), pero ¿dónde iba a alojar a todos aquellos refugiados, si no en el Arvath? Camas, servicios sanitarios, atención médica... Sin la Iglesia, aquello sería un desastre. Kelsea se planteó brevemente amenazar con expropiar el Arvath por causa de utilidad pública, del mismo modo que unas semanas atrás había amenazado a aquel grupo de nobles imbéciles. Pero no, eso habría sido una jugada desastrosa. Un ataque directo contra el Arvath no haría sino confirmar cada grave advertencia que los hombres del Santo Padre transmitían desde el púlpito, y había demasiada gente que se creía las tonterías de la Iglesia. El Santo Padre se había propuesto enfurecerla, comprendió Kelsea, y lo había conseguido. La rabia la fortalecía, pero al mismo tiempo también la debilitaba; ahora no sabía cómo retomar la negociación sin perder terreno.

—Creo que Su Santidad y yo ya hemos proporcionado suficiente

entretenimiento por esta noche —anunció al tiempo que se levantaba—. ¿Podemos pasar a asuntos más serios?

El Santo Padre sonrió, aunque sus ojos no participaron en el gesto. Tampoco había tocado su tarta de queso, y Kelsea hizo memoria y trató de recordar si había probado bocado. ¿Temería que lo envenenaran? Seguro que aquel hombre no habría tenido escrúpulos en hacer que alguno de sus acólitos probara la comida.

«Te estás yendo por las ramas. Concéntrate en el Arvath. En los mort.»

Kelsea lo intentó, pero no se le ocurría qué podía hacer para reparar la situación. Además, ¿acaso todo aquello no era irrelevante? Los mort llegarían mucho antes del nuevo año fiscal, y Nueva Londres no soportaría un sitio prolongado. Discutir sobre los impuestos del año siguiente venía a ser como pintar una casa que se erigía en el camino de un huracán. Quizá debiera transigir, pero solo de pensarlo, en la mente de Kelsea aparecía el campanario del Arvath: de oro macizo, valorado en muchos miles de libras. No, no podía ceder.

Cuando el grupo se desplazó hacia el trono, el padre Tyler se colocó al lado de Kelsea y, en voz baja, le dijo:

—Os suplico que no sigáis fastidiándolo, Señora.

—Él ya sabe cuidar de sí mismo. —Pero Kelsea se detuvo, y volvió a fijarse en el pálido semblante del sacerdote y en el peso que había perdido pese a estar ya muy delgado—. ¿De qué tenéis miedo, padre?

El sacerdote negó con la cabeza, tenaz.

—De nada, Majestad. Me preocupáis vos.

—Pues bien, si os sirve de consuelo, me propongo portarme lo mejor que pueda el resto de la velada.

—Sin embargo, a menudo vuestros propósitos fracasan.

Kelsea rió y le dio unas palmadas en la espalda. Tyler hizo una mueca, y la joven se mordió el labio inferior: había olvidado que no debía tocar a un miembro de la Iglesia de Dios.

—Lo siento, padre.

Él se encogió de hombros y sonrió con picardía, algo nada habitual en el padre Tyler.

—No pasa nada, Señora. Yo no soy como Su Santidad, no me preocupa vuestra promiscuidad sexual.

Kelsea soltó una carcajada y le indicó por señas que subiera con ella a la

tarima, donde habían colocado dos sillones. El Santo Padre ya se había sentado, y, cuando ella hizo otro tanto, le dedicó una de aquellas sonrisas insulsas e inquietantes. Sus acólitos se quedaron de pie abajo; Maza le hizo una seña a Elston para que se quedara con ellos, lo que parecía indicar que Maza también estaba preocupado por el acólito alto con cara de comadreja. Un fugaz recuerdo pasó por la mente de Kelsea, pero enseguida se esfumó.

Maza chasqueó los dedos, y Bradshaw, el mago, se acercó e hizo una pequeña reverencia. No llevaba la ropa de colores llamativos que Kelsea les había visto a tantos artistas callejeros; de hecho, vestía de negro y con sencillez. Cerca habían colocado una mesa con sus accesorios: un surtido de objetos, entre ellos dos pequeños armarios colocados a una distancia de unos dos palmos. Bradshaw abrió los armarios y los levantó para mostrar que no había falso fondo; entonces cogió una taza de la mesa del comedor, la metió en uno de los armarios y cerró la puerta. Cuando abrió la puerta del otro armario, la taza apareció allí.

Kelsea aplaudió, complacida, aunque no habría sabido decir dónde estaba el truco. No era magia, por descontado, pero lo parecía, y eso ya era suficiente. Bradshaw hizo aparecer en rápida sucesión una serie de objetos en cada mueble: un guante de Dyer, un cuenco de la mesa, dos tazas, y por último la maza del capitán de la guardia. Este último truco dejó a Maza muy desconcertado; por un instante su sorpresa se tornó enojo, pero Bradshaw sacó la maza del armario y se la ofreció con una sonrisa en los labios, y el capitán volvió a mostrarse perplejo.

Kelsea aplaudió enérgicamente; había pocas personas capaces de sorprender a Maza, y todavía eran menos las que se habrían atrevido a intentarlo. Maza examinó su arma favorita como un joyero examinaría unos diamantes, y pareció llegar a la conclusión de que, efectivamente, era la suya. En voz baja, Kelsea le dijo a Elston que le diera al mago una generosa propina.

El Santo Padre no estaba en absoluto impresionado; había presenciado toda la actuación con expresión avinagrada, y no había aplaudido ni una sola vez.

—¿No os divierte el ilusionismo, Santidad?

—No mucho, Majestad. Los magos son todos unos farsantes. Engañan a la gente para que crea en la magia pagana.

Kelsea estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero se contuvo. Su ventana de oportunidad estaba cerrándose; el Santo Padre pronto saldría por la

puerta, y ya no volvería. Y quizá se mostrara más dispuesto a avenirse a razones ahora que pocos podían entreoír sus palabras. Abajo, Bradshaw agitaba las manos para acompañar su actuación; Kelsea esperó hasta que hizo aparecer un ratón, y entonces, en voz baja, preguntó:

—Decidme, ¿con qué podría tentaros a aceptar mi oferta?

—Quizá podríamos llegar a un acuerdo, Majestad. Perdonadnos los impuestos de nuestras propiedades de Nueva Londres y de la mitad de nuestras hectáreas del Almont, y la Iglesia no tendrá inconveniente en alimentar y alojar a cuatro plantas de desplazados.

Kelsea miró a Maza.

—¿Cuánto dinero supone eso?

—Arliss es el único que podría decirlo con certeza, Señora. Pero estamos hablando de, como mínimo, dos mil quinientos kilómetros de tierras de labranza productivas. Los impuestos de un año ascenderían a una cantidad considerable.

—No solo un año —intervino el Santo Padre—. A perpetuidad.

—¿A perpetuidad? —repitió Kelsea, incrédula—. Solo con el dinero que el Tearling perdería en cinco años podría construirme un maldito Arvath para mí sola.

—Podríais construirlo, Majestad, pero no tenéis tiempo. —El Santo Padre sonrió, y por primera vez sus ojos se iluminaron levemente. Pero no era una luz positiva—. Los mort llegarán a principios de otoño, y os halláis entre la espada y la pared. Por eso estamos manteniendo esta conversación.

—No cometáis la equivocación de pensar que sois para mí algo más que una comodidad, Santidad. No necesito vuestra montaña de oro.

—En ese caso no cometáis la equivocación de pensar que le tengo miedo a vuestro recaudador de impuestos, Majestad. Para cuando llegue el año nuevo, no estaréis en situación de obligar a nadie a pagar impuestos.

Hacía solo cinco minutos Kelsea había pensado lo mismo, pero eso no hizo sino agravar su enojo. Se volvió hacia el pontífice y dejó de fingir que se interesaba por el espectáculo de magia.

—Y ¿para qué os está sirviendo todo ese oro, Santidad? ¿A quién tratáis de impresionar con ese campanario? ¿A Dios?

—A Dios no le interesan esas nimiedades.

—A eso mismo me refería yo.

—Ese oro proviene de las donaciones de nuestros devotos fieles, Majestad,

y es una prueba de su arrepentimiento y sus buenas intenciones. Vuestro tío fue uno de los donantes.

—Mi tío mantenía a siete concubinas y no tenía previsto casarse. ¿De verdad lo consideraréis muy devoto?

—Vuestro tío le confesó esos pecados al padre Timpany, Majestad, y recibió la absolución.

—Un sistema fascinante. A los niños de cuatro años se les somete a más disciplina.

—Vos tenéis el derecho penal para castigar a los seglares, Majestad. —La rabia tensó la voz del Santo Padre—. A mí únicamente me corresponde la salvación del alma.

—Pero el oro ayuda, ¿verdad?

—¿Cómo os atrevéis...?

—¡Majestad! —Bradshaw hizo otra elaborada reverencia al pie de la tarima—. ¿Puedo pedir que algún miembro de vuestra guardia se ofrezca voluntario para el truco final?

Kelsea compuso una sonrisa mustia y dijo:

—Kibb.

Kibb bajó los escalones entre las risas de los otros guardias, pero Kelsea apenas le prestó atención. Sujetaba fuertemente los brazos de su sillón. Estaba haciendo un esfuerzo enorme para no estrangular al hombre que tenía sentado a su lado.

«Todo ese espacio —pensó mirando fijamente al Santo Padre; le latían las sienes—. Todo ese espacio y todo ese oro. Vos no lo utilizáis, no lo necesitáis, pero os negáis a compartirlo. Si sobrevivimos a la invasión, amigo mío, voy a mataros a impuestos.»

El Santo Padre le sostuvo la mirada con la suprema arrogancia de quien no tiene nada que temer. Kelsea recordó un comentario que había hecho Maza semanas atrás: que el Santo Padre era perfectamente capaz de negociar con Demesne a escondidas. Si el Santo Padre ya había cerrado su trato, era lógico que no se sintiera amenazado por Kelsea; bastaba con que esperara a que llegara el ejército mort, que lo arrasaría todo excepto el Arvath. Kelsea notó que las primeras semillas de desesperación echaban raíces en su corazón. Llevaba un mes corriendo de un lado para otro, valorando frenéticamente una opción tras otra, tratando de encontrar una solución, y ahora levantaba la vista y se encontraba rodeada de caníbales.

—¡En honor de vuestros santos invitados, Majestad!

Bradshaw sacó la taza que ya había utilizado antes y la llenó de agua de una pequeña cantimplora. A continuación se la ofreció a Kibb.

—Beba un sorbo, señor, y confírmenos si es agua, por favor.

Kibb bebió de la taza y dijo:

—Sí, es agua.

El mago fue con la taza hasta la tarima y la levantó para que Kelsea pudiera examinarla; esperó a que ella asintiera con la cabeza antes de continuar. Tras dedicarle una breve y elegante reverencia al Santo Padre, Bradshaw tapó la taza con una mano y chasqueó los dedos de la otra. Un destello de luz apareció entre sus dedos; entonces Bradshaw volvió a acercarle la taza a Kelsea y levantó la mano. El agua que había dentro se había tornado de un rojo oscuro.

—¡Para complacer a Su Majestad! —anunció Bradshaw—. ¿Dónde está mi ayudante?

Kibb levantó la mano, y el mago fue danzando hasta él con la taza en la mano.

—Pruebe, señor. No tema, no le hará ningún daño.

Kibb, con una sonrisa un tanto nerviosa, dio un pequeño sorbo de la taza. De pronto puso cara de sorpresa, y bebió otro trago, esta vez más largo. Se volvió hacia Kelsea y, asombrado, declaró:

—Es vino, Majestad.

Kelsea rio entre dientes, pero su risita fue aflojándose hasta convertirse en una auténtica carcajada. No le pasó desapercibida la expresión colérica del Santo Padre, pero eso aún la hizo reír con más ganas. Al pie de la tarima, Bradshaw sonrió, triunfante, y se le colorearon las mejillas.

—¡Levántate! ¡Levántate!

El acólito de menor estatura se había desmayado, y el más alto lo zarandeaba y le susurraba al oído. Pero el joven había perdido el conocimiento.

El Santo Padre se levantó de su asiento; estaba rojo de ira, lo que a Kelsea le produjo una enorme satisfacción. El padre Tyler le hablaba al oído, pero el Santo Padre lo apartó de un empujón. No mostró ningún interés por el joven que yacía inconsciente en el suelo.

—No le veo ninguna gracia a insultar a los invitados —declaró el Santo Padre, ofendido—. Eso ha sido un chiste blasfemo, Majestad, y de muy mal gusto.

—No me miréis a mí, Santidad. Yo no tengo artistas de corte. Sus trucos son asunto suyo.

—¡Exijo una disculpa! —exclamó, y Kelsea, que había dado por hecho que aquella indignación absurda formaba parte de la descripción del puesto de Santo Padre, vaciló, porque era evidente que su cólera era auténtica. Sin embargo, aunque Bradshaw hubiera sacado a la Virgen María de un sombrero, nadie se tomaba en serio los trucos de magia. Lo más inteligente habría sido la conciliación, pero Kelsea ya había dejado pasar esa oportunidad. Tamborileó con las uñas en el brazo del sillón y preguntó:

—¿De quién queréis una disculpa?

—De ese impostor, Majestad.

—¿Impostor? Estoy convencida de que no tenía intención de representar a Cristo, Santidad.

—Exijo una disculpa.

—¿Estáis dando órdenes a la reina? —preguntó Maza con voz débil.

—Sí, así es.

—¡Denegado! —le espetó Kelsea—. ¿Quién es el imbécil que se ofende por una ilusión?

—¡Os lo ruego, Majestad! —El padre Tyler, blanco como el papel, se había colocado al lado del Santo Padre—. Esto no conduce a nada.

—¡Cállese, Tyler! —bramó el Santo Padre—. ¡Los magos son todos unos charlatanes! Prometen soluciones rápidas y atentan contra la fe de quienes siguen el buen camino.

Kelsea entrecerró los ojos.

—Ni se le ocurra jugar la carta de la devoción conmigo, Santidad. Lo sé todo sobre usted. ¿Qué me dice de esas mujeres a las que tiene en el Arvath? ¿Se arrodillan ellas todas las noches ante el Espíritu Santo?

Al oír eso, el rostro del Santo Padre se tiñó de un morado intenso, y de pronto Kelsea deseó que a aquel hombre le diera un infarto y que se derrumbara allí mismo, delante de su trono, fueran cuales fuesen las consecuencias.

—Tened cuidado, Majestad. Ni os imagináis lo delicada que es vuestra posición.

—Amenáceme una sola vez más, farsante avaricioso, y acabaré con usted.

—¡Estoy seguro de que no habla en serio, Majestad! —exclamó el padre Tyler con una voz aguda, dominada por el pánico—. No ha sido una amenaza,

tan solo...

—¡Manténgase al margen, Tyler! —rugió el Santo Padre. Soltó un brazo hacia atrás, y el manotazo le dio al sacerdote en el pecho. Tyler se tambaleó un instante, y entonces cayó hacia atrás y se precipitó por los escalones de la tarima. Kelsea oyó el chasquido característico de un hueso al romperse, y de pronto dejó de pensar, y la voz de la razón dejó de sonar dentro de su cabeza. Se levantó de un salto, apartó a Pen de un empujón y le dio una bofetada al Santo Padre.

Maza y Pen reaccionaron ágilmente, y el resto de la guardia los siguió. Al cabo de pocos segundos, había más de diez hombres entre Kelsea y el Santo Padre. Los guardias impedían ver a la joven, pero ella había tenido tiempo de ver y memorizar la huella blanca de su mano en la roja mejilla del Santo Padre, y la había envuelto en su mente como un regalo.

—¡Sacrilégio! —exclamó el más alto de los acólitos desde el pie de los escalones—. ¡Nadie puede tocar al Santo Padre!

—Si valoráis en algo a ese hipócrita, sacadlo de la Ciudadela ahora mismo.

El acólito subió los escalones precipitadamente para ayudar al Santo Padre. Kelsea volvió a su sillón, decidida a ignorarlos, pero entonces oyó una respiración agitada, abajo, detrás de la pared de guardias.

—¿Se encuentra bien, padre?

—Sí, Majestad.

Pero la voz ronca del padre Tyler revelaba que estaba dolorido.

—No se mueva. Llamaremos al médico.

—¡Tyler vendrá con nosotros! —bramó el Santo Padre. Pero Maza ya había bajado de la tarima y se había colocado entre ellos y el padre Tyler.

—La reina ha dicho que se queda.

—Mis médicos lo atenderán.

—Lo dudo, Santidad. He visto trabajar a vuestros médicos.

El Santo Padre abrió mucho los ojos, con gesto de sorpresa y de algo más... ¿Culpabilidad? Antes de que Kelsea pudiera descifrar su reacción, Maza dio un par de zancadas y agarró al acólito más alto por el cuello.

—A este también nos lo quedamos. Hermano Matthew, ¿verdad?

—¿De qué lo acusa? —inquirió el Santo Padre, furioso.

—De traición —respondió Maza sin vacilar—. Por su participación en la conspiración dirigida por Thorne...

—¡Hemos venido aquí con la promesa de que estaríamos protegidos! —

protestó el Santo Padre, aturullado.

—Le prometí que aquí estaría protegido, Santidad —le espetó Kelsea, pese a que por dentro estaba maldiciendo a Maza, que nunca le contaba nada. Ya había reconocido al hermano Matthew: era uno de los hombres del Argive; lo había visto agachado alrededor de la hoguera de Thorne por la noche—. Puede marcharse. Pero sus dos sirvientes han venido bajo su propia responsabilidad.

—Os sugiero que os marchéis —le dijo Maza al Santo Padre al tiempo que sujetaba más fuerte el cuello del acólito, que intentaba soltarse—. Antes de que empiece a interrogar a vuestra comadreja.

El Santo Padre entrecerró los ojos y le dio una patada al otro acólito, que seguía inconsciente en el suelo.

—¡Tú! ¡Despierta! ¡Nos vamos!

Al final consiguieron poner en pie al joven. Maza entregó al hermano Matthew a Elston y siguió al pontífice y a su otro acólito hasta la puerta. El segundo acólito, que se había quedado pálido como la cera, lanzó varias miradas de consternación por encima del hombro, pero el Santo Padre, que caminaba muy tieso a su lado, no volvió la cabeza ni una sola vez.

Kelsea bajó apresuradamente los escalones y se agachó junto al padre Tyler, que tenía la pierna izquierda doblada en un ángulo escalofriante. Respiraba entrecortadamente, y unas gotas enormes de sudor resbalaban por sus pálidas mejillas. Kelsea se recogió el bajo del vestido para secarle la frente, pero cuando Coryn intentó examinarle la pierna, el padre Tyler dio un gemido y suplicó que lo dejara.

—Está rota por varios sitios, Señora. Vamos a tener que dormirlo para recomponer el hueso.

—Esperaremos al médico —ordenó Kelsea, y lanzó una mirada asesina hacia la espalda del Santo Padre—. Supongo que esto también es una buena obra de Dios.

El padre Tyler soltó una risita, un sonido incoherente.

—Podría haber sido mucho peor, Majestad. Seth os lo confirmará.

—¿Quién es Seth?

Pero el padre Tyler apretó los dientes, y a pesar de que Kelsea volvió a formular la pregunta varias veces antes de que llegara el médico, el sacerdote se negó a responder.

Dorian

Para que una gran migración humana tenga éxito deben coincidir varios factores. Es necesario que haya descontento con un *statu quo* desagradable o incluso intolerable. Debe haber idealismo para dirigir el movimiento, una poderosa visión de una vida mejor más allá del horizonte. Debe haber un gran coraje ante unas probabilidades nefastas. Pero sobre todo, toda migración necesita a su líder, la figura carismática indispensable a la que hasta los hombres y mujeres aterrorizados seguirán sin dudarlo hacia el abismo.

La Travesía Británico-Americana cumplía al cien por cien esos requisitos.

El horizonte azul del tear,
GLEE DELAMERE

Sentada en el patio, Lily intentaba grabar un mensaje para su madre. Hacía demasiado calor; debía de haber algún problema con el sistema de control climático. Últimamente pasaba a menudo. Greg decía que eran los separatistas y sus piratas informáticos, que sabotaban los satélites; los militares con los que se relacionaba en el Pentágono llevaban semanas quejándose de ello. Desde hacía unos días, la temperatura de Nueva Canaán había alcanzado los treinta y dos grados, y ahora una bolsa de aire húmedo y pesado se cernía sobre el jardín trasero.

Dejando el clima aparte, había sido una buena semana. Greg había viajado a Boston para asistir a una especie de convención de deportistas militares. Lily siempre imaginaba esas reuniones como una versión a mayor escala de las fiestas que celebraban en su casa: una pandilla de borrachos que hablaban en voz cada vez más alta y más ronca a medida que ingerían más y más licor.

Sin embargo, lo agradecía. Cuando Greg se iba, ella fingía que aquella casa era suya, y que no tenía que rendir cuentas a nadie de lo que hiciese durante el

día. No hacía falta que se escondiera en el cuarto de los niños; Lily podía moverse a su antojo por la casa. Pero esa noche Greg iba a regresar, y Lily intentaba aprovechar las últimas horas para grabar su carta. No le resultaba nada fácil conseguir que sus mentiras sonaran naturales, especialmente si iban dirigidas a su madre, que no quería oír hablar de nada desagradable. Lily acababa de pulsar la tecla de grabar cuando una mujer apareció en lo alto de la tapia del jardín.

Lily se sobresaltó. La mujer descendió por la tapia produciendo un susurro al rozar la hiedra que trepaba por ella. Acabó sepultada en el parterre de hortensias, y desapareció tras emitir un débil gemido de dolor.

Jonathan apareció por la puerta de la cocina, blandiendo su pistola.

—Apártese, señora Mayhew.

Lily no le hizo caso: se levantó del Adirondack y fue de puntillas hasta el muro de piedra. La intrusa había aplastado una mata de hortensias. Lily notó que Jonathan la agarraba por el brazo, pero escudriñó entre las plantas hasta dar con la mujer que estaba allí tendida.

«¡Se parece a Maddy!»

La mujer guardaba un parecido asombroso con la hermana pequeña de Lily. Se le había enredado el pelo en los tallos de las hortensias, y, pese a ser evidente que hacía tiempo que no se lo lavaba, se apreciaba que era del mismo rubio sucio, e incluso tenía la misma textura ligera. Tenía la nariz respingona y las pecas de Maddy; sin embargo era demasiado joven. Lily se mordió el labio inferior y trató de recordar qué edad debía de tener su hermana. Era dos años menor que Lily, de modo que veintitrés. Y aquella chica no podía tener más de dieciocho.

Lily oyó sirenas, amortiguadas por el grueso muro de piedra. En Nueva Canaán, Seguridad casi nunca empleaba sirenas; en las raras ocasiones en que entraba en el barrio de Lily, actuaba de forma muy profesional y silenciosa. Pero era evidente que aquella mujer no era de Nueva Canaán. Tenía la cara manchada de algo que parecía grasa, y vestía vaqueros y un suéter raído que le iba unas tres tallas grande. Los bordes del suéter estaban manchados de sangre. Lily se acercó más a la joven, y se apartó aspirando entre los dientes.

—¡Le han disparado!

—Entre, señora Mayhew. Voy a llamar a Seguridad.

La mujer abrió los ojos. Brillaron un instante, de un verde intenso y asombrosamente claros, de expresión demasiado madura para ser los ojos de

una adolescente; luego volvieron a cerrarse. Respiraba entrecortadamente, con una mano sobre la zona del vientre ensangrentada. Parecía demasiado joven para saber siquiera qué era un crimen, y guardaba un parecido asombroso con Maddy, que había desaparecido años atrás.

—Estás herida —dijo Lily—. Tienes que ir al hospital.

—No, al hospital no.

—¡Es una intrusa! —protestó Jonathan.

El sonido de las sirenas se había intensificado; ya debían de haber llegado a Willow Street. La mujer volvió a abrir los ojos, y Lily vio resignación en ellos y una especie de aceptación cansada. Maddy también tenía aquella expresión cuando fueron a buscarla, como si ya estuviera imaginando lo que sucedería a continuación. Lily no quería recordar aquel día; no quería pensar en Maddy. Jonathan tenía razón: debían llamar a Seguridad. Pero Lily ya no podía dejar de pensar en su hermana, y sabía que no iba a ser capaz de entregar a aquella mujer.

—Ayúdame a llevarla adentro.

—¿Para qué? —preguntó Jonathan.

—Va, ayúdame.

—¿Qué va a decir el señor Mayhew?

Lily lo miró y, con tono más cortante, dijo:

—No será el primer secreto que tengamos, ¿no?

—Esto es diferente.

—Ayúdame a levantarla.

—No es una intrusa como otra cualquiera, señora Mayhew. ¿Oye esas sirenas? ¿Acaso cree que no tienen nada que ver con ella?

—Vamos. La llevaremos al cuarto de los niños. Él ni se enterará.

—Necesita que la vea un médico.

—Pues lo iremos a buscar.

—Y entonces ¿qué? Los médicos tienen la obligación de informar de las heridas de bala.

Lily levantó a la mujer del suelo; le pasó un brazo por debajo de los hombros e hizo una mueca al oírla gemir. Era muy importante darse prisa y llevar a la mujer adentro, antes de pensar demasiado en las posibles consecuencias y en Greg.

—Vamos, adentro.

Jonathan arrimó el hombro, pero sin dejar de mascullar. Juntos, ayudaron a

la mujer a cruzar el jardín y entrar en la casa, un oasis de oscuridad refrigerado. Para cuando llegaron al salón, la mujer había perdido el conocimiento y se había vuelto mucho más pesada de lo que parecía a juzgar por su delgadez. Lily gruñó al cargar con ella por el vestíbulo, pero mentalmente ya estaba enumerando todas las cosas que tendría que hacer. Primero, la vigilancia. Lily no tenía secuencias de relleno del salón ni de la escalera, pero podía simular un lapsus que Greg atribuiría a un problema técnico. «Esperemos», añadió una vocecilla. Los zapatos de la separatista estaban manchados de barro, y habían dejado restos en la alfombra del salón. La casa se esterilizaba ella sola, pero no tan deprisa. Lily tendría que limpiar el barro a mano antes de que Greg regresara a casa.

Metieron a la mujer en el cuarto de los niños y la dejaron en el sofá. Lily notó la mirada fulminante de Jonathan sin necesidad de levantar la cabeza.

—¿Qué pretende, señora Mayhew?

—No lo sé —confesó Lily—. Solo...

—¿Qué?

En la mente de Lily apareció una imagen de Seguridad: la puerta por la que metían a la gente que nunca volvía a aparecer. Cuando Lily era niña, no había puertas como aquella; y ya de adulta, había prestado muy poca atención a los cambios que se producían a su alrededor. Muchas veces pensaba que aquella poca atención que había prestado a las consecuencias, al futuro, era precisamente lo que había permitido que se casara con Greg. Maddy era la interesada por la política, por el resto del mundo. Las preocupaciones inmediatas de Lily consistían en llevar la casa y ocuparse de Greg, encontrar formas de esquivar sus novedosos cambios de humor y prever sus arrebatos de ira. No podía negarse que ya tenía suficientes problemas, y sin embargo no podía rehuir una incómoda sensación de responsabilidad, compartida con mucha buena gente más que, con la mirada fija en el suelo, habían consentido la existencia de la puerta anónima de Seguridad. Maddy no lo habría permitido, pero Maddy había desaparecido.

Jonathan seguía esperando una respuesta, pero Lily no podía explicárselo; a él, no. Jonathan había sido marine, había combatido en Arabia Saudí en la definitiva y desesperada batalla por el último petróleo del mundo. Era partidario del régimen. Llevaba un arma encima.

—No voy a entregarla —contestó Lily por fin—. ¿Vas a contárselo a Greg?
Jonathan miró, pensativo, a la mujer que estaba sentada en el sofá.

—No, señora. Pero si no la ve pronto un médico, morirá desangrada aquí mismo, en su sofá.

Lily repasó mentalmente la lista de médicos que conocía. Todos eran amigos de Greg, y ninguno de fiar. Su médico de cabecera, el doctor Collins, tenía una consulta a menos de diez kilómetros de allí, en el centro, pero él tampoco era una opción válida. El doctor Collins nunca había preguntado a Lily si quería tener hijos. En su última visita, le había dicho que tenía que relajarse más cuando mantenía relaciones sexuales; que relajarse ayudaba a concebir.

—Mi bolso. Dentro hay una tarjeta. Mi médico de Nueva York.

—¿El doctor Davis? Esta no es su especialidad. Él es un chanchullero.

—¿Es especialista en fertilidad!

—De acuerdo, señora Mayhew.

Lily lo miró fijamente.

—¿Vas a contárselo a Greg?

Jonathan suspiró y se sacó las llaves del Lexus del bolsillo.

—Quédese aquí. Presione sobre la herida. Volveré con un médico.

—¿Qué médico?

—Usted no se preocupe.

—No será uno de los amigos de Greg, ¿no?

—No se preocupe, señora Mayhew. Tiene razón: los dos sabemos guardar un secreto.

Jonathan se ausentó durante más de una hora, por lo que Lily tuvo tiempo de sobra para imaginar lo peor: que lo habían arrestado por transportar a un médico sin licencia; que no había encontrado a ningún médico; pero, sobre todo, que había ido directamente al despacho de Greg, directamente a Seguridad, a contárselo todo. Pero entonces se recordó que Jonathan era su guardaespaldas desde hacía casi tres años, y que sabía lo de la doctora Davis. Si hubiera querido causarle problemas, ya había tenido numerosas ocasiones de hacerlo.

Con todo, tenía miedo.

Era evidente que la intrusa estaba deshidratándose ante sus ojos. Tenía los labios resecaos, casi blancos, y cuando intentó hablar solo emitió un graznido ronco. Lily fue al piso de abajo y llenó un cuenco de hielo picado. No tenía

ninguna experiencia cuidando a enfermos, pero de pequeña había tenido neumonía, y durante una semana lo único que pudo ingerir fueron trocitos de hielo. Empapó un paño de agua helada y lo metió también en el cuenco.

Cuando regresó, la joven le preguntó dónde estaba. Lily intentó decírselo, pero la mujer volvió a desmayarse y no pudo terminar. Faltaban tres horas para que Greg llegara a casa. ¿Dónde estaba Jonathan? Bueno, y ¿qué estaba haciendo ella? Lo de las pastillas era una cosa, un secreto que había que guardar, pero esconder a una persona era muy diferente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó cuando la mujer volvió a despertar.

—Nada de nombres —le respondió ella con un hilo de voz. Lily tuvo la vaga impresión de haber oído antes esas palabras; quizá las hubiera leído en alguno de los innumerables panfletos del gobierno. ¿Qué había ido a hacer allí aquella mujer? De vez en cuando, Lily oía sirenas por el barrio, a veces lejos y a veces muy cerca. Revisó los canales de noticias en el panel de la pared, pero no había nada, ninguna noticia local relacionada con intrusos ni con delitos cometidos en las proximidades. Fue a la sala de vigilancia y borró las secuencias de aquella tarde. Siempre cabía la posibilidad de que Greg las hubiera visto en tiempo real, pero precisamente ese día era poco probable; una vez acabada la convención, Greg estaría muy ocupado estrechando manos antes de embarcar en el avión. Se dirigió al cuarto de los niños y, por el camino, fue limpiando el barro.

La joven seguía inconsciente. Sí, era demasiado joven para ser Maddy, y también demasiado alta, pero aun así era como tener un fantasma tumbado en el sofá. A medida que avanzaba la tarde, la franja de sol que entraba por la ventana iba desplazándose hasta el hombro de la mujer, y Lily vio que tenía una cicatriz justo por encima de la clavícula. Lily tenía una cicatriz en el mismo sitio, una línea de pulcritud quirúrgica de cuando le habían implantado la etiqueta, cuando era niña. Sin embargo, aquella cicatriz se notaba mucho más. No era la línea fina y precisa que dejaba un láser. Parecía practicada con un bisturí.

Se quedó mirando la cicatriz largo rato, y una idea descabellada fue tomando forma en su mente: la mujer había conseguido quitarse la etiqueta. Teóricamente, aquello era imposible; cada etiqueta iba armada con una toxina, una sustancia química letal que se liberaría con el impacto si alguien tratara de manipularla. Sin embargo, cuanto más contemplaba Lily la cicatriz, más convencida estaba: aquella mujer había conseguido librarse de la etiqueta.

Podía moverse libremente por donde quisiera, sin que Seguridad rastreara cada uno de sus movimientos. Lily no podía ni imaginar qué debía de sentir.

Jonathan regresó a las cuatro; con él iba un hombrecillo pulcro de pelo cano. El individuo encajaba a la perfección con el aspecto que, según Lily, debía tener un médico: vestía un traje gris que le daba un aire muy profesional y usaba gafas de montura metálica, y llevaba consigo un pequeño maletín de piel negra que tintineó cuando lo dejó. No le hizo ningún caso a Lily y fue derecho hacia la mujer que estaba tendida en el sofá. Tras un breve examen, se volvió y, como si hablara con una enfermera, dijo: «Agua hervida y unas toallas. Toallas de algodón.»

Al principio, Lily se quedó tan sorprendida que ni se movió. No estaba acostumbrada a que le dieran órdenes en su propia casa.

«Ya, solo te las da Greg», le susurró una vocecilla, y eso la puso en marcha: salió del cuarto de los niños y bajó a la cocina. Después de coger el agua, fue al armario de la ropa blanca y trató de decidir qué toallas Greg no echaría de menos. Su marido tenía un interés caprichoso por los detalles domésticos; si Lily tiraba un juego de sábanas porque estaban gastadas, al cabo de un año Greg podía preguntarle qué había sido de ellas. No encontró ninguna toalla lo bastante oscura para disimular la sangre; cualquiera que eligiese tendría que tirarla después.

«Coge la que sea, maldita sea.»

Se decidió por un juego de toallas de color verde pino que siempre había odiado, un regalo de boda de la tía de Greg. Cuando regresó, vio que Jonathan y el médico habían puesto el sofá donde el sol le daba de lleno, debajo del alféizar. El médico le había quitado aquel suéter enorme a la mujer y le estaba cortando la camiseta interior de hombre descolorida que llevaba debajo con unas tijeras que había sacado de su maletín. Lily se agachó y le dejó las toallas al lado.

—Gracias, señora.

—Me llamo Lily.

—Nada de nombres.

Otra vez esa frase. Lily, sintiéndose reprendida, miró a Jonathan, y vio que había sacado su pistola, un arma negra y reluciente que a Lily le producía un profundo desasosiego, y estaba toqueteándola: extraía las balas y volvía a introducirlas.

—Necesito que la sujete —dijo el médico. Lily no sabía a quién se había

dirigido, pero ambos se acercaron: ella fue hacia los brazos de la mujer, y Jonathan, tras guardarse el arma, hacia los pies. Lily vio un destello de pánico en los ojos de la intrusa; le puso una mano en la frente y se sintió la mayor farsante del mundo cuando murmuró: «Todo irá bien».

Lily recordaría la media hora siguiente con un detalle y una claridad escalofriantes durante el resto de su vida. Por lo menos el médico tenía una sonda láser, pero cuando empezó a pasársela por el cuerpo, la mujer tensó los brazos hasta que a Lily se le cubrieron la cara y el cuello de sudor por el esfuerzo que tenía que hacer para sujetarla. Cada pocos minutos, el médico mascullaba: «Te has enterrado bien, cabrona», y esos comentarios eran lo único que permitía a Lily marcar el paso del tiempo.

Estuvo gran parte de la operación mirando fijamente a Jonathan y tratando de entenderlo. Era un buen guardaespaldas y un conductor muy hábil, pero también ex marine, y Lily siempre había sospechado que era partidario del régimen. ¿Cómo demonios conocía a un médico independiente? ¿Cómo iban a poder ocultarle aquello a Greg, tanto el uno como el otro?

Cuando por fin encontró la bala, el médico introdujo unas tenacillas en el orificio. La mujer volvió a desmayarse en algún momento de ese proceso, y, afortunadamente para Lily, sus brazos se quedaron flácidos. Daba la impresión de que en el cuarto de los niños la temperatura había aumentado mucho, pese a que el panel de la pared marcaba solo veintitrés grados. Lily estaba aturdida, como si no le llegara la sangre a la cabeza. Jonathan, en cambio, permanecía firme como siempre (lo que no sorprendió a Lily), y observaba el trabajo del médico sin mover ni un músculo de la cara. Seguramente, en Arabia Saudí también había matado sin pestañear.

Por fin el médico levantó las tenacillas y mostró un trozo de plástico deforme y ensangrentado. Jonathan le acercó una toalla, y el médico dejó caer la bala en ella antes de empezar a coser la herida. La tela de algodón se tiñó de rojo.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó el médico.

—No lo sé —contestó Jonathan.

—Uno de nosotros debería informarle de que la chica está aquí.

—Ya me encargo yo. ¿Cuánto tiempo tendrá que quedarse?

—Lo ideal sería que pudiera descansar unos días. Ha perdido mucha sangre. Además, no tenemos cómo sacarla de aquí hasta que esté en condiciones de andar; seguramente habrán montado controles en la carretera.

—El médico, dubitativo, miró a Lily y preguntó—: Pero ¿puede quedarse?

—Sí, puede —respondió Lily tratando de aparentar firmeza. Pero el resto de la conversación la había dejado perpleja. ¿Qué clase de médico era aquel, que cosía heridas sin hacer preguntas? El médico se limpió las manos con una de las toallas de Lily, y luego la dejó en el sillón.

—Necesitará cuidados constantes.

—Yo me encargaré —se ofreció Lily—. De día puedo estar aquí todo el tiempo que haga falta. Por la noche, quizá cada pocas horas.

—¿Por qué razón se implicaría una mujer como usted en una cosa así?

Lily se sonrojó ante la mirada escéptica del médico. Su cuarto de los niños era más grande que muchas casas. Le habría gustado hablarle de Maddy a aquel hombrecillo pulcro, pero no sabía por dónde empezar.

—Porque sí. Aquí estará a salvo.

El médico la observó unos instantes más; entonces abrió su maletín y vació un montón de instrumentos médicos en el sofá: vendas, jeringuillas, tarros de pastillas.

—Tiene que cambiarle el vendaje por lo menos una vez al día. Si tiene fiebre, dele esto. ¿Alguna vez ha puesto una inyección?

—Sí. —Lily asintió enérgicamente; ya se sentía más segura. Las nuevas jeringuillas tenían incorporadas guías para localizar las venas con exactitud, pero aunque las jeringuillas del médico hubieran sido de las antiguas, Maddy era diabética. Lily sabía poner inyecciones.

El médico levantó una jeringuilla envuelta en papel verde.

—Antibiótico. Dele una inyección todas las noches a la misma hora. En la vena del antebrazo.

Se volvió hacia Jonathan y añadió:

—Puede quedarse aquí unos días, pero podría desarrollar una infección. Cuanto antes venga él a sacarla de aquí, mucho mejor.

«¿Él? ¿Quién?», se preguntó Lily. El médico hablaba con tanta reverencia que por un momento Lily creyó que se refería a Dios.

—Tengo que acompañar al médico, señora Mayhew, y luego aprovecharé para hacer unos encargos. Es posible que tarde un poco.

Lily asintió con la cabeza y dijo:

—Le diré a Greg que has ido a la ciudad a recoger mi vestido nuevo.

Estrictamente hablando, aquello no era mentira. Lily había encargado un vestido nuevo a Chanel hacía unas semanas: quince mil dólares, de seda

violeta, con lentejuelas cosidas a mano. Miró a la mujer, que seguía inconsciente, y sintió un mareo.

—Tenemos que irnos. Su marido no tardará en llegar.

El médico recogió su material, lo limpió con la toalla manchada de sangre y lo guardó en su maletín.

—Hay que quemar estas toallas. No basta con que las tire a la basura.

—Ya lo sé —le espetó Lily fulminándolo con la mirada. Entonces miró hacia abajo, sobresaltada. Las baldosas del suelo habían empezado a temblar bajo sus pies.

Fuera resonó un trueno gigantesco, una explosión de sonido que obligó a Lily a taparse los oídos. Oyó, a lo lejos, en el fondo de la casa, un entrechocar de cristales. El médico también se había tapado los oídos, pero Jonathan miraba por la ventana con un esbozo de sonrisa en los labios. Durante unos segundos, las paredes y las puertas siguieron estremeciéndose, y luego pararon. En el centro se disparó la alarma de Seguridad, un sonido inconfundible, lo bastante estridente para penetrar, incluso, en el cerebro ocioso de la intrusa, que cambió de postura y murmuró algo sin llegar a despertar.

El médico le tendió la mano a Jonathan, y este se la estrechó.

—Un mundo mejor.

—Un mundo mejor —repitió Jonathan.

Lily lo miró con los ojos como platos, y en su pensamiento surgieron centenares de pequeños detalles: el conocimiento enciclopédico de Jonathan sobre la red pública de carreteras; su inexplicable decisión de no revelar los secretos de Lily; los misteriosos recados que hacía por las noches. Entonces Lily comprendió por qué aquella mujer, herida, había saltado la tapia de aquel jardín en particular: porque Jonathan estaba allí. Jonathan era un separatista.

—Volveré más tarde, señora Mayhew.

Ella asintió y lo vio marchar. En el fondo confiaba en que el médico le estrechara la mano también a ella, pero no fue así: se limitó a mirarla otra vez con desconfianza antes de salir por la puerta. Lily se quedó observando fijamente a la intrusa mientras catalogaba mentalmente los diferentes problemas a que se enfrentaba. Si la descubrían dando refugio a una fugitiva, la detendrían. Pero hasta los peligros de una hipotética detención perdían relevancia en comparación con lo que sucedería si se enteraba Greg. Greg llamaba «mierdas» a los separatistas. Se regocijaba cada vez que atrapaban a

uno, y veía, con gesto adusto pero petulante, la retransmisión de las ejecuciones.

«Tengo que hacerlo bien», se dijo Lily sin apartar la vista de la joven. No entendía cómo podía estar tan aterrorizada y, al mismo tiempo, tan emocionada. Años antes de conocer a Greg, cuando iba al instituto, había asistido a una fiesta un fin de semana. Había bebido, sí, pero no estaba tan borracha como para no saber qué hacía, y entrada ya la noche había seguido a un muchacho a una habitación oscura y le había entregado su virginidad, sin más. Lily nunca supo cómo se llamaba aquel chico, pero se había mostrado tímido y amable, y ella nunca había lamentado lo ocurrido, aquel momento de abandono irracional que, en aquel lugar y en aquel momento, parecía definir su existencia.

«Estoy aquí —pensó ahora, aterrada pero optimista, como si flotara a gran altura—. Estoy, verdaderamente, aquí.»

Llevaba mucho tiempo sin sentir nada parecido.

Nada más entrar Greg por la puerta, Lily comprendió que iba a ser una noche de las malas. Su marido llevaba la cabeza agachada, como un toro, y se apreciaban manchas de sudor en sus axilas. Aunque él nunca lo había admitido, Lily estaba convencida de que le daba miedo volar. Su olor corporal le llegó desde el extremo opuesto del salón, una mezcla de sudor provocado por el miedo y la colonia de sándalo que usaba a diario. La colonia olía a animal muerto.

«Si la hubiera llevado cuando lo conocí —pensó Lily, y se mordió la cara interna de la mejilla para reprimir una carcajada—, a lo mejor lo habría mandado a paseo.»

Se había duchado, alisado el pelo y puesto su mejor vestido, porque sabía que Greg llegaría a casa de mal humor. Los canales de noticias habían publicado la historia casi de inmediato: tres bases de Seguridad de la Costa Este, una de ellas a solo diez kilómetros de Nueva Canaán, habían sufrido algún tipo de explosión química catastrófica en las instalaciones donde probaban sus reactores. Había habido pocas víctimas; era evidente que el objetivo de los terroristas era el material, y no las personas, y habían logrado su objetivo. Más de cien reactores habían quedado destruidos. También habían muerto dos contratistas civiles de Lockheed, pero no eran obreros, sino

simples ejecutivos.

Simples ejecutivos. Así era como hablaba el padre de Lily. Era ingeniero químico, y en la última etapa de su vida él también había sido ejecutivo; ganaba más de cinco millones al año. Sin embargo, siempre se había solidarizado con los obreros. Cuando Lily era muy pequeña, su padre había intentado organizar un sindicato en Dow, pero su empeño había fracasado por culpa de la Ley Frewell de Facilitación de Mano de Obra. Unos años más tarde, cuando el control de calidad quedó completamente automatizado, ya ni siquiera había obreros a los que sindicalizar. El padre de Lily vivía muy bien, desde luego, pero ella sabía que no era feliz. Había muerto dos años atrás; sentada junto a su cama en el hospital, Lily lo había visto soñar hasta el último momento con un mundo más equitativo. Y no había logrado rehuir la sensación de que ella no era la hija que debería haber estado allí; de que en realidad era a Maddy a quien su padre habría querido tener a su lado.

Greg dejó su abrigo en el sofá y fue derecho hacia el bar. Otra mala señal. Lily se fijó en los anchos hombros de Greg, encorvados bajo la chaqueta del traje; las oscuras cejas, fruncidas, ensombrecían su atractivo rostro, y, mientras vertía la ginebra en un vaso, apretaba la mandíbula. Se derramó un poco de líquido en la barra, pero Greg no lo limpió. «Eso me corresponde hacerlo a mí», pensó Lily, y le sorprendió notar un débil palpitar de rabia que trataba de imponerse a su ansiedad. La rabia peleó brevemente, pero no tardó en apagarse.

Durante toda la tarde se habían oído sirenas de Seguridad entrando y saliendo del barrio. No habían llamado a la puerta de la casa de Lily, pero sí habían ido a ver a Andrea Torres, que vivía en la misma manzana. En las raras ocasiones en que sucedía algo en Nueva Canaán, Andrea siempre era la primera a la que interrogaban, porque su marido era medio mexicano y una vez lo habían detenido como sospechoso de ayudar a inmigrantes ilegales a cruzar la frontera. Pero Andrea era una mujer tímida y menuda que casi ni se atrevía a bajar y recoger el correo que el cartero le dejaba en el jardín. Lily, por cortesía, siempre la invitaba a fiestas, puesto que vivían en el mismo barrio; pero Andrea nunca iba.

Seguridad buscaba a una joven de dieciocho años, un metro setenta de estatura, pelo rubio y ojos verdes. La habían contratado tres meses atrás como limpiadora civil en la Base de Seguridad de Pryor, y ese día se las había ingeniado para entrar en las instalaciones de pruebas y había colocado una

bomba. Le habían disparado cuando huía del escenario del atentado, y creían que había resultado herida. Se llamaba Angela West.

«Nada de nombres», había pensado Lily, casi de forma espontánea. La mujer que se recuperaba en el cuarto de los niños no se llamaba Angela. Lily llegó a la conclusión de que debía de haberse equivocado respecto a la cicatriz que la mujer tenía en el hombro; no podía haber conseguido un pase de Seguridad en una base militar si no llevaba implantada la etiqueta. Según los canales de noticias, se sabía que la mujer estaba relacionada con el Horizonte Azul, aunque nadie había sabido explicar el interés de los terroristas locales por los reactores diseñados para los vuelos transcontinentales. Los canales presuponían que los separatistas eran perros rabiosos, y que simplemente ponían en su mira las instalaciones militares más cercanas; todos sabían que tenían su cuartel general en algún lugar de Nueva Inglaterra, aunque ni Seguridad ni los cazadores de recompensas independientes habían encontrado rastro de él. En las noticias afirmaban que las bases navales era un objetivo conveniente.

Pero esa explicación no le parecía del todo cierta ni siquiera a Lily. Cada pocos meses, Greg invitaba a cenar a un teniente de Seguridad llamado Arnie Welch, y la última vez, después de unas cuantas copas, Arnie había admitido con pesar que el Horizonte Azul era un grupo de terroristas eficientes y bien organizados; seleccionaban minuciosamente sus objetivos y casi siempre se salían con la suya. Lily veía las noticias en línea porque no había nada más, pero sabía que los canales de noticias estaban sometidos a una fuerte censura. Seguridad estaba decidida a mantener en secreto la magnitud del problema, pero después de un par de copas, era fácil hacer hablar a Arnie y, según él, el Horizonte Azul significaba un problema mucho más grave de lo que sospechaban la mayoría de los civiles.

—No me has preguntado cómo me ha ido el día.

Lily levantó la cabeza y vio que Greg la miraba con fijeza; en su labio superior, un poco salido, se adivinaba cierta irritabilidad. La joven se levantó del sillón y, tras inspirar hondo, se acercó a él y lo besó. Sabía a salami y aceitunas. Ya se había tomado unos cuantos martinis en el avión.

—Lo siento.

—He tenido un mal día —dijo él mientras se servía un whisky escocés.

Lily asintió tratando de transmitir solidaridad. Para Greg, todos los días eran malos.

—¿Y el viaje? ¿Ha ido bien?

—Sí, hasta que los terroristas han hecho estallar todos los reactores de la Costa Este.

—Sí, lo he visto en las noticias.

Greg la miró con gesto de fastidio, y Lily comprendió que habría preferido contárselo él.

—Pero no sabía que hubieran sido terroristas —mintió—. Creía que habían sido accidentes. Explosiones.

—Pues no. Tres sabotadores consiguieron pases de Seguridad. Uno de ellos era una mujer, ¡imagínate! No sé qué demonios le ha pasado a este país. —Greg bebió un sorbo de whisky—. Tengo que ir a Washington dentro de un par de horas. El Pentágono necesitará más reactores cuanto antes, y querrán que me encargue yo.

—Eso te interesa, ¿no? —se aventuró a replicar Lily.

—¡No, no me interesa! —le espetó él—. Los putos separatistas han bombardeado casi todas las plantas de producción de reactores de la Costa Este en los dos últimos años. Solo quedan dos en funcionamiento; las demás todavía las están reparando. No vamos a poder fabricar ni una pequeña parte de los reactores que va a necesitar el Pentágono. ¡Cada vez que construimos algo, el Horizonte Azul se lo carga!

Lily quería hacer preguntas sobre la mujer, para ver si Greg tenía más información, pero no quiso arriesgarse. Ya había visto varias veces a Greg en aquel estado a lo largo del último año, y la cosa siempre había acabado mal: dos ojos morados y una noche en urgencias con un brazo roto. La última vez había sido la peor; Greg había querido acostarse con ella nada más entrar por la puerta, Lily lo había apartado, y él le había soltado un bofetón. Mientras se la follaba, le había mordido en el hombro hasta hacerle sangre. Lily ahuyentó aquel recuerdo, un reflejo mental comparable a un estremecimiento. Después, Greg siempre decía que lo sentía, y le hacía algún regalo, unos pendientes o un vestido. Lily no podía hacer nada más que olvidar aquellos episodios... hasta que se repetían.

—Ahora tendré que ir a Washington, presentarme ante diez generales de tres estrellas o más y explicarles que lo que quieren es imposible.

Lily trató de empatizar con él, pero fracasó estrepitosamente. De hecho le sorprendió comprobar que estaba deseando que Greg le pegara (era evidente que lo haría tarde o temprano) y se marchara. Quería volver al cuarto de los

niños. Había transcurrido casi una hora, y la mujer debía de estar sedienta.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Lily.

—¿Qué? —Greg había empezado a acariciarle la rabadilla, una costumbre que ella detestaba. Lily se obligó a permanecer quieta y a no apartarle la mano a su marido.

—La terrorista. La mujer. ¿Cuál era su verdadero nombre? ¿Lo han averiguado?

—Dorian Rice. Se fugó del Correccional Femenino del Bronx hace un año. ¿Te lo puedes creer?

Sí, Lily se lo podía creer.

—Tengo el tiempo justo para cenar algo antes de marcharme.

Lily sabía qué papel le convenía representar: tenía que servir la cena y, luego, preguntarle a Greg si quería algo, si podía ayudarle en algo. Sabía que Greg estaba esperando a que se lo preguntara; él conocía aquella rutina tan bien como ella. Y sin embargo, Lily se sentía incapaz de fingir.

«Si decide que quiere follar, me voy a cagar en todo.»

La mano de Greg había parado de acariciarle la rabadilla, un pequeño favor que de pronto hacía que cualquier cosa que pasara a continuación valiese la pena. Lily se soltó de los brazos de su marido.

—Voy a traerte algo de comer —anunció.

Él la agarró por un brazo cuando ella todavía no había dado ni dos pasos hacia la cocina, y su mano la apretó con fuerza.

—¿En qué piensas?

—En ti.

Lily se preguntó si Dorian Rice tendría hambre, y si podía ingerir alimentos sólidos. Debería habérselo preguntado al médico.

—No es verdad —dijo Greg, enfurruñado—. Piensas en otras cosas. No me gusta que hagas eso.

—Que haga ¿qué?

—No me gusta que te vayas por ahí, aunque sea con la imaginación. Se supone que estás aquí conmigo.

«Cagón asqueroso.» Lily se contuvo para no pronunciar esas palabras. «Cagón.» Era el insulto favorito de Maddy; a los catorce años ya se lo había aplicado, como mínimo, a la mitad de la gente que vivía en Media.

—¿Por qué no me dices que me quieres? He tenido un día de mierda.

Lily despegó los labios y hasta notó que formaban un óvalo para articular

las palabras.

«No puedo decirlo.»

«Pero ¿y si te pega?»

«¿Qué coño?»

Esa volvía a ser Maddy. Por lo visto, Maddy y sus palabrotas habían vuelto a instalarse en la mente de Lily. Greg había enredado una mano en su pelo y tiró de su cabeza hacia atrás, no lo bastante fuerte para hacerle daño, pero sí para que sirviera de advertencia. Lily notó que se le lastimaba un músculo del cuello.

—Con todo lo que hago por ti, Lil... ¿Qué pasa? ¿No me quieres?

Lily lo miró a los ojos (marrones, con solo una pizca de verde) y apretó los dientes. Iba a ser una de esas noches; llevaba demasiado tiempo librándose. Pero tal vez pudiera reducir los daños inminentes si representaba bien su papel.

«¿Con qué coste, Lil?», preguntó Maddy. Lily casi podía verla con aquella sonrisita de suficiencia en los labios, el pelo, rubio, recogido en las dos coletas que llevaba desde que tenía nueve años. Maddy no había llegado a conocer a Greg; había desaparecido dos años antes de que Lily lo llevara a casa por primera vez. Y sin embargo, ya al principio, en los buenos tiempos, Lily siempre supo, en el fondo, qué habría opinado Maddy de él.

Greg le tiró más fuerte del pelo y le lastimó el cuero cabelludo; ella abrió la boca sin saber si quería decirlo o no. Aunque Dorian necesitaría comer algo, aunque no fuera sólido; tal vez Lily pudiera llevarle un poco de sopa. Caldo de pollo; seguro que eso no podía hacerle ningún daño. Era lo que comían los enfermos en los libros. También quería llevarle algunos libros de su colección secreta para que no se aburriera.

—Me quieres, ¿no, Lil?

«¿Y si no sabe leer?»

—¿Lil? Dime que me quieres.

—No.

No tuvo tiempo ni de darse cuenta de que lo había dicho: Greg la lanzó hacia la otra punta del salón, contra el armario de teca donde estaba empotrada la pantalla. Lily se golpeó primero en la frente; se hizo una herida, y dejó una mancha de sangre en la madera oscura. El corte no le dolió mucho, pero a continuación se dio en el estómago con el canto del mueble y se le cortó la respiración. Fue como si le hubieran pegado una patada en los intestinos.

Lily abrió la boca, pero no pudo hablar; tenía el aire atascado en la garganta, tratando de llegar a sus pulmones, y solo logró emitir una serie de jadeos roncós. Le entró sangre en el ojo izquierdo, y, cuando levantó la cabeza, vio que Greg se le acercaba a través de una neblina roja. La alfombra estaba salpicada de sangre.

—¿Qué me has dicho?

Buena pregunta. Lily había puesto una compuerta en su garganta hacía ya mucho, de modo que todo tuviera que pasar por un filtro antes de salir por su boca. Ahora, sin embargo, tenía una verdadera compuerta, física, que le impedía respirar. Pero la otra compuerta, la que importaba de verdad... se había abierto por completo. Lily se limpió la sangre del ojo y se preparó al ver que Greg se inclinaba hacia ella. Estaba rojo de ira y tenía las comisuras de los ojos fruncidas, pero los ojos propiamente dichos... estaban vacíos.

—¿Quieres pedirme perdón?

Una parte de ella sí quería. Si le pedía perdón, y si lo hacía bien, Greg se la follaría y luego la dejaría en paz el resto de la noche. Si no representaba bien su papel, seguramente le haría unas cuantas lesiones más y luego, de todas formas, se la follaría.

«Va a ser una mala noche.»

Greg estaba a punto de pegarle otra vez. Ni siquiera había apretado el puño todavía, pero a lo largo del último año Lily había desarrollado un buen radar para aquellas cosas. Notó el golpe que se avecinaba, antes quizá de que el impulso saliera del cerebro de Greg. Agarró la pernera de su pantalón gris con una mano ensangrentada, tiró de ella y se puso en cuclillas antes de que él pudiera retroceder. Todavía tenía el estómago contraído, pero cuando se enderezó y se levantó, todo se relajó en su interior, e inspiró una bocanada de aire limpio y fresco que la llenó por completo.

—¡Me has manchado el traje de sangre! —observó Greg, estupefacto, como si Lily hubiera desafiado la gravedad—. Ahora tendré que cambiarme.

—Qué tragedia.

La agarró por el pelo y la sacó del rincón. Lily tropezó con la mesita, se raspó la espinilla y cayó en medio de un montón de folletos del gobierno que revolotearon y se esparcieron por todo el salón. Intentó levantarse otra vez, pero Greg estaba detrás de ella, empujándola hacia abajo como si Lily no pesara nada e inmovilizándola contra la mesita. Le levantó el vestido, y Lily se resistió aún más al comprender, de pronto, qué iba a pasar a continuación.

Pensó en la mujer que estaba en el cuarto de los niños, en el orificio de bala que tenía en el vientre, en lo valiente que había sido... Se aferró a esa idea mientras Greg le arrancaba las bragas y la penetraba bruscamente. Le había puesto un brazo sobre la parte baja de la espalda para que no se moviera, pero Lily dio un respingo involuntario al notar que algo se desgarraba dentro de ella, en el lado izquierdo. Un gemido trataba de ascender por su garganta, pero la joven se mordió una mano con fuerza. Si emitía algún sonido que delatara su dolor, solo conseguiría incitar a Greg; no tenía ninguna lógica, pero era así.

De pronto detectó un movimiento detrás de ella. Miró hacia atrás, más allá del brazo con que Greg le sujetaba el cuello, y vio a Jonathan, del revés, de pie en el salón, inmóvil y con los ojos muy abiertos. Todavía tenía las llaves del coche en la mano.

Lily sintió que la aplastaba la vergüenza. Hacía lo que podía para ocultar los cardenales, aunque sabía perfectamente que no tenía sentido que intentara engañar a Jonathan. Él estaba al tanto de la situación; la había llevado a urgencias el día que Greg le había roto el brazo. Pero aquello era mucho peor, y Lily sintió una necesidad imperiosa de ocultarlo. Era algo que no soportaría ver reflejado en la mirada de nadie, solo en la suya.

Jonathan dio un paso adelante, se metió una mano debajo de la chaqueta y sacó su pistola.

Lily sacudió enérgicamente la cabeza. Seguramente, Jonathan podría neutralizar a Greg, incluso sin la pistola; Greg era más corpulento, pero Jonathan estaba entrenado para el combate. Pero entonces ¿qué sucedería? Greg despediría a Jonathan sin pensárselo dos veces y contrataría a otro guardaespaldas para Lily. Hasta cabía la posibilidad de que Jonathan fuera a la cárcel. Y entonces ¿qué sería de la mujer que estaba en el cuarto de los niños?

«¿Y de mí?»

Jonathan dio otro paso adelante, sin hacer ruido; levantó la pistola y fijó la mirada en Greg.

Lily inspiró bruscamente y gritó:

—¡No!

Eso no hizo sino excitar más a Greg, que aceleró el ritmo de sus embestidas. Pero también detuvo a Jonathan: se quedó inmóvil, con la pistola en la mano, en el primer escalón del acceso al salón.

Sin dejar de apretar los dientes, Lily compuso una sonrisa con la que quería

explicarle que a ella no le pasaría nada, que solo tenía que soportar aquello unos minutos más. Dirigió la mirada hacia la izquierda, hacia el cuarto de los niños, donde estaba la separatista.

Jonathan vaciló un largo momento, mirándola fijamente con una mano en el pasamano. Entonces se guardó la pistola bajo la chaqueta y desapareció por el oscuro pasillo, tan sigilosamente como había llegado.

Dos horas más tarde, Lily se encaminó, renqueando, al cuarto de los niños. Su intención había sido ir mucho antes, pero al final se había derrumbado y se había dado un baño de agua bien caliente. Pese a haberse pasado una hora en la bañera, casi no podía andar. Se habría tomado una aspirina y se habría metido en la cama, pero no le gustaba pensar que la mujer estaba sola y a oscuras. No sabía si Jonathan había ido a ver cómo se encontraba; de hecho, había vuelto a desaparecer de la propiedad.

Greg había ido a Washington para participar en su reunión del gabinete de crisis en el Pentágono. Por encima de la tapia de piedra que bordeaba el jardín, Lily todavía veía el resplandor anaranjado de las llamas y la densa nube de humo que tapaba la luna. Todavía no habían podido controlar el incendio, y Pryor seguía ardiendo. ¿Habría fabricado Dorian Rice aquella bomba? ¿Dónde habría aprendido esas cosas, con lo joven que era? El Horizonte Azul reclutaba a muchos veteranos, hombres y mujeres, que al regresar de las guerras del petróleo se encontraban sin trabajo. Pero Dorian parecía demasiado joven para haber cumplido siquiera un período de servicio.

Cuando llegó al cuarto de los niños, Lily accionó el atenuador de luz del panel de la pared, pues no quería asustar a la mujer si estaba dormida. Pero Dorian estaba despierta: tumbada en el sofá, contemplaba el techo y, por primera vez, parecía estar lúcida. Lily le puso un cuenco de caldo y un vaso de agua en la mesa y Dorian le dio las gracias con una cabezada. Tenía buena vista: siguió atentamente cada movimiento y cada mueca de dolor de Lily mientras esta se movía, cojeando, por la habitación.

—Veo que no soy la única que ha pasado lo suyo —observó Dorian—. ¿Dónde estamos?

—En el cuarto de los niños. —Lily llegó al rincón donde estaba la baldosa suelta, pero una vez allí se enfrentó a un problema que no había previsto: esa noche no iba a poder ponerse en cuclillas. Con la mirada de la chica clavada

en su espalda, pasó largo rato intentando levantarla utilizando solo los dedos de los pies, hasta que atinó a meter una uña por el borde de la baldosa y lo consiguió. Dobló una rodilla, estiró la otra pierna hacia un lado con elegancia, como una bailarina, sacó dos libros del agujero y los empujó hasta donde estaba Dorian, que los recogió del suelo y los hojeó con interés.

—¿Cómo es que una mujer como tú tiene libros auténticos?

Lily no estaba segura de cuánta información quería dar. ¿Y si detenían a aquella chica y la interrogaban?

Dorian sonrió, y Lily vio que le faltaba un incisivo.

—Ya estás metida en un buen lío, amiga mía.

—En el barrio hay otras mujeres a las que les gusta leer. Una tiene unos parientes en California que, por lo visto, conservan una especie de colección. Siempre que vienen a visitarla le traen algún libro, y nos los vamos pasando.

—Michele también le conseguía analgésicos de marca a quien los necesitara. A Lily le habría venido muy bien tener alguno ese día.

—¿Sabe alguien que estoy aquí?

—Jonathan. Ha ido a avisar a otras personas.

—Entonces no me quedará mucho tiempo.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Eso sería peligroso para ti. Supongo que Seguridad ya está buscándome por toda la ciudad.

—Sí.

—Como no me encontrarán, empezarán a registrar casas.

Otra preocupación más. Sin embargo, Dorian no parecía excesivamente inquieta, así que Lily se encogió de hombros e intentó aparentar despreocupación cuando se sentó con mucho cuidado en su sillón favorito. Tensó todos los músculos implicados antes del aterrizaje y apretó los dientes, pero cuando su trasero entró en contacto con el cojín, volvió a dolerle como antes. Debería haberse tomado la aspirina.

Dorian bostezó y dijo:

—Tengo sueño. Si decides llamar a Seguridad, hazme un favor y, antes, pégame un tiro en la cabeza.

—No voy a llamar a nadie.

—Me alegro. Porque no estoy dispuesta a que vuelvan a detenerme.

Lily tragó saliva. Volvió a acordarse de aquella puerta blanca, de aquel día en Manhattan, de aquel grupo de hombres uniformados que se llevaron a

empujones al hombre del traje. Nunca había encontrado ningún artículo ni ninguna noticia sobre lo que sucedía detrás de aquella puerta.

—¿Cómo es?

—Cómo es ¿qué?

—La detención.

—Ah, es maravillosa. Te dan bistec y whisky, y cuando vas a acostarte, encuentras una chocolatina en la almohada.

—Solo lo pregunto por curiosidad.

—¿Por qué te interesa saberlo?

—Mi hermana... —Pero se interrumpió, porque no sabía cómo concluir ese pensamiento. ¿Seguro que quería saber qué le había pasado a Maddy detrás de aquella puerta?—. Nadie habla de ello.

Dorian se encogió de hombros.

—Se pasa mal. Sobre todo las mujeres.

—Las mujeres lo pasamos mal en todas partes.

—Basta ya, ricachona. Vale, has entrado aquí cojeando y arrastrando los pies, pero eso nos ha pasado a todas. Deberías agradecer que haya sido solo uno.

Lily volvió a tragar saliva. De pronto el dolor en la entrepierna y el escozor empeoraron.

—Necesito dormir. Ya puedes irte.

—Me quedaré hasta que te hayas dormido.

—No hace falta.

Lily se recostó en el sillón y se cruzó de brazos.

—Vale. Joder. —Dorian cerró los ojos—. Despiértame si viene.

«¿Quién? —estuvo a punto de preguntar Lily, pero se contestó ella misma —: Nada de nombres.» Encendió la vela aromatizada que había en la mesita, junto al sillón, y, en voz baja, ordenó a la casa que apagara la luz del techo. Las sombras danzaron por las paredes, realzando la figura matronal de Lily, que parecía una anciana sentada en su mecedora.

«Eso nos ha pasado a todas.»

Vio cómo Dorian se quedaba dormida. Su mente insistía en concentrarse en Greg, en recordar lo ocurrido aquella noche, pero Lily no la dejaba. Ya pensaría en esas cosas al día siguiente, a la luz del día; pero esa noche no. Sin embargo, las imágenes, las sensaciones, seguían acosándola con tanta insistencia que temió saltar del sillón y ponerse a chillar.

«¿Qué habría hecho Maddy?»

La respuesta era fácil. A Maddy no le habría dado miedo recordar. Ella lo habría revivido todo. Maddy siempre había sido valiente, y Lily, que al principio estaba encantada con la idea de tener una hermana pequeña, se desencantó rápidamente cuando se dio cuenta de que Maddy nunca querría jugar a los mismos juegos que ella: ni a disfrazarse, ni al salón de belleza, ni a cocinar en la cocina de juguete que había en un rincón del salón. Maddy se empeñaba en ponerse pantalones. Le gustaba el béisbol, y a los doce años ya era la mejor *pitcher* del barrio; era tan buena que los chicos del barrio no solo la dejaban participar en su liga de béisbol, sino que siempre la elegían antes que a nadie.

Sin embargo, la de marimacho solo era una de sus facetas. Maddy, mucho más menuda que Lily, parecía un duendecillo, pero no toleraba las gilipolleces. No sabía quedarse callada, ni siquiera en situaciones en las que el silencio le habría ahorrado problemas, o dolor. En su escuela primaria había dos acosadores, y cuando empezó sexto grado, Maddy ya se había ocupado de ambos. En octavo la castigaron varias veces con la expulsión temporal por rebatir la información gubernamental de la que la profesora de historia hacía proselitismo. Maddy había nacido para defender a los débiles y a los indefensos. Fue la primera que le dijo a Lily que había millones de personas viviendo fuera de las vallas que rodeaban Media, personas que no tenían suficiente comida, personas que debían tanto dinero que jamás se liberarían de sus deudas. Hasta entonces, Lily nunca había sospechado que no todo el mundo vivía igual que su familia. Su padre también le contó la verdad, pero muchos años más tarde, cuando ella tenía quince años. Pese a que Maddy era la menor de las dos, era evidente que su padre le había contado la verdad a ella mucho antes.

La mujer, Dorian, gemía en sueños, e hizo volver a Lily al presente. La luz de las velas permitía apreciar que Dorian tenía gotas de sudor en la frente. Lily recorrió la habitación con la mirada y buscó el cuenco de hielo que ella misma había llevado. Se levantó de la butaca haciendo muecas de dolor; mojó una toalla en el agua fría y la escurrió, y entonces se la puso con cuidado en la frente a Dorian. La toalla se calentó casi de inmediato, y Lily volvió a empararla y a ponérsela en la frente. Tenía que darle una aspirina... Pero no, el médico le había dejado unas pastillas para la fiebre. Lily dudaba de todo. Había acompañado a su padre en el lecho de muerte, pero no sabía cuidar a un

enfermo; las enfermeras y las máquinas se habían ocupado de hacer todo el trabajo. Al final, su padre, atiborrado de drogas, había preguntado por Maddy, y Lily se había sentido incapaz de explicarle dónde estaba su hermana, de hacerle revivir la historia. Le había dicho que Maddy estaba fuera, en el pasillo, hablando con el médico, pero su padre siguió preguntando hasta el último momento. Su padre y Maddy tenían un lazo especial, y como daba la impresión de que ese lazo siempre había existido, Lily no tuvo tiempo de guardarles rencor. En verano, su padre llevaba a Maddy a ver partidos de los Phillies, y por la noche se sentaba con ella en su estudio y leían juntos un libro tras otro. Aunque Maddy era dos años más joven que Lily, fue la primera en aprender a leer, por su cuenta. Esa era la diferencia crucial entre las dos, y el parecido crucial entre Maddy y su padre: Maddy se lo tomaba todo muy en serio.

—Si pudiéramos ser mejores personas —decía—; si pudiéramos interesarnos por los demás como nos interesamos por nosotros mismos, ¡piénsalo, Lily! ¡Imagínate cómo sería el mundo!

Lily la miraba y asentía, porque en teoría aquello sonaba bien, pero ella no tenía motivaciones tan profundas; no lograba interesarse por nada durante más de dos meses. Las pasiones de Maddy eran agotadoras. Exigían no solo interés, sino también compromiso y esfuerzo. A veces, Lily había deseado que Maddy se limitara a pensar en chicos, ropa y música, como hacían todos los amigos de Lily y ella misma.

La llama de la vela parpadeó, y Lily miró las paredes, donde las sombras de los muebles del cuarto de los niños habían adquirido un aire grotesco bajo aquella luz. Se suponía que la casa era hermética, para protegerla de un hipotético ataque químico, pero Lily notó una corriente de aire que le enfrió los dedos de los pies. El frío no había despertado a Dorian: seguía durmiendo apaciblemente, con la cabeza apoyada de lado en la almohada. Por un instante se pareció tanto a Maddy que Lily casi pudo creer que aquella mujer era su hermana... pero entonces las sombras volvieron a moverse, y la ilusión se desvaneció.

Era de prever que Maddy acabara interesándose por la política. La infancia de ambas se había desarrollado en una época en la que no era conveniente tener opiniones políticas, pero Lily no se había dado cuenta de ello hasta años más tarde, cuando se enteró de cómo funcionaba la administración Frewell. Uno de sus profesores de literatura, el señor Hawthorne, había desaparecido

cuando ella cursaba octavo grado, y Lily no había puesto en duda la declaración de la escuela de que el señor Hawthorne se había ido a vivir a California. Hasta que no llegó a la universidad no recordó que el señor Hawthorne era propenso a hacer dramáticas declaraciones sobre el impacto de la religión en la sociedad, y que a menudo les hacía leer libros sobre ese tema. Por entonces, el estado solo había empezado a editar las obras literarias ya en circulación, y el señor Hawthorne siempre se las había ingeniado para preservar las versiones originales para sus alumnos. Pero un buen día desapareció, y lo sucedió un sustituto que utilizaba las ediciones corregidas y aprobadas. El señor Hawthorne desapareció unos dos meses antes de hacerlo Maddy, y Lily, que en su momento no le había dado prácticamente importancia, se preguntaba ahora —en aquellos momentos, antes de dormirse, en que todo adquiriría una importancia exagerada y hasta los sueños más descabellados parecían razonables— cómo lo habrían descubierto. Un alumno, seguramente... un alumno tan desconsiderado como Lily, que hablaba por hablar, porque le gustaba, pero sin ninguna intención de hacer daño.

La estaban vigilando.

Lily se dio cuenta de repente; era como si todas sus terminaciones nerviosas lo supieran. Había alguien en la puerta por la que se accedía al patio, y estaba mirándola. Greg, que había regresado antes de lo previsto y había ido a vigilarla, a ver qué estaba tramando su muñequita. Greg nunca entraba en el cuarto de los niños, pero esa no habría sido la única norma que habría incumplido esa noche, ¿no? Lily levantaría la vista y vería su cara sonriente, su expresión de prepotencia, y sabría que ya no le quedaba nada.

Se obligó a levantar la cabeza, y sintió tanto alivio que casi se atragantó: no era Greg. Aquel hombre había entrado en la habitación sin hacer el menor ruido, y la observaba apoyado en la puerta. Debía de tener cuarenta años; era alto y su porte militar saltaba a la vista pese a su postura relajada. Iba vestido de negro de pies a cabeza. El pelo, rubio y muy corto, encajaba perfectamente con la cara: un rostro severo, bien afeitado, de rasgos angulosos y curvas duras.

—¿Cómo está?

A Lily le sorprendió su acento, que no era americano.

—Bien. Tiene fiebre, pero el médico ha dicho que era normal. Voy a quedarme con ella hasta que le baje.

El hombre escudriñó su rostro.

—Usted es la señora Mayhew.

Lily asintió con la cabeza. Había identificado el acento: era inglés. Hacía mucho que no oía hablar a nadie con acento inglés. Hacía más de diez años que Seguridad había cerrado la frontera al Reino Unido y expulsado a todos los británicos; ¿qué hacía aquel hombre allí todavía?

—¿Me había visto alguna vez? —preguntó.

—No.

—¿Está segura?

—Sí. —Lo estaba. Si hubiera visto a aquel hombre, lo recordaría: transmitía fuerza, un magnetismo que Lily percibía desde el otro extremo de la habitación. El hombre levantó una bolsa de lona, más pequeña que el maletín del médico, pero que sin duda también tenía algo que ver con la medicina. Lily oyó un leve tintineo de instrumentos en su interior cuando él la dejó encima de la mesa.

—No sé por qué la ha ayudado, pero gracias. La ayuda inesperada es la mejor.

—Inesperada ¿por qué? ¿Porque soy rica?

—Por eso, sí, y por su marido.

Por un instante, Lily solo pudo pensar en la escena que había tenido lugar en el salón. Entonces se dio cuenta de que el desconocido debía de referirse al trabajo de Greg. Greg no trabajaba para el gobierno exactamente, pero ahora Seguridad era, en la práctica, el gobierno; a los ojos del Horizonte Azul, Greg era tan malo como cualquier gobernante. Los ojos de aquel hombre estaban empezando a hipnotizarla; Lily hizo un esfuerzo y se volvió hacia Dorian.

—¿Por qué ha puesto la bomba en la base naval? No parece que tenga mucho sentido.

—Nada de lo que hacemos es inútil. Usted lo cuestiona porque no puede ver el cuadro completo.

—Yo no lo cuestiono.

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a hacerlo? Se encuentra en una posición privilegiada.

Lily se sonrojó, y de pronto se dio cuenta de que quería contradecirle, explicarle lo de Greg, decirle a aquel hombre que su posición no era tan privilegiada como parecía. Pero no podía contarle nada de aquello a un desconocido. Ni siquiera podía contárselo a sus amigas.

—¿Jefe? —preguntó Dorian desde el sofá.

—Hola, querida.

Dorian compuso una sonrisa adormilada que dio a su rostro un aire infantil.

—Sabía que vendrías. ¿Salió todo bien?

—Perfectamente. Tardarán meses en poder volar otra vez. Hiciste un buen trabajo.

A Dorian se le iluminó la cara.

—Duerme, Dori. Recupérate.

Dorian cerró los ojos. Lily no supo cómo interpretar aquel diálogo. Era evidente que había afecto entre ellos dos, pero ¿cómo podía ser que un hombre enviara a una mujer a la que quería a colocar explosivos y exponerse a que le dispararan?

—Tengo que sacarla de aquí —dijo el hombre en voz baja y con gesto de preocupación.

—Puede quedarse todo el tiempo que necesite.

—Sí, hasta que usted se canse de la novedad y la eche.

—¡Yo jamás haría eso! —le espetó Lily, dolida.

—Perdóneme, pero tengo que ser escéptico.

—¡El médico dijo que no debía moverse! —insistió Lily, alarmada, pues el hombre se había levantado de la butaca, y su intención era coger a Dorian en brazos y sacarla de allí. Lily se apresuró a levantarse también de su butaca, y aspiró entre los dientes, dolorida, al despertar todas sus heridas a la vez.

—Veo que está un poco magullada. ¿Quién le ha hecho eso en la cara?

—Eso no es asunto suyo.

El hombre asintió, y Lily se dio cuenta de que él ya lo sabía; quizá no todo, pero sí más de lo que a ella le habría gustado que supiera.

—No se la lleve, por favor.

—¿Por qué no?

Lily trató de recordar qué más había dicho el médico.

—Podría haber controles en la carretera.

—Había tres controles alrededor de Nueva Canaán, señora Mayhew. Para mí no son un impedimento.

—Por favor. —Lily estaba a punto de llorar, y eso la sorprendió. De pronto todo lo que había ocurrido aquel día pareció derrumbarse sobre ella: la espeluznante operación, Greg, Maddy... Y ahora aquel hombre, que pretendía llevarse a Dorian antes de que Lily pudiera expiar nada—. Déjela quedarse, por favor.

—¿Por qué le interesa tanto, señora Mayhew? A mí puede contármelo; si me miente, lo sabré. ¿Pretende cobrar una recompensa?

—¡Claro que no!

El hombre volvió a inclinarse hacia Dorian. Lily trató de decir algo, dar cualquier excusa, pero no se le ocurría nada. Solo la verdad.

—Yo entregué a mi hermana.

El hombre levantó bruscamente la cabeza.

—¿Qué?

Lily trató de contenerse, pero las palabras salieron atropelladamente de su boca.

—A mi hermana. La entregué a Seguridad hace ocho años. No lo hice intencionadamente, pero lo hice. Dorian se parece mucho a ella.

El hombre la observó atentamente, con los ojos entrecerrados.

—¿Cuál es su apellido de soltera, señora Mayhew?

—Freeman.

—Un buen apellido para una separatista. ¿Qué había hecho su hermana?

—Nada. —Lily cerró los ojos; las lágrimas amenazaban otra vez con desbordarse—. Tenía un panfleto en su habitación. Entonces yo no sabía qué era.

—¿Y se lo enseñó a alguien?

Lily asintió, y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

—A mis amigos. El padre de uno de ellos trabajaba para Seguridad, pero a mí ni se me ocurrió pensarlo. Yo solo quería saber qué estaba haciendo Maddy.

—¿Cuántos años tenía?

—Diecisiete. Y mi hermana, quince.

—¿Fueron a buscarla?

Lily volvió a asentir, incapaz de articular palabra. No podía explicar lo ocurrido aquella mañana, unos sucesos que en su memoria nunca cambiaban, por muy intensamente que ella lo deseara: Lily de pie junto a su casilla, rodeada de sus amigos, todos enganchados a sus teléfonos; Maddy saliendo de un aula, unos diez metros más allá. Y, doblando la esquina, los cuatro agentes de Seguridad a los que nadie había visto todavía, acercándose. A veces Lily soñaba, tenía pesadillas frustrantes en las que estiraba un brazo para agarrar a su hermana; la agarraba en el último momento y la ayudaba a esconderse en un aula, o detrás de una puerta, o a saltar por una ventana. Pero hasta cuando

soñaba sabía que no serviría de nada, que en cualquier momento los cuatro hombres con uniforme negro doblarían la esquina, que dos de ellos sujetarían a Maddy, uno por cada brazo, y se la llevarían por el pasillo, y que la última imagen que Lily tendría de su hermana sería un destello de coletas rubias antes de cerrarse la puerta.

A la hora de cenar, Lily y sus padres esperaron a que apareciera Maddy. Esperaron toda la noche, hasta la mañana siguiente. El padre habló por teléfono con todas las personas importantes a las que conocía, y la madre lloró casi sin parar, pero Lily permaneció callada, y horrorizada, pues estaba empezando a atar cabos, a entender lo que había hecho. Su padre solo era un ingeniero; no tenía suficiente influencia para conseguir la liberación de un detenido, y menos aún de un sospechoso de simpatizar con los separatistas. Esperaron varios días, que se convirtieron en semanas, pero Maddy no volvió a casa; se había esfumado en el inmenso y oscuro mecanismo de Seguridad. Los médicos dijeron que el padre había muerto de cáncer, pero Lily sabía la verdad. Su padre llevaba mucho tiempo muriéndose, lenta y horriblemente, por culpa de la desaparición de Maddy. La madre no quería hablar de ello, ni siquiera quería pensar en ello. A sus amigos les contó que Maddy se había fugado, y cuando Lily intentaba hablar de lo sucedido, su madre la ignoraba y cambiaba de tema de conversación. La actitud de la madre era exasperante, pero al padre lo había matado la pena.

«Yo también lo maté —se decía a menudo Lily, en aquellos instantes de indefensión antes del sueño—. No lo hice intencionadamente, pero maté a mi padre.»

Miró al hombre que tenía delante, dispuesta a afrontar su juicio, pero se encontró ante un rostro neutral.

—Y eso no la deja vivir, claro.

Lily asintió.

—Y utiliza a Dorian como... ¿Como qué? ¿Un autocastigo?

—¡Váyase al cuerno! —le espetó Lily—. Yo no la envié a volar un campo de pruebas de reactores.

—Se ofreció voluntaria —replicó él sin cambiar de tono.

—Por favor. Su grupo recluta a personas que no tienen ningún otro sitio adonde ir.

—Cierto, la mayoría no tienen otro sitio. Pero no es por eso por lo que se ofrecen voluntarios.

—Entonces ¿por qué?

El hombre se inclinó hacia delante, y sus ojos, asombrosamente claros, destellaron bajo la luz de la vela. Juntó las manos, y Lily vio que tenía cicatrices y quemaduras en los dedos. Aquel hombre no encajaba en absoluto con la idea que ella tenía del Horizonte Azul.

—Dígame, señora Mayhew, ¿alguna vez ha soñado con un mundo mejor?

—Y ¿quién no?

—Pues todos los que se benefician de que el mundo siga tal como está. Usted y su marido, por ejemplo.

—Yo no me beneficio de eso —masculló Lily mientras se enjugaba las lágrimas.

—Tal vez no —dijo él sin dejar de taladrar la frente de Lily con la mirada—. El beneficio es un concepto relativo. Aun así, ahí fuera hay un mundo mejor. Yo lo veo en...

El inglés se interrumpió y ladeó la cabeza. Al cabo de un momento, Lily también lo oyó: una sirena, no más de un par de calles más allá.

—Tengo que irme. —Empezó a hurgar en la bolsa que había dejado encima de la mesa—. Creía que necesitaría esto, pero veo que el médico ha hecho un buen trabajo. ¿Ha dejado antibióticos?

—Sí —contestó Lily—. Tengo que ponerle una inyección diaria.

—Muy bien. No vaya a irse de compras y olvidarse.

A Lily se le colorearon las mejillas, pero no mordió el anzuelo.

—¿Puede quedarse?

—Hasta que encuentre un lugar seguro adonde llevarla. Solo serán unos días. —Sacó un paquetito blanco del maletín y se lo entregó a Lily—. Tenga esto. Ponga un poco en la bañera durante unos días.

—¿Para qué?

Él la miró con una expresión insondable.

—Disimula usted bien, señora Mayhew, pero los hombres como su marido raramente se limitan a causar daños externos.

Ella cogió el paquete evitando tocarle los dedos.

—Supongo que piensa que tengo alguna alternativa.

—No, ya sé que no la tiene. —Cerró la bolsa—. Pero no pierda la esperanza de un mundo mejor. Está ahí fuera, tan cerca que casi podemos tocarlo.

—¿Qué mundo mejor?

El inglés hizo una pausa y se quedó pensativo. A Lily le había parecido que tenía los ojos grises, pero entonces se dio cuenta de que eran plateados y brillantes, del color de la luna reflejada en el agua.

—Imagínese un mundo donde no hay ricos ni pobres. No hay lujos, pero hay comida, ropa, educación y atención médica para todos. Dios no controla nada. Los libros no están prohibidos. Las mujeres no conforman una clase inferior. El color de tu piel, las circunstancias de tu nacimiento, nada de eso importa. La bondad y la humanidad lo son todo. No hay armas, ni vigilancia, ni drogas, ni deudas, y no domina la codicia.

Lily trató de combatir aquella voz, pero sin fuerza suficiente, porque durante un instante atisbó aquel mundo mejor del que hablaba el hombre, transparente y de tonos azules y verdes: una aldea de casitas de madera, de pura bondad, junto a un río, rodeada de árboles.

«¡Despierta, Lily!»

Se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Dicen que las quimeras funcionan mejor con lubricante.

El hombre sacudió un poco los hombros, como si riera sin hacer ruido.

—Eso es un chiste bastante subido de tono, señora Mayhew. Pero la pregunta me la ha hecho usted.

Abrió la puerta que daba al patio y se quedó un momento en el umbral, aguzando el oído. Lily se dio cuenta de que era más alto que Greg, aunque, mientras que Greg conservaba la corpulencia de sus años de jugador de fútbol americano, aquel hombre era ágil y tenía los músculos propios de un atleta o un nadador. Cuando se volvió hacia ella, Lily vio que tenía una cicatriz larga e irregular que descendía por un lado de su cuello.

—¿Le gustaría ayudarnos un poco más?

—¿Ayudarlos? ¿Cómo?

—La información siempre nos viene bien. Cualquier cosa que pudiera comunicarnos a través de Jonathan sería de ayuda.

—¿Cómo es que Jonathan se unió a ustedes?

—Esa historia tendrá que contársela él.

—¿Cómo ha conseguido superar el muro de Nueva Canaán?

—Todas las barreras se pueden superar, señora Mayhew.

Lily parpadeó, asombrada de la certeza de aquella afirmación.

—¿Quién es usted?

Ya sabía qué le iba a contestar: «Nada de nombres». El inglés salió por la

puerta; Lily lo ignoró y se quedó mirando a la mujer que dormía en el sofá. El hombre había permitido que Dorian se quedara allí, pero Lily ya sentía que había perdido algo. Pronto se habrían ido los dos, Dorian y él, y ¿qué le quedaría a Lily? Toda una vida con Greg, una eternidad de noches como la pasada. Aquella breve visión de otra vida haría que el futuro pareciera infinitamente peor. Cuando el hombre volvió a hablar, su respuesta fue tan inesperada que Lily se quedó paralizada, y cuando levantó la cabeza, él ya se había esfumado en la oscuridad.

—Me llamo William Tear.

LIBRO II

Ewen

Hasta los más pequeños gestos de bondad tienen potencial para cosechar recompensas enormes. Solo los cortos de mira creen lo contrario.

*Las palabras de la reina Glynn,
recopilación del padre Tyler*

El embajador cadarés, Ajmal Kattan, era un encanto: alto, listo y atractivo, con la piel de color almendra y una sonrisa de un blanco cegador. A Kelsea le cayó bien enseguida, pese a haberle advertido Maza que aquel era el típico embajador que el reino de Cadare siempre enviaba a las mujeres: sutil, convincente y seductor. Kattan no hablaba ni a la perfección, pero hasta su acento resultaba cautivador, salpicado de pausas antes de las palabras largas, y con una marcada elisión de la penúltima vocal. Le había llevado a Kelsea un hermoso juego de ajedrez hecho de mármol, con reyes, torres y alfiles con rasgos faciales muy detallados, y ella había aceptado el regalo de buen grado. Tras regresar del Argive, había enviado a varios sirvientes de la Ciudadela a recoger todo lo que había en la casita de Carlin y Barty, y, entre otros objetos, le habían llevado el viejo juego de ajedrez de Carlin. Maza y Arliss jugaban muy bien; Arliss ganaba a Kelsea dos de cada tres veces. Pero el juego de Carlin era viejo, hecho de madera sencilla (tallada por Barty, seguro), y empezaba a verse gastado. Para Kelsea tenía un gran valor sentimental, pero aquel juego nuevo sería mucho más duradero, y le permitiría reservar el otro.

Maza había advertido a Kelsea de que los cadarese daban un gran valor a las apariencias, y Kelsea lo había tenido en cuenta y no había querido celebrar aquella reunión en la gran estancia central del Pabellón Real que solía realizar esta función. Ante su insistencia, Maza había acabado cediendo y había

trasladado el trono a la enorme sala de audiencias, varias plantas más abajo. Cuando no estaba llena de gente, aquella sala resultaba sumamente grande y tenebrosa, de modo que, además, habían declarado aquella audiencia abierta al público. Los nobles del Tear habían dejado de asistir a las audiencias de Kelsea al comprender que el trono no iba a hacerles regalos, y Maza y Kelsea habían optado por un sistema justo y sencillo: las quinientas primeras personas que llegaran ante la Puerta de la Ciudadela podrían asistir a la audiencia, siempre que se sometieran a un control para comprobar que no iban armadas. Kelsea había comprendido que la ropa era un índice de riqueza bastante fiable; algunas de las personas que se hallaban ante ella pertenecían, evidentemente, a la clase empresarial, y seguramente comerciaban con madera o con algo menos legal. Pero la mayoría de la audiencia la conformaban pobres, y Kelsea tuvo el lamentable pensamiento de que muchos habían ido allí en busca de entretenimiento. En sus primeras audiencias públicas la gente había hablado bastante, y se había oído algún que otro silbido, pero Maza se había ocupado de eso, y había anunciado que cualquiera que llamara su atención se expondría a una entrevista en privado. Ahora, Kelsea no oía ni pío.

—Mi señor os suplica que lo honréis con una visita —dijo el embajador.

—Puede ser, algún día —contestó Kelsea al ver que Maza arrugaba el ceño—. De momento tengo demasiado trabajo.

—Sí, debéis de estar muy ocupada. Habéis provocado a la reina eternamente joven. Mi señor os admira por vuestro valor.

—¿Su señor nunca la ha provocado?

—No. Su padre sí lo hizo, y recibió una dolorosa reprimenda. Ahora pagamos el doble en caballos y en cristal.

—Tal vez sea esa la diferencia. Nosotros pagamos en humanos.

Al cabo de un momento Kelsea recordó que los cadareses también enviaban esclavos a Mortmesne, pero no le pareció que el embajador se hubiera ofendido.

—Sí, eso también lo hemos oído. Prohibisteis el tráfico de humanos entre vuestras fronteras. Mi señor está fascinado.

Esta última afirmación llevaba implícito un insulto, pero Kelsea no se detuvo en él. Necesitaba ayuda del rey cadarés, y no podía ofender al embajador cuestionándolo delante de sus asesores, pero tampoco tenía tiempo para iniciar el prolongado e intrincado preludeo de una discusión seria que tan de moda estaba en el Cadare. Esa mañana había llegado un mensaje de Hall

con malas noticias: el general Ducarte había asumido el mando del ejército mort. En el Pabellón Real no había nadie que no supiera alguna historia de terror sobre Ducarte, y, si bien la evacuación de las aldeas fronterizas ya había concluido y Bermond había empezado a desalojar la región oriental del Almont, si Ducarte llegaba a Nueva Londres de nada serviría que la evacuación se hubiera realizado con éxito. La ciudad tenía unas defensas muy precarias. En el lado oriental había una muralla muy alta, pero estaba demasiado cerca del río Caddell, construida sobre terreno pantanoso. En el lado occidental no había muralla: su madre había confiado en la defensa natural que ofrecían los Montes Clayton para proteger el oeste de un asedio prolongado, pero Kelsea no era tan optimista. Ella quería que la ciudad también tuviera muralla en el lado occidental; pero Maza calculaba que faltaban menos de dos meses para que los mort llegaran a la ciudad, y aunque Kelsea reclutara a todos los picapedreros de Nueva Londres, no conseguirían construirla a tiempo.

Sin embargo, en Cadare estaban los mejores canteros del Nuevo Mundo. Aunque el reino no estuviera dispuesto a aportar sus fuerzas para reforzar el ejército tear, tal vez Kelsea consiguiera que le prestara a algunos de sus artífices. Como mínimo, necesitaba que el rey de Cadare dejara de enviar caballos a Mortmesne; según el dicho, solo ligeramente exagerado, una yegua cadaresa enferma podía superar a cualquier potro tear sano. Tener los mejores caballos no les servía de mucho a los mort en los Montes Fronterizos, pero cuando descendieran al Almont, una caballería superior significaría una ventaja aplastante. Kelsea necesitaba que aquellas negociaciones dieran fruto.

—¿Le parece bien que entremos en materia, embajador?

—Vais deprisa, Majestad —observó Kattan arqueando las cejas.

—Estoy muy ocupada.

Kattan se acomodó en el asiento; parecía un tanto contrariado.

—Mi señor desea negociar una alianza con vos.

A Kelsea le dio un brinco el corazón. Un murmullo recorrió la sala de audiencias, pero Maza no reaccionó: estaba demasiado ocupado observando al embajador, de quien no se fiaba.

—Mi señor también quiere reducir su tributo a los mort —continuó Kattan—. Pero ni el Cadare ni el Tearling son lo bastante poderosos para hacerlo solos.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuáles serían los términos de esa alianza?

—¡Despacio, Majestad, despacio! —insistió Kattan agitando las manos, y para Kelsea ese fue el verdadero indicio de que no le iba a gustar lo que iba a oír a continuación: el embajador consideraba necesario dar un rodeo—. Mi señor reconoce que habéis demostrado un gran valor al desafiar a los mort, y le gustaría recompensaros adecuadamente.

—Recompensarme ¿cómo?

—Convirtiéndooos en su primera esposa.

Kelsea, atónita, oyó que algunos de sus guardias murmuraban a su alrededor. Tragó saliva y, pese a notar la garganta llena de algodón, consiguió replicar:

—¿Cuántas esposas tiene su rey?

—Veintitrés, Majestad.

—¿Y todas son cadaresas?

—Todas excepto dos, Majestad. Esas dos son mort, y se las regaló la reina eternamente joven.

—¿Qué edades tienen esas esposas?

El embajador desvió la mirada y carraspeó.

—No estoy seguro, Majestad.

—Entiendo. —Kelsea se habría dado con la cabeza contra la pared. Debería haberlo visto venir. Maza le había explicado que los cadareses eran aislacionistas y que su colaboración implicaría condiciones. Sin embargo, suponía que ni siquiera Maza había previsto semejante oferta. Trató de pensar una contrapropuesta—. ¿Qué beneficios comporta ser la primera esposa?

—La primera esposa se sienta al lado del rey en la mesa. Tiene prioridad para escoger entre todos los regalos que llegan al palacio. Una vez que ha tenido un hijo sano, puede rechazar las atenciones del rey si así lo desea.

Coryn había empezado a tamborilear con los dedos en su espada. Elston parecía estar ideando formas originales de destripar al embajador. Pero Maza... Kelsea se alegró de que Kattan no pudiera ver la mirada asesina del capitán de la guardia.

—¿Qué me dice de una alianza sin boda?

—A mi señor no le interesa una alianza así.

—¿Por qué no?

—El rey de Cadare no puede firmar una alianza con una mujer en igualdad de condiciones. El matrimonio es una garantía de que Su Majestad someterá su voluntad a la de mi señor en cualquier circunstancia.

Maza, con un movimiento brusco, bloqueó el lado derecho de Kelsea. Ella parpadeó, sorprendida, pues no había percibido ninguna amenaza del embajador ni de sus guardias. Tardó unos instantes en comprenderlo: Maza se había movido para proteger al embajador. Entonces parte de la rabia de Kelsea se consumió; miró a Maza y le sonrió, y sintió una oleada de afecto cuando él le devolvió la sonrisa.

Volvió a mirar a Kattan y preguntó:

—¿Su señor esperaría compartir mi trono?

—Es difícil para un hombre gobernar dos reinos, Majestad. Mi señor preferiría nombrar a un... —Kattan hizo una pausa para buscar la palabra adecuada en tear— castellano, ¿no se llama así? Un castellano que supervisaría vuestro trono en su lugar.

—Y yo ¿viviría en Cadare?

—Así es, Majestad, con las otras esposas de mi señor.

Elston ya había empezado a hacer crujir los nudillos uno a uno, despacio y sin disimulo. Kattan, que sin duda había notado que pisaba terreno resbaladizo, no se extendió en las otras ventajas de vivir en el harén del rey, y se limitó a esperar en silencio la respuesta de Kelsea.

—¿Esta es la única oferta que me trae?

—Mi señor no me ha autorizado a proponeros ninguna otra oferta, Majestad.

Kelsea compuso una sonrisa amable. Si hubiera sido la soberana a la que Carlin había intentado instruir, tal vez hubiera aceptado el trato de Kattan, por desagradable que le resultara. Pero no podía. Ante sus ojos pasó, esbozada con claridad, toda la vida de una concubina cadaresa, y ahuyentó rápidamente ese pensamiento. Si hubiera servido para salvar el Tearling, no habría dudado en entregar su propia vida, se habría clavado un puñal en el corazón allí mismo, pero aquello... No, no podía.

—Rechazo la oferta.

—De acuerdo, Majestad. —Kattan alzó la vista, y en sus negros ojos se apreció un destello de regocijo—. No puedo afirmar que me sorprenda.

—¿Por qué no?

—Hemos oído hablar mucho de vos, Majestad, incluso en Cadare. Sabéis lo que queréis.

—Entonces ¿por qué se ha molestado en plantearme la oferta?

—Mi trabajo, Majestad, consiste en transmitir los deseos de mi señor. Por cierto: esta oferta permanecerá vigente hasta que mi señor la retire. —El

embajador se le acercó un poco más y bajó la voz—. Pero, por si os interesa, me alegro de que no la aceptéis. No sois la clase de mujer que viviría satisfecha en el *harim* de mi señor.

Kelsea miró aquellos ojos sonrientes y sintió que sus labios también componían una sonrisa. Se dio cuenta de que lo encontraba atractivo; era una clase de atracción... que solo podía comparar con la que había sentido por el Traedor. Era una sensación maravillosa, parecida a la libertad.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo con nosotros, lord embajador?

—Lamentablemente, Majestad, tengo órdenes de informar a mi señor en cuanto hayan concluido las negociaciones. Solo os pediremos hospitalidad para una noche.

—Qué lástima. —Pero Kelsea sabía que, seguramente, era lo mejor. Ya dedicaba demasiado tiempo a pensar en el Traedor, y la presencia de otro hombre atractivo solo sería una distracción más. En el fondo de su cabeza, una vocecilla protestó: ¿nunca iba a permitirse ningún placer para ella misma? Pero Kelsea la silenció sin ninguna dificultad. Cada vez que necesitaba una advertencia, se acordaba de su madre, siempre presente en su pensamiento.

Maza carraspeó para recordar a Kelsea cuáles eran sus deberes de anfitriona: la hospitalidad cadaresa se regía por normas bien definidas, y los visitantes esperarían compartir al menos una comida con ella antes de marcharse.

—Bien, caballeros, tenemos... —empezó Kelsea, pero no terminó la frase, porque de pronto hubo una gran conmoción en la puerta situada en el extremo opuesto de donde estaba el trono.

Los guardias de Kelsea se apretaron a su alrededor. Inmediatamente, ella recordó aquel terrible día de su coronación, y se le encogieron los músculos del hombro en el que tenía la cicatriz. Estaba pasando algo en la puerta; un grupo de guardias reales y soldados del ejército tear se habían reunido. Varios hombres gritaban para hacerse oír.

—¿Qué está pasando? —gritó Maza desde la otra punta de la estancia.

Nadie le contestó. Era evidente que se trataba de una discusión, y de que los soldados estaban plantando cara a los guardias reales. Pero, al final, un grupo logró pasar: dos hombres que llevaban a cuestas a un tercero. Se acercaron lentamente al trono, vacilantes, seguidos de cerca por otros soldados y guardias.

—Cielos —masculló Maza. Kelsea, que no tenía muy buena vista, tuvo que

esperar unos instantes, pero al acercarse los tres hombres un poco más, se quedó boquiabierta.

A la izquierda iba su carcelero, Ewen. Tenía la cara, de expresión franca y amable, cubierta de rasguños, y un ojo morado e hinchado. A su derecha iba Javel, el prisionero del Argive. Iba esposado, pero parecía ileso.

Entre ellos dos, casi inconsciente, atado con una cuerda gruesa y sangrando por varias heridas, estaba Arlen Thorne.

Ewen lo reconoció nada más verlo. Y no habría hecho falta que lo alertara el silencio que se produjo al final de la escalera de la mazmorra, donde se suponía que dos soldados montaban guardia día y noche. Ni el grito ahogado de la mujer de la celda número dos, ni el miedo reflejado en sus ojos cuando miró fijamente entre los barrotes. No habría hecho falta que viera el puñal que el hombre llevaba semiescondido en la espalda. La reina lo había descrito como un hombre alto y demacrado de ojos de un azul intenso... y cuando Ewen levantó la vista y vio a aquel espantajo, lo supo al instante.

Con todo, estaba decidido a manejar la situación de la forma correcta. El espantajo iba armado de un puñal, y Ewen tenía tres prisioneros en los que pensar. Él era lo bastante corpulento para lanzar por los aires al espantajo, y no dudaba de su capacidad para hacerlo sin necesidad de emplear armas. Pero también sabía que era lo bastante corpulento para matarlo del golpe sin proponérselo. Su padre siempre le advertía que debía recordar su tamaño, y la reina quería a aquel hombre con vida.

—Buenas tardes —lo saludó el espantajo inclinándose sobre su mesa.

Javel, el prisionero de la celda número tres, se incorporó de un respingo en su catre.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor? —preguntó Ewen. Con el rabillo del ojo vio que sus otros dos prisioneros, Brenna y Bannaker, se habían acercado a los barrotes. La luz de la antorcha hacía destacar los verdugones que cubrían el cuerpo de Bannaker, pero su expresión era alerta y expectante.

—La reina me ha ordenado que traslade a tus tres prisioneros a la prisión central de Nueva Londres —expuso el espantajo.

Tenía la voz grave, un tanto desagradable, y Ewen no quiso ni plantearse cómo había conseguido aquel hombre sortear a los soldados que custodiaban la escalera. Supuso que ya debían de estar muertos.

—Tengo que escoltarlos yo mismo.

—Es la primera vez que oigo hablar de un traslado —replicó Ewen—. Deme un momento para anotarlos en el registro.

Sacó el libro y empezó a mojar la pluma mientras intentaba pensar. Su padre siempre le decía que no era tonto, y que solo necesitaba un poco de tiempo y esfuerzo. Cuando Ewen terminara con el registro, el espantajo esperaba que se dirigiera a las celdas con las llaves. Si Ewen conseguía que el espantajo caminara delante de él, no le costaría mucho desarmarlo... pero intuía que no iba a suceder así. El espantajo era muy enclenque, sí, pero parecía rápido. Vestía el uniforme negro del ejército tear. Si era soldado, tal vez llevara otro puñal escondido en algún otro sitio.

—¿Su nombre, señor? —preguntó Ewen.

—Capitán Frost.

Ewen escribió tan despacio como pudo, arrugando la cara como si estuviera muy concentrado. No podía abalanzarse sobre el espantajo estando sentado a la mesa; la mesa se volcaría y le serviría de escudo, suponiendo que no lo aplastara y lo matara. Además, Ewen tenía que asegurarse de que el puñal que llevaba aquel hombre no entrara en ninguna celda. Su padre le había explicado que los prisioneros podían utilizar cualquier objeto puntiagudo para forzar una cerradura. Javel estaba junto a los barrotes de la celda número tres, y a Ewen, que ya se había acostumbrado a su semblante inexpresivo, le sorprendió lo que vio reflejado en él: parecía un perro hambriento, y sus ojos, negros y hundidos, estaban fijos en la espalda del espantajo.

Ya no podía retrasarlo más. Ewen apartó la silla de la mesa y se levantó, al mismo tiempo que cogía el aro con las llaves que llevaba al cinto. Bordeó la mesa por la derecha, de modo que lo más cómodo fuera que el espantajo, para apartarse, se colocara delante de él. Pero el espantajo se limitó a dar un solo paso atrás y pegar la espalda a la pared; entonces abrió un brazo y señaló el pasillo.

—Detrás de usted, señor carcelero.

Ewen asintió y pasó delante, con el corazón martilleándole en el pecho. Sabía que no debía bajar la guardia ni un instante, pero aun así se llevó una sorpresa, y solo tuvo una milésima de segundo para notar la mano alrededor de su cuello y ver acercarse el puñal. Levantó un brazo, desvió la trayectoria del arma y la oyó caer al suelo en un rincón, a su espalda.

El espantajo saltó sobre la espalda de Ewen, lo abrazó por el cuello y

apretó. Ewen se dobló por la cintura y trató de lanzar al espantajo por encima de sus hombros, pero el hombre se aferraba a él como una serpiente, y apretaba cada vez con más fuerza el cuello de Ewen, hasta que delante de las celdas el carcelero empezó a ver unas manchas negras que aumentaban de tamaño cuando intentaba enfocarlas. Trató de tomar aire, pero no lo encontró. Oía el rugido de sus propias venas, pero aun así oía a la mujer, Brenna, animando a su agresor con voz sibilante. Bannaker también estaba agarrado a los barrotes de su celda, y daba brincos de emoción. Y luego estaba Javel, callado, los ojos muy abiertos y muy tristes, los brazos extendidos y las manos abiertas como si se protegiera contra algo. El dolor que Ewen notaba en el pecho se había convertido en un incendio que ya lo quemaba todo: sus brazos, sus piernas y su cabeza, y no tenía fuerzas para soltarse de su agresor.

De pronto sintió un fuerte dolor en la palma de una mano. Pensó un momento y cayó en la cuenta de que todavía sujetaba su llavero; lo apretaba tanto que debía de estar sangrando. Lo veía todo de color morado oscuro, y de pronto comprendió que iba a morir, porque no le entraba aire en los pulmones: el espantajo estaba a punto de matarlo. Ewen sabía que su padre estaba muriéndose, pero se estaba muriendo de viejo, de enfermedad. Aquello era muy distinto. El rostro acongojado de Javel oscilaba ante él, y, sin previo aviso, la mente de Ewen hizo una de sus extrañas asociaciones: Javel no quería que ocurriera aquello. Javel era un prisionero, sí, un traidor; pero tampoco era amigo del espantajo, por el motivo que fuese.

Todos los discursos que le había dado su padre sobre fugas de la cárcel resonaban en la cabeza de Ewen, pero antes de poder dedicarles atención, ya había lanzado el llavero hacia la celda número tres. Vio que las llaves chocaban contra los barrotes y caían al suelo, y vio una mano sucia que las buscaba a tientas.

Y entonces el mundo, morado oscuro, se tornó negro.

Cuando despertó, Ewen sintió dolor en el pecho y la cabeza. El cuello le ardía como si lo tuviera en carne viva.

Abrió los ojos y reconoció el techo de la mazmorra, recubierto de moho. Su padre solía decir que quienquiera que hubiese construido la Ciudadela había hecho un buen trabajo, pero con el paso de los años cada vez era más difícil impedir las filtraciones de agua del foso.

¿Qué lo había despertado?

El ruido, claro. El ruido a su derecha. Unos gruñidos que parecían de perro. Un golpe sordo, como el del puño de un panadero al golpear la masa. Ewen se había criado al lado de una panadería, y le encantaba ponerse de puntillas y observar a los panaderos por la ventana. Quería cerrar los ojos y volver a dormirse, como habría hecho un domingo por la mañana años atrás, antes de empezar a trabajar con su padre en la mazmorra.

¡La mazmorra!

Abrió los ojos de golpe y volvió a ver el moho que recubría el techo.

—¡Basta! —gritó una mujer, y su voz rebotó en las paredes de piedra. A Ewen le dolieron los oídos. Miró a su derecha y vio a la mujer-fantasma, que gritaba agarrada a los barrotes. En el suelo estaba Javel, sentado encima del espantajo, inmovilizándolo. Javel lanzaba unas carcajadas siniestras que hicieron estremecerse a Ewen. Mientras el carcelero lo observaba, Javel llevó un brazo hacia atrás y le pegó un puñetazo en la cara al espantajo.

—¡Solo quiero preguntarte una cosa, Arlen! —Las sonoras risotadas de Javel ahogaban los gritos de la mujer. Le propinó otro puñetazo, y Ewen hizo una mueca de dolor. Las facciones del espantajo estaban cubiertas de sangre.

—¿Sabes sumar? ¿Sabes sumar, Arlen? ¿Sabes, traficante de mierda?

Ewen intentó incorporarse pese al fuerte dolor de cabeza. Le lloraban los ojos, y, cuando abrió la boca, no emitió sonido alguno. Carraspeó, y descubrió un nuevo dolor que descendía hasta su pecho y volvía a ascender. Aun así, consiguió articular, con voz débil y ronca:

—La reina.

Javel no le hizo caso. Volvió a atizarle al espantajo, esta vez en el cuello, y el espantajo empezó a toser y hacer arcadas.

Entonces Ewen vio sus llaves, que seguían metidas en la cerradura de la celda número tres, casi al alcance de Bannaker. Se arrastró hasta la puerta y las recuperó; entonces se acercó a Javel con cautela, por detrás.

—Para —le susurró. No podía hablar en voz alta. Era como si le hubieran prendido fuego a su garganta—. Para. La reina. —Javel no paraba, y entonces Ewen comprendió que estaba dispuesto a golpear al espantajo hasta matarlo. Ewen inspiró hondo, pese al dolor que eso le ocasionó, agarró a Javel por debajo de los brazos y tiró de él hacia atrás, apartándolo de su víctima inconsciente. Javel gruñó y se volvió hacia Ewen, y hasta lo atacó con los puños, pero Ewen lo aceptó con paciencia; seguro que la reina tampoco quería

que Javel resultara herido. Y Ewen no tenía ninguna intención de herirlo; Javel había sido un prisionero bueno y obediente, y no había huido cuando Ewen le había lanzado las llaves. Rodeó a Javel con los brazos, envolviéndolo en un abrazo de oso, lo arrastró hacia la pared y no lo soltó ni cuando Javel le pegó en el ojo derecho, obligándolo a echar la cabeza hacia atrás y haciéndole ver las estrellas. Entonces el carcelero empujó a Javel contra la pared, lo bastante fuerte para que la cabeza le rebotara contra la piedra. Javel gruñó débilmente y se frotó la cabeza, y Ewen aprovechó aquel momento de silencio para decir con voz ronca:

—La reina quiere a este hombre con vida, ¿me oyes? Lo quiere con vida.

Javel lo miró con los ojos empañados.

—¿La reina?

—La reina lo quiere vivo. Me lo dijo.

Javel esbozó una sonrisa, y Ewen se preocupó. Pese a todos los discursos de su padre sobre la importancia de que midiera sus fuerzas, Ewen había lesionado a uno de sus hermanos peleando con él: había empujado a Peter contra el poste de una valla y le había roto un hombro. Quizá hubiera empujado con demasiada fuerza a Javel contra la pared. Cuando Javel habló, lo hizo con una voz extraña, confusa, que parecía flotar por encima de sus cabezas:

—La reina Kelsea. Yo la vi en el Parque de la Ciudadela. Pero era mayor. Parecía la Reina Verdadera. Creo que no la vio nadie más.

—¿La Reina Verdadera? ¿Qué significa eso? —preguntó Ewen, sin poder contenerse. Cuando su padre le contaba cuentos de hadas, la reina siempre era el personaje favorito de Ewen.

—La Reina Verdadera. La que nos salva a todos.

Oyeron una fuerte risotada detrás de ellos, y Ewen se volvió rápidamente, convencido de que el espantajo solo había estado fingiendo y que se las había ingeniado para recuperar su puñal. Pero no: era la mujer-fantasma, Brenna, que seguía aferrada a los barrotes de su celda y sonreía feliz.

—La Reina Verdadera —dijo en tono socarrón, con una voz ronca y horrenda—. Necios. Habrá muerto antes de la primera nevada. Lo he visto.

Ewen parpadeó y echó una rápida ojeada al suelo. El espantajo estaba inmóvil, pero Ewen estaba seguro de que lo había visto moverse un momento antes. Se volvió de nuevo hacia Javel, que seguía frotándose la cabeza.

—¿Me ayudas a atarlo? Tengo cuerdas.

—No puedo matarlo, ¿verdad? —preguntó Javel con tristeza—. Ni siquiera ahora.

—No —contestó Ewen con firmeza; si de algo estaba seguro, era de eso—. La reina lo quiere vivo.

Aisa caminaba lentamente por el pasillo, con una vela encendida en una mano y el libro encuadernado en piel roja en la otra. Hacía dos semanas había cumplido doce años, y *Maman* le había dado permiso para levantarse y leer cuando estuviera desvelada. *Maman* no padecía insomnio, pero entendía lo mal que debía de sentirse Aisa allí atrapada, sola en la oscuridad. Y debía de haber trasladado su petición a la reina o a Maza, porque ahora los guardias ignoraban a Aisa cuando la veían deambulando por la Ciudadela en camisón, con un libro en la mano.

Siempre iba al mismo sitio a leer: la sala de armas. Venner y Fell eran demasiado importantes para hacer el turno de noche, de modo que la habitación siempre estaba vacía por la noche, salvo cuando algún guardia iba allí a afilar una espada o a buscar una armadura de repuesto. A Aisa le gustaba coger los cinco muñecos de paja que Venner guardaba allí para iniciar el entrenamiento, amontonarlos en el rincón del fondo y acurrucarse entre ellos con su libro. Era un buen sitio para leer, privado y tranquilo.

Pasó al lado de Coryn, que estaba apoyado en la pared. Coryn se ocupaba de la guardia nocturna esa semana. A Aisa le caía bien Coryn; él siempre contestaba sus preguntas, y le había enseñado la mejor forma de sujetar el puñal para lanzarlo. Sin embargo, sabía que no debía hablar con él cuando estaba de servicio. Lo saludó con un mínimo movimiento de dos dedos de la mano con que sujetaba el libro, y vio que él le devolvía el saludo con una sonrisa. Ninguno de los otros guardias que flanqueaban el pasillo era amigo suyo, así que mantuvo la vista baja hasta llegar a la sala de armas. La estancia, amplia y oscura, debería haberla asustado; solía sentir miedo al entrar en una habitación oscura. Pero a Aisa le encantaba el brillo de las armas bajo la luz de la vela, y todas aquellas mesas con espadas, puñales y armaduras, el discreto olor residual a sudor. Ni siquiera la asustaban las sombras alargadas y amenazadoras que proyectaba la luz de la vela; todas aquellas sombras le recordaban a la figura alta y serena de Venner, y eran una presencia reconfortante en la oscuridad. Aisa sabía que, día a día, mejoraba en técnicas

de combate; unos días atrás hasta había burlado la defensa de Fell con el puñal, mientras los hombres alineados a lo largo de las paredes aplaudían y silbaban. Aisa se enorgullecía de que varios guardias reales aprovecharan su tiempo libre para verla entrenar. Estaba mejorando, sí, pero no era solo eso. Intuía que su potencial era fabuloso.

«Algún día seré uno de los mejores combatientes del Tear. Seré como el Traedor.»

Aisa no le había hablado a nadie de su sueño, ni siquiera a *Maman*. Aunque nadie fuera a reírse de ella, sabía que si hablaba de su sueño en voz alta lo arruinaría. Amontonó los muñecos de paja en el rincón más alejado de la sala de armas, y cuando los hubo colocado a su gusto, se sentó encima, satisfecha, y abrió el libro por la página que había marcado. Leyó durante horas acerca del desarrollo de una gran batalla y las súplicas de una mujer que anhelaba empuñar una espada, y su imaginación la hizo viajar en el tiempo hasta el día en que también ella recorrería el mundo blandiendo un arma y combatiendo el mal. Esos pensamientos se desplegaban ante ella, cada vez más deprisa, un sueño magnífico, hasta que Aisa se quedó dormida. La vela siguió ardiendo a su lado unos cuarenta minutos más, hasta que parpadeó y se apagó, sumiéndola en la oscuridad.

Se despertó al oír el ruido de la puerta al abrirse, seguido de unas voces. Su primer impulso, aprendido en la primera etapa de su infancia, fue quedarse muy quieta, volverse invisible. Ya había huido de su padre, pero en el momento de despertar, nunca lo tenía en cuenta. Una pequeña parte de ella permanecía siempre alerta, atenta por si detectaba sus andares lentos y pesados en la oscuridad.

Sin abrir apenas los ojos, vio la débil luz de una antorcha que avanzaba despacio por el borde de la mesa. Acercó las rodillas al pecho y se acurrucó cuanto pudo. Al cabo de un momento distinguió que eran dos hombres: uno con la voz más joven y liviana, y otro con el tono más áspero de los veteranos de la Guardia Real. Solo tardó unos segundos en identificar la segunda voz: era Maza. Últimamente, Aisa le había oído gruñir lo bastante a menudo para reconocerla, incluso cuando estaba tranquilo y hablaba sin subir la voz.

—¿Te ha cundido el permiso? —preguntó Maza. Lo dijo en un tono cordial, pero Aisa detectó un trasfondo desagradable. El otro hombre también debió de

percibirlo, porque contestó en voz baja, a la defensiva.

—Estoy sobrio.

—Eso no me preocupa. Ya sé que no volverás a cometer ese error.

—Entonces ¿qué le preocupa? —preguntó el más joven adoptando un tono más agresivo.

—Tú y ella.

Aisa se acurrucó aún más y aguzó el oído. Debía de referirse a Marguerite, sin duda alguna. Todos los guardias, incluido Coryn, ponían la misma cara cuando observaban a Marguerite, aunque ella no hiciera más que atravesar una habitación. Al principio, Aisa había sentido celos, pero entonces recordó que Coryn era mayor: tenía treinta y ocho años. Demasiado mayor para Aisa, incluso en sus fantasías.

Maza mantuvo un tono comedido y prudente, pero seguía adivinándose aquel otro tono que acechaba debajo.

—Ya sabes que no puedes ocultarme muchas cosas. Te conozco desde hace demasiado tiempo. No eres imparcial. Eso no me parece mal; quizá ninguno de nosotros lo sea. Pero ninguno tenemos tu trabajo.

—¡Basta ya! —protestó el más joven.

—No descargues tu rabia sobre mí —repuso Maza sin alterarse—. Yo no te he hecho nada.

—Es que es... difícil.

—Así que tú también has notado cómo ha cambiado.

—Nunca me ha importado su aspecto.

—Ah. Entonces esto no es nuevo.

—No.

—Eso empeora las cosas, supongo. ¿Quieres que busque a otro para sustituirte?

—No.

Aisa arrugó la frente. Hizo memoria; estaba a punto de identificar al más joven de los guardias. Se planteó asomarse por el borde de la mesa y echar un vistazo, pero no se atrevió. Maza lo veía todo; si Aisa se asomaba, le vería la coronilla. Él era taimado, pero seguro que no le gustaba que escucharan sus conversaciones a hurtadillas. Y si la descubrían, tal vez le prohibieran ir a leer a la sala de armas por la noche.

—Esto no afecta a mis habilidades —insistió el guardia más joven—. Es una molestia, no un problema.

Maza permaneció callado largo rato, y cuando volvió a hablar, a Aisa le sorprendió que su voz se hubiera suavizado.

—A lo mejor crees que eres el primero al que le pasa esto, pero te aseguro que es un problema muy habitual en los guardias personales. Y lo entiendo, créeme. No estoy seguro de que no te convierta, de hecho, en mejor guardia. Te interpondrías entre un puñal y ella sin pensarlo, ¿verdad?

—Sí —contestó el joven sin vacilar, y Aisa lo identificó por fin: era Pen Alcott. Se acurrucó aún más y trató de recordar el resto de la conversación para descifrarla.

—¿Y esa mujer a la que has encontrado? —preguntó Maza—. ¿No te proporciona alivio?

Pen rio sin ganas.

—Diez minutos de alivio cada vez.

—Podemos buscar a otro escudo, ya lo sabes —insistió Maza—. Hay varios que estarían dispuestos. Elston no se lo pensaría dos veces.

—No. Sería un tormento mayor estar fuera de la habitación que dentro.

—Eso lo dices ahora, pero piénsalo bien, Pen. Piensa qué pasará cuando elija a un marido, o aunque solo sea a un hombre con quien pasar una noche. ¿Cómo te sentirás entonces, cuando tengas que quedarte detrás de la puerta?

—Quizá no haga ninguna de las dos cosas.

—Lo hará —le contradijo Maza con convicción—. Es tan imprudente como su madre, y está madurando muy deprisa. No tardará mucho en descubrir esa válvula de escape.

Pen guardó silencio unos instantes.

—No quiero que me sustituyan. Seré imparcial o no, pero soy el mejor para el puesto, y usted lo sabe.

—De acuerdo. —La voz de Maza perdió el deje cordial y se endureció cuando continuó—: Pero escúchame bien: te estaré vigilando. Y si veo una sola señal de que esto perjudica tu rendimiento, estás acabado, y no solo en tu puesto, sino en esta guardia. ¿Entendido?

Silencio. El montón de muñecos de paja empezó a derrumbarse detrás de Aisa; la muchacha hincó los talones en el suelo, sin soltar su libro, y trató de evitar que la montaña se viniera abajo.

—Entendido —confirmó Pen con rigidez—. Siento ponerlo en esta situación.

—Joder, Pen, a todos nos ha pasado. No encontrarás ni a un solo hombre en

la guardia de su madre que no pasara por esto en un momento u otro. Es un problema muy antiguo. Y peliagudo.

Aisa estaba perdiendo terreno. Empujaba fuerte con las piernas hacia el rincón, aguantando el montón de muñecos de paja. ¿Por qué no se marchaban ya?

—Y ahora, será mejor que vayas. Despertará dentro de unas horas.

—Sí, señor.

Aisa oyó pasos que se dirigían hacia la puerta.

—Pen...

—¿Señor?

—Estás haciendo un buen trabajo. No le importa tenerte a un palmo de distancia, me he dado cuenta, y eso es un logro notable. De no ser por ti, tal vez a estas alturas ya hubiera matado a alguien más.

Pen no contestó. Al cabo de un momento, Aisa oyó que la puerta se abría y se cerraba. Se relajó y notó que uno de los muñecos de paja caía al suelo, a su derecha.

—¿Y tú, fiera?

Aisa dio un grito. Maza se alzaba ante ella, agarrado con las dos manos al tablero de la mesa. Pese al susto que se había llevado, Aisa se quedó mirando aquellas manos, que estaban cubiertas de cicatrices. Venner y Fell le habían contado que Maza era un gran luchador, uno de los mejores del Tear. A juzgar por sus manos, debía de llevar toda una vida combatiendo.

«Así es como quiero ser yo —comprendió Aisa, con la vista fija en tres cicatrices blancas de uno de los nudillos—. Así de peligrosa. Así de temible.»

—Estoy al corriente de tus paseos nocturnos, niña. Venner y Fell dicen que tienes un gran talento con el puñal.

Aisa asintió con la cabeza, y se sonrojó un poco por el halago.

—¿Vienes aquí todas las noches?

—Casi. Ojalá pudiera dormir aquí.

Maza no se dejó distraer.

—Has oído algo que no deberías. Algo que podría ser muy peligroso para la reina.

—¿Por qué?

—No te hagas la tonta conmigo. Te he estado observando, y eres muy lista.

Aisa hizo una pausa.

—Soy lista. Pero no le contaré a nadie lo que he oído.

—No eres una niña fácil. —Maza escudriñó su rostro, y Aisa se achicó. Maza tenía unos ojos terribles, invasivos; parecía que estuviera desnudándola con la mirada—. ¿Qué piensas hacer con tu puñal cuando seas mayor? Si es verdad que tienes tanto talento como dicen Venner y Fell.

—Voy a ser guardia real —contestó Aisa al instante. Lo había decidido tres días atrás, nada más burlar las defensas de Fell y ponerle la punta del puñal en la yugular.

—¿Por qué?

Aisa no encontró palabras para contestar, pero en cambio la asaltó la imagen de la sombra de su padre en la pared. Eso no podía contárselo a Maza; aunque pudiera explicarle a alguien lo que le había hecho su padre, en su memoria había grandes lagunas, manchas oscuras de las que la infancia de Aisa había desaparecido. Aquel era un cuento imposible de contar.

Pero aquel lugar, el Pabellón Real, era seguro, un refugio bien iluminado donde podrían quedarse para siempre. *Maman* decía que allí estaban constantemente en peligro, pero a Aisa no le importaba vivir amenazada por las espadas. Sabía que era por *Maman*, por la rareza de *Maman*, por lo que habían ido a parar allí, pero la reina estaba por encima de *Maman*, una figura divina vestida de negro, y Aisa sabía que nunca más tendría que volver a ver la sombra de su padre en la pared.

Eso no podía decírselo a Maza. Lo único que podía decir era:

—Jamás haría nada que pudiera perjudicar a la reina. Mataría a cualquiera que lo intentara.

La penetrante mirada de Maza siguió atravesándola un momento más. Entonces el capitán asintió y dijo:

—Voy a confiar en ti, fiera. Es más, voy a considerar que esto ha sido tu primera prueba. El dominio de la espada es una habilidad importante para un guardia real, pero hay otras cosas igual de cruciales, y una de ellas es la habilidad para guardar un secreto.

—Sé guardar un secreto, señor. Seguramente mejor que muchos adultos.

Cuando Maza asintió, la compasión se reflejó en su mirada, y Aisa comprendió que ya debía de saberlo todo sobre su padre. *Maman* se sentaba al lado de la reina todos los días, le llevaba la comida y la bebida. Debían de haberla investigado a fondo, y en su vecindario todos conocían a su padre. Cuando Aisa era pequeña, nadie dejaba que sus hijos fueran a jugar a su casa.

—Capitán...

—Dime.

—Aunque yo no diga nada, otros podrían descubrirlo. Podrían verlo en la cara de Pen, igual que usted.

—¿Tú lo habías visto?

—No, pero yo solo tengo doce años.

—Bueno, tienes razón —admitió Maza con seriedad—. Pero ten en cuenta que yo veo más en la cara de la gente que la mayoría. Creo que el secreto estará a salvo durante un tiempo. Entre tú y yo.

—Sí, señor.

—A la cama, fiero.

Aisa se levantó, recogió su libro y su vela y se marchó. Ya en la habitación que compartía con su familia, dejó el libro de tapas de piel roja en su mesilla de noche y se metió en la cama. Pero seguía sin poder dormir: tenía la cabeza rebosante de todo lo que había visto y oído.

Pen Alcott estaba enamorado de la reina. Pero la reina no podía casarse con uno de sus guardias: eso hasta Aisa lo sabía, aunque no habría sabido decir por qué. De modo que Pen no tenía ninguna posibilidad. Intentó sentir lástima por él, pero solo consiguió reunir un poco. Pen estaba junto a la reina todos los días, protegiéndola con su espada de cualquier peligro que pudiera amenazarla. Sin ninguna duda, esa ya era suficiente recompensa.

El amor era real, pensó Aisa, pero secundario. El amor no era tan real como su espada.

La galería

Los mort no hacen nada a medias.

Anónimo

—Brazo.

Tyler levantó otra tarjeta. Maza lo miró un momento con la misma expresión de fastidio y malhumor que ponía siempre durante aquellas sesiones.

—Árbol.

Tyler levantó otra tarjeta y contuvo la respiración. No sin ciertas dudas, había decidido añadir algunas palabras difíciles a aquella tanda, porque a su nuevo alumno no le gustaba que se anduvieran con muchos miramientos con él. Maza se quedó mirando la palabra, pasando una y otra vez de una sílaba a otra. Tyler le había aconsejado que pronunciara las palabras en voz alta, pero Maza se negaba a hacerlo. Quería hacerlo todo mentalmente. Su capacidad lectora avanzaba a un ritmo casi alarmante.

—Diferencia —declaró por fin.

—Correcto. —Tyler dejó las tarjetas encima de la mesa—. Muy bien.

Maza se pasó una mano por la frente; estaba sudando.

—Todavía me cuesta distinguir la «c» y la «q».

—No es fácil —concedió Tyler sin mirar a Maza a los ojos. El sacerdote tenía que hilar muy fino en aquellas sesiones, y animar a su alumno pero sin caer en la atención excesiva, pues si Maza notaba que Tyler lo estaba tratando como a un crío, seguro que lo dejaba inconsciente de un porrazo. Aun así, Tyler esperaba con impaciencia aquellas clases. Le gustaba enseñar, y lamentaba haber tenido que esperar hasta los setenta y un años para descubrirlo.

Pero aquella era la única parte interesante de la jornada de Tyler. Se había roto una pierna por la espinilla, y la llevaba enyesada: era un recordatorio constante de la cólera del Santo Padre. Por lo visto, todo el Arvath se había enterado de que Tyler estaba en un aprieto, y sus hermanos sacerdotes, en consecuencia, lo rehuían. El único a quien no le importaba que lo vieran en compañía de Tyler era Wyde, porque era demasiado viejo para que le preocupara su posición en la jerarquía del Arvath.

Maza lo miraba expectante, a la espera de recibir más instrucciones. Pero de pronto Tyler había perdido su entusiasmo por la clase. Amontonó las tarjetas encima de la mesa y miró con curiosidad a Maza.

—¿Cómo se las ha apañado todos estos años?

Las facciones de Maza se tensaron, y su semblante adoptó una expresión de desconfianza.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Ninguna. Es simple curiosidad. Yo no lo habría logrado.

Maza se encogió de hombros; era inmune a los halagos.

—Carroll lo sabía. Me quería en la guardia por mis habilidades, así que me ayudó a guardar el secreto. Hicimos un trato.

—¿Por qué no le enseñó él?

—Se ofreció. —Maza desvió la mirada—. Yo no quise. Pero entonces no importaba. A Elyssa le interesaban los libros lo mismo que a un gato le pueda interesar una fusta. Pero ahora...

Tyler no tuvo ningún problema para entender a qué se refería Maza. A la reina Elyssa quizá no le importara el analfabetismo, pero a la reina Kelsea sí le habría importado, y mucho.

—Pero la reina no os expulsaría de la guardia.

—Claro que no. Pero yo no quiero que lo sepa.

Tyler asintió y se preguntó, como tantas veces había hecho, si Maza era el padre de la reina. Muchas veces, su actitud hacia ella era la de un padre exasperado. Pero la identidad del padre de la reina era uno de los secretos mejor guardados de la Guardia Real. Tyler ni siquiera estaba seguro de que la propia reina la conociera.

—¿Qué viene ahora?

Tyler pensó un poco.

—Practique uniendo varias palabras sueltas. En la biblioteca de la reina hay varios libros de un autor llamado Dahl. Elija uno e intente ir leyendo. No

se salte las palabras largas; trate de entenderlas, y la próxima vez que venga, traiga el libro.

Maza asintió.

—Creo que...

Llamaron tres veces a la puerta.

Maza saltó de la silla con un movimiento rápido y silencioso. Cuando el sacerdote se dio la vuelta, la habitación ya estaba vacía, y la puerta secreta que había al lado de la mesa se cerraba suavemente.

—Pase, por favor.

Se abrió la puerta, y Tyler, atónito, vio entrar por ella al Santo Padre. Detrás de él, con gesto de curiosidad, iba el hermano Jennings, pero el Santo Padre cerró la puerta y lo dejó fuera. Tyler se agarró al borde de la mesa y se levantó sin apoyar la pierna rota en el suelo.

—Buenos días, Tyler.

—Santidad. —Tyler le ofreció la mejor silla, pero Anders la rechazó con un ademán.

—Siéntese, Tyler, siéntese. Al fin y al cabo, el que tiene una pierna rota es usted. Qué accidente tan desafortunado.

Tyler se sentó y vio cómo Anders paseaba la mirada por la habitación, fijándose en todo mientras su semblante permanecía imperturbable. En eso sí le recordó al anterior Santo Padre, a quien nunca se le escapaba nada. Toda la valentía que Tyler había sentido anteriormente parecía haberse evaporado, deprisa y por completo, y de pronto era dolorosamente consciente de su vejez y de lo frágil que era en comparación con aquel vigoroso hombre de mediana edad.

—Me encuentro en una posición difícil, Tyler. —El Santo Padre dio un hondo y melodramático suspiro—. La reina... me ha puesto las manos encima, ¿sabe?

Tyler asintió. Se suponía que nadie podía tocar a un sacerdote de la Iglesia de Dios (o, como mínimo, no en público), y era inconcebible que alguien, y mucho menos una mujer, le pusiera las manos encima al Santo Padre. Solo había transcurrido una semana, pero Wyde, que por las mañanas trabajaba en las cocinas para los sin hogar, decía que no había nadie en la ciudad que no supiera lo que había ocurrido durante la cena de la reina. Wyde incluso había oído rumores de que la reina le había dado una brutal paliza al Santo Padre con sus propias manos. Esas historias eran perjudiciales para la reina; los

devotos estaban escandalizados. Pero el perjuicio para el Santo Padre era mucho mayor.

—Esto es intolerable, Tyler. Si la reina no sufre represalias por sus actos, nos quedamos todos muy debilitados. El poder político del Arvath quedará reducido a nada. ¿Me entiende?

Tyler volvió a asentir con la cabeza.

—Pero si la ira de Dios cayera sobre ella con prontitud... ¡Piénselo, Tyler! —Los ojos del Santo Padre se iluminaron, y el sacerdote vio en su brillo un ligero rastro del mismo regocijo terrible que había visto en ellos la noche del padre Seth—. ¡Piense en cómo se beneficiaría la Iglesia de Dios! Aumentarían las conversiones. Aumentarían los diezmos. La fe se ha relajado, Tyler, y necesitamos dar ejemplo. Un castigo ejemplar. ¿Lo entiende?

Tyler no lo entendía del todo, pero no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Anders había dejado de pasearse y se había detenido delante de la estantería de Tyler. Cogió *Un espejo lejano*, y Tyler se puso en tensión; juntó las manos a la altura de la cintura y entrelazó los dedos. Cuando Anders abrió el libro y deslizó un dedo por una de las páginas centrales, Tyler sintió un escalofrío.

—¡La reina no está indefensa! —balbuceó—. Tiene a Maza, y tiene su magia...

—¿Magia?

Con un súbito movimiento, Anders tiró de las tapas del libro y lo partió por la mitad. Tyler dio un grito y, sin pensar, estiró los brazos, pero enseguida volvió a retirar las manos. Él no tenía la desfachatez de la reina: no podía tocar al Santo Padre. Lo único que podía hacer era ver cómo Anders dejaba caer una de las mitades del libro y empezaba a arrancar las páginas de la otra mitad, una a una. Las páginas cayeron flotando perezosamente, balanceándose, hasta llegar al suelo.

—¿Magia, Tyler? —preguntó Anders en voz baja—. ¿Y lo dice usted, que es sacerdote?

Se oyeron unos golpecitos en la puerta, y el hermano Jennings se asomó por el umbral; su mirada, ávida, abarcó toda la escena.

—¿Va todo bien, Santidad?

—Perfectamente —contestó Anders sin dejar de mirar a Tyler—. Vaya a buscar a unos cuantos hermanos más y tráigalos aquí. Tenemos trabajo.

El hermano Jennings hizo un gesto afirmativo y se marchó. Tyler se quedó

mirando en silencio los libros de sus estanterías. Había muchísimos.

—Por favor —se oyó suplicar—. No lo haga, por favor. No le han hecho ningún daño.

—Estos libros no son textos religiosos, Tyler, y usted los ha guardado dentro del Arvath. Tengo todo el derecho a quemarlos.

—¡No le hacen ningún daño a nadie! ¡Yo soy el único que los lee!

El hermano Jennings volvió a llamar a la puerta y entró. Lo siguieron otros sacerdotes, y entre ellos Wyde, que miró a Tyler con aprensión al entrar en la habitación.

Anders señaló los estantes.

—Lleven los libros y las estanterías a mis aposentos privados.

Los sacerdotes más jóvenes empezaron a moverse enseguida, pero Wyde titubeó. Se quedó mirando fijamente a Tyler.

—¿Algún problema, padre Wyde? —preguntó Anders.

Wyde negó con la cabeza y abrió los brazos para aceptar un montón de libros de la estantería. No volvió a mirar a Tyler. Mientras trabajaban, Anders siguió arrancando las páginas de *Un espejo lejano*. Una fue a parar sobre los pies de Tyler, y cuando el sacerdote miró hacia abajo, vio «Capítulo 7», en negrita. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y tuvo que morderse el labio para que no se desbordaran. Miró hacia arriba e hizo el desagradable descubrimiento de que Anders estaba disfrutando de lo lindo; hasta le brillaban los ojos. Los sacerdotes siguieron entrando y saliendo de la habitación, hasta que por fin los estantes quedaron completamente vacíos. Al verlo, Tyler estuvo a punto de derrumbarse y echarse a llorar. El hermano Jennings separó la estantería de la pared y la inclinó hasta colocarla horizontalmente, y Wyde, disimuladamente, le lanzó una última mirada de disculpa a Tyler mientras sujetaba una de las esquinas del mueble. Y entonces se marcharon. En la pared solo quedaron dos rectángulos más blancos que el resto para indicar dónde habían estado los libros de Tyler. El sacerdote se quedó mirándolos, embobado, y las lágrimas se desbordaron sin que él pudiera hacer nada para impedirlo.

—¿Tyler?

Tyler se dio la vuelta, con el corazón acelerado, y miró al Santo Padre. Por primera vez en su vida adulta, quería utilizar la violencia contra otra persona. Tenía los puños apretados dentro de las mangas de su túnica.

Anders metió una mano dentro de la suya y sacó un frasquito que contenía un

líquido transparente e incoloro. Se lo pasó de una mano a otra, pensativo, y entonces dijo:

—La reina confía plenamente en usted. Durante la cena vi cómo usted le pasaba el pan. ¿Sus bebidas también pasan por sus manos?

Tyler asintió con movimientos espasmódicos. Sus facciones habían quedado petrificadas.

—El té.

—Maza no puede considerarlo a usted una amenaza, porque si no, no toleraría nada semejante. —El Santo Padre le mostró el frasquito. Parecía muy liso en su mano, casi aceitoso, y Tyler lo miró embobado, sin poder aceptar.

—No voy a insultar su inteligencia, Tyler, explicándole qué tiene que hacer con esto. Pero quiero que lo haga en el plazo de un mes. Si no lo hace, verá cómo rocío cada uno de sus libros con aceite y enciendo una cerilla. Lo haré yo, personalmente, en la escalinata del Arvath, y usted estará mirando.

Tyler miró alrededor en busca de respuestas, pero no encontró nada, solo el montón de páginas arrancadas en el suelo.

—Tenga, Tyler.

El sacerdote cogió el frasquito.

—Acompáñeme —ordenó el Santo Padre, y abrió la puerta. Tyler cogió sus muletas y se dio impulso para seguirlo. Varios hermanos y padres habían abierto la puerta de sus celdas, y se quedaron viendo pasar a Tyler detrás del Santo Padre por el pasillo, hacia la escalera. Tyler notaba su presencia, pero no los veía, pues tenía la mente en blanco. Necesitaba no pensar en sus libros, y eso significaba no pensar en nada más.

Llegaron al final del pasillo, donde estaba el rellano de la escalera. Tyler intentó mantener la vista fija en el suelo, pero en el último momento no pudo evitar levantar la cabeza. Seth estaba allí, sentado en su taburete, igual que todos los días desde hacía dos semanas, con las piernas abiertas y la zona mutilada al descubierto. Le habían cauterizado y cosido la herida, pero lo que quedaba era aún peor, un paisaje carbonizado de carne viva. Unas franjas rosadas irradiaban de allí y se extendían por la cara interna de los muslos de Seth, señalando el inicio de una infección. Llevaba un letrero colgado del cuello, con una sola palabra garabateada:

Seth tenía la vista fija en el final del pasillo, y Tyler se preguntó si le habrían administrado algún narcótico. Pero no, porque lo que calmaba el dolor también le habría hecho olvidar la lección, ¿no? La primera semana, los gritos de dolor de Seth se habían oído hasta el final del pasillo, y durante días nadie había podido dormir.

Tyler cerró los ojos y, por fortuna, al cabo de un momento ya habían dejado atrás a Seth y bajaban la escalera. Anders volvió a dirigirse a Tyler, pero en voz baja para que no le oyera el hermano Jennings, que los seguía un poco rezagado.

—Soy consciente, Tyler, de que este debe de ser un encargo desagradable para usted. Y todo encargo desagradable exige no solo un castigo en caso de fracaso, sino también una recompensa en caso de éxito.

Tyler lo seguía en silencio; todavía trataba de borrar de su mente la imagen de Seth. El comentario del Santo Padre sobre las recompensas no lo animó en absoluto; de niño, Tyler había visto cómo entrenaban así a los perros de la aldea para las peleas. Si pegaban lo bastante fuerte a un animal, este trabajaba con el único objetivo de que no le pegaran, y se consideraba bien recompensado. El *statu quo* podía cambiar en cualquier momento.

«Mis libros.»

Al reducirse ligeramente su entumecimiento, Tyler descubrió un dolor agazapado, como el agua fría bajo una fina capa de hielo. Se concentró en caminar, en el dolor que le provocaba cada uno de sus pasos. El anterior Santo Padre siempre utilizaba el ascensor para ir de un piso a otro, pero Anders raramente recurría a él. Por lo visto le gustaba demostrar que estaba en forma, y seguro que en ese momento también estaba disfrutando con la dificultad de Tyler para caminar. La artritis volvía a maltratar a Tyler, y le dolía la cadera. La pierna rota también protestaba, pese a que Tyler procuraba no pisar con ese pie. Se concentró en cada una de esas molestias, hasta casi deleitarse con ellas, pues eran sufrimientos fáciles, meramente físicos.

Llegaron a la planta baja y siguieron bajando por la escalera del Arvath. Tyler nunca había estado en el sótano, que alojaba las tumbas de los anteriores pontífices. Nadie bajaba nunca allí, excepto dos desafortunados hermanos encargados de mantener las criptas libres de ratas e insectos. Estos dos sacerdotes, a los que Tyler no conocía, se pusieron rápidamente en pie y se inclinaron ante el Santo Padre cuando lo vieron entrar seguido de Tyler, que parecía un fantasma.

Anders cogió la antorcha que le acercó uno de los jóvenes y guio a Tyler hacia la cripta. Hacía mucho frío, y Tyler se estremeció, desabrigado con su fina túnica. Pasaron por delante de numerosas tumbas, a las que se accedía por unos arcos de piedra decorados que se prolongaban hasta alcanzar gran altura. Los cadáveres de los pontífices siempre se embalsamaban antes de ser depositados en la cripta, pero, aun así, a Tyler le pareció que olía a muerte. Se preguntó si Anders lo habría llevado allí para matarlo, pero enseguida descartó esa posibilidad. El Santo Padre lo necesitaba.

«Por favor, Dios mío, muéstrame el camino para salir de aquí.»

Ahora tenían las tumbas a su espalda. Delante solo había una gran puerta de piedra cubierta de polvo; se detuvieron ante ella, y Anders sacó una sencilla llave de hierro.

—Míreme, Tyler.

Tyler levantó la cabeza, pero, incapaz de mirar a su superior a los ojos, fijó la vista en el puente de su nariz.

—Soy el único que tiene una llave de esta puerta, Tyler. Pero si realiza su tarea con éxito, le entregaré esta llave.

Hizo girar la llave varias veces en la cerradura, hasta que la puerta produjo un chirrido siniestro y se abrió. Era evidente que nadie entraba allí desde hacía mucho. El Santo Padre hizo señas a Tyler para que pasara él primero, pero el sacerdote, de pronto, ya sabía qué iba a encontrar allí, y cuando la luz de la antorcha iluminó la habitación, la desesperación se apoderó de su corazón.

La habitación estaba llena de libros. Les habían construido unos estantes de madera toscamente labrada, los típicos muebles de la época inmediatamente posterior al Desembarco, cuando era difícil conseguir hasta las herramientas más simples. Tyler recorrió la habitación con la mirada, impotente: un estante tras otro lleno de libros, miles de ellos, cubrían las paredes por completo.

Avanzó, movido por una atracción irrefrenable, y estiró un brazo para tocar aquellos libros. Algunos estaban encuadernados en piel, y otros tenían las tapas de papel. Nadie se había ocupado de ellos, ni siquiera los habían organizado: títulos y autores estaban repartidos al azar, amontonados horizontalmente en los estantes, y una gruesa capa de polvo lo cubría todo. Era un espectáculo desolador.

—Tyler.

El sacerdote se sobresaltó. Por un momento había olvidado que no estaba

solo.

—Si lo consigue —dijo el Santo Padre en voz baja—, no solo le entregaré la llave de esta habitación, sino que se convertirá en el primer bibliotecario del Arvath. Dejará de ser el sacerdote de la Ciudadela, y lo relevaré de todos sus otros cargos. Nadie volverá a molestarlo. Su única obligación será vivir aquí y encargarse de estos libros.

Tyler se dio la vuelta, contempló la habitación y aspiró el olor a papel viejo. Podía pasar el resto de su vida allí sin tener que leer dos veces el mismo libro.

—El veneno tiene efectos retardados —continuó el Santo Padre—. La reina tardará dos o tres horas en mostrar los primeros síntomas. Esta es su oportunidad de volver al Arvath.

—Vendrán a buscarme. Maza vendrá a buscarme.

—Es posible. Pero ni siquiera Maza se atrevería a sacarlo a usted del Arvath sin mi permiso. Ya vio cómo, para apresar a Matthew, tuvieron que llevarlo con engaños a la Ciudadela. Quizá no pueda usted volver a salir del Arvath, pero si regresa aquí, estará a salvo de represalias, y podrá pasar el resto de su vida rodeado de estos libros.

Tyler estuvo a punto de sonreír al pensar en la asombrosa habilidad de Maza para aparecer y desaparecer a su antojo a través de las paredes. Maza lo encontraría, se escondiera donde se escondiese, pero Tyler no se molestó en corregir al Santo Padre. Se preguntó qué diría la reina si viese aquella habitación.

—¿Qué pasará después de que ella muera? —preguntó, sorprendiéndose a sí mismo.

—Habrá un poco de jaleo, sin duda alguna, pero al final el Tear se convertirá en un protectorado mort.

Tyler parpadeó.

—La Reina Roja es una no creyente declarada. ¿No será eso peor para la Iglesia?

—No. —Los labios de Anders esbozaron una sonrisa—. Está todo organizado.

«Los papas y los reyes no forman buenas parejas», pensó Tyler, asqueado, recordando las palabras de Maza.

—Todavía tengo la pierna muy débil, Santidad. Me gustaría volver arriba.

—Por supuesto —dijo Anders, solícito—. Subiremos inmediatamente.

Salieron de la habitación. Anders cerró la puerta con llave, y desanduvieron el camino entre las tumbas. A Tyler le dolía tanto la pierna que apenas podía andar.

—Usaremos el ascensor, Tyler. Su pierna lo agradecerá.

Se apretujaron en la gruesa plataforma de madera que había junto a la escalera, y Anders hizo una seña a los dos sacerdotes que esperaban allí.

—A las dependencias de los hermanos.

Tyler se agarró al pasamano y el ascensor empezó a elevarse. Volvía a sentir un ligero mareo.

—Esto es una prueba, Tyler —le dijo el Santo Padre—. Dios está poniendo a prueba su fe y su lealtad.

Tyler asintió, pero estaba desconcertado y perdido. Había vivido en el Arvath toda su vida adulta, y, de pronto, lo que él consideraba su hogar parecía un paisaje extraño que ocultaba peligros desconocidos. Cuando el ascensor llegó a la planta de las dependencias, se separó del Santo Padre sin mediar palabra, pasó por delante de Seth y recorrió el pasillo; ignoró las miradas de sus hermanos, y la de Wyde, que, cabizbajo, esperaba junto a la puerta de su habitación.

—Lo siento —musitó Wyde—. Lo habría impedido, Tyler, pero...

Tyler le cerró la puerta en la cara y se sentó en su cama. Sintió como si las paredes, desnudas, lo miraran fijamente, e intentó ignorarlas. Intentó rezar. Pero no lograba librarse de la sensación de que nadie le escuchaba, de que Dios estaba ocupado con otras cosas. Al final desistió y sacó el frasquito de dentro de su túnica; lo hizo rodar entre las manos, y pasó un pulgar por el tapón de cera. El líquido que contenía era completamente transparente; Tyler podía mirar a través de él y ver una imagen distorsionada de la diminuta habitación donde se encontraba, la habitación donde, no hacía mucho, confiaba en vivir tranquilo el resto de su vida. Pensó en la biblioteca de la reina, en cómo volaba el tiempo cuando Tyler estaba allí, en cómo todo se desdibujaba hasta que tenía la sensación de formar parte de un mundo mejor. No podía hacer aquello, pero tampoco podía abandonar sus libros. Sintió que no tenía alternativa.

Tyler se levantó, apoyó una mano en la pared y deslizó la palma por la superficie de piedra blanca. Comprendió que no iba a servirle de nada rezar, y

tampoco podía confiar en que se obrara un milagro. Dios no iba a atender sus oraciones. Si quería la salvación, tendría que buscarla él mismo.

—Esto es una empresa inútil —masculló Maza.

—Todo lo que te propongo te parece una empresa inútil, Lazarus. No me impresionas.

Iban casi completamente a oscuras por uno de los numerosos túneles secretos que, por lo visto, recorrían la Ciudadela. No había más luz que la de la antorcha que sostenía el padre Tyler, que iba renqueando al lado de Pen. Bajo aquella débil luz ambarina, el rostro del sacerdote parecía más pálido que nunca. Kelsea le había preguntado a Maza qué estaba pasando en el Arvath para que el padre Tyler estuviera tan angustiado, pero Maza, como tantas veces, se había negado a explicárselo y se había limitado a decir que el nuevo Santo Padre era aún peor que el anterior.

Había sido el padre Tyler quien había animado a Kelsea a hacer aquella excursión. La visión de William Tear había exaltado mucho a la joven, y la semana anterior había desmontado toda la biblioteca de Carlin, decidida a encontrar información sobre Lily Mayhew, Greg Mayhew o Dorian Rice. Esa mañana, el padre Tyler había encontrado a Kelsea sentada en el suelo de la biblioteca, en medio de un charco de insomnio y fracaso, rodeada de los libros de Carlin, y la joven se había aferrado a él como último recurso. ¿Había algún texto sobre los años inmediatamente anteriores y posteriores a la Travesía, o sobre la vida de William Tear? Evidentemente, después de la Travesía no se había publicado nada, pero tal vez existiera algún texto escrito a mano. Como mínimo, alguien debía de haber escrito un diario.

El padre Tyler negó con la cabeza, apesadumbrado. Muchos integrantes de la primera generación de utópicos habían escrito diarios, efectivamente; pero durante el oscuro período posterior al asesinato de Tear, casi todos habían desaparecido. El padre Tyler había visto algunos fragmentos que se conservaban en el Arvath, pero trataban de problemas cotidianos de supervivencia: la escasez de alimentos, los esfuerzos para construir el nuevo poblado que un día se convertiría en Nueva Londres. Casi todos los conocimientos del sacerdote sobre la Travesía se basaban en relatos orales, el mismo folclore que dominaba en el resto del Tearling. No se habían conservado crónicas escritas.

—Pero sí hay algo, Majestad —dijo Tyler tras reflexionar un momento—. El padre Timpany solía hablarnos de una galería de retratos que hay en las

plantas inferiores de la Ciudadela. El Regente visitaba esa galería de vez en cuando, y Timpany decía que allí se conservaba un retrato de William Tear.

—¿Por qué demonios visitaría mi tío una galería de retratos?

—Es una galería de vuestros ancestros, Majestad. Timpany decía que, cuando estaba borracho, al Regente le gustaba bajar allí y gritarle al retrato de vuestra abuela.

Resultó que Maza sabía exactamente dónde estaba la galería: dos plantas más abajo, en la de la lavandería. Descendieron por una escalera de caracol, y Kelsea oyó a mucha gente hablar al otro lado de las paredes. Aunque ella tenía su propia lavandería —Maza, muy preocupado por los venenos por contacto, se había empeñado—, Kelsea había mantenido abierta la lavandería de la Ciudadela, y allí era donde se lavaba el resto de la ropa del Pabellón Real. En la Ciudadela de su tío habían abundado los servicios innecesarios, pero Kelsea se resistía a dejar a tanta gente sin trabajo. Había despedido a las masajistas y las señoritas de compañía, a quienes se negaba a tener contratadas; a los demás intentaba conservarlos. Al final de la escalera no se veía nada más allá del círculo de débil luz de la antorcha, que los envolvía, pero Kelsea dedujo que se hallaban en un espacio enorme y vacío, con techos muy altos.

—¿Quién construyó todos estos túneles?

—Forman parte de la arquitectura original, Señora. Hay caminos secretos desde lo más alto de la Ciudadela hasta la mazmorra. También hay algunos pasillos que se adentran en la ciudad.

Al mencionar Tyler la mazmorra, la joven se acordó de Thorne, que ahora estaba en una celda construida especialmente para él, varias plantas más arriba. Kelsea no había querido encarcelarlo en la mazmorra de la Ciudadela: no se fiaba de él, aunque Elston se encargara de vigilarlo día y noche. Además, intuía que convenía mantener a Thorne alejado de la albina, Brenna. Así que permanecía aislado, con la única excepción de Elston, que lo vigilaba, feliz con el encargo, desde el otro lado de los barrotes de la celda. Kelsea no sabía qué hacer con Thorne. ¿Debía juzgarlo? Arliss y ella llevaban seis semanas trabajando para convertir la Junta del Censo en una oficina de recaudación de impuestos, pero, además, habían trasladado a todos los funcionarios honrados de la Junta a la judicatura. La creación de un sistema de justicia era lenta; el Tearling tenía pocas leyes, y no estaban recogidas en ningún código. Desde que los mort habían llegado a la frontera, Kelsea apenas

había tenido tiempo para dedicarle a ese empeño, pero le había encargado a Arliss que siguiera trabajando en él, y Nueva Londres ya contaba con cinco tribunales públicos donde cualquiera podía elevar una petición a un juez para resolver cualquier conflicto. La Corona podía juzgar a Arlen Thorne en un tribunal público, pero ¿y si lo absolvían? Tanto los jueces como los jurados podían comprarse. Y a la inversa, aunque la culpabilidad de Thorne estuviera fuera de toda duda, muchos miembros del jurado lo condenarían sin tener en cuenta las pruebas. Después del Regente, Thorne era el personaje más odiado del Tear. No tenía mucho sentido celebrar un juicio, y, aun así, Kelsea creía que debería celebrarse.

Maza quería ejecutar a Thorne, sencillamente. El pueblo lo odiaba tanto que nadie protestaría por una ejecución rápida, sobre todo si Kelsea decidía que la ejecución fuera pública. Ella admitía lo acertado del consejo de Maza: con esa medida, el trono se ganaría el apoyo incondicional de cualquiera que hubiera visto cómo le metían a algún ser querido en una jaula. Ni siquiera el Arvath se oponía ya a la pena capital, y Kelsea tampoco tenía ningún problema para aceptarla. Con todo, había una vocecilla que le recomendaba celebrar un juicio, aunque fuera solo una demostración de poder, algo que legitimara la ejecución. Pero existían precedentes legales de ejecuciones sumarias: si tenía que dar crédito a los relatos folclóricos de Tyler, William Tear las había practicado, e incluso había consumado una con sus propias manos.

«Como yo», pensó Kelsea, y de pronto se estremeció, asaltada por la imagen de sangre caliente y espesa resbalando por su mano derecha y goteando de su antebrazo. Se suponía que Mhurn no había sido más que una víctima de la batalla del Argive. Maza había dejado que se extendiera esa suposición, pero Kelsea y el resto de su guardia sabían la verdad, y por mucho que ella intentara apartar aquel asunto de su mente, la imagen seguía atormentándola: la mano con la que sujetaba el puñal, bañada en sangre. Para ella era muy importante que Thorne tuviera un juicio.

—Tapaos los ojos, Señora.

Kelsea hizo pantalla con una mano cuando la luz del día inundó la oscuridad. Pasó por una de las puertas secretas de Maza y se encontró en una habitación alargada y estrecha de techos altos. La luz entraba por las ventanas de la pared del fondo. Se asomó a una de ellas y vio que se hallaban en la parte más occidental de la Ciudadela; fuera veía, primero, las suaves colinas de la ciudad, y luego el telón marrón de los Montes Clayton.

—¡Aquí, Majestad! —la llamó el padre Tyler.

Kelsea se dio la vuelta y vio que en la pared por la que acababan de entrar había una serie de retratos. Ocupaban todo el largo de la galería, en ambas direcciones. El padre Tyler había ido hasta el cuadro más alejado y había apoyado una mano en la base del marco, donde había una placa de madera con algo grabado. Era un retrato del hombre al que Kelsea había visto en su visión: alto y severo, con pelo rubio muy corto y expresión seria. Le dio un vuelco el corazón. Ya sabía que sus visiones eran reales, pero, de todas formas, contar con una prueba empírica suponía un alivio enorme.

—William Tear —anunció el padre Tyler, y colocó su antorcha en un soporte vacío de la pared. Entraba mucha luz, y la antorcha ya no era necesaria—. En esta placa dice que el cuadro lo pintaron cinco años después de la Travesía.

Kelsea se acercó para ver al primer rey del Tear. Estaba de pie delante de una chimenea, pero no una de aquellas chimeneas enormes que había por toda la Ciudadela, sino más parecida a la de la casita donde había crecido la joven. El pintor ni siquiera había logrado disimular el fastidio de Tear por tener que permanecer allí inmóvil; su expresión delataba una gran impaciencia. El retrato no debía de haber sido idea suya. En segundo plano, un tanto borrosos, Kelsea vio un estante lleno de libros, pero se había acumulado una gruesa capa de suciedad en la superficie del cuadro, y no logró distinguir los títulos.

—Quiero que un sirviente de la Ciudadela limpie esto —le dijo a Maza—. Seguro que tienen mucho tiempo libre.

Maza asintió, y Kelsea pasó al siguiente retrato: un joven rubio, casi un adolescente. Era atractivo, pero pese al polvo que recubría el lienzo, Kelsea pudo percibir la expresión de preocupación de sus ojos. Deslizó los dedos por el marco, buscando una placa, y la encontró, tapada también por el polvo. La frotó con un dedo, se limpió la suciedad en la falda y se agachó para leer las palabras grabadas: Jonathan Tear.

—Jonathan el Bueno —murmuró el padre Tyler a su lado.

Kelsea vio un zafiro, igual que los suyos, colgado de una cadena sobre el pecho de Jonathan Tear. Rápidamente volvió a mirar el retrato de William Tear. Él no llevaba joyas, o al menos no se veían. Había un espacio considerable entre el retrato de William y el de Jonathan, y Kelsea se preguntó si anteriormente habría habido otro cuadro colgado allí.

—¿Quién era la madre de Jonathan Tear?

El padre Tyler sacudió la cabeza.

—No lo sé, Majestad. William Tear no tuvo reina; cuenta la leyenda que no creía en el matrimonio. Pero no hay registrada ninguna duda de que Jonathan el Bueno fuera hijo suyo. El parecido entre los dos habla por sí solo.

—¿Por qué cree usted que estaba tan preocupado Jonathan?

—Tal vez le temiera a la muerte —respondió Coryn detrás de ella—. Tenía veinte años cuando lo asesinaron. Ese retrato se lo hicieron como mucho un par de años antes.

—¿Quién lo asesinó?

—Nadie lo sabe, pero burlaron a la guardia personal de Tear. Fue el peor momento de nuestra historia, y...

Coryn se interrumpió, y Kelsea comprendió que se había acordado de Mhurn. Barty había hecho el mismo comentario en relación con el asesinato de Tear: la guardia había fallado. Kelsea, compadeciéndose del bochorno de Coryn, se calló las otras preguntas que le habría gustado hacer sobre Jonathan Tear y pasó al siguiente retrato: el de una mujer de aspecto inocente, con una hermosa cabellera rojiza que resbalaba por sus hombros como el agua de un río y caía formando largas serpentinillas por su espalda. Sonreía beatíficamente desde el lienzo. Kelsea leyó la placa: «Caitlyn Tear». La mujer de Jonathan Tear. Tras el asesinato de Tear, habían capturado a Caitlyn y la habían matado también. Pese a que la mujer del retrato llevaba muchos años muerta y ya no podía sufrir, a Kelsea se le encogió el alma. Aquella mujer parecía incapaz de concebir maldad alguna, y mucho menos de soportarla.

El siguiente retrato hizo que Kelsea aspirara bruscamente. Habría reconocido a aquel hombre en cualquier lugar: lo había visto de pie delante de su chimenea dos semanas atrás, y era el hombre más atractivo del mundo. Estaba sentado en el trono del Tear —las filigranas del respaldo eran inconfundibles—, y sus labios dibujaban la típica sonrisa fácil de los políticos. Sin embargo, sus ojos ambarinos transmitían frialdad, y por un extraño efecto logrado por el artista, parecían seguir a Kelsea allá donde fuera. Pasó los dedos con cautela por los bordes del marco, pero no encontró nada salvo unas extrañas marcas en la madera que sugerían que la placa, si es que había existido, había sido retirada mucho tiempo atrás. Kelsea se preguntó qué hacía aquel hombre tan atractivo en la galería de la familia real Tear, pero no dijo nada.

—Un demonio muy apuesto —comentó Maza—. Pero no tengo ni idea de

quién es. ¿Y usted, padre?

El padre Tyler negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no encaja con la descripción de ningún monarca Raleigh. Pero es extraordinariamente atractivo; quizá fuera el amante de alguna reina Raleigh. Algunas nunca se casaron, pero todas tuvieron herederos. Les gustaban los hombres apuestos.

Kelsea escogió ese desafortunado momento para mirar a Pen, y vio que él también la estaba mirando. La noche que él la había rechazado se extendía ante ellos como un amplio golfo, y Kelsea no lograba librarse de la terrible sensación de que jamás recuperarían la amistad relajada que tenían antes. Le habría gustado decirle algo, pero había demasiada gente alrededor, y al cabo de un momento, el impulso de reconciliarse se había desvanecido. Los ojos del hombre de la chimenea eran hipnóticos, pero Kelsea hizo un esfuerzo y pasó al siguiente retrato. Ya habían llegado a los Raleigh; todos aquellos cuadros tenían las placas intactas, y, a medida que Kelsea avanzaba hacia el presente, las inscripciones estaban más claras, menos gastadas por el paso del tiempo.

Todos los Raleigh llevaban los dos zafiros; las joyas parecían idénticas en todos los retratos. Aquellos eran los antepasados de Kelsea, su familia, y sin embargo a ella le parecían menos importantes, menos reales que los Tear. Carlin nunca había admirado a los Raleigh; seguramente le había transmitido a Kelsea sus prejuicios acerca de ellos, igual que acerca de tantas otras cosas.

En el décimo retrato, Kelsea se halló ante una mujer de una belleza casi indescriptible. Tenía el pelo rubio y los ojos verdes de muchas reinas Raleigh, pero tenía el cutis claro y perfecto, y el cuello más esbelto y proporcionado que Kelsea hubiera visto jamás. A diferencia de los retratos anteriores, en los que se representaba a una sola persona, en este también aparecía una niña de unos seis años, sentada en el regazo de su madre. Y en ese retrato Kelsea descubrió otra diferencia: la mujer llevaba un zafiro y la niña, el otro. Se acercó a la placa y leyó: «Amanda Raleigh».

—¡Ah, la Reina Hermosa! —El padre Tyler se acercó al cuadro que estaba examinando Kelsea. Los guardias, que se habían diseminado por el fondo de la habitación, un poco aburridos, se acercaron también y observaron el retrato con avidez. Kelsea sintió cierto fastidio, pero entonces descubrió a otra niña en el retrato, semiescondida detrás de las faldas de la Reina Hermosa. Esa niña era aún más pequeña que la que estaba sentada en el regazo de la reina;

no debía de tener más de tres o cuatro años, pero ya tenía una mata de pelo castaño oscuro y la expresión huraña, y de pronto Kelsea recordó cómo era ella de pequeña, cuando se miraba en las quietas aguas del lago que había detrás de la casita. Ante la belleza de la Reina Hermosa y su hija, era fácil no fijarse en aquella otra niña, y Kelsea comprendió que la decisión del pintor de destacar a una niña y esconder a la otra debía de haber sido deliberada.

—Tengo entendido que la Reina Hermosa solo tuvo una hija. Esa que está sentada en su regazo debe de ser la reina Elaine. —Kelsea señaló a la niña que estaba agazapada detrás de las faldas de la Reina Hermosa—. Entonces ¿quién es esa?

—No tengo ni idea —contestó Maza.

El padre Tyler examinó a la niña.

—Una hija ilegítima, supongo. Amanda Raleigh tenía marido, Thomas Arness. Él era el padre de Elaine. Pero he oído que Amanda no le era fiel a Arness, y tal vez tuviera más hijos. Los hijos ilegítimos aparecían a veces en los retratos reales pre-Travesía, pero nunca en una posición destacada. Una costumbre cruel, francamente; es casi peor que quedar totalmente excluido. —El padre Tyler contempló el retrato un momento, y añadió—: Este es el peor caso que he visto jamás. Esa niña está marginada por completo.

Kelsea se quedó mirando fijamente a la cría, y sintió lástima por ella. A diferencia de la princesa sonriente que estaba sentada en el regazo de la Reina Hermosa, aquella otra niña tenía una mirada triste y misteriosa. No miraba al pintor, al contrario de los otros dos sujetos; miraba a la Reina Hermosa, y en su mirada se adivinaba una profunda añoranza. De repente a Kelsea le dieron ganas de llorar, y no supo si era por la niña o por ella misma.

En el siguiente retrato, la niña del regazo de la Reina Hermosa había crecido y había tenido también una hija. La placa las identificaba como la reina Elaine y la princesa real Arla. Elaine no era tan hermosa como su madre («Nadie podía serlo», admitió Kelsea con amargura), pero le recordó a alguien. ¿Andalie? No, porque, aunque también era morena, esa mujer no tenía la belleza pálida y etérea de Andalie. La reina Elaine no sonreía al pintor; ella también parecía sumamente molesta por tener que posar para que la retrataran.

—¡Mirad, Señora! —Dyer señalaba la cara de Elaine—. ¡Tiene la misma barbilla de tozuda que vos!

—Muy gracioso —masculló Kelsea, pero no pudo negar que había cierto parecido, incluso ahora, después de que su cara hubiera sufrido tantos

cambios. Antes de que Dyer pudiera hacer algún otro comentario, la joven pasó al siguiente cuadro.

Arla la Justa aparecía sentada en el trono tear. No había ningún crío con ella; llevaba colgados ambos zafiros y la corona tear en la cabeza. Fascinada, Kelsea contempló la corona, un sencillo y elegante aro de plata con cuatro o cinco zafiros engarzados. La señaló con un dedo y preguntó:

—¿Todavía no ha salido, Lazarus?

—No, todavía no, Señora.

Kelsea asintió, disgustada pero no sorprendida, y se volvió de nuevo hacia el retrato. La reina Arla no era especialmente bella, pero poseía un magnetismo que el lienzo traslucía claramente. Era mucho mayor que las otras mujeres Raleigh, y Kelsea recordó que la reina Elaine había vivido muchos años, y que a su hija no la habían coronado hasta que alcanzó la mediana edad. Arla había sido una autócrata, y su retrato así la representaba, y reflejaba su firme determinación a hacer las cosas a su manera. Su sonrisa de satisfacción rayaba en la pedantería, y transmitía un orgullo cercano a la arrogancia. Pero, a la larga, el orgullo le había causado problemas a Arla.

«Los bárbaros llegaron ante sus murallas —susurró una vocecilla en la cabeza de Kelsea—, y ella los provocó, igual que tú.»

Ahuyentó esa idea de su cabeza y se apresuró a pasar al siguiente cuadro, y entonces se encontró ante su madre.

La reina Elyssa no era como Kelsea se la había imaginado. En la casita, cuando Carlin se enfadaba con ella, Kelsea pasaba largas horas sola y triste, y se consolaba imaginándose a la mujer que la había llevado en su seno: una mujer esbelta y delicada, como un personaje de un cuento de Grimm. Sin embargo, la Elyssa del retrato no parecía frágil en absoluto; era una atractiva rubia con ojos verdes y chispeantes, más alta que Kelsea, y transmitía salud y fortuna. En el cuadro estaba de pie junto a una mesa sencilla, sin adornos, pero sonreía con la despreocupación de quien no tiene ni un solo desvelo en la vida. A Kelsea le gustó esa versión de su madre, pero de pronto se fijó en aquella sonrisa. Aunque hubieran pintado el retrato inmediatamente después de que Elyssa ascendiera al trono, los mort ya debían de estar avanzando por territorio tear. El Tratado Mort y la lotería no podían estar muy lejos, y la expresión de despreocupación absoluta de su madre hizo aumentar la determinación de Kelsea y afianzó su propósito de que nadie sufriera por los errores que ella había cometido.

—Señora —murmuró Maza.

—¿Qué?

—No es bueno pensar demasiado en el pasado. Ahora, lo único que importa... es el futuro.

A Kelsea le fastidió que Maza le hubiera leído el pensamiento con tanta facilidad. Con todo, él no la juzgaba, sino que se limitaba a decir lo que pensaba, sin miramientos, y al cabo de un momento se relajó y se encogió de hombros.

—Y sin embargo, Lazarus, a veces la respuesta para el futuro se halla en el pasado.

Maza se dio la vuelta y bramó:

—¡Dispersaos!

Los guardias de Kelsea se apartaron, y cada uno se dirigió a un rincón de la habitación. Kelsea se quedó mirando a Maza, desconcertada, pero él se le acercó más y murmuró:

—¿Es eso lo que hacéis por las noches, Señora, durante vuestros paseos? ¿Visitar el pasado?

Kelsea tragó saliva, pero se le había hecho un nudo en la garganta.

—¿Qué te hace pensar que vaya a algún sitio?

—Pen no lo oyó aquella noche. La semana pasada. Él estaba en la puerta de la biblioteca. Pero yo estaba justo a vuestro lado, Señora. Dijisteis: «Pero no pierda la esperanza de un mundo mejor. Está ahí fuera, tan cerca que casi podemos tocarlo». Yo conozco esas palabras; en el pueblo donde crecí cantaban una canción que decía eso. Una canción sobre la Travesía.

—Estaba sonámbula.

Maza rio.

—Sois tan sonámbula como la hija pequeña de Andalie, Señora. La otra noche la encontré en el despacho de Arliss. Cuando Arliss se va, ese despacho está siempre cerrado con llave. Pero aun así, Glee consiguió entrar.

—¿Adónde quieres llegar, Lazarus?

—Esa noche, durante un minuto, justo antes de que salierais de vuestra «fuga», me dio la impresión de que... os apagabais.

—¿Me apagaba? —Esa palabra hizo estremecerse a Kelsea, pero disimuló y soltó una risita burlona.

—Reíd si queréis, Señora, pero yo lo vi. —Maza se le acercó aún más y bajó la voz para añadir—: ¿Nunca os habéis planteado, Señora, que tal vez

sería mejor que os los quitarais y os deshicierais de ellos?

Kelsea levantó automáticamente un brazo y encerró los dos zafiros en el puño. Ni siquiera sabía si todavía funcionaban, o si era otra cosa lo que funcionaba, pero todo su ser se sublevaba contra la idea de desprenderse de ellos.

Maza negó con la cabeza, y a continuación compuso una sonrisa amarga.

—Bueno, valía la pena intentarlo.

—¡Mirad esto, Señora! —exclamó Coryn señalando el siguiente cuadro.

—Oh, no —se lamentó Kelsea. La cara de su tío le sonreía desde la pared, más joven que cuando ella lo había conocido, pero inconfundible: Thomas Raleigh. Estaba más delgado, y su nariz todavía no tenía aquel rojo de alcohólico que adquiriría más tarde, pero los aires de amo y señor, la sensación de ser un regalo de Dios para el mundo... todo eso emanaba del lienzo en ondas casi visibles.

—¡Descolgad ese cuadro! —ordenó Kelsea, enojada—. Él no es un monarca tear, nunca lo fue. Deshaceos de él.

—Ya me ocupo yo, Señora —dijo Maza—. No sabía que hubieran colgado su retrato aquí. Hacía años que no bajaba.

—¿Es que nadie usa esta galería?

—Lo dudo. Mirad cuánto polvo hay.

Kelsea siguió contemplando el retrato de su madre. Aunque diera con alguna solución para la pesadilla mort que los amenazaba desde el horizonte, eso no significaría nada para los cincuenta mil tear que ya se habían llevado a Mortmesne, el regalo de su madre al mundo. Aquello era otro problema sin solución, algo a lo que ya se estaba acostumbrando.

—¿Puedo haceros una pregunta, Señora? —preguntó Dyer.

—Sí, claro.

—¿Ya habéis decidido qué queréis hacer con el prisionero Javel?

—Lo liberaré, por supuesto, pero no será hasta que haya encontrado la forma de evitar que se mate bebiendo. —Kelsea se dio la vuelta y miró a sus cinco guardias, que estaban delante de las luminosas ventanas, como una hilera de piezas de ajedrez—. Tampoco sé qué hacer con el chico, el carcelero. Se ha ganado alguna recompensa, pero no sé qué ofrecerle. ¿No tiene amigos? ¿No hay nadie que lo conozca bien?

—Yo conozco un poco a su padre —intervino Coryn—. El antiguo carcelero, que ya se jubiló. Puedo preguntárselo.

—Hazlo. No quiero que la recompensa sea inútil. Tanto Ewen como Javel nos han hecho un gran regalo.

—Y ¿qué pensáis hacer con el regalo? —preguntó Pen. Era la primera frase completa que Kelsea le oía pronunciar desde hacía días, pero le habría gustado poder ignorarlo—. ¿Qué pensáis hacer con Thorne?

—No lo sé.

—Será mejor que lo decidáis pronto, Señora —terció Dyer—. El reino está pidiendo su sangre a gritos.

—Sí, pero grita por la razón equivocada. La gente quiere verlo sufrir por sus años de Supervisor del Censo. Pero ese era un cargo político, y por muy terrible que fuera lo que Thorne hizo como Supervisor, era legal bajo la Regencia. No puedo gobernar con unas leyes que se doblan ante la presión del público. Si ejecuto a Thorne, tengo que hacerlo por sus crímenes.

—Es culpable de traición, Señora.

—Pero esa no es la razón por la que el reino entero acudirá a ver cómo lo ahorcamos.

Los cinco guardias se quedaron mirándola, y Kelsea sintió, más que nunca, que estaba en un tablero de ajedrez, y que era un peón que se enfrentaba a cinco piezas mayores.

—¿Todos estáis de acuerdo? ¿Opináis que debo ejecutarlo?

Todos asintieron, incluido Pen; Kelsea había pensado que tal vez él se negara.

—Pronto tomaré una decisión, pero todavía no. Le prometí a Elston que tendría su parte.

Dejó a sus guardias riendo y retrocedió por la galería para echarle otro vistazo al hombre de la chimenea. A la luz del día era aún más atractivo, y pese a que el retrato era, evidentemente, muy antiguo, no había envejecido ni lo más mínimo desde entonces. Sus ojos la siguieron cuando ella se acercó, y aunque Kelsea sabía que eso era descabellado, tuvo la impresión de que el sujeto del cuadro podía verla, realmente, desde algún lugar.

—Descolgad también este —dijo por fin—. No sé quién es, pero no es ningún monarca. No le corresponde estar aquí.

—¿Qué hacemos con él? ¿Lo destruimos?

—No. Llevadlo arriba. —Buscó entre sus guardias al padre Tyler, que en ese momento miraba por una ventana—. Gracias, padre. Un sitio muy interesante.

—Sí, Señora —replicó el sacerdote, distraído, y siguió contemplando las montañas con gesto de aflicción.

«¿Qué le habrán hecho?», volvió a preguntarse Kelsea. Su mirada se desvió hacia la escayola del sacerdote. Le sorprendió su instinto protector hacia el anciano. Lo único que quería aquel hombre era leer libros y pensar en el pasado; era increíble que alguien pudiera querer hacerle daño. Últimamente, la joven había encontrado varias mañanas al padre Tyler dormido en su sofá favorito de la biblioteca, como si ya no quisiera pasar la noche en el Arvath. ¿Le habría hecho algo más el Santo Padre? Si así era...

«Basta», se dijo Kelsea. No podía imponer su autoridad en los asuntos internos del Arvath. Ese camino la conduciría al desastre. Apartó la Iglesia de Dios de su pensamiento, y de pronto se le ocurrió una idea, una posible solución... no para el padre Tyler, sino para otro problema.

—Lazarus, ¿hay algún guardia real que hable mort?

Maza parpadeó, sorprendido.

—Kibb, Dyer y Galen, Señora. Y yo también.

—¿Alguno de ellos lo habla lo bastante bien para hacerse pasar por mort?

—Solo Galen, la verdad. —Maza arrugó el ceño—. ¿Por qué? ¿En qué estáis pensando?

—Ahora volveremos arriba, pero no todos. Quiero que dos de vosotros bajéis a la mazmorra y me traigáis a Javel. Procurad despertarlo un poco.

Pero al cabo de una hora, cuando Javel entró en el Pabellón Real, Kelsea se llevó una decepción al ver que el centinela seguía igual de apático. Javel miró alrededor sin interés mientras Coryn lo escoltaba hasta el pie de la tarima, y una vez allí se quedó con la vista fija en el suelo. ¿Dónde estaba el hombre que la había emprendido a golpes contra la jaula en llamas, él solo, con un hacha? Kelsea se preguntó si habría visto al verdadero Javel el día que Thorne había irrumpido en la mazmorra. Ewen había sido muy discreto al relatar lo sucedido, pero al final Maza le había sonsacado toda la verdad: si Ewen no hubiera intervenido, Javel habría golpeado a Thorne con sus propias manos hasta matarlo. Y ese era el hombre al que Kelsea quería ver ahora.

Se alegró al comprobar que Ewen le había quitado las esposas. No había ninguna necesidad de esposarlo; Javel estaba quieto, abatido, como si aguardara su propia ejecución.

—Javel...

Sin levantar la cabeza, el hombre replicó, con la voz apagada:

—Majestad.

—Me has prestado un gran servicio. Tu intervención fue clave para la captura de Arlen Thorne.

—Sí, Majestad. Gracias.

—Te he indultado. Ahora tienes libertad para salir de la Ciudadela cuando quieras e ir a donde quieras. Pero voy a pedirte que te quedes y que escuches la propuesta que te voy a hacer.

—¿Qué propuesta?

—Me han contado que a tu mujer la enviaron a Mortmesne con la remesa hace seis años. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Sigue viva?

—No lo sé —respondió Javel con apatía—. Thorne me dijo que sí. Dijo que él podía hacerla volver. Pero ahora pienso que era todo mentira, y que ella está muerta.

—¿Por qué?

—Era muy guapa, mi Allie. Las mujeres como ella no duran mucho allí.

Kelsea hizo una mueca, pero siguió adelante.

—Tu Allie... ¿era guapa y débil, Javel? ¿O guapa y fuerte?

—Era mucho más fuerte que yo, Señora, os lo aseguro. Aunque a mí es fácil superarme.

—Y sin embargo ¿dudas que haya sobrevivido seis años en un burdel mort?

Javel alzó la mirada, y Kelsea se alegró al vislumbrar la rabia en sus ojos.

—¿Por qué me decís eso, Señora? ¿Queréis ponérmelo aún más difícil?

—Lo que quiero es comprobar si todavía te importa algo. ¿Crees que a tu mujer le gustaría verte así?

—Eso es entre ella y yo. —Javel miró alrededor, y dio la impresión de que veía a Coryn por primera vez—. Habéis dicho que tenía libertad para irme.

—Así es. Ahí detrás tienes la puerta.

Javel se dio la vuelta y echó a andar. Kelsea notó que Maza torcía el gesto a su lado, pero el capitán no dijo nada, y ella lo agradeció.

—¿Qué vas a hacer, Javel? —le gritó la joven.

—Buscar una taberna.

—¿Es eso lo que habría querido tu mujer?

—Ella está muerta.

—Eso no lo sabes.

Javel siguió caminando.

—¿No quieres averiguarlo?

Se detuvo a unos tres metros de la puerta.

—He suspendido la lotería, Javel —continuó Kelsea, con la vista fija en su espalda y deseando que se detuviera—. Mientras dure mi reinado, no volverá a partir ninguna remesa de este país. Pero eso no repara los errores del pasado, el sufrimiento de los tears que ya están en Mortmesne. ¿Qué puedo hacer con todos esos esclavos? La respuesta es obvia: tengo que sacarlos de allí.

Javel no se movió, pero Kelsea vio que sus hombros se sacudían una sola vez, con un movimiento involuntario.

—Lazarus opina que tengo otros problemas de los que ocuparme —continuó la joven, y le hizo una seña a Maza con la cabeza—, y tiene razón. Mi pueblo pasa hambre y no tiene educación. No tenemos medicamentos eficaces. En la frontera oriental hay un ejército que nos hará papilla. Son problemas reales, y por eso durante un tiempo no me he ocupado de los otros. Pero aquí es donde Lazarus y yo discrepamos un poco. Él cree que evitar los males del futuro es más importante que reparar los errores del pasado.

—Así es, Señora —masculló Maza, y Kelsea le sonrió brevemente, un tanto afligida. Le habría gustado que el padre Tyler hubiera estado todavía allí, porque él lo habría entendido. Pero el sacerdote ya había regresado al Arvath.

—Lazarus lo dice con buena intención, pero se equivoca. Los errores del pasado no son menos importantes, solo son más difíciles de arreglar. Y cuanto más tiempo los ignoras porque tienes asuntos más urgentes de que ocuparte, más daño hacen, hasta que los problemas del pasado empiezan a crear los problemas del futuro. Y eso nos lleva de nuevo a tu Allie.

Javel se dio la vuelta, y Kelsea vio que tenía los ojos llorosos.

—Supongamos, por un momento, que tu mujer siguiera viva, Javel. Supongamos que en Mortmesne le ha pasado lo peor, lo más terrible que podrías imaginar. ¿Seguirías deseando recuperarla?

—¡Por supuesto! —saltó Javel—. ¿Creéis que fue fácil ver cómo se la llevaban en aquella jaula? ¡Haría cualquier cosa para cambiarlo!

—Pero no puedes cambiarlo. Y como no puedes, te lo pregunto otra vez: ¿todavía quieres recuperarla?

—Sí, claro.

—En ese caso, esta es mi propuesta. Irás a Mortmesne con dos de mis

guardias. Te proporcionaré armas y dinero. Si hay alguien capaz de sacar de allí a tu Allie, ese eres tú.

Javel parpadeó con gesto de duda.

—No soy un luchador especialmente bueno, Señora. Y no sé hablar mort.

—Y eres un borracho —añadió Dyer desde la pared.

—¡Cállate, Dyer! —le espetó Kelsea, y se acordó de Barty. Tenía sospechas de que Barty había sido alcohólico. No podía estar segura, pero su infancia estaba salpicada de pequeños indicios—. Tu alcoholismo, Javel, no es lo que más me preocupa. Lo que necesito es a alguien comprometido con la misión.

—Yo solo quiero recuperar a mi Allie.

—Y eso es lo único que yo te pido.

—Iré. —A Javel le brillaban los ojos. No era un brillo de vida, todavía no, pero al menos sí de determinación—. No sé cómo vamos a hacerlo, pero iré.

—Muy bien. Tómate unos días libres para poner en orden tus asuntos. Lazarus se ocupará de todo y te avisará.

Javel puso cara de contrariedad; era evidente que él estaba dispuesto a partir de inmediato. Maza se le acercó y le advirtió:

—Hazte un favor a ti mismo, centinela, y no te acerques a las tabernas. Esta va a ser una misión difícil, incluso con la cabeza despejada.

—Lo haré.

—Bien. Devin, escóltalo hasta la Puerta de la Ciudadela.

Javel siguió al guardia con paso poco decidido, como si no supiera adónde se dirigía.

—Estáis loca, Señora —masculló Maza—. Podrían surgir tantas contingencias... que no puedo ni enumerarlas. Y encima queréis enviar a dos de mis mejores hombres con ese inútil.

—Cuando una cosa así sale mal, la llaman locura, Lazarus. Pero cuando tiene éxito, la llaman genialidad, y el mérito será todo tuyo, porque pienso poner toda esta operación en tus manos. Yo no quiero saber nada más.

—Menos mal. Doy gracias a Dios.

Kelsea sonrió, pero cuando se cerró la puerta, se volvió bruscamente.

—¡Dyer!

El guardia fue hacia ella.

—Me divierto mucho con tus comentarios, Dyer. Pero tienes que aprender a quedarte callado cuando conviene.

—Os pido disculpas, Majestad.

—Hablas bastante bien la lengua mort, ¿verdad?

Dyer parpadeó.

—Así es, Señora. Mi acento no es ninguna maravilla, pero sé hablarla con fluidez. ¿Por qué?

Kelsea miró a Maza, y este hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza. Dyer se quedó mirándolos un momento, y entonces gimió y dijo:

—Oh, no. No me pidáis eso, Señora.

—Irás, amigo mío —intervino Maza—. Tú y Galen.

Dyer miró a Kelsea, y a la joven le sorprendió comprobar que el guardia estaba sinceramente dolido.

—¿Es esto un castigo, Señora?

—Claro que no. Es una misión importante.

—¿Sacar a una esclava de Mortmesne?

—No seas corto —le espetó Maza—. Soy yo el que te envía allí. ¿De verdad crees que solo vas a tener una agenda?

Esa vez fue Kelsea quien pestañeó, pero se recuperó rápidamente. Si ella ya estaba pensando a largo plazo, no debería haberle sorprendido que Maza hiciera otro tanto. La rebelión mort: tenía que ser eso; Maza la había convertido en una especie de proyecto personal, del que se ocupaba en su tiempo libre. Bajo su dirección, la Corona ya había enviado varios cargamentos de material para los rebeldes de Cite Marche.

—Os pido disculpas, Majestad —dijo Dyer.

—Las acepto. —Kelsea miró la hora—. ¿Está lista la cena?

—¡Dice Mila que falta media hora, Majestad! —gritó un empleado nuevo desde la puerta de la cocina.

—Avísame cuando esté lista —le dijo Kelsea a Maza, y bajó del trono—. Hoy habéis acabado conmigo.

Fue a su alcoba, y allí encontró el retrato que habían subido de la galería, apoyado en la pared junto a la chimenea. Kelsea se quedó largo rato mirándolo, y entonces se volvió hacia Pen.

—Vete.

—Pero, Señora...

—¿Qué?

Pen abrió las manos.

—No podemos seguir así eternamente. Tenemos que superar lo que pasó.

—¡Yo ya lo he superado!

—No es verdad. —Pen hablaba en voz baja, pero Kelsea detectó el grave zumbido de la ira en su voz.

—Fue un momento de debilidad y no se repetirá.

—Soy guardia real, Señora. Tenéis que entenderlo.

—Lo que entiendo es que eres igual que el resto de los hombres del planeta. Lárgate.

Pen aspiró entre los dientes, y Kelsea se alegró de ver el dolor reflejado fugazmente en los ojos del guardia, antes de que este se retirara a la antecámara. Pero en cuanto Pen corrió la cortina, la joven se derrumbó en su butaca y lamentó haber dicho aquello. Acababa de tener una oportunidad excelente de arreglar las cosas y la había desaprovechado.

«¿Por qué me comporto como una cría?»

Levantó la cabeza, se vio reflejada en el espejo y se puso en tensión. Ya no era ninguna niña, y seguía cambiando. Una mujer guapa pese a su expresión adusta le devolvía la mirada desde el espejo. Incluso bajo la débil luz del fuego de la chimenea, Kelsea pudo apreciar que tenía los pómulos más marcados; parecían dar forma a su cara, dirigiendo las líneas de sus facciones hacia abajo, hacia una boca cuyos labios se habían vuelto más carnosos.

Kelsea soltó una carcajada. Si tenía, en algún lugar, un hada madrina, la pobre anciana debía de estar senil, pues le concedía los deseos equivocados, los que menos le importaban. El Tear estaba en ruinas y el ejército mort había iniciado su asalto a la frontera, pero Kelsea estaba cada día más guapa.

«A lo mejor es que esto era lo que yo deseaba —se dijo mirándose en el espejo—. A lo mejor deseaba esto por encima de cualquier otra cosa.» Recordó una expresión que había leído en los libros de Carlin: «La sangre cuenta». Kelsea se acordó del retrato guardado dos plantas más abajo, el de la mujer rubia y sonriente sin otra preocupación que su propio placer, y le dieron ganas de gritar. Pero la cara del espejo permaneció serena, misteriosa, muy cercana a la belleza.

«Reina Verdadera», musitó con amargura, y se le quebró la voz. Durante un instante, su reflejo se desdibujó y se volvió borroso. Kelsea parpadeó, confundida, y sintió que se desvanecía; volvía a tener aquella extraña impresión de que se convertía en otra persona. Sabía que debía llamar a Pen y avisarle de que estaba a punto de protagonizar una de sus fugas, pero estaba abrumada por la humillación, y por un momento se quedó sin habla. La intensidad de aquel recuerdo no disminuía con el paso del tiempo; podía surgir

en cualquier momento, como la marea, inundando a Kelsea y ahogándola en un océano de vergüenza. ¿Por qué iba a contarle a Pen lo que se avecinaba? Le estaría bien empleado si, durante su guardia, Kelsea tropezaba con una pared o con un mueble y se lastimaba.

«Pareces una niña pequeña. Eso no son problemas de verdad. Lily sí tiene problemas de verdad. El Tearling tiene problemas de verdad. Tus pequeños dramas ni siquiera salen en el mapa.»

Kelsea intentó acallar aquella voz, pero tenía demasiada razón y, por tanto, no podía ignorarla; por un momento odió a su yo más sensato, ese núcleo pragmático que ya ni siquiera aceptaba que le diera un berrinche. La habitación empezó a desvanecerse a su alrededor, ondulando, y Kelsea se maravilló de lo cerca que parecían estar los dos mundos. La vida de Lily y la suya... a veces parecía que estuvieran una al lado de la otra, perfectamente alineadas; era como si Kelsea pudiera pasar por encima de una raya y, sencillamente, plantarse en un tiempo diferente, en una América que ya no existía.

—¡Pen!

El guardia apareció al cabo de un instante, muy serio.

—Me voy —murmuró Kelsea. La habitación estaba desapareciendo y, al acercarse Pen, la joven vio que él también se desvanecía, hasta tal punto que su mirada lo traspasaba y veía la habitación iluminada por la luz del sol.

—Tranquila, Señora —dijo Pen en voz baja—. No os dejaré caer. —La sujetó por un brazo, fuertemente, y eso la reconfortó; sin embargo, la joven comprendió que al cabo de un momento también eso desaparecería.

Row Finn

A la administración Frewell le gustaba postular la antiquísima ficción de que las mujeres eran seres frágiles e indecisos que necesitaban, ante todo, un hogar y un marido que les proporcionaran estructura y guía. Pero hasta el más somero vistazo a los últimos años de la era pre-Travesía lo desmiente. En ese período, las estadounidenses eran personas con excelentes recursos; tenían que serlo por fuerza para vivir en un mundo que solo las valoraba por una cosa. De hecho, muchas mujeres se veían obligadas a llevar vidas secretas, vidas sobre las que sabemos muy poco, y sobre las que sus maridos, desde luego, no sabían nada.

La oscura noche de América,
GLEE DELAMERE

Transcurridos dos días, Lily ya se había quedado sin libros. Dorian era una lectora voraz y se pulió todo el arsenal secreto de Lily en un visto y no visto. Lily le ofreció un lector de bolsillo, pero Dorian lo rechazó con un gesto de desdén.

—Todos los libros electrónicos están corregidos y purgados. Yo trabajé un tiempo en una fábrica de SmartBook, y había funcionarios del gobierno por todas partes que editaban los contenidos. Limitate a leer copias impresas, son las más difíciles de alterar una vez publicadas. En el mundo mejor no habrá libros electrónicos.

El mundo mejor. Lily siempre había creído que solo era un eslogan, algo que el Horizonte Azul utilizaba para que sus acciones parecieran más inocuas. Pero ahora ya no estaba tan segura. Aquel inglés alto, Tear, parecía convencido de que era real.

—No existe un mundo mejor.

—Pero existirá —replicó Dorian con convicción—. Ya está cerca. Tan

cerca que casi podemos tocarlo.

Era lo mismo que había dicho Tear. Esas palabras sonaban a retórica religiosa, pero Dorian parecía demasiado pragmática para eso. Igual que Tear. Los últimos dos días, Lily había hecho varias búsquedas en línea, pero había encontrado muy poca información. Había un registro de nacimiento de un tal William Tear de Southport, Inglaterra, de 2046; y, hacía once años, un tal William Tear había recibido la Cruz Militar Británica por su heroísmo en el Servicio Aéreo Especial. Lily había dado por hecho que el Servicio Aéreo Especial era la versión británica de las antiguas Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, pero, tras indagar un poco más, había descubierto que el análogo norteamericano del SAS eran los SEAL. Ahora ya estaba segura de que había encontrado al hombre que buscaba. Había conocido a muchos paramilitares a través de Greg, y todos proyectaban un aire de invencibilidad. Tear le había causado la misma impresión, pero combinada con otra cosa, algo cercano a la omnisciencia. Por un momento, en la habitación de los niños, Lily había tenido la descabellada certeza de que aquel hombre lo sabía todo sobre ella.

No había ningún dato más sobre Tear, y eso parecía imposible. Si quería, Lily podía consultar las recetas médicas de sus amigos (o, como mínimo, las legales), sus genealogías, sus historiales médicos, sus declaraciones de impuestos, hasta sus secuencias de ADN. En cambio, William Tear había nacido, había servido en las fuerzas especiales británicas y nada más. El resto de su vida había desaparecido. Entonces Lily buscó a Dorian Rice, y volvió a pasar lo mismo. Los resultados arrojaban un sinfín de noticias, pero todas se habían publicado en los últimos días y se referían a la explosión de la base naval. Greg había comentado que Dorian se había fugado del Centro de Detención de Mujeres del Bronx, pero en línea no había ningún registro de la detención. Tampoco había ninguna referencia a la familia de Dorian, ni certificado de nacimiento alguno. Era como si alguien hubiera borrado, literalmente, a Dorian y a Tear de la historia. Pero solo Seguridad tenía autoridad para borrar datos de la red; los tiempos en que los ciudadanos podían editar su propia información habían acabado con la promulgación de la Ley de Poderes de Excepción.

Lily estaba deseando interrogar a Dorian sobre su vida, pero no quería que ella supiera que había estado fisgoneando. Dorian ya no se sobresaltaba por cualquier tontería, pero de vez en cuando todavía presentaba una extraña

paranoia. Se negaba a hablar de William Tear; cada vez que Lily lo mencionaba, le espetaba: «¡Nada de nombres!», y Lily se sentía como si hubiera blasfemado. Dorian ya podía incorporarse y moverse un poco por la habitación de los niños, pero todavía se quedaba paralizada cuando sonaba el teléfono, rechazaba cualquier contacto físico y se empeñaba en ponerse ella misma las inyecciones.

Tear no era el único tema prohibido. Cuando salía a colación el mundo mejor, Dorian se ponía evasiva hasta la exasperación, hablaba con frases ambiguas y no daba respuestas claras. Lily no habría sabido decir si Dorian ocultaba algo; tal vez los seguidores de Tear tampoco entendieran el mundo mejor; tal vez ellos también estuvieran a oscuras respecto a aquel tema. Y, sin embargo, Lily se moría de ganas de saber. La visión que había tenido aquella noche con Tear se le había quedado grabada: una amplia extensión de tierras cubiertas de trigo, y la cinta azul de un río. Ni guardias, ni murallas, ni puestos de control, solo casitas de madera, gente que se movía libremente, niños que correteaban entre el trigo.

—¿Cuándo llegará el mundo mejor? —preguntó Lily.

—No lo sé —contestó Dorian—. Pero creo que ya no falta mucho.

El domingo, Lily tuvo que dejar a Dorian sola para ir a la iglesia, y estuvo muy inquieta durante todo el oficio. Apenas oyó el sermón del sacerdote sobre los pecados de las mujeres sin hijos, aunque, como siempre, el sacerdote miraba directamente a Lily y a las otras delincuentes de su congregación. Greg le puso una mano en la espalda, y ella dedujo que trataba de expresarle compasión, pero el intenso brillo de sus ojos la puso muy nerviosa. Greg estaba tramando algo, no cabía duda, y no podía ser nada bueno. Por un instante, se preguntó si estaría planeando divorciarse de ella; incluso después de haberse promulgado las Leyes Frewell, el gobierno les ponía las cosas fáciles a los ejecutivos ricos que querían abandonar a sus mujeres estériles. No obstante, Lily empezaba a ver algo que hasta entonces nunca había detectado: para Greg, ella era una propiedad, y Greg no era un hombre que abandonara sus propiedades, aunque estuvieran estropeadas. Lily se preguntó si las cosas cambiarían algún día, cuando su condición de mujer sin hijos ya no tuviera remedio.

«Sigue soñando, ingenua», le susurró Maddy, y Lily pestañeó. Desde el día en que Dorian había saltado la tapia y se había caído al jardín, daba la impresión de que Maddy estaba por todas partes, siempre dispuesta a dar su

opinión. Pero nunca le decía nada que Lily quisiera oír.

Después del oficio, Greg ordenó a Phil, su chófer, que los llevara al club. Todos los domingos comían en el club, pero a Lily le habría gustado tener una excusa para no ir. Ese día se le hacía una montaña la perspectiva de estar con sus amigos. Lo único que quería era volver al cuarto de los niños con Dorian y tratar de descifrar el misterio del mundo mejor.

Cuando el coche salió del aparcamiento de la iglesia, Greg pulsó el botón para subir la partición, de modo que Phil no pudiera oírles. Lily se alarmó al ver que le brillaban los ojos de emoción.

—He encontrado a un médico.

—¿Un médico? —preguntó Lily con cautela.

—No es barato, pero tiene licencia, y está dispuesto a hacerlo.

—Hacer ¿qué?

—Plantarte.

Al principio, Lily no entendió a qué se refería. El verbo «plantar» le hizo pensar en implantes, y automáticamente se acordó de la etiqueta que llevaba en el hombro. Pero no, Greg estaba hablando de otra cosa. Una idea espantosa surgió en la mente de Lily, y ella la rechazó... pero también sabía que eso era exactamente lo que Greg había querido decir.

—¿Te refieres a una inseminación in vitro?

—¡Pues claro! —Greg le dio la mano y se inclinó hacia ella—. Escúchame. El médico dice que podemos utilizar mi esperma, solo hay que fertilizar con él los óvulos de otra mujer. Tú tienes el bebé, y nadie se entera de nada.

Lily se quedó en blanco. Estuvo tentada de abrir la puerta del coche, saltar en marcha y huir, pero... ¿adónde?

—¿Y si el problema no son mis óvulos?

Greg arrugó la frente y sacó un poco el labio inferior. Lily se dio cuenta de que él esperaba que recibiera su idea con entusiasmo, y el profundo desprecio que había surgido en ella la noche de la llegada de Dorian («La noche de la violación», le recordó Maddy) pareció crecer y enconarse en su interior. Greg creía que había tenido una gran idea, y que Lily consideraría un regalo del cielo que le implantaran a la fuerza los óvulos de otra mujer. Por primera vez, se le ocurrió preguntarse si Greg era consciente siquiera de que la había violado. Después de Frewell, era prácticamente imposible demostrar una violación, y hacía muchos años que la violación dentro del matrimonio no estaba perseguida. ¿Qué podía significar el consentimiento para Greg? El

grueso de su educación sexual provenía, por lo visto, de su padre y de sus amigos de la residencia universitaria, y ni uno ni otros le habían hecho un gran favor.

Lily carraspeó y pronunció las siguientes palabras como si las sacara con un cabrestante. Habría sido más fácil no decir nada, pero necesitaba saberlo.

—La otra noche...

—Lo siento, Lil. —Greg le dio la mano y no la dejó seguir—. No era mi intención desahogarme contigo. Últimamente tengo muchos problemas en el trabajo, y solo faltaba esa bomba.

—Me violaste.

Greg abrió la boca, y la expresión de sorpresa absoluta que se apoderó de su cara hizo comprender a Lily que no estaba equivocada: Greg no lo sabía. La joven torció la cabeza y se quedó mirando por la ventana. Estaban pasando por debajo del gran arco de piedra del Club de Campo de Nueva Canaán, y, más allá, los extensos greens del campo de golf se extendían hasta el horizonte. Greg carraspeó, y Lily supo lo que iba a decir.

—Eres mi mujer.

Sin pensar lo que hacía, Lily se rio. El rostro de Greg se ensombreció, pero él no entendía que Lily no se estaba riendo de él, sino de ella misma. Las sandeces de Frewell también habían funcionado con ella, porque hasta aquella noche ella también había creído que el matrimonio convertía a los hombres en mejores personas, mejores protectores. Pero el matrimonio no cambiaba a nadie. Lily se había casado con un hombre formado por su padre, el mismo padre que, durante la cena de ensayo de la boda, le había puesto la mano en el trasero a Lily y había preguntado si le dejarían probar un trocito de pastel. ¿De verdad le sorprendía, ahora, que hubieran acabado así? ¿Tenía siquiera derecho a quejarse?

«La etiqueta, Lil», le susurró Maddy, y tenía razón. La etiqueta era el elemento decisivo. Lily no podía huir, porque huyera a donde huyese, nada impediría que Greg la encontrara, y Seguridad no movería ni un dedo para impedir que se la llevara otra vez a casa; harían cuanto estuviera en sus manos para ayudar a uno de los suyos.

El coche se detuvo ante la entrada, y Lily notó que Greg se alegraba de que la conversación no pudiera prolongarse. Lily ya se había serenado y había pasado a una fase de especulación más objetiva. Por primera vez, se daba cuenta de que podían sucederle cosas mucho peores que lo que le había

pasado la otra noche. Sabía que Greg estaba sufriendo mucho, en el terreno profesional, por el hecho de no tener hijos; era algo que, sin duda, obstaculizaba su carrera. Pero había subestimado lo desesperado que estaba su marido, lo lejos que estaba dispuesto a llegar. Traspusieron la enorme entrada de mármol del club, un edificio que Lily solía admirar y que ese día, en cambio, ni siquiera vio, pues seguía concentrada en sus desagradables reflexiones. La fertilización in vitro era ilegal desde que Lily iba a la escuela primaria, pero existía un floreciente mercado negro entre las parejas acaudaladas, que veían en los hijos adicionales una forma fácil de beneficiarse de las exenciones de impuestos de Frewell. Greg había encontrado a un médico que practicaba inseminaciones in vitro, pero ¿podría saber ese médico que Lily estaba tomando anticonceptivos? ¿Había alguna forma de eliminar las hormonas de su organismo? Eso no podía buscarlo en internet; era precisamente el tipo de búsqueda por la que te ganabas una visita de Seguridad.

«¿Por qué no le dices que no quieres tener hijos?»

Ya no podía decírselo, si es que alguna vez había podido. Se lo había estado insinuando durante años, pero era algo que él no estaba dispuesto a oír. Y si la otra noche había demostrado algo, era que lo que Lily quisiera carecía de valor. Tendría que encontrar la forma de sortear a aquel médico, del mismo modo que siempre había burlado el sistema de vigilancia de su casa. Pero de momento no se le ocurría nada. Llevaba años, desde que se había casado, tratando de escapar de aquella soga, y ahora el nudo se ceñía aún más alrededor de su cuello. Calculaba que debía de quedarle un centímetro de espacio.

En el restaurante, el maître los acompañó hasta su mesa, donde Lily vio a varios amigos suyos, los Palmer y Keith Thompson, ya sentados. Lily no soportaba aquellas aburridas comidas con los amigos del golf de Greg y sus esposas, pero de pronto su presencia le pareció un regalo del cielo: la prefería infinitamente antes que tener que comer a solas con Greg. Y Keith no estaba tan mal; sin ninguna duda, era el amigo de Greg que le caía mejor. Nunca le dirigía miradas lascivas, ni la manoseaba, ni le lanzaba indirectas sobre la incapacidad de Lily de quedarse embarazada. Era un hombrecillo atribulado al que habían criado para que se convirtiera en presidente de la cadena de tiendas de comestibles de su familia; su padre era el actual presidente. En una cena, Keith había entrado, borracho como una cuba, en la cocina, donde Lily

estaba preparando los postres, y habían mantenido una larga charla durante la que Keith le había confesado que su vida consistía en esperar a que falleciera su padre. Pero ese día solo bebía agua, y su sonrisa crispada delataba lo incómodo que se sentía con sus compañeros de mesa.

—¡Mayhew!

Mark Palmer se levantó, y Lily vio que ya estaba borracho; tenía las mejillas coloradas y se agarraba al borde de la mesa para no perder el equilibrio. Michele, a su lado, también llevaba un buen colocón; tenía los ojos sin brillo y se limitó a saludar a Lily con una cabezada cuando la joven se sentó a la mesa. Tras la fusión de Dow y Pfizer, la nueva empresa había conservado a Mark y había despedido a Michele, pero Michele todavía tenía amigos en la cadena de producción. Vendía ilegalmente analgésicos a media Nueva Canaán, y obtenía unos buenos beneficios. Lily todavía estaba dolorida, y por un momento se planteó aprovechar la ocasión para comprarle algo a Michele, pero descartó rápidamente esa idea. Tenía a una terrorista escondida en la habitación de los niños, y Greg quería llevarla a un médico clandestino. Si tomaba analgésicos, se quedaría igual de atontada que Michele, que se autoabastecía generosamente, y ese era un riesgo que no podía correr. Sin embargo, en algún momento tendrían que ir las dos al cuarto de baño para que Lily pudiera devolverle sus libros a Michele y encargarle más.

Greg pidió whisky y, cuando se marchó el camarero, le lanzó otra mirada de resentimiento a su mujer. Ella era la que lo había obligado a beber, decía aquella mirada. En la mirada de Greg no había ni pizca de introspección; la palabra «violación» había resbalado por él como el agua. De pronto Lily se acordó de un día, varios años atrás, cuando iba a la universidad; era fin de semana y habían ido a dar un paseo en coche por la costa, sin ningún destino concreto; Lily iba sacando el pie derecho por la ventana del pasajero y Greg tenía la mano izquierda encima de su muslo. ¿Qué había sido de aquellos dos chicos? ¿Dónde estaban?

Les sirvieron la comida, pero Sarah y Ford todavía no habían aparecido, lo cual era extraño, porque los domingos siempre comían en el club. Lily tampoco los había visto en la iglesia.

—¿Dónde está Sarah? —le preguntó por fin a Michele.

Todos se quedaron callados alrededor de la mesa, y Lily se dio cuenta de que sabían algo que ella ignoraba. Michele sacudió la cabeza como insinuando que era mejor que no insistiera, y Mark se apresuró a empezar a contar una

historia de un lío que había habido en el trabajo. Al cabo de unos minutos, Michele apuntó con la barbilla hacia el vestíbulo, y Lily se levantó.

—¿Adónde vas?

Greg la había agarrado por la muñeca y la miraba desde abajo con los ojos entornados, cargados de recelo. De pronto Lily comprendió que odiaba a su marido, que lo odiaba como jamás había odiado nada ni a nadie.

—Al cuarto de baño. Con Michele.

Greg la soltó; al hacerlo le dio un pequeño tirón del brazo, y Lily se tambaleó. Keith se quedó mirándola con gesto de preocupación, y a Lily le habría gustado decirle que no pasaba nada, pero le pareció exageradamente optimista.

Ya en el cuarto de baño, Lily volvió a preguntar:

—¿Qué le ha pasado a Sarah?

Michele, que estaba aplicándose delineador de ojos, se detuvo un momento.

—Fue hace tres días. ¿Cómo puede ser que no te hayas enterado?

Buena pregunta. En Nueva Canaán no había secretos; normalmente, se enteraba de los escándalos protagonizados por sus vecinos antes incluso que ellos mismos.

—He estado ocupada.

—¿Haciendo qué?

—Nada especial. ¿Qué ha pasado?

—Sarah está detenida.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Intentó quitarse el implante.

Lily se quedó callada un momento, tratando de relacionar esa noticia con Sarah, quien en una ocasión le había contado que su marido solo empleaba los puños porque la quería mucho. De todas las amigas de Lily, Sarah parecía la menos capaz de intentar algo tan drástico.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. —Michele empezó a aplicarse lápiz de labios—. Se hizo un corte en el hombro con un cuchillo. No consiguió quitarse el implante, pero casi muere desangrada. Ford la entregó.

Eso sí era típico de él. Una vez, durante unas vacaciones familiares, Ford se había dejado a Sarah en el área de descanso de una autopista de Pennsylvania. Si Sarah no lo hubiera llamado unos minutos más tarde, Ford tal vez habría llegado a Harrisburg antes de darse cuenta de que su mujer no iba con él.

—¿Qué le harán?

Michele se encogió de hombros, y Lily comprendió que su amiga ya había empezado a olvidar a Sarah, que había pasado página. Era normal: cuando alguien desaparecía, aprendías a olvidar enseguida; esa reacción estaba tan arraigada que parecía de mal gusto hacer otra cosa. Lily no había podido olvidar a Maddy, pero eso era diferente. Se sentía culpable.

—Te he traído los libros. —Lily los sacó de su bolso, pero cuando iba a dárselos a Michele, esta se agachó y vomitó en el lavabo. Antes de que hubiera terminado, el mecanismo de limpieza del lavabo se activó, produciendo débiles y metódicos sonidos de barrido.

—¿Estás bien? —preguntó Lily, pero Michele le quitó importancia con un ademán.

Cuando habló, lo hizo con voz pastosa.

—Vuelvo a estar embarazada.

—Felicidades —dijo Lily automáticamente—. ¿Niño o niña?

Michele escupió en el lavabo.

—Niño, por suerte. Si llega a ser otra niña, Mark quería que la diéramos en adopción.

—¿Qué?

—A mí me da igual una cosa que otra.

Lily se quedó mirándola. Michele nunca le había hablado así, y, aunque Lily suponía que ser la mujer de Mark Palmer no debía de ser ninguna maravilla, siempre había dado por hecho que Michele era igual que el resto de sus amigas, y que se alegraba de ser madre. Michele siempre iba a ver los partidos de fútbol y alardeaba de las buenas notas de sus hijos. Lily volvió a ofrecerle los libros, insegura, y Michele los metió dentro de su enorme bolso. El tamaño de los bolsos de Michele siempre era motivo de bromas entre sus amistades: necesitaba el espacio para los artículos de contrabando que transportaba por toda Nueva Canaán. Michele realizaba muchas de sus transacciones en aquellos aseos, uno de los pocos sitios de la ciudad donde no había cámara de vigilancia.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Lily.

—Tenerlo. ¿Qué quieres que haga? Mark ya se lo ha contado a todos en el trabajo.

—¿Y los analgésicos?

Michele achicó los ojos.

—¿Qué pasa con los analgésicos?

Lily frunció los labios; se sentía como la carabina antipática en una fiesta.

—¿No son malos para el bebé?

—¿Qué más da? El ochenta por ciento de las madres de ingresos elevados toman tranquilizantes o analgésicos, o ambas cosas. ¿No lo sabías?

—No.

—Claro que no. Las compañías farmacéuticas no quieren que esa información se haga pública. La gente podría empezar a preguntar por qué. — Michele la miró indignada—. Y luego estás tú. Tú no tienes que quedarte embarazada, ¿verdad? Te has librado de tener hijos.

Lily retrocedió. Michele y ella nunca habían sido amigas íntimas, pero siempre se habían llevado bien. Y ahora Lily se daba cuenta de lo poco que significaba eso.

—Mark siempre se ríe de vosotros. «Greg y su horno vacío», dice. Pero tú nunca tendrás que aguantar a cuatro críos que no paran de chillar, ¿verdad?

Lily dio otro paso atrás ante el semblante de Michele, por lo general hermoso, crispado ahora por el odio y... ¿los celos? Sí, eso parecía. Pero mientras retrocedía, notó que montaba en cólera. El retrato que acababa de hacer Michele correspondía al estereotipo de una mujer pobre con demasiadas bocas que alimentar. Lily había visto esa imagen en los carteles del gobierno cada vez que se debatía algún proyecto de ley sobre servicios sociales en el Congreso. Sin embargo, Michele tenía dos niñeras que la ayudaban a criar a sus tres hijos. Algunas amigas suyas tenían hasta tres o cuatro niñeras. Michele dedicaba, como mucho, una hora diaria a la tarea de ser madre.

Michele había sacado un tarro de pastillas, y se tragó dos sin esfuerzo. El mecanismo de limpieza digital había terminado, y el lavabo volvía a estar tan reluciente como cuando habían entrado. Michele se echó agua en la cara y se secó con una toalla.

—Tenemos que volver.

Cuando se sentaron a la mesa, Keith se inclinó hacia Lily y le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió y compuso una sonrisa. Durante el resto de la comida, intentó no mirar a Michele, pero no pudo evitarlo. ¿Se sentían, en el fondo, igual de desgraciadas todas sus amigas? Sarah ya había contestado esa pregunta. Jessa, quizá; su marido, Paul, era un tipo bastante decente hasta que bebía. ¿Christine? Lily no lo sabía. Christine siempre tenía los ojos vidriosos, lo que

podía deberse a las drogas o al fervor religioso; era la cabecilla del club femenino de lectura de la Biblia de su parroquia. Lily nunca había confiado en sus amigas, pero creía conocerlas.

Durante la comida, Lily intentó conversar con Keith, y él le preguntó por su madre y por sus planes para el resto del verano. Pero ahora Greg también miraba fijamente a Keith, con los ojos entornados y con el mismo recelo. Lily había visto muchas veces esa mirada cuando era niña: era la mirada de su perro, Henry, a quien no le gustaba compartir sus juguetes con nadie. Ese era el verdadero engaño: Lily ya no se pertenecía a sí misma. Era una muñeca, una muñeca que Greg había comprado y por la que había pagado. «Hay formas de evitarlo», le susurró Maddy, pero eso no logró aliviar la ansiedad de Lily. La consulta de la doctora Davis era una cosa, pero encontrar a un médico dispuesto a practicarle un aborto... Eso era un grado mucho más elevado de ilegalidad. De pronto se acordó de la mujer en avanzado estado de gestación a la que había visto en la consulta, la que había manchado la silla de sangre. ¿Acaso la doctora Davis también practicaba abortos? Lily nunca se lo había oído comentar a nadie, pero era lógico, por supuesto. No era una cosa que fueras contándole a la gente.

Greg se quedó en el club para jugar al golf con Mark y unos cuantos amigos más, así que Lily se marchó a casa sola, y durante el trayecto se alegró de no tener que hablar con su marido. Cuando Phil la dejó en casa, le preparó a Dorian un poco de caldo y se lo llevó al cuarto de los niños junto con una botella de agua. No se había atrevido a darle a Dorian otra cosa que no fuera caldo, de pollo y ternera, pero si Dorian se había cansado del menú, no había protestado. Cuando entró en el cuarto de los niños, encontró a Dorian haciendo estiramientos en el suelo, tocándose los dedos de los pies. Tenía la camisa empapada de sudor. Si podía hacer ejercicio, ya debía de encontrarse mejor, aunque todavía estaba muy pálida.

—¿No te da miedo que se te abran los puntos? —le preguntó.

—No importa —contestó ella resoplando. Se había recogido el rubio cabello en dos coletas hechas de cualquier manera, y eso hacía que se pareciera aún más a Maddy—. No puedo permitirme el lujo de estar fuera de circulación tanto tiempo.

—Seguro que él prefiere que, primero, te recuperes. —Por deferencia a Dorian, Lily no pronunció el nombre de Tear en voz alta. Pero se quedó intrigada: ¿tan exigente era el inglés que esperaba que Dorian empezara a

hacer vida normal dos días después de recibir un balazo? ¿O era ella misma la que se sometía a presión?

—Es un cuarto muy bonito —comentó Dorian—. Pero no he oído a ningún crío corretear por la casa.

Lily soltó una risotada.

—No quiero tener hijos —dijo.

—Yo tampoco.

—Bueno, tal vez me gustara tenerlos, pero no aquí. —Abrió un brazo señalando alrededor—. No así. Tomo pastillas.

Confiaba en sorprender a Dorian, quizá incluso impresionarla, pero Dorian se limitó a asentir con la cabeza y siguió con sus estiramientos.

—¿Has estado casada?

—¿Yo? ¡Qué va! Soy bollera.

Lily dio un respingo.

—¿Tienes relaciones sexuales con mujeres?

—Sí.

La naturalidad con que Dorian lo reveló dejó a Lily perpleja. Confesar abiertamente un delito a una desconocida, y especialmente un delito grave como la homosexualidad... eso sí era verdadera libertad. Señaló la cicatriz que Dorian tenía en el hombro.

—Esa cicatriz ¿es del implante?

—Sí. Lo primero que hacemos es quitarnos esa mierda de encima.

—¿Cómo?

—No puedo decírtelo. —Dorian siguió jadeando y tocándose la punta de los pies—. Es una información muy valiosa si alguna vez te detienen.

—Yo no me iría de la lengua.

Dorian esbozó una sonrisa amarga.

—Al final, todo el mundo larga.

—Quiero decir que soy de fiar.

—Pues entonces confíame un secreto. ¿Dónde guardas tus pastillas?

Lily le enseñó la baldosa suelta del rincón y el montoncito de artículos de contrabando que escondía debajo.

—Está muy bien camuflado. ¿Cuántos escondites tienes?

—Solo este.

—Eso no puede ser. Debes tener siempre más de un escondite.

—No puedo esconder nada en ningún otro sitio. Greg lo encontraría. Ahora,

de vez en cuando, hace registros. Pero aquí nunca entra.

—Jonathan dice que has modificado el sistema de vigilancia. —Dorian la miró con sincera admiración—. ¿Cómo ha aprendido una chica del muro a hacer una cosa así?

—Me enseñó mi hermana. Entendía mucho de ordenadores.

—Bueno, de todas formas yo buscaría otro escondite. Con uno nunca hay suficiente.

—¿Cuántos tienes tú?

—Cuando era pequeña tenía montones. Pero ya no tengo ninguno. —Dorian se levantó y cogió el cuenco de caldo—. En el mundo mejor no hará falta que escondamos nada.

—No lo entiendo. ¿Qué es, un mundo bíblico? ¿Van a descender los ángeles y van a limpiar la tierra?

—¡No, claro que no! —dijo Dorian riendo—. En el mundo mejor nadie necesitará la religión.

—No lo entiendo —repitió Lily.

—¿Cómo ibas a entenderlo? El mundo mejor no es para personas como tú.

Lily se retrajo como si le hubieran pegado una bofetada. Dorian no lo notó; estaba entretenida tomándose el caldo y contemplando el jardín a través de las puertas de vidrio. Lily se dio cuenta de que estaba esperando a que el inglés fuera a buscarla. Una parte de ella ya se había marchado de su casa.

Lily salió del cuarto de los niños, cerró la puerta con mucho cuidado y bajó al piso de abajo. Todo aquello era una estupidez. Tear y sus compinches debían de estar locos. Y aun así, se sentía como si la hubieran dejado atrás.

Cuando volvió en sí, Kelsea oyó tronar.

Alzó la vista y halló el consuelo de las estanterías de Carlin, las largas hileras de volúmenes, cada uno en su sitio. Estiró un brazo para tocar los libros, pero entonces recordó el sufrimiento de Lily, que reclamaba su atención desde varios siglos atrás.

«¿Por qué veo esto? ¿Por qué tengo que sufrir con ella, si su historia pertenece al pasado?»

Se oyó otro trueno, y con él, el último recuerdo de Lily se desvaneció. De pronto Kelsea se puso en alerta. No eran truenos, sino el ruido de muchos pasos en el pasillo. Kelsea miró hacia el otro lado y encontró a Pen de pie

detrás de ella, escuchando atentamente, y tan serio que a la joven se le olvidó enfadarse con él.

—¿Qué pasa, Pen?

—Quería salir a investigar, Señora, pero no debo dejaros sola en una situación así.

Kelsea oyó, a cierta distancia, un gruñido amortiguado; parecía provenir del final del pasillo.

—Vamos a ver qué es.

—Me parece que es Kibb, Señora. Lleva dos días enfermo, y cada vez está peor.

—¿Qué tiene?

—Nadie lo sabe. Gripe, quizá.

—¿Por qué nadie me ha dicho nada?

—Kibb no ha querido, Señora.

—Venga, vamos.

Lo precedió hasta el pasillo, donde no se movía nada salvo la llama de las antorchas. Bajo aquella luz débil, el pasillo parecía el doble de largo; se diría que recorría kilómetros desde la puerta a oscuras de las dependencias de los guardias hasta la bien iluminada sala de audiencias.

—¿Qué hora es? —preguntó Kelsea en voz baja.

—Las once y media.

Volvió a oírse aquel gruñido amortiguado: un grito de dolor apagado, más débil esta vez, cerca de las dependencias de los guardias.

—Maza no quiere que os acerquéis allí, Señora.

—Vamos.

Pen no intentó detenerla, lo que produjo cierta satisfacción a Kelsea. La débil luz de una antorcha brillaba por la puerta abierta de una de las cámaras del final del pasillo, y Kelsea apretó el paso.

Al torcer, se encontró en un dormitorio que solo podía ser de un hombre. Estaba todo muy oscuro y la decoración era muy escasa, pero a Kelsea le gustó la austeridad de la estancia; así era, precisamente, como ella se había imaginado las dependencias de sus guardias.

Kibb estaba tumbado en la cama, con la frente cubierta de sudor y desnudo hasta las caderas. Inclinado sobre él estaba Schmidt, el médico preferido de Maza para las emergencias. Elston, Coryn y Wellmer estaban a un lado de la cama, y Maza, en cuclillas a los pies, completaba el retablo. Cuando Kelsea

entró en la habitación, Maza torció el gesto, pero solo musitó:

—Señora...

—¿Cómo está?

Schmidt no la saludó con una reverencia, pero la joven no se ofendió; por lo visto, no había ego comparable al de aquel médico. Su voz reveló un marcado acento mort.

—Es el apéndice, Majestad. Podría intentar operarle, pero no serviría de nada. Reventará antes de que yo llegue ahí dentro. Si intervengo todo lo deprisa que requiere su estado, se desangrará. Le he administrado morfina para el dolor, pero no puedo hacer nada más.

Kelsea parpadeó, horrorizada. Para los cirujanos pre-Travesía, una apendicectomía era una operación rutinaria, tan habitual y tan sencilla que, en el caso de Lily, la habían practicado máquinas en lugar de manos humanas. Pero la expresión sombría y resignada del médico lo decía todo.

—Hemos prometido ocuparnos de su madre, Señora —murmuró Maza—. Hemos procurado que se sintiera lo más cómodo que fuera posible. Ya no podemos hacer mucho más. No deberíais estar aquí viendo esto.

—Quizá no, pero ya es un poco tarde para que me marche.

—¿El? —preguntó Kibb. Los narcóticos que le habían administrado le hacían arrastrar las palabras.

—Estoy aquí, imbécil —dijo Elston—. No pienso irme a ninguna parte.

Kelsea vio que Elston tenía una mano de Kibb entre las suyas. Se hacía extraño ver la manita de Kibb enterrada en el gigantesco puño de Elston, pero la joven ni siquiera pudo sonreír. Elston y Kibb lo hacían todo juntos, y Kelsea no recordaba haber visto a uno sin el otro ni una sola vez. Eran amigos íntimos... Pero ahora, al verlos con las manos entrelazadas, y al ver el dolor que Elston trataba por todos los medios de ocultar, Kelsea reparó en el tercer y el cuarto dato: ni Elston ni Kibb convivían con una mujer en la Ciudadela, y sus alcobas eran contiguas.

Elston la miró embobado, y Kelsea se esforzó para no sonrojarse. Tomó la otra mano de Kibb, que el guardia tenía al lado del cuerpo, con el puño prieto. Tenía los ojos cerrados y apretaba los dientes para contener un gruñido, y se le marcaban los tendones del cuello. Kelsea vio resbalar unas gotas de sudor por sus sienes y sus mejillas y perderse en su mata de pelo. Cuando le cogió la mano, Kibb abrió un poco los ojos e intentó sonreír sin dejar de apretar los dientes.

—Majestad —dijo con voz ronca—, soy un guardia real del Tear.

—Sí —repuso Kelsea sin saber qué otra cosa decir. La impotencia le había paralizado la lengua. Deslizó la mano dentro del puño de Kibb, y notó que él intentaba apretársela.

—Es un honor, Señora. —Kibb compuso una sonrisa de drogado, y volvieron a cerrársele los ojos. Elston ahogó un sollozo y se dio la vuelta, pero Kelsea no pudo moverse. Schmidt era, sin duda, el mejor médico que Maza había podido encontrar, pero no podía compararse con lo que antes era un médico. Ya no había medicamentos propiamente dichos, pues todos se habían hundido con la Nave Blanca; y al personal sanitario lo habían dejado atrás, cabeceando en las olas bajo la tempestad. ¡Qué no habría dado Kelsea en ese momento por uno solo de aquellos médicos! Pensó en el frío brutal que debían de haber soportado los supervivientes, flotando en medio del Océano de Dios hasta que el agotamiento les hizo hundirse bajo las olas. Al final debieron de sufrir terriblemente. Kelsea sintió que el aire, frío, se solidificaba a su alrededor, y se puso a temblar. Se le acalambraaron las piernas. Se le nubló la visión.

—¿Señora?

Kelsea notó una fuerte sacudida en el pecho, tan brusca que dejó escapar un grito ahogado. Pen la sujetó desde atrás; si no, la joven se habría caído. Ella asió más fuerte la mano de Kibb, tratando de no soltarla; de alguna forma, sabía que, si la soltaba, se rompería el hechizo y ya no podría hacer nada.

Sintió un fuerte dolor en el estómago. Cerró firmemente la boca, pero detrás de sus labios surgió un grito, y su cuerpo se rebeló. Una presión insoportable se instaló sobre su abdomen y le tensó los músculos al máximo.

—¡Sujetadla! ¡Abridle la boca!

Unas manos le agarraron los brazos y las piernas, pero ella apenas las notaba. La presión del abdomen se duplicó, se triplicó, siguió aumentando, era una sensación que Kelsea solo podía comparar con el chillido cada vez más intenso de un hervidor de agua. Su cuerpo seguía sacudiéndose, sus talones seguían hincándose en el suelo, pero Kelsea estaba a miles de kilómetros de allí, debatiéndose en el oscuro Océano de Dios, tratando de no hundirse. Una ola de agua helada se le vino encima y la cubrió por completo, y Kelsea tragó agua salada.

Unos dedos le abrieron la boca (los dedos de Pen; ella lo supo de alguna manera) y le buscaron la lengua, pero todo sucedía muy lejos. Kelsea solo

notaba aquel dolor desgarrador en el vientre; y el frío: un frío paralizante que parecía abarcar el mundo entero. Kelsea respiraba dando pequeñas boqueadas, tratando de no vomitar por la intrusión de aquellos dedos que le sujetaban la lengua.

—¡Doctor! ¡Venga aquí!

Unas manos sobre sus hombros, unas manos fuertes que la sujetaban. Las manos de Maza; y su cara, crispada por la ansiedad, gritando órdenes, porque así era como Maza gestionaba las crisis; a veces daba la impresión de que no sabía hacer otra cosa que gritar órdenes.

El dolor desapareció.

Kelsea inspiró hondo y se quedó quieta. Al cabo de unos momentos, las manos que la sujetaban se relajaron, pero sin soltarla del todo. La joven miró hacia arriba y los vio inclinados sobre ella: Maza, Pen, Elston, Coryn y Wellmer. El techo era una masa incomprensible de baldosas detrás de sus cabezas.

Pen musitó una disculpa y le sacó los dedos de la boca. Kelsea notaba el cuerpo liviano, limpio, como si su sangre hubiera sido sustituida por agua... El agua que salía del manantial que había cerca de la casita, tan transparente que podían cocinar con ella. Aquel frío exagerado también había desaparecido, y ahora Kelsea sentía calor, tanto que hasta le dio sueño, como si la hubieran envuelto en una manta.

—¿Señora? ¿Cómo estáis?

Kelsea seguía agarrando algo sólido: la mano de Kibb. Se incorporó, y Pen se desplazó para sujetarle los hombros. Kibb estaba completamente inmóvil y con los ojos cerrados.

—¿Está muerto?

Schmidt se inclinó sobre Kibb y realizó una serie de movimientos rápidos y clínicos que Kelsea admiró: de la frente al pulso, y luego otra vez a la frente. Examinó esas dos zonas con creciente nerviosismo, y entonces se volvió hacia Kelsea con gesto de perplejidad.

—No, Majestad. El paciente respira con normalidad.

Con una mano, hizo presión en el abdomen de Kibb, con cuidado, preparado para apartarse en cuanto el guardia hiciera el más leve movimiento. Pero Kibb no se inmutó. Ahora, hasta Kelsea veía subir y bajar el pecho de Kibb al ritmo de la respiración acompasada y tranquila de quien duerme profundamente.

—La fiebre ha desaparecido —murmuró Schmidt, y le apretó el estómago

sin miramientos, como si estuviera impaciente por suscitar una reacción—. De hecho, deberíamos secarlo y tapanlo para que no se enfríe.

—¿Y el apéndice? —preguntó Maza.

Schmidt negó con la cabeza y se echó hacia atrás. Kelsea encerró sus dos zafiros en una mano. No le habían transmitido nada desde el Argive, pero notar su peso la reconfortaba, pues era algo sólido a lo que podía aferrarse.

—¿Señor? —Uno de los guardias nuevos se había asomado por la puerta—. ¿Todo en orden? Hemos oído...

—Todo en orden —replicó Maza, y miró con gesto amenazador al resto de los presentes—. Vuelve a tu puesto, Aaron, y cierra la puerta al salir.

—Sí, señor —obedeció Aaron.

—¿Está bien? —preguntó Wellmer en voz baja. Su rostro, pálido, irradiaba juventud, como meses atrás, cuando Kelsea lo había conocido, antes de que la vida empezara a curtirlo. Maza no le contestó, solo miró a Schmidt con cara de resignación, la cara de un hombre que espera un veredicto pero ya sabe que está condenado.

El médico se enjugó el sudor de la frente.

—La inflamación ha desaparecido. Está aparentemente sano, salvo por la transpiración, y hasta eso podría explicarse como consecuencia de la pesadilla, el terror nocturno.

Todos se volvieron para mirar a Kelsea, todos excepto Elston, que siguió mirando fijamente a Kibb.

—¿Estáis bien, Señora? —preguntó Pen por fin.

—Sí, estoy bien. —Kelsea pensó en aquella noche, la primera vez que se había hecho un corte en el brazo. Después se había cortado otras veces; era un mecanismo que la ayudaba a enfrentarse a las situaciones difíciles, y su cuerpo era un buen sitio al que desviar su furia. Era mejor hacerse cortes en las piernas que en los brazos; era más fácil ocultarlos. Pero aquello ¿era parecido o diferente? Si eran las joyas, ¿por qué no emitían ninguna señal? Kelsea tenía los hombros duros como la piedra—. Pero estoy cansada. Tendré que ir a acostarme.

El rostro de Schmidt era la viva imagen de la derrota; no paraba de desviar continuamente la mirada de Kelsea a Kibb.

—Majestad, no sé qué es lo que acabo de ver, pero...

Maza agarró al médico por la muñeca.

—No has visto nada.

—¿Cómo?

—Nadie ha visto nada. Kibb estaba enfermo, pero por la noche ha empezado a mejorar.

Kelsea asintió con la cabeza en silencio.

—Pero si...

—¡Wellmer, usa el cerebro que Dios te dio! —le espetó Maza—. ¿Qué pasará si corre la voz de que la reina puede sanar a los enfermos?

—Ah. —Wellmer reflexionó un momento. Kelsea intentó pensar también, pero estaba muy cansada. Las palabras de Maza resonaron en su cabeza: «sanar a los enfermos...».

«¿Qué he hecho?»

—Entiendo, señor —dijo Wellmer—. Todos tendrían una madre enferma, o un hijo enfermo...

—¡Kibb! —Maza se agachó y sacudió a Kibb por un hombro, y luego le dio unas palmaditas en la cara. Elston hizo una mueca, pero no dijo nada—. ¡Despierta, Kibb!

Kibb abrió los ojos, y por un efecto de la luz de la antorcha, a Kelsea le pareció ver que sus pupilas eran casi transparentes, como si se las hubieran quitado y sustituido por... ¿qué? ¿Luz?

Dirigió sus sentidos hacia dentro y examinó su propio cuerpo, los latidos de su corazón. Todo se movía más deprisa de lo normal. Sacudió la cabeza y trató de librarse de los rayos de luz que parecían atravesar su mente. Desaparecieron, pero con un destello travieso que no ayudó a disipar la sensación de irrealidad que la invadía.

—¿Cómo te encuentras, Kibb? —preguntó Maza.

—Luz —gimió Kibb—. Mucha luz.

Kelsea alzó la vista y vio que el médico volvía a mirarla.

—¿Recuerdas algo?

Kibb soltó una risita.

—Estaba al borde de un acantilado y resbalaba. La reina me sujetaba. Era todo tan luminoso...

Maza se cruzó de brazos y apretó las mandíbulas con gesto de frustración.

—Es como si se hubiera dado un atracón de opio.

—¿Se le pasará, Señora? —preguntó Coryn.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó Kelsea. Todos, incluido Pen, la miraban con el mismo recelo, como si ella les hubiera estado ocultando algo,

como si siempre hubiera tenido un secreto que por fin se revelaba. Kelsea volvió a acordarse de los cortes de sus brazos y sus piernas, pero ahuyentó ese pensamiento.

Maza dio un gruñido de fastidio.

—Bueno, confiemos en que salga de este estado. Dejadlo aquí y ponedle vigilancia. Nada de visitas. Señora, deberíais ir a acostaros.

A Kelsea le pareció una idea maravillosa, así que se limitó a asentir y salió por la puerta, sin prestar atención a Pen, que la siguió en silencio. Quería pensar, poner en orden sus ideas, pero estaba demasiado agotada. Si podía sanar a los enfermos... Pero sacudió la cabeza y no quiso seguir aquel hilo de pensamiento. Sí, sabía que tenía poderes, pero unos poderes desastrosos. Notaba que aquella idea cuajaba en su cabeza.

«Sanar a los enfermos, sanar a los enfermos.»

Las palabras de Maza resonaban como campanas en su cabeza por mucho que Kelsea intentara ahuyentarlas.

Al día siguiente, después de la cena, Kelsea se encontraba en medio de su discusión diaria con Arliss cuando llegó un mensajero con la noticia que ella tanto temía: seis días atrás, los mort habían cruzado la frontera. Tras varios intentos de ataque frustrados por los arqueros tear apostados en los árboles, Ducarte había acabado por adoptar el método más directo y le había prendido fuego a toda la ladera. Hall había tenido el acierto de retirar su batallón al Almont y evitar un enfrentamiento directo, pero casi todos sus arqueros habían quedado atrapados en el incendio, y habían muerto quemados en sus nidos de las copas de los árboles. Los mort ya debían de estar transportando su material pesado colina arriba, y el grueso de su infantería ya debía de haber entrado en el Almont. Bajo las órdenes de Bermond, el ejército tear se había replegado hacia el Caddell. El incendio seguía ardiendo en los Montes Fronterizos; si no llovía pronto, miles de hectáreas de buena madera quedarían destruidas.

Kelsea creía estar preparada para esa noticia; al fin y al cabo, sabía desde el principio que era inevitable. Aun así, la conmocionó saber que había soldados mort en territorio tear. Desde hacía dos semanas, un ala del ejército mort estaba sitiando el Puerto del Argive, tal como Bermond había vaticinado; la Calzada Mort era una ruta mucho más conveniente para trasladar provisiones desde Demesne que el terreno agreste de los Montes Fronterizos.

Pero, hasta el momento, el Argive había aguantado, y mientras los mort no habían podido salir de su territorio, la invasión había parecido, de alguna manera, menos real. Los mort no iban a encontrar ninguna recompensa en el Almont; toda la región oriental del reino estaba ya casi vacía, salvo algunas aldeas agrícolas aisladas de los extremos norte y sur cuyos ocupantes habían decidido permanecer donde estaban. Los mort no iban a poder saquear nada, pero aun así Kelsea detestaba imaginarlos allí, moviéndose por sus tierras como una lenta y oscura marea. Arrugó el mensaje con una mano y notó que se le abría un corte reciente que tenía en el muslo. Los cortes la ayudaban a mantener la ira en su interior, impedían que se derramara y salpicara a quienes la rodeaban, pero tener que reprimirse continuamente empezaba a resultar frustrante. Le habría gustado tener un objetivo real, alguien a quien pudiera herir físicamente, y ese anhelo la llevaba a hacerse cortes más profundos, a deleitarse con el dolor que sentía incluso mientras sangraba. Los cortes se curaban solos a una velocidad increíble, a veces incluso en menos de un día, de modo que era bastante fácil ocultárselos a los demás... A todos excepto a Andalie, que se encargaba de lavarle la ropa a Kelsea. Andalie no decía nada, pero Kelsea sabía que estaba preocupada. Pese al calor del verano, Kelsea solo se ponía gruesos vestidos negros de manga larga, y eso únicamente servía para realzar su parecido con Lily Mayhew, que también tenía muchas cosas que esconder. Kelsea dedicaba mucho tiempo a tratar de entender a Lily, de entender qué conexión podía haber entre ellas dos, pues no podía creer que tuviera visiones tan detalladas, tan realistas, sin que hubiera ninguna razón concreta. Con ayuda del padre Tyler, ya había revisado todos los libros de historia de Carlin, y no había constancia de ninguna Lily en ninguna parte. Históricamente hablando, Lily era irrelevante... Y sin embargo, no lo parecía cuando Kelsea estaba con ella, atrapada en su vida. Con todo, había pospuesto su investigación, porque no podía dedicarle tanto tiempo a Lily ni al pasado. El presente se había vuelto demasiado terrible.

Con el mensaje de Bermond encerrado todavía en el puño, la joven salió del despacho de Arliss y se dirigió a grandes zancadas a su alcoba. Le cerró la cortina a Pen y se acercó a la chimenea. El retrato del hombre apuesto seguía apoyado en la pared, tapado con una cubierta. Aquel cuadro la inquietaba un poco; había comprobado que los ojos de aquel hombre la seguían allá donde fuera, y parecía que le sonriera. Además, Andalie detestaba profundamente al individuo del retrato. Si Glee o ella habían tenido más visiones, Andalie no le

había comentado nada, pero trataba aquel cuadro como si fuera un veneno, y había sido ella quien lo había tapado con una sábana.

Kelsea levantó la tela y contempló el cuadro largo rato. Por lo menos, el hombre retratado junto a la chimenea era extraordinariamente guapo, y daba gusto mirarlo. Andalie decía que era el demonio, y era cierto: Kelsea percibía la crueldad de su mirada incluso en pintura. No obstante, era consciente de que eso también formaba parte de su atractivo. La joven ya había soñado varias veces con él; apenas recordaba esos sueños, en los que estaba desnuda ante él en lo que parecía una cama de fuego. Kelsea despertaba siempre justo antes de que hubiera contacto físico, y sus sábanas estaban empapadas de sudor. Era muy diferente de lo que sentía por el Traedor, quien, pese a sus fechorías, parecía una persona decente. La perversidad de aquel hombre la atraía, era magnética. Deslizó un dedo por el lienzo mientras cavilaba. Había dicho que sabía cómo derrotar a la Reina Roja. Kelsea no se lo había creído del todo, pero los mort ya habían llegado, y ella tenía que aferrarse desesperadamente a cualquier esperanza. El hombre había dicho que quería ser libre. Había dicho que acudiría cuando ella lo llamara.

Kelsea se sentó delante del fuego, sobre las piernas cruzadas. El fuego ardía con ímpetu y le calentaba la cara.

«Solo quiero conservar todas mis opciones», se dijo con firmeza.

No hay nada malo en eso.

—¿Dónde estás? —dijo en voz baja.

Se formó una especie de masa oscura delante de las llamas, como si el hollín se compactara, y al cabo de un momento apareció él frente a la repisa, alto y sustancial. La reacción de Kelsea a su presencia fue aún más intensa que la vez anterior: se le aceleró el pulso y sintió una gran agitación; intentó controlarse. Se dio cuenta de que el deseo la hacía parecer estúpida... y no quería parecer estúpida ante aquel personaje.

¿De dónde sales?, le preguntó. ¿Vives en el fuego?

Vivo en la oscuridad, heredera del Tear. Llevaba años esperando ver el sol.

Kelsea señaló el retrato.

Ese cuadro es muy antiguo. ¿Eres un fantasma?

Él le echó un vistazo al lienzo, y una sonrisa amarga se dibujó brevemente en su cara.

Quizá me consideréis un fantasma, pero soy de carne y hueso.

Comprobadlo vos misma.

Le puso una mano en el pecho, justo por encima de los senos. Kelsea levantó involuntariamente los hombros, pero él no pareció notarlo, y le lanzó una mirada escrutadora.

Os habéis vuelto más fuerte, heredera del Tear. ¿Qué os ha pasado?

Quiero negociar.

¿Cómo, sin preámbulos ni cumplidos? Sonrió, y a Kelsea la alarmó su reacción a aquella sonrisa. El placer hace que la vida sea más soportable, no sé si lo sabéis.

Kelsea cerró los ojos, se concentró y aspiró entre los dientes al abrírsele una herida reciente del antebrazo. Era un corte profundo y doloroso, pero eso le calmó el pulso y le alivió el dolor de los pechos. *Dijiste que sabías cómo derrotar a la reina de Mortmesne.*

Sí. Ella no es invulnerable, aunque le gustaría serlo.

¿Cómo se la puede vencer?

¿Qué me ofrecéis a cambio, heredera del Tear? ¿Os ofrecéis vos misma?

Tú no me quieres a mí. Quieres tu libertad.

Quiero muchas cosas.

¿Qué podría querer un ser como tú del mundo físico?

Todavía obtengo placer de las cosas materiales. Necesito sustentarme.

Sustentarte ¿con qué?

El hombre sonrió, aunque sus ojos lanzaron destellos rojizos. *Sois rápida, heredera del Tear. Sabéis hacer las preguntas adecuadas.*

¿Qué quieres? Sé más explícito.

Podríamos negociar y firmar un tratado, pero no como ese que acabó con vuestra madre.

¿A mi madre también te le apareciste así?

Tu madre no era digna de mi atención.

Kelsea se dio cuenta de que lo que acababa de decirle era un cumplido, y funcionó: produjo un débil y tibio resplandor en su interior. Sin embargo, siguió adelante, pues sabía que no podía dejarse desviar del tema.

Si hemos de hacer un trato, quiero que las condiciones estén claramente definidas.

Muy bien. Vos me liberaréis, y yo os revelaré las flaquezas de la Reina Roja. ¿Estáis de acuerdo?

Kelsea titubeó. Las cosas iban demasiado deprisa. El material de asedio

que transportaban los mort dificultaba su avance; según los cálculos de Hall, Kelsea podía contar con que tardarían por lo menos un mes en llegar a la ciudad. No era mucho, pero sí tiempo suficiente para reflexionar y tomar una decisión acertada. Y de pronto la asaltó una nueva preocupación: aunque encontrara la forma de destruir a la Reina Roja, ¿garantizaría eso la destrucción de su ejército? ¿Moriría cuando le cortaran la cabeza, o sencillamente le saldría otra, como a una hidra?

«Demasiadas incógnitas, Kelsea», oyó susurrar a Carlin, y supo que tenía razón.

Lo pensaré, dijo. El hombre parpadeó, como si estuviera fatigado; de pronto parecía menos sólido, y su rostro había palidecido. Kelsea entrecerró los ojos y vio las llamas de la chimenea a través de su caja torácica.

Al reparar en qué estaba mirando Kelsea, el hombre frunció el ceño. Cerró los ojos un momento y recuperó la solidez; cuando los abrió de nuevo, volvía a sonreír. Su sonrisa era tan cálida, de una sensualidad tan calculada, que Kelsea se levantó y dio un paso atrás. Su excitación se tiñó rápidamente de miedo.

¿Qué eres?

El hombre miró más allá de Kelsea, por encima de su hombro izquierdo. Contrajo el rostro, y sus labios se tensaron y mostraron sus dientes, muy blancos. Sus ojos tenían un brillo rojizo, y de pronto ardía en ellos un odio que hizo retroceder a Kelsea, tambaleante, hasta que tropezó con el bajo de su vestido. Se preparó para una caída aparatosa, pero, antes de que esta se produjera, alguien la sujetó por debajo de los brazos. Cuando miró hacia arriba, el fuego se había apagado y el hombre había desaparecido, pero aquellos brazos seguían sujetándola, y forcejeó para librarse de ellos.

—Tranquila, Reina Tear —le murmuró una voz al oído, y la joven se quedó quieta.

—Es usted. ¿Qué ha hecho para que Pen le dejara pasar?

—Está inconsciente.

—Pero ¿está bien?

—Sí, claro. Lo he puesto fuera de circulación, solo el tiempo necesario para hablar de negocios con vos.

Negocios, cómo no.

—Suélteme. Voy a encender una vela.

El Traedor la soltó dándole un firme empujón hacia arriba, y Kelsea fue

arrastrando los pies hasta la mesilla de noche. Notó que todavía tenía las mejillas coloradas. Se tomó su tiempo para encender la vela, tratando de serenarse, pero mientras buscaba a tientas las cerillas oyó la voz del Traedor detrás de ella.

—Tres centímetros hacia la izquierda.

«Así que es verdad que puede ver en la oscuridad», pensó la joven, molesta. Cuando por fin encendió la vela y se dio la vuelta, no se encontró ante el hombre al que recordaba, con aquella sonrisa juguetona y aquellos ojos traviosos. El Traedor la observaba con gesto de gravedad.

—Sabía que vendría aquí tarde o temprano. ¿Qué os ha pedido?

—Nada —mintió Kelsea, pero sabía que el rubor de sus mejillas la delataría. Nunca había sabido mentir, y menos aún al Traedor.

Él se quedó mirándola.

—Voy a daros un consejo, Reina Tear. Hace mucho tiempo que conozco a ese personaje. No le deis nada. Ni siquiera habléis con él. Solo os causará sufrimiento.

—¿Quién es?

—En sus tiempos fue un hombre, un hombre poderoso. Se llamaba Rowland Finn.

A Kelsea le sonó aquel nombre. Carlin había mencionado a Finn en una ocasión, en relación con el Desembarco, pero no recordaba exactamente qué había dicho.

El Traedor se le acercó más. Kelsea se dio cuenta de que estaba escrutando sus facciones, catalogando los cambios; agachó la cabeza y lo miró con disimulo, fingiendo observar el suelo. El Traedor parecía gozar de buena salud, aunque estaba más delgado que la última vez que se habían visto. Tenía el rostro algo más bronceado, como si hubiera estado en el sur. Todavía se sentía atraída por él, quizá más incluso, y esa atracción iba acompañada de una dolorosa sensación de pérdida que Kelsea localizaba en el fondo de su estómago. Todo el deseo que se había apoderado de su cuerpo unos minutos atrás se había transferido con asombrosa facilidad al Traedor, y Kelsea se dio cuenta de lo frívolas que habían sido sus anteriores reacciones; lo que sentía por ese hombre eclipsaba lo que pudiera sentir por cualquier otra persona. Llevaba mucho tiempo soñando con el día en que volvería a ver al Traedor, el día en que lo recibiría siendo una mujer atractiva, casi hermosa, y no una niña con cara de pan. Pero no le gustó nada la forma en que él la observaba.

—¿Quién es usted, Traedor? ¿Tiene un nombre verdadero?

—Tengo muchos nombres. Todos son útiles.

—¿Por qué no me dice el verdadero?

—Los nombres tienen poder, Reina Tear. Antes, vos os llamabais Raleigh, y ahora, Glynn. Ese cambio ¿no ha significado nada para vos?

Kelsea pestañeó; esa pregunta no le hizo acordarse de Barty y Carlin, ni de su madre, sino del Tratado Mort y de la firma con tinta roja estampada en él. La reina de Mortmesne ocultaba su verdadero nombre al mundo. ¿Por qué ese empeño en no revelarlo? Ahora Kelsea se apellidaba Glynn, como cuando vivía con Carlin y Barty y el mundo entero buscaba a una niña apellidada Raleigh. Pero ¿qué razón podía haber para que una mujer tan poderosa como la Reina Roja necesitara ocultar su verdadero nombre? ¿Tan desesperada estaba por dejar atrás el pasado?

«¿Quién es ella realmente?»

El Traedor había ido hasta la mesa de Kelsea y se había puesto a toquetear los papeles que había allí.

—Habéis adelgazado, Reina Tear. ¿Es que no coméis suficiente?

—Claro que como, y mucho.

—Pues no sigáis ocultándome vuestro rostro. Dejadme ver qué habéis hecho.

Era inevitable. Kelsea dejó que la examinara, aunque no levantó la vista del suelo.

—Os habéis transformado —constató el Traedor con voz cansina—. ¿Era esto lo que queríais?

—¿Qué quiere decir?

Él señaló los zafiros.

—No entiendo mucho de estas cosas, pero no es la primera vez que veo cómo esas joyas conceden un deseo. Lograsteis una verdadera proeza en el Argive. ¿Qué otras hazañas habéis realizado?

Kelsea apretó la mandíbula.

—Ninguna.

—Sé cuándo mentís, Reina Tear.

Kelsea se retrajo. El Traedor había hablado en un tono que le había recordado a Carlin cuando la sorprendía cometiendo alguna infracción sin importancia, como robar una galleta de la cocina o eludir sus tareas domésticas.

—¡Nada! A veces tengo sueños. Visiones. Nada más.

—¿Sobre qué?

—Cosas de antes de la Travesía. Una mujer. ¿Qué importancia tiene eso?

—Desde que nos conocemos —replicó él achicando los ojos—, ¿cuándo habéis sido vos quien decide lo que importa y lo que no?

Kelsea notó que su compostura se debilitaba, como una viga de madera de escasa calidad que se dobla.

—¡Ya no soy ninguna cría, ni estamos en su campamento! ¡No me hable así!

—Para mí, Reina Tear, todavía sois una niña. Una cría, diría yo.

La rabia que sentía hizo que le brotaran las lágrimas, pero las contuvo y respiró a bocanadas. «Esto no es lo que yo suponía que pasaría», pensó con congoja.

—¿Qué aspecto tiene esa mujer pre-Travesía? —preguntó el Traedor.

—Es alta, guapa y triste. Casi nunca sonrío.

—¿Cómo se llama?

—Lily Mayhew.

El Traedor compuso una sonrisa tierna y sincera que tambaleó los cimientos del enfado de Kelsea y lo debilitó.

—¿Sale también una niña? ¿Una niña con el pelo largo y pelirrojo?

Kelsea se apresuró a repasar sus recuerdos de Lily; negó con la cabeza, y le sorprendió la decepción que delató la expresión del Traedor. Era evidente que estaba ansioso por oírle dar una respuesta afirmativa.

—¿Quién es Lily Mayhew?

El Traedor negó con la cabeza. Le brillaban los ojos como si fueran a brotarle las lágrimas, aunque a Kelsea le costara creerlo. Nunca había visto a aquel hombre conmoverse por nada.

—Una mujer cualquiera, supongo.

—Si solo va a hacerme preguntas y no va a darme ninguna respuesta, váyase a la mierda.

—Cuidad vuestro lenguaje, Reina Tear.

—Lo digo en serio. Hable claro o lárguese.

—Está bien. —Se sentó en la butaca de Kelsea, se recostó y cruzó las piernas; había desaparecido todo rastro de emoción—. En Mortmesne ha surgido un movimiento de protesta.

—Ya he oído hablar de él. Lazarus les ha enviado provisiones.

—Necesitan más apoyo.

—Pues apóyelos. Mi reino ni siquiera tiene fondos suficientes para armar su ejército.

—Ya los apoyo. He invertido una parte considerable de mi fortuna en ellos.

—Ah. Así que es usted. Levieux, ¿no? ¿El viejo? ¿Nunca se le ha ocurrido invertir parte de esa fortuna en el Tear?

—Hasta hace muy poco, Reina Tear, habría preferido invertir mi dinero en habichuelas mágicas. Ahora estoy comprometido con esa gente, que lucha por un Mortmesne más justo. Pero necesitan victorias para seguir adelante. Si el Tearling los apoyara abiertamente, mejoraría su moral.

—¿Y el Cadare?

—Los cadarese ya han empezado a sabotear su tributo a Mortmesne, lo que supone una distracción útil. Pero los mort no tienen a los cadarese en gran estima, mientras que vos despertáis mucha más curiosidad allí, sobre todo entre los pobres.

—Lo tendré en cuenta. Necesito hablar con Lazarus.

—¿Sabéis que los mort ya han cruzado la frontera?

—Sí.

—¿Qué haréis cuando lleguen?

—Para entonces habremos alojado a toda la población en Nueva Londres. Vamos a estar apretados, pero cabremos, al menos durante un tiempo. Tengo un batallón entero organizando las provisiones para el asedio y fortificando la parte más desprotegida de la ciudad.

—Tarde o temprano abrirán una brecha en la muralla.

—Ya lo sé —dijo Kelsea frunciendo el ceño.

—Y ¿qué pensáis hacer?

La joven no contestó y evitó mirar hacia la chimenea. El Traedor no insistió; apoyó la barbilla en un puño y se quedó mirándola, risueño.

—Vuestra mente es fascinante, Reina Tear. Nunca descansa.

Ella asintió y cruzó la habitación hasta su mesa. Se dio cuenta de que se estaba exhibiendo, tratando de que él la observara como ella lo observaba a él. De pronto se odió a sí misma. Era la misma de siempre, y a él nunca le había interesado. Si de pronto le interesaba, ahora que Kelsea tenía un rostro y un cuerpo agraciados, ¿en qué lo convertía eso?

«Es inútil». Con el físico que tenía antes, que era auténtico, no había conseguido nada. Pero su físico actual era peor, falso y vano, y cualquier cosa que obtuviera gracias a él estaría marcada por esa falsedad. Si era para eso

para lo que servían los zafiros, no le interesaban.

—Os habéis vuelto muy bella, Reina Tear.

Kelsea se ruborizó. Esa afirmación, que minutos antes la habría halagado, no hizo sino asquearla.

—¿Qué pensáis hacer con vuestra nueva belleza? ¿Buscaros un marido rico?

—No pienso compartir mi trono con cualquiera.

—¿No queréis tener un heredero?

—Hay otras formas de conseguirlo.

El Traedor echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Muy pragmática, Reina Tear.

Kelsea miró hacia la cortina y pensó en Pen. Si la carcajada del Traedor no lo había despertado, debía de estar fuera de combate.

—Vuestro guardia está bien. Lo despertaré antes de irme. Por si os consuela, es más duro de pelar que los guardias de vuestro tío; al menos Alcott permanece despierto cuando está de servicio.

Kelsea aprovechó aquella ocasión para cambiar de tema.

—Supongo que debo agradecerle el adorno que trajo para mi jardín.

El Traedor mudó la expresión y se quedó pensativo.

—Thomas murió con dignidad, aunque me fastidie admitirlo. Murió como un hombre.

Morir con dignidad. Kelsea cerró los ojos y volvió a ver a los mort acercándose, cruzando el Caddell y superando las murallas. Se volvió hacia la chimenea. ¿Dónde estaba el apuesto Rowland Finn? ¿Adónde había regresado?

—No penséis en él, Reina Tear.

La joven lo miró.

—¿Puede leer la mente?

—No me hace falta. Nunca me habéis ocultado nada. Yo no puedo impedir que él venga aquí cuando se le antoje, pero insisto: no le concedáis nada. Nada que él os pida, ni espacio en vuestra mente. Es un gran seductor, lo sé...

Kelsea se sintió cogida in fraganti.

—A mí también me engañó, hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —le espetó Kelsea—. ¿Cuántos años tiene?

—Demasiados.

—¿Por qué no está muerto?

—Recibí un castigo.

—¿Un castigo? ¿Por qué?

—Cometí el peor de los delitos, Reina Tear. Pero callad y escuchadme. — Kelsea se crispó. El Traedor había vuelto a emplear el mismo tono que Carlin, el tono que uno emplearía con un niño díscolo, y la joven sintió la imperiosa necesidad de demostrarle que se equivocaba, que ya no era ninguna cría. Pero no sabía cómo hacerlo.

—Row Finn, el hombre, era un mentiroso —continuó el Traedor—. Todavía lo es. La reina mort cedió; fue necia. ¿Vos también sois necia?

—No —masculló Kelsea, aunque sabía que sí lo era. Se había vuelto hermosa, y ya no era ninguna cría. Pero era la más necia del mundo por pensar que eso pudiera significar algo para el Traedor. Él seguía estando tan lejos de su alcance como antes.

—Me habéis impresionado, Reina Tear. Ahora no lo estropeéis todo. —Se levantó de la butaca y sacó algo de su bolsillo, y Kelsea vio que era su máscara, la misma máscara horrible que llevaba puesta el día que lo había conocido. Se disponía a marcharse. No iba a darle nada más.

«Adiós, y buen viaje», dijo una vocecilla dentro de su cabeza. Pero Kelsea supo que aquello solo era un penoso intento de su mente de protegerse. El Traedor desaparecería y la dejaría sin nada. Ella anhelaba algo a lo que aferrarse, y detrás de ese anhelo llegó la rabia. Era la mujer más poderosa del Tearling, y aun así ese hombre podía destrozarla con solo unas pocas palabras. ¿Siempre iba a ser así?

«No siempre. No eternamente, por favor, Dios mío. Déjame ver alguna luz al final.»

Respiró hondo, y, cuando habló, comprobó, satisfecha, que su voz se había endurecido.

—No vuelva a venir aquí sin que yo lo invite. No será bien recibido.

—Vendré y me iré cuando se me antoje, Reina Tear. Siempre lo he hecho. Lo que tenéis que hacer es procurar que no tenga que venir a buscaros. —Se puso la máscara—. Hemos hecho un trato.

—¿Me importa un cuerno nuestro trato! —le soltó Kelsea—. Finn me ofrece ayuda real. Usted, en cambio, ¿qué me ha ofrecido?

—Solo la vida, mocosa desagradecida.

—Lárguese.

El Traedor hizo una reverencia burlona; los ojos le brillaban detrás de la

máscara.

—Con el tiempo, quizá lleguéis a ser tan bella como vuestra madre.

Kelsea cogió el libro que había encima de la mesilla de noche y se lo lanzó, pero rebotó en su hombro sin hacerle daño. El Traedor soltó una risa amarga que salió, hueca, por la boca de la máscara.

—No podéis herirme, Reina Tear. Nadie puede herirme. Ni siquiera puedo herirme yo mismo.

Salió a la antecámara de Pen, cerró la cortina y desapareció.

Kelsea se derrumbó en la cama, hundió la cara en la almohada y rompió a llorar. Hacía meses que no lloraba, y las lágrimas la aliviaron: aflojaron en su interior un hilo que se había tensado mucho. Sin embargo, el dolor en el pecho no desapareció.

—Jamás será mío —murmuró con la cara hundida en la almohada; pero el Traedor seguía allí, instalado en su pecho y en su garganta como algo que se hubiera tragado, algo demasiado grande con lo que lidiar. No había forma de echarlo.

Notó que una mano se posaba suavemente en su hombro, y se sobresaltó. Alzó la mirada, con los ojos llorosos, y vio a Pen de pie junto a la cama. Levantó una mano para darle a entender que estaba bien, pero él se quedó mirándola consternado, sin decir nada, y su expresión de angustia hizo que a la joven volvieran a brotarle las lágrimas.

«Este es el hombre del que debería haberme enamorado», pensó, y aún le dieron más ganas de llorar. Pen se sentó en la cama, a su lado, le tomó una mano y se la apretó. Aquel modesto gesto hizo que Kelsea se derrumbara y llorara aún con más ansia; tenía los ojos hinchados y le moqueaba la nariz. En esta vida, demasiadas cosas habían resultado más difíciles de lo previsto. Echaba de menos a Barty y Carlin. Echaba de menos la casita, con su tranquilidad y sus rutinas, donde todo era conocido. Echaba de menos a la niña que había sido, que nunca había tenido que tomar decisiones relacionadas con el futuro, ni preocuparse por nada que no fuera cosa de críos. Echaba de menos aquella otra vida, más fácil.

Al cabo de unos minutos, Pen la levantó de la almohada, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho, y se puso a mecerla como hacía Barty cuando ella se caía y se hacía daño. Kelsea comprendió que Pen no iba a hacerle preguntas, y lo agradeció tanto que, por fin, las lágrimas dieron paso a pequeños jadeos e hipidos. Se acurrucó contra el torso desnudo de Pen y le

gustó su tacto cálido, duro y reconfortante contra su mejilla.

«Podríamos guardarlo en secreto», susurró una vocecilla en su cabeza; no sabía de dónde había salido ese pensamiento, pero al cabo de un momento se dio cuenta de que la vocecilla tenía razón. Podría ser un secreto. Nadie tenía por qué saberlo, ni siquiera Maza. Su vida privada, sus decisiones personales, eran asunto suyo, y de pronto se sorprendió diciendo en voz baja, haciéndose eco de aquel susurro: «Podríamos guardarlo en secreto, Pen».

Pen se echó hacia atrás y se quedó mirándola, y Kelsea comprendió, aliviada, que él sabía exactamente qué le estaba ofreciendo, y que no tenía que explicárselo.

—Vos no me amáis, Señora.

Kelsea negó con la cabeza.

—Entonces ¿por qué queréis esto?

Era una buena pregunta, pero aun así a Kelsea le molestó que Pen se la hiciera. «¡Tengo diecinueve años!, —le habría gustado decirle—. ¡Y todavía soy virgen! ¿No te parece suficiente!» Ella no amaba a Pen, ni él la amaba a ella, pero le gustaba verlo sin camisa, y de pronto parecía sumamente importante demostrar que no era ninguna chiquilla. No entendía que tuviera que haber una razón para que deseara lo mismo que deseaban los demás.

Pero eso no podía decírselo a Pen. No quería hacerle daño.

—No lo sé. Pero es lo que quiero.

Pen cerró los ojos y esbozó una sonrisa, y Kelsea se retrajo al recordar el desequilibrio de poder entre ellos dos; ¿acaso creía el guardia que le estaba ordenando que se acostara con ella? Pen tenía principios y, como ya había señalado, era un guardia real. Quizá no bastara con que nadie lo supiera; Pen lo sabría, y ese era el problema.

—Decide libremente, Pen —dijo, y le puso una mano en el cuello—. Ahora no soy la reina. Solo soy...

Pen la besó.

No era como en los libros. Kelsea apenas tuvo tiempo para discernir qué estaba sintiendo; estaba demasiado ocupada tratando de no ser inepta, tratando de averiguar qué tenía que hacer con la lengua. «Cuánto trabajo», pensó, ligeramente disgustada, pero la mano de Pen se había deslizado hasta uno de sus pechos, y eso le gustó más, porque se aproximaba más a sus previsiones. Kelsea no sabía si tenía que quitarse el vestido o dejar que se lo quitara Pen, pero él ya había tomado la iniciativa y le había desabrochado la mitad de los

botones. En la alcoba hacía frío, y sin embargo ella estaba sudando; entonces los labios de Pen encontraron su pezón. Kelsea dio un respingo y ahogó un gemido. Pen le quitó el resto del vestido, y entonces paró en seco.

Kelsea miró hacia abajo y vio lo que estaba viendo él: sus brazos y sus piernas, surcados de heridas en varias fases de cicatrización. No tenían tan mal aspecto como a la luz del día, pero hasta Kelsea, que estaba acostumbrada a sus propias heridas, se daba cuenta de que sus extremidades ofrecían una imagen espantosa.

—¿Qué os habéis hecho?

Kelsea cogió el vestido y empezó a ponerse las mangas. Lo había estropeado, como lo estropeaba todo cuando se empeñaba en comportarse como una persona adulta.

Pen la detuvo cogiéndole la muñeca con suavidad, y la joven no supo descifrar su expresión.

—¿No podéis hablar de ello?

Kelsea negó con la cabeza y se quedó mirando el suelo, turbada. Pen deslizó un pulgar por una de las cicatrices del muslo, y de repente ella se dio cuenta de que estaba casi desnuda, de que había un hombre contemplando su cuerpo y de que ella ni siquiera se había ruborizado. Quizá sí estuviera madurando un poco, al fin y al cabo.

—Entiendo —dijo Pen—. No es asunto mío.

La joven alzó la mirada, sorprendida.

—Vos vivís en un mundo que ninguno de nosotros puede ver, Señora. Lo acepto. Y podéis decidir libremente.

Kelsea lo miró con más detenimiento. Entonces le apartó la mano de su muslo y, con suavidad, la puso entre sus piernas. Pen la besó, y ella empezó a acariciarle todo el cuerpo, como si no pudiera acercárselo lo suficiente.

—Quizá os duela —susurró él—. La primera vez duele.

Kelsea miró a los ojos al hombre que durante meses no había hecho otra cosa que protegerla de cualquier peligro, y se dio cuenta de que la inmensa mayoría de sus libros la habían engañado. Presentaban el amor como una proposición excluyente. Lo que ella sentía por Pen no se parecía a lo que sentía por el Traedor, y sin embargo también era amor, otra forma de amor. Le puso una mano en la mejilla.

—No me harás daño, Pen. Soy fuerte.

Pen compuso una sonrisa como las de antes, como las que Kelsea llevaba

semanas sin ver. Cuando entró en ella, le dolió; Kelsea notó un fuerte escozor, y habría cerrado las piernas, pero no estaba dispuesta a que Pen lo supiera por nada del mundo, y se apretó contra él tratando de seguir el ritmo de sus movimientos. El dolor se intensificó, pero ya no había vuelta atrás; la joven sintió que había cruzado un abismo, y que había dejado atrás un puente roto. Los mort estaban allí, esperando... Kelsea sacudió la cabeza para ahuyentar ese pensamiento. La invasión no debía interferir en aquello; ahora no podía pensar en eso. Intentó concentrarse en Pen, y en su propio cuerpo, pero no lograba librarse de la imagen: más allá, esperando, como una poderosa marea, los mort.

La cosa oscura

¡Oh, cuánto vicio bajo austero manto tal vez esconde el que parece un santo!

Medida por medida,
(período pre-Travesía)
WILLIAM SHAKESPEARE

Llegó agosto, reluciente y abrasador. La ciudad apestaba con el calor; cuando salía al balcón, a Kelsea le llegaba el tufo a cloaca, y el hedor, menos acre pero también desagradable, de la carne pudriéndose al sol. Como no había tierras de pastoreo, muchos animales que los evacuados se habían llevado a la ciudad estaban empezando a morir de hambre. Tras una breve consulta a Maza, la joven había ordenado que todos los animales de granja de la ciudad y sus alrededores, excepto las cabras y las vacas lecheras, fueran sacrificados inmediatamente, y que se curtiera su carne para el asedio. Ese decreto no le había granjeado las simpatías de los ganaderos del Almont, pero su cólera parecía preferible a las enfermedades que sin duda alguna proliferarían si los animales morían y se pudrían en las orillas del Caddell, contaminando el suministro de agua de la ciudad.

Javel, Dyer y Galen partieron hacia Demesne el dos de agosto. Salieron de noche, al amparo de la oscuridad, deprisa y sin hacer ruido. Partieron con tanto sigilo que ni siquiera Kelsea se enteró hasta que ya se hubieron marchado. Eso la enfureció, pero Maza se limitó a recordarle, con su laconismo habitual, que lo había puesto al mando de la operación, y Kelsea no pudo protestar.

El cuatro de agosto, Kelsea encontró a Andalie sola en su alcoba y cerró la

puerta, dejando a Pen fuera. Llevaba varios días reuniendo el valor necesario para enfrentarse a aquello, pero ante la mirada inquisitiva de Andalie, estuvo a punto de perderlo. Se había acostado con Pen tres veces más y, si bien la experiencia había sido cada vez mejor, en todas las ocasiones una desagradable verdad había pesado cada vez más en la mente de la joven.

—¿Puedo pedirte un favor, Andalie?

—Claro, Señora.

—Tú que vas al mercado... ¿Has oído alguna vez que allí puedan conseguirse artículos de contrabando?

Andalie afiló su mirada.

—¿Qué necesitáis, Señora?

—Quiero... —Kelsea miró hacia la puerta para asegurarse de que Pen no había vuelto a entrar en la alcoba—. Quiero comprar anticonceptivos. Tengo entendido que se pueden conseguir en el mercado negro.

Andalie no se mostró sorprendida.

—Sí, se pueden conseguir. Lo difícil es distinguir entre los verdaderos y los falsos. Y los verdaderos son muy caros.

—Puedo pagarlos. ¿Podrías comprármelos? No quiero que lo sepa nadie.

—Sí, puedo, Señora. Pero no sé si habéis pensado en las consecuencias.

Kelsea frunció el ceño.

—¿Tienes objeciones morales?

—¡No, por Dios! —Andalie rio—. Yo también los habría tomado, pero nosotros no teníamos dinero. Bastantes problemas tenía ya para alimentar a mis hijos. No os censuro, Majestad. Lo único que digo es que he oído lo que se comenta en la ciudad. La gente quiere un heredero. No sé qué puede pasar si llega a saberse que tomáis anticonceptivos.

—Ahora mismo, la opinión pública es lo que menos me preocupa. Tengo diecinueve años. No quiero ser una esclava de este reino.

—En eso el pueblo no estará de acuerdo. Aun así, puedo conseguirlos el jarabe, si es lo que queréis.

—Sí, es lo que quiero —dijo Kelsea con firmeza—. ¿Cuándo vas al mercado?

—El jueves.

—Te daré el oro. Te lo agradezco.

—Tened cuidado, Señora —la previno Andalie—. Sé qué significa ser joven, os lo aseguro. Pero el arrepentimiento suele aparecer cuando la

juventud ya se ha esfumado.

—Sí. —Kelsea había estado observándose los pies, pero de pronto alzó la vista y miró a Andalie con gesto casi suplicante—. Lo único que quiero es tener mi propia vida. Tener vida, como cualquier otra chica de mi edad. ¿Tan terrible es eso?

—No es terrible en absoluto, Majestad —replicó Andalie—. Pero aunque anheléis llevar una vida normal, no lo conseguiréis. Sois la Reina del Tearling. Hay ciertas cosas que no podéis elegir.

Unos días más tarde, Kelsea reunió por fin el valor para hacer un encargo que llevaba casi un mes posponiendo. Reunió a Maza, Pen y Coryn, salió del Pabellón Real, subió tres tramos de escaleras, torció a la izquierda, a la derecha y otra vez a la izquierda, y entró en una gran sala sin ventanas de la planta doce de la Ciudadela. Elston se levantó de un sillón que había junto a la puerta. Por una vez, Kibb no estaba con él. Aunque Kibb parecía haberse recuperado por completo físicamente, Maza todavía se mostraba receloso, y observaba atentamente a Kibb para comprobar si había cambiado algo.

—¿Te lo pasas bien, Elston?

—Más de lo que podríais imaginar, Señora.

La estancia estaba iluminada con antorchas, y en el centro había una jaula de acero que llegaba casi hasta el techo. Los barrotes eran delgados, pero parecían extremadamente fuertes. En el centro de la jaula, Arlen Thorne estaba sentado en una silla de madera, con la cabeza hacia atrás y la vista fija en el techo. La silla era el único mueble que había en la jaula.

—¿Ni siquiera tiene un catre? —preguntó Kelsea a Maza en voz baja.

—Puede dormir perfectamente en el suelo.

—¿Sin una manta, siquiera?

Maza arrugó la frente.

—¿A qué viene esta repentina simpatía por Thorne, Señora?

—No es simpatía, sino preocupación. Hasta el peor de los criminales merecería una manta.

—¿Habéis venido a recrearos, Majestad? —preguntó Thorne—. ¿O vais a pasaros todo el día ahí murmurando los dos?

—Quién lo ha visto y quién lo ve, Arlen. —Kelsea se colocó a unos tres metros de los barrotes, y Pen la siguió y se colocó entre Kelsea y la jaula. Por

un momento, a la joven la distrajo la figura de espadachín de Pen, a quien ahora veía con otros ojos; el sexo cada vez le gustaba más, y ya le costaba no imaginarse a su guardia personal desnudo. Sin embargo, habían acordado mantener aquello en secreto, y ella pensaba cumplir su palabra—. Coryn, ¿puedes traerme algo donde sentarme, por favor?

—Sí, Señora.

—¿Cómo va la invasión, Majestad? —preguntó Thorne.

—Mal —admitió Kelsea—. Los mort avanzan desde la frontera. Mi ejército no aguantará mucho tiempo.

Thorne se encogió de hombros.

—Era un resultado inevitable.

—Al menos no finge arrepentimiento; eso hay que reconocérselo, Arlen.

—¿De qué iba a arrepentirme? Jugué lo mejor que pude con las manos que me habían repartido. Contra la mala suerte no se puede hacer nada. —Thorne se inclinó hacia delante; sus ojos azul intenso brillaban en la habitación en penumbra—. ¿Cómo os enterasteis de lo de mi cargamento especial, Señora? Siempre me lo pregunto. ¿Alguien se fue de la lengua?

—No.

—Entonces ¿cómo lo supisteis?

—Mediante magia.

—Ah, ya. —Thorne se recostó—. He visto hacer magia un par de veces.

—¿No le importa nada, Arlen?

—Las cosas que nos importan solo son lastre, Majestad.

Coryn regresó con una silla, y Kelsea se sentó delante de la jaula.

—¿Y Brenna? Ella seguro que le importa. ¿O me han informado mal?

—Brenna es una herramienta útil, y le gusta que la utilicen.

Kelsea hizo una mueca de disgusto, pero entonces se acordó de la mujer encolerizada de la mazmorra. Quizá hubiera algo de verdad en lo que Thorne acababa de decir.

—¿Cómo se convirtió Brenna en lo que es?

—El entorno, Majestad. Mi Brenna y yo crecimos en el peor de los infiernos. —Thorne ladeó la cabeza hacia Maza, y sus labios dibujaron una mueca de maldad—. Tú ya sabes de qué hablo. Te vi allí.

—Se equivoca —replicó Maza con voz monótona.

Thorne sonrió.

—No, capitán de la guardia. Estoy seguro de que eras tú.

Maza golpeó los barrotes, produciendo un estrépito de acero contra acero que resonó por aquel reducido espacio.

—Siga hablando, Thorne —dijo en voz baja— y acabaré con usted.

—¿Crees que me importa, capitán? Tú o la sogá, a mí qué más me da.

—¿Dirá lo mismo cuando envíe a ese juguete suyo a Mortmesne y se lo entregue a Lafitte? —Maza se acercó a la jaula y agarró los barrotes, y Kelsea se alegró, de pronto, de no poder verle la cara. Maza no solía dejar que lo pusieran nervioso; Thorne debía de haber tocado una fibra muy sensible—. Las albinas van muy buscadas. Atraen a los clientes como moscas.

—No tienes ningún motivo para hacerle daño a Brenna.

—Pero si me obliga se lo haré, Thorne. Cierre la boca.

Thorne arqueó las cejas.

—Y vos ¿apoyáis esto, Majestad?

Kelsea no estaba nada cómoda con el giro que había dado la conversación, pero asintió con firmeza.

—Yo apoyo cualquier decisión de Lazarus.

—Claro, lo sabía. Kelsea la virtuosa. Kelsea la desinteresada. —Thorne sacudió la cabeza y rio—. Esos pobres desgraciados de ahí fuera están entusiasmados con vos, Majestad. Creen que los salvaréis de los mort. Habéis interpretado bien vuestro papel, pero yo siempre supe que no erais mejor que el resto de nosotros.

—Yo nunca he pretendido ser virtuosa ni desinteresada —le espetó Kelsea—. Y no me explico cómo os atrevéis a atribuirnos ni una pizca de autoridad moral.

—Pero yo no escondo lo que soy, Kelsea Raleigh. Bueno, ahora os hacéis llamar Glynn, ¿no? Esos delirios que sufrís los demás... tanto trabajo y tanta arquitectura para convencerlos de que sois mejores, más puros. Todos queremos lo que queremos, y estamos dispuestos a hacer casi cualquier cosa para conseguirlo. Hacedos llamar como queráis, reina Kelsea, pero sois una Raleigh hasta la médula. En ese linaje no hay altruistas.

—No quiero morir, Arlen, pero daría la vida por cualquiera de estos hombres, y ellos la darían por mí. El espíritu de sacrificio existe, es real, pero usted nunca lo entenderá.

—Claro que lo entiendo. Tengo cierta información que Su Majestad consideraría valiosa, tan valiosa que he pensado, muchas veces, que bien podría canjearla por mi vida. Pero no lo haré.

—¿Qué información es esa?

—Primero, mi precio: la vida y el bienestar de Brenna.

Maza se puso a gritar, pero Kelsea le hizo callar.

—¿Qué quiere decir «bienestar»?

—Brenna es mi protegida, todo el mundo lo sabe. Y cuando yo desaparezca, mucha gente querrá descargar su ira sobre ella también. Necesita protección.

—No intente vendernos que su albina es inocente, Thorne. Es un ser peligroso.

—Brenna ha tenido mala suerte, Majestad. A los dos nos criaron como a animales. Maza y vos habríais acabado como nosotros si hubierais tenido nuestro destino.

Maza se lanzó contra la jaula e intentó agarrar a Thorne con sus manazas. Thorne no se inmutó; ni los largos brazos de Maza podían llegar tan lejos a través de los barrotes.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No quieres recordar los viejos tiempos conmigo? ¿No quieres recordar el ruedo?

—Elston —gruñó Maza, y volvió la cabeza—. Las llaves.

—No, Elston.

—¡Dejádnoslo a nosotros, Señora! —saltó Elston, exaltado, y avanzó mientras cogía las llaves que llevaba al cinto—. ¡Por favor, os lo suplico!

—¡Siéntate, Elston! Y tú, Lazarus, basta. Este hombre debe morir ante aquellos con quienes ha sido injusto.

Maza había vuelto a dirigirse hacia los barrotes, pero esa vez se detuvo.

—¿Vais a ejecutarlo?

—Sí. Ya lo he decidido. El domingo que viene, en el circo.

—Thorne fue injusto conmigo, Señora —dijo Elston en voz baja—. Me siento tan agraviado como el que más. Dejad que lo haga yo.

—¡Por amor de Dios, no seas infantil! —saltó Thorne—. Fue un accidente. No tenía ni idea de quién eras. ¡Han pasado veinte años y sigues sin madurar!

—Traficante de mier...

—¡Basta! —gritó Kelsea. Se le había agotado la paciencia—. ¡Fuera de aquí! ¡Todos fuera, menos Pen!

—Señora...

—¡Fuera, Lazarus!

Maza tuvo el detalle de mostrarse avergonzado al salir, y se llevó a Elston y Coryn. Cerró de un portazo.

—Menos mal —murmuró Thorne. Se dejó caer en la silla, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Kelsea estaba aturdida. La conversación había dado un giro inesperado hacia territorio desconocido. Maza le había hecho creer que la albina era una reliquia extraña del pasado de Thorne, un fetiche que llevaba consigo como quien lleva un amuleto. Sin embargo, a menos que Thorne estuviera jugando a algún otro juego (y Kelsea no podía imaginar de qué podía tratarse), acababa de revelar un altruismo sincero, algo que no se correspondía en absoluto con Arlen Thorne.

—¿Dónde se crio, Arlen?

—Vais a ejecutarne el domingo que viene, Majestad. No tengo por qué contaros mi biografía.

—Quizá no. Pero si es cierto que le hicieron algo terrible cuando era niño, quizá yo pueda impedir que a otros les suceda lo mismo.

—Lo que les suceda a otros no es asunto mío. A mí solo me importa lo que le suceda a Brenna.

Kelsea suspiró. El altruismo, si era cierto que se trataba de eso, no iba a extenderse más allá.

—Supongamos que me gusta lo que pretende venderme; ¿qué quiere que haga con ella?

—Quiero que le busquéis a Brenna un sitio aquí.

—¿En la Ciudadela? —preguntó Kelsea extrañada.

—No estará segura en ningún otro lugar, Majestad. No podéis esconderla; es demasiado fácil reconocerla. Quiero que viva dentro de una estructura segura, donde esté bien alimentada y vestida, y protegida por un guardia leal a quien no se pueda sobornar.

—Hasta al guardia más leal se lo puede comprar, Arlen. Usted destruyó a uno de los míos.

—A Mhurn lo destruyó la morfina, Señora, como ha destruido a tantos necios que intentan esconderse del aquí y ahora. Yo únicamente soy el hombre que encontró el cadáver, le quitó el polvo e hizo lo que pudo con él.

—Dios mío, qué frío sois, Arlen.

—Sí, ya me lo han dicho, Majestad. Pero eso no cambia las cosas: solo un imbécil culparía al camello.

Kelsea inspiró hondo y evitó pensar en Mhurn.

—¿Qué os hace pensar que Brenna aceptará mi protección? No creo que me

tenga mucho aprecio.

—Tenéis razón, Señora. Pero aceptará.

—Y ¿qué me ofrece a cambio?

—Una buena baza contra la Reina Roja.

Kelsea lo miró con escepticismo.

—Tenemos una larga historia, Majestad. Nadie conoce bien a la Reina Roja, pero me atrevería a afirmar que yo la conozco mejor que cualquier hombre que haya sobrevivido para contarlo.

—Esa baza que tenéis ¿conseguirá que se aleje de nosotros, que su ejército se retire?

—No, Majestad. Si así fuera, estaríamos negociando por mi vida además de por la de Brenna.

—Si esa información que tenéis no va a salvar el Tearling, ¿por qué me va a interesar?

—Eso tenéis que decidirlo vos, Señora. —Thorne se encogió de hombros—. Pero yo nunca he rechazado la posibilidad de adquirir un poco de influencia. Estas cosas suelen resultar útiles cuando menos lo esperamos.

Kelsea hizo una mueca; se sentía manipulada. Ese hombre era un mentiroso, uno de los mejores mentirosos del Tear, y sin embargo, le creía. Parecía haberse resignado a su destino. Y tal como estaban las cosas, lo que pedía era muy poco.

—Yo no faltó a mi palabra, Majestad, y tengo entendido que vos tampoco. —Los azules ojos de Thorne brillaban detrás de los barrotes de la jaula—. No pretendo engañaros. Lo que os propongo es un trato honesto: la seguridad y el bienestar de Brenna a cambio de una información interesante. ¿Aceptáis?

«Esto es pactar con el diablo», pensó Kelsea. Sabía que debía llamar a Maza y pedirle su opinión. Sin embargo, tenía la impresión de que aquella decisión debía tomarla ella sola. Reflexionó un poco más; entonces dio un suspiro y asintió.

—Trato hecho, Arlen.

Thorne le ofreció la mano a través de los barrotes para que se la estrechara, pero Kelsea negó con la cabeza.

—Ni hablar. ¿Qué información es esa?

—Vuestros dos zafiros, Majestad. Son lo que ella más desea.

—¿Esto? —Kelsea miró hacia abajo, pero una de sus manos se había adelantado y, por instinto, había agarrado los zafiros, ocultándolos de la vista

—. ¿Y por qué no exigió a mi madre que se los entregara como parte del Tratado? Podría haberlo hecho.

—Supongo que en aquella época no los anhelaba tanto, Majestad. Le interesaban más los esclavos. Pero ella y yo hemos mantenido una larga y fructífera relación de negocios, y mientras vos estabais escondida, vi como su deseo de hacerse con esas joyas aumentaba como una fiebre. Estaba impaciente por tener noticias de ellas, tanto como de vuestra cabeza, y con cada año que vuestro tío no conseguía entregárselas, crecía el odio que sentía por él.

—¿Para qué las quiere exactamente?

—Eso nunca me lo dijo, Majestad.

—¿Y no se atreve a aventurar una respuesta?

Thorne se encogió de hombros.

—Le da pánico la muerte, la idea de dejar de existir. Lo notaba a menudo, a pesar de que es algo que ella se esfuerza por disimular. Tal vez crea que vuestras joyas podrían ayudarla.

Kelsea pensó automáticamente en Kibb en su lecho de enfermo, empapado de sudor. Pensó en la oferta de Row Finn: una forma de destruir a la Reina Roja. Según Maza, hacía ya años que nadie intentaba asesinarla; todos daban por hecho que era imposible. ¿Cabía la posibilidad de que la Reina Roja todavía fuera vulnerable físicamente? Pero aunque Row Finn conociera su debilidad, ¿para qué podía servirle a Kelsea esa información? Había un ejército de más de quince mil hombres entre Nueva Londres y Demesne.

—Pero solo son conjeturas, Majestad —continuó Thorne—. Los mort la llaman «*maniaque*», lo que nosotros llamamos una maniática del control. Vos, y vuestros zafiros, sois variables, y la Reina Roja no es una persona que se sienta cómoda con las variables, ni siquiera con las favorables.

Kelsea se quedó mirándolo, fascinada y asqueada a la vez.

—¿Se acostaba con ella, Arlen?

—Ella lo habría querido. Se acuesta con un hombre, y luego cree que él le pertenece; lo guarda bien clasificado y catalogado. Pero yo no formo parte de la colección de nadie.

Thorne se levantó y se desperezó. Tenía los brazos tan largos que casi llegó a tocar el techo de la jaula.

—¿Para qué retrasar mi ejecución hasta el domingo, Majestad? Estoy harto de esperar, y, por supuesto, harto de la compañía de Elston. ¿Por qué no lo

hacemos ya?

—Porque incluso su muerte, Arlen, resultará útil. Su ejecución será pública, y los anuncios llegarán a todos los rincones del reino. Esto es lo que desea el pueblo, y yo se lo daré.

—Ah, el placer de las masas. Supongo que es una jugada inteligente.

—¿No teméis a la muerte?

Thorne hizo un gesto de indiferencia.

—¿Jugáis al ajedrez, Majestad?

—Sí, pero no muy bien.

—Yo juego mucho al ajedrez, y se me da bien. No suelo perder, aunque a veces ha sucedido. En ese tipo de juegos siempre hay un momento en que te das cuenta de que te van a vencer, de que el jaque mate está a cuatro, diez o doce movimientos. Según una escuela, debes hacer el mejor final posible, luchando hasta el último momento. Pero yo nunca he entendido esa teoría. Lo he calculado, y mi jaque mate se anunció en el momento en que vuestros hombres apresaron a Brenna. Desde entonces, todos mis movimientos no han sido más que inútiles correteos de peones.

—¿Qué es Brenna para usted? —preguntó Kelsea—. ¿Por qué significa tanto, si el resto de seres humanos no significan nada?

—¡Ah! Esa historia os costará mi vida, Majestad. ¿Queréis negociar?

—No. Pero estoy dispuesta a traer a Brenna aquí para que se despida de ella.

—No es suficiente.

—En ese caso, hemos terminado. —La joven se levantó—. Si cambia de opinión, dígaselo a Elston.

Antes de que llegara a la puerta, Thorne la llamó.

—¡Reina Glynn!

—¿Sí?

—No voy a contaros la historia de mi vida, ni Brenna tampoco. Pero Maza podría hacerlo, si lograrais obligarlo.

Kelsea se dio la vuelta, miró a su cautivo y replicó:

—Es obvio que lo único que quiere es abrir una brecha entre mi capitán y yo, Arlen.

Thorne esbozó una sonrisa.

—Muy perspicaz, Majestad. Pero la curiosidad es terrible. Estoy convencido de que mi brecha se hará más profunda con el tiempo.

—Creía que ya había terminado.

—La fase del jaque mate también tiene su entretenimiento. —Thorne se sentó en la silla e hizo un breve ademán de despedida—. Que tengáis buen día, reina Glynn.

—Aumenta la dosis.

—¿Qué?

—¡Aumenta la dosis! —gritó la reina, obligando a su voz a atravesar el grueso cristal.

Medire asintió con la cabeza y se apresuró a rodear la mesa de exploración, sobre la que yacía, atada, una esclava de Callae. La esclava no lo sabía, pero ya era un cadáver. Solo se trataba de saber cuánto tardaría en morir. Una fina línea de espuma roja había empezado a deslizarse desde una comisura de su boca; la esclava daba boqueadas y doblaba y aflojaba los dedos de las manos. La reina se preguntó si la mujer estaría haciendo ruido; el cristal ofrecía un aislamiento acústico casi total, uno de los mejores logros del Cadare. Miró la hora y comprobó que habían transcurrido casi setenta segundos.

La esclava dio una última boqueada abriendo la boca como un pez. Entonces su mirada se clavó en el techo, y se quedó inmóvil. Medire le cogió una muñeca, le tomó el pulso y le hizo una seña a la reina, que volvió a mirar la hora.

—Setenta y cuatro segundos —le dijo a Emmene, que estaba a su lado con papel y pluma en la mano.

—Mejor que en el último ensayo.

—Mucho mejor. Pero tenemos que perfeccionarlo aún más, si es posible. —Curiosamente, la reina le debía aquel novedoso descubrimiento al Tearling. Más de mil cien soldados habían muerto de picadura de serpiente en el lago Karczmar, y los cadáveres recuperados que habían llegado a Demesne estaban hinchados y ennegrecidos por efecto de la toxina. Recoger muestras de toxina había sido difícil, y habían muerto varios soldados encargados de esa tarea, pero los resultados habían merecido la pena. El veneno no solo mataba rápidamente tanto por inyección como por ingestión, sino que tenía un sabor dulce que podía disimularse fácilmente con vino o hidromiel. Muchos venenos eran amargos; aquel, en cambio, era una valiosa adquisición que la reina podría incorporar a su colección.

—Majestad.

Beryll había entrado sin hacer ruido. Casi nunca bajaba al laboratorio; Beryll era el hombre más eficiente que la reina había conocido, pero no tenía estómago para sus experimentos. Procuró no mirar a través del cristal.

—¿Qué ocurre?

—Ha llegado un jinete del general Ducarte. El ejército ha roto la línea tear en el Almont y ha empezado a descender por el Crithe. Los tear se baten en retirada.

La reina sonrió. Hacía semanas que sus labios no dibujaban una sonrisa tan sincera. Últimamente, las buenas noticias escaseaban.

—Envía heraldos a anunciarlo, aquí y en Cite Marche. Así pararán de pelear allí arriba.

—El general calcula que avanzará a un ritmo de cinco kilómetros diarios, como mínimo.

—Ducarte siempre acierta con sus cálculos. Envíale mis felicitaciones.

Beryll consultó la carta que tenía en la mano.

—También informa de que las aldeas de la región oriental del Almont fueron evacuadas antes de la llegada del ejército. No hubo saqueo; lo único que encontraron los soldados fueron unos cuantos animales enfermos a los que habían dejado allí. El resto del Almont también podría estar abandonado.

—¿Y?

—Los hombres de Ducarte están nerviosos, Majestad. Los botines son parte de su compensación.

—No me importan los botines —masculló la reina, enfurruñada. Oro, esclavos, ganado, madera... Al ejército le importaban mucho esas cosas, pero a ella ya no. Lo que ella quería era tomar Nueva Londres.

Sin embargo, caviló, esa noticia llegaba en el momento oportuno. La producción se había reducido en todos los sectores de la economía mort, pero los peores resultados eran los de la minería, donde el número de bajas entre los esclavos siempre había sido elevado. La sugerencia de la reina de que los capataces trataran a los esclavos con menos dureza había sido recibida con burlas ligeramente veladas. En Mortmesne, la minería era una lotería marcada por unas condiciones peligrosas y una rotación intensa. Todo ayudaba, y daba la impresión de que de las comunidades mineras del norte llegaba un torrente incesante de quejas.

Unos dedos repiquetearon en el cristal, detrás de ella. Medire, con las cejas

arqueadas, señaló a la esclava para saber si habían terminado. La reina asintió y se dio la vuelta mientras él tapaba el cadáver con una sábana. Beryll seguía esperando.

—¿Qué pasa?

—También hay un mensaje del teniente Martin desde el norte. Ha habido tres ataques más en Cite Marche. Según sus espías, los rebeldes planean empezar a actuar en otras ciudades, incluida Demesne.

—¿No se sabe nada de ese tal Levieux?

—El mensaje no lo menciona, Majestad.

—Maravilloso. —La reina se preguntó si habría cometido un error táctico al mandar a Ducarte al frente. Seguro que él habría obtenido resultados. Pero ya era demasiado tarde; Ducarte iba camino del Almont, y no le habría hecho ninguna gracia recibir una contraorden.

—¿Qué tengo esta noche?

Beryll cerró los ojos e hizo memoria. Tenía más de noventa años y padecía múltiples achaques, pero conservaba una mente fuerte y bien reglamentada.

—Tenéis cena con los Bell, pero no llegarán hasta las seis. Disponéis de mucho tiempo.

—Necesito echar una cabezada.

—Echáis demasiadas cabezadas, Majestad —murmuró Beryll con tono de firme desaprobación.

—Es inevitable. Ya no duermo por las noches.

Era cierto. Era por culpa de aquel sueño, que últimamente no la abandonaba: el infierno, el hombre de gris, la niña. La reina no lograba librarse de una sensación de catástrofe inminente.

—¿Por qué no tomáis uno de los mejunjes de Medire? —preguntó Beryll.

—Porque entonces necesitaría tomarlo habitualmente, Ryll. No quiero volverme dependiente.

—Ya dependéis de mí, Majestad.

La reina rio. El resto de sus servidores mantenían las distancias con ella, necesarias pero a menudo tediosas; Beryll, en cambio, estaba a su lado desde que tenía siete años, cuando la reina lo escogió entre un grupo de nobles mort que aguardaban su ejecución en un foso. Sus padres ya habían muerto en el levantamiento, y la reina se había compadecido de aquel niño solitario en cuyo rostro se reflejaba un dolor que ella reconocía y que aún recordaba vagamente de su juventud: el abandono y la pérdida.

—Sí, dependo de ti, Ryll. Los dos hemos tenido una larga vida.

—No la habría cambiado por nada, Señora.

Beryll sonrió, y su rígida determinación se debilitó un instante; en esa sonrisa la reina vio un atisbo del niño al que había sacado del foso encharcado de sangre. Se había agachado y le había tendido una mano, y el crío se había aferrado a ella. Ese recuerdo le dolía. Últimamente era como si el tiempo se extendiera sobre una distancia insalvable. La reina miró alrededor en busca de algo que la animara.

—Además, Medire no es tan buen farmacéutico como él cree. He oído rumores muy desagradables sobre los efectos secundarios. Sarpullidos y granos.

—Las pajes saben que no dormís y se ponen nerviosas, Majestad. Y su nerviosismo desciende por toda la cadena.

—Cuando tomemos el Tearling dormiré estupendamente.

—Como vos digáis, Majestad —replicó él con un tono que revelaba una pizca de incredulidad.

Beryll se despidió de ella cuando llegaron al final de la escalera y se dirigió hacia el salón del trono, mientras que la reina siguió su camino lentamente, cavilando sobre los dos mensajes que le había transmitido Beryll. La nota de Ducarte era breve y concisa como el general: la invasión progresaba debidamente, y el grueso del ejército mort avanzaba a un ritmo constante por la llanura del Almont. Martin, en cambio, había escrito su misiva con precipitación, y su tono rayaba en el pánico: a tres de sus interrogadores los habían asaltado en la calle, y cuatro días más tarde habían aparecido colgados en la muralla de la ciudad. Dos arsenales de la Corona habían quedado arrasados por el fuego. Un francotirador le había disparado una flecha a Vallee en la rodilla. El nerviosismo de Martin no mejoraba la situación. En cuanto Ducarte llegara a Nueva Londres y se llevara lo que quisiera de allí, volvería a encargarle que se ocupara de aquel... de aquella...

«Rebelión.»

Su mente rehuyó esa palabra, pero tras pensarlo un momento la reina tuvo que admitir que era la verdad: se enfrentaba a una rebelión, y no tenía a nadie capaz de sofocarla.

En el pasillo ancho y de techos altos que conducía a sus aposentos, la reina encontró a cinco pajes en corro hablando en voz baja.

—Seguro que podríais estar haciendo algo más interesante con vuestro

tiempo —les dijo, mordaz, y le alegró ver cómo se sobresaltaban al oírlo—. Id a hacer algo útil.

Se marcharon murmurando disculpas que la reina no contestó. Sus pajes tenían una actitud respetuosa, aunque todas delataban alguna vez la insolencia de la juventud, la impaciencia por tener que servir a una mujer a la que consideraban anciana. La reina se detuvo antes de entrar en su alcoba y se miró en uno de los espejos de cuerpo entero que había junto a la puerta. No, no era joven como aquellas muchachas de ojos sin arrugas y pechos turgentes. Pero tampoco era vieja. Era una mujer madura, una mujer que sabía lo que hacía.

«Soy inalterable —pensó la reina con orgullo—. Sí, sigo siendo vulnerable a las armas y las heridas, pero ni la edad, esa implacable arma de doble filo, ni el deterioro, ni la enfermedad volverán a tocarme.» La reina se puso seria y arrugó la frente. No iba a envejecer, pero últimamente el tiempo pesaba sobre ella: concebía el tiempo como poder, como una fuerza que ejercía una presión increíble. Aunque había tenido una vida larga, había comenzado muy tarde a examinarla; hacía muy poco que había empezado a percibir el peso de los años sobre sus hombros, algo nada sencillo como el tiempo... Y ahora eso ya era historia.

Entró en sus aposentos y cerró la puerta. Beryll le llevaría chocolate caliente, y eso la haría dormir una hora, por lo menos. La alcoba era bonita y estaba caldeada, perfecta para echar una cabezada. Se dispuso a...

Estuvo a punto de tropezar al dar contra un bulto inerte que había en el suelo. Miró hacia abajo y encontró a Mina, una de sus pajes, allí tirada, con el cuello tan torcido que su cara quedaba orientada hacia la espalda.

La reina se volvió hacia la chimenea y vio el resplandor de las llamas, una columna de fuego tan potente que notó su calor desde el otro extremo de la habitación.

—¡No! —dijo, y una mano se cerró alrededor de su cuello.

—Sois desleal, Reina Mort —le susurró una voz al oído.

Intentó gritar, pero la mano de aquella cosa oscura ya había empezado a apretar, cerrándole la tráquea. Reunió todo su poder y lo utilizó para librarse de la cosa; la lanzó con todas sus fuerzas, y la cosa fue a parar sobre una mesa que había en un rincón, partiendo la madera con un crujido sordo.

La reina corrió a protegerse detrás del sofá; obligó a su dolorida garganta a respirar, sin desviar la mirada de la masa oscura que empezaba a

desenroscarse en el rincón. De pronto la cosa se puso en pie con una sacudida, un movimiento extraño y poco natural parecido al de la goma de un tirachinas, y la reina dio un chillido. Una cara de payaso la miraba con malevolencia desde el rincón oscuro, blanca y con una sonrisa torcida en los labios. Tenía los ojos de un rojo llameante.

La reina volvió a atacar y empujó a la cosa contra el suelo, pero solo le dio de refilón. La cosa tenía una consistencia extraña, cambiante; la reina no acertaba a distinguir su contorno, ni a localizar extremidades, órganos ni tejido. No había nada que su mente pudiera asir.

Un chorro luminoso salió del fuego y fue derecho hacia ella. La reina se tiró al suelo y rodó hacia la pared; al prender el sofá que tenía detrás, notó una bofetada de aire caliente. De pronto la habitación apestaba a tela quemada. La reina intentó ponerse en pie, pero una mano la agarró por el brazo y la lanzó contra una pared. Notó que se le partía algo en el hombro, y dio un grito fuerte y ronco. Se arrodilló y comprobó que el dolor le impedía levantarse. El calor le abrasaba la cara; la enorme alfombra que había delante de la chimenea también había prendido.

Unos puños golpearon la puerta, y la reina oyó voces al otro lado. Pero no podía esperar a que entraran, ni ellos podían ayudarla. Volvió a encontrar a la cosa, que iba hacia ella moviéndose con sigilo entre el humo. La agarró por el pelo y la levantó del suelo, y la reina aspiró entre los dientes cuando la cosa le arrancó un mechón de pelo. La cosa oscura la levantó hasta que la reina tuvo que ponerse de puntillas.

—Habíamos hecho un trato, zorra mort.

—La niña —dijo ella, jadeando—. Puedo conseguirte a la niña.

—La niña ya es mía. Me costó aún menos que tú. —Sonrió mientras zarandeaba a la reina. Ella volvió a gritar; sintió que se le partía el hombro por la mitad—. Me pertenece, y tú ya no me sirves para nada, Evelyn Raleigh. Para nada en absoluto.

La puerta se abrió de golpe y la cerradura saltó por los aires. La cosa oscura se distrajo; fue solo un instante, pero en ese momento, de pronto, la reina la vio en su mente con claridad: una silueta plateada y reluciente, los huesos delineados con luz roja. Buscó su caja torácica, la agarró y apretó, atenazándole todo el torso con el torno de su mente. La cosa oscura gruñía, pero la reina no dejó de apretar, hasta que la cosa le soltó el pelo. Ya con los pies en el suelo, la reina vio que los ojos rojos de la cosa estaban a solo un

centímetro de su cara, y se estremeció al ver tanto desdén en ellos: desdén no solo hacia ella, sino hacia toda la humanidad, hacia cualquiera que se interpusiera en su camino.

—No puedes matarme, Reina Mort —susurró, y sus labios rojo oscuro dibujaron una mueca. Su aliento apestaba a sangre y a carne podrida—. No eres lo bastante fuerte. La niña me liberará, y ya no necesitaré el fuego para encontrarte.

La reina vio entrar a sus guardias en la alcoba, meras siluetas entre el humo. También vio a Beryll, todo lealtad y angustia, en el otro extremo de la habitación. La cosa oscura se retorció en sus manos, y la reina tuvo una sensación horrible, como si los gusanos se retorcieran en su mente. Intentó aplastarla, pero no tenía fuerza suficiente.

—¡Apagad el fuego! —gritó a los guardias—. ¡Apagad el fuego! ¡Apagadlo!

Los guardias obedecieron, raudos; corrieron hacia la cama para coger las sábanas. La cosa oscura intentó soltarse, pero la reina volvió a apretar. Su contorno se dibujaba con una claridad extraordinaria en su mente, pero los bordes la lastimaban, y una corriente eléctrica se movía bajo sus manos.

«Poder —pensó la reina, aturdida—. ¿Cómo ha adquirido tanto poder?»

La cosa oscura soltó una risa histérica que hizo que la reina estuviera a punto de soltarla.

—Nunca tendrás eso que buscas, Reina Mort. Nunca serás inmortal.

—Sí lo seré —dijo ella, casi sin aliento. Le pareció que algo se debilitaba en las costillas de la cosa, pero no estaba segura. La sensación ardiente que notaba en las palmas de las manos hacía que le costara calibrarlo—. Sí lo seré.

—He visto tu huida. Perseguida por un hombre vestido de gris, y a la niña a tu lado. He visto el cataclismo detrás de ti.

La reina cerró los ojos, pero no consiguió ahuyentar aquellas palabras.

—Los inmortales no necesitan huir, Reina Mort. Pero tú huirás, y morirás, y toda la guarnición del infierno estará esperándote. Créeme, Reina Mort, porque yo he estado allí.

La reina apretó los dientes y notó que algo cedía en el cuerpo de la cosa, que se abría una pequeña grieta. La cosa oscura emitió un chillido agudo, y la reina bramó, triunfante. Le sangraba la nariz, pero ella ni siquiera se dio cuenta. Le había hecho daño. Solo un poco, pero era suficiente. La cosa oscura tampoco era inmortal. Tal vez ella no tuviera poder suficiente para matarla,

pero se la podía matar. Se dio cuenta, vagamente, de que los guardias tenían el fuego bajo control.

Pero no habían apagado el fuego de la chimenea.

—¡Apagadlo todo, maldita sea! ¡El de la chimenea también!

Por encima del hombro de la cosa oscura se alzó una sombra, una sombra que se convirtió en Beryll; iba hacia ellos sosteniendo una silla como si fuera un garrote. Golpeó con ella la cabeza de la cosa oscura, y la reina notó que el impacto repercutía por todo su cuerpo; dentro de su mente, el contorno de la cosa oscura tembló. Lanzó un bufido, volvió la cabeza y vio a Beryll.

—¡No! —gritó la reina. Pero era demasiado tarde. Había perdido la concentración. La cosa oscura se soltó de su presa, agarró a Beryll por el cuello y se lo partió con un rápido movimiento de las manos. Beryll se desplomó sin hacer ruido, y entonces el fuego se apagó y la alcoba quedó sumida en la oscuridad. La forma brillante que había aparecido en la mente de la reina parpadeó, se apagó y acabó desapareciendo. La reina cayó al suelo, jadeando y sujetándose el hombro dislocado.

—¡Majestad! —gritó el capitán de su guardia—. ¿Dónde estáis?

—Estoy bien, Ghislaine. Enciende una vela. Pero solo una vela.

Sus palabras provocaron confusión y tropiezos. La reina se arrastró, apoyándose en su hombro bueno y protegiéndose el malo, hasta que llegó junto al cuerpo inerte y todavía caliente de Beryll, junto a la pared. El débil resplandor de la vela empezó a alumbrar la habitación, y la reina vio los ojos del anciano, abiertos, mirándola sin ver. Beryll había vivido muchos años, sí, y era muy anciano, pero la reina solo veía al niño al que había sacado del foso: un chiquillo alto y flaco con mirada inteligente y sonrisa fácil. Algo se contrajo en su interior, y le dieron ganas de llorar. Pero eso era inconcebible. Llevaba más de cien años sin derramar una sola lágrima.

Levantó la vista y vio a sus guardias, en corro a su alrededor, expectantes y asustados; creían que iban a culparlos de aquel desastre. Había que culpar a alguien, desde luego, y tras pensar un momento, la reina comprendió de quién era la culpa.

—Mis pajes. Hacedlas venir.

Cuando las cinco mujeres se presentaron ante ella, la reina las miró de arriba abajo preguntándose quién sería la traidora. ¿Juliette, que provenía de una de las mejores familias de Demesne y que aspiraba a reinar algún día? ¿Bre, a la que una vez había hecho azotar por estropearle un vestido? ¿O quizá

Genevieve, aficionada a hacer comentarios rebeldes para ganarse la aprobación de las demás? La reina nunca había sentido que le pesara tanto su edad como cuando las tuvo a las cinco delante, una sólida e implacable pared de juventud.

—¿Quién ha sido? ¿Quién ha encendido la chimenea?

Vio pasar muchas emociones por sus caras: sorpresa, consternación, indignación. Al final, todas adoptaron un gesto exagerado de inocencia. La reina frunció el ceño.

—Mina está muerta, pero no ha sido Mina. Ella no habría sabido hacer un fuego decente aunque su vida hubiera dependido de ello. Ya me conocéis, señoras. No soy justa. Si ninguna admite su culpabilidad, recibiréis todas el mismo castigo. ¿Quién ha incumplido mi orden explícita de hacer fuego?

Nadie contestó. La reina notó que las cinco estaban unidas contra ella. Contempló el cadáver de Beryll y de pronto lo entendió: ya no había lealtad. Beryll, Liriane... los suyos ya estaban todos muertos, y ahora se hallaba rodeada de jóvenes desconocidas y avariciosas. La burbuja de rabia que se había formado en su cabeza se desinfló de golpe, y dejó paso a la pena y el agotamiento, y a una extraña sensación de impotencia. Podía castigarlas a todas, sí, pero ¿qué se demostraría con eso?

—Retiraos todos. Fuera de aquí.

Los guardias se marcharon, pero las cinco pajes se quedaron allí plantadas, con los ojos muy abiertos, desconcertadas. Rubias, pelirrojas, morenas, hasta una exótica cadaresa llamada Marina. ¿Cómo se le había ocurrido a la reina escoger a aquellas mujeres? Debería haber tenido siempre hombres. Los hombres te atacaban abiertamente, con el puño en alto. No se acercaban a ti por la espalda, sigilosos, blandiendo un puñal.

—¿Nos despacháis, Majestad? —se atrevió a preguntar Juliette, incrédula.

—Marchaos. Y buscadme una sustituta para Mina.

—¿Y los cadáveres?

—¡Largo de aquí! —gritó la reina. Notó que perdía el control de sí misma, pero no había forma de recuperarlo—. ¡Fuera!

Las pajes salieron a toda prisa.

La reina fue hasta su mesa; caminaba encorvada, tratando de proteger su hombro completamente dislocado. Se lo palpó y detectó el problema, una contorsión de la musculatura. Volvérselo a colocar en su sitio le produjo un intenso dolor, pero tenía problemas más graves. El rostro de la cosa oscura

todavía flotaba ante ella, con sus ojos brillantes y llenos de júbilo. La cosa creía poseer a la niña, y la niña era lo único que anhelaba. Peor aún, había llamado a la reina por su nombre.

«¿Cómo es posible que lo sepa?», se preguntó, furiosa. No podía saberlo nadie; había borrado muy bien el rastro. Evelyn Raleigh estaba muerta. Y sin embargo, la cosa oscura la había llamado por su nombre.

«¡Evie!» La voz resonó en un rincón de su mente: la voz de su madre, siempre con un deje de impaciencia, siempre exasperada por lo que a su hija le faltaba. «¿Adónde te habías ido, Evie?»

La reina se sentó a su mesa. Moviéndose con cuidado para protegerse el hombro, abrió un cajón y sacó un pequeño retrato con marco de madera lijada. Ese retrato era el único objeto tangible que le quedaba de su vida anterior, y a veces jugueteaba con la idea de destruirlo. Pero había sido demasiado importante para una joven desesperada, y había adquirido carácter de talismán; la reina creía que, durante un breve período, el retrato había sido lo que la había mantenido viva. Cada vez que intentaba deshacerse de él, algo le hacía pensárselo dos veces.

La mujer del retrato no era la madre de la reina, pero cuando era joven, ella habría dado cualquier cosa para que lo hubiera sido. Era una mujer morena en avanzado estado de gestación; tenía la piel muy bronceada por haber pasado largas horas al sol. Era un retrato antiguo; la mujer vestía una ropa muy holgada que solo podía ser de la era del Desembarco, y llevaba colgado un arco primitivo. Tenía un rostro hermoso, pero la suya no era la belleza fácil y despreocupada de una reina Raleigh. Aquella mujer había sufrido; se apreciaban cicatrices en las clavículas y en el cuello, y en la cara, arrugas que revelaban un dolor ya superado. Sin embargo, no había amargura. Reía, y sus ojos irradiaban bondad. Llevaba flores entrelazadas en el pelo. En su juventud, la reina pasaba horas contemplando el retrato, y los celos le atenazaban las entrañas; no tenía celos de la mujer, sino del niño que llevaba en el vientre. Le habría gustado saber cómo se llamaba aquella mujer, pero pese a estar en la galería de la Ciudadela, aquel cuadro nunca había llevado ninguna etiqueta.

«¡Evie! ¿Por qué me haces esperar?»

—Cállate —suspiró la reina—. Estás muerta.

Pensar en el pasado era una equivocación. Metió el retrato en el cajón y lo cerró de golpe. Si ya no le servía de nada a la cosa oscura, no tenía ningún

poder. No podría prohibir eternamente que encendieran fuegos en el palacio; tarde o temprano, lo que había pasado ese día podía volver a ocurrir. Y si la niña conseguía liberar a la cosa oscura, la reina no podría defenderse por ningún medio. Los últimos restos de recuerdos desaparecieron de su mente, y volvió a concentrarse en el presente. La niña, el problema era la niña, y dijera lo que dijese la cosa oscura, la reina no consideraba que fuera un blanco fácil. Ella no podía ofrecer un trato como el de Elyssa, porque la niña se había negado a enviar un solo esclavo a Mortmesne. Por un instante, la reina deseó poder sentarse con la niña, hablar con ella de igual a igual. Pero las joyas hacían imposible cualquier conversación amistosa. La reina titubeó un poco más, reflexionando, y entonces pulsó el botón dorado de la pared.

Al poco rato, Juliette entró en la alcoba con paso vacilante y la vista fija en el suelo. Julie era inteligente y no quería tentar a la suerte.

—¿Majestad?

—Prepárame el equipaje para viajar —dijo la reina volviéndose hacia la chimenea. Llevó las manos detrás de la espalda y se agarró la muñeca izquierda con la mano derecha—. Para varias semanas. Tú vendrás conmigo. Saldremos mañana.

—¿Con qué destino, Majestad?

La reina inspiró hondo y tiró de su brazo izquierdo hacia atrás al tiempo que inclinaba el cuello y la parte superior del torso hacia delante. De pronto sintió un dolor atroz; fue como si le ardiera todo el hombro, y un grito trepó por su garganta. Pero cerró bien la boca, y al cabo de un momento oyó el satisfactorio chasquido de la musculatura al volver a su sitio. El dolor remitió enseguida y se redujo a una vaga molestia que desaparecería fácilmente con medicación.

La reina se volvió hacia Juliette con una sonrisa en los labios, aunque su frente estaba cubierta de sudor. Juliette la miraba horrorizada y blanca como la cera. La reina dio un paso adelante, solo para comprobar qué sucedía, y la satisfizo ver que Juliette se apresuraba a retroceder hasta casi salir por la puerta.

—Pon ropa de poco abrigo pero apta para la intemperie.

—¿Adónde vamos, Majestad? —preguntó Juliette con voz trémula. ¿Cómo podía ser que, unos minutos atrás, a la reina le hubiera parecido intimidante? No había nada que temer de una muchacha tan joven.

—Al frente, Julie —respondió con displicencia, y fue hasta la ventana orientada a poniente—. Al Tearling.

Mientras subía la escalera, Ewen no apartaba la vista de la espalda de Maza. Estaba asustado, pero no obedecer estaba descartado; eso se lo había enseñado su padre. Cuando te llamaba el capitán de la guardia, acudías, y punto. Maza llevaba un gran fardo gris bajo el brazo, y ni siquiera había mirado a Ewen desde que habían salido de la mazmorra. Peor aún, Maza había dejado a otro carcelero en el puesto de Ewen. Su sustituto no era tan corpulento como él, pero sin duda era listo, y a su ágil mirada no se le escapaba ningún detalle de la mazmorra. El único prisionero que quedaba allí, Bannaker, ya se había recuperado de sus heridas, y Ewen lo había trasladado a la celda número dos, pues sabía que Bannaker iba a ser peligroso cuando estuviera completamente curado. Pero lo primero que hizo el nuevo carcelero fue dirigirse a la celda número dos y comprobar los cerrojos, y eso enfureció a Ewen: ¡como si él fuera a dejar una celda mal cerrada con un prisionero dentro! A continuación, su sustituto se sentó a la mesa como si fuera el dueño del lugar, y puso los pies encima, y en ese momento Ewen supo que la reina iba a retirarlo de su puesto. Había sido un buen carcelero durante casi cinco años, pero la reina debía de haberse enterado de que era lento. A medida que Ewen subía un escalón tras otro, cada vez estaba más mareado. Todos los hombres de su familia habían sido carceleros de la Ciudadela, desde el abuelo de su padre. Su padre había dejado el puesto porque ya no podía andar. Ewen no sabía cómo iba a darle la noticia a su padre. Se sentía desnudo sin su llavero.

Pero no salieron de la escalera en el noveno piso, el Pabellón Real. Siguieron ascendiendo varias plantas, y Maza lo guio hasta una gran sala, iluminada como si fuera Navidad, con numerosas antorchas a lo largo de las paredes. Dos guardias reales, uno alto y otro bajo, estaban sentados en sendas sillas junto a la puerta, y en el centro de la sala había una gran jaula, pero Ewen no logró distinguir qué había dentro.

—Buenos días, muchachos.

—Buenos días, señor —repusieron ellos, y se pusieron en pie. El más bajo de los dos tenía los ojos tan claros que parecían blancos, y a Ewen le recordaron a aquella mujer, Brenna. Unos días atrás, tres guardias reales la habían sacado de la mazmorra, de lo que Ewen se había alegrado enormemente. Bannaker se pasaba el día planeando una huida, eso era

evidente, pero aun así parecía menos peligroso que aquella mujer. Ewen estaba convencido de que era bruja: una bruja poderosa y terrible, como su padre siempre las describía en sus historias.

—El. Llaves.

El más alto de los guardias salió de las sombras, y Ewen lo reconoció: era el hombre de los dientes aterradores. Le lanzó las llaves a Maza, y este golpeó con ellas los barrotes produciendo un ruido metálico que hirió los oídos de Ewen.

—¡Despierte, Arlen! Hoy es el gran día.

—Estoy despierto. —Una silueta de una delgadez fantasmagórica se levantó del suelo dentro de la jaula, y Ewen reconoció al espantajo. Pero iba vestido de otra forma, con camisa y pantalones de hilo blanco, y hasta Ewen sabía qué significaba eso: era el uniforme de los prisioneros condenados a muerte.

—¿Se portará bien, Arlen? —preguntó Maza.

—He hecho un trato.

—Estupendo. —Maza abrió la puerta de la jaula—. Atadlo.

Ewen estaba empezando a preguntarse si Maza se habría olvidado de que él estaba allí, pero entonces el capitán lo buscó con su afilada mirada.

—¡Tú! ¡Ewen! Acércate.

Ewen avanzó casi de puntillas.

—Escúchame bien, muchacho, porque no tenemos mucho tiempo. —Maza cogió el fardo que llevaba bajo el brazo y lo desplegó, y Ewen vio que era una larga capa gris—. Demostraste un gran valor al apresar a este hombre, y la reina está agradecida. Así que hoy vas a ser guardia real.

Ewen se quedó mirando la capa, hechizado.

—Elston y tú conduciréis a este prisionero al circo de Nueva Londres. Elston está al mando. Tu trabajo consiste en vigilar al prisionero y asegurarte de que no se escapa. ¿Entendido?

Ewen tragó saliva; tenía la boca tan seca que casi no podía hablar.

—Sí, señor.

—Muy bien. Toma. —Maza le tendió la capa—. Ponte esto y ven a ayudarnos.

La tela de la capa, de color gris oscuro, era suave, más suave que ninguna otra que Ewen hubiera tenido jamás. Se la echó sobre los hombros y se la abrochó mientras trataba de entender qué estaba pasando. Sabía que él no podía ser guardia real: no era lo bastante listo. Pero los demás lo estaban

esperando junto a la jaula, así que fue hacia allí y se cuadró. El más bajo de los dos guardias ya le había atado las muñecas al prisionero.

—Vamos a sacarlo por la Puerta de la Ciudadela.

—Diablos, lo matarán antes de que podamos ejecutarlo.

—Tal vez, pero ella quiere ofrecerles un espectáculo.

Entre los tres, llevaron al prisionero hasta la escalera. Por lo menos, aquello era algo que Ewen sí entendía; no en vano llevaba años trabajando en la mazmorra. No apartaba la vista de la espalda del espantajo, atento por si detectaba el más leve temblor, la más leve señal de que iba a echar a correr. Cuando el prisionero tosió, Ewen le puso rápidamente una mano en el brazo. Empezaron a bajar por la escalera, y Ewen comprobó la posición de su puñal y lo encontró en el sitio exacto donde debía estar, metido en el cinto.

«Concéntrate en una cosa —le decía siempre su padre—, y solo en una: asegúrate de que no se escapan. De lo demás ya se ocupan otros.»

Al final de la escalera torcieron hacia la Puerta de la Ciudadela, y Ewen vio a un grupo de jinetes. La reina estaba entre ellos, a lomos de un caballo castaño, con un vestido negro largo que cubría las ijadas del caballo. Ewen dudó si debía hacer una reverencia, y decidió abstenerse al ver que los otros tres guardias no la hacían. Quizá no fuera un auténtico guardia real, pero podía comportarse como tal.

—Átalo, El —ordenó Maza—. Asegúrate de que nadie pueda soltarlo.

Junto a los caballos había un gran carro descubierto. Ewen ayudó al más alto de los guardias a subir al prisionero al carro, y luego subió también él, y pensó: «Nunca se me ha escapado ningún prisionero». Se concentró en ese pensamiento mientras el guardia encadenaba al espantajo al carro. Ewen nunca había dejado escapar a ningún prisionero, y ese día no iba a ser la primera vez. Su padre tenía razón. De lo demás ya se ocupaban otros.

La Puerta de la Ciudadela se abrió ante ellos, y el sol iluminó los oscuros muros. Pero el sonido... Ewen estiró el cuello y vio a gente, centenares de personas, quizá incluso millares, esperando al otro lado del foso. Bajaron el puente, y el volumen del rugido aumentó. Era un ruido aterrador que a Ewen le lastimó los oídos, pero entonces se recordó que era guardia real, y que los guardias reales no tenían miedo. Se irguió y se sujetó al costado del carro cuando este empezó a avanzar.

Ewen solo tardó unos minutos en comprender a qué se debía tanto jaleo: el espantajo. La gente gritaba su nombre, Thorne, mezclándolo con maldiciones y

amenazas. Muchos lanzaban cosas: huevos, frutas, hasta un puñado de heces de perro que estuvo a punto de alcanzar a Ewen y aterrizó en el suelo del carro. Ewen lamentó no haber podido preguntarle a su padre qué delito había cometido el espantajo, pero su padre estaba demasiado enfermo para ir a la mazmorra, y Ewen llevaba varias semanas sin verlo.

Salieron de los jardines de la Ciudadela y avanzaron por el Gran Bulevar. Habían colocado vallas de madera para evitar que la gente invadiera el centro de la calzada, pero la multitud se amontonaba contra ellas, derribándolas casi, y no paraba de gritar al paso del carro. Cuando la procesión pasó por delante de la confitería Powell's, Ewen vio al señor y la señora Powell junto a la puerta. Powell's siempre había sido su tienda favorita, desde que era muy pequeño, cuando su madre los llevaba a él y a sus hermanos allí todos los domingos si se habían portado bien en la iglesia. La señora Powell era más cariñosa con Ewen que con sus hermanos; siempre le ponía unos cuantos trozos más de caramelo en la bolsa. Pero ahora, la señora Powell tenía el rostro tenso y sombrío. Miró a Ewen, pero no pareció que lo reconociera; y no paró de gritar: lanzaba unos gritos furiosos que no significaban nada.

—¡Eh, Ew! ¡Ew!

Ewen miró alrededor y vio a su hermano Peter, que, colgado de lo alto de una farola con una mano, agitaba enérgicamente la otra. Peter señaló hacia abajo, y Ewen vio que estaban todos allí: Arthur y David, sus dos hermanos pequeños, y su padre. Desde su ventajosa posición, Ewen vio que su padre se apoyaba en el brazo de Arthur; sin ayuda, se habría caído. A Ewen le habría gustado saludarlo con la mano, pero no podía: era un guardia real, y notaba la mirada vigilante de Maza, atento por si cometía algún error. Su padre no lo saludó; estaba demasiado débil. Pero sus ancianos ojos brillaban, y sonrió al ver pasar a Ewen.

Cuando salieron del bulevar y se adentraron en el intrincado laberinto de calles que conducían al circo, Ewen por fin volvió a prestar atención al carro. La multitud los siguió, gritando enardecida, pero Ewen ya no oía nada. Nunca había imaginado que un solo momento de la vida pudiera ser tan importante. Era guardia real, y su padre lo había visto y estaba orgulloso de él.

Durante los primeros minutos, Kelsea había podido convencerse de que aquella multitud solo estaba expresando una rabia sana. Diecisiete años de

lotería exigían algún desahogo, y Thorne era el blanco perfecto, porque iba de pie en el carro, con aire tranquilo, sonriendo como si no tuviera ni una sola preocupación en la vida, como si se dirigiera a una merienda campestre y no a su propia ejecución. La gente le lanzaba objetos a Thorne, todos gritaban como animales, y cuando la procesión llegó al circo, Kelsea ya no pudo seguir engañándose respecto a lo que estaba pasando allí. Aquello no era una multitud, sino una turba, y no hacía sino exaltarse más y más a medida que la procesión avanzaba.

El circo era la plaza pública de Nueva Londres, una gran extensión ovalada de losas rotas en el centro de la ciudad. Era un lugar idóneo para celebrar reuniones, pues se encontraba en la intersección de cinco calles y había numerosos pubs por todo su perímetro. Pero ese día la plaza estaba dominada por una alta estructura de madera: un cadalso que habían construido unos contratistas la semana anterior. La plataforma, más alta de lo que Kelsea había imaginado, medía unos tres metros, y el cadalso descollaba imponente entre el gentío.

Del travesaño colgaban tres cuerdas largas y retorcidas, rematadas cada una con un nudo corredizo. Dos de esas sogas ya estaban tensadas alrededor del cuello de Liam Bannaker y el hermano Matthew, respectivamente. Kelsea creyó que el Arvath protestaría y se opondría a aquella ejecución; técnicamente, solo el Santo Padre podía condenar a muerte a un miembro del clero. Pero no había sabido nada del Santo Padre desde hacía varios días: no había habido quejas ni exigencias. Maza opinaba que el Santo Padre estaba esperando algo, pero si sabía de qué se trataba, no se lo había explicado.

Kelsea también creyó que a Thorne le afectaría ver la soga, aunque solo fuera un poco; pero el reo seguía exhibiendo una amplia sonrisa, y el público gritaba aún más fuerte, y su furia alimentaba la sonrisa del reo, y su sonrisa alimentaba la furia del pueblo, hasta que el ruido se hizo tan ensordecedor que aquello parecía el fin del mundo. Allá donde mirara, Kelsea veía puro odio en los ojos, las caras y las bocas. Hasta los evacuados, hombres y mujeres con los pantalones de tela gruesa con remiendos y las camisas holgadas típicos de los Montes Fronterizos y la región oriental del Almont, habían entrado en la ciudad para ver cómo ahorcaban a Thorne. Pero a Thorne parecía no importarle.

«Tiene que haber algo —se dijo Kelsea, con la vista fija en él—. Algo que le haga derrumbarse.»

Se volvió hacia Maza, pero el capitán vigilaba muy atentamente al chico, Ewen, para que no se distrajera. Maza consideraba que dedicarle tanta atención a Ewen era un derroche de tiempo y energía, pero había cosas que a Maza no se le podían explicar. Por enésima vez, Kelsea se preguntó qué le habría pasado para que se hubiera vuelto tan inmune a la bondad. En ese sentido, como mínimo, Thorne había ganado la partida de ajedrez: Kelsea ya no paraba de preguntarse acerca de la extraña infancia de Maza, que de algún modo se había cruzado con la de Thorne y la de Brenna. Pero si se lo preguntaba a Maza, él no le explicaría nada, y si se lo ordenaba, la tacharía de tirana y tampoco se lo contaría. Thorne se había negado a revelar nada más, ni siquiera en el último momento, pero Kelsea había mantenido su palabra. Ahora Brenna estaba instalada en la Ciudadela (cinco plantas por debajo del Pabellón Real, para alivio de Kelsea) y, todos los días, un infortunado guardia tenía que bajar, llevarle la comida y custodiar su alcoba. Maza había empezado a utilizar ese turno como castigo por pequeñas infracciones cometidas por los guardias, y, según él, su táctica había resultado asombrosamente eficaz. Kelsea se había planteado interrogar a Brenna sobre los orígenes de Maza, pero dudaba mucho que la albina se mostrara dispuesta a revelarle nada. También se había planteado llevar a Brenna a presenciar la ejecución, pero al final había decidido que habría sido excesivamente cruel. Ahora, sin embargo, lamentaba no haberlo hecho, aunque solo fuera para ver qué cara ponía Thorne. Era desesperante tener tantas preguntas cuyas respuestas ocultaba una sola mente despiadada.

A Kelsea la tranquilizaba la corpulencia de Ewen; eso, al menos, era una ventaja. Cuando detuvieron el carro, Ewen sujetó fuertemente a Thorne por los brazos mientras Elston se ocupaba de los nudos. Debería haber sido Kibb quien hubiera estado con Elston, como siempre, pero Maza todavía tenía a Kibb en observación para tratar de determinar qué había cambiado después de su enfermedad. Porque Kibb había cambiado; hasta Kelsea lo había notado. Cantaba menos, reía menos, parecía más introvertido. De vez en cuando, Kelsea lo sorprendía mirándola fijamente, perplejo, como si tratara de descifrar un código que solo ellos dos entendían.

Kelsea llegó al pie del cadalso, desmontó y, rodeada por su guardia, se dirigió hacia los escalones de la plataforma. La multitud bramaba a su alrededor, y el sonido que generaba era propio de una pesadilla, pero a ella ya no le importaba, pues aquella cacofonía se correspondía con su estado de

ánimo. Tras meses intentando capturar a Thorne, aquel día debería haberse sentido triunfante, pero, de alguna manera, todo había salido mal. Thorne no había sido juzgado, y Kelsea creía percibir la desaprobación de Carlin, como un dolor leve en el fondo de su cabeza. Ocho días atrás, los mort habían cruzado el Crithe, y ni todo el ingenio de Hall o de Bermond podría contenerlos; pronto Kelsea tendría que evacuar el extenso campamento instalado fuera de la ciudad y trasladar a los refugiados dentro. Cada vez que cerraba los ojos veía a los mort: una horda negra y despersonalizada, expectante, al final del puente de Nueva Londres. ¿A qué estaban esperando? Se estremeció al pensar en la respuesta.

Le hizo señas a su heraldo, Jordan, que se mantenía apartado del grupo formado por los guardias reales, claramente molesto. Los guardias no lo trataban mal, desde luego, pero no cabía duda de que Jordan era un ratón entre halcones.

—A ver si consigues que se calmen.

Jordan se colocó en el centro de la plataforma y empezó a gritar y agitar los brazos. Su voz, grave, era lo bastante potente para hacer que la madera vibrara bajo los pies de Kelsea, pero aun así, el público tardó unos minutos en guardar un silencio tenso, interrumpido por silbidos y murmullos. Elston y Ewen habían subido a Thorne al cadalso, y allí, con las manos atadas, el reo miraba más allá de la multitud.

—Arlen Thorne, hermano Matthew y Liam Bannaker. —Kelsea se alegró al oír que esas palabras atravesaban el circo y rebotaban en la fachada de las tabernas—. Sois culpables de traición, y la Corona os ha condenado a muerte. Si tenéis algo que decir antes de ser ejecutados, la Corona os escucha.

Por un instante, Kelsea creyó que Thorne iba a decir algo. Paseó la mirada por la multitud, y Kelsea supo, sin saberlo, que estaba buscando a Brenna, aquella detestable albina que tenía un incomprensible dominio sobre él.

«¡Hable, Arlen!»

Pero él no dijo nada, y el momento acabó. Kelsea notó que pasaba volando a su lado un viento frío de promesa marchita.

—¡Animal! —gritó una mujer, y todos volvieron a empezar y se pusieron a gritar e insultarlo. Allí no había nada más que hacer; Kelsea les hizo una señal a Maza y a Coryn, quienes se adelantaron y, sin ceremonias, empujaron a Bannaker y al sacerdote y los tiraron de la plataforma.

El cuello de Bannaker se partió al instante, con un rápido chasquido que

sonó como un bofetón; su cuerpo inerte osciló trazando un arco cada vez más pequeño ante el público. El hermano Matthew, en cambio, se resistió, y estuvo un rato debatiéndose contra la soga. El público había vuelto a empezar a lanzar objetos; lo habían convertido en un juego que consistía en darles a los dos ahorcados. La mayoría de esos objetos rebotaban en la construcción de madera sin consecuencia, pero uno cayó cerca de Kelsea con un golpe seco: un trozo de ladrillo con los bordes gastados. Justo donde había caído el ladrillo, en la plataforma, había una carta boca abajo; debía de haberla dejado allí algún obrero en un descanso. Sin saber por qué, Kelsea se agachó y la recogió. Le dio la vuelta y vio que era la reina de picas.

Kelsea se quedó mirándola, hechizada: una mujer alta vestida de negro, con armas en ambas manos. La mirada omnisciente de la reina dejó paralizada a la muchacha: era como si supiera todo lo que había en la mente de Kelsea.

«Pero no —pensó Kelsea—, no es eso.» Las noches en que se autolesionaba, el incidente con Kibb, la conciencia cada vez mayor de su propio poder... Todo aquello había ido afilándose, hasta extraer lo esencial de Kelsea. Cerró la mano y notó cómo la carta se arrugaba en su puño.

«Soy ella: la mujer alta y vestida de negro con la muerte en ambas manos. Ella soy yo.»

—¡Callad! —gritó.

El silencio descendió sobre la multitud, rápido y tajante como un telón. El hermano Matthew todavía se retorció, asfixiándose, colgado de su soga, pero a Kelsea no le importó ese contrapunto. Avanzó hacia el borde del cadalso, y se acercó tanto que Pen, siempre a su lado, la agarró por el vestido. Le sobraba mucha tela alrededor de las caderas, donde antes la ropa siempre le había quedado muy ceñida. Se había transformado, se había convertido en otra persona, se había vuelto extraordinaria.

«La reina de picas.»

—¡Habéis venido a ver morir a este hombre! —anunció—. Pero ¡os conozco, pueblo de Tearling! ¡No habéis venido a presenciar un ahorcamiento! ¡Lo que queréis es sangre!

—¡Sí! —le respondieron cientos de voces—. ¡Hacedle sangrar, Señora!

—¡Dejádnoslo a nosotros!

—No. —Algo se abría dentro de Kelsea, se desplegaba furtivamente, como un par de alas que se extienden en la noche, y ella quería extenderlas al máximo, sentir su envergadura. Siempre había sido hija de la luz; le encantaba

la luz del sol que entraba por las ventanas de la casita, cuando parecía que en el mundo solo había bondad. Pero el mundo también estaba lleno de oscuridad, era un frío abismo que te llamaba. El pueblo estaba sediento de violencia, y de pronto Kelsea no deseaba nada más que ofrecérsela.

«Corrupción.» La voz de Carlin, un débil eco, mucho tiempo atrás, en la biblioteca bañada por la luz matutina. «La corrupción empieza con un solo momento de debilidad.»

Pero Kelsea no era débil. Ella era fuerte, más fuerte de lo que Carlin hubiera podido imaginar. Sentía que todo su ser estaba lleno de una luz intensa.

—Arlen.

Fue solo un susurro, pero Thorne dio una sacudida y la miró, una marioneta movida por cuerdas invisibles.

«Es mío —comprendió Kelsea, maravillada—. Cada célula, cada molécula. Podría obligarlo a hablar. Podría obligarlo a contarme cuanto quiero saber.»

Pero eso no tenía sentido. Ya no era momento para conversaciones.

—¿Señora?

Maza le puso una mano en el brazo, y Kelsea se volvió y vio que le ofrecía la tercera soga. Pero ella no la cogió; miraba fijamente a Thorne, memorizando su figura y grabándose sus contornos. Él la observaba plácidamente, y Kelsea se dio cuenta de que no estaba arrepentido en absoluto. En el blanco e inhóspito paisaje de su intelecto, Thorne estaba convencido de haber actuado justificadamente, de que nadie habría podido hacerlo mejor. Diecisiete largos años organizando la Remesa. Pero no, el papel de Thorne había sido aún peor. En lo más hondo de su mente, Kelsea encontró el destello de un recuerdo: una mano que tendía una pluma, una voz suave y persuasiva que murmuraba: «Me temo que no tenéis alternativa, Majestad. No hay ninguna opción mejor».

La furia se alzaba dentro de Kelsea, una furia ciega que parecía surgir de la nada y descendía como un animal con afiladas garras y dientes como agujas. Notó sabor a sangre en la lengua.

A Thorne se le abrió un corte oscuro justo encima del ojo izquierdo. Dio un grito y se llevó una mano a la frente, y Kelsea vio, con placer, cómo la sangre se filtraba entre sus dedos y resbalaba por su mejilla. La multitud interrumpió su silencio y bramó de gozo, avanzando hacia el cadalso. Kelsea se inclinó hacia delante, a pesar de que Pen todavía la sujetaba por el vestido, agarró a

Thorne por el pelo y le inclinó la cabeza hacia atrás. Unos ojos azules y brillantes la miraron desde una cara manchada de sangre.

—Tengo noticias para ti, Arlen. Ahora jugamos en mi tablero de ajedrez.

En la mejilla de Thorne apareció otro tajo que iba desde la sien hasta la comisura de la boca. Thorne gimió, Kelsea notó que aquella cosa con alas crecía en su interior, palpitante, desesperada por romper sus ataduras. Le hizo a Thorne un corte en el cuello, peligrosamente cerca de la yugular, y vio cómo una mancha carmesí se extendía por la tela blanca de su camisa. Thorne gritó, y a Kelsea sus gritos le sonaron a música celestial; el público rugía a su alrededor dándole su aprobación y animándola. Se vio como ellos debían de verla: una mujer hermosa, con el cabello largo y oscuro agitado por el viento, una figura de enorme poder y de... ¿terror? Kelsea vaciló; veía la escena que se desarrollaba ante ella desde otro ángulo, como si hubiera un tercero a su lado que observaba desapasionadamente. Thorne sangraba por media docena de profundas heridas. Había caído de rodillas. El público, enardecido, había seguido empujando hacia el cadalso; algunos habían trepado por los soportes e intentaban alcanzar a Thorne, agarrarse a sus piernas. Pero rehuían a Kelsea. Hasta los más atrevidos procuraban no acercarse demasiado a ella, no rozar siquiera el bajo de su vestido. Terror: sí, debía de ser eso. En la mente de Kelsea apareció la sombra negra del ejército mort, en algún lugar de las tierras inundadas entre el Caddell y el Crithe. «Mi reino», pensó, y las alas se desplegaron en su interior, preparadas para emprender un vuelo inimaginable. Su mente se trasladó brevemente a la noche en que Kibb yacía al borde de la muerte, cuando ella lo había devuelto a la vida. Sí, eso era poder, pero no serviría para salvar el Tearling. Su reino estaba indefenso, listo para ser masacrado, y lo único que ella podía ofrecerle era esa oscuridad. Las alas negras se plegaron y envolvieron a Kelsea, y ella sintió tanto alivio en su abrazo que casi suspiró, en una profundidad insondable donde jamás brillaba luz alguna, donde todas las decisiones eran fáciles porque solo había una elección.

Volvió a concentrarse en Thorne; empujó más allá de la piel, buscando los músculos. Su mente se había afilado y era un cuchillo mortífero; se abalanzó sobre el reo, cortando cuanto tenía a su alcance, y sintió una emoción arrolladora cuando los tejidos se separaron del hueso. Thorne bramaba, y su cuerpo iba deformándose a medida que la tortura interna se revelaba en su piel. Empezó a sangrarle la nariz, y la sangre salpicó el bajo del vestido de

Kelsea, pero ella ni se inmutó. Ya estaba excavando en el pecho de su víctima, buscando los pulmones. Encontró uno, lo estrujó y notó que estallaba con una facilidad espeluznante. Thorne sangraba por la boca, y al ver la sangre resbalar por su barbilla Kelsea volvió a sentirlo: una especie de placer desmayado, similar al que sentía por las noches cuando Pen la acariciaba. Pero aquello era más visceral, como un puñetazo en el alma. Cuando le estalló el otro pulmón, Thorne cayó hacia delante, retorciéndose, en el suelo del cadalso. El público gritaba entusiasmado, y el sonido animó a Kelsea. Notaba todo el cuerpo electrificado.

—¡Soy la Reina del Tearling! —gritó, y la multitud guardó silencio. Los contempló: sus bocas abiertas, sus ojos salidos de las órbitas, fijos en ella, y sintió que tenía el mundo en las manos. Ya había tenido esa sensación antes, pero no recordaba cuándo. Le puso una bota en el cuello a Thorne y pisó con fuerza, deleitándose con cómo él se retorcía, deleitándose con la presión de su pie sobre su cuello.

»¡Así se paga la traición en mi Tearling! ¡Fijaos bien y no lo olvidéis! —El cuello de Thorne se partió. El hombre tosió una vez más y pareció que se agarrotaba al tiempo que arqueaba la espalda. Y entonces dejó de moverse. Kelsea lo soltó, como quien suelta unas hojas para que el viento las arrastre, pero la oscuridad salvaje de su interior no disminuyó, sino que aumentó, exigiendo que buscara a otro traidor, pidiendo más sangre. Kelsea la contuvo; intuía que aquello era algo muy seductor que era preciso controlar cuidadosamente. Miró el cadáver de Thorne, la marca que su bota le había dejado en el cuello. La oscuridad de su mente fue esfumándose y volviéndose blanca, hasta desaparecer por completo.

—¡Por la reina! —gritó una mujer—. ¡Por la reina!

Kelsea alzó la vista y vio que la gente levantaba copas. Habían ido preparados para brindar cuando hubiera terminado la ejecución. Kelsea le había dado a la multitud lo que quería, lo que necesitaba; pero aun así, vaciló, y de pronto la ansiedad empezó a germinar en su interior.

«¿Quién lo ha hecho? ¿La reina de picas o yo?»

Maza le puso una copa en la mano, y de pronto Kelsea comprendió que el brindis era un ritual. Alzó la copa hacia sus súbditos y se preguntó si habría unas palabras concretas que se esperaba que pronunciara. No: era la reina. Podía escoger sus palabras, su ritual, y las masas olvidarían cualquier cosa que hubiera hecho en el pasado.

—¡A la salud de mi pueblo! —gritó—. ¡A la salud del Tearling!

La muchedumbre coreó sus palabras a voz en grito, y entonces todos bebieron. Kelsea dio un sorbo y se dio cuenta de que, pese a que Maza había ido preparado, no era idiota: el líquido de su copa era agua. Sin embargo, tenía cierto sabor dulzón, y Kelsea bebió hasta la última gota. Cuando se volvió para devolverle la copa, vio que Maza todavía tenía la sogá en la otra mano. Su rostro no revelaba nada, pero aun así Kelsea intuyó desaprobación en él.

—¿Y bien, Lazarus?

—Habéis cambiado, Señora. Nunca pensé que os vería ceder ante la voluntad de las masas.

Kelsea se sonrojó. No le hizo ninguna gracia comprobar que Maza todavía podía avergonzarla con un solo comentario mordaz.

—Yo no me inclino ante nadie.

—Sí, os creo.

Maza se dio la vuelta, y Kelsea lo agarró por un brazo, decidida a hacérselo entender.

—No he cambiado, Lazarus. He madurado, nada más. Sigo siendo la misma.

—No, Señora. —Maza suspiró, y su suspiro atravesó a la muchacha como un gélido soplo de fatalidad—. Podéis engañaros y contaros los cuentos que queráis, pero no sois la niña a la que nos llevamos de la casita. Sois otra persona.

El padre Tyler

Creemos saber el significado de la palabra «valor». Si me llamaran, decimos, yo respondería a la llamada. No vacilaría. Hasta que llega el momento, y entonces nos damos cuenta de que las exigencias del verdadero valor son muy diferentes de lo que habíamos imaginado mucho tiempo atrás, aquella luminosa mañana en que nos habíamos sentido valientes.

Recopilación de sermones del padre Tyler,
del archivo del Arvath

La escalera del Arvath era de piedra, piedra blanca extraída de la roca alrededor de Puerto Final. Sin embargo, Tyler subía por ella con extremada cautela, atormentado por una certeza irracional de que la escalera crujiría bajo su peso. Subía despacio arrastrando su pierna rota.

De vez en cuando se cruzaba con algún hermano que bajaba la escalera, y ellos solo le echaban una rápida ojeada y seguían su camino. Su condición de sacerdote de la Ciudadela le confería cierta libertad; era perfectamente posible que lo hubieran llamado a los aposentos del Santo Padre a altas horas de la noche. Pero Tyler tenía que contar los rellanos para saber dónde estaba. Nunca había llegado tan arriba. No sabía si volvería a bajar.

Cuando llegó al noveno piso, se apartó rápidamente de la escalera y se ocultó en un nicho de la pared opuesta del pasillo. La opulencia del entorno le produjo mareo, pues la decoración de aquella planta no tenía nada que ver con las sencillas paredes de piedra y las alfombras tejidas a mano que adornaban las dependencias de los hermanos en las plantas inferiores. El oro y la plata brillaban bajo la luz de las antorchas: candelabros, mesas, estatuas. El suelo era de mármol cadarés. Las paredes estaban decoradas con colgaduras de terciopelo rojo y morado.

El pasillo continuaba unos quince metros hasta torcer a la izquierda, hacia los aposentos del Santo Padre. Tyler no vio a nadie, pero sabía que al final del pasillo encontraría guardias y acólitos, al menos unos cuantos, cerca de la puerta del Santo Padre. Eran más de las dos de la madrugada. Si el sacerdote tenía suerte, el Santo Padre estaría dormido, pero era demasiado optimista esperar que sus guardias y sirvientes durmieran también. Tyler caminaba de puntillas, y aun así sus zapatos producían un ruido de roce que parecía ensordecedor en aquel pasillo cavernoso.

«Cogeré mis libros y me iré», se repetía. Solo diez libros; Tyler ya los había escogido, para no tener la tentación de sobrepasar su capacidad. Le gustaba el significado histórico del número diez, la simetría con la Travesía. Los libros eran de los pocos objetos personales que William Tear había permitido llevar a su gente, diez libros cada uno. Si intentaban subir a bordo algún otro artículo, los dejaba en tierra. Solo era uno de aquellos detalles poco conocidos relativos a la Travesía que Tyler había ido recopilando a lo largo de su vida. Ni uno solo se le había olvidado.

«Si sobrevivo a esto —decidió Tyler—, escribiré la primera historia de la Travesía. Yo mismo la encuadernaré, y se la regalaré a la reina para que la imprima.»

Lo reconfortaba pensarlo; era un sueño grandioso. Pero de momento la ambición de la reina de crear una imprenta no había prosperado. En el Tearling no había nadie que supiera cómo construir semejante aparato. No existía ninguna maquinaria para la distribución a gran escala de la palabra escrita.

«Pero la habrá.»

Tyler pestañeó. La voz era implacable. Él creía en esa voz.

Al llegar al final del pasillo, se asomó y comprobó que el miedo le había hecho ser exageradamente prudente. Delante de la puerta del Santo Padre solo había dos hombres, y eran acólitos, no los guardias bien armados que acompañaban al Santo Padre cuando abandonaba la seguridad del Arvath. Si el hermano Matthew hubiera seguido siendo la mano derecha del Santo Padre, aquello habría resultado mucho más difícil, pero al hermano Matthew lo habían ejecutado el domingo anterior, y los dos acólitos de la puerta parecían jóvenes inocentes; quizá no se hubieran ganado todavía la confianza del Santo Padre. Ambos alzaron la vista, adormilados, al verlo acercarse.

—Buenas noches, hermanos. Necesito hablar con Su Santidad.

Los acólitos se miraron, nerviosos. Uno de ellos, un muchacho casi adolescente con una sobremordida muy marcada, contestó:

—Su Santidad no recibe visitas esta noche.

—El Santo Padre me ordenó venir inmediatamente en cuanto tuviera esta noticia.

Los acólitos volvieron a mirarse, inseguros. Eran dos muchachos indecisos y poco instruidos. Esa era otra diferencia notoria entre Anders y el anterior Santo Padre, que nunca dejaba que sus empleados lo representaran hasta que fueran casi tan competentes como él mismo.

—¿Seguro que no puede esperar hasta mañana? —preguntó el otro muchacho. Era aún más joven que el primero, tanto que todavía tenía la cara salpicada de granos.

—No, no puedo esperar —contestó Tyler con firmeza—. Es una noticia de vital importancia.

Los acólitos le dieron la espalda y deliberaron en voz baja. Pese a su nerviosismo, a Tyler le divirtió oírles jugar a piedra, papel y tijera para decidir cuál de los dos debía entrar. Tras tres intentos, el joven de la sobremordida perdió y entró, pálido, por la puerta de doble hoja. El otro acólito hizo cuanto pudo para adoptar un aire profesional mientras esperaban, pero no paraba de bostezar, y estropeó su actuación. Tyler se compadeció de aquel muchacho que estaba creciendo bajo la vigilancia y la tutela de Anders. No quería ni imaginar el concepto que debía de estar formándose de su Iglesia y su Dios.

—Tengo que revisar su bolsa —dijo el joven al cabo de un momento, un poco turbado.

Tyler le tendió su cartera, y el acólito miró dentro, pero lo único que vio fue la vieja Biblia de Tyler, un pesado volumen de tapa dura que le había regalado el padre Alan cuando cumplió ocho años. El acólito le devolvió la cartera, y el sacerdote volvió a colgársela del cuerpo pasándose la correa por la cabeza. En algún momento, en esos últimos minutos, su temor había empezado a disminuir y había ido dejando en su lugar un rastro electrizado. Era como si el corazón no le cupiera en el pecho.

El otro acólito asomó la cabeza por la puerta, y Tyler interpretó correctamente su expresión de alivio: el sacerdote podía entrar.

—Pase, por favor.

Abrió la puerta del todo, y Tyler lo siguió a una especie de sala común, una

cámara enorme con techos altos y gruesas alfombras. Había cuadros al óleo en las paredes, y varios sofás de terciopelo. El acólito no prestó atención a nada de eso y mantuvo la vista fija al frente. Pero Tyler, curioso, echó una ojeada alrededor y ahogó un grito. A su derecha había una mujer repantingada en un sofá bajo, completamente desnuda, con las extremidades extendidas y sin ocultar nada. Tyler, que nunca había visto unos pechos de mujer, desvió rápidamente la mirada, avergonzado de sí mismo y de la desconocida. Sin embargo, ella parecía completamente ajena a su presencia; tenía los ojos muy abiertos y la mirada extraviada.

—Espere aquí, por favor —dijo el acólito, y Tyler paró en seco mientras el joven se dirigía hacia una gran entrada en forma de arco que había al fondo de la habitación. Una vez solo, el sacerdote no pudo evitar contemplar los pechos de la mujer y el triángulo negro entre sus piernas. Aunque no sentía deseo (su avanzada edad lo había liberado de esa indignidad), la visión era fascinante. La mujer tenía una melena larga y oscura que se derramaba formando ondulaciones por el borde del sofá, y le devolvió la mirada sin vergüenza. Cuando Tyler se acostumbró a la tenue luz de las velas, distinguió una jeringuilla en el pliegue del codo, con la aguja clavada todavía en el brazo. Después de ver eso, no pudo evitar ver otras cosas: un frasco con polvo blanco, todavía destapado, en la mesita baja que los separaba; una cuchara gastada y torcida debido al mal uso; una serie de cardenales a lo largo de la mitad del otro brazo de la mujer. Pese a no ser joven, la mujer todavía tenía un cuerpo grácil, y aquella aguja clavada en el brazo le pareció a Tyler algo desastroso, una distorsión perversa.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer con voz pastosa, arrastrando las palabras—. No te había visto nunca por aquí.

—Tyler.

—¿Eres sacerdote?

—Sí.

La mujer se enderezó un poco y se quedó apoyada en un codo. Su mirada se había enfocado ligeramente.

—Nunca habías visto a una mujer desnuda, ¿verdad?

—No. —Tyler bajó la mirada hacia el suelo—. Lo siento.

—No hace falta que te disculpes. No me importa que me miren.

—¿Quiénes?

—Bueno... —La mujer dirigió la vista hacia un rincón, y su mirada volvió a

desenfocarse—. Todos. Los otros sacerdotes. Los que vienen de visita. No se cansan de mirarme.

A Tyler se le revolvió el estómago.

—No quieres tocar, ¿verdad?

—No.

—¿Quieres un pico?

—No, gracias. —Tyler sacó la vieja Biblia de su cartera y deslizó los dedos por el borde de la tapa y por las páginas como si comprobara su solidez

—. ¿Cómo te llamas?

—Maya.

—¡Tyler! ¿Qué le trae por aquí a tan altas horas de la noche?

Pero el Santo Padre ya lo sabía. Su cara rebosaba buen humor. Llevaba una bata de seda negra que se había atado apresuradamente, y el pelo alborotado, pero no se molestó en intentar mejorar su aspecto, y de pronto Tyler recordó que allí tenía que haber otra mujer, porque el Santo Padre vivía con dos. Había olvidado incluir a las mujeres en sus cálculos, y su presencia haría que su empresa fuera más peligrosa. Por un momento Tyler se planteó dar alguna excusa, mentir al Santo Padre y, después, simplemente huir del Arvath al amparo de la noche. Pero entonces se acordó de sus libros; se armó de valor, adoptó un gesto serio y anunció:

—Ya está hecho, Santidad.

—¿La reina ha ingerido la sustancia?

—Sí.

—¿Tan tarde?

—Últimamente la reina duerme poco, Santidad.

Eso, al menos, era verdad. Tyler, que había pasado varias noches en su sofá favorito de la biblioteca de la reina, se había despertado más de una vez cuando ella recorría las estanterías tocando los libros uno a uno. Deambulaba por el Pabellón Real con Pen Alcott pegado a sus talones, pero siempre acababa regresando a su biblioteca en busca de solaz. Tyler y ella tenían eso en común; sin embargo, fuera lo que fuese lo que la reina buscara, nunca lo encontraba. Salvo las veces en que caía en un extraño estado catatónico (y, gracias a Dios, eso no lo sabía el Santo Padre), dormía muy poco.

—La tomó con el té, hará cosa de una hora.

—¡Qué gran noticia, Tyler! —El Santo Padre le dio una palmada en la espalda, y Tyler tuvo que hacer un esfuerzo para no achicarse. Maya los

observaba a los dos con los ojos entornados.

—¿Mis libros, Santidad?

—Bueno, creo que tendremos que esperar y comprobar que todo ha salido bien, Tyler. Compréndame. —El Santo Padre compuso una sonrisa de depredador en la que participaron todas sus facciones.

Tyler apretó la Biblia que tenía en las manos, pero asintió y dijo:

—¿Ni siquiera puedo echar un vistazo a mis libros, Santidad? Los he echado de menos.

El Santo Padre lo miró fijamente, y al sacerdote ese momento se le hizo eterno.

—Por supuesto, Tyler. Venga conmigo. Están en mi alcoba.

Con el rabillo del ojo, Tyler vio el gesto de consternación de Maya, que seguía mirándolos boquiabierta. Su presencia podía estropearlo todo, pero ya no había vuelta atrás. En cuanto el Santo Padre se dio la vuelta, Tyler lo golpeó con la Biblia, con todas sus fuerzas, imitando el movimiento de un leñador con su hacha. El pesado volumen impactó contra la cabeza del Santo Padre y lo derribó, pero el golpe no había sido suficiente; el Santo Padre se puso a cuatro patas e inspiró hondo varias veces preparándose para gritar.

—Por favor, Dios mío —musitó Tyler. Avanzó unos pasos, levantó la Biblia por encima de su cabeza y la descargó contra la nuca del Santo Padre, que se desplomó sin hacer ruido sobre la alfombra y esta vez se quedó inmóvil.

Tyler alzó la vista y vio que Maya lo miraba con los ojos como platos. Se guardó la Biblia en la cartera y levantó las manos para demostrar que no tenía intención de hacerle ningún daño.

—Mis libros. Me mintió, ¿verdad? No están aquí.

—Se los llevaron hace una semana. Al sótano.

Para Tyler, eso era la prueba de que la promesa de una recompensa era mentira. Si hubiera cumplido su cometido, el Santo Padre le habría... ¿Qué? ¿Le habría matado? Tyler miró al hombre que yacía en el suelo (y comprobó, aliviado, que todavía respiraba), y entonces comprendió cuál habría sido la estrategia: el Santo Padre lo habría entregado a Maza.

—Gracias, Dios mío —murmuró en voz baja—. Gracias por no dejarme hacerlo.

—Eres el sacerdote de la reina —dijo Maya.

—Sí. —Tyler caminó despacio hacia la puerta, aguzando el oído, pero no oyó ningún ruido proveniente de fuera. Aun así, debía marcharse cuanto antes,

antes de que el Santo Padre recobrar el conocimiento, antes de que la mujer diera la alarma. Asíó el picaporte, pero se detuvo cuando ella le preguntó:

—¿Es buena la reina?

Tyler se volvió y vio que los ojos de Maya se habían llenado de una necesidad alarmante. Él había visto una desesperación parecida muchos años atrás, en el campo, cuando los feligreses moribundos le pedían, pese a no estar él ordenado todavía, que oyera su última confesión. Maya, por alguna extraña razón, necesitaba que Tyler le diera una respuesta afirmativa.

—Sí, es buena. Quiere que las cosas vayan mejor.

—Mejor ¿para quién?

—Para todos.

Maya se quedó mirándolo un momento más; entonces se levantó con dificultad del sofá. A Tyler ya no lo turbaba su desnudez; de hecho, durante unos instantes se había olvidado de ella. Maya se acercó al Santo Padre, que seguía tendido boca abajo, deslizó una mano por debajo de su pecho y le quitó una cadena pasándosela por la cabeza. De la cadena colgaba una pequeña llave de plata.

—Tengo que marcharme —dijo Tyler. No quería abandonarla allí, pues evidentemente iba a tener problemas, pero tampoco podía llevársela con él, aunque ella quisiera huir. Había dejado de segregar adrenalina, y rápidamente se estaba dando cuenta de lo que había hecho. La pierna le dolía más de lo que había previsto; la había forzado demasiado al subir la escalera y el descenso iba a ser terrible.

—Mi madre era ramera, sacerdote.

—¿Cómo dice?

—Ramera. Prostituta. —Maya atravesó la habitación y se agachó delante de un armario de roble barnizado. Se movía con seguridad, y a Tyler le costaba reconocer a la drogadicta lánguida de unos momentos atrás—. Mi madre siempre nos hablaba de lo que haría algún día, una única cosa importante que borraría todo lo sufrido en el pasado. Decía que en la vida solo se nos presentaba una ocasión, y que cuando llegaba tenías que saltar, costara lo que costase.

—De verdad, tengo que...

—Él nos habla mucho de la invasión. Los mort pronto llegarán ante las murallas, y son demasiados para que podamos rechazarlos. Hará falta un milagro. —Maya accionó la cerradura y abrió el armario; miró al sacerdote

con una expresión que de pronto denotaba astucia—. Pero dicen que la reina puede hacer milagros.

Cuando se levantó tenía en las manos una gran caja de madera muy pulida; los lados lanzaban destellos rojo oscuro bajo la luz de las antorchas.

—Tienes que devolvérsela. No está bien que él la guarde aquí.

—¿Qué es?

Maya abrió la tapa, y Tyler vio la corona Tear, que reposaba sobre un cojín rojo oscuro. La plata y los zafiros relucían y se reflejaban en la tapa abierta de la caja.

—Esta es mi ocasión, sacerdote —continuó Maya al tiempo que le ponía la caja en las manos—. Cógela y vete.

Tyler volvió a mirarla y pensó en los granjeros a los que había conocido de joven, que morían en sus cabañas, desesperados por confesarse. Lamentó no poder detener el tiempo, aunque solo fuera durante una hora, para sentarse a hablar con esa mujer que nunca había tenido a nadie que la escuchara. Ahora sus ojos, oscuros, estaban completamente limpios, y Tyler vio que eran bonitos, pese a las arrugas que los envolvían.

—¿Andy? —Una voz de mujer llegó del otro lado del oscuro arco, adormilada y confusa—. ¿Andy? ¿Dónde estás?

—Vete, sacerdote —ordenó Maya—. Intentaré entretenerla, pero tienes poco tiempo.

Tyler vaciló un momento más; entonces cogió la caja y la metió junto con la Biblia en su cartera. La pena que sentía por haber perdido sus libros estuvo a punto de vencerlo, pero no estaba dispuesto a permitirlo, y se avergonzó solo de pensarlo. Había perdido su biblioteca, aquella mujer estaba jugándose la vida.

—Vete —insistió ella, y Tyler fue renqueando hasta la puerta; abrió un poco una de las hojas, lo suficiente para salir. Le lanzó un último y fugaz vistazo a Maya y la vio mirando fijamente el frasco que había encima de la mesa; entonces salió y cerró la puerta. Los dos acólitos estaban apoyados en la pared, uno a cada lado de la puerta, con aire tan despreocupado que Tyler se preguntó si habrían estado escuchando a hurtadillas. El de la sobremordida lo miró atentamente y preguntó:

—¿Le ha dicho el Santo Padre si quiere que entremos?

—No. Creo que va a retirarse por esta noche. —Tyler echó a andar por el pasillo, pero solo había dado unos pasos cuando notó una mano en el hombro.

—¿Qué lleva en la bolsa? —preguntó el joven de la sobremordida.

—Mi Biblia.

—Y ¿qué más?

—Mi túnica nueva —contestó Tyler sorprendido de la naturalidad con que la mentira había salido por su boca—. El Santo Padre me ha concedido un obispado.

Los acólitos se retrajeron e intercambiaron miradas de ansiedad. En la jerarquía del Arvath, los ayudantes personales del Santo Padre, incluidos los acólitos, estaban por encima de los sacerdotes. Pero los obispos pertenecían a otra categoría, y hasta el menos poderoso era alguien con quien no se debía discutir. Como de común acuerdo, los acólitos hicieron una reverencia y se apartaron.

—Buenas noches, Eminencia.

Tyler echó a andar por el pasillo. Calculó que tenía unos dos minutos, como mucho, antes de que se dieran cuenta de que su historia era absurda. El Santo Padre no tenía túnicas de obispo de repuesto en su alcoba para repartirlas como si fueran caramelos. Además, la otra mujer podía dar la alarma en cualquier momento.

Se detuvo en el rellano de la escalera, miró hacia abajo y contempló la serie de rectángulos concéntricos como quien se enfrenta a un enemigo letal. La pierna le lanzaba punzadas de dolor que se extendían como una corriente eléctrica desde la cadera hasta los dedos del pie. Le habría gustado bajar en el ascensor que, por la noche, prestaba un servicio limitado para atender las necesidades del Santo Padre. Quizá accedieran a bajarlo hasta las dependencias de los hermanos. Pero tendría que esperar a que llegara el ascensor (por la noche, la plataforma quedaba detenida en la planta más baja del Arvath), y si saltaba la alarma mientras él todavía estaba dentro, quedaría atrapado y lo retendrían hasta que los guardias de Anders fueran a buscarlo. No: iba a tener que bajar por la escalera, y, con lo que le dolía ya la pierna, no llegaría muy lejos antes de verse obligado a saltar a la pata coja.

Apretó la mandíbula y empezó a bajar, apoyándose en el pasamano. La cartera golpeaba contra su cadera con cada paso que daba, un golpeteo rítmico con el que su artritis pronto se resintió. Un piso; agarró la bolsa tratando de inmovilizarla y notó el contorno de la caja de madera que llevaba dentro.

«Soy parte de la gran obra de Dios.»

Hacía mucho que no lo asaltaba ese pensamiento. Pensó en la mujer, Maya,

y sintió que lo invadía el arrepentimiento. La había dejado allí, delante de una mesa llena de morfina, y tendría que soportar cualquier castigo que quisiera imponerle Anders. Dos pisos. Tyler bajaba a la pata coja, con el pie lesionado en alto y aferrándose al pasamano, dándose impulso con la otra pierna para bajar un escalón tras otro. Empezaba a dolerle también la pierna buena, y los músculos atrofiados amenazaban con agarrotarse. No sabía qué podía pasar si la pierna le fallaba antes de que hubiera llegado abajo. Tres pisos. Ahora las dos piernas protestaban por igual, pero no les hizo caso. Cuatro pisos. Por suerte, volvía a segregarse adrenalina, y esta ya corría por sus venas cuando el sacerdote acometió el descenso del último piso; contra todo pronóstico, Tyler se sorprendió sonriendo como un niño. Él era un tenedor de libros y un asceta; quién iba a decirle, hacía un año, que estaría allí, bajando la escalera a la pata coja, como un conejillo. Dos tramos más abajo entrevió unos hombros caídos y la cabeza casi calva de un hombre. La sonrisa se borró de sus labios.

«Seth.»

Tyler se detuvo al oír un ruido amortiguado proveniente de los pisos superiores. Al cabo de un momento, el silencio estalló en un gran estruendo de campanas. La alarma. Los gritos resonaban por la escalera, y Tyler oyó fuertes pisadas varios pisos más arriba. Ellos tampoco habían querido esperar al ascensor. Tyler siguió saltando y dobló la siguiente esquina hasta el último tramo de escalera. Desde allí vio que Seth, pese a estar dormido, sudaba; tenía la piel cerosa bajo aquella luz tenue. Seth no se estaba curando; no era la intención del Santo Padre que se curara. Cuando los sacerdotes del Arvath dejaran de tener pesadillas, cuando Seth hubiera dejado de servirle, el Santo Padre haría que lo sacaran de allí tan hábilmente como había hecho sacar los libros de Tyler. El sacerdote llegó al rellano y se encontró ante la placa colgada del cuello de Seth: «Abominación». Esa palabra llegó a lo más profundo de Tyler y abrió un amplio panorama de cosas indebidas. Después de la Travesía, cuando surgió la Iglesia de Dios, esta era una Iglesia dura, reflejo de su tiempo, pero una buena Iglesia. No conseguía sus fines mediante el odio ni mediante actos vergonzosos. Ahora, en cambio...

—Seth—susurró Tyler sin pensar—. Despierta, Seth.

Pero el hombre seguía soñando, y sus labios temblaban en la penumbra.

—¡Seth!

Seth despertó con una sacudida y dio un débil grito. Miró al sacerdote con los ojos empañados.

—¿Ty?

—Soy yo. —Tyler agarró la placa y se la quitó por la cabeza. Los pasos cada vez se oían más cerca; los guardias del Santo Padre estaban solo dos plantas más arriba. Tyler tiró la placa por encima del pasamano y la vio caer revoloteando hasta perderse de vista.

—Vamos, Seth. —Le puso un brazo alrededor de la cintura y lo levantó del taburete. Seth aspiró entre los dientes, dolorido, pero no opuso resistencia.

—¿Adónde vamos?

—Lejos de aquí. —Tyler encaró el pasillo—. No puedo contigo, Seth. La pierna me falla. Tienes que ayudarme.

—Lo intentaré. —Pero Seth se agarró a la espalda de Tyler con un brazo, prestándole apoyo, y los dos echaron a andar, renqueando. Tyler esbozó una sonrisa amarga.

«Menuda pareja. Viejos, cojos y mutilados.»

Aquella nota de humor negro rescató de su memoria algo de su infancia, una ilustración de uno de los tapices del padre Alan: Jesucristo, rey de los judíos, en el camino de Galilea, guiando a los ciegos, ayudando a los cojos, ofreciendo consuelo a los leprosos. Tyler pasaba largos ratos contemplando aquel tapiz, la única obra de arte de la casa del padre Alan que no representaba a un dios iracundo. El rostro del Jesús del tapiz era amable y bondadoso y, pese a hallarse rodeado de los seres más miserables del mundo, no se apartaba de ellos.

«Este es mi Dios», pensaba entonces Tyler, y ahora, más de sesenta años más tarde, renqueando por aquel pasillo de piedra, aquel recuerdo le produjo exaltación. La pierna rota no soportaba su peso, y creyó que tropezaría y arrastraría con él a Seth, que los dos irían dando traspiés por las losas hasta que chocaran contra la pared. Pero entonces sintió que unas manos invisibles le sujetaban las piernas y le reforzaban las rodillas ayudándole a correr.

—¡Seth! —dijo jadeando—. ¡Seth! ¡Él está con nosotros!

Seth rio sin fuerzas agarrándose con fuerza al dorso de Tyler.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—¡Pues claro! ¡Ahora! —Tyler rio también, con voz aguda e histérica—. ¡Dios todopoderoso, solo un poco más!

Los gritos de sus perseguidores cada vez se oían más cerca, y Tyler notó una vibración en el suelo de piedra cuando saltaron de la escalera. En cada puerta parecía haber un hermano que acababa de despertarse, y todos se quedaban

mirando a Tyler y a Seth con los ojos como platos, pero ninguno intentó detenerlos en su torpe huida por el pasillo. Las manos invisibles habían desaparecido y los dos sacerdotes se apoyaban el uno al otro; sus precarios andares tenían una extraña simetría en aquella carrera de tres pies. Cuando llegaron ante la puerta de Tyler, ambos se metieron en su celda, y Tyler echó el cerrojo.

Los guardias del Santo Padre tardaron casi dos minutos en encontrar un tronco lo bastante grueso para derribar la puerta. Cuando la puerta de roble macizo saltó por fin de sus goznes, varios guardias se precipitaron al interior de la celda de Tyler y, con las prisas, cayeron unos sobre otros y acabaron amontonados sobre la hoja de la puerta. Se recuperaron deprisa, se levantaron y miraron alrededor blandiendo sus espadas, creyendo que encontrarían resistencia.

Pero lo único que encontraron fue una habitación vacía.

Kelsea subió con esfuerzo el último tramo de escalera procurando no resollar. Había adelgazado, pero su milagroso cambio de aspecto no había implicado una mejora de su forma física. Maza iba a su lado; Pen estaba de permiso ese fin de semana. Kelsea no había tenido ocasión de hablar con él en privado antes de que se marchara, pero no podía evitar preguntarse si su guardia personal iría a visitar a aquella otra mujer. Se recordó que eso no era asunto suyo, pero al cabo de cinco minutos volvía a pensar en lo mismo. Se había propuesto que aquello no significara nada para ninguno de los dos, pero rápidamente había descubierto que no era tan sencillo como creía.

Llegó al final de la escalera y se encontró mirando desde lo alto de la muralla que bordeaba el lado oriental de Nueva Londres. Desde allí podía ver más allá del Caddell y del Almont, que ofrecía el tapiz moteado, verde y marrón, de finales de verano.

Bajo las murallas de la ciudad, junto al Caddell, estaba instalado el campo de refugiados: casi dos kilómetros de tiendas de campaña y refugios improvisados se extendían por las orillas del río. Desde allí arriba, los ocupantes del campamento parecían hormigas, pero eran más de medio millón. El Caddell proporcionaba suficiente agua, pero las aguas residuales se estaban convirtiendo en un problema, y a pesar de la gran cantidad de provisiones que Maza les había llevado, el campamento pronto se quedaría sin alimentos.

Estaban en plena temporada de cosecha, pero en el Almont ya no quedaba nadie que cultivara las tierras. Aunque el Tearling consiguiera superar la invasión, las reservas de fruta y verdura estarían diezmadas durante años. Algunas familias del norte, cerca del Fairwitch, habían decidido quedarse y arriesgarse, igual que algunas aldeas aisladas de la frontera cadaresa. Pero la mayoría de los habitantes del Tearling estaban apretujados dentro y alrededor de Nueva Londres, y Kelsea veía su reino extendido ante ella como un gran páramo bajo un cielo gris, donde solo había aldeas y campos de labranza abandonados y siniestros.

A unos quince kilómetros de allí, diseminado cerca del horizonte, estaba el ejército Tear: un puñado de tiendas de campaña desteñidas por el uso. El ejército estaba concentrado en las orillas del Caddell, en el punto donde el río, de pronto, formaba un meandro e iniciaba su intrincado recorrido alrededor de Nueva Londres. Incluso a Kelsea aquel ejército le pareció poco impresionante, especialmente comparado con lo que se veía en el horizonte: una nube enorme y oscura, el sutil reflejo de kilómetros y kilómetros de tiendas de campaña negras, estandartes negros e innumerables halcones que ahora sobrevolaban el campamento mort a todas horas. Hall había sorprendido a los mort durmiendo junto al lago Karczmar, pero eso no volvería a suceder, pues ahora los mort habían encontrado unos nuevos centinelas a los que habían encargado la vigilancia del campamento. A diferencia de la mayoría de los halcones mort, que no gritaban, esas aves emitían un chillido espeluznante cada vez que algún soldado de Bermond intentaba acercarse. Varios exploradores habían sido descubiertos así, y ahora Bermond no tenía más remedio que vigilar a los mort desde lejos, aunque esa situación no duraría mucho. Se acercaban, y a gran velocidad. Los mensajes que enviaba Hall no incluían sus opiniones personales, mientras que los de Bermond eran un torrente incesante de reprimendas, y Kelsea sabía que el general tenía razón. Había cometido un grave error, un error por el que tendrían que pagar todos los súbditos de su reino; y aunque sospechaba que cualquiera de sus otras opciones habría sido una equivocación aún mayor, la decisión que había tomado parecía exigir un castigo. Subía allí todos los días para contemplar el avance de los mort, para ver acercarse aquella nube negra desde el horizonte: era justo lo que se merecía.

—Están intentando cruzar el Caddell —comentó Maza, a su lado.

—¿Por qué? Ya no hay nada en ninguna de las dos orillas.

—Si suben por la otra orilla e intentan cruzar el río cuando lleguen frente a la ciudad, nuestros arqueros derribarán a un número considerable de sus soldados. Pero si controlan ambas orillas, pueden venir con las defensas preparadas, y las flechas no les harán ningún daño. Después bastará con que se centren en escalar las murallas y controlar el puente.

Hasta Maza había adoptado una actitud pesimista. Ya no había esperanza, a menos que Kelsea pudiera fabricarla por su cuenta. Esa idea la asqueaba. Esa mañana, cuando se había mirado en el espejo, una hermosa mujer morena le había devuelto la mirada; pero no era cualquier mujer. El pelo de Lily, la cara de Lily, los labios de Lily... No eran idénticas, ni mucho menos, pero algunas facciones empezaban a coincidir. Kelsea y Lily compartían una vida y, por lo visto, también iban a compartir un rostro. Sin embargo, los ojos de Kelsea no habían cambiado, y seguían siendo los de una Raleigh: los ojos verde oscuro de su madre, en los que se apreciaba una despreocupación que había provocado la ruina de todo un reino.

—¡Bendita sea la reina!

El grito llegó de abajo, del lado interior de la muralla, donde varios miembros de la guardia habían bloqueado el acceso a la escalera; Kelsea se asomó y vio a un grupo de gente congregada al pie, brazos agitados energicamente, un mar de rostros vueltos hacia arriba.

«Creen que puedo salvarlos». Kelsea compuso una sonrisa con la que pretendía transmitir seguridad y saludó a sus súbditos con la mano; luego volvió a dirigir la vista hacia el Almont. Nunca había tenido otras opciones, pero no por eso iban a ser indulgentes con ella. Cuando la juzgaran (y tarde o temprano llegaría ese momento; la historia, por lo menos, la juzgaría), no habría circunstancias atenuantes. Contempló la oscuridad que se extendía por el horizonte y no dejó que su mirada se desviara. Casi sin pensar, se hizo una nueva herida en la pantorrilla, y sintió una amarga satisfacción cuando la sangre resbaló hasta su tobillo.

«Castigo».

—¡Señor!

Maza se asomó a la escalera.

—¿Qué pasa?

—Mensajero del general Bermond.

—Que suba.

Kelsea no dejó de contemplar el Almont hasta que llegó el mensajero de

Bermond. Los mensajeros militares eran extraordinarios; aquel hombre acababa de subir cinco pisos a la carrera, y ni siquiera jadeaba. Era joven y esbelto, un sargento a juzgar por la insignia de cobre que llevaba en el cuello, y miró con asombro a Kelsea cuando se cuadró ante ella. Sin embargo, ese efecto ya no la satisfacía como al principio. Mediante una señal ordenó al joven que hablara, y se volvió de nuevo hacia el Almont.

—Majestad, el general quiere informaros de que ha caído el Puerto del Argive.

Maza dio un gruñido, pero Kelsea mantuvo la mirada clavada en la nube negra del horizonte y procuró no pestañear.

—Los mort han empezado a pasar suministros por el Argive; eso reducirá considerablemente su tiempo de reabastecimiento. Anoche, además, más de un millar de soldados de refuerzo bajaron por el puerto. Llegarán al frente mort mañana. El grueso del ejército mort ya ha cruzado el Crithe y ha tomado la orilla norte del Caddell, y la vanguardia no tardará en obligar a los tear a retirarse también de la orilla sur. El general calcula que eso sucederá en un plazo máximo de tres días. Cree que intentan seguir el curso del Caddell hasta Nueva Londres.

El mensajero hizo una pausa. Kelsea oyó el ruido de su nuez al tragar.

—¿Qué más?

—No hay más información, Majestad.

No eran buenas noticias. Claro que no.

—Lazarus, ¿cuánto falta para que los mort lleguen ante las murallas?

—Calculo que menos de una semana. No os dejéis engañar por la distancia, Señora. Aunque Bermond haga todo lo que pueda, los mort pueden avanzar a un ritmo de cuatro o cinco kilómetros diarios. Llegarán aquí antes de finales de mes, como muy tarde.

Kelsea miró hacia abajo y vio el campamento de refugiados, un extenso caos de penuria, abrigo inadecuado y desnutrición incipiente. Aquello también era responsabilidad suya.

—Avisa a Bermond de que vamos a trasladar a los refugiados al interior de la ciudad —le dijo al mensajero—. Tardaremos cinco días como mínimo. Bermond tiene que mantener a los mort alejados del campamento hasta que haya finalizado la evacuación. Entonces debe retirarse y defender el puente.

El mensajero hizo una señal afirmativa.

—Muy bien. Puedes retirarte.

El joven bajó la escalera a toda prisa y se perdió de vista. Kelsea volvió a dirigir la mirada hacia el Almont.

—Arliss debería encargarse de la evacuación del campamento. Sus hombres conocen bien a la población.

—Os aseguro, Señora...

—¿De verdad creías que no me enteraría, Lazarus? Sus subalternos están por todo el campamento, vendiendo narcóticos como si se acercara el fin del mundo.

—Pero es que para esta gente es el fin del mundo, Señora.

—Lo sabía. —Kelsea se volvió hacia él. Notó que su mal genio se ponía en marcha, pero por debajo había algo aún peor que la rabia: la vergüenza. La joven siempre había anhelado la aprobación de Maza, del mismo modo que siempre había ansiado los elogios de Barty. Pero Barty no tenía reservas con ella, y era generoso con sus encomios. La aprobación de Maza tenía más valor, pues el capitán obligaba a Kelsea a ganársela a pulso, y a ella le dolía muchísimo saber que había fracasado—. Sabía que tarde o temprano me dirías que la había cagado.

—Lo hecho, hecho está, Señora.

Eso era aún peor; Maza no solo no le daba su aprobación, sino que ni siquiera quería hablar del tema. A Kelsea se le empañaron los ojos, pero contuvo las lágrimas, furiosa.

—Supongo que piensas que soy igual que ella.

—Pensáis demasiado en vuestra madre, Señora. Esa siempre ha sido una de vuestras debilidades.

—¡Pues claro! —le gritó Kelsea sin importarle que hubiera otros guardias cerca—. ¡Su sombra eclipsa todo lo que intento hacer! ¡No puedo dar ni un paso sin que sus errores me compliquen la existencia!

—Es posible, Señora, pero no os engañéis. Vos también tomasteis vuestras propias decisiones.

—¿Me estás hablando de Thorne?

Maza desvió la mirada, y Kelsea entrecerró los ojos.

—No lo dirás en serio.

—Escuchadme, Señora. Escuchadme bien. —Maza había palidecido, y de pronto Kelsea se dio cuenta de que el gesto impertérrito que ella había interpretado como expresión de resignación lo era en realidad de cólera, una cólera profunda y silenciosa que, de alguna manera, era peor que los estallidos

de ira que había visto protagonizar a su capitán en un par de ocasiones—. Habéis hecho muchas cosas que yo no habría hecho. Sois temeraria. No tenéis en cuenta todas las consecuencias, y no aceptáis los consejos de las personas que están mejor informadas que vos. Y, sin embargo, hasta ahora nunca he condenado ninguna de vuestras decisiones.

—¿Por qué? —preguntó ella con rabia—. ¿Por qué Thorne es tan importante?

—¡No se trata de Thorne! —bramó Maza, y Kelsea se retrajo—. ¡Dejad de comportaros como una criatura, por una vez! Sois vos, Señora. Habéis cambiado.

—¿Esto? —Kelsea se pasó una mano por la cara y el cuello—. ¿Esto es lo que te preocupa?

—Por mí podéis transformaros en la Reina Hermosa, pero no se trata de vuestro nuevo rostro, Señora. Se trata de que sois diferente.

—Menos ingenua.

—No. Más cruel.

Kelsea apretó la mandíbula.

—Bueno. ¿Y qué?

—Pensadlo bien, Señora. Hay cosas peores que convertirnos en vuestra madre.

Kelsea explotó, y durante unos instantes solo deseó agarrar a Maza y tirarlo desde lo alto de la muralla. Sabía que podía hacerlo. La ejecución de Thorne había despertado algo en su interior, una bestia que ahora estaba siempre al acecho, buscando cualquier excusa para saltar. Esa bestia era implacable y brutal y no quería volver a dormirse.

Maza dio un paso adelante, estiró un brazo y le puso una mano en el hombro. El capitán nunca la tocaba a menos que fuera para defenderla, y Kelsea se sorprendió tanto que se serenó de inmediato, y su cólera disminuyó.

—Quitaos las joyas, Señora —suplicó Maza—. Deshaceos de ellas. Pese al servicio que os han prestado, estáis pagando un precio demasiado alto. Yo las esconderé. Nadie las encontrará. Construid vuestro trono, vuestro legado, sobre alguna otra cosa.

Kelsea se preguntó si el capitán tendría razón, si las joyas serían el verdadero problema. Los sueños, las voces, la presencia inexorable de Lily... Una parte de la vida de Kelsea parecía haberse perdido por el camino. Cómo la miraban sus guardias últimamente, cuando creían que ella no los veía: con

recelo, inseguros, a veces casi con miedo. La sensación de impotencia cuando se miraba en el espejo y se encontraba ante la cara de Lily. De alguna manera, todo había salido mal, y Kelsea ni siquiera sabía muy bien cuándo había sucedido.

Pero los zafiros... Eso que le había pedido Maza era imposible. No importaba que los zafiros ya no hicieran nada, que parecieran no tener vida. Eran suyos, y de pronto Kelsea se enfrentó a una dura realidad: ella tenía su propia droga, solo que esta era de otra clase.

—No —contestó por fin—. No puedes pedirme eso.

Sintió el peso casi físico de la mirada de Maza.

—¿Vamos a tener un problema por esto, Lazarus?

—Supongo que eso depende de vos, Señora. Yo soy guardia real. He jurado lealtad.

Alguien carraspeó detrás de Kelsea; la joven giró sobre sí misma bruscamente, furiosa por aquella interrupción. Pero solo era Coryn, de pie al final de la escalera.

—Ya seguiremos esta conversación más tarde —le dijo a Maza.

—Estoy impaciente.

Kelsea lo fulminó con la mirada. Notó que volvía a encolerizarse, pero su enfado no fue a más. Al fin y al cabo, solo era Maza; Maza siempre decía aquello que Kelsea no quería oír. Se llevó una mano a la sien, que de pronto le palpitaba reclamando su atención. Sintió como si tiraran de su mente en dos direcciones opuestas, como si el pasado y el futuro se hallaran frente a frente en una pista recta. En un extremo estaban Lily Mayhew y el inglés desconocido que los había llevado a todos al Nuevo Mundo, había construido una colonia y le había dado su nombre al reino; y en el otro extremo estaba el ejército mort, a punto de derribar las murallas de Nueva Londres. Kelsea veía con claridad cada uno de los pasos: la caída de la muralla, aquella masa negra irrumpiendo en la ciudad, la orgía de violaciones, brutalidades y asesinatos que se produciría a continuación. Hombres, mujeres, niños... No se libraría nadie. «El saqueo de Nueva Londres», lo llamarían, un horror que diezmaría la población del Tearling durante varias generaciones. ¿Cómo podía ser que no hubiera alternativas? ¿No podía Kelsea destruir el ejército mort de la misma forma que había destruido a Thorne? Podía intentarlo, pero si fracasaba las consecuencias serían terribles. Kelsea se volvió hacia el horizonte y le pareció que la nube negra estaba más cerca, aunque solo eran imaginaciones

suyas. La locura estaba al acecho, y Kelsea sentía que, si se descuidaba, la abrazaría. Una nada profunda y oscura la envolvería como una capa y haría desaparecer todos los dilemas.

—¿Qué pasa, Coryn?

—Ha llegado un mensaje de los cadareses. No nos van a prestar ayuda. Es más, el rey ha retirado su oferta de matrimonio.

Kelsea notó que sus labios dibujaban una sonrisa amarga.

—¿Ha venido Kattan? —preguntó.

—No, Señora.

—Kattan es el primer embajador —intervino Maza—, el hombre de las ocasiones felices y las ofertas amables. Cuando quieren cortar y echar a correr, envían a algún pobre desgraciado capaz o no de sobrevivir al viaje.

—Pero el mensajero cadarés ha dejado un obsequio, Señora —añadió Coryn.

—¿Qué es?

—Un cuenco de piedra. Para la fruta.

Kelsea no pudo evitarlo: se echó a reír. Maza también sonreía, pero la suya era una sonrisa cansada, que no tenía nada que ver con su clásica sonrisa.

—Los cadareses son aislacionistas, Señora. Es su manera de hacer las cosas.

—Supongo que hoy no va a haber muchas buenas noticias —replicó Kelsea, y paró de reír—. No parece uno de esos días, ¿verdad?

—No, no parece uno de esos meses, Señora.

—Ya. —Kelsea se enjugó una lágrima de la mejilla y vio que le sangraba la mano.

—¿Estáis bien, Señora?

—Sí. Deberíamos armar a todo el que esté en condiciones de manejar una espada.

—No tenemos acero para fabricar espadas.

—Pues usaremos espadas de madera, cualquier cosa. Dadles armas, las que sean.

—¿Con qué fin?

—Es bueno para la moral. A nadie le gusta sentirse indefenso. Y cuando entren los refugiados, quiero que trasladen a todas las familias con niños a la Ciudadela.

—No hay sitio suficiente.

—Pues hazlo lo mejor que puedas, Lazarus. —Kelsea se frotó las sienes. Lily la llamaba, reclamaba su atención, pero Kelsea no quería volver, no quería ver cómo la vida de Lily se representaba dentro de su cabeza. Ya tenía bastantes problemas con el presente.

—Deberíais entrar, Señora. Vais a tener una fuga.

Kelsea se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la cara que se os pone. Ahora ya sabemos identificar las señales.

—¿Cuándo vuelve Pen?

Maza le lanzó una mirada inescrutable.

—Su permiso termina esta noche, pero supongo que no volverá hasta después de que os hayáis dormido.

—Muy bien.

—Tened cuidado, Señora.

Kelsea se volvió bruscamente con la intención de darle un bofetón. ¿Quién era él para opinar sobre con quién se acostaba? Pero no dijo nada. Al fin y al cabo, Pen no le pertenecía. Si le pertenecía a alguien, era a Maza.

—¡Señora!

—Por amor de Dios, Coryn. ¿Otro mensajero?

—No, Señora. —El guardia levantó ambas manos y dijo—: Ahora es el mago. Dice que necesita hablar con vos.

—¿Quién?

—El mago que actuó en aquella cena. Bradshaw.

Pero el hombre que subió por la escalera no era el actor de aspecto impecable a quien Kelsea había visto aquella noche. Bradshaw había recibido una paliza. Tenía los ojos morados y las mejillas rasguñadas.

—Majestad —dijo jadeando—. He venido a pedir os asilo.

—¿Cómo es eso?

—El Santo Padre ha puesto precio a mi cabeza.

—No puede ser.

—Os lo juro, Majestad. Cien libras. Llevo días huyendo.

—No le tengo ninguna simpatía al Santo Padre, Bradshaw, pero dudo mucho que vaya por ahí poniendo precio a la cabeza de la gente.

—¡No soy el único, Majestad! También ha ofrecido una recompensa por ese sacerdote, el padre Tyler.

Kelsea notó que se le encogía el estómago: acababa de reparar en que hacía

varios días que no veía al padre Tyler. Arliss y sus preparativos para el asedio la habían tenido demasiado ocupada, pero entonces lo calculó y vio que hacía por lo menos tres días que el padre Tyler no iba a la Ciudadela.

—¿Dónde está? —le preguntó a Maza.

—No lo sé, Señora. —El semblante de Maza denotaba preocupación—. No sabía nada de esto.

—Búscalo, Lazarus. Ahora mismo.

Maza fue a hablar con Coryn, y Kelsea se quedó con el mago. De pronto la joven se dio cuenta de que Maza la había dejado desprotegida, y eso tal vez fuera la señal más infalible de que el capitán estaba al tanto de la situación: ya nadie podía amenazar físicamente a Kelsea. La guardia no era más que una farsa. En algún rincón de su mente parpadeó brevemente una idea, algo relacionado con los mort, pero cuando Kelsea fue a rescatarla, esa idea había desaparecido, vencida por su preocupación por el padre Tyler. El mago había podido despistar a sus perseguidores, pero ¿cómo iba a lograrlo Tyler? Él era un hombre anciano y tenía una pierna rota.

—El Santo Padre ¿estaba resentido contigo por algo anterior? —le preguntó al mago.

—No, Majestad, os lo juro. No lo había visto nunca hasta aquella noche en la Ciudadela. En las Tripas dicen que el Santo Padre ha excomulgado a todos los artistas de mi gremio. Pero yo soy el único por el que ha ofrecido una recompensa.

Así que aquello no tenía nada que ver con Bradshaw. El Santo Padre tal vez odiara a los magos, pero la recompensa era un golpe dirigido directamente a Kelsea.

—¿Crees que corres verdadero peligro?

—Menos que otros que no tienen mi don para desaparecer. Pero no voy a poder burlarlos eternamente, Majestad. Me conocen demasiado en la ciudad. Os lo juro, os seré útil.

Kelsea rio y señaló la muralla.

—Echa un vistazo, Bradshaw. Ahora mismo un bufón no es lo que más necesito.

—Lo entiendo, Majestad. —El mago se quedó un rato cabizbajo; entonces cuadró los hombros y, en voz baja, dijo—: No soy ningún bufón.

—¿Qué significa eso?

Bradshaw se le acercó más. Si Maza hubiera estado allí, no lo habría

permitido, pero seguía deliberando con Coryn, y Bradshaw pudo encorvarse sobre Kelsea, ocultándosela al resto de la guardia.

—Mirad.

Bradshaw levantó la mano derecha y la dejó completamente quieta. Al cabo de un instante, el aire alrededor de su mano empezó a temblar, como hacían los adoquines cuando hacía mucho calor. Aquel temblor se solidificó y apareció un cuchillo: un puñal de plata con el mango viejo y labrado.

—Probadlo, Majestad.

Kelsea asió el puñal y notó su solidez.

—Dicen que tenéis magia, Majestad. En esas joyas. Pero en el Tear hay otra magia. En mi familia somos muchos los que estamos dotados de esos dones.

Kelsea le lanzó otra ojeada a Maza. Sabía que aquello no iba a gustarle nada, pues desconfiaba de los magos, fueran de la clase que fuesen. Y sin embargo, aquella noche Bradshaw no había entrañado ningún peligro; Kelsea lo había contratado. Además, había otras cosas que tener en cuenta: el Santo Padre quizá tuviera comprados a los nobles de Nueva Londres, pero los ciudadanos verdaderamente devotos jamás tolerarían algo tan prosaico como una recompensa del Arvath por la vida de un hombre.

—Te daré asilo —le dijo al mago—. Pero el Pabellón Real no será un refugio seguro durante mucho tiempo. Cuando lleguen los mort, tal vez prefieras haber desaparecido para siempre.

—Gracias, Majestad. No quiero robaros más tiempo.

Bradshaw se dio la vuelta con aquella extraña agilidad de acróbata y se dirigió hacia Maza antes de que Kelsea tuviera ocasión de decirle que no estaba ocupada ni mucho menos, y que no tenía nada mejor que hacer que contemplar el horizonte y las escenas de destrucción que se representaban repetidamente en su mente. Aquella nube que se veía en el horizonte le pertenecía. Era ella quien la había hecho aparecer allí. Se estremeció al notar de nuevo el cosquilleo de la mente de Lily, una sensación casi física que invadía su pensamiento. La vida de Lily iba a toda velocidad hacia la catástrofe, y Lily necesitaba algo de Kelsea, algo que Kelsea todavía no podía ver. Entonces comprendió que no importaba en qué visión viviera. El terror imperaba tanto en el pasado como en el futuro. Se colocó de espaldas al horizonte y volvió a iniciar el recuento de sus propios errores, preparándose para sufrir por ellos otra vez, uno por uno. Preparándose para recibir los azotes.

—A esos desgraciados ya no les preocupamos lo más mínimo, eso está claro —masculló Bermond—. Ni siquiera hay centinelas ahí fuera, solo los halcones.

Hall dio un gruñido de asentimiento, pero siguió examinando su casco. Dos días atrás, una espada le había rozado la barbilla y le había cortado la correa del casco, con tan mala suerte que se había desprendido el cierre. Hall lo había arreglado cosiéndole una tira de cuero, pero ahora el casco no le quedaba tan sujeto, y amenazaba continuamente con caerse de su cabeza.

Sin embargo, habría podido ser peor. Iba a quedarle una cicatriz, pero la barba que solía dejarse en invierno la taparía. Seguramente aquel estúpido cierre le había salvado los dientes, o acaso la vida. Quizá Hall debería haberlo guardado y haberlo llevado en un bolsillo como amuleto, pero se había perdido unos cuatro kilómetros Caddell arriba.

—Para de joder con eso, Ryan, y echa un vistazo a esto.

Hall suspiró, dejó el casco y sacó su catalejo. Llevaba tres días sin dormir. Las dos semanas pasadas habían sido un torbellino de batallas campales y retiradas mientras el ejército mort los empujaba inexorablemente hacia el sudoeste, al otro lado del Crithe y hacia la parte más meridional del Almont. A veces Hall no sabía distinguir si estaba dormido o despierto, si la guerra en la que combatía era real o si solo existía en su imaginación. Los mort habían tomado ambas orillas del Caddell unos días atrás, y ahora una serie de pasarelas desmontables atravesaban el río, unos mecanismos ingeniosos que Hall no podía evitar admirar al mismo tiempo que ideaba formas de inutilizarlos. Esas pasarelas permitían a los mort dominar no solo ambas orillas del río, sino también su curso, y subir por él sin dividir sus fuerzas. Los puentes parecían hechos de madera de roble macizo, reforzados con acero en el centro para que no se partieran bajo el peso del ejército, pero se desmontaban rápidamente cuando había que transportarlos. En Mortmesne tenían a un ingeniero endemoniadamente bueno y a Hall le habría encantado hablar con él solo unos minutos, aunque el mundo se estuviera viniendo abajo.

El catalejo de Hall descubrió una bandera en la orilla sur del Caddell y la enfocó. En el campamento mort todo era negro o gris oscuro, como las nubes de tormenta, y sin embargo aquella bandera era de un rojo intenso. Hall se incorporó pese a la amenaza de los arqueros mort y enfocó la lente. La

bandera roja coronaba una tienda de campaña también roja.

—Señor. A las diez en punto, en la orilla sur del río.

—¿Qué? Oh, mierda, mira eso. —Bermond bajó su catalejo y se frotó las sienes. Él también llevaba varios días sin dormir. Hasta el penacho azul que decoraba su casco, una señal de rango a la que Bermond tenía un apego absurdo, pendía, lánguida, bajo aquel sol neblinoso—. Lo que faltaba.

—A lo mejor no es ella, sino solo una artimaña de los mort.

—¿Crees que es una artimaña?

—No —contestó Hall tras reflexionar un momento—. Es ella, ha venido a terminar lo que empezó.

—La moral de nuestros hombres está en las últimas. Esto acabará con ella.

Hall dirigió su catalejo hacia el oeste, hacia Nueva Londres. El campamento de refugiados de la reina se extendía frente a la ciudad, hectáreas y más hectáreas de tiendas de campaña y cobertizos de lona en las que se apreciaba una actividad frenética, pues los funcionarios del Censo estaban evacuando a sus últimos ocupantes y trasladándolos al otro lado de la muralla de Nueva Londres. La muralla de piedra que bordeaba la ciudad, y que arrancaba de la misma orilla del Caddell, tenía unos tres metros de alto, pero la habían construido a toda prisa sobre el terreno blando de la ribera, y no soportaría un asalto. Solo serviría para ganar un poco de tiempo. Un día más para terminar la evacuación, y entonces Bermond llevaría el ejército a Nueva Londres y todos se prepararían para el asedio. Sobre la ciudad pendía una densa nube de humo; estaban sacrificando y asando a los animales, curando la carne en previsión de un largo sitio. El ejército también había acumulado reservas de agua, pues sabían que en cuanto los mort llegaran ante las murallas, cortarían el Caddell. Estaban esforzándose con los preparativos, pero todo aquello solo serviría para retrasar el desenlace inevitable.

—Pero los mort también deben de tener la moral debilitada —caviló Bermond, optimista—. Nada los motiva más que un buen botín, amigo mío, y nosotros les hemos dejado sin. Siento tener que admitirlo, pero la reina tuvo una buena idea con la evacuación. En ese campamento deben de oírse muchas protestas.

—No lo creo —lo contradijo Hall, y señaló la tienda de campaña roja—. Si se hubieran oído protestas, ella ya las habría hecho callar.

No quiso mencionar a la Reina Roja por su nombre. Era una vieja superstición de su infancia en la frontera, donde los niños sabían que, si

nombrabas a la Reina Roja, ella podía aparecer. Los nombres hacían reales las cosas, mucho más reales que aquel puntito rojo a lo lejos; y sin embargo Hall sabía que en cuanto sus hombres descubrieran aquella tienda, el miedo barrería el resto del ejército tear como un viento maligno.

Bermond suspiró.

—¿Qué podemos hacer para contenerlos un día más?

—Retroceder. Concentrarnos en la entrada del puente y levantar una barricada —contestó Hall.

—Tienen torres de asedio.

—Que intenten utilizarlas. Nosotros tenemos aceite y antorchas.

—Hoy estás animado. ¿Qué hiciste anoche? ¿Te escapaste al Callejón de las Putas?

—No.

—Pues ¿qué?

—Tuve un sueño.

—Un sueño —repitió Bermond, jovial—. ¿Sobre qué?

—Sobre la reina. Soñé que provocaba un gran incendio que arrasaba el territorio. Los mort, la Reina Roja, los traidores... todos los enemigos del Tear quedaban aniquilados.

—No sabía que fueras adivino, Ryan.

—No lo soy. Pero aun así, ese sueño me puso de buen humor.

—Tienes demasiada fe en una niña ingenua.

Hall no respondió. Para Bermond, la reina no era más que una advenediza, mientras que Hall veía en ella algo más, algo que no habría sabido explicar.

—Ya vienen otra vez —masculló Bermond—. Ponte el casco. A ver si puedes empujarlos hacia la parte embarrada de la orilla. Sus piernas no son tan temibles como su acero, y les costará avanzar por terreno blando.

Hall hizo una señal a los hombres que tenía detrás para que se prepararan. Un destacamento mort había salido del campamento y avanzaba por la orilla norte del Caddell. Una y otra vez habían obligado a retroceder a los tear con maniobras de flanqueo, una tarea fácil dada su abrumadora superioridad numérica. Y esa vez no iba a ser diferente. Hall lanzó una última mirada al campamento de refugiados que tenía detrás, que se hallaba en la última fase de la evacuación y parecía un hormiguero.

«Un día más», pensó; desenvainó su espada y descendió por la loma guiando a sus hombres hacia el río. Bermond se quedó en lo alto de la ladera;

su cojera ya no le permitía participar en los combates cuerpo a cuerpo. Los hombres de Hall alcanzaron a su coronel y lo rodearon; Blaser se colocó a su lado. Blaser había sufrido una grave herida en la clavícula en las orillas del Crithe, pero los médicos se la habían cosido, y al llegar al pie de la loma se puso a gritar y corrió con los demás hacia las líneas mort. Hall notó el impacto de una espada de hierro contra la suya, una descarga que se extendió por todo su brazo, pero solo sintió un dolor sordo, como el que sentía en sus sueños. Miró un tanto desconcertado a su atacante, y se preguntó brevemente por qué luchaban. Pero la memoria muscular era algo muy poderoso; Hall apartó al soldado mort de un empujón y golpeó con su espada hacia abajo, buscando la articulación entre la muñeca y el guante. El hombre gritó: tenía la mano casi seccionada.

—¡Halcones! ¡Halcones!

Alguien gritaba detrás de Hall, en la loma. Miró hacia arriba y vio que una decena de halcones volaban hacia ellos. No eran centinelas; navegaban por el cielo distribuidos de forma equidistante, en silenciosa formación hacia el oeste. Estaban entrenados para algo concreto, pero ¿para qué?

No había tiempo para pensar. Otro soldado mort fue a atacarlo; este era zurdo, y Hall se olvidó de los halcones mientras repelía el ataque. El casco volvió a caérsele hacia atrás, y Hall renegó y lo tiró al suelo. Pelear sin casco equivalía a una muerte segura, pero a esas alturas la muerte parecía un resultado aceptable. Por lo menos allí podría dormir. Hall golpeó con la espada a su atacante y notó que esta chocaba, inofensiva, contra el peto de hierro del mort. ¡Malditas armaduras mort! Oyó gritos a su espalda, pero no pudo darse la vuelta, ni siquiera cuando notó algo húmedo y caliente en la nuca.

Alguien arremetió contra el mort por un lado y lo derribó. Era Blaser; forcejeó un poco con el soldado antes de asestarle un garrotazo en la cara. Cuando el mort se quedó quieto, Blaser se levantó, agarró por el brazo a Hall y tiró de él hacia las líneas tear.

—¿Qué pasa? ¿Nos retiramos?

—¡Venga, Señor! ¡El general!

Fueron avanzando, derribando por el camino a varios soldados mort. Hall iba como sonámbulo. Lo percibía todo amortiguado: la luz, el fragor del combate, el hedor, hasta los gritos de los moribundos. Pero las aguas del Caddell eran claras e intensas, de un rojo brillante.

En lo alto de la ladera había un grupo de soldados con gesto de gravedad. Aquella escena hizo despertar a Hall por primera vez desde hacía varios días, y echó a correr, con Blaser a su lado, ajeno a la batalla que se desarrollaba al pie de la loma.

Bermond estaba tumbado boca abajo. Nadie se había atrevido a tocarlo, así que Hall se agachó y le dio la vuelta. Los hombres que estaban allí reunidos gimieron a la vez: Bermond tenía el cuello cortado, y solo quedaban unos jirones de tejido colgando a ambos lados de la cabeza. Llevaba el pecho protegido por la armadura, pero le habían destrozado las cuatro extremidades. El brazo izquierdo estaba casi completamente separado del hombro. Sus ojos miraban al cielo, ciegos, desde la cara cubierta de sangre.

A un par de metros de allí, en la hierba, Hall vio el casco de Bermond con su ridículo penacho azul. Aquel casco era una afectación absurda, pero al general le gustaba cabalgar por el Tearling con aquel penacho azul ondulando al viento. Era un general para la paz, no para la guerra, y Hall notó que se le encogía la garganta mientras le cerraba los ojos a Bermond.

—¡Señor! ¡Estamos perdiendo terreno!

Hall se enderezó y vio que las líneas tear se estaban debilitando. Los mort empujaban a los tear hacia dentro por varios sitios, como alfileres clavándose en un acerico. Hall miró a los hombres que estaban a su alrededor (Blaser y Caffrey, el coronel Griffin, un comandante joven cuyo nombre ignoraba, varios soldados de infantería) sin saber qué hacer. El ascenso a general exigía un procedimiento formal, la aprobación de la reina, una ceremonia. Hall había estado al lado de Bermond, años atrás, el día que la reina Elyssa le había conferido el mando. En ese momento la reina se encontraba a kilómetros de distancia, pero cuando Hall miró alrededor comprobó que todos, incluso Griffin, lo miraban esperando órdenes. Con reina o sin ella, ahora el general era él.

—Caffrey, repliéguese hasta la siguiente loma.

El comandante Caffrey salió disparado colina abajo.

—Usted, Griffin. Reúna al resto de su batallón y diríjase con él a Nueva Londres. Recoja los restos de material abandonados en el campamento de refugiados y asegure el puente con barricadas.

—Una barricada hecha con muebles viejos y tiendas de campaña no aguantará mucho.

—Pues tendrá que aguantar. Si es necesario, pídale más madera a la reina,

pero hágalo. Nosotros nos reuniremos allí con usted en cuanto haya terminado la evacuación.

Griffin se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas. Hall volvió a concentrarse en el campo de batalla y vio que los tear habían empezado a replegarse, y que poco a poco ascendían por la suave cuesta del pie de la loma. Volvió a mirar el cadáver de Bermond y sintió pena y agotamiento, pero no había tiempo para ninguna de las dos cosas. Los mort subían por la cuesta, acelerando la retirada. Una voz grave dictaba órdenes desde detrás de las líneas mort, y Hall supo, sin necesidad de que nadie se lo dijera, que era el general Ducarte, que se había acercado a la línea de combate. Quedarse en la retaguardia para no ensuciarse las manos no era el estilo del general mort. Él había ido allí a ver correr la sangre.

—Vosotros. —Hall señaló a los dos soldados de infantería—. Id con Griffin. Llevad el cadáver del general a Nueva Londres.

Los soldados levantaron el cadáver de Bermond y lo bajaron por el otro lado de la loma hasta donde estaban los caballos. Hall los vio marchar; luego dirigió la mirada hacia el campamento de refugiados, una ciudad entera de personas indefensas.

«Un día más», se dijo mientras veía a los mort concentrarse en el punto más débil de las líneas tear y cargar; las espadas y las armaduras recién lustradas destellaban bajo el sol. Los superaron sin dificultad, rompiendo las líneas tear mientras los soldados de Hall subían como podían por la ladera de la colina. Los tear se aglomeraron para reforzar el hueco, pero el daño ya estaba hecho; se había abierto una brecha en las formaciones de Hall, y no iban a tener tiempo de reagruparse. Los mort aprovecharon su ventaja y se concentraron en aquel punto débil, obligando a los tear a retroceder para contenerlos. Bermond estaba muerto, pero Hall sentía su presencia, quizá en la siguiente colina, observando y evaluando, esperando a ver qué haría Hall a continuación. El sol asomó entre las nubes y Hall desenvainó su espada, aliviado al encontrar nueva vida en los músculos de su brazo, al sentirse despierto como no lo había estado desde hacía mucho tiempo. Los mort atravesaron las líneas tear, una masa negra e invencible, y el general Hall bajó por la colina, a su encuentro.

El horizonte azul

En la década anterior a la Travesía, el aparato de seguridad de EE.UU. detuvo a miles de presuntos separatistas. El elevado número de detenidos convenció al gobierno norteamericano, así como a la ciudadanía, de que Seguridad estaba ganando la batalla contra el terrorismo doméstico. Sin embargo, al centrar toda su atención en los resultados demostrables, el gobierno pasaba por alto el verdadero problema: una falla enorme bajo la superficie del país, una falla ignorada que por fin empezaba a agrietarse.

La noche oscura de América,
GLEE DELAMERE

Dorian no estaba.

Lily se quedó plantada en el umbral del cuarto de los niños, atónita. Dorian no estaba, ni las medicinas, ni la ropa que Lily le había dado. El cuarto de los niños estaba tan silencioso como siempre, lleno de diminutas motas de polvo que flotaban en los haces de luz matutina. Nadie sabría nunca que Dorian había estado allí.

Lily no contaba con que la separatista se despidiera de ella, pero había dado por hecho que dispondría de algo más de tiempo. William Tear había entrado por la noche y se había llevado a Dorian. Lily se dio la vuelta y echó a andar por el pasillo. De pronto, toda la esperanza que había depositado en aquella mañana se desvaneció. ¿Qué iba a hacer ahora? Había quedado para jugar a bridge más tarde con Michele, Christine y Jessa, pero tendría que cancelarlo. Se sentía incapaz de sentarse a una mesa con sus tres amigas, cotillear con ellas y tomarse el cóctel que a Christine se le hubiera antojado preparar esa semana. Algo había cambiado, y Lily ya no tenía forma de volver al mundo de las pequeñas cosas.

Dos días más tarde, los sitios de noticias anunciaron que se habían producido varios ataques terroristas simultáneos en Boston y Dearborn, Virginia. Los terroristas de Boston habían entrado en un almacén de Dow y habían robado material médico y medicamentos por valor de casi cincuenta millones de dólares, un gran golpe del que se hacían eco todos los sitios web. Pero Lily encontró más interesante el ataque de Virginia, pese a ser menos espectacular, porque no tenía sentido. Unos diez o doce guerrilleros armados habían irrumpido en el rancho de un multimillonario de Dearborn y habían robado casi todos sus sementales. Los guerrilleros iban preparados, con sus propios remolques para caballos, pero no se llevaron nada excepto los animales y algunos artículos necesarios para su cuidado.

¡Caballos! Lily estaba perpleja. Ya nadie utilizaba caballos para nada, ni siquiera en las granjas; eran un vicio de ricos, valiosos únicamente por el dinero que se podía ganar con ellos apostando en las carreras. Lily se preguntó si aquel inglés alto estaría loco (porque tenía la certeza de que aquello era obra de Tear), pero no era esa la impresión que le había causado. Todo aquello parecía más bien un rompecabezas al que le faltaban varias piezas. Caballos y material médico robados, instalaciones de pruebas de reactores destruidas. Lily no paraba de mover esas piezas por un tablero imaginario, tratando de entenderlo. Estaba convencida de que, si lograba hacerlas encajar y montar el rompecabezas, todo se aclararía, entendería cuál era el verdadero plan del inglés, y vería con claridad el proyecto del mundo mejor.

Tres días después del ataque de Virginia, Lily volvió a acudir al hospital. Fue muy sencillo: una camisa que Greg quería ponerse estaba en la tintorería, y como Lily no pudo dársela, Greg le pilló los dedos en la puerta del dormitorio. Al principio ni siquiera le dolió: la puerta le apretaba tanto la mano que no le llegaba ninguna sensación. Pero al cabo de unos segundos, cuando Greg la abrió, sintió un intenso dolor, y cuando Lily gritó, Greg hizo algo que no había hecho hasta entonces y le dio dos puñetazos en la cara. Con el segundo golpe Lily notó que se le rompía la nariz: oyó un chasquido limpio, como cuando pisas una ramita en invierno.

Greg ya llegaba tarde a una reunión, así que fue Jonathan quien acompañó a Lily a urgencias. El guardaespaldas no dijo nada, pero ella veía su mandíbula apretada y sus ojos entrecerrados en el espejo retrovisor. ¿A quién censuraba?

¿A ambos? Lily no había vuelto a hablar con Jonathan desde lo ocurrido aquella noche en el salón; era evidente que él estaba decidido a fingir que no había pasado nada, de modo que Lily hizo lo mismo. A veces le habría gustado poder hablar con él, pero la discreción de Jonathan le impedía sacar el tema a colación. Se concentró en su nariz, e intentó no manchar los asientos de sangre.

Resultó que Lily tenía dos dedos rotos además de la nariz, y no pudo hacer otra cosa que mirar alrededor, como drogada, mientras Jonathan contestaba las preguntas del médico en aquella habitación deslumbrante. Cuando llegó el momento de reducirle la fractura de la nariz, la durmieron. Pasó la noche en el hospital al cuidado de dos enfermeras, y cuando despertó y oyó sus voces, dulces y maternas, Lily lamentó no poder quedarse allí para siempre. En el hospital había dolor y enfermedad, pero era un lugar seguro. Greg le había dicho que no volvería a pasar, pero le había mentado; desde aquel día en el club de campo, Lily se había despertado varias veces con los dedos de Greg dentro del cuerpo, empujando con rabia, escarbando. Aquello había sido infinitamente peor que unos huesos rotos, y el hospital le ofrecía una seguridad maravillosa en comparación con su casa.

Cinco días más tarde hubo un apagón que afectó a toda Nueva Inglaterra. Fue un corte de suministro breve: solo duró veinte minutos y no provocó daños salvo algunos accidentes de tráfico. Con todo, el incidente desató el pánico en Washington y en las bolsas, porque se suponía que un fallo de suministro como aquel era imposible. En un mundo donde todo lo dirigían los ordenadores, y donde todo estaba minuciosamente protegido y asegurado, se suponía que el sistema no podía fallar. Greg dijo que había sido un problema de hardware defectuoso, pero Lily no las tenía todas consigo. Pensó en Dorian, y se preguntó una vez más cómo se las habría ingeniado para pasar el control de seguridad de una base naval sin llevar implantada la etiqueta. Pensó en los miles de soldados que, como Jonathan, habían regresado después de servir en Arabia Saudí y se habían encontrado con que no había empleo, ni mercado donde pudieran ejercer sus profesiones. Y entonces empezó a preguntarse cuántos separatistas debía de haber. Los canales de noticias hablaban del Horizonte Azul con desprecio, y describían la célula como unos pocos grupos desorganizados e insatisfechos de individuos mentalmente trastornados. Pero aquella versión no se sostenía. Lily pensó en Arnie Welch, el teniente de Seguridad que en una ocasión había admitido, después de tomarse algunas copas de más, que los terroristas eran eficientes y organizados. William Tear

había comentado que todas las barreras se podían traspasar, y las preguntas se arremolinaban en la cabeza de Lily y la hacían enloquecer. ¿Cuál era el tamaño real del Horizonte Azul? ¿Obedecían todos a Tear? ¿Qué era el «mundo mejor»?

El fin de semana siguiente, Greg invitó a cenar a Arnie Welch y a dos subordinados suyos. Greg siempre invitaba a Arnie en las escasas ocasiones en que este pasaba por la ciudad; habían sido compañeros de residencia en Yale. Greg decía que ser amigo de un teniente de Seguridad ofrecía muchas ventajas, y en eso hasta Lily le daba la razón. Sin embargo, esa vez, cuando Arnie entró por la puerta, Lily no vio los tíquets de aparcamiento de Greg, ni un visado de viaje para unas vacaciones, ni siquiera los helicópteros de Seguridad que Arnie pedía prestados a veces, cuando no había mucho trabajo. Lo que vio fue a Maddy: cómo se la llevaban por la puerta del colegio, el último destello de sus coletas rubias, una imagen tan clara que Lily se tambaleó un momento en el umbral; y cuando Arnie intentó ponerle un brazo sobre los hombros, se escabulló y se refugió en la cocina.

Por una vez, Arnie no bebió durante la cena, y fulminó con la mirada a sus subordinados cuando ellos hicieron ademán de servirse whisky. Greg le preguntó qué le pasaba, pero Arnie se limitó a encogerse de hombros y decir: «Mañana no puedo tener resaca».

Lily se alegró de que Arnie permaneciera sobrio. Se ponía muy sobón cuando bebía; una vez había intentado deslizar una mano entre sus piernas por debajo de la mesa. Lily nunca sabía si Greg se daba cuenta de aquellas insinuaciones; pese a lo posesivo que se había vuelto, por lo visto había alcanzado un nivel de ceguera deliberada cuando se trataba de alguien que podía resultarle útil. Pero Lily había hecho sentar a Arnie en el extremo opuesto de la mesa, por si acaso.

Aunque su nariz casi había recuperado su aspecto normal, Lily todavía tenía un cardenal bajo el ojo derecho, pero no le sorprendió que Arnie no le preguntara qué le había pasado. Apenas podía comer. Le costaba manejar los cubiertos con los dedos entablillados, aunque en realidad ese no era el problema. Llevaba gran parte de su vida de casada mintiendo, pero desde que Dorian había saltado la tapia de su jardín, algo había cambiado, y cada vez le costaba más disimular, articular cada mentira. Le tenía miedo a su marido, pero ahora el miedo era menos importante. Intuía la existencia de otro mundo allí fuera, un mundo que no estaba dirigido por personas como Greg, y a

veces, aunque no entendiera nada, sabía exactamente qué quería decir Dorian: estaba tan cerca que casi podía tocarlo.

«Cerdos —pensó mirando a Greg y a los militares, que reían y resoplaban y removían su comida—. Cerdos, sois todos unos cerdos. No sabéis nada del mundo mejor.» Ella tampoco entendía el mundo mejor, pero pensaba que, como mínimo, estaba empezando a ver su esquema. Ni pobreza ni codicia, había dicho Tear. La bondad lo era todo. Las personas como Greg serían completamente irrelevantes. El día anterior, Greg le había dicho que había hablado con un especialista en inseminación in vitro. Tenía cita para el lunes. Lily no quería ni imaginar lo que podía pasar el martes.

Dudaba mucho que Arnie consiguiera permanecer sobrio toda la cena; era un borracho consumado, destacaba por ello incluso entre los invitados habituales de Greg. Tuvo la botella de whisky justo delante todo el tiempo (la clásica bromita de Greg), pero se las ingenió para hacer como si no la viera, y se limitó a beber agua. Estaba nervioso y no paraba de mirar la hora. Sus dos subordinados también estaban inquietos, aunque encontraran tiempo para darse algún codazo disimulado y sonreír a Lily durante la cena. Ella, acostumbrada a aquellas cosas, ignoró sus comentarios, incluso cuando oyó que se referían a ella llamándola «buena pieza».

—¿Por qué estás tan nervioso? —le preguntó Greg a Arnie—. ¿Te has tomado algo?

Arnie negó con la cabeza.

—Estoy completamente sobrio. Lo que pasa es que mañana me espera un día muy duro.

—¿Qué tienes que hacer?

—Es confidencial.

—Estoy autorizado.

Arnie miró a Lily con aire vacilante.

—Pero ella no.

—Venga, hombre. Ella no se lo va a contar a nadie. —Greg miró a Lily con los ojos entornados—. ¿Verdad que no?

Lily negó con la cabeza mecánicamente, sin apartar la vista de su plato.

—Venga, tío, suéltalo ya —suplicó Greg, y de pronto Lily entendió algo en lo que hasta entonces no había reparado: Greg sentía envidia de aquellos militares. Trabajaba para varios contratistas de material militar, sí, pero él hacía trabajo de oficina. Arnie, en cambio, estaba entrenado para disparar

armas, para interrogar, para matar, y Greg consideraba que aquello hacía que fuera mejor que él—. Cuéntanos qué te traes entre manos.

Arnie seguía vacilando, y de pronto Lily notó que le saltaba una pequeña alarma. Con autorización o sin ella, Arnie siempre le contaba a Greg cosas que no debía, y normalmente no hacía falta mucho alcohol para soltarle la lengua. Sin levantar la mirada del plato, trató de pasar desapercibida y esperó a que él hablara. Pero al cabo de un momento, Arnie volvió a negar con la cabeza.

—Lo siento, tío. No puedo. Es demasiado gordo, y tu mujer no está autorizada.

—Vale, pues vamos arriba. Podemos hablar en mi estudio.

—Vosotros podéis esperarme en el coche —les dijo Arnie a sus subordinados; entonces se limpió los labios y dejó la servilleta en la mesa—. Gracias, Lily. Estaba todo buenísimo.

Ella asintió y sonrió mecánicamente, y se preguntó si su invitado se habría fijado en que llevaba los dedos entablillados. Los subordinados se marcharon, y Greg y Arnie subieron al piso de arriba. Lily se quedó un momento contemplando su plato, pensativa; entonces se agarró a la mesa con la mano que no tenía lastimada y se levantó. Dejó los platos sucios en la mesa, atravesó la cocina y entró en la pequeña habitación donde tenían el equipo de vigilancia. Se suponía que Jonathan estaba de guardia esa noche, pero a Lily no le sorprendió mucho encontrar la habitación vacía. Se preguntó cuántas noches habría quedado la casa sin vigilancia mientras Jonathan iba a hacer encargos para el Horizonte Azul.

Tocó la pantalla hasta que apareció el estudio de Greg, una habitación oscura con muebles de caoba que pretendía transmitir masculinidad. Las paredes estaban forradas de estanterías, pero en ellas no había libros, sino viejos trofeos de fútbol americano de Greg y fotografías de Greg y Lily con personas importantes en diversos actos. También había placas, pues a Greg le gustaba alardear de sus premios.

Arnie ocupaba un gran sillón delante de la mesa de Greg, que estaba al otro lado, recostado en su gran silla de piel. Ambos fumaban puros, y el humo había subido hasta donde estaba la cámara e impedía ver las facciones de Greg con claridad.

—Hubo una explosión y el edificio se derrumbó —dijo Arnie—, tal como lo habían previsto. Es evidente que tenían un plan para huir, pero algo falló.

Ya sabes que odio a Langer, pero he de reconocer que ese desgraciado lo hizo bien. Parecía que habían muerto todos, pero Langer agarró a uno con vida, un tipo llamado Goodin. Han estado trabajándose cuatro días, y anoche, por fin, se derrumbó.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó Greg; el entusiasmo se reflejó en su voz, y Lily cerró los ojos. ¿Cuánto habrían tardado en hacer hablar a Maddy? Una eternidad, pensó Lily, pero en el fondo sabía que no era verdad. Se pasó la mano por la frente y se le quedó húmeda.

Arnie también parecía incómodo.

—Mira, no estoy de servicio. Ahora no me apetece hablar de esa mierda.

—Ya, claro —dijo Greg a regañadientes—. Y ¿qué dijo?

—Bueno, no era un mandamás ni nada parecido, pero nos dio mucha información. —Arnie parecía más animado—. El líder del Horizonte Azul es un tipo que se hace llamar Tear. Británico, ¿te lo puedes creer?

—Sí, claro. El Reino Unido y su puto experimento socialista.

—Bueno, por lo visto ese tal Tear tiene mucha pasta. Los separatistas lo consideran una especie de dios. El Horizonte Azul surgió de los antiguos movimientos de ocupación, pero ya sabes que no sabían lo que hacían. Tear, en cambio, es un guerrillero bien entrenado. Por eso nos han jodido tanto estos últimos años. —Arnie bajó la voz, y Lily ajustó el volumen en la pantalla—. Están escondidos en un almacén abandonado de la terminal Conley.

—¿Dónde está eso?

—En el puerto de Boston. Llevo todo el día revisando mapas. Ese almacén lo declararon ruinoso hace más de diez años, pero los chicos de Frewell cogieron todo el dinero que Boston iba a utilizar para construir un nuevo almacén y lo pusieron en no sé qué movida religiosa, así que todos los contenedores se quedaron allí. Goodin dijo que utilizan el almacén como cuartel general. Vamos a entrar al amanecer.

Lily se quedó inmóvil, con la vista fija en la pantalla.

—Han puesto a Langer al mando de la operación; ahora lo dirige todo él, y quiere prisioneros. Tenemos que rodear la terminal por tierra y agua, lo que no será fácil. Se necesitarán muchos hombres y muchos barcos. Mi división tiene que proporcionar un perímetro secundario mañana por la mañana. —Arnie suspiró y apagó el puro—. Así que nada de alcohol.

—¿Te apetece jugar al póquer? Tengo una partida en el centro.

—No puedo, de verdad. Tengo que estar en Boston dentro de dos horas. El

helicóptero me espera en la plataforma.

Greg asintió con la cabeza, aunque tenía el labio salido, haciendo aquel mohín que Lily conocía tan bien.

—Vale. Te acompaño hasta la puerta.

Lily apagó la pantalla, volvió a toda prisa al comedor y preparó el lavaplatos para empezar a recoger la mesa. Cuando oyó que Greg y Arnie salían por la puerta de la calle, sacó su teléfono del bolso y llamó a Jonathan, pero él no contestó; solo se oyó su voz, grave y seca, recitando la grabación. Lily no podía dejarle un mensaje explicándole lo que pasaba, pues todas sus llamadas estaban monitorizadas. Trató de disimular el pánico de su voz y le exigió que la llamara inmediatamente. De todas formas, sospechaba que, estuviera donde estuviese, el guardaespaldas no le contestaría a tiempo. De pronto lo vio: el almacén a oscuras, y Dorian dentro con William Tear. Dorian había comentado que no pensaba dejar que la detuvieron otra vez. Los muelles de Boston. El Horizonte Azul. Lily cerró los ojos y vio aquel grupito de casas de madera a orillas del río azul, bajo la luz del sol.

«Tengo que hacer algo.»

«Y ¿qué vas a hacer, Lil? —preguntó Maddy con voz burlona—. Jamás has tenido valor para hacer nada.»

«Eso no es cierto —protestó Lily—. Cuando Dorian cayó al jardín, tuve valor.»

Pero en el fondo sabía que Maddy tenía razón. Lo de Dorian había sido una decisión de bajo riesgo, casi un juego, enmarcada en el entorno relativamente seguro del cuarto de los niños. Ahora Lily se planteaba algo completamente diferente. Formuló un plan, lo rechazó, formuló otro, lo rechazó también, formuló un tercero y lo examinó meticulosamente en busca de fallos. Era un plan estúpido, de eso no cabía duda; seguramente la detendrían, e incluso cabía la posibilidad de que la mataran. Pero tenía que hacer algo. Si el mundo mejor era real, también era sumamente frágil, y sin Tear, todo quedaría en nada.

—Arnie se ha ido.

Lily levantó la cabeza y encontró a Greg reflejado detrás de ella en el cristal de la ventana, aunque no supo interpretar su expresión. No dijo nada y siguió mirando hacia el futuro, hacia Boston. Greg no podía acompañarla en ese viaje. Lo único que haría sería estorbar.

—¿Estás nerviosa, Lil?

—¿Nerviosa? ¿Por qué?

—Por lo del lunes.

Lily agarró el asa de una olla y estuvo a punto de darse la vuelta y lanzarla contra la cabeza de su marido, pero su mente le aconsejó tener paciencia. Podía fallarle la puntería. Greg le sacaba casi un palmo y pesaba casi cincuenta kilos más que ella. Solo tendría una oportunidad, y no podía desaprovecharla. Dirigió la mirada hacia la encimera y se fijó en un gran marco de fotografías, de treinta centímetros de alto, que estaba en la repisa de la ventana. En la pantalla iba apareciendo una sucesión de fotografías del día de su boda; Lily se vio a sí misma con solo veintidós años, envuelta en metros de raso blanco, preparándose para cortar un pastel enorme de varios pisos. Se reía, a pesar de que su elaborado peinado empezaba a desmontarse y el imbécil del padre de Greg estaba de pie a su lado.

«Dios mío, ¿qué ha pasado?»

Greg dio unos pasos; lo tenía tan cerca que Lily notaba su aliento en la nuca. Alargó su mano ilesa hasta que tocó el marco de fotos y lo agarró.

—Lil...

«Si intenta follarme —pensó—, no podré controlarme. Será muy fácil: saldré volando, y ya no importará nada: ni William Tear, ni el Horizonte Azul, ni un almacén del puerto de Boston. Nada.»

—¿Estás nerviosa, Lil?

Le puso una mano en el hombro. Lily se volvió bruscamente, con el marco de fotos en la mano, y soltó el brazo sin levantarlo por encima del hombro, como si golpeará con una raqueta de tenis. El marco se estrelló contra un lado de la cabeza de Greg y saltaron trocitos de plástico por todas partes, salpicándole la mano y el brazo a Lily. Greg cayó hacia un lado y se golpeó la cabeza contra la encimera de mármol produciendo un fuerte ruido. Lily volvió a levantar el marco, preparada para volver a golpear, pero Greg estaba inconsciente, tumbado de lado en el suelo de la cocina. Al cabo de un momento empezó a resbalarle por la cara la sangre que brotaba de la herida que se había hecho en la cabeza, y unas diminutas gotas rojas mancharon el suelo de baldosas blancas.

—Bueno, ya está —dijo Lily en voz baja, sin saber muy bien con quién hablaba. Pensó en tomarle el pulso a Greg, pero no quería tocarlo. Despacio, como si se hallara en un sueño, subió a su dormitorio. Buscó sus vaqueros más viejos, unos que nunca se ponía cuando estaba con Greg, y una camiseta negra

desteñida. Esas prendas eran mucho más bonitas que cualquier cosa que pudieran llevar los indigentes que vivían fuera del muro, pero era mejor que nada y tal vez le ayudaran a camuflarse. Encima se puso una cazadora de piel gastada que tenía desde que era una adolescente, un recuerdo de tiempos mejores de la que Lily nunca había querido desprenderse. El Mercedes era automático; tras pensárselo un momento, Lily se quitó las tablillas de los dedos y las dejó encima del tocador. Mientras se vestía, pulsó varias veces en la pantalla de la pared y examinó unos mapas del puerto de Boston. La terminal Conley era un gran almacén de contenedores que había cerca de Castle Island, metida en una de las numerosas ensenadas que conformaban la costa de Massachusetts. Tendría que ir por carreteras públicas: por la autopista 84 hasta el ramal Mass Pike. Las carreteras privadas estaban sembradas de controles de seguridad, sobre todo por la noche, y si escaneaban su implante y descubrían que había dejado a su marido en casa, podía despertar sospechas. Lily tenía más posibilidades si viajaba por carreteras públicas, suponiendo que consiguiera salir del muro de Nueva Canaán.

Siguió buscando un poco más y descubrió que los edificios declarados ruinosos eran competencia del Departamento de Interior. Había dos edificios ruinosos en la terminal Conley; solo uno parecía un almacén, pero Lily los localizó los dos y envió los mapas al Mercedes. Cuando ya era demasiado tarde se dio cuenta de que, seguramente, aquellas búsquedas dispararían alguna alarma en Seguridad, y el pánico se apoderó brevemente de ella, hasta que comprendió que aquel era un problema insignificante comparado con el hecho de que había dejado a su marido tirado en el suelo de la cocina, inconsciente y sangrando. Aunque Greg no estuviera muerto, habían ejecutado a más de una mujer por mucho menos. Lily bajó y descolgó el pequeño mando con el emblema de Mercedes del gancho de la pared. El Mercedes era su tercer coche, y solo lo utilizaban para emergencias o visitas importantes. Al acercar el mando a la luz, comprobó que le temblaban las manos. Su carnet de conducir todavía estaba vigente, pero no había conducido un coche desde los dieciocho años.

—Es como montar en bicicleta —dijo en voz baja—. Igual de fácil que montar en bicicleta.

Le lanzó una última mirada a Greg, que seguía tirado en la misma posición en el suelo. La sangre había empezado a formar un charco bajo su oreja derecha, pero todavía respiraba, y Lily se sorprendió de su propia frialdad,

hasta que identificó su origen: en realidad no importaba que Greg viviera o no, ni ella; lo único importante era que llegara a Boston. El mundo mejor, la aldea a orillas del río: eso era lo que importaba y ardía en el pensamiento de Lily, combatiendo su miedo e infundiéndole ánimo.

Se dio la vuelta, enfiló el pasillo y se dirigió al garaje.

Hacía tiempo que nadie conducía el Mercedes, pero no parecía que el desuso le hubiera afectado. Jonathan debía de haberse ocupado de él; le gustaba encargarse del mantenimiento de los coches, y siempre tenía el BMW y el Lexus en perfectas condiciones. El Mercedes tenía el depósito lleno, y los faros hendieron la oscuridad sin ninguna dificultad cuando Lily salió de Willow Avenue y se metió en la carretera donde estaba el puesto de control. Un poco más allá se alzaba el muro: seis metros de polímero de acero macizo, coronado con borde de láser, que tapaba el horizonte. Al verlo, Lily se estremeció, y una vocecilla débil y asustada empezó a balbucear en su cabeza: la voz de su matrimonio, cobarde e indefensa.

«No lo conseguirás, es imposible, y cuando encuentren a Greg...»

—Cállate —dijo Lily en voz baja. Y su voz tembló en el interior oscuro del coche.

El puesto de control apareció entre la niebla: una brecha de cuatro metros en el muro, iluminada con potentes lámparas fluorescentes. A la izquierda había una pequeña garita, también con paredes de acero, y al acercarse Lily salieron dos guardias con el uniforme de Seguridad. Ambos iban armados con las pequeñas pistolas de láser por las que últimamente se decantaba Seguridad. De pronto Lily recordó que Greg tenía una pistola muy pequeña y que la guardaba en su estudio. Habría podido llevársela, y eso le hizo preguntarse qué más se le habría olvidado hacer. Pero ya era demasiado tarde.

—Buenas noches, señora —la saludó el primer guardia cuando Lily bajó el cristal de la ventana. La miró un momento achicando los ojos, y entonces sonrió—. La señora Mayhew, ¿verdad?

—Sí, John. ¿Cómo va todo?

—Muy bien, señora. ¿Adónde va?

—A la ciudad, a ver a unos amigos.

—¿Usted sola, a estas horas? ¿Dónde está su guardaespaldas, ese negro?

—Ha tenido que ir a hacerle un recado a mi marido.

—Un momento. —Rodeó el capó del coche y volvió a entrar en la garita. El otro guardia permaneció junto al lado derecho del capó, una silueta oscura contra las luces fluorescentes. Lily mantuvo una simpática sonrisa en los labios, pero tenía los dedos agarrotados alrededor del volante. El guardia había ido a llamar a Greg, y de pronto Lily se imaginó la escena: la cocina, Greg allí tirado, inmóvil, y su teléfono sonando y sonando. Le temblaban los muslos. Más allá de la isla de luz que abrazaba el coche, todo estaba completamente negro.

—¿Señora?

Lily dio un respingo; el guardia, sin hacer ruido, había vuelto a aparecer junto a la ventana.

—Su marido no contesta, señora.

—Está enfermo —aclaró ella—. Por eso no ha venido conmigo.

El guardia consultó un terminal de mano diminuto, y Lily supo que estaba consultando datos biográficos. El cargo de Greg y el hecho de que no estuvieran sometidos a vigilancia la favorecerían. Lily no tenía antecedentes, y eso también ayudaría. Maddy aparecería por algún sitio, desde luego, pero también el detalle de que Lily había jugado un papel decisivo en su detención.

—¿Su marido siempre la deja ir sola a la ciudad por la noche?

—No. Es la primera vez.

El guardia se quedó mirándola, y Lily tuvo la desagradable certeza de que la estaba desnudando con la mirada, pese a que sus pechos estaban bien tapados bajo la gruesa cazadora de piel. Con todo, mantuvo la sonrisa, y al cabo de un momento el guardia levantó algo negro y brillante. Lily, asustada, creyó que era una pistola, pero entonces vio que solo era un escáner. Le acercó el hombro y esperó a que el lector registrara su implante con un débil pitido. El guardia le hizo una seña para indicarle que podía continuar, y Lily arrancó, pero pisó demasiado fuerte el acelerador, y el Mercedes dio una sacudida hacia delante. Pisó el freno, compuso una sonrisa de disculpa y dijo por la ventanilla abierta:

—Hacía tiempo que no conducía.

—Pues tenga cuidado, señora. Evite las carreteras públicas. Y no deje subir a ningún desconocido.

—Lo haré. Buenas noches.

Volvió a pisar el acelerador, esta vez con suavidad, y sacó el coche de la isla de luz.

Cuando llevaba a Lily en el coche, Jonathan siempre utilizaba la autopista privada. Pero en algunas ocasiones habían encontrado la autopista cerrada porque la habían bloqueado con escombros o saboteado con explosivos. Ni siquiera Seguridad podía reparar una autopista que hubiera sufrido graves desperfectos en menos de una semana, y en esas ocasiones Jonathan siempre tomaba una pequeña carretera secundaria a la que se accedía unos pocos kilómetros más allá del muro, una pista de tierra que discurría hacia el norte por un bosque y conectaba, al cabo de unos minutos, con la autopista 84. Por mucho que Seguridad se esforzara en impedir que el público general utilizara las carreteras privadas, la gente siempre encontraba alguna forma de llegar a ellas, aunque tuviera que abrir caminos nuevos a través de los bosques o cavar túneles por debajo de las vallas. Esa idea, que unas semanas atrás habría alarmado a Lily, resultaba ahora extrañamente reconfortante. Quizá fuera aquella carretera secundaria de Jonathan lo que había permitido que William Tear llegara hasta Nueva Canaán y saltara la tapia de su jardín, y que Dorian burlara a los agentes de Seguridad al huir de la base. Lily tuvo que dar media vuelta varias veces hasta que encontró la pequeña abertura entre la maleza. Cuando metió el coche por ella, oyó que las ramas arañaban la pintura.

—Un mundo mejor —dijo en voz baja mientras atravesaba el bosque por aquella pista pedregosa. Los árboles a ambos lados del coche parecían fantasmales columnas blancas bajo la luz de los faros—. Está ahí fuera, tan cerca que casi podemos tocarlo.

Vigilaba continuamente las ventanillas laterales y el espejo retrovisor; debía de haber gente que vivía por allí, en algún sitio, aunque habrían necesitado armas de cierto calibre para entrar por la fuerza en su coche, pues este tenía refuerzo de acero en las ventanas y una carrocería propia de un tanque. Pero no vio a nadie, y, cuando llevaba veinte minutos avanzando con cuidado, llegó a la autopista pública. La autopista 84, mucho más ancha que las carreteras privadas, contaba en el tramo norte con seis carriles, y sin las vallas de tres metros que bordeaban la mayoría de las vías privadas, daba la impresión de ser muy espaciosa, casi ilimitada. Esa impresión estaba acentuada por el hecho de que la calzada estaba vacía: era un vestigio de épocas pasadas en las que cualquiera podía permitirse tener coche y comprar combustible. A su derecha Lily vio señales que marcaban el límite de

velocidad de 100 kilómetros por hora, pero Seguridad nunca se molestaba en patrullar las autopistas públicas, y aquel límite se le antojó exagerado y absurdo. Lily aceleró, y al cabo de un rato aceleró aún más; puso el coche a 130 y fue subiendo hasta 140, y halló auténtico placer en la velocidad y en ver cómo iba consumiendo kilómetros.

En varias ocasiones vio restos de antiguas barricadas en el arcén de la autopista: montones de basura, neumáticos viejos y ramas que se habían limitado a apartar hacia un lado y dejar allí para que el viento y el tiempo los dispersaran. Lily no entendía qué propósito podían tener aquellas barricadas, y ese detalle, más que ninguna otra cosa, fue lo que le hizo pensar en lo poco que sabía sobre la vida al otro lado del muro. Ella siempre había utilizado las carreteras privadas, ya desde niña; siempre había vivido en un clima templado y nunca había temido pasar hambre.

A veces veía fuegos a uno u otro lado de la calzada, grandes hogueras rodeadas de numerosas siluetas de personas. Los pobres se marchaban de las ciudades y se instalaban en los bosques, donde posiblemente estaban más seguros, aunque donde también era más difícil sobrevivir. Lily no podía reducir la velocidad para verlos mejor; blindado o no, un Mercedes circulando a poca velocidad habría sido una provocación. Pero no pudo evitar espiarlos por el espejo retrovisor, y contemplar aquellas sombras humanas apiñadas alrededor de las llamas. No pudo evitar imaginar cómo debían de ser sus vidas.

—Un mundo mejor —dijo en voz baja, y lo repitió cada vez que el cuentakilómetros marcaba un kilómetro más. Uno tras otro iba dejando atrás los letreros verdes que indicaban las salidas, algunos tan gastados que Lily casi no podía leer los nombres de las poblaciones escritos con letras blancas. Vernon, Tolland, Willington. Muchas eran, sin duda, ciudades fantasmas, mientras que otras todavía estaban vivas pero entregadas a la anarquía. Lily recordó vagamente haber oído que mencionaban Willington, unos meses atrás, en un portal de noticias, por algo relacionado con una secta. Pero no se acordaba, y al cabo de un momento ya había dejado atrás esa población. Ya llevaba recorrido la mitad del camino hasta Boston: solo faltaban cien kilómetros.

Cuando sonó su teléfono, hizo un aspaviento de susto, convencida de que era Greg, que se había despertado. No se atrevía a mirar la pantalla, pero cuando por fin lo hizo vio la palabra «Jonathan» sobre el fondo luminoso azul.

—Contestar. ¿Jonathan?

—¿Dónde...? ¿Señora Mayhew? —Se oyeron interferencias, y luego dejó de oírse la voz. Era lógico: la cobertura de móviles debía de ser pésima fuera del muro. Se suponía que las personas como Lily nunca iban allí. Con la llegada de los botones antipánico para los coches, ya nadie utilizaba el teléfono en caso de emergencia.

—Voy camino de Boston.

—¿Boston? ¿Qué hay en Boston? —Tal vez se lo imaginara, pero incluso con las interferencias, Lily creyó notar una repentina alarma en la voz de Jonathan.

—¡El almacén! ¡El puerto! Están en peligro, Jonathan. Greg ha invitado a Arnie Welch a cenar y...

—¿Señora Mayhew? No la oigo. ¡No...! —Se perdió la voz durante un buen rato—. ¡... Boston!

—¿Jonathan?

Se cortó la llamada.

Lily volvió a marcar, aunque ya sabía que iba a ser en vano. Esa vez ni siquiera le salió el buzón de voz de Jonathan, sino solo un silencio insondable. Miró el teléfono y vio que no tenía cobertura. Se dio cuenta, demasiado tarde, de que Seguridad debía de haber grabado aquella breve llamada.

—Mierda —masculló. Jonathan le había dicho que no fuera a Boston, de eso estaba segura. Pero Jonathan no sabía lo que ella sabía, y la inercia era imparable. Lily ya estaba metida en un lío. No había vuelta atrás.

En Sturbridge tomó el Massachusetts Turnpike. En los quince primeros kilómetros del ramal no encontró ni una sola farola, ni siquiera aquellas viejas lámparas de vapor de sodio; la autopista estaba completamente oscura, con excepción de una débil luz de luna, y Lily tuvo que reducir la velocidad a 70, y, después de haber estado conduciendo a gran velocidad por la 84, le pareció que iba lentísima. Circulaba guiándose por la intuición más que por la vista, entrecerrando los ojos para distinguir el contorno de los objetos que tenía delante, consciente de que debería haber dado media vuelta hacía mucho rato. Suspiró con alivio cuando, a la altura de Auburn, distinguió el débil resplandor anaranjado de unas luces a lo lejos.

—Un mundo mejor —susurró al ver aparecer otro dígito verde en el cuentakilómetros—. Tan cerca que casi podemos tocarlo.

Solo faltaban sesenta kilómetros.

Cuando Lily era pequeña, Boston todavía era un buen sitio para ir a pasar el día. Sus padres las llevaban de vez en cuando a Maddy y a ella; aunque su padre se había criado en Queens y era un seguidor acérrimo de los Yankees, sentía una admiración secreta por Boston. A su madre le gustaba visitar los monumentos e ir de compras, mientras que su padre se inclinaba más por lo histórico; llevaba a Lily y Maddy al Boston Common, a la biblioteca Kennedy. Una vez fueron incluso a los muelles, escenario del Motín del Té, y su padre les explicó lo que había ocurrido allí, una historia muy diferente de la que a Lily le habían contado en el colegio. Maddy comentó que a su padre podía acarrearle problemas aquella versión, así que Lily nunca la repitió; pero cuando cursaba décimo le costó un gran esfuerzo no levantar la mano y decirle al profesor que se equivocaba. Siempre que pensaba en Boston, Lily recordaba el día que estuvo en los muelles contemplando el agua.

Ahora Boston estaba enterrada bajo una nube de contaminación. Las últimas veces que Lily había ido allí con Greg, siempre de día, no había visto la luz del sol, sino solo una débil luminiscencia, y ahora, en plena noche, el cielo sobre la ciudad adquiría un tono anaranjado, pues la luz de las farolas se reflejaba en él. Cuando Lily bajó las ventanillas, comprobó que fuera olía mal. ¿Cuándo había respirado el aire del exterior por última vez? No se acordaba; estaba acostumbrada al aire depurado, y a los purificadores que cubrían Nueva Canaán.

En cuanto llegó a la salida de Washington Street, el teléfono de Lily emitió un alegre trino para hacerle saber que volvía a tener cobertura. Si Greg se había despertado, podría localizarla mediante su implante, pero eso le llevaría cierto tiempo a esas horas de la noche. Sin embargo, su teléfono estaba a nombre de Greg, y él mismo podría buscar su ubicación. Lily se lo pensó un momento más y lanzó el teléfono por la ventanilla.

Tomó la salida de Massport Haul Road y empezó a bajar por Summer Street hacia la negra y vacía extensión de agua. Nunca había llegado hasta aquella parte del puerto; su padre las había llevado al puente de Congress Street y a las numerosas atracciones aptas para niños que en aquella época había en el puerto de Boston. Pero allí, en la terminal Conley, los muelles consistían en un mar de contenedores, y a Lily le impresionaron los siniestros contornos de las grúas, una hilera interminable de estructuras altísimas que semejaban

cigüeñas. Debían de ser de diferentes colores, pero bajo aquella luz amarillenta todas tenían el mismo tono bilioso. La terminal estaba aparentemente vacía; Lily no vio a nadie que caminara por el pavimento agrietado, ni coches, ni movimiento de máquinas. Sabía que allí también había agentes de Seguridad; debían de estar escondidos entre los edificios y los contenedores. ¿Y si la paraban al verla entrar?

Aparcó el coche en uno de los lados de un aparcamiento enorme, detrás de unos contenedores de basura que rodeaban un pequeño edificio anexo donde en otros tiempos debían de haber vendido tíquets. Se quedó un momento allí sentada, mientras disminuía la adrenalina del viaje. Tenía los músculos como si hubiera corrido una maratón.

Según su mapa, el primer edificio ruinoso estaba a algo menos de un kilómetro hacia el norte, un mastodonte de chapa de zinc que parecía a punto de derrumbarse. Las fachadas estaban recubiertas de grandes manchas de herrumbre. Lily había cogido una gorra de béisbol negra, y se la puso y se recogió con ella el pelo antes de salir del coche. Alguien podía ver el Mercedes y abrirlo mientras ella no estuviera, pero no podía hacer nada para evitarlo. Echó un último vistazo alrededor para comprobar que no había nadie por allí cerca y atravesó corriendo el aparcamiento mal iluminado; el olor a asfalto y productos químicos le irritaba la nariz.

Al entrar, le había parecido que el puerto estaba desierto, pero cada vez estaba más convencida de que la observaban. Se cruzó con varias ratas, grandes como gatos, que no se asustaron en absoluto al verla. Todas se limitaron a mirarla cuando pasó por su lado, excepto una que se plantó y dio un chillido desafiante; Lily tuvo que rodearla sin quitarle los ojos de encima, y entonces volvió a darse cuenta de lo lejos que estaba de su ambiente.

Cuando llegó junto a la fachada sur del edificio, se agachó. Respiraba entrecortadamente y notaba una punzada en el costado. En esa fachada no había puertas; tendría que rodear el edificio para llegar a la fachada este, el lado más largo del almacén. Avanzó pegada a la pared de chapa de zinc, agachada, hasta que llegó a la esquina. Cuando se inclinó hacia delante para asomarse, notó que algo duro presionaba contra un lado de su cabeza.

—Las manos por encima de los hombros.

Lily obedeció. No le había oído acercarse.

—No puede ser de Seguridad —dijo otra voz masculina.

—Necesito hablar con Dorian Rice, William Tear o Jonathan —dijo Lily

con voz alta y clara. Se sintió ridícula; ni siquiera sabía el apellido de Jonathan.

—Nada de nombres. —El hombre le pasó las manos por todo el cuerpo, pero con movimientos impersonales, registrándola para comprobar que no llevaba armas. Lily se alegró de no haber cogido la pistola de Greg. Se obligó a permanecer quieta, a pesar de que el hombre le quitó la gorra y el pelo se le soltó y le tapó la cara.

—Una chica guapa por aquí, desarmada... Debes de estar como una puta cabra.

—William Tear, Dorian Rice, Jonathan. Necesito hablar con alguno de ellos.

—¿En serio? No me digas.

—Déjanosla a nosotros —dijo otra voz masculina detrás de Lily—. Está claro que es un cebo.

Una mano se metió por debajo de la camisa de Lily y le tocó el hombro.

—Sí. Lleva implante.

—Date la vuelta —ordenó la primera voz.

Lily obedeció y se encontró ante un negro de escasa estatura y compleción fuerte, con uniforme militar de faena. Detrás de él había varias figuras más, pero apenas distinguía sus siluetas a través de la niebla que había empezado a extenderse por el puerto. El hombre le puso una pistola en la sien, y Lily respiró acompasadamente para mantener la calma, cogiendo aire por la nariz y sacándolo por la boca.

—Tienes razón, viene del otro lado del muro. Aunque va vestida como si quisiera disimularlo. —El hombre se le acercó más y Lily notó su aliento en la cara—. ¿Qué has venido a hacer aquí, señorita del muro?

—Necesito ver a alguno de los tres —insistió Lily, y lamentó su tono de voz, que le recordó al de un niño pequeño dando pisotones en el suelo—. Están todos en peligro.

—Y ¿se puede saber en qué consiste ese peligro?

—¡Basta! —gritó una de las figuras que quedaba en las sombras. Lily no podía verle la cara—. Mi jefe nos ha ordenado que matáramos a cualquiera que se acercara al edificio. Entregádnosla. Hace mucho tiempo que no pillamos cebo del muro.

—Este es nuestro territorio. Mi líder es quien decide lo que hacemos con los intrusos. —El negro sacudió la cabeza, contrariado, y volvió a dirigirse a

Lily—: Has escogido una mala noche para venir por aquí, señorita del muro.

—¡Por favor! —suplicó Lily. El tiempo no se detenía: iban pasando los segundos, y era imposible recuperarlos—. Por favor. Un mundo mejor.

—¿Qué sabes tú del mundo mejor?

—Que ya está muy cerca. Tan cerca que casi podemos tocarlo.

El hombre parpadeó y se quedó mirándola. Sus ojos, oscuros, recorrieron toda su cara. Lily sintió que la diseccionaba.

—¿Cómo te llamas, señorita del muro?

«Nada de nombres», estuvo a punto de responder. Pero entonces le pareció oír la voz de su madre pronunciando una frase que se había repetido a lo largo de toda la infancia de Lily: «Este no es momento para hacerse la lista.»

—Lily Mayhew.

El hombre se dio unos golpecitos en la oreja.

—Vuelve.

Se puso a hablar muy deprisa en un idioma que Lily no reconoció. Recordaba vagamente al árabe, pero no estaba segura. Distinguió que mencionaba su nombre en la conversación, pero apenas se fijó, pues estaba demasiado ocupada observando a las figuras que estaban detrás de su interlocutor. El pánico intentaba colarse en su pensamiento, que iba presentándole múltiples situaciones, a tanta velocidad que ella no tenía oportunidad de ignorarlos: violación en grupo, tortura, su cuerpo sin vida flotando en las aguas del puerto. Lily tenía claro que el negro bajito estaba con Tear, pero era evidente que algunos de los otros no, y permanecían ocultos en la oscuridad, altos y amenazadores entre la niebla. Le recordaron a Greg, y de pronto lo vio con toda claridad, levantándose del suelo de la cocina y abriendo los ojos. Esa imagen le hizo dar un respingo, como si le hubieran clavado un objeto punzante.

—Nos la llevamos —anunció el negro.

—¿Adentro? —Una de las figuras se separó; era un individuo alto, de pelo rubio y enmarañado, que vestía una llamativa chaqueta de mujer de seda azul. El resto de su ropa estaba destrozada, y, cuando se acercó más, Lily se dio cuenta de que desprendía un fuerte olor a podrido. Sus ojos tampoco le gustaron; los tenía saltones, y daban a su mirada un aire de locura que ella reconoció de cuando iba a la escuela primaria, donde varios chicos de su clase ya eran adictos a la metanfetamina. Cuando el hombre habló, vio que tenía los dientes completamente negros—. Ni hablar. No voy a dejar que se

acerque a mi jefe. Podría llevar un micrófono oculto.

El negro sacudió la cabeza cansinamente.

—La escanearán para descartar que lleve explosivos.

—No es suficiente.

—Estáis en nuestra casa. —El negro sacó otra pistola—. Eso significa que obedecemos las órdenes de mi líder. Cuando bajemos a Manhattan, podrás tomar tú las decisiones. —Se volvió de nuevo hacia Lily—. Las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

Lily obedeció.

—Camina hacia la derecha. No te separes del edificio, y sigue andando hasta que te diga que te pares. Si se te ocurre alguna idea original, no me lo pensaré dos veces antes de pegarte un tiro en la cabeza.

Lily asintió con la cabeza.

—Mierda de Horizonte Azul —masculló el tipo de la chaqueta de seda—. Pandilla de mariquitas.

El negro no le hizo caso y empujó a Lily hacia delante.

—Vamos, en marcha.

Lily echó a andar, concentrada en el suelo que tenía delante para no tropezar. El hombre de las dos pistolas hablaba en serio; tenía pinta de veterano de guerra, algo que Lily sabía reconocer porque conocía a Jonathan. No dudaría en hacer lo que tuviera que hacer, aunque fuera pegarle un tiro en la cabeza a Lily y arrojar su cadáver al agua. Se preguntó qué hora sería, y controló el gesto instintivo de mirarse la muñeca. Cuando habían recorrido la mitad de la fachada del almacén, el hombre dijo:

—Párate.

Había salido otro grupo de personas de la niebla, a su derecha. El líder llevaba capucha y una especie de rifle de asalto colgado del hombro con una correa. Pero cuando se acercaron, se quitó la capucha, y Lily reconoció al instante aquellos rizos rubios.

—La millonetis. No me lo puedo creer.

Lily se había detenido, pero el cañón de la pistola volvió a empujarla hacia delante.

—No he podido hablar con Jonathan. Van a venir. Al amanecer.

Dorian llevaba pintura negra en la cara, pero aun así Lily vio que arrugaba la frente.

—¿Quién?

—Seguridad. Todos. Tenéis que salir de aquí.

—¿Cómo se le habrá ocurrido venir aquí? ¿Está loca? —preguntó el negro—. No he querido arriesgarme.

—No, loca no —contestó Dorian.

—No estoy loca —balbuceó Lily—. Os juro que no. Por favor, tenéis que marcharos aquí.

—Podemos obligarla a hablar —propuso el hombre de la chaqueta azul, y su entusiasmo hizo que a Lily se le contrajera el estómago.

—Ni hablar —saltó Dorian, y Lily detectó verdadero odio en su voz—. Conozco vuestros métodos, imbécil.

—Vosotros y vuestro precioso mundo mejor, donde todos son iguales. Pero no lo son, ¿verdad? Tu jefe y tú seguís tratándonos como si fuéramos unos mierdas.

—Es que sois unos mierdas. Os engañáis y os matáis unos a otros para robaros la ropa.

Lily oyó un chasquido detrás de su espalda. Dorian miró más allá de ella y levantó el rifle.

—Ni lo pienses.

—Me lo estoy pensando, zorra.

Los hombres que estaban detrás de Dorian avanzaron, y Lily vio que todos iban armados con unos cilindros negros y relucientes que parecían armamento militar. No tenía noticia de que los separatistas hubieran asaltado ningún arsenal federal, pero entonces pensó que era lógico: Seguridad jamás habría permitido que esta información llegara al público general.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —protestó el hombre de la chaqueta azul.

Dorian no le hizo caso y miró con frialdad a Lily.

—Piensa bien lo que haces, Lily Mayhew. Porque si me entero de que has venido a joderos, me encargaré de que tengas una muerte lenta.

—No he venido a joderos —insistió Lily tratando de disimular que se sentía dolida, porque de pronto comprendió las dimensiones de su arrogancia. Aquellos días, en el cuarto de los niños, se había convencido a sí misma de que Dorian y ella habían construido una relación de confianza, pero lo cierto era que las separaba una distancia enorme, y cualquier ilusión de salvar esa distancia no era más que la fantasía de una niña rica—. Seguridad ya tiene rodeado este sitio, por tierra y por mar. Mañana entrarán.

—¿Cómo va a saber eso una zorra del muro? —preguntó uno de los

hombres que estaban detrás de ella.

—Esta sí podría saberlo —replicó Dorian, pensativa—. Se casó con uno del Ministerio de Defensa.

Lily se sonrojó. Por el tono en que Dorian había dicho aquello, parecía que Lily se hubiera casado con su primo y hubiera entrado en una familia de lunáticos endogámicos.

—Escaneadla y llevadla adentro.

Lily se quedó quieta para que le pasaran el escáner por el cuerpo, y aun así el negro se lo hincó en el estómago, sin ninguna necesidad. Al ver el escáner volvió a preguntarse de dónde habrían sacado tanto material. Se suponía que todos los artículos de Seguridad salían de fábrica con una etiqueta. ¿Habría encontrado el Horizonte Azul una forma de retirar los chips de localización del material, y no solo de las personas? Cuando acabaron de escanearla, Dorian habló un momento en aquel idioma extraño por su micrófono, y a continuación empujó a Lily con el cañón del rifle.

—Entra.

Lily entró por la puerta del almacén, con las manos todavía entrelazadas detrás de la cabeza, y pestañeó cuando la luz la deslumbró. Tras unos instantes se recuperó y vio que estaba en una gran habitación con paredes de chapa de zinc. En medio de la habitación había una mesita a la que estaban sentados dos hombres. Primero Lily vio a Jonathan, de pie detrás de una de las sillas; en la silla estaba sentado William Tear, que miraba con los ojos entrecerrados al hombre que tenía enfrente. Dorian le puso el rifle en la espalda y Lily avanzó. La rodearon otros guardias, pero ella se tranquilizó al ver que solo llevaban pistola. Dos de los guardias eran mujeres, y eso la sorprendió; había dado por hecho que Dorian era la única mujer del grupo.

Tear levantó la vista, molesto, pero al ver a Lily su expresión cambió y se volvió inescrutable. Se levantó de la silla. El hombre que estaba sentado en el otro extremo de la mesa se dio la vuelta, y Lily tuvo que contener el impulso de retroceder. El ácido, o algo peor, le había destrozado la cara casi por completo. Tenía la piel de los pómulos y parte de la frente de un rojo intenso. Los dientes eran tan negros como los del tipo al que había visto fuera.

—Genial, Tear —dijo el hombre de la cara quemada con voz ronca—. Tus hombres han dejado entrar a una agente de Seguridad.

—No —dijo Tear con frialdad—. No sé muy bien qué es, Parker, pero no es de Seguridad.

—Mírale la ropa. Sea lo que sea, es cebo del muro, y me ha visto la cara.

Parker se acercó a Lily. Su rostro desfigurado le hacía parecer al mismo tiempo anciano y lascivo, y Lily se retrajo. El hombre estiró un brazo y le agarró un pecho con brusquedad, retorciéndoselo hacia la izquierda, y Lily apretó los labios para reprimir un quejido.

—Quítale las manos de encima —le ordenó Tear con una voz glacial.

—¿Por qué? —Parker le agarró el otro pecho a Lily, y ella cerró fuertemente el puño. Pero entonces notó que Dorian le ponía una mano en el hombro y se lo apretaba a modo de advertencia. Lily cerró los ojos y se obligó a permanecer inmóvil.

—Porque si no, Parker, te voy a romper esa mano y te voy a echar de aquí sin nada, sin ninguno de mis juguetes. ¿Qué te parece?

Parker torció el gesto, furioso, pero al final la soltó. Lily retrocedió, sujetándose el pecho dolorido, hasta que volvió a tropezar con el rifle de Dorian. Aquellos tipos, Parker y sus hombres, eran lo que Lily siempre se imaginaba cuando pensaba en cómo debía de ser la vida al otro lado del muro: tipos violentos y temerarios, sin la decencia elemental que parecían tener Tear y los suyos. Entonces ¿qué hacían allí?

Tear se apartó de la mesa, y Jonathan lo siguió, colocándose muy cerca de él, como hacía con Lily. Miraba constantemente a Tear y luego miraba alrededor, nervioso, atento a cualquier amenaza, y entonces Lily comprendió que en realidad Jonathan nunca había sido su guardaespaldas. Era el guardaespaldas de Tear, y Lily solo había sido una parada sin importancia en el camino.

Tear se detuvo delante de ella, y a Lily volvió a impresionarle su postura militar: muy erguido, con los talones juntos. Pensó de nuevo que el tiempo volaba; le habría gustado mirar la hora, pero mantuvo las manos en alto. Ya debía de ser más de medianoche. ¿Cuántas horas faltaban para el amanecer?

—Lily Mayhew. ¿Qué haces aquí?

Lily inspiró y relató todo lo ocurrido aquella noche, desde que Arnie Welch había llegado a su casa para cenar. No omitió nada salvo lo de Greg y el marco de fotos; cuando llegó el momento, se sintió incapaz de contar aquella historia delante de tanta gente. Mientras hablaba, Tear no dejaba de mirarla, y Lily pensó que aquella noche, en el cuarto de los niños, no se había equivocado: sus ojos no eran grises sino plateados, y brillaban intensamente. Tuvo que esforzarse para no bajar la vista.

—Miente —declaró Parker cuando Lily hubo terminado.

Jonathan se inclinó y le susurró algo al oído a Tear, y este asintió.

—La semana pasada perdimos a Goodin. En aquella explosión muchos quedaron calcinados y habría sido imposible identificar los cadáveres.

—¡Eso es pan comido para Seguridad! Podrían haber identificado a vuestro hombre mediante los archivos dentales y luego haber enviado a esta zorra para que nos contara un cuento.

—Seguridad no tiene historiales médicos de mi gente.

—O algún otro se fue de la lengua.

—Entonces ¿cómo sabía ella donde podríamos encontrarnos, Parker? —La voz de Tear estaba cargada de desprecio, pero entonces se volvió hacia Dorian—. Dori, llévate a tus chicos afuera y echad un vistazo. Treinta minutos.

El cañón del rifle se separó de la espalda de Lily, que se estremeció. Dorian le apretó el hombro una vez más y se marchó.

—Y ¿qué hacemos con esta puta? —preguntó Parker. Sus hombres lo habían rodeado, y Lily vio que solo llevaban puñales y pistolas, armas anticuadas que debían de tener veinte años como mínimo, en lugar de las armas pesadas de las que iban provistos los hombres de Tear. Estos también parecían más limpios, lo que hacía pensar que tenían acceso a instalaciones de agua. Lily vio algunos dientes torcidos, pero ninguna dentadura podrida. Era evidente que el Horizonte Azul tenía sus propios médicos; ¿tendrían también un dentista? Ropa, dientes, armas... Todo lo de los hombres de Tear parecía más nuevo y mejor.

«¿Por qué tendrá tratos con esta gente?»

—Esta es nuestra casa, Parker —replicó Tear—. La mujer nos pertenece. Jonathan, llévatela a la parte de atrás y haz lo que quieras. Después, quizá nos la pasemos. —Volvió a sentarse a la mesa e indicó a Parker que volviera a ocupar la otra silla—. Sigamos con lo nuestro.

Jonathan agarró bruscamente a Lily por un brazo y empezó a arrastrarla hacia la puerta que había al fondo de la habitación.

—Resístase —le dijo en voz baja—. Haga un poco de teatro.

Aquella orden fue como una bendición. Los nervios de Lily, crispados al máximo, cobraron de pronto vida; se dio impulso y le asestó un puñetazo a Jonathan en la cara. Él la agarró por el pelo y la arrastró hacia la puerta. Lily le pegó en el hombro inútilmente; traspusieron la puerta y Jonathan cerró de un portazo. Entonces se puso enfrente de ella y dijo:

—Grite. Grite tan fuerte como pueda.

Lily inspiró hondo y gritó. Jonathan la soltó durante un par de segundos y entonces le tapó la boca con una mano, hasta que el grito se redujo a un gruñido. La soltó, y Lily se sentó en el brazo de una butaca mullida y deforme que estaba pegada contra una pared.

—Lo siento, señora Mayhew. Es lo único que entienden esos.

Jonathan fue hasta una puerta abierta que había al fondo de la habitación. La cerró, pero Lily tuvo tiempo de ver una cosa en el almacén que había detrás: largos barrotes de madera entrecruzados con unas vigas horizontales que se extendían hasta más allá de donde alcanzaba la vista. A Lily le recordó a un esqueleto inmenso, un Goliat de madera inacabado.

«El esqueleto de un barco.»

Se quedó mirando a Jonathan varios minutos mientras sus pensamientos iban reordenándose alrededor de aquella nueva pieza del rompecabezas. Caballos y material médico robado. Reactores transcontinentales destruidos. Satélites derribados. Un barco de madera construido a mano. La tierra por la que discurría un río que Lily había imaginado, una tierra donde no había Seguridad, vigilancia, nada.

Y entonces lo entendió.

—Os vais. Os vais todos.

—No puedo hablar de eso, señora Mayhew.

La puerta se cerró detrás de ellos y Tear entró en la habitación.

—Ya está decidido. El uno de septiembre.

—¿Y Parker? ¿Se ha ido?

—No. Cree que podrá pegarle un tiento a la señora Mayhew. Son unos bestias.

—¿Qué dicen por el canal del Ministerio de Defensa?

—Esos tres destructores siguen a pocas millas del puerto. No se han movido, están esperando.

Lily los miraba boquiabierta, completamente atónita. ¿Cómo había podido infiltrarse Tear en el Ministerio de Defensa?

«Del mismo modo que han podido derribar los satélites y provocar el apagón —le susurró una vocecita—. La tecnología depende de las personas que la supervisan.»

—Hay silencio de radio alrededor de toda la terminal —continuó Jonathan. Tear asintió.

—Es difícil saber cuándo vendrán, pero calculo que será pronto.

Lily dejó escapar un gemido cuando la verdad se revolcó en su estómago como un montón de piedras.

—Ya lo sabían.

—Sí.

Se sentó en la butaca y se tapó la cara con las manos. El viaje, Greg, todo aquello... había sido en vano. Miró a Jonathan y se puso colorada.

—Intenté ahorrarme el viaje, señora Mayhew.

Oyeron gritar detrás de la puerta, y Tear puso los ojos en blanco.

—Supongo que ya hay suficiente. Sal y cuéntales algún cuento de violadores. Que se preparen para salir en cuanto vuelva Dori. Sacaremos a Parker y a los suyos por los túneles de superficie.

Jonathan se marchó, y Tear se sentó en una butaca cerca de la puerta, con los brazos apoyados en las rodillas. Lily veía los destellos plateados de sus ojos desde el otro extremo de la habitación.

—Siento mucho todo esto. Me encantaría cargármelos a todos, pero los necesito.

—¿Por qué?

—Porque mis hombres son valiosos, señora Mayhew. Son inteligentes y están bien entrenados. Hacerles emplear la fuerza bruta sería malgastar su talento.

—¿Qué va a pasar el uno de septiembre?

—Nada que a ti te interese. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En coche.

—Tu marido te dejó salir a dar un paseo en plena noche, ¿no?

—Me parece que lo he matado.

Tear la miró a los ojos.

—Le golpeé en la cabeza y lo dejé allí tirado. —Lily no quería seguir hablando, pero le pasaba lo mismo que aquella noche en el cuarto de los niños: las palabras salían atropelladamente—. Quería que tuviera un hijo. Quería llevarme a un especialista en inseminación. No le importaba lo que yo quisiera.

Tear asintió con la cabeza.

—Lo sé, es un problema. Las mujeres venden sus óvulos por lo que cuesta una bolsita de metanfetamina, pero las recompensas, en el otro extremo, son enormes.

Lily caviló un momento.

—Yo quería matarlo.

—Bueno, cuando vuelvas a tu casa te enfrentarás a una situación dolorosa, de una forma o de otra.

Lily asintió.

—Deja tu coche aquí. Seguridad tiene el puerto rodeado; es imposible que no se hayan enterado de que has entrado. Habrán visto tu coche y habrán pensado que es nuestro. Déjalo aquí y Jonathan te lo llevará a tu casa. Siempre puedes decir que te asaltaron para robarte el coche y que lo llamaste a él para que fuera a buscarte.

—Pero en mi implante se verá que he estado aquí.

—Tienes razón —replicó él, y Lily se dio cuenta de que lo único que había hecho había sido intentar que ella se sintiera mejor.

Dieron tres golpes en la puerta, y Jonathan volvió a entrar.

—Dori ya ha vuelto, señor. Nada nuevo ahí fuera. Le he dicho a Parker que nos iremos pronto.

—¿Ya está todo el material recogido?

—Cinco minutos.

Tear señaló la puerta cerrada del fondo de la habitación.

—Es una lástima que no nos hayamos enterado antes. Me da mucha rabia dejarlo aquí.

—¿Cuándo? —le espetó Lily—. ¿Cuándo se marchan?

—¿Qué te hace pensar que nos marchamos?

—Se marchan —musitó Lily, con la garganta dolorida por el esfuerzo de contener el llanto—. En un barco.

—Y ¿adónde crees que nos vamos?

—Al mundo mejor.

Tear se inclinó hacia delante. A Lily volvieron a impresionarle sus ojos plateados, que parecían reflejar hasta el tenue resplandor de los fluorescentes.

—¿A qué has venido, señora Mayhew? Esto no tiene nada que ver contigo, y has corrido un riesgo enorme. ¿Por qué?

Lily no podía contestar. De niña, escogía un objeto y lo miraba fijamente todo el tiempo que podía, hasta que se le secaban las lágrimas y su mirada quedaba completamente desenfocada. Recordaba que le producía un placer enorme concentrar tanto la mirada, quedarse paralizada, y ahora no podía apartar los ojos de William Tear. Seguía cada uno de sus movimientos, hasta

los más pequeños: el rápido parpadeo de sus ojos al recorrer su cara, el tamborileo de los dedos sobre una rodilla, el temblor de la apretada mandíbula. Todo parecía centrarse en Tear, depender de él.

«Me lo creo.»

En ese momento, Lily se lo creía todo. Allí fuera existía un mundo mejor, y estaba cerca, casi a su alcance. El trigo, el río de aguas azules y brillantes, los bosques que se extendían hasta el horizonte. Si Tear le pedía que diera la vida por el mundo mejor, ella lo haría. Ni siquiera tendría que pensárselo. Y si le pedía que muriera por él, también lo haría. Jamás había sentido nada tan profundo.

Volvía a tener los ojos llorosos. Desvió la mirada borrosa de Tear y se enjugó las lágrimas con un brazo. Cuando alzó la vista, se encontró ante Jonathan, que la observaba con una sonrisa en los labios. Le tendió una mano, y Lily se la agarró con fuerza. No quería soltarlo; creyó que si lo hacía se ahogaría.

—Un mundo mejor —dijo con voz entrecortada—. Lo veo. Continuamente.

—Todos lo vemos, señora Mayhew.

Tear le levantó la barbilla con un dedo. Tenía los ojos tan brillantes que parecía que despidieran luz.

—Y tú, ¿qué ves, Lily?

—Agua —balbuceó ella—. Agua azul, y luego acantilados, y luego tierra firme. Campos de trigo amarillo. Y hay una aldea en lo alto de una montaña, junto a un río. Niños.

—¿Qué hacen?

—No lo sé —admitió—. Pero son libres. Son todos libres.

Tear sonrió y le soltó la barbilla.

—Eso es el Horizonte Azul.

Lily rompió a llorar.

—Hace cinco años —continuó Tear—, cuando pedimos escindirnos, yo tenía planeado crear el mundo mejor, tomar un pequeño rincón de América y reconstruirlo. Pese a su deterioro, este país es una creación increíble, y una pequeña porción nos habría servido. Pero ahora pienso que es mejor que nos rechazaran, porque nunca habría funcionado. Parker y la gente como él siempre lo estropean todo. No nos habrían dejado en paz. Y si no hubieran sido ellos, habría sido vuestro gobierno, que al cabo de diez o quince años se habría arrepentido de habernos dejado marchar. Si hubiéramos construido el

mundo mejor en cualquier sitio al que otros hubieran podido llegar, habrían intentado destruirlo.

—No hay más tierras —dijo Lily enjugándose las lágrimas—. ¿Adónde pueden ir?

—El mundo es más grande de lo que crees.

—Y a ellos ¿por qué les deja ir? A esos de ahí fuera.

—¿A la gente de Parker? —Tear soltó una risa amarga—. La gente de Parker vende a sus hijos y comercia con sus mujeres a cambio de comida. Ellos no tienen cabida en el mundo mejor.

—Señor —dijo Jonathan desde la puerta. Lily oyó, fuera, voces que discutían, y luego un débil zumbido parecido al de un disparo de láser silenciado. Tear le hizo señas para que se levantara de la butaca, y ella obedeció. No se dio cuenta de lo cansada que estaba hasta que se puso en pie.

—Lo siento, señora Mayhew, pero no hay otra forma de hacerlo. Quédate quieta y cierra los ojos.

Lily cerró los ojos. Recibió un fuerte golpe en un lado de la boca, y se le fue la cabeza hacia atrás. No sintió mucho dolor, pero notó el sabor de la sangre. Tear le restregó la sangre por la barbilla, y luego le desgarró el cuello de la camisa por dos sitios.

—Es solo para aparentar, se te curará pronto. No olvides cojear.

Jonathan abrió la puerta y Tear arrastró a Lily afuera. Dorian estaba en el umbral, apuntando con su rifle a Parker y a sus hombres. A Lily le recordaron a unos lobos acorralando a un animal.

—¡Esta cabrona está loca! —gritó Parker—. ¡Dile que deje de apuntarnos!

—Seguridad nos ha rodeado. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—Nosotros no hemos visto a nadie.

—Estupendo —dijo Tear con mordacidad—. Tenéis acceso a imágenes de satélite, ¿verdad?

—Vete al cuerno.

—Perfecto. Quedaos aquí y esperad a que vengan.

Parker miraba con odio a Tear con su único ojo sano.

—¿Cómo salimos de aquí?

Tear se agachó y levantó una trampilla revelando unos escalones que descendían hacia una oquedad oscura. Parker le lanzó una última mirada furibunda a Dorian y se agachó para asomarse a la escalera.

—¿Linternas?

—No, sin linternas. Ya tenemos bastante con los sensores infrarrojos. El túnel lleva directamente al centro de Boston.

—¿Y esa zorra del muro?

—A Jonathan le ha gustado. Quiere llevársela.

Parker miró a Lily un momento y dijo:

—Ah, bueno. De todas formas, ya falta poco.

Fue hacia la trampilla, pero Tear lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—Hemos hecho un trato, Parker. El uno de septiembre.

—El uno de septiembre —repitió Parker, sonriente, y Lily vio tanta maldad en aquella sonrisa que tuvo que cerrar los ojos un momento. Hizo memoria, volviendo al mundo real, y recordó que era treinta de agosto—. El uno de septiembre empieza nuestro carnaval. —Tear hizo una mueca de desagrado, pero asintió con la cabeza.

—Entrad en el túnel. Buscad una escalerilla que hay al lado de una luz de emergencia azul; saldréis al lado mismo de Fenway.

Parker y sus hombres entraron primero. Cerca de una treintena de hombres de Tear habían regresado al almacén y se habían congregado alrededor de la trampilla; la mayoría iban armados con rifles, como Dorian, pero algunos no llevaban nada, solo pequeños auriculares y unos finos hilos metálicos enrollados en el dedo índice. Eran los técnicos informáticos.

—Silencio de radio hasta que salgáis de la ciudad —ordenó Tear—. Nos vemos en casa.

Por lo visto, Arnie se había equivocado: aquello no era su cuartel general. Lily bajó por la escalera detrás de Jonathan, y enseguida se encontraron a oscuras; solo se oían las pisadas y el tintineo de las correas de los rifles. Lily sabía que Dorian iba detrás de ella, y eso la tranquilizaba. De vez en cuando oía chillidos cerca de sus pies, pero saber que por allí correteaban ratas no la asustó excesivamente. Aquella gente sabía lo que hacía, y Lily confiaba en que la protegieran, a pesar de no saber adónde iban.

«Pero ¿qué pasa el uno de septiembre? —le preguntó una vocecilla con tono lastimero—. ¿Qué es eso del carnaval?»

Cuando habían recorrido cerca de un kilómetro, oyeron toser a alguien más adelante, en la oscuridad, y Jonathan agarró a Lily por un brazo y la obligó a detenerse. Parker y sus hombres siguieron caminando por el pasillo, y el ruido de sus pasos fue disminuyendo hasta dejarse de oír por completo.

Jonathan tiró de ella hacia la derecha y le dijo en voz baja:

—Por esa escalera.

Lily bajó a tientas. Había cobrado nuevas fuerzas durante un rato, pero ya estaba quedándose sin energías otra vez, y pensó que no tardaría en derrumbarse. Sin embargo, siguió adelante, decidida a no obligar a los demás a reducir el paso, a no ser... ¿Cómo la habían llamado? Una zorra del muro. Era un término inquietantemente acertado; Lily se lo aplicó a la mayoría de sus amigas y comprobó que encajaba.

—Alto —ordenó Tear al cabo de lo que a Lily le pareció una eternidad. Lily se detuvo y oyó que todos los demás lo hacían también.

—Explosión.

Se oyó un fuerte estruendo por encima de sus cabezas. El túnel tembló, y del techo empezó a filtrarse polvo que caía en el pelo y la cara de Lily y se le metía en los ojos. Un fuerte chorro de calor la empujó por la espalda, y durante unos instantes un rugido ensordecedor invadió el túnel. Entonces se extinguió, y el grupo volvió a encontrarse en silencio y a oscuras.

—Un mundo mejor —murmuró alguien.

—Un mundo mejor —repitieron los demás, y Lily lo dijo también, y le gustó que su voz se mezclara con las otras, y confió en que a nadie le molestara.

Al cabo de un momento, como si se hubieran puesto de acuerdo, reemprendieron la marcha. Ahora avanzaban por un laberinto de túneles; a veces subían escaleras y a veces las bajaban, o se metían por estrechas grietas que a Lily le producían claustrofobia. Siguió adelante, concentrándose en el presente, porque era mejor no pensar en el futuro. No quería imaginarse lo que podía estar esperándola en su casa.

Al cabo de unos veinte minutos subió unos escalones detrás de Jonathan y salió por una boca de alcantarilla a un callejón oscuro, donde se encontró rodeada de contenedores de escombros que hacía años que nadie vaciaba.

—Cuando llegue Dori, ayúdala a subir —le dijo Tear a Jonathan—. Ella no querrá, pero hazlo de todas formas. Esa herida de bala todavía no está bien curada.

Lily se abrazó el torso. Estaban a finales de agosto y la temperatura era templada, pero estaba empapada de sudor, y el aire se colaba por debajo de su cazadora.

«¿Qué pasa el uno de septiembre?»

—¡Quítame las putas manos de encima! —dijo una voz desde la boca de la

alcantarilla.

—Cállate, Dori. —Jonathan la levantó y la hizo pasar por el agujero, con el rifle colgado—. Ya sabemos lo fuerte que eres.

—Podría dejarte K.O., Carolina del Sur.

—Ya lo sé.

—Tenemos que irnos. —Tear escudriñaba la entrada del callejón. Lily no veía nada, pero le creyó; parecía un perro que olfateara un peligro invisible. Salieron unas diez personas por la boca de la alcantarilla; entonces Jonathan puso la tapa, y Lily recordó una cosa que Arnie había dicho una vez: que al Horizonte Azul le gustaba dividirse para reducir las bajas. Los demás debían de haber seguido por el túnel.

—Vamos, señora Mayhew.

Salieron de uno en uno por la entrada del callejón y se dispersaron en todas direcciones. Dorian le dio una palmada en el hombro a Lily al pasar, pero cuando esta se dio la vuelta, ya se había ido. Tear le tiró del brazo y los dos siguieron a Jonathan por una calle que Lily no reconoció. En ambas aceras se erguían edificios de oficinas abandonados hacía mucho. Detrás de aquellas ventanas, cada una con su propia historia de miseria, Lily oyó ruidos que revelaban que allí había gente moviéndose de un lado para otro y murmurando, pero no consiguió ver a nadie. Empezaba a clarear, y el resplandor de la niebla que ocultaba el cielo iba reduciéndose.

—Ve a buscar el coche —dijo Tear, y Jonathan desapareció en la niebla. Lily se tambaleó y Tear la sujetó por el codo.

—Estás metida en un buen lío, señora Mayhew. Ya puedes inventarte una buena historia para explicar lo del coche, porque al final Seguridad revisará tu implante. Querrán saber qué estabas haciendo aquí.

—¿Lo han detenido alguna vez?

—Sí.

—¿Qué hay que hacer?

—Intentar soportarlo.

—Y ¿qué pasa el uno de septiembre?

Tear apretó la mandíbula.

—No puedo decírtelo.

—¿Por si me torturan?

—Sí.

Lily reflexionó sobre eso y se le hizo un nudo en la garganta. Cerró los ojos

e intentó pensar en el mundo mejor, pero lo único que veía era la puerta del colegio y la cabeza despeinada de Maddy desapareciendo para siempre. Un coche paró delante de ellos, y Lily tardó un momento en reconocer su Lexus. Jonathan iba al volante. La carrocería negra y elegante del vehículo parecía inapropiada y grotesca en aquella calle degradada.

—Sube. Jonathan te llevará a tu casa.

—¿No puedo...? —Lily inspiró hondo—. ¿No puedo quedarme con ustedes? Tear se quedó mirándola.

—No, señora Mayhew. Lo siento. Ya somos demasiados. Muchos se quedan atrás, muchas buenas personas.

Lily asintió y trató de componer una sonrisa, pero dentro de su cabeza resonaba la voz de Dorian: «El mundo mejor no es para personas como tú.» Se metió en el coche sin fijarse apenas en los suaves asientos de piel. Tear empezó a cerrar la portezuela, y ella le agarró la muñeca, casi con desesperación.

—No sé cómo voy a soportarlo.

Tear le puso una mano en la mejilla. El calor le atravesó la piel y la hizo volver de aquel lugar frío e inhóspito que ocupaba su mente.

—Te lo prometo, lo soportarás.

—No puede prometérmelo.

—Sí puedo. Créeme, eres más fuerte de lo que imaginas.

—¿Cómo lo sabe?

Tear retiró la mano y se enderezó. Le brillaban los ojos.

—Lo sé, señora Mayhew. Lo he sabido toda la vida.

Se cerró la portezuela, y un puño dio dos golpes en el techo del coche. Jonathan pisó el acelerador, y Lily se vio impulsada hacia atrás en el asiento. Giró el torso hasta que pudo mirar por la luna trasera y vio a William Tear observándolos, su alta figura de porte militar muy erguida bajo las luces de Boston.

Hasta que no estuvieron a mitad de camino de Nueva Canaán, Jonathan no dijo ni una palabra. Lily iba mirando por la ventanilla, tratando de pensar alguna historia más verosímil que contarle a Seguridad. No se le había ocurrido nada. Cada vez tenía el estómago más encogido, se le iban retorciendo las tripas con cada kilómetro que recorrían, hasta que pensó que iba a vomitar.

—No se preocupe, señora Mayhew.

Lily dio un respingo. Se había olvidado de que había otra persona en el coche. Alzó la vista y vio los ojos de Jonathan en el espejo retrovisor.

—Me parece que lo he matado, Jonathan.

—Tenía motivos.

Lily se sonrojó. Aquello era lo más cerca que habían estado de hablar sobre lo ocurrido aquella noche, o sobre otras noches.

—Seguridad no lo tendrá en cuenta.

—Todos cuidamos de todos, señora Mayhew. Sin eso no hay nada.

—¿Tú no tendrás problemas también? ¿Si comprueban los movimientos de este coche?

—Le modifiqué la etiqueta de control hace mucho tiempo. Ha estado en el garaje casi toda la noche, hasta que usted me ha llamado y yo he ido a buscarla.

Lily asintió lentamente. Alucinaba cuando pensaba en la cantidad de cosas que ella no sabía y que habían estado pasando durante años. Al otro lado de la ventanilla destellaba otro letrero verde: Tolland. El horizonte se estaba iluminando, y una mancha rosada iba invadiendo la oscuridad del cielo. Lily contempló aquella bruma rosácea y lamentó no poder ver más allá, hacia el este, hasta el Atlántico, donde el sol ya debía de estar alto. Apoyó la mejilla en el cristal, disfrutando de su tacto frío, y recordó la imagen del barco inacabado. Entonces se le ocurrió pensar que debía de haber muchos más barcos. Escondidos, pero ¿dónde? ¿Por toda Nueva Inglaterra? Creía saber qué iba a pasar el uno de septiembre: Tear y los suyos se marcharían, y Lily deseó con toda su alma marcharse con ellos, a aquel lugar amplio y despejado, cubierto de agua y de árboles. A lo lejos, al otro lado del cristal, oyó una voz.

—Kelsea.

Lily intentó mantenerse despierta, pero era una batalla perdida. La mitad de su cuerpo ya estaba profundamente dormido.

—Kelsea.

—¿Sí, señora Mayhew?

—¿Quién es Kelsea? —musitó Lily. Notaba el frío del cristal en la mejilla, y solo deseaba prolongar eternamente aquella sensación, deseaba...

—¡Kelsea!

Abrió los ojos y vio que todo se movía; Pen la sujetaba por los hombros y la zarandeaba. A su alrededor, el pasillo se sacudía bruscamente. Por un instante volvió a estar en el coche, y luego otra vez con Pen. Le dolía mucho la cabeza. Estaba mareada.

—Señora, tenía que despertaros. Es importante.

—¿Qué hora es?

—Las once de la mañana.

Kelsea sacudió la cabeza tratando de despejarse, de situarse. Estaba de pie en el pasillo, delante de la habitación del balcón. La luz del amanecer, de un rosa intenso, todavía brillaba en su mente. Notaba el frío del cristal de la ventana en la mejilla.

—¿Qué es eso tan importante?

—Los mort, señora. Han llegado a la muralla.

El desaliento se apoderó de Kelsea.

—Sabíamos que pasaría.

—Sí, señora, pero...

—¿Qué?

—La Reina Roja ha venido con ellos.

LIBRO III

Noche

Con la marea no se puede negociar.

Proverbio tear de origen sin verificar, atribuido
a la REINA GLYNN

El ejército mort cubría ambas orillas del Caddell, se extendía por el Almont, hacia el norte y hacia el sur, e incluso bordeaba la zona sur de Nueva Londres. Empezaba a anochecer sobre la ciudad, y bajo aquella luz tenue el campamento mort era un mar oscuro e impenetrable.

Delante de las tiendas negras había más de cincuenta filas de soldados en formación. A simple vista se diría que estaban cubiertos de hierro reluciente. Era un despliegue ostentoso, claramente pensado para asustar a Kelsea, y ejercía muy bien su función. La joven estaba aterrorizada, tanto por ella misma como por la gente a la que tenía detrás, pues casi todo el reino se apiñaba en el interior de las murallas de Nueva Londres. ¿Cómo iban a poder rechazar al poderoso ejército congregado allí abajo? Detrás de las tiendas, Kelsea distinguió una línea de torres de asedio, y sabía que también había cañones escondidos. Suponiendo que los cañones funcionaran (y Kelsea no lo ponía en duda), los mort ni siquiera necesitarían las torres de asedio. Podrían derribar las murallas de Nueva Londres, sencillamente.

Glee se removió en los brazos de Kelsea y la asustó. Era tan fácil tenerla en brazos que Kelsea se había olvidado de que estaba allí. Andalie había decidido acompañarla en aquella salida, y Kelsea había cogido a la niña en brazos para que ella pudiera descansar un poco. Pero la gente que estaba en las calles había murmurado, sorprendida, al ver a la cría en los brazos de Kelsea, y ahora la joven temía haber despertado demasiado interés por

Andalie y Glee. Eran valiosas, como le había explicado Andalie, y lo mejor que podían hacer era pasar inadvertidas. Glee se había quedado dormida camino de la muralla, pero ahora estaba despierta, y había asustado a Kelsea, a la que contemplaba con aire pensativo. Kelsea se llevó un dedo a los labios, y Glee asintió con solemnidad.

Maza le había pedido a Aisa, la otra hija de Andalie, que los acompañara. La niña seguía a Kelsea a escasa distancia, casi como un segundo Pen, con un puñal en la mano. Maza le había tomado simpatía, como muchos otros miembros de la Guardia Real. Coryn aseguraba que Aisa manejaba el puñal como nadie desde Prasker (quienquiera que fuese), y Elston la consideraba dura de pelar, lo cual era un gran elogio viniendo de él. Aisa se estaba tomando muy en serio aquella expedición; no aflojaba el puñal, y fruncía las pobladas cejas dándole a su rostro un aire de solemnidad. El heroísmo de su pequeña y decidida figura en aquella situación tan crítica, cuando no podía servir de nada, hizo que Kelsea se sintiera aún peor.

Kelsea recorrió el campamento mort con la mirada hasta que encontró lo que buscaba: una tienda de campaña roja cerca del centro. Solo era una motita de color en medio de tanta negrura, pero la joven sintió que en su interior unas campanas tocaban a difunto. Esta vez la Reina Roja no había dejado nada al azar: había ido allí personalmente para asegurarse de que su ejército hacía bien el trabajo. La tienda estaba rodeada de antorchas, pero al cabo de un momento Kelsea se fijó en algo extraño: aquellas antorchas eran el único fuego que se veía en todo el campamento mort. Era pasada la hora de la cena, y sin embargo el perímetro estaba completamente a oscuras. Kelsea reflexionó sobre ese detalle un momento y luego lo arrinconó.

—¿Han conseguido entrar todos en la ciudad? —preguntó.

—Sí, Señora —contestó Maza—, pero el ejército ha quedado diezmado en el último intento de contener a los mort en el puente.

A Kelsea se le revolvió el estómago. Miró hacia el puente de Nueva Londres y lamentó tener tan mala vista.

—¿Qué es lo que impide a los mort cruzar el puente?

—Una barricada, Señora. —El coronel Hall se adelantó, apartándose de un grupo de militares que estaban un poco más allá. Llevaba la manga derecha cortada y un grueso vendaje en el brazo, y tenía una herida enorme en el mentón—. Es una buena barricada, pero no aguantará eternamente.

—Coronel Hall. —Kelsea sonrió, aliviada de verlo con vida, aunque

volvió a ponerse seria al reparar en sus heridas—. Siento mucho la pérdida del general Bermond y la del resto de sus hombres. Todas sus familias recibirán una pensión.

—Gracias, Señora. —Pero Hall hizo una mueca irónica, como dando a entender lo poco que significaba en ese momento una pensión.

Maza le tocó discretamente la espalda, y entonces Kelsea se acordó.

—Lo nombro oficialmente general de los ejércitos. Larga vida, general Hall.

Hall echó la cabeza hacia atrás y rio, y aunque Kelsea no pensó que aquella risa tuviera la intención de ser cruel, resonó en sus oídos.

—Sí, mantengamos las formas, Señora. Por encima de todo.

—¿Qué otra cosa nos queda ya?

—La gloria, supongo. Una muerte digna.

—Exactamente.

Hall se le acercó un poco más sin prestar atención a Pen, que se adelantó para cerrarle el paso.

—¿Me permitís revelaros un secreto, Señora?

—Claro. —Kelsea le dio unas palmadas en la espalda a Glee y la dejó en el suelo, y la niña se abrazó a sus rodillas.

Hall bajó la voz y dijo:

—La gloria es real. Pero palidece en comparación con lo que sacrificamos por ella. El hogar, la familia, una larga vida llena de paz. Esas cosas también son reales, y cuando buscamos la gloria, renunciamos a ellas.

Kelsea no respondió enseguida, pues se dio cuenta de que la muerte de Bermond debía de haber afectado a Hall más de lo que ella imaginaba.

—¿Acaso cree que yo quería esta guerra?

—No, Señora. Pero no os contentáis con una vida tranquila.

Maza gruñó a su lado, un débil sonido con el que expresaba su aprobación, y Kelsea contuvo el impulso de propinarle una patada.

—Usted no me conoce lo suficiente para decir eso.

—Ahora ya os conoce todo el reino, Reina Kelsea. Nos habéis llevado a todos al desastre para satisfacer vuestro concepto de gloria. De lo que es mejor.

—Tenga cuidado, Hall —dijo Pen—. Usted no...

—Cállate, Pen —le interrumpió Maza.

Kelsea se volvió, furiosa.

—¿Ahora estás contra mí, Lazarus?

—No, Señora. Pero no es conveniente, sobre todo en tiempo de guerra, silenciar las voces discrepantes.

Kelsea, muy colorada, miró de nuevo a Hall.

—No puse fin a la remesa para obtener la gloria. Eso nunca me ha importado.

—En este caso, demostradme que me equivoco, Majestad. Ahorradles a los hombres que me quedan una batalla que no pueden ganar. Ahorradles a las mujeres y a los niños, y a los hombres también, la pesadilla que les espera cuando los mort derriben las murallas. Preferís descuartizar a un condenado en lugar de verlo morir ahorcado, sin más. Demostradme que estoy equivocado y salvadnos a todos.

Hall se dio la vuelta y zanjó la conversación, sin más. Kelsea se había quedado sin habla. De pronto se sentía sola, sola como no se había sentido desde los primeros días en la Ciudadela. Miró las caras de los miembros de su guardia, apiñados alrededor de la escalera que conducía a la muralla interior. Maza, Coryn, Wellmer, Elston, Kibb... Eran todos leales, habrían dado la vida por ella, pero la lealtad no significaba aprobación. Todos creían que se había equivocado.

—Mirad, Señora. —Maza señaló por encima del borde de la muralla.

Las filas de soldados mort no se habían movido, pero cuando Kelsea achicó los ojos bajo la luz escasa, vio que allá abajo había movimiento: un grupo de figuras con capa negra avanzaban hacia la parte delantera de la formación, provistas de antorchas.

Maza había sacado su catalejo.

—El que va en medio es el heraldo personal de la Reina Roja. Me acuerdo muy bien de ese desgraciado.

El heraldo era un hombre muy menudo, tanto que habría podido pasar desapercibido con su capa. Sin embargo, tenía una potente voz de bajo que rebotó en las murallas de la Ciudadela, y hablaba un tear perfecto, con solo un débil acento mort.

—¡La Gran Reina de todo Mortmesne y Callae saluda a la heredera del Tearling!

Kelsea rechinó los dientes.

—Mi mensaje es el siguiente. La Gran Reina supone que os dais cuenta de lo inútil de vuestra actitud. El ejército de la Gran Reina no tendrá ninguna

dificultad en derribar las murallas de vuestra capital y llevarse de ella todo lo que encuentre. No se perdonará a ningún tear.

»Sin embargo, si la heredera del Tear retira la barricada del puente de Nueva Londres y abre las puertas, la Gran Reina promete perdonarle la vida no solo a ella, sino también a veinte miembros de su séquito. La Gran Reina da su palabra de que esos veintiuno no sufrirán ningún daño.

Kelsea notó que una mano se cerraba alrededor de su muñeca. Era Glee; apretaba tanto que le estaba clavando las uñas en la carne, pero Kelsea apenas se inmutó. «Salvadnos a todos», había dicho Hall, y ahora Kelsea comprendía que, si ella no podía salvarlos, no se salvarían. Se concentró en el heraldo y en los hombres que lo rodeaban, e invocó aquella cosa terrible que moraba en su interior. La cosa despertó rápidamente, y Kelsea se preguntó si siempre estaría allí a partir de entonces, dispuesta a saltar en cuanto tuviera una oportunidad. ¿Podía vivir así?

—Debéis despejar el puente y abrir las puertas antes del amanecer — continuó el heraldo—. Si no se cumplen estas condiciones, el ejército de la Gran Reina entrará en Nueva Londres por los medios que sean necesarios, y dejará vuestra ciudad en ruinas. Este es mi...

El heraldo se interrumpió, y de pronto se dobló por la cintura y estalló despidiendo un chorro de sangre. La cólera de Kelsea era tan grande que se expandió como una onda expansiva, empujando al resto de los hombres, aplastando a algunos y tumbando al resto. Se extendió por las ordenadas filas de soldados muertos y fue ganando fuerza y velocidad como un viento huracanado.

Y de pronto la onda expansiva se estrelló contra una pared.

Ese obstáculo fue tan inesperado que Kelsea se tambaleó hacia atrás, como si ella misma hubiera chocado contra la pared, de cabeza. Estuvo a punto de tirar a Glee al suelo, pero Andalie cogió a la niña, mientras Pen sujetaba a Kelsea por un brazo para evitar que cayera. De pronto notó un fuerte dolor de cabeza que no tenía explicación aparente.

—¿Señora?

La joven sacudió la cabeza para despejarse, pero el dolor se había instalado en ella, y las punzadas eran tan intensas que le impedían enfocar la vista.

«¿Qué ha sido eso?»

Se sacó el catalejo del bolsillo. La luz se había extinguido casi por

completo, pero Kelsea aún pudo ver los daños que había causado allí abajo: había varios centenares de muertos en las líneas mort. Los cadáveres estaban destrozados, algunos reducidos a poco más que un montón de tejido sanguinolento. Sin embargo, seguía notando, más allá, aquella barrera impenetrable, real pese a ser invisible. Dirigió la mirada hacia la tienda de campaña roja; la portezuela estaba abierta, y ahora Kelsea veía a alguien bajo el toldo. Estaba demasiado oscuro para distinguir una cara, pero la figura era inconfundible: una mujer alta con un vestido rojo.

—Tú —dijo Kelsea en voz baja.

Alguien le tiraba de la falda. Miró hacia abajo y vio la carita de Glee observándola.

—Su nombre —ceceó la cría—. No quiere que lo sepas.

Kelsea le puso una mano en la cabeza sin desviar la mirada de la figura vestida de rojo. Estaba a poco más de un kilómetro, pero esa distancia se le antojaba inmensa. Kelsea tanteó la barrera, trató de cortarla como si se cortara la propia carne. No consiguió hacer mella en ella.

Las líneas mort se habían recuperado rápidamente y habían vuelto a formar frente al campamento, y ahora se adelantó otro hombre, una alta figura con una gruesa capa negra.

—¡Hablo en nombre de la reina!

—Es Ducarte —murmuró Maza. Kelsea lo enfocó con su catalejo y vio a un hombre casi calvo con unos ojos muy juntos y de expresión cruel. Se estremeció, pues intuyó que se trataba de un auténtico depredador. La mirada de Ducarte se paseó por las murallas de la ciudad con un desprecio patente, como si ya hubiera abierto una brecha en ellas y hubiera iniciado el saqueo.

—Si mañana al amanecer no habéis abierto las puertas de Nueva Londres, no se salvará nadie. Estas son las condiciones de la reina.

Ducarte esperó un momento, hasta que el último eco de sus palabras se hubo extinguido. Entonces se puso la capucha de la capa y volvió sobre sus pasos a través de las filas de soldados mort, dejando atrás los cadáveres, y regresó al campamento.

—Arliss.

—¡Reina mía! —Alzó la vista, sorprendido; su arrugado rostro compuso una sonrisa con aquel cigarrillo eterno y hediondo entre los dientes—. ¿Qué os

trae por aquí?

—He venido a pedirle que haga una cosa.

—Sentaos.

Kelsea se sentó en una de las butacas raídas que Arliss utilizaba para realizar sus negocios, ignorando el pestazo a humo de cigarrillo de la tapicería. No le gustaba el despacho de Arliss, una maraña mugrienta de mesas y papeles sueltos, pero se le había ocurrido un plan, y lo necesitaba.

—Déjanos solos, Pen.

El muchacho vaciló.

—Estrictamente hablando, es una amenaza para su seguridad, Señora.

—Ahora ya nadie es una amenaza para mi seguridad. —Lo miró a los ojos y descubrió algo que le extrañó: aunque habían dormido juntos varias veces desde aquella primera noche (y había mejorado de forma exponencial, al menos desde el punto de vista de Kelsea), aquella era la única que nunca olvidarían—. Vete, Pen. Estoy completamente a salvo.

Pen se marchó. Kelsea esperó a que la puerta se hubiera cerrado tras él y preguntó:

—¿Cómo van las finanzas?

—Los ingresos se redujeron mucho en cuanto los mort salieron de las montañas. Los nobles lo consideraron una licencia para dejar de pagar impuestos.

—Claro.

—Confiaba en sacar unos buenos beneficios del zafiro que esos mineros extraen del Fairwitch, pero no se sabe nada de ellos. Supongo que cogieron la bonificación que les disteis y desaparecieron.

—Entonces andamos cortos de dinero.

—Muy cortos. En tiempo de guerra se amasan fortunas, reina mía, pero no ocurre lo mismo en épocas de buen gobierno. Personalmente, creo que estamos todos muy jodidos.

—Me encanta su optimismo, Arliss.

—Este reino es un muerto viviente, reina mía.

—Por eso he venido.

Arliss alzó la vista y prestó atención.

—Necesito que haga una cosa, y necesito que lo mantenga en secreto.

—¿A quién tengo que ocultárselo?

—A todos. Y sobre todo a Lazarus. —Kelsea se inclinó hacia delante—.

Necesito que me redacte un decreto de regencia.

Arliss se recostó en su butaca y la miró con los ojos entrecerrados a través de una nube de humo.

—¿Pensáis renunciar al trono?

—Sí, durante un tiempo.

—Supongo que Maza no lo sabe.

—No puede saberlo.

—Ya. —Arliss ladeó la cabeza, pensativo—. Nunca he redactado un decreto de regencia. Vuestro tío está muerto, reina mía. ¿Quién es el regente?

—Lazarus.

—Una sabia elección —concedió Arliss.

—¿Puede conseguir una copia del decreto de regencia de mi madre?

—Sí, pero lo he visto, y tiene quince páginas.

—Bueno, coja lo básico. De todos modos, no quiero que quede abierto a interpretaciones. Resúmalo en una sola página, y haga tantas copias como pueda. Las firmaré todas y, mañana, cuando yo me haya ido, podrá repartirlas por la ciudad.

—Y ¿adónde iréis?

Kelsea parpadeó y vio el puente de Nueva Londres, y a los mort esperando en las colinas.

—A que me maten, creo. Pero confío en que no sea así.

—Ahora entiendo por qué Maza no puede saberlo. —Arliss tamborileó con los dedos en la mesa—. Esto cambiará las cosas.

—¿Para usted?

—Para mí y para mis competidores. Pero siempre va bien ser el primero en enterarse.

—Tengo que hacer una cosa.

—No tenéis que hacer nada, reina mía. Podríais aceptar su oferta, y salvar a las mujeres y a la Guardia Real.

—Eso es lo que habría hecho mi tío. Pero yo no puedo.

—Bueno, eso es lo malo de las decisiones, ¿no?

Kelsea lo fulminó con la mirada.

—A usted le han beneficiado mucho mis decisiones últimamente, Arliss. Se ha forrado vendiéndoles droga a los refugiados. ¿Creía que no lo descubriría?

—Permitidme que os diga una cosa, reina mía. Mis drogas son la única razón por la que en ese campamento no ha cundido el pánico ni ha habido una

oleada de suicidios. La gente necesita aferrarse a algo.

—Ah, ya lo entiendo. Es un altruista.

—En absoluto. Pero culpar al comerciante por abastecer el mercado es una estupidez.

—Habla usted igual que Thorne.

—Sí. Thorne fue un miserable toda su vida, pero en eso siempre tuvo razón.

Kelsea mudó la expresión; de pronto se olvidó de las drogas e incluso del decreto de regencia.

—¿Usted conoció a Thorne cuando era joven?

—Por supuesto, reina mía. Él os dirá que nadie conoce sus orígenes, pero...

—Thorne está muerto.

—... pero no soy el único, si sabéis dónde buscar.

—¿Dónde nació?

—En la Guardería.

—No sé qué es eso.

—Debajo de las Tripas, reina mía, hay un laberinto de túneles. No sé para qué los construyeron; están demasiado hondos para ser alcantarillas. Cuando buscas algo tan sucio que no se puede encontrar en las Tripas, y si conoces a quien hay que conocer, bajas a la Guardería.

—¿Que hacía Thorne allí?

—Thorne fue vendido a un proxeneta nada más nacer. Vivió toda su infancia allí abajo, si es que a eso se le puede llamar vida.

—¿Cómo lo sabe?

—No me miréis así, reina mía. Tuve que bajar allí un par de veces por negocios, en los inicios de mi carrera. Necesitan un suministro constante de narcóticos, por razones obvias, pero ya hace mucho que dejé de hacer negocios con esa gente.

—Lo dejó.

—Sí, lo dejó. La Guardería es un lugar terrible. Se trafica con niños, los venden como esclavos sexuales y como...

—Basta. —Kelsea levantó una mano—. Ya lo entiendo.

—Un lugar terrible —repitió Arliss, y removió los papeles que había encima de su mesa—. Pero Thorne era listo y rápido. A los dieciocho años ya era prácticamente un rey allí abajo.

—¿Lazarus también estaba allí?

—Sí, aunque, si se lo preguntáis, él no lo admitirá.

—¿Qué...? —Kelsea se interrumpió; tragó saliva y notó que las palabras se deslizaban por su garganta seca—. ¿Qué hacía él allí abajo?

—El ruedo, reina mía.

—Explíquese.

—Peleas de niños.

—¿Boxeo?

—No siempre. A veces les daban armas. Aprecian la variedad.

Kelsea notó que sus labios se volvían de piedra.

—¿Por qué?

—Apuestas, reina mía. En este reino hay más dinero que cambia de manos con las peleas de niños que con cualquier otra cosa, y Maza era uno de los mejores competidores que hubieran visto jamás, un gigante. —A Arliss le brillaban los ojos recordándolo—. No perdía nunca, ni siquiera en los primeros años. Lazarus no es su nombre real, solo es un apodo que le pusieron sus cuidadores cuando comprobaron que nadie podía con él. Cuando tenía once o doce años, las apuestas por él eran tan altas que casi dejé de aceptarlas.

—¿Usted aceptaba apuestas en esas peleas?

—Soy corredor de apuestas, reina mía. Acepto apuestas sobre cualquier cosa sobre la que pueda calcular probabilidades.

Kelsea se frotó los ojos.

—Y ¿nadie intentó poner fin a todo eso?

—¿Quién iba a hacerlo, Señora? Vi a vuestro tío allí abajo en más de una ocasión. Y a vuestra madre también.

—¿Cómo decidían quién había ganado?

Arliss la miró a los ojos y se quedó callado, y Kelsea sacudió la cabeza, conmocionada.

—Entiendo. Lazarus nunca me lo había contado.

—Claro que no. Si se sabe algo, se sabe todo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que Maza acabó convertido en un animal. No había nadie que pudiera con él, salvo quizá Carroll. Carroll fue quien lo sacó de la Guardería definitivamente. Pero Maza seguía representando un peligro para los demás, mucho después de abandonar el ruedo. Se avergüenza de sus actos. No quiere que se sepa.

—Entonces ¿por qué me lo cuenta?

—Yo no obedezco a Maza, reina mía —respondió Arliss arqueando las cejas—. Si lo creéis, estáis equivocada. Ni siquiera os obedezco a vos. He llegado a la mejor etapa de la vida: ya he ganado todo el dinero que necesitaba, y si alguien es lo bastante idiota para amenazarme, no tengo que preocuparme. Hago y digo lo que me satisface.

—Y ¿le satisface estar aquí? ¿Ahora? ¿Por qué no ha huido a Mortmesne? ¿O al Cadare?

Arliss sonrió.

—Porque no quiero.

—Es usted insoportable. —Kelsea se levantó de la butaca y sacudió un poco de polvo que se le había quedado en la falda—. ¿Redactará mi decreto?

—Sí. —Arliss se recostó, se cruzó de brazos y miró a Kelsea con curiosidad—. Así que vais a morir mañana.

—Eso creo.

—Entonces ¿qué demonios hacéis aquí sentada hablando conmigo? Deberíais estar por ahí, emborrachándoos y follando.

—¿Con quién?

Arliss sonrió, una sonrisa inusualmente tierna que no encajaba en su rostro.

—¿Acaso creéis que no lo sabemos?

—Cállese, Arliss.

—Como queráis. —Cogió una hoja de papel en blanco del montón que había junto a su mano izquierda y murmuró algo que Kelsea no llegó a oír.

—¿Qué habéis dicho?

—Nada. No tiréis la toalla todavía, reina mía. Sois bastante espabilada, más lista incluso que vuestra abuela, que lo era mucho. Eso que pensáis hacer requiere un gran valor.

—Quizá sea una locura, lo sé. Volveré para firmar los decretos antes del amanecer.

Salió del despacho de Arliss y enfiló el pasillo; se sentía desorientada, no sabía qué hacer a continuación. Al día siguiente, por la mañana, saldría de allí, y lo más probable era que no regresara. Se preguntó si Arliss tendría razón, si debería dejarlo todo y pasar la noche en la cama con Pen.

Kelsea.

Se paró en medio del pasillo. Era la voz de Lily, pero no eran palabras, sino un gesto de súplica, una llamada de auxilio. Era como si una mujer que estuviera ahogándose se agarrara a los bordes de la mente de Kelsea.

Kelsea.

Lily tenía problemas. Problemas graves. Kelsea fijó la vista en el dibujo asimétrico de las losas del suelo mientras su pensamiento trabajaba a toda velocidad, moviéndose de un punto a otro. Lily la había llamado, y Kelsea la había oído. La vida de Lily Mayhew no significaba nada en sentido histórico; su nombre no aparecía por ninguna parte, ni siquiera en una nota al pie. Fuera lo que fuese lo que le estuviera pasando, ya llevaba mucho tiempo muerta y enterrada, y aun así Kelsea no podía dejar de pensar en ella. Pero no sabía cómo ponerse en contacto con Lily. Las separaban tres siglos, un abismo infinito. Kelsea siempre había concebido el tiempo como un muro sólido detrás de ella que bloqueaba todo cuanto ya había sucedido. Sin embargo, el mundo donde habitaba ahora se ampliaba.

¿Podía provocar una de sus fugas?

Esa idea la hizo detenerse. La distancia quizá fuera inmensa en el tiempo, pero Kelsea ya no vivía solo en el tiempo, ¿verdad? Llevaba meses entrando y saliendo de él. ¿Podía salir de una era y entrar en otra con la misma facilidad con que los pasajeros pre-Travesía se subían a un tren? Evocó el esbozo del mundo de Lily: el horizonte oscuro y tormentoso, muy parecido al del Tearling, donde imperaban la desigualdad y la violencia. Una llamarada ardió en su pecho, y la hizo tambalearse hasta chocar contra la pared.

—¿Señora?

Era Pen, detrás de ella; su voz le llegó amortiguada, como si estuviera buceando.

—Pen. Me parece que va a ser una noche muy larga. Necesito que estés atento cuando me caiga.

—¿Cuando os caigáis?

Kelsea veía borroso. Pen solo era una forma amable bajo la luz de las antorchas.

—No sé dónde me voy a caer.

—¿Señora? —Pen la agarró por un brazo—. ¿Es una de vuestras fugas?

—No lo sé.

—Os llevaré a vuestra alcoba.

Kelsea se dejó llevar, sin apenas notarlo. Lily invadía su pensamiento por completo: la vida de Lily, el miedo de Lily... ¿qué la esperaba en casa cuando llegó de Boston?

—¿Qué pasa?

Era la resonante voz de oso de Elston, pero Kelsea la oía como si estuviera muy lejos. Se dio cuenta de que Pen la llevaba en brazos, y no sabía cuándo la había levantado.

—Fuga —musitó Pen—. Ha sido muy rápido. Ayúdame a llevarla a la cama.

—No —susurró Kelsea—. No puedo dormir toda la noche. Quédate conmigo y no dejes que me caiga.

—Señora...

—Chis. —Kelsea estaba soñando; estaba despierta y soñando al mismo tiempo. Lily la había llamado, y Kelsea la había oído. Todo se había vuelto oscuro; la joven buscaba a tientas, buscaba el pasado. Tenía que encontrar a Lily y a William Tear. Podía evocar su imagen, ambos de pie delante de ella, mirándola con gesto bondadoso... Pero a su alrededor había una vorágine de violencia. Lily...

—Lily.

Oyó un susurro y se dio la vuelta, convencida de que era Greg. Pero no había nada, solo el primer sol de la mañana, que entraba a raudales por las ventanas del salón. Los silenciosos motores de los mecanismos internos de la casa murmuraban en las paredes. ¿Alguna vez le había parecido tan pequeña su casa? Los muebles que había comprado, la alfombra que había elegido... Todo tenía un aire falso; daba la sensación de que si lo apartaba vería marcas de tiza en el suelo, un escenario vacío.

Greg no estaba en la casa. El suelo de la cocina no le había aportado respuestas, solo una gran mancha de sangre seca. ¿Se habría levantado y habría llamado a una ambulancia? No había forma de saberlo. La mancha del suelo de la cocina tenía el aspecto denso y viscoso de la sangre menstrual, y eso le recordó que la noche anterior había olvidado tomarse la pastilla. Se dirigió al cuarto de los niños y dejó a Jonathan en la cocina. ¿Tenía que hacer algo ese día? Sí, comer con Michele y Sarah, pero podía cancelarlo. Si Seguridad iba a buscarla, era mejor que sucediera allí y no en el centro ni en el club. Lily no se engañaba pensando que aguantaría bien un interrogatorio, pero creía tener claros los parámetros. Tarde o temprano se derrumbaría; su trabajo consistía simplemente en no hacerlo antes del uno de septiembre. ¿Sería capaz? Cerró los ojos y trató de ver el mundo mejor, pero a quien encontró fue a William Tear, de pie entre las farolas de la calle.

El cuarto de los niños estaba orientado hacia el este, y por la mañana entraba mucha luz. Lily corrió hacia la baldosa suelta, consciente, de pronto, de que el sol se movía, y de que Greg, o Seguridad, podían aparecer en cualquier momento. Después de tomarse la pastilla, subiría al piso de arriba y se daría una ducha, se pondría un vestido elegante y se maquillaría un poco. Antes o después vendrían los agentes de Seguridad, y, cuando llegaran, su aspecto sería importante. Lily quería parecer tan respetable como fuera posible, una mujer que no podía salir de casa sola en plena noche y estar implicada en conspiraciones separatistas. Quería...

El hueco bajo la baldosa estaba vacío.

Lily, que se había puesto en cuclillas, se echó hacia atrás y se quedó contemplando el hueco, incrédula. El día anterior había diez cajas de pastillas allí dentro. Y también dinero en efectivo: más de dos mil dólares, su alijo para emergencias. Cuando entendió qué significaba aquel hueco vacío, se le contrajo el estómago. Las pastillas habían desaparecido.

—¿Has perdido algo?

Lily se asustó, dio un grito y estuvo a punto de caerse; se agarró al brazo del sofá mientras Greg aparecía por detrás de la puerta del cuarto de los niños. Tenía una costra de sangre seca en el lado izquierdo de la cabeza; la sangre le había enmarañado el pelo y había goteado por su cuello hasta mancharle el hombro de la camisa blanca. Sonreía.

—¿Dónde estabas, Lily?

—En ningún sitio —dijo ella en voz baja. Quería hablar más fuerte, imponerse, pero no tenía voz. Cuando Greg no estaba delante, a ella le parecía diminuto, pero en carne y hueso no lo era. En el cuarto de los niños, despejado y luminoso, se diría que medía tres metros.

—En ningún sitio —repitió Greg sin levantar la voz—. Por ahí, toda la noche, fuera del muro.

—Pues sí. Me han asaltado para robarme el coche, por si te interesa.

—Toda la noche fuera del muro —repitió Greg, y Lily se estremeció. Él tenía los ojos muy abiertos y vacíos, dos esferas oscuras donde no se reflejaba la luz—. Mi padre tenía razón, ¿sabes? Decía que todas las mujeres son unas hijas de puta, y yo le decía que no, que tú eras diferente. ¡Y mira!

Levantó una caja de pastillas, sujetándolas con el pulgar y el índice como si fueran un objeto contaminante. Y entonces sucedió algo completamente inesperado y maravilloso: al ver sus pastillas, el pánico de Lily se esfumó

rápida y silenciosamente. Se enderezó, inspiró hondo y ladeó la cabeza hasta que le crujió el cuello. Su marido se le acercó y ella tuvo que combatir el impulso de levantarse de un salto y arrancarle la cajita naranja de la mano.

—Y pensar en todas las burradas que he tenido que oír, en todas las bromas que he tenido que aguantar. ¿Te das cuenta de lo que he tenido que soportar por tu culpa? ¡El año pasado perdí la oportunidad de un ascenso por no tener hijos! Mi jefe me llama «Greg el sin puntería».

—No está mal.

Greg entrecerró los ojos.

—Ten mucho cuidado, Lily. Podría entregarte a Seguridad ahora mismo.

—Pues hazlo. Los prefiero a ellos antes que a ti.

—No. —Greg compuso una sonrisa espeluznante—. Me parece que prefiero que esto quede entre nosotros. ¿Dónde estabas?

—No es asunto tuyo.

Le pegó una bofetada, y Lily echó la cabeza hacia atrás, una flor colgada del tallo. Pero no se amilanó.

—Tienes que aprender a vigilar lo que dices, Lily. ¿Dónde estuviste anoche?

—Mamándosela a Arnie Welch.

No sabía de dónde habían salido aquellas palabras; fue lo primero que se le ocurrió. Pero entonces vio, atónita, que Greg entrecerraba los ojos hasta reducirlos a dos pequeñas rendijas y que palidecía.

«¡Se lo ha creído!»

Lily estuvo a punto de soltar una carcajada. De pronto se imaginó arrodillada delante de Arnie Welch, del pobre Arnie, que era más tonto que un zapato, y se echó a reír. Casi no sintió nada cuando Greg la agarró por el pelo («Por qué no me habré callado», se reprochó) y la levantó para ponérsela a tiro. Ella rio un poco al ver la cara de su marido, las manchas rojas de sus pálidas mejillas, los labios estirados enseñando los dientes, hasta el vacío de sus ojos.

—¡Deja de reírte! —gritó él, y la roció de saliva, y eso hizo reír aún más a Lily.

—Es que das mucha risa. Y lo sabes.

Greg le dio un tortazo en la cabeza y ella salió despedida. Lily vio un muro de luz deslumbrante ante sí, y entonces atravesó la cristalera de la terraza, haciendo añicos las dos hojas de la puerta. Notó un millón de pinchazos por

los brazos y la cara. Ya fuera, giró varias veces sobre sí misma, y entonces perdió el equilibrio y bajó rodando los tres escalones, y fue a parar sobre el césped del jardín.

—¿Te sigo dando risa, Lily? —preguntó Greg, y bajó por los escalones. Lily tenía numerosos cortes en los brazos, le dolía la cabeza, y le pareció que se había torcido un tobillo. Greg le propinó una patada en las costillas, y ella dio un gemido y se acurrucó para protegerse los costados. Al darse la vuelta vio algo que la espantó: Greg tenía la bragueta de los pantalones abultada. Hacía más de treinta y seis horas que Lily no se tomaba la pastilla, y la otra Lily, la prudente, se había leído de pe a pa el prospecto que iba dentro de la cajita naranja. Estaba clarísimo: si Greg la violaba ahora, podía quedarse embarazada.

Se dio la vuelta y, sacudiendo las dos piernas a la vez, golpeó a Greg en los pies. Sintió un intenso dolor en el tobillo, pero consiguió lo que quería: Greg cayó al suelo y en su rostro se dibujó una expresión de sorpresa que resultaba casi cómica. Lily intentó levantarse, pero se había hecho daño en las costillas, o algo peor, y el brazo izquierdo no le obedecía. No consiguió ponerse de pie. Apoyándose en el lado derecho del cuerpo, empezó a arrastrarse por el césped hacia la puerta de la cocina. En medio de la isla de la cocina había un bloque de madera pulida que contenía más de una docena de cuchillos. Se imaginó la hoja del cuchillo de carnicero, lisa y brillante, y su peso en las manos; casi se mareó de la agitación y empezó a jadear mientras se arrastraba por el suelo. Estiraba el brazo derecho hasta donde se lo permitía la articulación del hombro, y luego tiraba del resto del cuerpo. Pero estaba empezando a dolerle el brazo. Lily nunca había sido tan consciente de su debilidad física; se acordó de Dorian haciendo flexiones a pesar de los puntos, y envidió la fuerza de los músculos de sus brazos. Comprendió que iba a tener que dar lo mejor de sí.

Una mano la agarró por el tobillo lastimado y la hizo gritar de dolor. Lily torció la cabeza y vio que Greg se había golpeado contra algo al caer, porque tenía sangre fresca en la barbilla. Pero él seguía sonriendo a pesar de que babeaba sangre. Greg le apretó el tobillo; Lily volvió a gritar: notó que algo se le aplastaba en la articulación, aunque no supo si era músculo o hueso. Y no importaba, porque estaba todo mezclado en una intensa implosión de dolor. Intentó darle una patada a Greg en la cara, pero desde el suelo no podía darse impulso. Consiguió liberar el pie de la mano que se lo apretaba y se acercó más a la puerta de la cocina, pensando únicamente en el agradable tacto del

mango del cuchillo de carnicero, en su peso y su solidez... suponiendo que lograra llegar hasta él. Pero solo consiguió avanzar unos palmos más: Greg volvió a agarrarla, esta vez por la pantorrilla, y le hincó los dedos con fuerza.

—¿Adónde vas, Lily? ¿Adónde coño te crees que vas?

Hablaba con voz pastosa, como si tuviera la boca llena. Lily pensó que a lo mejor se había roto algún diente. Intentó avanzar un poco más, pero él deslizó una mano por debajo de su cadera y le dio la vuelta, casi sin esfuerzo, como si Lily fuera una tortita, y se montó encima de ella. Le metió una mano entre las piernas y apretó. Lily gritó, pero la camisa de Greg ahogó sus chillidos. Tomó aire a grandes bocanadas, y la boca se le llenó del olor a sándalo de la colonia de su marido. Le dio una arcada. Y de pronto Greg murmuró algo increíble:

—Dime que me quieres, Lily.

Greg había conseguido sujetarle ambas muñecas por encima de la cabeza con una mano. Ella carraspeó y le escupió en la cara; al menos tuvo la satisfacción de ver cómo él retrocedía.

—Te odio —dijo con rabia—. Te odio, hijo de puta.

Greg le pegó un puñetazo en la cara. No le dio en la nariz, que todavía no se le había curado, pero aun así Lily notó una punzada de advertencia en el puente. Greg le desabrochó los vaqueros, y Lily forcejeó con ímpetu, gritando, furiosa, sin poder zafarse de los anchos hombros y los gruesos brazos de su marido, que la inmovilizaban.

—¡Suéltala ahora mismo!

Greg se quedó inmóvil. Lily miró por encima de su hombro y vio a Jonathan con los ojos fuera de las órbitas, colérico, apuntando a Greg en la nuca con una pistola.

—Levántate, capullo.

Greg la soltó y se puso de rodillas, y Lily se apartó arrastrándose y jadeando con voz ronca. Empezaba a notar una fuerte presión en el borde de un pómulo, los comienzos de un ojo morado. Se abrochó los vaqueros como pudo.

—¿Qué haces, Johnny? —preguntó Greg mirando a Jonathan y pestañeando como si tratara de ubicarlo. Lily intentó levantarse, pero descubrió que el tobillo no soportaba su peso. Levantó el pie y, tambaleándose, fue andando a la pata coja.

—¿Se encuentra bien, señora Mayhew? —preguntó Jonathan sin dejar de mirar a Greg.

—Sí. Pero creo que me he roto el tobillo.

—No sé qué crees que has visto —dijo Greg—, pero los conflictos conyugales se resuelven entre marido y mujer, Johnny. Es lo que dice la ley.

—La ley —repitió Jonathan, e hizo una mueca parecida a una sonrisa.

—¿Por qué no entras en casa y nos olvidamos de lo que ha pasado? Ni siquiera presentaré un informe.

—Ah, ¿no? ¿No presentará un informe? —Las palabras de Jonathan empezaban a dilatarse, y el acento nasal sureño asomó entre cada consonante cuidadosamente pronunciada. Lily se acordó de que Dorian lo había llamado «Carolina del Sur», aquella madrugada que ya parecía tan lejana en el tiempo. Se quedó mirando, petrificada, el cañón de la pistola contra la nuca de Greg.

—Venga, Johnny. Tú ya me conoces.

Jonathan sonrió abiertamente mostrando su blanca dentadura.

—Sí, ya lo creo, señor Mayhew. Donde yo vivía también había tipos como usted. Una vez tres se llevaron a mi hermana a dar un paseo en coche. —Se volvió hacia Lily y añadió —: Entre, señora Mayhew.

—No.

—No tiene por qué ver esto.

—Claro que sí.

—Johnny, guarda esa pistola. Recuerda para quién trabajas.

Jonathan se echó a reír, pero era una risa vacía, y le centelleaban los ojos.

—Lo tengo muy presente. Y le voy a revelar un secreto, Mayhew. El hombre para quien trabajo no se lo pensaría dos veces.

Le descerrajó un tiro en la nuca.

Lily no pudo evitar soltar un grito cuando el cuerpo de Greg cayó hacia delante, a sus pies. Jonathan se inclinó, le puso la pistola en la sien a Greg y volvió a disparar. El fuerte ruido resonó en la tapia del jardín. «Ahora vendrá Seguridad —pensó Lily—, tanto si ya han encontrado el Mercedes como si no.»

Jonathan limpió el cañón de la pistola en sus pantalones oscuros y se la guardó. Greg, a los pies de Lily, tenía la mitad de la cabeza destrozada, y la sangre chorreaba sobre el césped brillante e impecable. Lily miró hacia abajo y vio que estaba manchada de sangre, pero era casi toda suya, de los cortes que tenía en los brazos.

—Tiene que verla un médico —le dijo Jonathan.

—Ahora tengo otros problemas —replicó Lily; alargó una mano y lo cogió

por el hombro—. Gracias. —No era suficiente, pero no se le ocurrió nada mejor que decir, y entonces oyó la primera sirena, todavía lejana, en el centro. Alguien debía de haber llamado a Seguridad cuando Lily había atravesado la cristalera—. Ya vienen. Tienes que irte.

—No —dijo Jonathan con resignación—. Nosotros asumimos nuestra responsabilidad.

—¡No puedes quedarte aquí!

—Claro que sí.

—Jonathan. No te van a escuchar. Aunque yo se lo contara todo, no te escucharían. Te matarán.

—Seguramente. Pero tenía que hacerlo.

Lily asintió mientras intentaba pensar. Pese a hallarse en la más extraña de las situaciones, en su mente seguía apareciendo el mundo mejor; ese concepto ocupaba su mente por completo y no dejaba espacio para ninguna otra consideración. Entonces comprendió que lo que la mantenía firme era aquel río con sus profundas aguas azules. En Boston había fracasado, pero ahora se le presentaba otra oportunidad.

—Dame la pistola.

—¿Cómo dice?

—Dame la pistola y lárgate de aquí.

Jonathan negó con la cabeza.

—Escúchame. De todas formas, tarde o temprano vendrán a por mí. Yo puedo contarles lo mismo y tengo más pruebas. Mírame, estoy hecha un desastre.

—No servirá de nada, señora Mayhew; Seguridad es una organización de Frewell de principio a fin. Le verán la cara y los brazos, se creerán cada palabra que les diga, y aun así la declararán culpable.

—Él no me deja ir, Jonathan. No me deja embarcarme. Se lo pregunté y me dijo que no.

—Lo siento.

—Pero tú tienes que irte. —Lily miró el cadáver de Greg y deseó ser tan valerosa como los demás; pero sabía que no lo era, y necesitaba que Jonathan se marchara inmediatamente, antes de que ella perdiera el valor—. Cuidamos los unos de los otros, ¿no? Tú has hecho esto por mí. Ahora yo quiero que te vayas.

—A las mujeres que matan a sus maridos las ejecutan.

—Yo ya estoy muerta —dijo Lily; era un palo de ciego—. El uno de septiembre, ¿no?

Jonathan tragó saliva.

—¿No es eso lo que va a pasar?

—Señora Mayhew...

Lily estiró un brazo y agarró la pistola por el cañón. Jonathan se resistió un momento, pero entonces la dejó resbalar de sus dedos. Las sirenas ya se oían más cerca; habían salido del centro y habían entrado en el tranquilo laberinto de calles donde Lily había pasado toda su vida adulta.

—Vete. Piensa en él, no en mí. Ayúdalo.

El oscuro rostro de Jonathan había palidecido.

—Comprobarán si tiene pólvora en las manos. Dispare al suelo.

—Lo haré. Vete ya.

Jonathan titubeó un momento; entonces fue hasta la tapia y trepó por ella, casi por el mismo sitio donde había caído Dorian. Pese a la gravedad de la situación, pese al terror que la atenazaba, a Lily le gustó esa simetría; sintió que el círculo se cerraba, que había completado el viaje de la mujer que había fingido ser a la mujer que era en realidad. En lo alto de la tapia, Jonathan se volvió y miró por última vez a Lily, como si todavía se resistiera a marcharse; pero ella le hizo una señal con la pistola, aliviada cuando él saltó por fin, sin hacer ruido, al jardín de los Williams y se perdió de vista.

Lily plantó los pies firmemente y apuntó al suelo unos metros más allá. Sabía que las pistolas retrocedían, y aun así la fuerza del disparo la sorprendió y cayó hacia atrás. El disparo resonó por el jardín y, cuando se apagó, Lily oyó el chirrido de unos neumáticos. Ya habían entrado en su calle.

«He matado a mi marido. Me estaba pegando y le he disparado.»

«¿De dónde ha sacado la pistola?»

«Se la quité a Jonathan la última vez que me llevó al centro. El martes.»

«Miente. Él se habría dado cuenta de que no la tenía.»

«Cierto.» Lily volvió a intentarlo. «¿Y si les digo que es la pistola de Greg?»

«La pistola lleva etiqueta. En cuanto la escaneen sabrán que era de Jonathan.»

No se le ocurría ninguna respuesta. Jonathan tenía razón: la historia era demasiado endeble, independientemente de quién la contara. Greg había muerto por los dos disparos de la pistola de Jonathan. La noche anterior Lily

había salido del muro sola y había regresado con Jonathan. Seguridad pensaría que lo había matado Jonathan, o que lo habían hecho los dos juntos. Nadie tendría en cuenta su ojo morado ni los cortes que tenía en los brazos y la cara. Todo había terminado; era una mujer que había matado a su marido. Pensó en las ejecuciones que Greg solía ver en la pantalla gigante del salón: hombres y mujeres que palidecían cuando el veneno se introducía en sus venas y los asfixiaba con los fluidos de sus propios pulmones. Sus jadeos agónicos parecían eternizarse, hasta que por fin sucumbían, y Greg se reía de Lily cuando ella intentaba taparse los oídos. Morían con los ojos suplicantes, muy abiertos, como peces en el suelo de una barca.

Soltó la pistola y cerró los ojos. Cuando Seguridad irrumpió en el jardín, ella se encontraba en la cima de una alta montaña, rodeada de kilómetros de cereal, mirando fijamente el río de aguas profundas y azules que discurría como una cinta por la llanura. No les oyó cuando le hablaron; no entendió sus preguntas. Estaba cautivada por el mundo que la rodeaba, el mundo de Tear, su creación; por el paisaje y sus sonidos; por el olor a tierra recién removida y el intenso olor a sal, que le hizo recordar las excursiones que hacía de niña a la costa de Maine. No notó que le sujetaban los brazos detrás de la espalda y se la llevaban hacia la puerta de la casa. No sintió nada, ni siquiera cuando la metieron de un empujón en la trasera del camión.

Por primera vez, Kelsea abrió los ojos y vio que no estaba en la biblioteca, sino en la sala de armas.

—Ya está, Señora.

Parpadeó y vio a Pen a un lado y a Elston al otro.

—¿Qué hago aquí?

—Habéis estado deambulando por todo el Pabellón Real y al final habéis entrado aquí.

—¿Qué hora es?

—Casi medianoche.

Habían transcurrido menos de dos horas. Ahora la vida de Lily iba más deprisa. Kelsea parpadeó y vio, como a través de un fino velo, la caja oscura del camión de Seguridad y las paredes blindadas del interior. Volvía a ser de noche; los destellos de las farolas de la calle se colaban intermitentemente por unas pequeñas rendijas que había casi a la altura del techo, y pasaban deprisa

por sus manos y sus piernas antes de desaparecer. Lily estaba allí mismo, no a siglos de distancia, no más allá de las fronteras de la inconsciencia como había estado en otra ocasión, sino allí mismo, en la mente de Kelsea. Si quería, Kelsea podía alargar una mano y tocarla, hacer que Lily se rascara un brazo o cerrara los ojos. Estaban unidas.

—Una simple travesía —dijo Kelsea en voz baja al tiempo que agarraba sus zafiros. ¿Quién había dicho eso? Ya no se acordaba—. Una simple travesía.

—¿Señora?

—Voy a volver, Pen.

—Volver ¿adónde? —preguntó Elston, enojado—. Tarde o temprano tendréis que dormir, Señora.

—Creo que ha vuelto a irse —dijo Pen, pero su voz le llegó ya como si estuviera muy lejos. Kelsea recordó vagamente algo que sabía que tenía que hacer, algo relacionado con la Reina Roja. Pero ahora Lily tenía prioridad. La asaltó otra imagen: sacaban a Lily del camión y la bajaban por una larga escalera; una intensa luz de fluorescentes la deslumbraba. Kelsea tuvo una arcada, y recordó que Lily había atravesado la puerta del jardín de cabeza. Quizá tuviera una conmoción.

—Tú quédate, Pen. No dejes que me caiga.

—Vete, El.

—Voy a buscar al capitán —musitó Elston—. Joder, qué mal ha acabado saliendo todo.

Esas últimas palabras las dijo en voz baja, como si confiara en que Kelsea no las oyera. Pero si ella hubiera podido hablar, le habría dado la razón. Todo había salido mal, pero ¿en qué momento se habían torcido las cosas? ¿En qué momento se habían derrumbado todas sus buenas intenciones? Lily tropezó por la escalera, y Kelsea dio una sacudida hacia delante. Intentó sujetarse a un estante, vio que no había ninguno y se cayó.

—¡Levántate, coño!

—¿Señora?

—¡Levántate, coño!

Lily se apoyó en la pared y se puso en pie.

Aquellos tipos no eran como los educados guardias del control de

Seguridad de Nueva Canaán. La rodeaban cuatro hombres; tres de ellos llevaban unos pequeños objetos ovalados, una especie de porra eléctrica, y el cuarto iba armado de una pistola.

Lily necesitaba que la viera un médico. Los cortes que se había hecho en los brazos no era muy profundos y ya estaban empezando a cicatrizar. Pero al atravesar la cristalera se había hecho un gran tajo en el cuero cabelludo que seguía sangrándole, y la sangre le manchaba el pelo por el lado derecho de la cabeza. De vez en cuando le daban náuseas; la última vez habían sido tan fuertes que casi se había derrumbado. Pero las combatió enérgicamente, porque aquellas pistolas táser no parecían de juguete. De niña, una vez había metido un dedo en un portalámparas al que le faltaba la bombilla, y jamás olvidaría el breve pero fortísimo dolor que había sentido en la mano. No parecía que aquellos cuatro tipos que la rodeaban fueran a pensárselo mucho antes de darle una descarga.

La habían retenido en la comisaría de Nueva Canaán hasta primera hora de la tarde, en una celda sucia y oscura, en condiciones mucho peores que las que Lily hubiera podido imaginar. Estaba sola en la celda, estaba sucia por el desuso, y no por el uso excesivo. Lo más probable era que en la comisaría de Nueva Canaán nunca encerraran a prisioneros, porque allí no había pequeños delincuentes. Lily pasó varias horas en la celda, pero no vio ni una sola cucaracha. Llevaba más de treinta horas sin dormir y estaba extenuada. También tenía hambre, pero el hambre pronto empezó a desaparecer ante la sed, más acuciante. No sabía si en la comisaría le habrían dado agua si la hubiera pedido, pero se le había olvidado preguntarlo. Ahora tenía la garganta como si se la hubieran frotado con papel de lija.

Cuando había empezado a ponerse el sol, la habían sacado de la celda y la habían subido a otro camión. Lily no sabía cuánto había durado el trayecto, solo que se hizo de noche mucho antes de que se detuvieran, y cuando la sacaron del camión se encontró en un páramo de asfalto e intensas luces fluorescentes. El mundo mejor nunca había parecido tan lejano como en ese momento: Lily, atarida tras el largo viaje con solo unos vaqueros y una camiseta, cegada por aquella luz intensa y por la sangre que le goteaba lentamente desde la herida de la cabeza. Intentó recordar por qué estaba allí, pero en ese momento William Tear y su gente parecían estar infinitamente lejos. Fue retrocediendo mentalmente y se dio cuenta de que todavía era treinta de agosto, de que todavía faltaban dos días para el uno de septiembre. «Faltan

dos días para el carnaval», había dicho Parker, pero Tear jamás admitiría a un ser como Parker en su mundo mejor. Entonces ¿qué era el carnaval?

«Y ¿qué más da eso ahora?»

Pero por muchas veces que Lily se hubiera hecho esa pregunta durante el interminable trayecto en el camión, seguía sin estar segura. Los carnavales eran exceso y abandono, hacer lo que tú quisieras. Lily no tenía una empatía extraordinaria, pero solo tardó unos minutos en entrar en la mente de Parker, evocar una imagen y desplegarla ante sí como un mural. El carnaval de Parker sería como cualquier otro: exceso y abandono en el ámbito ilimitado del mundo monstruoso y atormentado donde vivían todos, un mundo de muros que separaban a los privilegiados de los necesitados. Y los necesitados estaban furiosos. La mente de Lily iba creando imágenes más aprisa de lo que ella podía ahuyentarlas, y cuando llegaron al complejo de Seguridad había visto el fin del mundo, una bacanal de rabia y venganza. Ahora el regocijo de Parker era fácil de entender; tal vez fuera demasiado ruin para entrar en el mundo mejor, pero Tear tenía pensado dejarlo suelto en este mundo el uno de septiembre.

«Tengo que decírselo a Seguridad —pensó Lily—. Tengo que avisar a alguien.»

Pero era imposible. Aunque alguien la creyera, no había forma de hablarles de Parker sin hablarles también de Tear. De todas formas iban a interrogarla sobre Tear, evidentemente, y pese a lo que él había dicho, Lily sospechaba que no aguantaría mucho cuando la interrogaran.

«No puedo contarles nada.» Lily se preparó para otra oleada de náuseas. «Tengo que quedarme callada hasta el uno de septiembre. Esta es mi misión. De momento es lo único que puedo hacer por ellos».

Un guardia abrió una puerta metálica negra y se apartó.

—Buscadle una habitación vacía.

Se llevaron a Lily por un pasillo oscuro y estrecho, con muchas puertas. De pronto la joven tuvo un *déjà vu*, tan fuerte que sacudió su mente como una ola, tapándolo todo. Había estado allí antes. Estaba segura.

La metieron en una habitación pequeña con una lámpara fluorescente que apenas proporcionaba suficiente luz, tenue y amarillenta, para alumbrar una mesa de acero y dos sillas atornilladas al suelo. El tipo de la pistola ató a Lily a la silla con unas esposas, y entonces salieron todos y ella se quedó sola, con la vista clavada en la pared. Cerraron la puerta.

Greg estaba muerto. Lily se agarró firmemente a esa idea, porque, a pesar de que estaba en un apuro, le proporcionaba consuelo. Pasara lo que pasase a partir de ahora, no se lo haría Greg. Greg no volvería a hacerle nada. Se durmió y soñó que estaba en el jardín tratando de alcanzar la puerta de la cocina. Detrás de ella había algo terrible, y Lily sabía que si conseguía llegar a la puerta encontraría alivio. Buscaba el picaporte, y entonces una mano la agarraba por el tobillo y la hacía gritar. El jardín desaparecía y ella volvía a hallarse en aquel largo pasillo con puertas a ambos lados, trastabillando, desorientada. Había una luz tenue y anaranjada, y no era fluorescente, sino de antorchas, y Greg ya no importaba, Greg no era nada, porque ella tenía en las manos un gran destino, el destino de un país, el destino de...

—El Tearling —musitó, y despertó con una sacudida. El sueño se disolvió y la dejó con la incongruente imagen de una antorcha grabada en las retinas. Alguien acababa de echarle agua por encima. Estaba empapada.

—Bueno, ya está.

Sintió como si el respaldo de la silla le hubiera clavado unas garras en la espalda, y gimió al enderezarse. Le pareció que había dormido varias horas. Tal vez fuera de día, pero no tenía forma de saberlo en aquella habitación diminuta.

Enfrente tenía sentado a un hombre flaco como una brizna de hierba, con las facciones afiladas y unos ojos oscuros bajo unas cejas negras, arqueadas y pulcramente delineadas. Tenía las piernas cruzadas y las manos entrelazadas sobre una rodilla. Su remilgada postura encajaba, de alguna forma, con el resto de la habitación.

Con el uniforme oscuro de Seguridad, el hombre parecía un burócrata con más de una costumbre secreta y sórdida. Había encendido una pantalla empotrada en la mesa, y Lily vio su propia cara, del revés, mirándola desde la superficie de acero.

—Lily Mayhew, de soltera Freeman. Ha tenido un día movidito.

Ella se quedó mirándolo con gesto de desconcierto, aunque volvía a tener la impresión de que nada iba a ser de utilidad. No podía fingir.

—¿Dónde estamos?

—Eso no le importa —respondió el burócrata con amabilidad—. Lo único que le importa es cómo salir de aquí, ¿me equivoco?

—No entiendo.

—Yo creo que sí lo entiende, señora Mayhew. Una de las cualidades que

me ayudó a conseguir mi puesto actual es un gran talento para detectar a los miembros del Horizonte Azul. Usted tiene la misma mirada que todos ellos, algo alrededor de los ojos... Es como si hubieran visto a Jesucristo en persona y hubieran vuelto para contárnoslo a todos. ¿Usted ha visto a Jesucristo, señora Mayhew?

Lily dijo que no con la cabeza.

—Entonces ¿qué ha visto?

—No sé de qué me habla —replicó Lily, tenaz—. Creía que estaba aquí por lo de mi marido.

—Sí, desde luego. Pero la seguridad nacional está por encima de los crímenes pasionales, y yo soy muy laxo con esos asuntos. En realidad podría decantarme por una cosa o por la otra. Por una parte tenemos a Lily Mayhew, la esposa brutalmente agredida cuya vida peligraba, y que actuó en defensa propia. Y por otra tenemos a Lily Mayhew, la hija de puta infiel que se follaba a su guardaespaldas negro, separatista para más inri, y que luego lo convenció para que la ayudara a matar a su marido.

Se inclinó hacia delante sin dejar de sonreír.

—Laxitud, ¿me entiende, señora Mayhew? Podría aplicarla a una versión o a la otra.

Lily se quedó mirándolo fijamente sin poder contestar. Estaba alucinada.

«¿Que me follaba a Jonathan? ¿Ha dicho eso?»

—Veamos, a mí no me interesa su marido. Es más, yo también lo consideraba un gilipollas. En cambio, me interesa muchísimo, hasta podríamos decir que me obsesiona, saber qué hacía usted en el puerto de Boston en la madrugada de ayer.

—No estuve allí —mintió Lily. Tenía mucosidad en la garganta, y tosió para expulsarla—. Fui en esa dirección, pero me asaltaron para robarme el coche en la autopista 84, justo en la frontera del estado de Massachusetts.

El burócrata sonrió más abiertamente y sacudió la cabeza.

—¿Qué tragedia! Siga.

—Llamé a mi guardaespaldas para que viniera a buscarme y él me llevó a casa.

—¿En serio? —El hombre movió los dedos sobre el tablero de acero de la mesa, y al cabo de un momento Lily oyó que su propia voz salía por unos altavoces que tenía a su izquierda.

—¿Jonathan?

—¿Dónde está, señora Mayhew? —Las interferencias habían desaparecido por completo de la llamada, y la voz de Jonathan se oía con toda claridad.

—¿Señora Mayhew?

—Voy camino de Boston.

—¿Boston? ¿Qué hay en Boston?

—¡El almacén! ¡El puerto! Están en peligro, Jonathan. Greg ha invitado a Arnie Welch a cenar y...

—¿Señora Mayhew? No la oigo. ¡No venga a Boston!

—¿Jonathan?

La llamada se cortó.

—Su implante nos ofrece una versión mucho mejor, señora Mayhew. Anoche usted fue a Boston, a la terminal Conley, y pasó allí casi toda la noche.

—El hombrecillo pulcro que Lily tenía delante volvió a sonreír, y ella se fijó en que tenía una dentadura perfecta, de dientes blancos y regulares, demasiado perfectos para no ser implantes—. Solo hay dos formas de terminar con esto. Puede contarme lo que sabe, en cuyo caso estaré tentado, aunque no le prometo nada, de presentarla como Lily Mayhew, la esposa agredida y receptiva. Es un crimen terrible, pero hay maneras de darle la vuelta a eso, aunque su marido sea Greg Mayhew, enlace del Ministerio de Defensa y ciudadano ejemplar. Yo no soy Dios, así que seguramente tendrá que cumplir un par de años de condena, pero serán llevaderos, y, cuando salga, el dinero de su marido, su bonita casa de Nueva Canaán, sus tres coches y todo lo demás estarán esperándola. Podrá empezar una nueva vida.

Lily se acordó de Cath Alcott, que una noche se había metido en su coche con sus tres hijos y había desaparecido. No sabía si Cath tenía dinero; eso lo cambiaba todo, el dinero. Marcaba la diferencia entre esfumarse sin dejar rastro y morir en algún lugar oscuro sin que nadie se enterara. Entonces pensó en el grupo de gente que había visto apiñada alrededor de la hoguera junto a la autopista 84... Y la voz del interrogador volvió a sobresaltarla.

—Si no dice nada, nosotros nos ocupamos de hacerla hablar, y nos lo cuenta de todos modos. No se moleste en pensar que podrá permanecer callada. No ha habido ni un solo miembro de su grupito con quien yo no haya podido. Pero si me hace perder mi valioso tiempo y retrasa mi investigación, le garantizo que será usted Lily Mayhew, la zorra infiel que le disparó a su marido, y que cuando haya terminado con usted morirá con una inyección.

Lily guardó silencio durante ese discurso, aunque las palabras del

interrogador hicieron que se le retorcieran las tripas y se le formaran unos nudos gruesos y duros. Ella nunca había soportado bien el dolor. Odiaba ir al dentista aunque solo fuera para hacerse una limpieza. Una vez al año se obligaba a ir a Manhattan y dejaba que la doctora Anna hurgara entre sus piernas con aquel espéculo horrible. Pero pensar en la doctora Anna también la serenó, porque le recordó que William Tear no era el único a quien podía perjudicar si abría la boca.

—Voy a darle media hora para que se lo piense —dijo el interrogador, y se levantó de la mesa—. Entretanto, seguro que tiene hambre y sed.

Lily asintió, abatida. Tenía tanta sed que notaba cada uno de sus dientes palpitando en los resecos alveolos. El hombre salió de la habitación, y ella se inclinó y apoyó la cabeza en la mesa. Inmediatamente notó que le brotaban las lágrimas. Buscó el mundo mejor, pero no encontró nada; no conseguía tocarlo como había hecho tantas veces ya. El mundo mejor había desaparecido y, sin él, Lily no duraría mucho.

«¿Tan débil soy?» Pensó que la respuesta debía de ser afirmativa. Siempre había habido algo muy endeble en su interior. Greg debía de haberlo percibido; de hecho, ahora Lily se daba cuenta de que seguramente él la había entendido mejor que nadie. Su coraje solo aparecía cuando la situación no implicaba mucho riesgo. A la hora de la verdad, se hundía. Pensó en cómo sería vivir sola en aquella casa enorme, tener todo aquel espacio para ella sola, hacer lo que se le antojara, sin la sombra de Greg acechando en cada rincón. Sería fabuloso.

«Chorradas —susurró Maddy—. No te van a soltar. Aunque lo hicieran, ¿de verdad crees que dejarían que una mujer sola se quedara con todo ese dinero e hiciera lo que le diera la gana? ¿En Nueva Canaán? ¿O en otra ciudad?»

Lily esbozó una sonrisa. Maddy tenía razón: era una quimera. Aquel hombrecillo la había mirado y había visto qué era lo que ella más deseaba: la libertad, la posibilidad de vivir su propia vida; y entonces se la había mostrado y la había agitado ante sus ojos como si fuera un juguete barato. Lily Mayhew, de soltera Freeman, había sido débil toda su vida, pero nunca había sido imbécil.

—No me hundiré —dijo en voz baja, con la cara enterrada en los brazos y con las mejillas húmedas de lágrimas—. Por favor, aunque solo sea esta vez, no dejes que me hunda.

La puerta produjo un ruido metálico al abrirse, y por ella entró un tipo

enorme con el pelo cortado a cepillo que llevaba una bandeja en las manos. Lily se incorporó, entusiasmada, y se odió a sí misma, pero estaba demasiado hambrienta y sedienta para declararse en huelga de hambre. Se bebió el agua de un trago y a continuación atacó la carne, un pedazo de cartílago frío y blancuzco, difícil de identificar, que no sabía absolutamente a nada. La comida solo consiguió despertarle aún más el apetito, pero ya se la había terminado. Apartó la bandeja hacia un lado y contempló las paredes de cemento gris. El interrogador le había dicho que se lo pensara, pero ella solo podía pensar en Tear, Dorian y Jonathan. ¿Dónde debían de estar?

«Con los barcos —le respondió una vocecilla—. Donde estén los barcos estarán ellos.»

Estaba convencida de que era verdad. Tear dejaría suelto a Parker; y entonces Lily entendió cuál era el papel de Parker en aquella función: era una distracción, una cortina de humo para despistar a Seguridad. Mientras Parker estuviera causando estragos, Tear y los suyos se embarcarían y se marcharían.

«Se marcharán ¿adónde? ¡No hay ningún sitio adonde ir! ¿Acaso crees que navegarán hasta los confines de la tierra e irán a parar directamente al paraíso?»

Sí, eso era precisamente lo que pensaba. Era una imagen inquietantemente convincente: toda una flotilla de barcos navegando hacia un horizonte desconocido donde empezaba a salir el sol. Esa visión no parecía producto de la imaginación de Lily; era, más bien, como si alguien estuviera soñándola dentro de su cabeza. ¿Sabía alguno de ellos qué había al otro lado de ese horizonte? No, Lily estaba convencida de que no tenían ni idea. Seguramente acabarían hundiéndose en medio del océano. ¿Seguro que quería enfrentarse a todo aquello con lo que el interrogador la había amenazado, y solo por un espejismo?

Tear. Dorian. Jonathan.

Volvió a abrirse la puerta. Había regresado el burócrata y se cernía sobre ella, sonriendo de oreja a oreja, con las manos detrás de la espalda.

—Bueno, Lily, ¿qué has decidido?

Ella levantó la cabeza y lo miró. Tenía la frente cubierta de sudor y las tripas hechas un nudo, pero sus palabras sonaron fuertes y claras, como si no fueran suyas, y de pronto sintió como si hubiera otra mujer dentro de ella, alguien que intentaba sostenerla, ayudarla a soportarlo.

—Al cuerno. Vamos allá.

1 de septiembre

FAUSTO: Vamos, creo que el infierno es una fábula.

MEFISTÓFELES: Sigue pensándolo hasta que la experiencia te haga cambiar de idea.

La trágica historia del doctor Fausto,
CHRISTOPHER MARLOWE
(Período pre-Travesía)

Esa vez, cuando Kelsea volvió en sí, Maza estaba con ella. La agarraba con ambos brazos por la cintura, tirando de ella hacia atrás, y Kelsea se dio cuenta de que tenía intención de dirigirse hacia la gran puerta de doble hoja del fondo de la sala de audiencias.

—¿Iba a algún sitio?

—Eso solo Dios lo sabe, Señora.

«Sí, iba a algún sitio. Pero ¿adónde?»

Entonces vio la respuesta: el rostro de su madre, hermoso y reconcentrado. Maza la soltó, y ella señaló la puerta.

—Vamos, Lazarus. Hemos de bajar a la galería de los retratos.

—¿Ahora?

—Ahora. Solo tú y yo.

Pen se puso tenso, pero Maza le hizo una señal y el joven se dirigió hacia el pasillo. Ahora Kelsea no podía ocuparse de los sentimientos de Pen; miró la hora y vio que era más de la una de la madrugada. Se le agotaba el tiempo.

Como por un acuerdo tácito, esa vez no fueron por el túnel de Maza. Kelsea salió por la puerta, recorrió el largo pasillo del Pabellón Real y entró en la Ciudadela propiamente dicha. Hacía mucho que ya no quedaban habitaciones vacías, y ahora había gente incluso en los pasillos, y la mayoría estaban

completamente despiertos. El hedor a cuerpos que llevaban mucho tiempo sin lavarse era espantoso. Al pasar Kelsea, todos se inclinaban, murmuraban, alargaban la mano para rozarle el bajo del vestido, y ella reconocía esas muestras de respeto saludando con la cabeza, sin entretenerse, protegida por la certeza de que, si alguien intentaba hacerle daño, podía matarlo en un instante. Una anciana bendijo a Kelsea cuando esta pasó a su lado, y la joven vio un rosario antiguo enroscado en los dedos como garras de la mujer. El Santo Padre pondría el grito en el cielo si llegaba a saber que todavía circulaba uno de aquellos objetos; en el Arvath no querían que los pecadores pudieran rezar por su cuenta. Kelsea se fijó en la catarata lechosa que la mujer tenía en un ojo, estiró un brazo y le estrechó la mano brevemente antes de seguir su camino. La mujer tenía la piel reseca, de un tacto parecido al de las escamas, y Kelsea se alegró de soltarla.

—Que el Gran Dios os proteja y os conserve, Majestad —dijo la mujer con voz cascada, y Kelsea notó que se le revolvían las tripas. ¿Acaso no sabían todos que ese día iba a morir? ¿Cómo podía ser que no lo supieran? Apretó el paso, decidida a llegar a la galería de los retratos antes de que Lily volviera a apoderarse de ella. Percibía el anhelo de Lily, su dolor; aquella joven se le colaba en la mente y trataba de llevársela otra vez. Hubo un instante en que se lo reprochó y se preguntó por qué Lily no cargaba a otro con sus problemas.

—¿Sabemos algo del padre Tyler? —le preguntó a Maza.

—No. Lo único que he podido averiguar es que él y otro sacerdote desaparecieron del Arvath hace varios días, y que el Santo Padre está furioso. Ha ofrecido mil libras a quien lo encuentre, y lo quiere vivo.

Kelsea se detuvo un momento y se apoyó en la pared.

—Si le hace daño al padre Tyler, lo mataré, Lazarus.

—No será necesario, Señora. Lo mataré yo.

—Creía que no te gustaban los sacerdotes.

—¿Por qué estoy aquí, Señora? Ya no necesitáis protección. Podría dejaros en medio del Sequedal y seguramente saldríais indemne. Esta gente no entraña ningún peligro para vos. ¿Por qué queréis que os acompañe?

—Contigo fue con quien inicié mi andadura. —Doblaron una esquina y bajaron por una escalera, más pequeña que la principal y circular, mientras que la principal era rectangular. La gente se apiñaba al principio y al final, pero se apartaron al ver acercarse a Kelsea.

—La iniciasteis con todos nosotros.

—No. Aquella mañana, la del halcón, ¿te acuerdas? Entonces fue cuando supe que significaba ser reina, y estábamos solos tú y yo.

Maza le lanzó una mirada.

—¿Qué estáis planeando, Señora?

—¿Qué quieres decir?

—Os conozco. Estáis tramando algo.

Kelsea veló sus pensamientos y trató de que no se reflejaran en su semblante.

—Cuando salga el sol, voy a bajar al puente y me la voy a jugar.

—Las condiciones eran innegociables.

—No hay nada innegociable, Lazarus, porque yo tengo una cosa que ella quiere.

—Lo que quiere es esta ciudad con todo lo que hay dentro.

—Es cierto, quizá no funcione. Pero tengo que intentarlo. Solo me llevaré a cuatro guardias, incluidos Pen y tú. Elígeme a otros dos.

—Pen quizá no debería ir.

La joven paró en seco y se volvió hacia él. Ya estaban cerca del pie de la escalera, solo tenían que dar unas pocas vueltas más, y Kelsea bajó la voz para que no la oyeran quienes estaban abajo.

—¿Tienes algo que objetar, Lazarus?

—Vamos, Señora. Un hombre perdidamente enamorado no es un buen guardia personal.

—Pen no está perdidamente enamorado.

Maza esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Para ser una mujer con una visión notablemente clara en la mayoría de los terrenos, Señora, estáis totalmente ciega en otros.

—Mi vida privada no es asunto tuyo.

—Pero la vida profesional de Pen sí lo es, y que esté dispuesto a tolerar ciertas cosas en el entorno seguro del Pabellón Real no significa que vaya a tolerarlas en todas partes.

—Muy bien. Tú decides si viene o no. —Sin embargo, Kelsea no estaba segura de cómo reaccionaría Pen si lo descartaban. ¿Tenía razón el capitán? ¿Estaba Pen enamorado de ella? Parecía imposible. Pen ya tenía una mujer, y si bien Kelsea sentía, a veces, algo muy fugaz parecido a los celos, aquella mujer cumplía su función, pues permitía a Kelsea sentir que no estaba

haciendo ningún daño. No quería que Pen esperara demasiado de su relación con ella. Quería que esta permaneciera en el ámbito de lo privado, que nunca tuvieran que sacarla a la luz. Lamentó que Maza hubiera hecho aquel comentario.

«No tiene sentido que me preocupe tanto por eso —se recordó. Dentro de unas horas todo habrá terminado.»

La galería de los retratos estaba llena de gente, y había varias familias durmiendo en el suelo de piedra. Pero Maza lo solucionó con un par de gritos; los padres se apresuraron a levantarse, cogieron en brazos a sus hijos y desaparecieron. Kelsea cerró la puerta del fondo de la galería y volvió a quedarse a solas con Maza, igual que al principio.

La joven fue a mirar el retrato de su madre. Si la hubiera tenido delante, la habría agarrado por el cuello y le habría tirado del pelo hasta que hubiera pedido piedad a gritos. Pero ¿hasta qué punto era culpa de su madre la pesadilla en la que se encontraban? Pensó con añoranza en sus primeros días en la Ciudadela, aquellos tiempos en que la culpa estaba clara y bien delimitada.

—¿Por qué se deshizo de mí, Lazarus?

—Para protegeros.

—¡Mentira! ¡Mírala! Esa no es la cara de una altruista. Que me diera en adopción no encaja con su personalidad. ¿Me odiaba?

—No.

—Entonces ¿por qué lo hizo?

—¿Cuál es el propósito de esta pequeña expedición, Señora? ¿Flagelaros con vuestra madre?

—Mira, Lazarus —replicó Kelsea con fastidio—. Si no piensas hablarme, ya puedes volver arriba.

—No puedo dejaros aquí abajo.

—Claro que puedes. Tú mismo acabas de decirlo: ya nadie puede hacerme daño.

—Vuestra madre pensaba lo mismo.

—¡La reina Elyssa! Solo era basura disfrazada de finas sedas. ¡Mírala!

—Podéis insultarla cuanto queráis, Señora. Pero ella nunca será la villana que vos desearíais que fuera.

Kelsea se dio la vuelta bruscamente.

—¿Eres mi padre, Lazarus?

Maza compuso una especie de sonrisa.

—No, Señora. Ojalá lo fuera. Quise serlo. Pero no lo soy.

—Entonces ¿quién es?

—¿Se os ha ocurrido pensar alguna vez que a lo mejor preferís no saberlo?

No, no se le había ocurrido. De pronto Kelsea se planteó lo peor: ¿y si era Arlen Thorne? ¿O el Santo Padre? ¿O su tío? Todo parecía posible. Y ¿tan importante era la sangre? La identidad de su padre nunca le había importado; la que importaba era su madre, pues había sido ella quien había destrozado un reino. Kelsea dejó de pasearse, alzó la mirada y se halló ante el retrato de la Reina Hermosa con la niña preferida sentada en su regazo, con una alegre sonrisa en los labios, sin rincones oscuros; y detrás de las faldas de la Reina Hermosa estaba la otra, aquella niña morena, la hija bastarda, la que no era especial y a la que despreciaban. Sí, los orígenes eran importantes, aunque no debiera ser así. Sintió un fuerte dolor en el vientre; dio un grito y se dobló por la cintura. Era como si le hubieran propinado una fuerte patada.

—¡Señora!

Otro golpe. La joven soltó un fuerte chillido y se abrazó la cintura. Maza llegó hasta ella con un par de zancadas, pero no pudo hacer nada.

—¿Qué pasa, Señora? ¿Estáis enferma? ¿Herida?

—No. Yo no. —Porque de pronto lo entendió: en algún sitio, a siglos de distancia, Lily estaba pagando por su silencio. Lily la necesitaba, pero Kelsea la rehuyó y se refugió en su propia mente. No estaba segura de poder enfrentarse al castigo de Lily. No sabía cómo saldría de aquello que estaba pasando al otro lado. ¿Tendría que sentir la muerte de Lily? ¿Moriría también ella?

—Lazarus. —Lo miró y vio sus dos partes en perfecto equilibrio: el niño rabioso que había salido del tremendo infierno bajo las Tripas, y el hombre que había entregado su vida al servicio de dos reinas—. Si me pasa algo...

—Si os pasa ¿qué?

—Si pasa algo —continuó ella—, tienes que hacer varias cosas. Por mí.

Hizo una pausa, jadeando. Un dolor abrasador le quemó la palma de la mano, y Kelsea gritó, apretó el puño y se golpeó una pierna con él. Maza fue a acercarse a ella, y Kelsea levantó la otra mano para detenerlo, apretando los dientes, luchando, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué es lo que os hace esto, Señora? ¿Los zafiros?

—No importa. Si me pasa algo, Lazarus, confío en ti para que cuides de esta

gente y la protejas. Ellos te temen. Mierda, te temen más a ti que a mí.

—Ya no, Señora.

Kelsea ignoró ese comentario. El dolor de la palma de la mano ya no era tan intenso, pero aún notaba una pulsación que seguía el ritmo de sus latidos. Cerró los ojos y vio un pequeño rectángulo de metal que relucía bajo una intensa luz blanca, y que solo pudo reconocer a través de los recuerdos de Lily: un mechero. Alguien lo había puesto bajo la palma de la mano de Lily.

«No, alguien no», se dijo Kelsea. El burócrata. Un hombre con quien Arlen Thorne habría hecho buenas migas. Y de pronto Kelsea se preguntó si la humanidad había evolucionado. ¿Maduraba y aprendía la gente con el paso de los siglos? ¿O sencillamente pasaba como con las mareas, y el progreso avanzaba y luego retrocedía a medida que cambiaban las circunstancias? La característica que mejor definía a la especie humana tal vez fuera esa irregularidad.

—¿Qué más, Señora?

Kelsea se enderezó y abrió la mano sin prestar atención a la quemadura que apareció en la palma.

—Si sigue vivo, buscarás al padre Tyler y lo protegerás del Arvath.

—De acuerdo.

—Y me harás un último favor.

—¿De qué se trata, Señora?

—Vaciarás y cerrarás la Guardería.

Maza entrecerró los ojos.

—¿Por qué, Señora?

—Este es mi reino, Lazarus. No quiero subsótanos en él. —Con los ojos de Lily, Kelsea vio el laberinto de pasillos iluminados con fluorescentes del complejo de Seguridad, el sinfín de puertas, cada una de las cuales ocultaba una agonía. Le dolía la palma de la mano—. No quiero lugares secretos donde suceden cosas espantosas, cosas que nadie quiere admitir a la luz del día. Es un precio demasiado alto, incluso para la libertad. Vacíala.

Maza torció el gesto. Por una vez, Kelsea leía sus pensamientos sin dificultad: lo que estaba pidiéndole sería terrible para él, y Maza creía que ella no lo sabía. Se agarró a la muñequera de cuero donde el capitán ocultaba varios puñales pequeños.

—¿Cómo te llamas?

—Lazarus.

—No. No me refiero al nombre que te pusieron en el ruedo. Me refiero a tu verdadero nombre.

Él la miró fijamente, sorprendido.

—¿Quién...?

—¿Cómo te llamas?

Maza parpadeó, y a Kelsea le pareció atisbar en sus ojos un centelleo que enseguida desapareció.

—Mi nombre de pila es Christian. No sé mi apellido. Nací en las Tripas, y no conocí a mis padres.

—Hijo de las hadas. Así que los rumores son ciertos.

—No voy a hablar de esa etapa de mi vida, Señora, ni siquiera con vos.

—De acuerdo. Pero vaciarás ese sitio. —La habitación osciló ante los ojos de Kelsea, y la luz de las antorchas se volvió eléctrica un instante, para luego atenuarse de nuevo. Quería ver... No quería ver... Oyó gritar a Lily. Apretó los puños y se esforzó por alejar el pasado.

—Habláis como si estuvierais condenada, Señora. ¿Qué planeáis hacer?

—Estamos todos condenados, Lazarus. —Kelsea echó la cabeza hacia atrás al recibir un golpe en la cara. Lily empezaba a perder la esperanza; Kelsea notaba que el desaliento ganaba terreno, un aturdimiento amortiguado que resonaba por toda su mente—. Quizá tengas que llevarme arriba, Lazarus. No tengo mucho tiempo.

—Podemos volver por los túneles. —Maza buscó en la pared y abrió una de sus puertas secretas—. ¿Adónde vais durante vuestras fugas, Señora?

—Hacia atrás. Antes de la Travesía.

—¿Hacia atrás en el tiempo?

—Sí.

—¿Lo veis? ¿A William Tear?

—A veces. —Al pasar por la puerta, Kelsea estiró un brazo y rozó el lienzo de su madre, el bajo de su vestido verde; y afloró en ella un asomo de remordimiento. Por mucho que se empeñara en odiar a la mujer sonriente del retrato, le habría gustado poder hablar con ella por lo menos una vez—. Tú conocías bien a mi madre, Lazarus. ¿Qué habría pensado ella de mí?

—Os habría encontrado demasiado seria, Señora. Elyssa no se angustiaba por los demás, y aún menos por las circunstancias que no tenían remedio. Se rodeaba de personas como ella.

—Mi padre... ¿era un buen hombre?

Una expresión de dolor pasó fugazmente por el rostro de Maza y desapareció, tan aprisa que Kelsea creyó que solo se la había imaginado. Pero sabía que no.

—Sí, Señora. Era un buen hombre. Muy bueno. —Apuntó hacia la oscuridad—. Vamos, o tendré que llevaros en brazos. Ya se os vuelve a poner esa cara.

—¿Qué cara?

—La de borracho a punto de desmayarse.

La joven miró por última vez el retrato de su madre y se metió en el túnel. Oyó el murmullo de numerosas voces detrás de las paredes; pese a ser de madrugada, la gente estaba demasiado preocupada para dormir. Ahora todos corrían peligro, los de humilde cuna y los de alcurnia, porque el ejército que estaba frente a las murallas no haría distinciones. Kelsea intentó visualizar el amanecer, pero no vio más allá del final del puente de Nueva Londres. Algo bloqueaba su visión. Notó que le ardían los brazos, y un hormiguero doloroso se extendió hasta su pecho para, luego, empezar a descender por sus piernas. El dolor se intensificó, y la joven se detuvo en la oscuridad, incapaz de moverse. Jamás había sentido nada parecido; tenía todos los nervios del cuerpo expuestos, convertidos en un conductor infinito.

—¡Señora!

—Basta, por favor —susurró. Cerró fuertemente los ojos y las lágrimas se acumularon detrás de sus párpados. Maza la buscó a tientas en la oscuridad; Kelsea le cogió una mano y se aferró a ella como si estuviera ahogándose—. No quiero verlo.

No se tenía en pie. Era como si su sistema nervioso se hubiera derrumbado. No controlaba los músculos de las piernas. Maza la sujetó, la bajó con cuidado hasta el suelo, pero el dolor no cesaba. Le ardían todas las células del cuerpo y gritó en la oscuridad, retorciéndose sobre las ásperas losas de piedra.

—¡Quitáoslos, Señora!

Kelsea notó que el capitán tiraba de las cadenas que llevaba colgadas del cuello y le apartó la mano. Pero no tenía fuerzas para resistirse. Sus músculos no la obedecían, y el dolor lo controlaba todo. Intentó rodar sobre sí misma y apartarse, pero solo consiguió sacudirse inútilmente en el suelo.

—¡Maldita sea, dejadlo ya! —Maza le pasó una mano por debajo del cuello y le levantó la cabeza del suelo. Al hacerlo, le arrancó unos mechones de pelo.

«Una advertencia —susurró la parte oscura de la mente de Kelsea—. Es lo

único que necesita.»

Kelsea se concentró en la mano que sujetaba los zafiros y apretó con todas sus fuerzas. Maza dio un gruñido de dolor, pero no la soltó, así que Kelsea le hincó las uñas hasta abrirle heridas en la piel.

—Sé lo valiosas que son tus manos, Lazarus. No me obligues a quitártelas.

Maza titubeó, y ella siguió apretando y clavándole aquellas garras hasta el músculo, hasta que el capitán renegó y se apartó de ella.

La joven se incorporó y apoyó la cabeza en las rodillas. El dolor volvía a empezar, esta vez en las piernas, y se dio cuenta de que no tenía alternativa. Se había abierto el umbral que llevaba al tiempo de Lily y era imposible pasar por él solo a medias.

—Lazarus —dijo con voz ronca en la oscuridad.

—¿Sí, Señora?

—Voy a volver. No me queda otro remedio. —Se tumbó en el suelo y notó el alivio de la piedra fría contra la mejilla—. Y no intentes quitármelos mientras estoy ausente. No me hago responsable de lo que podría pasar.

—Ya. Es vuestra especialidad, Señora.

Kelsea quiso darle una bofetada, pero Lily volvía a invadirla, la mente de Lily se filtraba en el interior de la suya como una mano que se desliza en un guante a su medida. El dolor había vuelto a disminuir; Lily se había refugiado en su imaginación, en su visión del mundo mejor, en aquel paisaje de campos con un río, vistos desde la cima de una montaña. Kelsea reconoció el panorama: el Almont visto desde las colinas de Nueva Londres, y el Caddell prolongándose hacia la lejanía. Pero en los sueños de Lily todavía no había ciudad, solo tierras vacías que se extendían hasta el horizonte, una pizarra en blanco. Kelsea habría dado cualquier cosa por aquellas tierras, aquella oportunidad, pero era demasiado tarde.

—¿Ya has tenido suficiente?

Kelsea soltó una carcajada ronca, perruna. Alzó la vista y vio el rostro sonriente y cruel del burócrata, y la risa se extinguió en su garganta.

—Te he preguntado si ya has tenido suficiente.

Lily pestañeó. El sudor se le metía en los ojos y le impedía ver bien. Había comprobado que, si contestaba una pregunta inocua, era mucho más fácil que contestara una pregunta importante. Esta vez permaneció callada.

—Ay, Lily. —El interrogador sacudió la cabeza con gesto de consternación —. Qué pena me da hacer esto con una mujer tan guapa.

La bilis se acumuló en la garganta de Lily, pero se la tragó, consciente de que, si vomitaba, todo le dolería más. Parpadeó para apartar el sudor de sus ojos y le lanzó una mirada al ayudante que controlaba la caja, un tipo alto y calvo con ojos inexpresivos y llorosos que parecían desenfocados. El ayudante había entrado y salido varias veces; llevaba material o notas que el interrogador leía rápidamente: movía los ojos hacia derecha e izquierda con la precisión de una máquina de escribir y devolvía la nota. Entonces el ayudante volvía a marcharse. Sin embargo, parecía que esa vez iba a quedarse, y que no iba a levantar el dedo de la consola responsable de que el dolor recorriera todo el cuerpo de Lily. La joven tenía unos pequeños electrodos inalámbricos distribuidos por todo el cuerpo; todavía no le habían puesto ninguno en el pubis, pero sospechaba que no tardarían en hacerlo.

No sabía cuánto tiempo llevaba en aquella habitación. Allí no había tiempo, solo las treguas que le concedía el interrogador, sin duda para rumiar qué haría a continuación. Habría podido preguntarle qué día era, pero eso lo habría alertado de que estaba pasando algo, de que el tiempo era importante. Lily intentaba aguantar hasta el uno de septiembre, pero en realidad podía ser ya el cinco, o el seis. Le dolían los músculos, le dolían las manos. Le habían cosido la herida de la cabeza, pero la mano no se la habían curado, y la quemadura que tenía en la palma se había puesto negra, y luego se había cubierto de pus, y este había formado una costra repugnante. Las idas y venidas del ayudante eran la única forma que tenía de marcar el paso del tiempo. A veces el interrogador también salía de la habitación y apagaba las luces. Lily estaba segura de que dejarla sola a oscuras era otra maniobra deliberada.

Pero no, no estaba sola. Con cada hora que transcurría, Lily era más consciente de la otra mujer. Ella también iba y venía; a veces solo parpadeaba en los bordes de la conciencia de Lily, y otras estaba mucho más presente. Era una sensación que Lily no habría sabido explicar; ni siquiera podía explicársela a sí misma, pero el caso era que la mujer estaba allí, detrás de un fino velo, sintiendo el dolor de Lily, su miedo, su agotamiento. Y esa mujer era fuerte; Lily percibía su fuerza, una potente luz que brillaba en la oscuridad. Era fuerte como William Tear, y esa fuerza le levantaba el ánimo a Lily, impedía que abriera la boca y gritara las respuestas que el interrogador quería

oír. A medida que pasaban las horas, Lily cada vez se convencía más de otra cosa: esa mujer estaba al corriente del mundo mejor. Lo había visto, lo entendía, lo anhelaba con toda su alma.

«¿Quién eres?», le habría gustado preguntar. Pero entonces el ayudante volvía a pulsar el botón y lo único que podían hacer era aferrarse a la otra mujer como un crío que se agarra a las rodillas de su madre suplicándole consuelo. Cuando llegaba la descarga eléctrica, Lily se olvidaba por completo del mundo mejor. Solo había dolor, una agonía candente que estallaba bajo su piel y borraba todo lo demás. Excepto a aquella mujer. Lily trató de pensar en Maddy, Dorian, Jonathan, Tear... Pero notaba que se agotaba. En varias ocasiones el dolor había cesado justo cuando Lily estaba a punto de suplicarles que pararan. Pensó en su antigua vida, y en que le daban miedo las abejas, y eso le hizo reír, una risa amarga y sin sentido que se extinguió antes de llegar a las paredes de la habitación, aquella habitación que era lo único que quedaba.

—Sigue riéndote, Lily. Puedes poner fin a esto cuando quieras.

La voz del interrogador delataba irritación. Lily pensó que estaba empezando a cansarse, y eso alimentó una nueva esperanza: llegaría un momento en que aquel hombre tendría que irse a dormir un poco, ¿no? Podía sustituirlo otro interrogador, desde luego, pero Lily sospechaba que no iba a soltarla fácilmente. Era un cazador. Aguardaba paciente el momento en que ella se derrumbara, y no debía de querer cederle a nadie la satisfacción de ese momento, después de lo que él se había esforzado para aflojar la tapa.

El dolor cesó, y el cuerpo de Lily se relajó de golpe. Un rato antes había buscado cosas positivas a las que aferrarse, y en ese extraño momento se le ocurrió una: no tenía hijos. Si los hubiera tenido, seguro que aquella gente ya habría empezado a utilizarlos. Se preguntó si su madre estaría detenida, si habrían ido al bonito barrio residencial de Media y se la habrían llevado.

—Venga, Lily. Sabes perfectamente que tarde o temprano te rendirás. ¿Qué necesidad hay de prolongar esto? ¿No te gustaría comer un poco? ¿No te gustaría que te dejara dormir?

Lily no respondió, y sintió alivio al ver que el ayudante se levantaba y dejaba la consola. El interrogador estaba muy solicitado; su ayudante no paraba de llevarle mensajes, y Lily pensó que debía de tener otros muchos proyectos. Sin embargo, de momento le dedicaba a ella toda su atención. Desde detrás de las gafas, aquellos ojillos redondos la inmovilizaban.

—Dime una cosa, Lily, y te dejaré descansar un rato. Dime por qué fuiste a la terminal Conley la otra noche.

Notó que su consciencia se debilitaba. Volvía a nublársele la visión. En realidad no era tan grave contestar las preguntas del interrogador. Al fin y al cabo, ya lo sabían, ¿no?

¡Concéntrate!

La mente de Lily se agudizó. Aquellas palabras no eran de Dorian, ni de Maddy. Y entonces comprendió que estaba oyendo a la otra mujer, cuyos pensamientos estaban dentro de la mente de Lily, tan entreverados que habría podido confundirlos con los suyos.

«La otra noche.»

No, ya no era treinta de agosto. ¿Se habrían marchado ya William Tear y los demás? Habría dado la vida por saber qué día era, pero no podía preguntarlo.

El ayudante salió de la habitación, la puerta se cerró y, por algún extraño motivo, de pronto Lily se acordó de su padre, que había fallecido hacía unos años. Su padre odiaba al presidente Frewell, odiaba la proliferación de comisarías de Seguridad en todos los pueblos y ciudades. Pero entonces todavía no había resistencia organizada. Su padre había sido un luchador sin nada por lo que luchar, sin nadie con quien luchar.

«A papá le habría gustado William Tear —comprendió Lily, y volvieron a brotarle las lágrimas—. Papá habría luchado por él.»

—Tu última oportunidad, querida. —No iba a haber descanso: el interrogador iba a reemplazar a su ayudante y manejar él mismo la consola. Lily dobló los dedos de los pies, se agarró a los brazos de la silla y se preparó. El interrogador se sentó y le sonrió: una sonrisa de depredador en la cara de un burócrata; y entonces chascó la lengua con fingida preocupación.

—Dime una cosa, Lily. ¿Cómo puede ser que una chica tan mona se haya convertido en semejante hija de puta?

Alargó una mano hacia la consola, y se apagaron las luces.

Al principio Lily solo oyó su propia respiración entrecortada en la oscuridad. Entonces oyó gritos fuera, en el pasillo, amortiguados por la puerta metálica. El suelo tembló bajo sus pies, y sintió que la invadía el júbilo, un júbilo desbordante que rayaba en el éxtasis.

«¡Uno de septiembre! —se regocijó mentalmente. De pronto supo que había llegado, que era el fin de un mundo viejo y enfermo—. ¡Uno de septiembre!»

Se había disparado una alarma a lo lejos. Los gritos seguían resonando por

el pasillo. El interrogador arrastró su silla, y Lily se acurrucó creyendo que iría por ella en cualquier momento. Oyó el ruido de sus pasos en el suelo de cemento, pero no pudo distinguir si estaba cerca o no. Empezó a tantear a ciegas los brazos de la silla en busca de algún borde afilado, un clavo, algo, forzando al máximo el margen que le daban las esposas. Aquella era su única oportunidad, y si no la aprovechaba, si ellos conseguían encender las luces, el dolor se prolongaría eternamente.

La puerta retendió produciendo un sonido grave y metálico, y Lily dio un respingo y se golpeó la cabeza contra el respaldo de la silla. Distinguió varios pitidos agudos en la oscuridad: alguien cargaba una pistola. Lily no encontraba ningún borde afilado en los brazos de la silla («Claro que no, ¿cómo quieres que los haya?»), así que intentó forzar una de las esposas que la ataban a los brazos de la silla. Tenía los huesos finos y las muñecas estrechas, pero, hiciera lo que hiciera, las esposas no iban más allá de la protuberancia de la base del pulgar. Siguió tirando, no paró cuando notó que brotaba la sangre. En algún momento de las cuarenta y ocho horas que llevaba allí, Lily había descubierto el gran secreto del dolor: se alimentaba de lo desconocido, de saber que podía haber un dolor mayor, que se podía alcanzar algo aún más insoportable. El cuerpo estaba constantemente esperando. Cuando eliminabas la incertidumbre, cuando tú mismo controlabas el dolor, era infinitamente más fácil soportarlo, y Lily tiró de las esposas y apretó los dientes, expulsando el dolor con un silbido entre los labios fruncidos.

La puerta volvió a retumbar, y esta vez produjo un sonido mucho más fuerte, el de metal contra metal. Al cabo de un momento saltaron los goznes, y donde antes estaba la puerta apareció un rectángulo de luz plateada proveniente de algún tipo de aparato halógeno. Cuando Lily era pequeña, solían llevar unas linternas como aquellas cuando iban de camping, solo que aquella era infinitamente más intensa, y convertía el umbral en un sol rectangular. Levantó una mano para taparse los ojos, pero ya era demasiado tarde: la luz la había dejado ciega y los ojos le escocían y le lloraban. Se oyeron disparos por toda la habitación, unos fuertes y rápidos chasquidos y el impacto metálico de las balas, que rebotaban en las paredes metálicas. Lily notó un desgarró en un bíceps. Le ardían los párpados.

—¡Señora Mayhew!

Una mano la agarró por el hombro y la zarandeó con fuerza, pero, cuando Lily abrió los ojos, lo único que vio fue un fuego blanco.

—¿Jonathan?

—Quédese quieta un momento.

Lily obedeció. Se oyó un fuerte chasquido, y luego otro, y los impactos reverberaron por sus brazos.

—Ya está. Vamos.

—No veo nada.

—Yo sí. Pero no puedo llevarla en brazos. Tendrá que caminar.

Lily dejó que la pusiera en pie, a pesar de que notaba unos fuertes pinchazos en los pies y las pantorrillas. Dio unos pasos, tambaleándose, mientras Jonathan la ayudaba a sostenerse poniéndole un brazo en la espalda. Oyó, a su izquierda, una respiración vibrante de alguien que se ahogaba. Empezaba a ver sombras, e intensos haces de linternas que hendían la oscuridad. El ruido de respiración se intensificó y se convirtió en un fuerte gargarismo; Lily hizo una mueca, y entonces el ruido cesó.

—¡Tenemos que irnos! —gritó una voz, tan aguda e histérica que Lily no supo distinguir si era de hombre o de mujer—. ¡Están activando los equipos de emergencia! ¡En el edificio C ya hay luz!

—Tranquilos —dijo una mujer, y Lily se volvió hacia la voz, aunque lo único que vio fue otra silueta de un azul intenso.

—¿Dorian?

—Vamos, señora Mayhew. —Jonathan la cogió por el brazo y tiró de ella—. Hemos de salir de aquí, no tenemos mucho tiempo.

«¿Ya es uno de septiembre?» Pero no tuvo ocasión de preguntarlo. La sacaron a empujones de la habitación (Lily se rasguñó el codo con el marco reventado de la puerta, pero no dijo nada) y salieron al pasillo, que seguía a oscuras. No paraba de parpadear para recuperar la visión. Veía haces de luz alumbrando el pasillo, linternas, y la mano de Jonathan seguía instándola a avanzar más deprisa. Oía golpes en las puertas por delante de las que pasaban; todavía había gente encerrada detrás de aquellas puertas con cerraduras magnéticas, y entonces Lily entendió el apremio de Jonathan. Todas las instalaciones de Seguridad tenían generadores de emergencia; Dorian y Jonathan debían de haber saboteado más de uno, pero no todos. Bajo sus pies, enterrados en el suelo de piedra, Lily notó unos golpes intermitentes: alguien intentaba restablecer la electricidad en el edificio. Apareció una figura ante los haces de las linternas, unos tres metros delante de ellos, y Lily se detuvo al reconocer un uniforme de seguridad. Era un hombre alto y delgado, e iba

armado con una ametralladora negra que podía disparar balas o dardos; Greg utilizaba una muy parecida cuando iba a Vermont a cazar ciervos con sus amigos.

—¿Adónde vais con ella?

Alguien gruñó detrás de Lily, un sonido áspero que hizo que se le erizara el vello de la nuca.

—La trasladan a Washington.

Lily reconoció la voz: era el ayudante del interrogador, el tipo calvo que se había pasado casi toda la noche con la mano en la consola. Estaba al otro lado de Jonathan, vestido de uniforme, pero cuando Lily achicó los ojos para enfocararlo, vio que su cara era una grotesca máscara de pánico. No supo cómo reaccionar; ya no se sorprendía de nada. La presencia del ayudante quedó simplemente registrada; le dio un empujoncito a la burbuja de su mente y luego se retiró.

—¿Por orden de quién?

—Órdenes especiales del comandante Langer. —Pero al ayudante le temblaba ligeramente la voz, y Lily se dio cuenta de que el guardia no le creía. Más allá del resplandor de las linternas, vio que alguien avanzaba pegado a la pared del pasillo, una sombra que se deslizaba en la oscuridad.

—¿Dónde está Langer?

—Redactando el informe. —El ayudante se pasó la lengua por los labios resecaos, y Lily oyó el roce de su lengua—. Tengo que llevarla afuera, al coche.

—¿Quiénes son los otros?

La figura que había aparecido en el pasillo se abalanzó sobre el guardia y lo derribó. La ametralladora tableteó al caer al suelo, y las balas rebotaron en las paredes y en el suelo. Jonathan retiró el brazo de la espalda de Lily, y la joven le oyó caer al suelo. Jonathan también había soltado la linterna, y su luz le permitió ver a William Tear, con una rodilla plantada en el estómago del guardia y los pulgares clavados en sus ojos. Lily cogió la linterna y alumbró con ella hasta que encontró los pies de Jonathan. El guardia gritó; Lily dio una sacudida y el haz de la linterna iluminó ambas paredes del pasillo. Por un instante Lily se halló de nuevo en sus pesadillas, en aquel otro pasillo con infinidad de puertas.

—Dame eso. —Dorian le quitó la linterna de la mano y enfocó el torso de Jonathan—. Mierda.

Una mancha alargada de sangre, muy brillante y oscura, había aparecido en

la camisa de Jonathan, justo por encima de la hebilla del cinturón. Lily recuperó la visión, y la burbuja que envolvía su mente se evaporó.

—Ayúdame a levantarlo.

Lily rodeó la cintura de Jonathan con un brazo y ayudó a Dorian a levantarlo del suelo. Más allá, en la oscuridad, los gritos del guardia cesaron de golpe. Se oyó un sonido estrangulado que terminó con un gemido.

—¡Vamos! —gritó William Tear.

—Jonathan necesita un médico —le dijo Dorian con voz entrecortada—. Herida de bala.

—No hay tiempo. Los hombres de Parker ya deben de haber empezado la juerga.

—Estoy bien —dijo Jonathan, resollando, y su aliento rozó la nuca de Lily.

—Venga, Carolina del Sur. —Dorian lo impulsó hacia delante, y Lily la ayudó, procurando no zarandearlo.

—¡Tú, Salter! —gritó Tear—. ¡Abre la puerta!

El ayudante pasó corriendo al lado de Lily, haciendo oscilar el haz de su linterna, y fue hacia la puerta que había al final del pasillo. Justo cuando llegó allí, las luces se encendieron con un intenso destello, cegándolos a todos. Lily se tambaleó y estuvo a punto de tirar a Jonathan al suelo.

—¡Moveos! —bramó Tear—. ¡Se acaba el tiempo!

El ayudante había abierto la puerta. Lily y Dorian pasaron por ella con Jonathan, salieron al exterior y subieron por una larga escalera metálica. Parecía que hubieran pasado años desde que Lily había llegado a aquel sitio, y por un instante no deseó otra cosa que dejarse caer y quedarse dormida en los escalones. Al cuerno con el mundo mejor. Pero entonces sintió una resistencia, incluso de sus propias extremidades: la otra mujer estaba allí y la obligaba a subir los peldaños.

Al final de la escalera había un coche aparcado, un Lexus plateado con el escudo de Seguridad en el capó. Los otros edificios del complejo todavía estaban a oscuras, pero, mientras Lily los observaba, se encendió una hilera de focos al otro lado de la calzada.

—Jefe —murmuró Dorian—. Todavía lleva el implante.

—Ya nos encargaremos de eso en el coche. Meted a Jonathan dentro.

El ayudante, Salter, esperaba junto a la puerta abierta del pasajero con gesto de pánico y, al mismo tiempo, de patético entusiasmo. Cuando se acercaron, exclamó con voz chillona:

—¡Un mundo mejor!

—¡Cállate! —le espetó Tear.

—¡Os he ayudado!

—Sí, claro. —Tear dejó a Jonathan con Lily. La joven vio un destello de maldad en los ojos de Tear, pero no dijo nada: se limitó a abrir la puerta trasera y ayudar a Dorian a subir a Jonathan al asiento—. Nos has ayudado en el último momento, porque quieres llegar al mundo mejor.

—¡Sí!

Con un rápido movimiento, Tear agarró a Salter por detrás de la cabeza y se la estampó contra el capó del coche. Cuando volvió a levantarlo, la cara de Salter era un amasijo sanguinolento.

—Piensa en ellos, Salter —murmuró Tear—. En todas las personas a las que has ayudado a torturar a lo largo de los años. No te dejaría ni acercarte al mundo mejor.

Le dio un empujón y lo tiró al suelo. Lily miró alrededor y vio kilómetros de valla que parecían rodearlo todo. Si volvía la electricidad al complejo, ¿cómo iban a salir de allí?

—Esto iba a ser difícil incluso con Jonathan al volante. —Tear sacudió la cabeza y se mordió la mejilla por dentro—. Necesito ocuparme de Jonathan y quitarle a ella el implante. Dori, ¿puedes conducir?

—Sí, claro.

—Subid. —Tear se sentó en el asiento trasero. Lily abrió la puerta del pasajero, pero se paró en seco cuando se produjo una explosión entre unos árboles que había a su izquierda, unos kilómetros más allá del complejo de Seguridad. Surgió una bola de fuego naranja que iluminó las siluetas de un montón de árboles que, al cabo de un instante, empezaron a arder.

—¡Al coche, rápido!

Lily obedeció y cerró la portezuela. Dorian pisó a fondo el acelerador, y el Lexus arrancó rugiendo. Tear encendió la luz del techo.

—Veinte grados a la izquierda, Dori. El quinto segmento contando desde el final.

—Ya lo sé, jefe, ya lo sé. —Dorian giró el volante hacia la izquierda. Se encendió otra hilera de focos, y Lily vio que se dirigían hacia la valla. Iban a sesenta kilómetros por hora, y seguían acelerando. Lily pensó que se electrocutarían, e inmediatamente ahuyentó esa idea. Tear debía de haberse ocupado de ese problema, igual que de todo lo demás. Oyó un martilleo

metálico detrás de ella: balas, que perforaban el maletero y el parachoques trasero. El coche se desvió, y Dorian lidió con el volante, mientras soltaba una sarta de blasfemias que habrían hecho sentirse orgullosa a Maddy.

Se oyeron gemidos en el asiento de atrás. Tear había sacado su maletín negro y estaba arrodillado en el suelo, inclinado sobre el vientre de Jonathan. Lily se alegró de no poder ver la herida, pues ya intuía cómo iba a terminar aquello. Jonathan le había salvado la vida dos veces, y, a cambio, ella lo había matado.

—Es grave. —Tear sacudió la cabeza—. Tendremos que esperar hasta que lleguemos a la autopista y el coche no se mueva tanto. —Apartó las piernas de Jonathan y se sentó en el borde del asiento—. Inclínate hacia delante, Lily.

Lily se sorprendió al darse cuenta de que Tear la había llamado por su nombre de pila, con naturalidad, como si estuviera hablando con Dorian o con Jonathan. Quiso sonreír, pero entonces notó que Tear le rasgaba la espalda de la camisa.

El coche golpeó la valla. Se suponía que todas las vallas de Seguridad eran de titanio, pero aquella sección se desprendió de los postes, como si la hubieran aflojado previamente. Dorian dio un golpe de volante hacia la izquierda; el coche se inclinó, derrapando, y al cabo de un momento iban a toda velocidad por el camino de acceso. Lily torció la cabeza y vio el complejo por la luna trasera, una extensión de luz, piedra y acero que iba empequeñeciéndose. Entonces dio un respingo al notar que Tear le embadurnaba el omóplato con algo frío.

—Normalmente uso anestesia local para esto, Lily, pero voy a necesitar toda la que tengo para Jonathan. ¿Serás valiente?

Lily soltó una risita que sonó más bien como un graznido. Valiente lo había sido muchas horas atrás. Ahora no sabía dónde estaba, se movía por territorio desconocido. Apretó los dientes e intentó pensar en otra cosa.

—¿Por qué ha matado al ayudante?

—¿A Salter? Ya sabes cómo son los hombres como él, Lily. Encuentran excusas para justificar cualquier cosa que hayan hecho. Salter creía que una buena acción podría compensar una vida entera de atrocidades.

—Y ¿no es así? —Lily cerró los ojos y apretó los párpados mientras un objeto frío y punzante le hacía un corte en el omóplato. No sabía por qué la habían rescatado. ¿Iban a dejarla ir con ellos al mundo mejor? En realidad, ella ni siquiera había hecho una sola buena acción. Le dolía, pero frunció los

labios (¿y si hasta el más leve movimiento podía inclinar la balanza?) y los apretó.

—Depende de la acción y de la vida. En este caso, no. Salter ha sido el brazo derecho de Langer durante casi veinte años.

«Comandante Langer», recordó Lily. El hombre que estaba al mando. El interrogador.

—Todavía no hay controles de carretera —observó Dorian con la vista fija en la calzada—. Ya es algo. Pero hay mucho fuego.

—Parker —dijo Tear con desdén—. A esa pandilla de inútiles les impresionan los ruidos fuertes. —El instrumento afilado se introdujo en el hombro de Lily, que no pudo contener un gemido.

»Ya casi está, Lily. —Oyó el ruido de un espray, y un líquido frío le roció el hombro desnudo—. Suerte que Parker y su tropa no sabían qué más teníamos. Pero me juego cien libras a que la mayor parte de la Costa Este estará en llamas antes de que se haga de día.

—¿Por qué? —preguntó Lily, y ahogó un grito cuando otro objeto punzante se introdujo en el músculo de su hombro—. ¿Por qué le permite hacer eso?

Tear dio un gruñido y dijo:

—Quédate muy quieta, Lily. Me está costando. —Lily creyó que no iba a contestar su pregunta, pero al cabo de un momento, Tear añadió—: Este país está enfermo. Los afortunados se ceban con los que mueren de hambre, los enfermos, los aterrorizados. La ley ha eliminado todo recurso a los desfavorecidos. Es un mal endémico, y solo tiene una cura. Pero no voy a mentirte, Lily: también necesitamos la distracción. —Tear le soltó el hombro un momento, y se oyó un tintineo metálico—. La muy cabrona estaba bien enterrada en el músculo. Qué médico más inútil. Debió de dolerte mucho cuando te la pusieron.

Lily pestañeó, sorprendida, y se dio cuenta de que no se acordaba de cuándo le habían implantado la etiqueta. Había sido en algún momento de su infancia, eso sí lo sabía, pero era como si la etiqueta siempre hubiera estado allí, como si formara parte de su anatomía. Había aprendido a llevarla, del mismo modo que todos habían aprendido a estar bajo constante vigilancia o a no hablar de los desaparecidos.

«Un mal endémico.»

—¿Por qué me habéis rescatado?

—El mundo mejor no es gratis, Lily. Tengo que poner a prueba a los míos.

Dori, procura que el coche no se mueva mucho.

—Sí, señor.

Lily notó una última punzada en el hombro y chilló al tiempo que apretaba los dientes. Otro tirón, y entonces Tear dio por terminada la intervención y le mostró la etiqueta: un pedacito de metal, tan diminuto que le habría cabido sobre la uña del meñique. Maravillada, Lily extendió la mano, y Tear dejó caer la etiqueta en su palma.

—Esto controla toda tu vida, Lily. Haznos un favor y tirla por la ventana.

Tras examinar aquella diminuta elipse metálica un momento más, Lily bajó la ventanilla y tiró la etiqueta.

—¿Se encuentra mejor, señora Mayhew?

La joven se dio la vuelta y miró a Jonathan, ignorando el fuerte dolor del hombro. El hombre sonreía, pero su tez oscura no ocultaba su palidez, y tenía la parte delantera de la camisa empapada de sangre.

—Lo siento mucho.

Jonathan le quitó importancia con un ademán y dijo:

—Me recuperaré.

Pero Lily sabía que no. Decirle otra vez que lo sentía parecía completamente inadecuado, así que no lo repitió; se sentó bien y se quedó mirando por el parabrisas, odiándose a sí misma. Los incendios salpicaban el horizonte de una punta a otra; muchas poblaciones ardían detrás de sus muros. Había algo más que había cambiado, pero hasta que no tomaron la autopista en dirección sur Lily no consiguió identificar la diferencia: desde que habían salido del complejo de Seguridad, no había visto ni una sola luz eléctrica.

—Habéis saboteado la electricidad.

—Sí, hemos inutilizado todos los generadores. —Tear hurgó en su botiquín—. Y no va a volver. Toda la Costa Este está a oscuras, desde New Hampshire hasta Virginia. ¿Cómo vamos de tiempo, Dori?

—Llegaremos diez minutos antes de lo previsto.

—No salgas de las autopistas públicas. Con suerte, los hombres de Parker estarán buscando mejores presas en las privadas. —Empezó a vendarle el hombro a Lily, aplicándole una especie de unguento. Escocía, pero Lily apenas lo notaba. Estaba demasiado entretenida mirando por la ventanilla; el naranja de las llamas se reflejaba en sus ojos.

«El carnaval», pensó. No quería imaginarse lo que debía de estar pasando allí fuera. Todos sus conocidos vivían detrás de un muro: su madre, sus

amigos... De pronto Lily tuvo la impresión de que se mantenía a flote sobre un montón de cadáveres, de que la culpabilidad nunca la abandonaría, los acompañaría siempre a todos, incluso a Tear, y envenenaría cuanto tocara. Envenenaría el mundo mejor.

«No se librará nadie», comprendió Lily. Hizo una mueca y cerró los ojos para aislarse de los sonidos que llegaban del asiento trasero, donde Tear había empezado a trabajar con Jonathan.

«Ninguno de nosotros está limpio.»

Cuando despertó, Kelsea se encontró a oscuras, tendida en un suelo de piedra fría. Le dolía el hombro, pero no sabía si eran los recuerdos de Lily o su vieja herida. Se sintió engañada. ¿Cómo podía ser que hubiera regresado y sin haber visto el final de la historia?

—¿Lazarus?

No obtuvo respuesta. Se levantó como pudo, volvió a caerse y se rasguñó las rodillas. La rodeaba una oscuridad impenetrable.

—¡Lazarus! —gritó.

—¡Por fin, joder! —La voz de Maza sonó distante, amortiguada por un espacio vacío—. ¡Seguid hablando, Señora!

—¡Aquí!

Apareció la débil luz de una antorcha a lo lejos, y Kelsea se levantó y fue caminando hacia ella con los brazos extendidos, a tientas. Pero no había nada, solo el vasto espacio oscuro que la envolvía. Al acercársele Maza, la joven vio que estaba pálido y angustiado. La miraba con los ojos muy abiertos.

—Creía que os había perdido, Señora.

—¿Qué ha pasado?

—Estabais en el suelo, retorciéndoos y chillando, y de pronto ya no estabais. Llevo más de media hora buscándoos.

—A lo mejor me he alejado en la oscuridad.

Maza soltó una risa amarga.

—No, Señora. Habíais desaparecido.

«Entonces ¿por qué he vuelto?», fue a preguntar, pero se calló, porque se dio cuenta de que era una pregunta egoísta. Había vuelto porque tenía cosas que hacer antes de que amaneciera, antes de caminar hacia su muerte.

—Una simple travesía —susurró, y buscó consuelo en esas palabras,

aunque ignoraba su significado.

Había llegado el momento de hablar con Row Finn.

Por el camino hacia el Pabellón Real todo estaba tranquilo. Kelsea confiaba en que todos se hubieran acostado, porque aquello sería más fácil si solo tenía que despedirse del guardia del turno de noche. Pero en eso se equivocaba, porque cuando se abrió la puerta de doble hoja vio que toda su guardia, los más de treinta soldados, seguían despiertos, y que Pen estaba delante. Andalie también la estaba esperando, tan serena y pulcra como si hubiera dormido toda la noche. También Aisa estaba allí, aunque Kelsea se fijó en que no estaba al lado de su madre, sino con la Guardia Real.

Inspiró hondo. A los demás le costaría menos mentirles que a Maza, pero le preocupaba Andalie, que siempre le leía el pensamiento.

—Al amanecer voy a bajar al puente e intentaré abrir negociaciones con los mort.

—¿Con qué vais a negociar, Señora? —inquirió Coryn—. No tenéis nada que ofrecer.

—Lazarus decidirá quién me acompaña —continuó ella sin hacerle caso—. Solo cuatro guardias.

—Elston —anunció Maza—. Yo. —Recorrió la habitación con la mirada hasta que se detuvo en Aisa—. Y tú, fierecilla. Los mort son muy astutos. Necesito tu puñal.

Aquello era absurdo, pero al ver cómo el rostro de Aisa se iluminaba bajo la luz de las antorchas, Kelsea no dijo nada, pues reconoció que las palabras de Maza era un detalle, una atención como la que ella misma había tenido con Ewen. Buscó entre las filas de guardias y encontró a Ewen al fondo. Si Maza se lo hubiera exigido, habría estado dispuesta a enviarlo otra vez a la mazmorra, pero el capitán no se lo había pedido. La guardia habría podido reaccionar de diferentes maneras a la presencia de Ewen, pero lo habían aceptado como una especie de mascota, y le daban responsabilidad en asuntos sin mucha importancia, encargos fáciles con los que Ewen no podía hacer ningún daño. Venner le dio una palmada a Aisa en la espalda y le dijo algo al oído, y ella se fue correteando por el pasillo.

—Y Coryn.

Se oyeron gritos de asombro. Pen miró fijamente al capitán y palideció.

Kelsea lo sintió por él, pero entendía que no podía inmiscuirse en aquella decisión. Además, cuando Pen empezó a discutir con Maza, en voz baja pero furioso, vio que se le estaba ofreciendo una oportunidad. Se dio la vuelta y se marchó presurosa hacia su alcoba; la alivió comprobar que nadie la seguía, y cerró la puerta y echó el cerrojo.

La chimenea de su alcoba todavía ardía; Andalie, concienzuda como siempre, la había mantenido encendida toda la noche. Kelsea se sentó delante del fuego, contemplando las llamas, deseando que apareciera Row Finn. Pero ¿de dónde vendría? Le habría gustado entenderlo, porque parecía importante. Estaba agotada, como si hubiera viajado muchos kilómetros cargando con el peso de la vida de Lily además del de la suya. Estaba impaciente por volver con Lily, ver el resto de la historia, pero no tenía tiempo. Eran las cuatro y cuarto, y pronto empezaría a clarear. Kelsea cerró la mano y se clavó los dedos en la carne hasta que vio aparecer sangre bajo los blancos de las uñas, hasta que se sintió vagamente despierta.

Heredera del Tear.

Alzó la vista y lo encontró de pie junto a la chimenea. No estaba tan pálido como ella lo recordaba; tenía las mejillas sonrosadas y sus ojos habían adquirido un brillo que parecía artificial. Volvió a ver imágenes de sueños anteriores: aquel hombre, soterrado dentro de ella, mientras alrededor el fuego ardía y ardía... Kelsea se levantó y se limpió la sangre de la mano en el vestido.

—Quieres la libertad.

Sí.

—¡Habla! —le espetó—. Estoy harta de tu silencio.

—Quiero la libertad.

—¿Qué tengo que hacer para matar a la Reina Roja?

—¿Estáis dispuesta a pactar, heredera del Tear? —Sus ojos emitían un resplandor rojizo. La otra vez, Kelsea había creído que era un efecto de la luz, pero entonces se acordó del viejo loco de Marlowe, que había decidido hacer un pacto con el diablo. Sin embargo, las lecciones aprendidas con un buen libro no podrían resistir el empuje de la marea que había al otro lado de las murallas de la ciudad. Los mort eran lo único que importaba; todas las otras consideraciones se habían vuelto secundarias.

—Sí, estoy dispuesta a pactar.

Finn se le acercó, y Kelsea vio un intenso anhelo en su mirada, un gran

entusiasmo que él intentaba dominar. No sabía qué significaba para él la libertad, pero era evidente que llevaba mucho tiempo esperándola.

—¿Qué tengo que hacer?

—Coged vuestros zafiros con una mano.

Kelsea hizo lo que le indicaba.

—Y ahora, decid: te perdono, Rowland Finn.

—Te perdono ¿qué?

—¿Es eso importante?

—Sí.

—Sois difícil, heredera del Tear.

—¿Cómo voy a perdonarte si no sé por qué te perdono?

Finn se quedó pensativo, y Kelsea sintió una breve satisfacción. Llevaba meses manejándose a ciegas con relación a sus zafiros. Quizá Finn tuviera más información que ella, pero tampoco la tenía toda.

—Quizá tengáis razón —admitió él—. Os lo diré: hace mucho tiempo, causé un grave agravio a vuestra familia.

—¿Qué agravio?

Finn parpadeó, y Kelsea se dio cuenta, atónita, de que cada palabra que pronunciaba le pesaba. ¿Podía aquel ser sentir remordimientos?

—Traicioné a Jonathan Tear.

Eso no era lo que Kelsea se había imaginado.

—El Traedor me advirtió de que eres un mentiroso.

Finn entrecerró los ojos.

—Permitidme que os diga una cosa acerca de ese hombre a quien llaman el Traedor. Veo vuestro deseo de hacerle daño, y creedme, él es vulnerable. Preguntadle qué papel tuvo en el asesinato de Tear. Ved si puede defenderse.

Kelsea retrocedió, asustada.

—Estoy empezando a cansarme, heredera del Tear. ¿Queréis pactar conmigo, o no?

—Tú primero —contestó ella, y ahuyentó al Traedor de su mente—. ¿Qué tengo que hacer para matar a la Reina Roja?

—Dadme vuestra palabra de que después me liberaréis. Llevo mucho tiempo observándoos, heredera del Tear. Sé que cumplís vuestras promesas.

Aquellas palabras hicieron que Kelsea se acordara de Thorne. Había algo que no funcionaba, algo que se le escapaba. Si Finn había estado implicado en el asesinato de Tear, ¿qué tenía eso que ver con Kelsea? Todos los Tear

estaban muertos.

«¡Los mort! —insistía su mente—. ¡Piensa en los mort!» Necesitaba tiempo, tiempo para tomar una buena decisión, pero el tiempo se había agotado. Si existía una remota posibilidad de matar a la Reina Roja, ¿acaso eso no compensaba con creces cualquier amenaza que aquel ser pudiera representar? Se preguntó si a su madre le habría pasado lo mismo: dos opciones terribles, los mort ante las puertas de la ciudad, y Elyssa cegada por el peligro inminente y obligada a tomar la peor decisión posible.

«Ahora lo entiendo —dijo una vocecilla en algún rincón de la mente de la joven—. Ahora entiendo lo que te pasó.»

—Prometo liberarte.

Finn compuso una sonrisa taimada.

—Hacéis bien, heredera del Tear. Vuestra Reina Mort acudió a mí hace mucho tiempo, casi un siglo. Ella no andaba buscándome, pero me encontró por accidente y, cuando comprendió qué era yo, me suplicó que la ayudara.

—Que la ayudarais ¿a qué?

—A ser inmortal. Entonces solo era una muchacha, pero la vida ya la había maltratado, y quería ser tan fuerte que nada pudiera hacerle daño. Ni los hombres, ni el destino, ni el tiempo.

Kelsea se dio cuenta de que Thorne tenía razón.

—Entonces ¿tú la ayudaste?

—Sí. Está emparentada con los Tear, y durante mucho tiempo yo creí que era ella a quien yo buscaba. Pero la Reina Mort... tiene imperfecciones. Sus primeros años dejaron una marca demasiado profunda en ella, y solo se centra en su propia seguridad y sus propios beneficios. Vuestra herencia es mucho más limpia, más pura. A veces hasta puedo verlo a él en la expresión de vuestro rostro.

«¿A quién?», se preguntó Kelsea. Pero no podía distraerse.

—Me dijiste que había una forma de matarla.

—Así es. Tiene algo del talento de vuestra familia, y yo le enseñé a refinarlo: a manipular la carne, a curarse cuando el cuerpo le fallara. Vos también conocéis esas lecciones, heredera del Tear; las habéis aprendido sola. Pero la Reina Mort todavía es vulnerable. Su mente es vulnerable, porque en el fondo siempre será aquella muchacha que acudió a mí, asustada, hambrienta y sola. Por mucho que lo intente, jamás podrá erradicar su infancia. Eso la coarta.

Kelsea se sacudió, molesta de pronto. No quería ver a la Reina Roja como una niña vulnerable, como Aisa. Quería que siguiera siendo aquel personaje poderoso y aterrador que ella siempre había imaginado. Tenía la impresión de que Finn estaba haciendo que todo resultara más difícil.

—¿De qué me sirve eso a mí?

—A la mujer no se la puede matar, heredera del Tear, pero a la niña sí. Ella lo sabe, y por eso necesita vuestros zafiros.

—¿Qué tienen que ver los zafiros?

—El tiempo, heredera del Tear, el tiempo. Seguro que a estas alturas ya os habréis percatado de que lo que lleváis colgado es algo más que dos bonitos collares. Hay muchas gemas mágicas, pero el zafiro de Tear es único. Eso ya lo habréis descubierto, ¿no?

Kelsea permaneció callada.

—Son muchas las cosas que a la Reina Roja le gustaría cambiar de su pasado. Ella cree que vuestras joyas le permitirían hacerlo, que le permitirían borrar un pasado que la debilita. Las desea con toda su alma.

De modo que Thorne también le había dicho la verdad respecto a eso. Kelsea creyó verlo, sangrando y retorciéndose de dolor a sus pies... Ahuyentó rápidamente esa imagen.

—Pero ¿quién iba a poder utilizar ese pasado, aparte de ella misma? Todas las personas de su infancia a quienes ella podría temer ya deben de estar muertas.

—No necesariamente, heredera del Tear. Me teme a mí. Y, lo que es más importante: os teme a vos.

—¿A mí?

—Sí, a vos. Tal vez no lo admita, ni siquiera ante sí misma, pero os teme, y el miedo es una debilidad monstruosa que una mujer diligente como vos podría utilizar. La Reina Roja tiene muchas defensas, pero si encontráis a la niña, encontraréis su vulnerabilidad. —Extendió las manos con las palmas hacia arriba y añadió—: ¿He cumplido mi parte del trato?

—No estoy segura. ¿Y si me has mentido?

Finn soltó una risa amarga.

—Creedme, aprendí hace mucho tiempo a no jugar con la verdad con vuestra familia. Pagué muy caro mi error.

—De acuerdo.

—Y ahora, vuestra parte del trato, heredera del Tear.

—¿Qué tengo que hacer?

—Dejadme ver vuestros zafiros.

Kelsea se los tendió, pero él retrocedió.

—No tan cerca. No puedo tocarlos.

—¿Por qué no?

—Un castigo, heredera del Tear. El peor castigo imaginable.

«El peor castigo imaginable». Alguien había empleado esas mismas palabras con Kelsea hacía poco. El Traedor, claro, plantado casi en el mismo sitio donde Row Finn estaba ahora.

—Cogedlos con una mano...

—Un momento —le interrumpió ella—. Has dicho que le causaste un agravio a mi familia. A los Raleigh. ¿Qué agravio?

Finn sonrió.

—Los Raleigh, los avariciosos Raleigh... Quizá llevéis su sangre, pero vos no sois una Raleigh. Sois una Tear.

—Los Tear fueron asesinados. No sobrevivió ninguno.

—¿De verdad sois tan necia? ¡Miraos en el espejo!

Kelsea se dio la vuelta y se miró. Por la fuerza de la costumbre, esperaba encontrar allí a una niña, pero lo que vio fue a una mujer, alta y hermosa, con expresión grave y el rostro prematuramente curtido por el dolor.

Lily.

Al principio creyó que debía de ser un truco, una ilusión tramada por Finn para influenciarla. Levantó una mano y vio que su reflejo hacía otro tanto. Habría podido ser Lily, tal cual, plantada ante el espejo de cuerpo entero del recibidor de su casa de Nueva Canaán. Sin embargo, sus ojos seguían siendo los de Kelsea, de un verde oscuro, y no de aquel azul frío de los de Lily.

—¿Era mi madre descendiente de los Tear?

—¿Elyssa? —Finn soltó una risita que hizo estremecerse a Kelsea.

—¿Sabes quién era mi padre?

—Sí.

—¿Quién?

Finn negó con la cabeza, y en sus ojos Kelsea vio lo más alarmante que había visto en toda aquella noche de pesadilla: un atisbo de lástima.

—Creedme, heredera del Tear, no necesitáis saberlo.

Era lo mismo que le había dicho Maza, pero Kelsea insistió.

—Claro que necesito saberlo.

—Mala suerte. Eso no forma parte del trato. —Finn señaló los zafiros—. Cumplid vuestra parte del trato, heredera del Tear.

Kelsea encerró los dos zafiros en la mano derecha. Tan malo que era mejor que no lo supiera... ¿Cuál de la galería de granujas de la generación de su madre podía ser?

—Te perdono, Rowland Finn —dijo de pronto.

Cerró los ojos. El rostro de su madre apareció ante ella, pero lo ignoró y, con claridad, repitió:

—Te perdono, Rowland Finn.

En su tienda, a oscuras, a menos de ocho kilómetros de distancia, la reina de Mortmesne despertó chillando.

Finn sonrió mostrando unos dientes brillantes y afilados.

—Ni se os ocurra revocar vuestro perdón, heredera del Tear. Habéis jurado sobre vuestros zafiros, y quienes rompen su juramento son duramente castigados.

—Ah. —Kelsea se recostó y lo miró fijamente—. Entiendo. ¿Y cuál fue tu castigo? Supongo que no sería el mismo que el del Traedor.

Finn le sostuvo la mirada un momento y se encogió de hombros.

—Voy a haceros un gran cumplido, heredera del Tear. Siempre me presento a las mujeres con esto. —Con una mano, dibujó un círculo alrededor de su rostro perfecto—. A ellas les gusta, las halaga y las confunde. Pero vos sois demasiado lista para esta clase de distracciones, y demasiado honesta para dejaros halagar.

La joven no estaba tan segura de eso. Se le había acelerado el pulso, como siempre le pasaba cuando Finn estaba cerca. Pero si lo había engañado, mucho mejor.

—Vos me lo habéis preguntado, así que os mostraré mi castigo. Veréis quién soy en realidad.

La cara de Finn empezó a transformarse y a decolorarse. Su pelo se volvió escaso, y cubría su cuero cabelludo de forma irregular. Se le puso la piel muy blanca y los labios muy rojos, y sus párpados se volvieron oscuros y gruesos. Era el rostro de un payaso, quizá el del comodín de una baraja de cartas; pero

en aquellos ojos no había ni pizca de humor, sino solo un júbilo siniestro que lo abarcaba todo y no abarcaba nada. Kelsea estuvo a punto de gritar, pero se tapó la boca con una mano en el último momento, al darse cuenta de que, si lo hacía, toda la guardia entraría corriendo.

—Quema —dijo Finn con voz áspera—. Quema constantemente.

—¿Qué te pasó?

—Llevo más de tres siglos vivo. Muchas veces he deseado morir, pero no puedo provocarme la muerte. Solo puedo provocársela a otros.

Kelsea había ido retrocediendo hasta que sus piernas tocaron la cama; se sentó y se quedó mirándolo.

—No os asustéis, heredera del Tear. Soy peligroso, infinitamente peligroso, pero de momento no tengo queja de vos. Mi odio está en el este, con la Reina Mort. Si vos fracasáis, yo lo lograré.

Fue hacia la chimenea, y Kelsea respiró aliviada; pero en el último momento Finn se volvió hacia ella. Sus ojos, rojos, ardían.

—No siento nada por ningún ser vivo de este mundo, heredera del Tear. Pero en este momento tenéis mi gratitud, y quizá incluso mi respeto. No os interpongáis en mi camino.

—Eso depende de adónde os lleve vuestro camino. Manteneos alejado del Tearling.

—No os prometo nada. Estáis advertida —dijo con una sonrisa en los labios.

Entró en la chimenea y sofocó las llamas, y a Kelsea se le hizo un nudo en el estómago al verlo marchar. La figura de Finn fue desvaneciéndose hasta desaparecer por completo; solo le dejó la sensación de que, al fin y al cabo, ella también había tenido que pactar, y de que el pacto que acababa de hacer tal vez resultara aún peor que el de su madre.

«Ya es demasiado tarde.» Estaba a punto de amanecer. Kelsea se preguntó dónde debía de estar Lily, qué estaría haciendo. ¿Habrían zarpado ya? ¿Adónde? ¿Cómo habría podido proteger Tear su pequeño reino de viajeros provenientes de un mundo que se derrumbaba? En el mundo anterior a la Travesía vivían más de veinte mil millones de personas, pero nadie los había seguido al Nuevo Mundo. ¿Cómo había conseguido salir Tear?

—Una simple travesía —volvió a susurrar Kelsea, y saboreó esas palabras como si fueran un talismán. Finn había dicho que la joya de Tear controlaba el tiempo; ¿habría podido ver Tear el futuro, prevenir los obstáculos? No, eso

era demasiado sencillo. ¿Una masa continental por descubrir en medio del Atlántico? Parecía poco probable, por no decir imposible. Sin embargo, habían recorrido miles de millas, y había atravesado el Océano de Dios hasta desembarcar en la costa occidental del Nuevo Mundo.

Tiempo, heredera del Tear, tiempo.

La voz de Finn resonaba en su cabeza, y Kelsea alzó la vista, asustada, al aparecer una visión ante sí. Allí no había certezas; nunca las había cuando se trataba de sus zafiros. Pero creyó entender, aunque fuera vagamente, qué había sucedido. Tear y su gente habían recorrido miles de millas por el océano, sí, pero el verdadero viaje no atravesaba distancias.

La verdadera Travesía era por el tiempo.

Una hora más tarde, después de lavarse y vestirse, Kelsea fue al despacho de Arliss, donde él le entregó una hoja de papel sin hacer ningún comentario. La joven la cogió y comprobó, complacida, que Arliss se había esmerado con la caligrafía y había conseguido que su letra resultara legible. No había esperado a que ella diera su aprobación al texto; a su lado había un montón de copias que seguía aumentando.

Decreto de Regencia

Por el presente decreto, Su Majestad Kelsea Raleigh Glynn, séptima Reina del Tearling, renuncia al trono y lo pone en manos de Lazarus de la Maza, capitán de la Guardia Real, sus herederos y cesionarios, y lo nombra Regente del trono de Su Majestad. En caso de fallecimiento o incapacidad de Su Majestad mientras esté vigente este Decreto de Regencia, el antedicho traspaso de poder adquirirá carácter permanente y el Regente será declarado gobernante del Tearling. Todas las actuaciones del Regente serán llevadas a cabo en nombre de Su Majestad y de acuerdo con las leyes de Su Majestad...

—Eso está muy bien —musitó Kelsea—. Se me olvidó pedirle que lo incluyera.

... pero todas esas actuaciones podrán ser rechazadas por decreto de Su Majestad en cuanto recupere el trono.

Kelsea miró a Arliss.

—¿Una cláusula de recuperación?

—Ha sido idea de Andalie.

—¿Como lo ha sabido?

—Lo sabía, reina mía, igual que sabe todo lo demás.

Kelsea siguió leyendo.

En el momento en que Su Majestad esté en condiciones de regresar y recuperar el trono, este decreto será declarado nulo. El Regente devolverá todos sus poderes a Su Majestad, o a los herederos de Su Majestad tras las oportunas comprobaciones.

Kelsea sacudió la cabeza.

—No es buena idea incluir una cláusula de recuperación, eso debilita a Lazarus desde buen comienzo.

—La necesitáis, reina mía. Tanto Andalie como esa pequeña sibila suya dicen que regresaréis.

Kelsea alzó la cabeza, sorprendida.

—¿Ah, sí?

—La pequeña parecía especialmente convencida. Dijo que regresaríais muy cambiada, pero que regresaríais.

Kelsea lo ponía en duda. Si intentaba matar a la Reina Roja, podía fracasar o lograrlo, pero en un caso u otro parecía improbable que pudiera sobrevivir mucho tiempo después del intento. Sin embargo ya era demasiado tarde para corregir el decreto; necesitaban suficientes copias para distribuir las por toda Nueva Londres. Kelsea se sentó en la silla enfrente de Arliss y empezó a firmar las hojas del montón. El trabajo la tranquilizaba, pero era monótono, y se puso a pensar en su conversación con Row Finn. Volvía a asaltarla aquella pregunta incómoda: ¿quién era su padre? Si el linaje de los Tear había sobrevivido, solo podía ser porque alguien había permanecido oculto durante el sangriento período posterior al asesinato de Jonathan Tear. Un secreto tan antiguo sería casi imposible de descubrir, pero la paternidad de Kelsea tal vez proporcionara un punto de partida.

—Señora.

Maza estaba en el umbral. Kelsea se enderezó inmediatamente y tapó con un brazo el decreto que estaba firmando. Pero Arliss había sido más rápido y ya había apartado de la vista todo el montón de copias.

—¿Qué pasa?

—Necesito que intervengáis en un asunto.

Kelsea se levantó y oyó, detrás de ella, el ruido de una hoja que resbalaba; Arliss había hecho desaparecer también el decreto que ella estaba firmando.

—¿De qué se trata?

Maza cerró la puerta.

—Pen se empeña en acompañarnos esta mañana. Le he dicho que no, pero no me hace caso. Podría impedirselo por la fuerza cuando nos pongamos en marcha, pero preferiría no hacerlo.

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Creéis que debería venir?

Kelsea asintió lentamente con la cabeza.

—Prohibírsele sería una crueldad.

—De acuerdo. —Maza bajó la voz y añadió—: Pero cuando volvamos, Señora, tendremos que hablar de Pen. No puede ser las dos cosas, vuestro guardia personal y vuestro amado.

«Amado.» Era un concepto tan anticuado que Kelsea casi se echó a reír, pero tras pensarlo un momento se dio cuenta de que Maza había escogido la palabra correcta. Amado... Eso era exactamente Pen.

—Muy bien. Lo hablaremos.

Maza miró más allá, por encima del hombro de la joven.

—¿Qué estabais haciendo?

—Estábamos repasando temas de impuestos.

—¿Ah, sí? —Maza clavó su penetrante mirada en Arliss y añadió—: ¿Los impuestos son un asunto de vital importancia ahora mismo?

—Mi reina me tiene a su disposición para hablar de lo que quiera cuando quiera, señor Maza.

El capitán se volvió hacia Kelsea y la miró con fijeza.

—Suéltalo, Lazarus.

—¿Por qué no me decís lo que estáis planeando, Señora? ¿No creéis que yo podría ayudaros?

Kelsea bajó la mirada, pestañeando; de pronto estaba a punto de llorar. Creía que él no lo entendería, al menos no hasta que estuviera hecho, y cuando llegara ese momento sería demasiado tarde para pedirle perdón. Pero en ese momento Maza era un guardia real hasta la médula. La dejaría inconsciente, si fuera necesario, para impedir que llevara a cabo su plan, y por lo tanto no

podía explicárselo, ni a él ni al resto de la guardia. No podría despedirse de ninguno de ellos. Recordó el día en que los había visto llegar, cansados e impacientes, a la casita. Aquella despedida había sido terrible, y esta también iba a serlo. Y sin embargo el mundo había crecido mucho desde aquel día. Recordó su recorrido por el Almont, entre granjas y campos de cultivo, el Caddell todavía una cinta azul a lo lejos. Cómo le habían impresionado aquellas tierras, su vastedad, su amplitud... Y mientras lo recordaba, notó que le resbalaba una lágrima por la mejilla.

«No puedo fallar, o todo estará perdido.»

—Ve a buscar a los otros tres, Lazarus. Es hora de partir.

Más tarde, al pensar en aquella cabalgata, Aisa solo recordaría que tendría que haber llovido. Habría sido adecuado que lloviera, pero el cielo estaba azul y despejado, con solo unas nubes de un rosa anaranjado, y la luz del alba apenas revelaba el mar de gente apostada a ambos lados del Gran Bulevar. Nueva Londres estaba abarrotada de gente y, aunque todavía no eran las seis de la mañana, parecía que toda la ciudad se hubiera congregado en las calles.

Pese a que la acompañaban tres guardias, Aisa se sentía muy pequeña y muy sola, y tenía miedo, no a la muerte, sino al fracaso. El mes anterior, Maza le había regalado un precioso semental. La niña le había puesto Sam, y Fell le había enseñado a montar. Pero montar a caballo era mucho más difícil que manejar un puñal o una espada, y Aisa no se engañaba pensando que ya dominaba la técnica. Tenía la impresión de que Sam podía tirarla al suelo en cualquier momento, y prefería morir antes de que eso sucediera ahora, delante de tanta gente, delante de Maza, que era quien la había escogido para que los acompañara en aquella peligrosa misión. Llevaba sus armas en el cinto, pero si alguien hacía el más mínimo movimiento en dirección a la reina, solo tardaría dos segundos en desmontar y blandir el puñal.

La reina cabalgaba, alta y erguida, entre ellos cuatro, y la luz tenue del alba brillaba discretamente en su diadema de plata. Aisa la veía majestuosa, tal como debía ser cuando una reina iba a negociar con el enemigo. Sin embargo la reina sujetaba las riendas con manos rígidas, y tenía los nudillos completamente blancos, y Aisa comprendió que no todo era lo que parecía. Antes de salir de la Ciudadela, Maza se los había llevado a los tres a un rincón y les había hablado en voz baja.

—Está tramando algo. Vigiladla muy bien. Si veis algún indicio de que vaya a echar a correr, dad la alarma y sujetadla. No podrá con los cuatro a la vez.

Aisa no entendía aquella orden; en realidad tampoco entendía a la reina. Sabía por su madre y por la guardia que a veces la reina entraba en trance, pero jamás habría podido imaginar lo que había sucedido la noche pasada: la reina arrastrando los pies de una habitación a otra, con los ojos a veces cerrados y a veces abiertos, tambaleándose, hablando sola, chocando incluso contra las paredes. Maza les había dicho que no se preocuparan, que la dejaran tranquila, y la había dejado al cuidado de Pen. Pero Aisa estaba preocupada. De alguna manera, la reina le recordaba a Glee, que también deambulaba persiguiendo cosas invisibles, atormentada por otro mundo que nadie más podía ver. A veces Glee tampoco estaba del todo consciente, y Aisa había pensado en más de una ocasión que algún día tal vez desapareciera sin más y se esfumara en ese mundo invisible. A lo mejor a Maza le preocupaba que la reina hiciera lo mismo.

—¡Reina Kelsea! —Aisa se volvió instintivamente hacia aquella voz y llevó una mano al mango del puñal. Pero solo era un anciano que estaba cerca de las primeras filas, y que saludaba a la reina con la mano. Su voz era la primera que oían elevarse por encima del murmullo de la muchedumbre; la ciudad parecía conmocionada, y todos miraban a la reina con los ojos muy abiertos, la mirada perdida. Tras unos diez minutos cabalgando, Aisa se fijó en otra anomalía: habían pasado por delante de miles de personas, pero no había visto ni un solo vaso de cerveza, ni siquiera cuando pasaron por la Ensenada, la famosa calle de los pubs de Nueva Londres.

«¡Tienen tanto miedo que ni siquiera beben!», comprendió la niña. Ellos no sabían que la reina iba a hacer una apuesta, pero Aisa sospechaba que eso no tenía importancia. Ella, como todos, había visto el gran ejército que se extendía a ambas orillas del Caddell. ¿Qué podía ofrecer la reina a cambio? Estaba participando en una empresa inútil, pero estaba orgullosa de que la hubieran escogido, orgullosa de ir con ellos. Cuando llegaran los mort, no se quedaría allí plantada, indefensa, mirando al vacío. Pelearía hasta la muerte para que no alcanzaran a la reina. Cuando llegaron al final de la Ensenada, sintió un escalofrío: le había parecido ver a su padre, su alta figura y sus negros ojos encendidos, en el centro de la multitud. Pero cuando la gente volvió a moverse, él se había esfumado.

Detrás de la última curva del Gran Bulevar apareció ante ellos el puente de

Nueva Londres, un largo tramo de piedra. La muchedumbre que tenían a ambos lados empezó a dispersarse, y Aisa pudo por fin relajarse cuando los cinco guiaron a sus caballos hasta el puente.

Un poco más allá se alzaba la barricada. Aisa no era ingeniera, pero entendió rápidamente cuál era el problema: la barricada no era más que una barrera construida a toda prisa con muebles y tablones amontonados en ambos lados del puente. Un estrecho pasillo discurría por el medio, tan estrecho que solo permitía pasar en fila india. Pero toda aquella estructura era sumamente precaria, y los pretiles, de escasa altura, no la soportarían. Maza decía que los mort habían llevado arietes, y por el aspecto que tenía aquello, bastaría un golpe certero de un ariete para derribar media barricada y lanzarla a las aguas del Caddell.

Era evidente que la reina había llegado a la misma conclusión, pues rio entre dientes al ver aquel desastre.

—Esto no puede aguantar, ¿no?

—No, imposible, Señora —confirmó Maza—. Solo existe una forma de defender correctamente un puente. Hall lo ha hecho lo mejor que ha podido con lo que tenía, pero esta barricada podría derribarla una suave brisa.

Aisa se preguntó cuál sería esa forma, pero entonces apareció el general Hall, y la niña no dijo nada. En la última semana, Hall había entrado y salido de la Ciudadela varias veces, y a Aisa le gustaba oírle hablar: serio y conciso, sin andarse por las ramas ni utilizar palabras superfluas. Maza decía que Hall había logrado una proeza al contener a los mort hasta que todos los refugiados hubieron entrado en la ciudad. Por un momento, Aisa temió que el general preguntara qué hacía ella allí con la guardia, pero Hall se limitó a mirarla un momento antes de dirigirse a la reina.

—Majestad.

—General. He venido a entablar negociaciones con los mort.

—Hay un contingente esperando al final del puente, pero no han venido vestidos para la diplomacia. Tienen dos arietes y están listos para empezar.

—¿Está Ducarte con ellos?

—Sí. Él está al mando.

La reina asintió un momento, pensativa; entonces se dio la vuelta y miró hacia atrás, por encima de las murallas de la ciudad. Aisa siguió su mirada y vio que toda la superficie de la muralla estaba abarrotada de gente, y que todos contemplaban el puente. La reina paseó la mirada por la muralla antes

de darse de nuevo la vuelta, y Aisa se dio cuenta de que estaba buscando a alguien, una cara que no había encontrado. La reina suspiró, y en sus ojos Aisa vio una tristeza que reconocía: la había visto en los ojos de su madre en innumerables ocasiones.

—Lo siento.

Maza tiró de las riendas de su montura con una mano y tendió la otra hacia la reina, pero entonces caballo y jinete se quedaron inmóviles. Al cabo de un momento Aisa notó que se le agarrotaban los músculos, una sensación extraña y desagradable, como si un calambre suave se extendiera por todo su cuerpo. Con el rabllo del ojo vio que Pen y Elston también estaban quietos; Pen ya había desmontado y se disponía a lanzarse hacia delante. Aisa había estado presente en varias conversaciones de la guardia a altas horas de la noche, y les había oído relatar el extraño poder que poseía la reina; cada guardia parecía tener sus propias conjeturas de lo que significaba la magia de la reina y hasta dónde podía llegar. Pero Aisa jamás había oído nada parecido a aquello. Intentó hablar, pero no pudo articular ni el más leve sonido.

—Lo siento —repitió la reina—. Pero en el sitio al que voy ninguno de vosotros puede protegerme.

Desmontó, se acercó a Maza y colgó las riendas de su yegua de la mano que el capitán tenía tendida. Maza la miró fijamente, inmóvil, pero sus ojos eran dos pozos terribles de rabia y dolor.

—Perdóname. —La reina cogió un momento la mano inmóvil del capitán y sonrió con tristeza—. Acuérdate, soy la reina.

A Maza le temblaron las comisuras de la boca, pero no dijo nada.

—Ahora eres mi regente, Lazarus. Está todo arreglado. Confío en que cuidarás de esta gente y la protegerás.

La reina lo miró un momento más, y luego se volvió hacia los otros tres: Aisa, Elston y Pen.

—Ya no podéis protegerme. Así que hacedme un favor: proteged a mi regente.

Aisa la miró fijamente, perpleja, pues la idea de que alguien protegiera a Maza era de lo más descabellado. La reina se acercó al general Hall, y por un momento Aisa creyó que él sí podría detenerla, pero entonces se fijó en cómo se le marcaban los músculos del cuello y comprendió que también estaba paralizado.

—Retírese del puente inmediatamente, general, y prepárese para el asedio.

Si los mort no vienen, sabrá que lo he conseguido.

Entonces miró a Pen, en cuyo hermoso rostro había quedado congelado un rictus de dolor. La reina posó una mano en su mejilla, y Aisa le vio dar un hondo suspiro; entonces se dio la vuelta y salió como una flecha hacia la barricada.

Los guardias no pudieron hacer otra cosa que mirarse unos a otros. Aisa comprobó que ella era la única que conservaba la calma; los otros tres tenían los ojos salidos de las órbitas. El peor era Pen; Aisa sabía que él habría seguido a la reina a cualquier sitio, y la reina lo sabía también. En la barricada había más soldados; seguro que ellos lograrían detenerla... Pero entonces, contemplando el laberinto de escombros, Aisa comprendió que aquello era una esperanza vana. La reina era poderosa, más poderosa que su madre, quizá más poderosa incluso que la Reina Roja. Si ella se lo proponía, nada lograría detenerla.

El suelo empezó a temblar bajo los pies de Aisa. Al cabo de un momento, se dio cuenta de que ya podía moverse, pues aquella extraña parálisis de los músculos había desaparecido. Pero el suelo se sacudía tan violentamente que perdió el control de Sam y cayó estrepitosamente sobre los adoquines.

—¡Todavía podemos alcanzarla! —gritó Maza—. ¡Vamos!

Pen ya había echado a correr hacia la barricada dejando atrás su caballo. Aisa se levantó del suelo y oyó un fuerte estruendo, parecido a un trueno, hacia el este. Siguió a Maza y Elston, tratando de no distanciarse de sus capas grises al tiempo que desenfundaba su puñal. Como siempre, la reconfortó notar el frío del puñal en la mano, y entonces, en aquel momento de verdadera necesidad, comprendió de dónde surgía aquella sensación de alivio: de la esperanza de enfrentarse a su padre. Aisa odiaba a su padre, y lo amaba, pero confiaba en encontrárselo algún día con un puñal en la mano.

Otro fuerte trueno estremeció el puente, sacudiendo el suelo de piedra bajo los pies de Aisa. Pasó al lado de varios soldados acurrucados en los rincones que formaban los escombros, pero no tuvo tiempo de detenerse a mirarlos. No eran importantes como lo era la reina. Aisa fue esquivando palos y patas de silla por aquella maraña hasta llegar al extremo este del puente, donde encontró a Maza, Pen y Elston, que se habían parado en seco. Aisa se detuvo a su lado y dio un grito de asombro.

Habían desaparecido por lo menos treinta metros del puente de Nueva Londres, dejando un tajo irregular de piedra, y luego el vacío. Aisa se asomó

al borde del precipicio y vio varios bloques de piedra blanca en el fondo, parcialmente sumergidos en las aguas azules del Caddell. Tenían los bordes irregulares, como si un gigante hubiera hecho pedazos la piedra con las manos. Ahora un boquete enorme se extendía desde donde ellos estaban detenidos hasta el último pilar del puente.

Aisa vio a la reina en el lado este del precipicio. Tenía buena vista, e incluso desde allí distinguió que la reina estaba blanca como la cera, y que parecía a punto de desmayarse. El sol empezaba a descender detrás de ella, una aureola de luz que rodeaba su cabeza, y la reina parecía muy pequeña. Aisa todavía no era, oficialmente, guardia real, pero creyó entender, aunque fuera vagamente, cómo debían de sentirse los otros tres. La exasperaba ver a la reina de pie al otro lado de aquel abismo, desprotegida y sola.

—¡Maldita seáis, Señora! ¡Desgraciada!—gritó Pen.

Aisa dio un respingo, pero Maza no dijo nada, y la niña supo que tenía que hacer como si no hubiera oído nada.

—¡Lo soy, Pen! —le gritó la reina.

Aisa miró de reojo a Maza e hizo una mueca de dolor al ver su semblante. Pensó, por primera vez, que parecía viejo, viejo y consumido. Hacía solo tres días que le había enseñado a golpear con la espada en las rodillas a un atacante, y la había aplaudido por lo bien que lo había hecho. ¿Cómo podía cambiar todo tan deprisa?

—¡No tenía alternativa, Lazarus! —gritó la reina desde el otro lado—. ¡Nunca la he tenido! ¡Tú lo sabes!

Extendió las manos, se dio la vuelta y se dirigió hacia la barrera de peaje, detrás de la cual la esperaba, inmóvil, un mar de uniformes negros. La reina caminó con decisión hacia los soldados mort, como si entrara en una colmena de abejas, y se sumergió en aquel mar. Los otros cuatro se quedaron observándola en silencio, y al cabo de unos minutos, cuando las líneas mort volvieron a formar, la reina había desaparecido.

La Reina Roja

La historia nos demuestra que la fortuna favorece a los audaces. Por tanto, es el deber de todos ser lo más audaces que podamos.

*Las palabras de la reina Glynn,
recopilación del padre Tyler*

Desde que habían salido de la Ciudadela, Kelsea no había dejado de intentar que Lily no se adueñara de su pensamiento. Empezaba a repasar su monólogo, lo que les diría a los mort cuando llegara al final del puente... Y entonces Lily se entrometía, y sus ávidos dedos de memoria se entrelazaban con los pensamientos de Kelsea hasta que ambas cosas eran indistinguibles. Disparos de ametralladora lejanos. Imágenes de un horizonte en llamas. Gritos de moribundos. Pero a pesar de todo eso, a Kelsea le habría gustado volver a sumergirse en la vida de Lily. Lily había vivido en tiempos turbulentos y terribles, pero no se le habían planteado las disyuntivas que se le planteaban a Kelsea. La vida de Lily exigía únicamente fortaleza. Kelsea alzó la vista y vio unas velas blancas, jarcias... Un barco, gente de pie al timón. Sacudió la cabeza, pero la visión no desapareció, ligeramente borrosa, como si la cubriera un velo de tela finísima. Por un instante, creyó poder alargar una mano y desgarrar el velo, y recorrer los siglos para llegar hasta Lily. Para ser Lily.

«¿Y si puedo?» —se dijo mientras contemplaba el barco, sus velas hinchadas, sombras blancas en la noche—. ¿Y si puedo simplemente cruzar, y no volver?»

Era una idea tan seductora que Kelsea tuvo que combatirla como, armada de un puñal, habría combatido a un oponente. Miró los zafiros y sintió que los

veía por primera vez. Durante meses había dado por hecho que sus zafiros estaban muertos, pero ¿por qué? Los sueños, su imparable transformación física, los cortes que se hacía en el cuerpo, el dolor de Lily, la vida de Lily... Todo aquello no había salido del vacío. Cogió las joyas, una en cada mano, y las levantó para que les diera la luz. Físicamente eran idénticas, pero ella percibía una gran diferencia entre las dos. ¡Ojalá tuviera tiempo para desvelarla! Estaba saliendo el sol, pero Kelsea todavía vacilaba.

—No estáis muertos —pensó, maravillada, contemplando las joyas que tenía en las manos. El mundo de Lily volvía a reclamarla, a exigir su regreso para que viera el final de la historia, pero Kelsea soltó las joyas y echó a andar. La visión de las velas se desvaneció por fin cuando llegó a la barrera del extremo del puente. Las tablas del peaje estaban vacías; no había entrado ni salido nadie de Nueva Londres por el puente desde que el ejército lo había tomado. Kelsea debería haber estado exhausta, y sin embargo se sentía completamente despierta.

La loma que había detrás de la barrera estaba cubierta de soldados mort, todos ellos armados para la batalla, con espadas y varios puñales en el cinto. Ver tanto acero de calidad hirió a Kelsea en lo más hondo. Su ejército, o lo que quedaba de él, tenía muy pocas armas como aquellas. A la cabeza de la columna mort había un hombre con armadura, con calva incipiente y unos ojos de párpados caídos que confundieron brevemente a Kelsea. Pero aquellos ojos eran astutos y despiadados, tal como ella recordaba haberlos visto con su catalejo. Lo saludó dirigiéndose a él en lengua mort.

—General Ducarte.

—La Reina del Tearling, supongo. —Miró más allá, hacia el puente—. ¿Habéis venido a suplicarle indulgencia a mi dueña? Porque no vais a obtenerla.

—He venido a hablar con vuestra... dueña. —Era una forma extraña de referirse a ella, y Kelsea se dio cuenta de que las clases de mort que le había dado Carlin, pese a ser muy minuciosas y extensas, tal vez no hubieran hecho suficiente hincapié en los modismos.

Ducarte parpadeó con aquellos párpados gruesos y volvió a dirigir la mirada hacia el puente derribado.

—No os recibirá.

—Yo creo que sí. —Kelsea se le acercó, y se sorprendió al ver que el general daba un paso hacia atrás y los soldados que estaban detrás de él lo

imitaban. ¿Acaso le tenían miedo? Parecía una idea ridícula, teniendo en cuenta que el poderoso ejército mort estaba allí mismo, en la loma.

Ducarte se puso a gritar en mort, muy deprisa.

—¡Andrew! ¡Ve corriendo a explicarle a la reina lo que está pasando!

Uno de sus hombres se dio la vuelta y echó a correr hacia lo alto de la loma, donde el cielo pasaba rápidamente del rosa al naranja. Estaba amaneciendo, y de pronto a Kelsea ese retraso se le antojó intolerable, peor que la idea de su propia muerte. Ducarte no quería que hubiera negociaciones, ahora lo entendía, aunque eso beneficiara a Mortmesne y a su señora. Ducarte quería invadir Nueva Londres, quería arrasar cuanto encontrara allí. Solo le interesaba el saqueo, solo le interesaba...

«El carnaval.»

Sí, esa era la palabra exacta. El hombre que tenía delante habría podido ser Parker, aguardando la caída del mundo. William Tear había dicho algo sobre los hombres como Parker: que estaban hechos para eso, para estropear las cosas. Y de repente Kelsea comprendió que tenía que impedir a toda costa que aquel hombre entrara en la ciudad. Ella había derribado el puente, pero con eso no había suficiente. Detrás de la loma había torres de asedio y arietes. Nueva Londres no estaba preparada para soportar un asalto, y el ejército mort estaba impaciente por hacerse con un buen botín. Una vez que empezaran, ya no pararían.

—Déjeme pasar, general.

—Eso tiene que decidirlo mi dueña.

Pero Kelsea no podía esperar. Ya había empezado a sondear a Ducarte, a examinarlo, como cuando curioseaba en la biblioteca de Carlin. Aquel hombre no le temía a la muerte, como Maza, aunque entre los dos no había ninguna otra similitud. Era imperturbable, no se dejaba influir por las súplicas ni por la compasión. Decidió que lo único que lo ablandaría serían el dolor y el instinto de supervivencia, así que buscó la carne blanda de su entrepierna y clavó en ella con fuerza.

Ducarte dio un grito. Varios de los hombres que estaban detrás de él se adelantaron, pero Kelsea sacudió la cabeza.

—Ni se os ocurra, a menos que queráis que os pase como a él.

Los soldados retrocedieron, y Kelsea comprobó que le tenían miedo. Miró a Ducarte y aflojó un poco su presa.

—Cuanto más tiempo me hacéis esperar aquí, general, más me convenzo de

que estas diversiones son necesarias.

Ducarte la miró a los ojos, despavorido. Kelsea dedujo que era la primera vez que lo dejaban indefenso. Ducarte era famoso por sus interrogatorios... Y eso le hizo acordarse de Langer, el burócrata. La gente como ellos no reaccionaba bien cuando estaban al otro lado de la mesa.

—Tengo que hablar con vuestra dueña. Dejadme pasar.

—No negociará con vos —repuso el general, jadeando—. Ni siquiera yo me atrevería a desafiarla. Es terrible.

—Voy a revelaros un secreto, general. Yo soy peor.

Volvió a apretarle con fuerza los testículos, y Ducarte gritó, un sonido agudo y femenino. Kelsea casi estaba disfrutando; sentía un placer ruin, el mismo que había sentido durante la ejecución de Thorne. Qué fácil y agradable era castigar a quienes merecían el castigo. Podía hacer papilla a aquel hombre, y su propia muerte casi habría valido la pena.

«Kelsea», susurró Carlin detrás de ella. La joven oyó esa voz tan cerca que se dio la vuelta creyendo que encontraría a Carlin. Pero allí no había nada, solo su ciudad, alzándose detrás de ella, abiertamente, bajo la luz azulada del alba. Esa visión hizo estremecerse a Kelsea, le recordó que ella no era dueña de sí misma. Ni siquiera la magia que ahora utilizaba, esa magia que había aprendido ella sola, era suya. Le pertenecía a William Tear, y él jamás habría permitido que nada distrajera su atención del gran premio: el mundo mejor.

—Lléveme ante ella, general, y pararé.

En el rostro de Ducarte no quedaba ni pizca de color. Alzó la vista y miró con frustración hacia lo alto de la ladera que tenía detrás, donde estaban aquellos arietes que esperaban sus órdenes. Entonces Kelsea vio el tenor de los pensamientos de Ducarte, sus ambiciones, y tuvo que dominar su cólera, tirar de ella como si tirara de la correa de un perro.

—Lléveme ante ella, general, o le juro que no podrá disfrutar de su asedio. Ya no estará equipado para eso.

Ducarte renegó; entonces se dio la vuelta y empezó a subir la ladera. Kelsea lo siguió rodeada por seis hombres de Ducarte, un grupo que parecía una guardia personal. Eso dio que pensar a Kelsea: ¿necesitaba Ducarte una guardia personal en su propio campamento? No era un hombre que inspirara lealtad, pero le sorprendió que fuera tan odiado por los suyos. Kelsea se fijó en que hasta aquellos soldados, los más selectos, procuraban no acercarse mucho a ella y se mantenían a unos seis metros.

Llegaron a lo alto de la loma, y Kelsea se detuvo un momento, impresionada por lo que vio. Visto desde las murallas de Nueva Londres, el campamento mort no tenía nada que ver con lo que era visto de cerca. Las tiendas, negras, se extendían a lo largo de kilómetros hacia la lejanía, y lo primero que se preguntó Kelsea fue qué debían de hacer para evitar que se recalentaran cuando el sol estaba en lo alto. Entonces se fijó en la fina tela con que estaban hechas, casi reflectante, y volvió a invadirla la rabia. Mortmesne siempre tenía algo nuevo.

Entraron en el campamento; los seis soldados se ciñeron más a ella, y Kelsea no tardó en ver la razón. El sendero por el que estaban atravesando pasaba entre muchas tiendas, y los hombres que había a ambos lados la miraban como perros hambrientos. Kelsea intentó prepararse para una agresión, pero no sabía si serviría de algo. La pared invisible que había percibido el otro día seguía allí, protegiendo el campamento; ¿acaso aquella mujer no dormía nunca? A medida que se acercaban al centro, los susurros se convirtieron en abucheos, y poco a poco dieron paso a discretos comentarios que a Kelsea le habría gustado no oír.

—¡Zorra tear!

—¡Cuando nuestra señora haya terminado contigo, te voy a pasar por la piedra!

Ducarte hacía como si no oyera nada. Kelsea cuadró los hombros y mantuvo la vista al frente mientras trataba de recordarse que ya la habían amenazado otras veces, que siempre había habido alguien que quería matarla. Pero aquello, la hostilidad y la violencia que se cernían sobre ella, a veces expresada en mort y otras en un tear impecable, era diferente, y Kelsea sintió miedo.

—¡Te hará suplicarle que te mate!

«¿De dónde saldrá tanto odio?» Le dieron ganas de llorar, pero no por ella, sino por aquel desperdicio, de pensar en cuántas cosas extraordinarias habrían podido conseguirse en el Nuevo Mundo. Como no podía dejar de oír aquellos improperios, buscó a Lily y la encontró enseguida, contemplando el cielo nocturno, las velas blancas bajo la luz de la luna. Pero las velas estaban muy infladas, como si soplara un fuerte viento.

«Me lo he perdido», pensó Kelsea, y la invadió la tristeza. Se había perdido la botadura. Pero Lily lo había conseguido: iba a bordo de uno de aquellos barcos. La pena amenazaba con desbordar a Kelsea, pero la combatió

pensando en William Tear y en el gran premio.

Doblaron una esquina, y Kelsea atisbó una pizca de escarlata entre aquella masa negra. La Reina Roja. Pronto estaría ante ella, cara a cara. Durante toda aquella larga y borrosa noche pasada, eso era lo único en lo que había evitado pensar. Tropezó con un trozo de metal que había en el suelo, estuvo a punto de caerse en el barro y se lastimó el tobillo. Los abucheos de los soldados se intensificaron. Kelsea estaba agotada tras más de veinticuatro horas sin dormir, y empezaba a acusarlo. Su mente, en cambio, estaba lúcida y afilada, segura de adónde iba; solo tenía que aguantar un poco más. La tienda roja se erigía más allá, y Kelsea estaba asustada, pero también sentía alivio, la sensación de que el destino era ya tan inminente que no podía esquivarlo.

Casi había terminado.

La reina estaba nerviosa. No sabía por qué; todo estaba saliendo mejor de lo que ella había previsto. La niña estaba viniendo (¡iba a entregarse ella misma!), cuando la reina había creído que tendrían que luchar a brazo partido para entrar en la Ciudadela. Llevaba las dos joyas; el mensajero de Ducarte lo había especificado. Ese detalle simplificaba las cosas enormemente, pero la reina no se fiaba, porque parecía demasiado fácil. Hacía más de un siglo que no veía los zafiros de Tear, y ni siquiera de niña había tenido ocasión de examinarlos como le habría gustado. Elaine nunca se quitaba su Collar del Heredero, y la madre de la reina nunca la había dejado acercarse lo suficiente. Los zafiros serían la última pieza del rompecabezas, de eso estaba segura, pero aun así el corazón le latía muy deprisa y la pierna izquierda le temblaba bajo las faldas.

«¿Cómo podré hacerme con ellos?»

Sabía, por la cosa oscura, que no podía quitárselos a la niña del cuello sin sufrir terribles consecuencias. La cosa oscura había estado trabajando con la niña, eso era evidente, pero la reina no sabía si habían avanzado mucho, de qué sería capaz la niña. ¿Representaba verdaderamente una amenaza? No parecía probable, ahora que la capital de su reino estaba a punto de sucumbir. Pero la cosa oscura mentía muy bien, mejor que nadie que la reina hubiera conocido jamás. ¿Cómo podía saber qué había aprendido la niña, qué había descubierto? No podía saberlo, y eso la atormentaba. Su vulnerabilidad se había reducido enormemente, pero en ese momento tenía una dolorosa

conciencia de la que todavía le quedaba, y se le antojaba injusto que sus puntos débiles cobraran peso precisamente ahora, cuando tan cerca estaba de conseguir la solución.

Oyó el alboroto que armaban sus soldados. ¿Qué pretendía conseguir la niña yendo allí? ¿Acaso aspiraba a convertirse en mártir? La niña ya había demostrado su debilidad por los gestos ostentosos, aunque esas demostraciones eran tan reveladoras que la reina las consideraba, de hecho, debilidades. La algarabía aumentaba; la reina se enderezó y echó un vistazo al interior de la tienda para asegurarse de que todo estaba preparado. Ducarte le había conseguido una mesita baja para las comidas, un lujo absurdo que ahora le resultaría útil. Iba a matar a la niña, desde luego, pero antes charlarían un poco. Sentía curiosidad por saber muchas cosas. Se planteó abrir la portezuela de la tienda para ver acercarse a la niña. Pero no: había ido allí a suplicarle, y ella la trataría como se merecía. Se quedó de pie, con las manos junto a los costados, a pesar de que los latidos de su corazón seguían acelerándose y la pierna le temblaba escandalosamente bajo el vestido.

—¡Majestad! —exclamó Ducarte.

—¡Pasa!

El general apartó la portezuela de la tienda, y la niña se agachó y entró por ella. De pronto, la ansiedad que había ido acumulándose en la reina durante los diez últimos minutos cristalizó, y cuando la niña se enderezó y la luz iluminó su cara, la reina tuvo que recurrir a su autocontrol, perfeccionado a lo largo de los años, para no retroceder.

Ante ella estaba la mujer del retrato. Todo coincidía: el pelo, la nariz, la boca, hasta las arrugas que el dolor había grabado alrededor de sus ojos.

«¿Será un truco?», se preguntó. Pero ¿cómo podía ser? Hacía más de cien años que había robado el retrato de la Ciudadela. Bajó la mirada hacia el vientre de la niña y sintió alivio al comprobar que, al menos, había una diferencia: esta no estaba embarazada. Por lo demás, eran idénticas, y de pronto la reina sintió como si le hubieran robado algo. El retrato, la mujer, le pertenecían exclusivamente a ella; la niña no tenía derecho a presentarse allí con la apariencia de la otra. Estaba muy erguida, en una postura desafiante, y nada indicaba que su propósito fuera implorarle; eso le produjo aún mayor desasosiego a la reina, y agudizó su sensación de que algo se había torcido.

—La Reina del Tearling —anunció Ducarte, aunque no había ninguna necesidad, y la reina señaló la puerta con un ademán.

—Quizá debería quedarme, Majestad.

—Quizá no —replicó ella. Acababa de percibir otra diferencia, y eso la tranquilizó, pues redujo su sensación de desconcierto: a diferencia de la mujer del retrato, la niña tenía los ojos de un verde oscuro, los mismos ojos Raleigh que en otros tiempos la reina había deseado tener con toda su alma. Llevaba colgados del cuello los dos zafiros, tal como le había informado Andrew, y una vez que los vio, ya no pudo apartar la mirada de ellos.

—Majestad, el puente de Nueva Londres...

—Ya lo sé, Benin. Vete.

Ducarte salió de la tienda, y la portezuela se cerró tras él.

—Sentaos, por favor. —La reina le ofreció la silla más alejada, y, tras un momento de vacilación, la niña se dirigió hacia ella. Tenía los ojos enrojecidos, y la reina se preguntó por qué sería. ¿Por qué lloraba la niña? Seguro que no por ella misma; ya había demostrado que salvar la vida no era su máxima prioridad. Tal vez estuviera cansada, simplemente, pero la reina lo dudaba. El dolor se reflejaba en su cara; era tan aparente como si hubiera llevado un cuervo posado en el hombro.

La niña escudriñaba el rostro de la reina, examinaba sus facciones una a una como si tratara de diseccionar aquella cara y volverla a componer. «Me ha reconocido», pensó la reina, atemorizada. Pero ¿cómo podía ser? Aquella no era la mujer del retrato. La niña solo tenía diecinueve años.

—¿Qué edad tenéis realmente? —preguntó la niña de pronto, en mort. Lo hablaba bien, con solo un ligero acento.

—Mucha más que vos —contestó la reina sin vacilar, satisfecha de que su voz no delatara sus perturbadores pensamientos—. Suficiente para saber cuándo he ganado.

—Sí, habéis ganado —concedió la niña. Pero su mirada seguía recorriendo el semblante de la reina como si buscara pistas en él.

—¿Y bien?

—Os he visto en algún sitio —musitó la niña.

—Todos tenemos visiones.

—No. Os he visto. Pero ¿dónde?

La reina sintió una opresión en el pecho. «Solo tiene diecinueve años», se recordó.

—¿Qué importancia puede tener eso?

—Queréis esto. —La niña cogió los zafiros y los sostuvo sobre la palma de

la mano. Las joyas destellaron, pese a que solo se filtraba una luz difuminada a través de la tela de la tienda, y la reina creyó poder ver algo en lo más hondo de ellos. Pero entonces la niña los agitó, y eso que la reina creía haber visto desapareció.

—Sí, son unas joyas muy bonitas.

—Pero tienen un precio.

—¿Un precio? —La reina rio, aunque hasta ella detectó el nerviosismo de su risa—. No estáis en posición de negociar.

—Claro que sí —la contradijo la niña. Sus ojos verdes arponearon a la reina con una mirada que denotaba una gran inteligencia. A veces mirabas a alguien a los ojos y la veías: en la concentración de la pupila, en la agudeza de la mirada—. Podéis matarme, Señora Carmesí. Podéis invadir mi ciudad y arrasarla. Pero ninguna de esas dos cosas os permitirá quitarme estos zafiros del cuello. Estoy segura de que sabéis qué sucede si alguien intenta tomarlos por la fuerza.

La reina se recostó, desconcertada. De modo que sí tenía algo con lo que negociar... Se preguntó quién habría hablado. ¿Thomas Raleigh? ¿Thorne?

—Puedo ordenarle a cualquier desgraciado que os mate y os los quite —replicó tras una larga pausa—. ¿Qué más da?

—Y ¿eso funcionará? —preguntó la niña. La arrogancia de su voz hizo tambalearse a la reina. Casi toda la información relativa a los zafiros de Tear pertenecía al ámbito de la leyenda; nadie había intentado arrebatárselos por la fuerza desde la muerte de Jonathan Tear. Pero la cosa oscura había dicho que se podía hacer. Y entonces la asaltó un pensamiento verdaderamente terrible, que la golpeó con fuerza en el plexo solar: ¿y si la cosa oscura le había mentido, años atrás? ¿Y si solo necesitaba que ella le procurara los zafiros, que le hiciera el trabajo sucio y recibiera el castigo?

—Bien. —La niña asintió con la cabeza—. Pensadlo bien. Porque os aseguro que a quien intente cogerlos contra mi voluntad le espera una terrible agonía. Y aunque os limitéis a guiar esa mano, mi venganza caerá también sobre vos.

—No es la primera vez que me maldicen. No me dais miedo. —Pero la reina estaba nerviosa. Se había sobrepuesto a la espantosa idea de que la mujer del retrato hubiera cobrado vida, pero aun así el rostro de la niña se burlaba de ella rescatando el fantasma del pasado. No podía estar segura de que la niña estuviera embaucándola, y era mucho lo que estaba en juego—.

Esas joyas no han tenido un verdadero propietario desde William Tear.

—Os equivocáis. —La niña volvió a sonreír mostrando los dientes; en sus ojos ardía una emoción feroz, algo cercana a los celos—. Son míos.

La reina, consternada, se sorprendió dando credibilidad a esas palabras. Se sabía muy poco acerca de la magia de las joyas. A lo largo de los años, habían salido algunas especiales de las minas cadaresas, pero ninguna con un poder ni remotamente comparable al de los zafiros de Tear. La reina nunca había oído hablar de que una joya hubiera establecido un vínculo con un propietario determinado; que ella supiera, en aquel juego lo fundamental era la posesión. Por otra parte, no creía que la niña estuviera mintiendo; su mirada era demasiado transparente, y, de entrada, la reina no creía que pudiera mentir tan bien.

«No lo sé», tuvo que admitir, y ese era el quid de la cuestión. Había demasiados interrogantes. Quería preguntarle a la niña por la cosa oscura, y tratar de sonsacarle más información sobre sus capacidades. Pero por otra parte, temía abordar cualquiera de esas dos cuestiones, pues no quería proporcionarle más herramientas a la niña. No era tonta. Había ido allí con un plan.

—Sí, os conozco.

La reina levantó la cabeza y vio brillar la revelación en sus ojos.

—En el retrato. —La niña ladeó la cabeza y clavó en la reina su mirada escrutadora—. La niña desfavorecida. La hija ilegítima. Erais vos.

La reina le dio una bofetada. Solo tuvo un instante para admirar la marca que le había dejado en la mejilla, porque de pronto sintió que la sujetaban unas manos invisibles y la lanzaban contra el fondo de la tienda. Cayó encima del grueso y suntuoso lecho donde dormía. No sintió que la empujaban, sino más bien que la lanzaban, y si hubiera caído con la misma fuerza sobre algún objeto de hierro o acero, seguramente habría muerto en el acto. Se levantó de un brinco, preparada para pelear, pero la niña seguía sentada a la mesa, inmóvil, con la huella de la mano de la reina marcada en la mejilla.

«Estoy en peligro», comprendió la reina de pronto. Aquel pensamiento era tan novedoso que tardó un momento en resultar alarmante. La niña se las había ingeniado de alguna forma para llegar a su interior, para atravesar las defensas que tenía en todo momento a su alrededor. ¿Cómo lo había hecho? La reina se recuperó; debía volver a la mesa, pero algo había cambiado, e, incluso con las defensas nuevamente levantadas, no se sentía capaz de cruzar la tienda.

—No os gusta que os reconozcan —caviló la niña—. ¿Tan dura era la vida con la Reina Hermosa?

La reina dio un gruñido, un sonido animal que se filtró entre sus dientes sin que ella pudiera evitarlo. Se había olvidado de aquel maldito retrato. Debía de estar todavía en algún rincón de la Ciudadela, su último momento en familia antes de desatarse el infierno. Pero la reina se había despojado de aquella cría como si hubiera salido de una crisálida. La niña jamás debería haberlas relacionado a las dos. Quiso llamar a Ducarte, pero no conseguía abrir la boca.

—Tengo muy mala vista —comentó la niña—. Pero mis joyas son muy útiles. A veces veo. Veo, sencillamente, donde otros no ven nada. —Se levantó y fue caminando despacio hasta la reina, con mirada escrutadora y, peor aún, compasiva—. Sois una Raleigh, ¿verdad? Una bastarda Raleigh, una hija no deseada, a la que nadie quería y a la que todos olvidaban.

La reina notó que se le retorcían las tripas.

—No soy una Raleigh. Soy la reina de Mortmesne.

Pero esas palabras le sonaron débiles incluso a ella.

—¿Por qué nos odiáis tanto? —preguntó la niña—. ¿Qué os hicieron?

«¡Evie! ¡Ven aquí! ¡Te necesito!»

La reina se estremeció. La cara de la mujer, la voz de su madre... Lo primero ya era malo, pero ambas cosas a la vez eran insoportables. Intentó recomponerse, recuperar parte del control que tenía cuando la niña había entrado en la tienda, pero cualquier cosa a la que intentara asirse parecía derretirse en sus manos.

«¡Evie!»

Otra vez la voz de su madre, pero más impaciente, más dura. La reina se tapó los oídos, pero no sirvió de nada, porque la niña estaba dentro de su cabeza. La sentía allí dentro, leyendo sus recuerdos como si leyera un libro, recorriéndolos, pasando las páginas, deteniéndose en los peores momentos. La reina se apartó tambaleándose, pero la niña la siguió por la tienda, por su mente, hojeando el pasado y descartando una página tras otra. Elaine, su madre, la Ciudadela, el retrato, la cosa oscura... Estaba todo allí, evocado de improvisado, como si llevara mucho tiempo esperando a ser rescatado.

—Ya lo veo —murmuró la niña con un tono que denotaba lástima—. Os vendieron. Todos os vendieron. La reina Elaine se lo quedó todo.

La reina dio un grito, se abrazó el torso y se clavó las uñas en los costados.

—No hagáis eso. —La niña se arremangó las mangas del vestido, y la reina vio que tenía el brazo izquierdo lleno de heridas, algunas nuevas y otras ya cicatrizadas. Era una visión tan impactante, se contradecía tanto con lo que ella sabía de la niña, que dejó caer las manos.

»Yo también lo hago —continuó la niña—, para controlar mi ira. Pero a la larga no sirve de nada. Ahora lo entiendo.

Ducarte irrumpió en la tienda con la espada desenvainada, pero la niña se volvió rápidamente hacia él y, de pronto, Ducarte se dobló por la cintura, asfixiándose, y se llevó las manos al cuello.

—No intervengáis, monsieur general. Quedaos donde estáis, y os dejaré respirar.

Ducarte retrocedió hacia el fondo de la tienda.

La niña miró a la reina de nuevo con curiosidad. La reina sentía que le dolía la mente; había sufrido una terrible violación, como si todo lo que ella guardaba bajo llave hubiera sido expuesto bajo una luz corrosiva. Todavía notaba a la niña allí dentro, examinándola, hurgando entre los escombros. La reina intentó recurrir a algo, alguno del sinfín de trucos que había ejercido a lo largo de los años. No se sentía tan impotente desde que era una cría y estaba encerrada en una habitación. Se suponía que el pasado era pasado. En teoría no podía aparecer de pronto y arrastrarla a las profundidades.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó la niña.

—Soy la reina de Mortmesne.

—No. —La niña dio unos pasos y se detuvo ante ella, a solo unos centímetros. Lo bastante cerca, en teoría, para que la reina pudiera hierla, pero no pudo ni levantar una mano. Volvía a notar la mente de la niña forzando la suya, metiendo los dedos en todos los rincones, y entonces entendió que quizá la niña fuera capaz de matarla. Ningún arma habría podido hacer ese trabajo, pero la niña había encontrado sus propios puñales en la mente de la reina. Cada pequeño fragmento de historia que tocaba se afilaba, y la reina sentía que toda su psique se estremecía ante aquella violación, viendo cómo otra persona manejaba su identidad con tanta soltura. La niña había encontrado la respuesta, y por fin disminuyó la presión sobre la mente de la reina.

—Evelyn —murmuró la niña—. Sois Evelyn Raleigh. Y lo siento.

La reina de Mortmesne cerró los ojos.

Cuando Aisa y los otros guardias entraron en el Pabellón Real, encontraron al resto de la guardia en posición de firmes. Ni siquiera los guardias del turno de noche, para quienes ya había pasado la hora de acostarse, se habían retirado. Bradshaw, el mago, estaba apoyado contra la pared, y, distraído, hacía desaparecer y reaparecer un pañuelo. También estaba allí la madre de Aisa; la niña la vio de pie en la entrada del pasillo, donde siempre se ponía mientras esperaba a que la reina volviera a casa. Al verla, Aisa tuvo ganas de llorar.

Maza caminó a grandes zancadas hasta la tarima; su sombría expresión no invitaba a que nadie hiciera preguntas. Aisa lo siguió, tan aprisa como pudo, con la mano en el mango del puñal. Era ridículo que una niña de doce años protegiera a Maza, pero la reina le había encargado que lo hiciera, y ella jamás olvidaría ese momento, aunque viviera cien años. Elston también se había tomado muy en serio el encargo de la reina; siguió a Maza muy de cerca, vigilando por si detectaba alguna amenaza, y cuando vio que Aisa hacía lo mismo, sonrió para expresarle su aprobación. Pen, en cambio, no ayudaba mucho; seguía a Maza con gesto ausente, como si estuviera desorientado. No había llorado, como Aisa creía que habría hecho un hombre enamorado. Pero parecía ausente, extraviado.

Fue Wellmer quien por fin se atrevió a preguntar:

—¿Dónde está la reina?

—Se ha ido.

—¿Ha muerto?

Maza recorrió la habitación con la mirada hasta que encontró a Andalie en la entrada del pasillo. Ella negó con la cabeza.

—No, no ha muerto —contestó Maza—. Solo se ha ido.

Arliss esperaba al pie de la tarima. Al acercársele Maza, le entregó una hoja de papel, y esperó mientras el capitán la leía. El anciano no se inmutó siquiera cuando Maza levantó la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—Usted lo sabía.

Arliss hizo un gesto afirmativo.

—¿Por qué demonios...?

—Yo no trabajo para usted, señor Maza. Sirvo a la reina. Obedeciendo sus órdenes, he distribuido casi un centenar de copias. Ya está hecho: ahora sois el Regente.

—Dios. —Maza dejó caer la hoja, se sentó en el tercer escalón de la tarima y enterró la cabeza en las manos.

—¿Qué le harán? —preguntó Wellmer.

—Se la llevarán a Demesne.

Aisa no conocía aquella voz; se dio la vuelta y desenvainó su puñal. Había un grupo de cinco hombres encapuchados frente a la puerta del Pabellón Real, que estaba cerrada.

Maza levantó la cabeza y miró al hombre que iba a la cabeza del grupo.

—¡Kibb! ¿Cómo han entrado estos hombres en el pabellón?

Kibb abrió las manos.

—Le juro, señor, que hemos cerrado las puertas con llave después de entrar usted.

Maza asintió y volvió a mirar al recién llegado.

—Conozco tu voz, granuja. Así que es cierto que puedes atravesar las paredes, como cuentan las historias.

—Los dos podemos. —El líder se quitó la capucha dejando al descubierto su pelo castaño oscuro, un rostro atractivo y un bronceado que sugería que venía del sur—. Es valiosa. La Reina Roja no la matará.

Aisa no entendía cómo podía estar tan seguro aquel desconocido. ¿Qué valor podía tener la reina Kelsea para los mort? Podían pedir un rescate por ella, desde luego, pero ¿qué rescate? Su madre siempre decía que el Tear era pobre en todo excepto en gente y madera, pero los mort tenían sus propios bosques, y la reina jamás habría accedido a negociar con personas.

—Matar a la reina sería una decisión inteligente —replicó Maza—. Dejarían al Tear sin heredero y nos sumirían en el caos.

—Aun así, no lo harán.

Maza se quedó mirando largo rato a su interlocutor, evaluándolo. Entonces se puso en pie.

—En ese caso, tenemos que actuar cuanto antes.

El desconocido sonrió, y eso transformó su rostro, que pasó de meramente atractivo a francamente hermoso.

—Necesitas a gente en la capital. Yo tengo mucha. Tendrás toda la ayuda que pueda darte.

Aisa miró con disimulo al resto de la Guardia Real y se sorprendió al ver que Pen sonreía pese a que sus ojos estaban anegados en lágrimas.

—Tenemos que enviarle un mensaje a Galen y a Dyer, que están en Demesne. ¡Y Kibb! —gritó Maza—. Baja a los Pozos y busca a ese panadero, Nick. Ha llegado el momento de pedirle que nos devuelva el favor.

Kibb asintió con la cabeza, y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Piense que ahora es el Regente, señor.

—Puedo hacer las dos cosas.

—¿Señor? —Ewen había dado un paso adelante; su amable rostro reflejaba su desconcierto y las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Aisa sintió una profunda pena por él. Todos sabían que Ewen adoraba a la reina, y era evidente que no entendía qué había ocurrido.

—¿Qué pasa, Ewen? —preguntó Maza, y su tono de voz solo delató una pizca de impaciencia.

—¿Qué vamos a hacer, señor? —preguntó Ewen, y Aisa se dio cuenta de que se había equivocado: sí lo entendía.

Maza bajó de la tarima y le dio una palmadita a Ewen en la espalda.

—Vamos a hacer lo único que podemos hacer. Vamos a rescatarla.

—Lo siento —repitió Kelsea. Sentía aquel lado terrible dentro de sí, acechando, regocijándose, aguardando el momento de abalanzarse sobre la mujer que tenía delante. Era otra Kelsea, una Kelsea que concebía la muerte como la solución más completa y efectiva de todos sus problemas.

Había creído que la Reina Roja caería de rodillas, pero no fue así, y al cabo de un momento se dio cuenta de que aquella mujer haría cualquier cosa excepto suplicar. La veía con claridad, podía desfilarse por su vida del mismo modo que desfilaba por la de Lily, distinguir cómo se formaban los patrones. Evelyn Raleigh, la niña, había suplicado, y con eso no había conseguido nada. La mujer jamás volvería a suplicar. Por la mente de Kelsea se sucedían los recuerdos: la vio sentada en el suelo, jugando con unos soldados de juguete sobre las losas destrozadas; contemplando con anhelo el péndulo azul de una joya que adornaba el escote de una mujer; mirando desde detrás de una cortina a unos hombres y mujeres engalanados que bailaban en una habitación que Kelsea reconoció al instante: su cámara de audiencias. Evelyn Raleigh estaba desesperada por que la vieran, por importarle a alguien... pero en todos aquellos recuerdos de infancia estaba sola.

Kelsea retrocedió ante los recuerdos de su vida adulta. Vio fragmentos y retazos de una historia terrible: aquella niña desfavorecida había salido de la oscuridad y se había forjado su propio concepto de grandeza, y había canalizado todo aquel dolor y aquel resentimiento hacia el autoritarismo. Row

Finn la había ayudado, le había enseñado a hacer su propia magia, pero Kelsea también percibió un vacío innato en la mujer que tenía ante sí, una certeza de que un error en su nacimiento la había privado de mejores oportunidades; y la pérdida de los zafiros era algo que le dolía especialmente. También había un retrato en medio de todo aquel embrollo, y aunque Kelsea solo lo vio de refilón, reconoció claramente a Lily. La Reina Roja no sabía quién era Lily, y sin embargo sentía una fuerte conexión con ella; Kelsea comprendió que Thorne y Row Finn se habían equivocado en una cosa: la Reina Roja quería ser inmortal, pero no necesitaba vivir eternamente. No le temía a la muerte. Solo quería ser invulnerable, decidir su propio destino sin estar sujeta a los caprichos de otros. La niña, Evelyn, no había podido controlar su propia vida. La Reina Roja estaba decidida a controlarla por completo. Kelsea dio un paso atrás y trató de desconectarse de todo aquello. Carlin le había inculcado la noción de que entender mejor a los demás siempre constituía una ventaja, pero entender a la Reina Roja no iba a facilitarle la tarea a la que se enfrentaba ahora. Por primera vez desde hacía varias semanas, Kelsea se acordó de Mhurn, a quien había anestesiado antes de su ejecución. No tenía ningún fármaco para la Reina Roja, pero al menos podía hacer que tuviera una muerte rápida, y no la pesadilla prolongada que le había infligido a Thorne.

No obstante, al mismo tiempo que trataba de apartarse, Kelsea encontró un recuerdo y se aferró a él: la joven Evelyn, con once o doce años, plantada delante de un espejo. Ese recuerdo estaba muy protegido, tan bien protegido que cuando Kelsea empezó a examinarlo, la Reina Roja se sacudió de pies a cabeza y se abalanzó sobre Kelsea dando a sus manos forma de garras. Iba directa hacia los zafiros, pero Kelsea se agachó y la apartó de un empujón. La Reina Roja salió despedida y rebotó en una de las paredes de la tienda. Kelsea la persiguió y siguió escarbando, porque sentía el dolor que envolvía aquel recuerdo, exacerbándolo, como una herida que nunca se hubiera limpiado. Evelyn estaba delante de un espejo, contemplándose, y sufría la agonía de una revelación terrible:

«Nunca seré hermosa.»

Kelsea se retrajo al sentir como si la mordieran; ahuyentó aquel recuerdo incómodo como quien aparta un insecto pernicioso. Pero no era fácil librarse del dolor de Evelyn; Kelsea notó como si hubiera clavado unos ganchos en su mente. La mujer que tenía delante era hermosa, tan hermosa como lo era

Kelsea ahora... pero había creado esa belleza, la había compuesto ella, del mismo modo que lo había hecho Kelsea. En el fondo, la niña feúcha todavía dominaba; la Reina Roja nunca había conseguido distanciarse de ella, dejarla atrás, y Kelsea adivinó un terrible presagio de su propio futuro.

La Reina Roja estaba apoyada en la pared de la tienda y respiraba con dificultad. Aun así, le lanzó una mirada furibunda a Kelsea.

—Lárgate. No tienes ningún derecho.

Kelsea se apartó, se soltó de la mente de la mujer. La Reina Roja se derrumbó y se quedó en el suelo, abrazándose las rodillas. Kelsea habría querido disculparse, porque ahora entendía que lo que había hecho era muy desagradable. Pero la Reina Roja había cerrado los ojos, como si, de alguna manera, dispensara a Kelsea. La certeza de que iba a morir había impregnado el pensamiento de la mujer, y había calmado las aguas de su mente. La Reina Roja había tenido una vida larga y terrible, marcada por su propia crueldad, y habría sido fácil, muy fácil, descartar a la niña que deambulaba en su interior. El lado oscuro de Kelsea quería ignorar a esa niña; sentía ansias de matar, como un perro voraz tirando para soltarse de la cadena. Pero Kelsea se detuvo, enfrentada de pronto a un matiz que nunca había contemplado. La mujer que tenía delante merecía un duro castigo por los actos que había cometido, por el terror que le había infligido al mundo. Pero la niña, Evelyn, no era responsable de lo que le habían hecho, y las experiencias de aquella niña habían marcado para siempre a la mujer. La mente de Kelsea pedía a gritos que hiciera algo, que actuara. Sin embargo, la joven vacilaba ante la mujer acurrucada en el suelo.

«Los problemas del pasado.» Su propia voz resonaba en su cabeza, y Kelsea lamentó que Maza no estuviera allí, porque sabía que por fin podía explicar aquel interrogante, ofrecerle un ejemplo concreto de cómo los problemas del pasado, si no se corregían, se convertían inevitablemente en los problemas del futuro.

«No puedo matarla», comprendió. Había todo un ejército a su alrededor, un ejército que entraría en Nueva Londres y la arrasaría. Aquella era su única opción, su única oportunidad... pero no podía. La compasión lo había estropeado todo.

—Abrid los ojos —le ordenó Kelsea, y nada más pronunciar esas palabras, notó que la sombra oscura de su interior se arrugaba y se alejaba renqueando, con las alas hechas jirones. Quizá siguiera rondando su mente eternamente,

buscando el momento de actuar, pero en ese instante Kelsea supo que jamás volvería a controlarla.

La Reina Roja abrió los ojos, y la cólera que vio en ellos hizo estremecerse a Kelsea. Se había metido donde no tenía permiso para entrar, y aquella mujer siempre la odiaría por lo que había descubierto. Kelsea volvió a pensar en pedir perdón, pero el recuerdo de William Tear se entrometió.

«¡El gran premio!»

—Os propongo un trato. Os entregaré mis zafiros.

—¿A cambio de qué? —Tras un primer momento de sorpresa, el rostro de la Reina Roja se suavizó, y, a su pesar, Kelsea sintió admiración. De modo que ella también sabía dejar a un lado el pasado cuando no servía para nada, cuando solo iba a ser una distracción. Kelsea no iba a ganar nada perdonándole la vida a la Reina Roja, decía esa expresión; aquella mujer sabía cómo conseguir lo que quería.

—La autonomía del Tear.

La Reina Roja soltó una carcajada, pero dejó de reír al ver la expresión de Kelsea.

—¿Lo decís en serio?

—Sí. Os entregaré los collares. Me los quitaré voluntariamente, y vos retiraréis vuestro ejército y no regresaréis hasta dentro de cinco años. Durante ese tiempo, no pondréis ni un pie en mi reino. No exigiréis nada. Dejaréis a mi pueblo en paz.

—¿Cinco años sin remesa? ¿Con la pérdida de beneficios que eso representa? Habéis perdido el juicio.

Pero, bajo la fachada impenetrable de la negociadora inflexible, Kelsea leyó una historia completamente diferente. En eso, al menos, Thorne y Finn tenían razón: lo que más deseaba la Reina Roja era hacerse con las joyas.

—Os prometo que, si os negáis a pactar conmigo, jamás conseguiréis los zafiros. Aunque me pudra y quede reducida a polvo, no podréis quitármelos sin afrontar las consecuencias. Porque me pertenecen a mí.

—Cinco años es demasiado tiempo.

—¡Majestad! —exclamó Ducarte. Kelsea no se acordaba de que estaba allí, agazapado en un rincón de la tienda—. ¡No podéis hacer eso!

—Cállate, Benin.

—No me callaré, Majestad. —Ducarte se levantó, y Kelsea vio que él también estaba furioso... pero no con ella—. El ejército ha tenido mucha

paciencia, lleva mucho tiempo esperando el momento de hacerse con el botín. Nueva Londres es su recompensa. La ciudad está mal defendida, y llena de mujeres y niños. Se lo han ganado.

—Tendrás tu diez por ciento, Benin. Te pagaré de mi propio bolsillo.

Ducarte negó con la cabeza.

—Eso no resolverá nada, Majestad. El ejército ya está enojado. Si nos retiramos ante una victoria segura...

Kelsea quiso hacerle callar; no le gustaba que el general se entrometiera precisamente ahora, cuando intuía que su oponente se estaba debilitando. Pero no fue necesario, porque la Reina Roja se volvió hacia él, y Ducarte palideció y enmudeció.

—¿Acaso crees que mi ejército sería capaz de desafiar mis órdenes, Benin?

—No, Majestad, eso no —rectificó Ducarte—. Pero mis hombres ya están descontentos. Un soldado con la moral baja no es un buen soldado, eso está comprobado.

—Si saben lo que les conviene, reprimirán su descontento. —La Reina Roja se volvió hacia Kelsea; sus ojos, relucientes y de pupilas negras, oscilaban entre su rostro y los zafiros—. Dos años.

—Entonces es que no los deseáis tanto como yo creía.

—Cinco años es demasiado —insistió la Reina Roja con un deje de desánimo—. Tres años.

—Trato hecho. —Kelsea levantó las joyas, pero sin descolgarse las cadenas del cuello—. Sujetadlos.

La Reina Roja la miró con desconfianza.

—¿Por qué?

—Es un truco que me enseñó nuestro amigo mutuo. —Kelsea sonrió—. Necesito asegurarme de que no incumpliréis vuestra parte del trato.

La Reina Roja abrió mucho los ojos, asustada de pronto, y Kelsea se dio cuenta de que eso era precisamente lo que pretendía hacer. Sí, aquella mujer era lista, lo bastante lista para negociar con una promesa que pensaba romper.

—Os conozco, Evelyn. Tres años, ese es el trato. —Kelsea levantó los zafiros, ofreciéndolos—. Prometed que dejaréis en paz mi reino.

La Reina Roja cogió los zafiros y los puso en la palma de su mano, y Kelsea sintió alivio al ver un sinfín de emociones encontradas en su cara: deseo, ira, ansiedad, arrepentimiento. Así que sabía quién era Row Finn. Tal vez hasta hubiera visto su verdadero rostro.

—¡Majestad! —musitó Ducarte—. ¡No!

La Reina Roja torció el gesto, y al cabo de un momento Ducarte estaba en el suelo, acurrucado en posición fetal, gimiendo. La mujer tenía la vista clavada en los zafiros, y cuando Kelsea le buscó el pulso, vio que lo tenía por las nubes. El deseo había vencido a la razón. La Reina Roja calibró muy bien las palabras antes de hablar:

—Si me dais los dos zafiros de Tear voluntariamente, juro retirar mi ejército del Tearling y no interferir en sus asuntos durante los próximos tres años.

Kelsea sonrió y las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Lloráis como una boba —le espetó la Reina Roja—. Dadme las joyas.

«Tres años», pensó Kelsea. Ahora estaban a salvo, todos, desde los campesinos del Almont hasta los hijos de Andalie en la Ciudadela; estaban a salvo en manos de Maza, y esa idea le permitió pasarse las cadenas por la cabeza. Había creído que los collares se resistirían, o que le infligirían algún terrible castigo físico cuando intentara quitárselos, pero no sucedió nada, y la Reina Roja se los quitó de la mano y ella apenas notó nada... solo una punzada de dolor por Lily, por haberse quedado sin ver el final de su historia. Sin embargo, esa pérdida también quedó ahogada bajo la enorme ganancia que significaba ese momento. Tres años equivalían a toda una vida.

La Reina Roja se colgó los dos collares y se dio la vuelta, acurrucada sobre los zafiros como un avaro sobre su oro. En ese momento, Kelsea pensó que quizá pudiera escapar; Ducarte todavía estaba incapacitado, y ella podía escabullirse de la tienda y, quizá, pillarlos a todos desprevenidos. Pero no: ya había perdido las joyas, y sin ellas no era más que una prisionera como cualquier otra. No daría más de cinco pasos hasta que la mataran, o algo peor, y de todas formas el puente estaba destrozado. Kelsea lo había derrumbado como medida defensiva, aunque ahora se preguntó si no lo habría hecho, también, para asegurarse de que no podría echarse atrás.

La Reina Roja se dio la vuelta, y Kelsea se preparó para ver reflejada en su cara la expresión de triunfo y recibir su venganza. El Tearling estaba a salvo, y ella estaba dispuesta a morir como una reina.

Pero lo que vio en la mirada de la Reina Roja, y en las dilatadas aletas de su nariz, fue una profunda indignación. Con el brazo extendido, encerraba las joyas en un puño, y apretaba tanto que se le habían puesto blancos los nudillos. Abría y cerraba la boca sin parar. Tenía los dedos de la otra mano

flexionados, agarrotados, e hizo ademán de clavárselos a Kelsea como una garra.

Y entonces Kelsea lo supo.

La joven se echó a reír a carcajadas, y su risa rebotó en las rojas paredes de la tienda de campaña. Apenas notaba la mano de la mujer clavada en su hombro.

Claro que no le había dolido cuando se los había quitado. Claro que no, porque...

—Son míos.

La Reina Roja gritó, rabiosa, profiriendo un aullido que amenazó con destrozar las paredes de la tienda. Le clavó la mano en el hombro con tanta fuerza que Kelsea creyó que se lo rompería, y sin embargo no podía parar de reír.

—A vos no os funcionan, ¿verdad? —Se inclinó hacia la Reina Roja hasta que sus caras quedaron a solo unos centímetros—. No podéis utilizarlos. Son míos.

La Reina Roja llevó la mano hacia atrás y le dio otra bofetada a Kelsea. La joven cayó al suelo, pero ni siquiera entonces pudo parar de reír; de hecho, reía con más ganas. Se acordó de la larga noche pasada... Lily, William Tear, Pen, Jonathan, Maza... y de pronto era como si ellos estuvieran también allí, con ella, todos, también los que ya estaban muertos. Kelsea había abrigado esperanzas de salir victoriosa, pero ese resultado no se lo había imaginado. Había perdido las joyas; ya nunca sabría cómo había terminado la historia de Lily. Pero tampoco lo sabría nadie más.

Unas fuertes manos la sujetaron por los hombros y la levantaron del suelo. Eran unos hombres vestidos de negro, como los soldados que estaban fuera, pero Kelsea comprendió que aquellos eran guardias personales, y cerró los ojos, preparada para afrontar la muerte.

—¡Sacadla de aquí! —chilló la Reina Roja—. ¡Lleváosla!

Uno de ellos, que debía de ser el capitán, le agarró las muñecas a Kelsea detrás de la espalda, y la joven notó que le ponían unas esposas de hierro. Le apretaban demasiado, y, cuando el guardia las cerró, le pellizcaron la piel. Pero Kelsea seguía sin poder parar de reír.

—Habéis perdido —le dijo a la Reina Roja, y supo que jamás olvidaría la cara de la mujer en ese momento: era la cara de una niña furiosa porque la han castigado sin postre. Kelsea ni siquiera notó las manos que se cerraban

alrededor de sus brazos y la sacaban de la tienda. El Tearling estaba a salvo, su pueblo estaba a salvo. Los zafiros le pertenecían, y, mientras se la llevaban, Kelsea seguía riendo a carcajadas.

Y por fin

La Travesía

Lily se sujetó a un cabo de la barandilla para no caerse al suelo de la cubierta. El barco se balanceaba violentamente; el mar estaba muy agitado, soplaban un fuerte viento y, en tierra, se oía el estruendo de una explosión tras otra. Unas nubes de tormenta moradas se arremolinaban en el cielo nocturno. Lily había navegado otras veces, pero siempre en lanchas motoras, yates que surcaban las olas con tanta suavidad que apenas notabas que te desplazabas. Aquello era diferente, parecía una casa de la risa terrorífica; la cubierta del barco se balanceaba bajo los pies de Lily, y ella se aferraba a aquel cabo mientras, con el otro brazo, intentaba sostener a Jonathan. Jonathan estaba semiinconsciente; Tear le había extraído la bala y le había suturado la herida en el coche, pero cuando terminó, el asiento trasero estaba cubierto de sangre, y la sombría expresión de Tear lo decía todo.

Detrás de ellos, a lo lejos, en el horizonte de Nueva York se perfilaban los edificios, por cuyas ventanas salían llamaradas naranja que iluminaban la negra noche. Pero Lily, como el resto de los que iban a bordo, no contemplaban el horizonte. Sus miradas estaban fijas en el trecho de mar que había detrás de ellos, y en los dos barcos enormes que habían aparecido de la nada. Por los gritos que se oían en cubierta, Lily supo que también había varios submarinos, y que se acercaban a gran velocidad. No habían tenido problemas al descender por el Hudson hasta la parte baja de la bahía, pero entonces se había disparado una sirena, y ahora, cuando ya entraban en el Atlántico, Seguridad ya estaba muy cerca.

—¡Cinco minutos! —gritó William Tear desde la proa del barco—. ¡Con eso me basta!

«Está loco», pensó Lily; y, curiosamente, no parecía importar mucho que lo estuviera. No iban a conseguirlo, y Lily lo lamentaba, lamentaba saber que

nunca llegaría a ver el río de aguas limpias y profundas bajo la intensa luz del sol. Pero aquellos barcos eran libres, y Lily moriría siendo una persona libre, y no habría cambiado ese momento por nada del mundo, con submarinos o sin ellos.

—¡Preparados! —gritó Tear, y un técnico informático que estaba cerca de Lily empezó a hablar por su micrófono en aquel idioma desconocido.

Hubo un fuerte estallido a la izquierda de Lily, seguido de gritos lejanos. Estiró el cuello y vio que uno de los barcos de Tear tenía la popa en llamas y unas nubes de humo negro se elevaban hacia el cielo.

—¡Torpedo! —Se oyó otra explosión, y de pronto aquel barco ya no era ni siquiera medio barco, solo una ruina ardiente sobre las agitadas aguas del océano. Todos los que iban a bordo del barco de Lily habían corrido hacia la barandilla de la cubierta, pero Lily no podía dejar solo a Jonathan, y solo ella vio que William Tear se daba la vuelta, sujetando con fuerza algo que tenía en la mano derecha, extendida, con toda su atención puesta en el este del horizonte.

—¡Ni siquiera estamos armados! —gritó una mujer.

Los destructores ya estaban muy cerca, a menos de media milla. Lily no entendía por qué no habían disparado también, pero tras cavilar un momento lo entendió: querían abordar los otros barcos de Tear. Al fin y al cabo, a Seguridad le encantaban los prisioneros. A Lily le ardió la quemadura de la palma de la mano, a pesar de que se le había formado una costra oscura, y supo que, pasara lo que pasase, ella no volvería a tierra.

De pronto, una luz cegadora envolvió el barco por completo. Lily se tapó los ojos y dejó escapar un gritito. Se acordó del aparato halógeno que la gente de Tear había utilizado en el complejo de Seguridad. De pronto la invadió el terror, pues creyó que todo había sido un sueño, que despertaría y se encontraría otra vez en aquella habitación, sentada delante del burócrata y la caja. Pero cuando abrió los ojos y miró entre los dedos de las manos vio que aquella luz no era eléctrica. Era, simplemente, la luz del día, y notó una agradable tibieza en los brazos.

Se volvió hacia la luz y gritó.

Se había abierto un agujero hacia el este del horizonte. No se le ocurría otra forma de describir lo que estaba viendo. La negra sábana de la noche todavía cubría el cielo encima de ella, pero se abría hacia el este, y sus bordes irregulares enmarcaban el agujero como un marco de fotos roto. Dentro del

marco era de día; el horizonte estaba rosa y naranja sobre las aguas azules, como si estuviera a punto de salir el sol. La luz lo bañaba todo, y Lily vio los otros barcos a su alrededor, claramente, sus velas infladas, teñidas de naranja bajo la luz del amanecer.

Se oyó un fuerte estruendo detrás de ellos, y la cubierta tembló.

—¡Agachaos! —Lily se agachó y se cubrió la cabeza. Pero el disparo pasó silbando a cierta altura, por encima de los otros barcos, hacia el agujero del horizonte. Lily sintió un odio tan intenso que, si en aquel instante hubiera aparecido ante ella algún funcionario de Seguridad, le habría arrancado el corazón con las manos. Estaban intentando cerrar aquella puerta, fuera lo que fuese, que había abierto Tear. Estaban intentando arrebatárles el mundo mejor.

—¡Decídes que pasen! —gritó Tear desde la proa—. ¡No nos queda mucho tiempo!

Su barco iba en cabeza, y ya se acercaba al agujero. Lily notaba el calor de los rayos de sol en la piel. Una algarabía recorrió la cubierta, los gritos eufóricos de los pasajeros que estaban junto a la barandilla, y Lily también se puso a gritar, y se sintió atraída físicamente hacia la abertura del horizonte. Cuando pasaron por ella, soltó el cabo, incorporó a Jonathan y lo zarandó para despertarlo.

—¡El mundo mejor! —le gritó al oído—. ¡El mundo mejor!

Pero Jonathan no abrió los ojos. A su alrededor, en la cubierta y en los otros barcos, Lily oía los gritos de júbilo de su gente, que resonaban por el mar abierto. Detrás de ellos seguía estando el agujero, una mancha negra al oeste del horizonte, a través de la cual no se veía nada. Unos quince barcos habían conseguido pasar, pero ahora los bordes del agujero se estaban derrumbando hacia dentro, y su circunferencia empezaba a reducirse. Lily no sabía si los últimos barcos lo lograrían. Miró hacia el este y vio a William Tear agarrado a la barandilla, blanco como la cera. Durante un instante, todo su cuerpo brilló con una luz del azul más puro contra el sol saliente, y entonces se derrumbó en la cubierta.

Lily fue a contárselo a Jonathan, pero Jonathan estaba muerto.

—Lily.

Alzó la mirada, achicando los ojos bajo la tenue luz de la luna, y, despacio, se levantó.

Tear parecía exhausto. Hacía dos días que Lily no lo veía, desde aquella noche, y se alegró de verlo recuperado; cuanto más tiempo se ausentaba él de la cubierta, más convencida estaba Lily de que había muerto realizando su milagro; que él, como Jonathan, ya no se despertaría. Lily le había preguntado a Dorian por Tear, pero Dorian había contestado con evasivas. Lily había intentado trabar amistad con otros pasajeros, y ellos se habían mostrado amables pero prudentes; nadie sabía quién era ella. Una mujer que debía de tener la misma edad que Dorian le había vendado las heridas, pero aquellos dos días pasados Lily no había tenido nada más que hacer que contemplar el horizonte y esperar a Tear.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó él, pero Lily tenía sus dudas. Parecía que acabara de padecer alguna enfermedad devastadora—. Pero necesito que me ayudes. Ven conmigo.

Lo siguió hacia la popa; iba de puntillas, para no molestar a los pasajeros que dormían tumbados en la cubierta. Tear, como siempre, no hacía ni el más leve ruido al andar, y la precedió por una escalera que conducía a la espaciosa bodega que había bajo la cubierta. En la bodega se respiraba una atmósfera curiosamente medieval, pues todas las habitaciones estaban iluminadas con lámparas de aceite o velas; no había luz eléctrica en ningún sitio. La ocupaba, casi en su totalidad, un amplio dormitorio común con numerosas literas, todas vacías. A bordo de aquel barco iban más de cien personas, pero casi nadie quería estar dentro. Preferían quedarse en la cubierta, desde donde podían otear el horizonte. Tear se había preparado para esa eventualidad; al fondo del dormitorio había una habitación donde, además de gran cantidad de comida y agua, se almacenaban unos doscientos litros de filtro solar. Lily creyó que era esa habitación adonde iban, pero Tear pasó de largo y se dirigió a la siguiente, que, según dedujo la joven, estaba reservada para su uso privado. Al entrar, Lily vio que las paredes estaban cubiertas de arriba abajo de estanterías, y que todas estaban llenas de libros. Sin embargo, no tuvo tiempo de maravillarse ante aquella visión. En el centro de la habitación estaba Dorian, encorvada sobre una mesa, contemplando algo que solo podía ser un cadáver envuelto en una sábana. Habían cosido la mortaja de forma apresurada.

—Ya es la hora, Dori.

Lily alzó la vista y vio, pese a la escasa luz, que tenía los ojos enrojecidos de llorar. Dorian miró a Lily con gesto interrogante.

—A él le habría gustado que ella también estuviera —dijo Tear. Pasó un brazo por debajo de los hombros del cadáver y lo levantó—. Vamos. Todos a la vez.

Dorian cogió a Jonathan por la cintura, y Lily, por las piernas. Juntos, levantaron el cadáver de la mesa y, con cuidado, se lo pusieron sobre los hombros. Lily notó un débil olor a descomposición que se filtraba a través de la sábana, pero no hizo caso. Se concentró en Jonathan, quien había considerado que Lily merecía que le salvaran la vida, y quien nunca llegaría a ver el mundo mejor. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y se las enjugó bruscamente, lastimándose las corneas, antes de empezar a subir por la escalera.

En la cubierta todo estaba tranquilo, y solo se oían las olas que golpeaban suavemente los costados del barco. Bajo la luz de la luna, Lily apenas distinguía la silueta de los otros barcos a ambos lados, no muy lejos, navegando al mismo ritmo que ellos. Al final solo diecisiete habían logrado pasar; se habían perdido tres, que se habían hundido para siempre en la bahía de Hudson. Por algunas conversaciones que había oído, Lily sabía que no en todos los barcos viajaba gente, como en el suyo. Uno llevaba ganado: vacas, ovejas y cabras. Otro llevaba caballos. Otro, cuya madera habían decolorado hasta dejarla casi blanca, transportaba personal y material médico. Pero ahora Lily solo distinguía el contorno de las velas bajo la luna menguante.

Llevaron a Jonathan a la popa del barco, donde dormía poca gente porque las jarcias impedían ver el este del horizonte. Siguiendo las indicaciones de Tear, subieron con cuidado el cadáver a la barandilla. A Lily le dolían los brazos, pero disimuló. Se le había vuelto a abrir la quemadura de la palma de la mano, pero eso también lo ocultó, y se limpió el pus en los vaqueros. Le habría gustado tener ropa limpia y cambiarse. Llevaba días sin ducharse. No era la única que todavía llevaba puestas las mismas prendas que vestía la noche que habían zarpado; ¿de dónde sacarían la ropa en el Nuevo Mundo? Había tantos interrogantes, y el único que podía resolverlos era Tear... Pero aquel no era el momento. Más allá del timón, por el este, el cielo estaba aclarándose, pero cuando Lily miró por encima de la barandilla hacia la popa, solo vio oscuridad.

—Jonathan odiaba el agua —comentó Dorian con la voz tomada, y Lily se dio cuenta de que volvía a llorar—. Después de lo que le hicieron... La odiaba, joder.

—Esta agua no —replicó Tear.

Lily no dijo nada. Ellos conocían bien a Jonathan, mientras que ella ni siquiera sabía cómo se apellidaba. Le habría gustado poder decir algo, algo importante, pero cuando cerró los ojos lo único que vio fue a Greg arrodillado y a Jonathan apuntándole en la cabeza con la pistola. Aquel había sido el mayor favor que le habían hecho a Lily en la vida, pero no podía contárselo a Tear ni a Dorian, así que permaneció callada, aunque las lágrimas habían empezado a resbalar lentamente por sus mejillas.

—Bueno, viejo amigo —dijo Tear por fin—. Vamos hacia una buena tierra. Esperemos que tú ya estés allí.

—Amen, Carolina del Sur —añadió Dorian, y entonces, sin necesidad de decirse nada, levantaron el cadáver por encima de la barandilla. Lily no les ayudó esta vez, y se apartó un poco de ellos. Oyeron caer el cadáver al agua, y Jonathan desapareció para siempre. Dorian esperó un momento, y entonces se marchó sin decir palabra y fue apresurada hacia la escalera.

«Lo he matado yo», pensó Lily.

—Él tomó la decisión —dijo Tear, y Lily se preguntó si habría hablado en voz alta sin darse cuenta. Miró alrededor, pero no había nadie más en la popa del barco.

—¿Qué ha pasado? ¿Adónde hemos ido?

—A ningún sitio, Lily. Solo hemos cruzado, nada más. Tal como yo siempre lo concebí.

—¿Es...? —Lily se obligó a pronunciar la palabra—. ¿Es magia?

—Magia —repitió Tear—. Yo nunca lo he pensado así; para mí parece lo más normal del mundo. Pero «magia» tal vez sea una palabra adecuada para describirlo.

Se metió una mano en el bolsillo y sacó algo encerrado en el puño.

—Mira esto.

Lily alargó su mano herida y notó que Tear le ponía algo frío y duro en la palma. Ella lo cogió y, entrecerrando los ojos, trató de discernir qué era. El cielo exhibía la repentina claridad que precede al alba, pero aun así Lily tardó un poco en identificar aquel objeto.

—¿Una aguamarina?

—Zafiro —dijo Tear—. Mi árbol genealógico se remonta hasta Cromwell, pero esta joya lleva con nosotros desde la Edad Media. Quizá desde antes, incluso.

Lily puso el zafiro a la luz y trató de mirar a través de él, pero todavía no había salido el sol, y solo vio un rectángulo oscuro contra el cielo pálido.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo el zafiro.

Lily rio, pero Tear ni siquiera había sonreído. La joven no sabía si estaba bromeando, así que le devolvió el zafiro y se asomó a la barandilla, desde donde podía ver las tenues líneas blancas de la estela del barco.

—¿Sientes que te estás curando, Lily?

Era difícil responder a esa pregunta. De día, todo iba bastante bien, porque el cielo estaba despejado y Lily podía contemplar todo el horizonte. Pero no conseguía dormir más que unas pocas horas seguidas, y se despertaba sobresaltada, convencida de que se encontraría cara a cara con el interrogador... o peor aún, con Greg. Ahora ya estaban lejos del alcance de todo aquello, la proa del barco surcaba suavemente las aguas, hacia el mundo mejor, pero de pronto Lily sintió una terrible premonición. Toda la gente que la rodeaba, la que dormía en la cubierta... seguro que cada uno tenía su propia historia, su propio pasado de violencia. ¿Cómo iban a construir un mundo mejor, un mundo perfecto, si todos arrastraban con ellos sus propias pesadillas del pasado?

—No será perfecto —dijo Tear, taciturno, asomado a la barandilla—. Yo ya lo sabía, lo supe en cuanto tuve la certeza de que lo intentaría. El mundo será mejor, pero no será fácil. De hecho, los inicios serán muy difíciles.

—¿Qué quieres decir?

—Mira lo que hemos dejado atrás, Lily. No tenemos electricidad, ni tecnología. Mientras yo dormía, Dori ha ordenado a los técnicos informáticos que tiraran todo su material por la borda, junto con las armas. Tiene que ser así; la tecnología es útil, pero los tiempos en que la utilidad compensaba la peligrosidad han quedado atrás. Las herramientas de vigilancia, de control... Comprendí hace ya mucho que eso tendría que ser lo primero que desecháramos. Pero ¡piensa en todas las otras cosas que no tenemos! Combustible. Calefacción, ropa. Me he llevado medicamentos y antibióticos, van en ese barco blanco de allí. —Señaló hacia el norte—. Pero las medicinas caducarán antes de que termine la década. Entonces ya no tendremos nada de eso, a menos que encontremos la manera de hacerlo nosotros con lo que encontremos.

Lily permaneció callada, pero no sin esfuerzo. Adoraba a aquel hombre

(acababa de darse cuenta en ese momento), y no era agradable oírle criticarse a sí mismo. Aun así, sospechaba que Tear no podía expresarle aquellas dudas a nadie más, o, como mínimo, no a todas las personas leales que lo seguían desde hacía varios años.

—En el Nuevo Mundo habrá animales, y podremos comer su carne, pero tendremos que aprender a sacrificarlos sin máquinas ni pistolas, y a cocinarlos en una hoguera. Tendremos que cultivar alimentos. Tendremos que aprender a construirnos casas, a confeccionarnos la ropa. Tengo a varias personas que conocen el proceso de producción de la lana, pero el resto lo tendremos que aprender. Esto no podíamos hacerlo sin antes descartar todo lo anterior, y, si queremos mantener algo, tendremos que aprender a hacerlo desde el principio.

—¿Tú crees que no podemos?

—Sí, claro que podemos. De lo que se trata es de saber si lo haremos. Construir requiere un esfuerzo, Lily. Anteponer las necesidades de la comunidad a las propias requiere un esfuerzo. Pero en el período que comienza ahora todos tendremos que hacerlo, o estaremos condenados al fracaso.

—El socialismo nunca ha triunfado en ningún sitio.

—Pues seguiremos intentándolo. Toda esta gente tiene una mentalidad cívica. Tendrán hijos con mentalidad cívica. Los escogí por eso.

—¿A mí también?

Tear sonrió.

—Sí, a ti también.

—¿Cómo sabes que tengo mentalidad cívica? —Lo cierto era que ni siquiera ella lo sabía; había tenido muy pocas oportunidades de averiguarlo. Toda su vida con Greg se representó en su memoria, un desagradable bucle de realimentación.

—Ya te lo dije, Lily: te conozco de toda la vida. —Tear levantó el zafiro y lo mostró sobre la palma de su mano—. Te vi aquí mucho antes, incluso, de saber quién eras.

—¿Por qué?

Tear se quedó largo rato mirándola, pensativo.

—¿Estás curándote?

—Sí. El hombro ya casi no me duele, salvo cuando intento dormir. La mano me molesta, pero cuando vuelva a haber luz me la vendaré otra vez.

—A mí no me engañas, Lily. Tus heridas no son físicas. Todavía no estás

curada, pero te curarás.

Lily notó que se ruborizaba. Se preguntó si Tear podría mirar en su interior y ver las pesadillas, y a Greg acechando constantemente. Era probable que su marido estuviera siempre allí, grabado en alguna parte de ella que se negaba a soltar el pasado.

—Seguramente tardarás un tiempo —dijo Tear—. Pero te lo prometo: te curarás.

—¿Cómo lo sabes?

Tear cerró un momento los dedos alrededor del zafiro y se quedó con la mirada perdida, como si viera un sitio que Lily no podía imaginar siquiera. Entonces se lo tendió y dijo:

—Echa un vistazo.

Lily volvió a levantar la joya y entrecerró los ojos, aunque no sabía muy bien qué hacía. Al principio no vio nada, pero entonces el zafiro empezó a brillar por dentro, una pequeña llama azul contra el cielo del amanecer.

—Pero ¿qué...?

—Chis. Mira.

Lily miró el zafiro y procuró no pestañear, y al cabo de un momento se dio cuenta de que dentro estaba formándose una figura. Al principio era borrosa, poco más que una silueta sobre el fondo azul, pero entonces dio un grito de sorpresa, porque estaba viéndose a sí misma. No era la misma Lily a la que había visto en el espejo toda su vida: se la veía curtida y agobiada por las preocupaciones; tenía los brazos musculosos y la piel bronceada. Cuando la mujer se dio la vuelta, Lily vio qué era eso que Tear había querido enseñarle: su vientre, redondeado por el embarazo.

—¿Cómo lo haces? —preguntó—. ¿Es un truco de ilusionismo?

—No, Lily, no es ninguna ilusión. Solo es el futuro. Te lo prometo: todo pasará.

Lily estaba fascinada. Era evidente que la mujer de la joya no había tenido una vida fácil, y, sin embargo, parecía satisfecha. Llevaba flores trenzadas en el pelo, y del hombro llevaba colgado un arco y un carcaj lleno de flechas. De no ser por el vientre prominente, habría parecido un retrato de Diana de los cuentos de los D'Aulaires que Lily y Maddy leían cuando eran pequeñas. De pronto la imagen se desvaneció. Lily, afligida, agitó el zafiro para que la mujer volviera a aparecer, pero ya no veía nada.

—Lo siento —dijo Tear—. Durante un tiempo, hasta las pequeñas cosas me

costarán trabajo.

Lily siguió contemplando el zafiro, y entonces se lo devolvió. Sintió una especie de tirón cuando sus dedos soltaron la joya, y tuvo la extraña impresión de que una parte de su ser se iba con ella. Atisbar el futuro era casi peor que no verlo en absoluto; le dio vueltas a aquella visión, preguntándose si sería real y si el bebé sería niño o niña.

—Niño —musitó Tear—. Será niño.

—¿Cómo puedes saberlo?

—A veces sé esas cosas, sin más. —Le sonrió, pero ella percibió algo oculto detrás de aquellos ojos, un futuro que ella todavía no podía ver. Tear no le dio más explicaciones y se limitó a ponerle una mano en el hombro—. Pero para eso faltan años. Tengo otra cosa para ti, y está mucho más cerca.

—¿Qué es?

—Mira hacia allí. —Señaló hacia el norte—. ¿Ves ese barco, el tercero?

—¿El blanco?

—No, el que va detrás.

Lily achicó los ojos. El cielo ya se había aclarado hasta volverse azul, y la joven distinguió el barco al que se refería Tear, una débil mancha negra hacia el norte, apenas visible a través de la niebla suspendida sobre la superficie del mar.

—Sí, lo veo.

—Al mando de ese barco va una persona muy importante para mí, de las mejores. Lleva mucho tiempo con nosotros, desde que tenía catorce años. Tiene dos sentencias de cárcel sobre las espaldas, y no le teme a nada. Dorian la adora, hasta tal punto que intenta vestir como ella e imitar su forma de peinarse.

Lily notó que algo resonaba en su interior, una especie de vibración. Lo miró a los ojos, suplicante.

—¿Cómo se llama?

—Madeleine Freeman.

Lily se dio la vuelta y miró hacia el norte.

—Te lo prometo, Lily: te curarás.

Los pasos de Tear se alejaron, pero Lily ni se dio cuenta. Estaba absorta contemplando el tercer barco. El rostro de Maddy la última vez que la había visto, su pelo trenzado y una falda negra, demasiado corta para las convenciones del vestido... Una adolescente que trataba de parecer una mujer.

Pero ahora Maddy ya era una mujer. Lily escudriñó el este del horizonte en busca de cualquier pizca de blanco destacado contra el cielo azul, la primera señal de que había tierra a lo lejos. Entonces se acordó de algo y, sin subir la voz, le dijo a Tear, que ya se alejaba:

—¡Maddy es diabética! ¡Necesita insulina!

—No, ya no.

Lily lo miró un instante y luego se volvió hacia el norte. Tenía que dejar de pensar en Maddy, o enloquecería esperando a que terminara el viaje, así que guardó a su hermana en un rincón de su cabeza. Quizá algún día volviera a ver a Maddy, suponiendo que todo aquello fuera real. Evocó una vez más aquella fantástica visión que había visto dentro de la joya de Tear, y se preguntó si estaría loca, pero enseguida comprendió que no.

—Un niño —susurró. Eso había dicho Tear, y ella se lo creía. Se puso una mano sobre el vientre, liso, y sus ojos se anegaron en lágrimas. Casi lo sentía allí dentro, sentía a aquel niño que todavía pertenecía al futuro. Tear no le había mentado, y estaba loco. Lily tendría un hijo que nacería en el mundo mejor, y que sería libre.

Lily ya le había puesto nombre: se llamaría Jonathan.

Agradecimientos

Este es «un libro mejor» gracias a tres personas: Maya Ziv, Dorian Karchmar y Simone Blaser. Como siempre, estoy muy agradecida a todo el personal de Harper y de William Morris Endeavor por su apoyo constante a medida que avanzo por el Tearling, pero estas tres mujeres se esfuerzan hasta lo inimaginable, de lo cual la novela se ha beneficiado enormemente. Maya, Dorian y Simone también han escuchado pacientemente un montón de lamentos injustificados a lo largo de todo un año, así que gracias. Gracias también a Jonathan Burnham, que me deja seguir escribiendo, y a Heather Drucker, Amanda Ainsworth, Katie O’Callaghan, Ashley Fox, Erin Wicks, Miranda Ottewell... y muy especialmente a Virginia Stanley, que siempre vela por mí.

Gracias a toda mi familia, y sobre todo a Shane, mi marido, que a lo largo de este último año y medio ha soportado mi temperamento artístico; y a Sir y Monkey, que no paran de hacerme reír. Gracias a mi buena amiga Claire Shinkins, que siempre me ofrece la cantidad justa de amor y apoyo, y al amabilísimo personal del Peets Coffee de mi barrio (¡sobre todo a ti, Michi!), donde escribí la mayor parte de este libro.

Casi por casualidad, encontré al crítico particular que necesitaba desde hacía mucho tiempo. Gracias, Mark Smith, por escucharme y darme buenos consejos, y por tener el valor de llevar adelante el Tearling. Este mundo no es fácil.

A todas las maravillosas librerías independientes y las bibliotecas, y a los libreros y bibliotecarios, que me ayudaron a presentar al mundo mi primera novela: gracias. Para mí no hay mayor elogio que el de quienes aman los libros, y que hayáis trabajado tanto por el mío significa mucho para mí.

Y sobre todo, como siempre, gracias, lectores. Sin vosotros, nada de todo esto sería posible.

Más aventuras, más intriga y más emoción en la fascinante secuela de *La Reina del Tearling*. La segunda entrega de una adictiva trilogía que ha seducido a los productores y a la protagonista de las películas de *Harry Potter*, así como a legiones de lectores en todo el mundo.

Se ha hecho con el trono. Ahora tendrá que salvar a su reino.

Una vez conquistado el trono, hay que conservarlo. Y no parece fácil. Kelsea ha decidido interrumpir el envío de esclavos al vecino reino de Mort y se ha ganado la lealtad y la admiración de su pueblo, pero también ha despertado la ira de la Reina Roja. A partir de ahora, la brutal soberana no cejará en su empeño por destruirla.

Desesperada y más sola que nunca, Kelsea deberá encontrar la manera de defender a su reino. Y eso pasa por aprender a controlar sus poderes y descubrir su conexión con Lily, quien procede de una época en la que ser mujer era casi un crimen.

Mientras el ejército invasor se acerca, Kelsea se dispone a servirse de lo que ha aprendido para asegurar el futuro del Tearling. Pero el tiempo se acaba...

«¡No podía soltarlo! Me obsesioné con el personaje y con el libro.»

EMMA WATSON

«Johansen es una talentosa creadora de mundos de fantasía, que logra mezclar temas medievales y modernos con la claridad de George R.R.

Martin.»

Kirkus Reviews

«Una lectura emocionante que eleva el nivel de esta trilogía incluso más allá del alto listón que dejó su primer volumen.»

Buzzfeed

«¿Te gustó *Los juegos del hambre*? ¿Eres fan de *Juego de tronos*? Entonces, disfrutarás sumergiéndote en esta nueva fantasía brillantemente imaginada y cautivadoramente escrita.»

Heat

«Una de las series más originales y mejor escritas de los últimos años.»

www.usatoday.com

«No corras a buscarlo; vuela.»

Entertainment Weekly

«La lees y te quedas con ganas de más.»

Daily Mail

«Una aventura adictiva para disfrutar.»

USA Today

«La reina Kelsea destaca como la heroína más dura desde Katniss Everdeen.»

San Francisco Chronicle

«Larga vida a la reina Kelsea!»

US Weekly

Erika Johansen creció en la bahía de San Francisco, donde reside actualmente. Estudió en Swarthmore College, recibió un MFA del Iowa Writers' Workshop, y con el tiempo se convirtió en abogada, pero nunca dejó de escribir. *La Reina del Tearling* es su debut y el inicio de una trilogía cuyas dos primeras entregas gozaron de ventas y críticas excelentes cuando se publicaron en inglés y que se traducirá a diecisiete idiomas. El tercer volumen se publicará en España en mayo de 2017.

Título original: *The Invasion of the Tearing*

Edición en formato digital: febrero de 2017

© 2015, Erika Johansen. Todos los derechos reservados.

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Gemma Rovira Ortega, por la traducción

© Nick Springer Cartographics, LLC., por el mapa

Adaptación de portada partir del diseño original de Milan Bozic: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Douglas Waters, © Matt Henry Gunther, © Bjarki Reyr / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01914-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La invasión del Tearling

Mapa

LIBRO I

1. Hall
2. Lily
3. Ducarte
4. Cuestiones de conciencia
5. Dorian

LIBRO II

6. Ewen
7. La galería
8. Row Finn
9. La cosa oscura
10. El padre Tyler
11. El horizonte azul

LIBRO III

12. Noche
13. 1 de septiembre

14. La Reina Roja

Y por fin. La travesía

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Erika Johansen

Créditos